COLACIONES

- Juan Casiano -

Juan Casiano

Colaciones

PRESENTACIÓN[1]

Las Colaciones *constituyen la obra principal del abad de Marsella y la más original, tanto por su estructura coma por su contenido. Por eso alcanzaron un éxito de proyección universal. Si en la primera obra, las* Instituciones, *Casiano había tenido ya predecesores-como San Basilio, San Jerónimo, etc.*[2] [1]-, *no así en esta segunda, que no tiene modelo en la literatura cristiana precedente. Además, en ella se adivinan todas las facetas-de las plurales que hay en el monje provenzal-de su carácter y recia fisonomía morad. El amante de los clásicos, el virtuoso de la prosa oratoria, es en ella grandilocuente y a la vez sencillo. La palabra de los solitarios, que aquí toma cauce en su pluma, cautiva al lector* al *sentirse tan cerca de aquellos hombres de vida venerable.*

Casiano la intitula Seniorum Conlationes, «Co*laciones o conferencias de los ancianos»', y en otro lugar,* Conlationes spirituales, *«Colaciones espirituales»*[3]*'. Son-según afirma él mismo-como el complemento indispensable y el coronamiento de las* **Instituciones'.** *En el prefacio precisa: «Del aspecto exterior y visible de la vida de los monjes, de que nos ocupamos en nuestros primeros escritos (es decir, en* **las Instituciones),** *pasemos a tratar ahora de las disposiciones del hombre interior, que, por ser invisibles, se ocultan a la mirada»'.*

Como se ve, el objeto del autor es darnos en esta obra una visión panorámica, lo más completa posible, de la vida interior del monje. Estas conversaciones habidas por él con los solitarios de Egipto se ordenan a establecer toda la doctrina monástica por la que se ha de regir la vida de los monjes de Occidente.

INTÉRPRETE DE LOS PADRES DEL YERMO

La obra casianense es como un legado de la doctrina de los Padres. Este es uno de los valores más sustantivos de sus conferencias. Casiano nos dice cómo se siente, cómo se vive en el desierto. Desde luego, no hay que apurar tanto el valor de este aspecto que descartemos en absoluto de sus conferencias las ideas propias que ha ido barajando con las de los monjes. Casiano introduce, a no dudarlo, conceptos de su propia cosecha; pero aun éstos aparecen sugeridos y, por lo mismo, subordinados a los que van exponiendo los ancianos.

---

[1] Juan Casiano. Colaciones. Vol I – II. Rialp. Madrid. 1998[2]

Nota: hemos insertado las notas de la página bajo el primer número de notas. ¿Alguién tiene ganas y tiempo de colocarlas a todas en su sitio? Falta también corregir la ortografía. Esto vale para las primeras 65 páginas. Luego las hemos dejado en su lugar.

[2] Inst., pref

[3] - 2 Instit II, *1;* II, 9, 1; n, 18, y v, 4, 3.

' *De* **Incarnt., pref., 1.**

Inst., pref. 5; Col., *xviii,* **pref. 3.**

Por otra parte, lo que da más calor y viveza a su obra es precisamente este diálogo que entabla con los monjes. Sus conferencias son el fruto dt su contacto personal con ellos. Cierto que el papel de discípulo que interroga va a cargo de Germán, su amigo entrañable y compañero de peregrinación, paro también alguna que otra vez lo desempeña el mismo Casiano[4]'. Las respuestas de los quince maestros que responden están condensadas en las veinticuatro conferencias. El lector ve desfilar ante sus ojos las figuras de Moisés, Serapión, Abraham, Yosé, Nesteros... Casi siempre nos describe los rasgos personales de estos héroes al principio o al final de su exposición, trazándonos con una pincelada maestra las preferencias de cada uno de ellos, su idiosincrasia, sus virtudes más características. Así, por ejemplo, de Pafnucio nos dice: «Entre aquella pléyade de santos vimos brillar al abad Pafnucio con el resplandor de una ***ciencia singular, semejante*** *a la* (p. 10) *claridad de una luz deslumbradora»* 7. *Al abad Daniel le llama «paladín de la filosofía cristiana»* a. *Del abad Sereno escribe bellamente: «Su vida era un fiel trasunto de la serenidad que expresaba su nombre»* s. *Del centenario Cheremón afirma que «se traslucía en él toda la candidez de la infancia»*[5] [14]. *Y así, de cada uno de ellos nos va dando una idea, sucinta, sí, pero global, que pone al lector en conocimiento de aquellos ancianos venerables. Nos hacemos a la idea--a medida que vamos leyendo la obra de Casiano-de que estamos oyendo de los mismos labios de estos varones espirituales la doctrina monástica que han vivido de antemano era el desierto.*

Si a ello se unen las descripciones topográficas que prodiga el autor-como cuando nos pinta la vastedad del desierta egipcio, el ambiente de paz de Escete, la soledad inhóspita de la Tebaida, que es, al mismo tiempo, cuna y tumba de aquellos solitarios-, tenemos la grata impresión de revivir las circunstancias y situaciones de aquel mundo monástico en que se hallaron un día los dos monjes peregrinos. Y es que Casiano tiene el don de hacerse interesante, de insinuarse en el alma de los lectores e *inocularles, merced a sus dotes de escritor, las ideas madres que bebe directamente (p. 11) de sus interlocutores. En este sentido puede llamársele con justo título intérprete de los Padres del yermo.*

ESQUEMA IDEOLÓGICO

Las Colaciones *constan de tres partes, al f rente de las cuales figura su respectivo prefacio, original de Casiano. Los tres grupos de conferencias están estrechamente coordinados.*

Como se componen de veinticuatro, en la última el autor subraya el carácter simbólico de este número, que evoca a los veinticuatro ancla` nos del Apocalipsis. Es que redacta la obra como en homenaje ofrecido al Cordero Salvador[6] 11. *Casiano vuelve reiteradamente sobre los mismos temas y toca a menudo los puntos de vista de los sucesivos Padres. Y ahí estriba tal vez el defecto que podría achacársele: que repite una y otra vez las mismas ideas, insistiendo hasta la sacie dad en ciertos puntos de doctrina, como si temiera no haberlos esclarecido suficientemente. No obstante, a pesar del aparente desorden a que dan lugar tales repeticiones, las tres partes-que comprenden respectivamente, diez, siete y siete colaciones-forman un todo cuyo esquema ideológico es:*

---

[4] **' Col., pref.** Col. XIv, 2, y XVII, 3.
[5] Cola iII, 1.
Col. IV, 1.
Col.. VII, 1. 1o Col. zi, 4 ss.
[6] 11 Col. xxIV, 1.

Primera parte: *Consta de diez conferencias (I-X), escritas, como las* Instituciones**,** *a instancias* (p. *12) del obispo Cástor. No obstante, como éste, en el ínterin, había fallecido, van dedicadas al obispo Leoncio, hermano de Cástor; y al solitario Heladio. Estas conferencias corresponden al largo período que pasó el autor en el desierto de Escete*[7]"`.

- *Fin del monje y medios de alcanzarlo* (Col. I-III):
    - objeto de la vida monástica: la perfección cristiana (Col. I);
    - actitud fundamental del alma: la discreción (Col. I-II);
    - premisa indispensable: la gracia de la vocación (Col. III);
    - correspondencia a la gracia: la renuncia (Col. III).
- *Obstáculos que empecen a la consecución del fin (Col. IV-VI):*
    - la concupiscencia humana (Col. iv); 2) los vicios de la carne (Col. v);
    - el pecado, obstáculo de toda vida de espíritu (Col. vi).
- *El combate espiritual que libra el alma (Col.,* vII-x).
    - papel que incumbe a la voluntad (Col. vII);
    - táctica seguida por los demonios (Col. vIi);
    - tratado de los espíritus o demonología (Col. vIII);
    - la oración en sus distintas formas y la vida contemplativa (Col. ix-x).

- Segunda parte: *Comprende siete conferencias (xI-XVII), dirigidas a los hermanos Honorato y Euquerio. Esta segunda serie de conferencias corresponde a los principios de la permanencia de Casiano en Egipto y se sitúan en Panéfesis* [8] [13].

- *Complemento y aclaración de lo dicho sobre la perfección (Col. xi-xiv):*
    - la virtud de la caridad (Col. xi);
    - la «apatheia» o la castidad. (Col. xII): 3) la verdadera ciencia espiritual (Col. XIV).
- *.La perfección consumada y sus* indicios *(Col.* xv-XVII):
    - sobre los carismas y milagros (Col. xv);
    - la amistad entre las almas perfectas (Col. xvI);
    - lo esencial y lo accesorio en la vida espiritual (Col. XVII).

- Tercera parte: *Consta también de otras siete conferencias (xvIII-xxIv), destinadas a los cuatro abades de la isla de Hyeres, Joviniano, Minervio, Leoncio y Teodoro. Las tres primeras datan de su permanencia*

[7] ‘[2] Cola *xi*, pref. 2.
[8] *13 Col. xi, pref. 2*

en Diolcos; las otras cuatro, que se sitúan generalmente en Panéfesis, pertenecen, en realidad, al tiempo transcurrido en el yermo de Escete.

- *Sobre los monjes y diversas modalidades de la vida monástica (Col. xvIii-xix):*
    - de los tres géneros de monjes (Col. xvIII); (p. 14)
    - las dos vidas: cenobítica y anacorética (Col. *XIX).*
- *Adiciones y suplementos sobre la vida espiritual (Col.* XX-XXIV):
    - la vida purgativa o de purificación (Col. xx);
    - la libertad' y el ideal de la perfección evangélica (Col. XXI);
    - conflicto entre la carne y el espíritu (Col. xxII);
    - la impecabilidad, patrimonio de ultratumba (Col. xxIII);
    - prerrogativas y exigencias de la vida eremítica (Col. XXIV).

LA DOCTRINA: DOBLE FIN EN LA ASCENSIÓN ESPIRITUAL

Casiano concibe dos fines en la búsqueda y posesión de Dios: el inmediato o σκοποφ; y el mediato o τελοφ. *El inmediato es lo que él llama «la pureza de corazón». Implica la purificación total del espíritu y el desprendimiento completo de todas las cosas. Este fin inmediato tiene su valor sólo en razón del τελοφ, fin último o «reino de Dios», que es la vida eterna poseída en el cielo*[9] [1]4.

A estos dos fines -próximo y supremo- corresponden dos aspectos o grados de vida espiritual: la πραχιφ, πρακτικη scientia o vita ac*tualis, que es sinónimo de «vida ascética", y la* (p. *15) θεωορια, θεωρετικη,* scientia o vita theoretica, *que es lo mismo que «vida contemplativa».*

Para alcanzar el fin próximo o «pureza de corazón», que es caridad[10]*, santidad", el monje renuncia a todo y abraza una vida de total consagración a Dios. El conjunto de estas renuncias y prácticas religiosas constituyen la* vita actualis *o* practica, *o sea, el ascetismo monástico 17. El conocimiento de los vicios y el modo de curarlos, y el de las virtudes y manera de adquirirlas, son los dos jalones de esta* scientia *preliminar de ascesis.*

Esta ciencia le lleva como de la mano a la vita theoretica *o contemplación, que le pone en posesión del fin último de su vida: el reino de Dios* 18. *Por la ascesis, pues, camina el monje hacia la unión con Cristo; por la «ciencia práctica», a la «ciencia teorética»; por el ascetismo, a la contemplación, que es, para Casiano, la realización incipiente del quehacer eterno del cielo.*

Ahora bien, para vivir la vita actualis y la vita contemplativa *es de capital importancia la «discreción» 19. Esta virtud distingue lo que favorece el bien, lo que fomenta el mal, lo que viene del hombre y lo que procede del demonio* [2]°. (p.16) Ade*más, para obrar el bien precisa de continuo la gracia de Dios. Es éste un aspecto en que Casiano insiste enérgicamente. Pero, por desgracia, yerra en un punto notable. Al contrario de San Agustín, cree Casiano que para*

---

[9] 14 *Col.* I, *1, 4 y 5.*
[10] *Ade15 Col. 1,7 y8.*
[1]r' *Col.* I, *5.*
14 *Col.* I, *7. Cfr. Col. XIX, 8, e Inst., iv, 34-35.* 18 *Col.* 1, *8 y 15.*
Is Col., ti. [2]° *Col.* II.

salvaguardar la libertad de la voluntad se debe admitir en el libre albedrío un mínimum de iniciativa personal del todo independiente. Este desliz fue parte para que se le considerara como fautor del semipelagianismo. No obstante, en hecho de verdad, Casiano no es quien inventó esta teoría. Los orígenes de tal doctrina se remontan más allá en la historia de la teología y de la ascesis. Orígenes y San Juan Crisóstomo, entre otros, trazaron ya inconscientemente los primeros esbozos doctrinales de la misma[11]".

LA CONTEMPLACIÓN

La ascesis no es el fin de la vida espiritual; nos suministra solamente los medios para llegar a la contemplación.

De ella, en cuanto constituye la esencia de la vida eremítica, trata Casiano en la Colación IX: la oración pura, las formas de la plegaria, el sentido del Pater Noster, *la oración ígnea, constituyen para él el más alto grado de oración. La compunción y el don de lágrimas son las señales por las cuales sabemos que hemos sido oídos. Por otra parte, la Colación X está dedicada al tema de la contemplación perpetua. Casiano se revela aquí, como en otros puntos, seguidor de la espiritualidad alejandrina. El medio más eficaz para fomentar ese clima espiritual de contemplación nos lo ofrece Casiano en la Conferencia XIV, que versa sobre la ciencia del espíritu desde el punto de vista de la gnosis. En el fondo, se trata de un más profundo conocimiento «pneumático» de las Sagradas Escrituras, con aplicaciones a la vida moral. Condición de esta espiritual comprensión-cuyas formas principales son la tipología y alegoría-es también la vita actualis.*

LA «APATHEIA», PRESUPUESTO DE LA ORACIÓN PURA

Para llegar el monje a esa plegaria «ígnea» -que constituye el más alto grado de oración, ha de estar dotado de la impasibilidad, o sea, de la «apatheia». Para él es lo mismo que «pureza y tranquilidad del alma»[12] 22. *Constituye el ideal del asceta oriental, y Casiano lo propone como (p.* 18) *objetivo y fin de todo el ascetismo monástico y cristiano[13]* 2[3]. *Se caracteriza por la ausencia de pasiones y turbación de la sensibilidad. Deja al monje en una serenidad y paz sin eclipse. Además, afecta también al cuerpo, y es como una inmunización de la carne que logra el alma frente a los efectos de las leyes fisiológicas* [24]. *Esta perfecta integridad de cuerpo y alma es como una especie de imitación del estado angélico* [25] *que precede a la «oración pura».*

Así llama Casiano la oración gratuita, don de Dios, superior a todo esfuerzo humano. La denomina transitoria 26 *y ocasional 27, por lo mismo que es breve y fugitiva. Constituye, en realidad, el ápice de la perfección, pues en ella se conjugan la elevación más sublime de la plegaria con el fuego encendido de la caridad* 26. *La oración pura es propia del alma pura.*

Tul es, en bosquejo, la doctrina espiritual contenida en la obra de Casiano.

INFLUENCIA PÓSTUMA

---

[11] 21 M. CAPPUYNS, *Cassien (Jean),* en «Dictionnaire d'Histoire et de Géographie Ecclésiastiques», t. 11, col. 1349.

[12] 22 Casiano pone gran cuidado en evitar el término *apatheia - apaqeia* por el uso que hacían de él los pelagianos. Lo traduce por «inmutable tranquilidad del alma». Véase M. OLPHE-GALLIARD, *Cassien (Jean),* en «Dictionnaire de Spiritualité», t. 2, col. 247-249; G. BARDY, *Apatheia,* ibíd., t. 1, col. 727746.

[13] *" Col.* r, 5-8; II, 6 y 7; IX, 2; XVII, 28, y XXI, *12, 14.*

24 *Col.* xII, *11. Cfr. Inst.,* Iv, *6.* 25 *Col.* xII, 6, y **xxII,** *3.*

26 *Col.* IX, 15. 27 *Col.* rx, 26. 26 *Col., IX, 18.*

De lo dicho hasta aquí se desprende que las Conferencias *casianenses no son propiamente una (p, 19) relación de sus viajes. Han sido redactadas mucho tiempo después, y arguyen otras influencias además de las de los Padres del desierto. No obstante, los pormenores e incidencias que contienen, son bastante exactos para permitirnos reconstruir las vicisitudes de la estancia de Casiano en Egipto. Y ello desde el desembarque hasta que abandona el país del Nilo, al cabo de veinte años, expulsado por el arzobispo Teófilo de Alejandría.*

En esta obra, el lector sigue, año tras año, los avatares de la vida que lleva un monje peregrino, a través de celdas y monasterios, pero de un monje que es un escritor excepcional.

Las Colaciones son la prolongación, en un plano hondamente espiritual y místico, de su obra anterior. Y en cuanto reflejan una parte de las reacciones de su vida íntima, son como la autobiografía de su alma. Alma enamorada de Cristo y de la vida monástica que se centra en Cristo. Porque la doctrina que entrañan sus conferencias ha de verse bajo esa luz de ambivalencias, de interrogantes personales, de ansias de sublimación que le acucian a lo largo de sus correrías.

En Casiano se encuentran descritas todas las fases de la vida mística que describen nuestros más modernos tratados de espiritualidad. Sólo que no se hallan sintetizadas ni expuestas en un orden sistemático.

Distinguiendo bien los medios de adquirir la (p. 20) perfección de la perfección misma, no la hace consistir Casiano ni en las austeridades ni en las obras de misericordia, ni siquiera en los carismas o dones preternaturales, sino en la caridad que nos une a Dios[14]*29.*

Podría afirmarse que la espiritualidad del monje de Marsella, como la de todos los autores antiguos, es, sobre todo, una espiritualidad de combate: es un ejercicio, *un ascetismo. Casiano quiere, no obstante, que la mortificación exterior sea siempre moderada: «Valdría más tomar todos los días-dice-una comida razonable que ayunar largamente y con exceso» [a].*

En Casiano apunta ya la idea de las tres vías, purgativa, iluminativa y unitiva. Baste citar, entre otros, el pasaje siguiente: «Cheremón nos dijo: hay tres cosas que alejan a los hombres del vicio: el temor del infierno y de la ley, la esperanza y el deseo del cielo, el atractivo del bien y el amor de la virtud» [3`]. Y más claramente distingue en el trabajo un doble aspecto: uno, negativo, que es la renuncia por la cual nos alejamos del mal, y otro, positivo, que es la oración y la contemplación, por la cual practicamos el bien y nos unimos a Dios.

Tomadas, pues, en su conjunto, las Colaciones constituyen un directorio completo y de los más (p. 21*) autorizados de la vida monástica o simplemente ascética.*

Por lo demás, con su obra Casiano da a la vida monástica una nueva vigencia. El monacato occidental le parecía desquiciado, lánguido. Por eso concibió el plan de reformarlo. Para ello introduce las observancias del cenobitismo egipcio, mitigadas por las de Palestina y Mesopotamia 32*, e integra en la vida del cenobio-por una transposición que representa el gran hallazgo de Casiano—lo esencial de la anacoresis*[15] 33.

---

[14] 29 *Col.* XXIV, *6.*
s° Inst., v, 9. [1] *Col.,* xi, *6*
[15] 32 *Inst., pref. 9.*

Digamos, en fin, que sus experiencias, las fuentes en que bebe el oro puro de su doctrina, la índole y trascendencia de los temas y aun la forma documentada y sagaz en que los pone de relieve, le colocan en la línea de los grandes autores espirituales. Por eso, al mentar a Casiano -dice un esclarecido investigador de su doctrina-hemos nombrado al gran maestro de la espiritualidad monástica en Occidente, al más leído de los antiguos escritores ascéticos y a uno de los tres o cuatro Padres latinos que han marcado con un cuño original la vida de la Iglesia 34.

Quiera el Señor bendecir esta nueva versión de sus obras, para que se difunda en círculos cada (p. 22) vez *más amplios el conocimiento de la antigua espiritualidad, y las almas ansiosas de perfección encuentren en .ellas pábulo de verdadera y sólida piedad.*

Monasterio de Santa María de la Asunción, 15 de agosto de 1957.

Dom LEON Mª y Dom PROSPERO M.° SANSEGUNDO

Monjes Benedictinos

MEDELLÍN – COLOMBIA

---

33 *Cfr. San Benito, su Vida y su Regla,* B. A. C. Introd. pág. 34 *ss. Col. XVIII, pref.*

34 M. CAPUYNS, 0. C., COI. *1347.*

PREFACIO DEL PRESBITERO JUAN CASIANO A LAS DIEZ CONFERENCIAS DE LOS PADRES QUE MORAN EN EL YERMO DE ESCETE

Al obispo Leoncio y a Heladio.

El prefacio a mis volúmenes precedentes contenía una promesa que hice al venerable obispo Cástor[16] [1], de quien, por lo mismo, me hice deudor. Los doce libros que con la ayuda de Dios he consagrado a las instituciones de los cenobitas y a los remedios de los ocho vicios capitales, han satisfecho más o menos esa deuda, según la medida que yo podía pretender, dados (p. 24) mis cortos alcances. Resta ahora saber el concepto que os han merecido, y si en materia tan profunda como sublime-sobre la cual nadie aún, que yo sepa, había escrito-he dicho algo digno que mereciera vuestra aprobación y colmara los deseos de los monjes.

El mismo pontífice Cástor, inflamada en ansias de santidad, me había rogada también que pusiera por escrita estas diez conferencias de los más esclarecidos Padres del yermo. Quiero decir de los anacoretas que vivían en el desierto de Escete. El amor que me profesaba no le dejó ver con claridad el peso ingente que ponía sobre mis hombros, demasiado débiles de suyo. Ahora, cuando nos ha dejado ya para reunirse con Cristo, he proyectado dedicarlas a vosotros, bienaventurado obispo Leoncio y venerable hermano Heladio. Me ha inducido a ello el ver que uno de vosotros está unido a él por el amor fraterno, la dignidad del sacerdocio y, lo que es más, por la afinidad de unos mismos deseos e ideales. Se hace, pues, acreedor, por derecho de herencia, al bien debida a su hermano. En cuanto al otro, no ha ambicionado otra cosa que imitar de cerca la vida sublime de los anacoretas, sin dejarse guiar en eso-como han hecho algunos-por su antojo o inspiración personal. Movido interiormente por el Espíritu Santa, ha penetrado por los cauces de la doctrina auténtica, ejercitándose en ella casi antes de haberla aprendido. Es que ha preferido forjarse en el yunque de las enseñanzas de los solitarios antes que fiarse de su propio criterio.

Por mi parte, establecido al presente en el puerto del silencio, veo abrirse ante mis ojos un océano sin fin. Voy a escribir para la posteridad algo sobre la vida y doctrina de varones eminentes. Siendo más ardua la navegación, corro tanto mayor peligro cuanto mayores son las ventajas de la vida solitaria sobre la cenobítica, o los de la contemplación de Dios - en que casi siempre se emplean aquellos varones - sobre la vida activa que se vive en los monasterios.

Vuestro deber es secundar mis esfuerzos con vuestras fervientes plegarias. Así no quedará menoscabado por la impericia de mi lenguaje un tema tan santo y subido. Mi expresión, aunque deficiente, debe ser por lo menos fiel. Vuestra oración, además, hará también que la rusticidad Iría no sea en perjuicio de la hondura e importancia del asunto.

Del aspecto exterior y visible de la vida de los monjes, sobre que versaron mis primeros escritos [17]2, pasamos ahora a tratar de las disposiciones del hombre interior, que son invisibles a la mirada. Que nuestro discursa se eleve de la descripción de las horas canónicas' a esta (p.25) plegaria ininterrumpida que

[16]' Este era hermano de Leoncio, a quien dedica más abajo estas conferencias. Era obispo, según se colige del título honorífico de papa, que antiguamente se daba también a los obispos, no a los clérigos inferiores. Cástor figura entre los obispos de la iglesia de Apto (+ a. 426). Heladio, a quien nombra después Casiano, no ostentaba la dignidad episcopal en esta época, ni la ostentó seguramente después.

[17] Se refiere a las *Instituciones cenobíticas. Véase* vol. 15 de esta obra en la presente Colección NEBLI. *a* Es decir, de las horas regulares o prescritas por la Regla. De ellas habló CASIANO ampliamente en los libros II y III de las *Instituciones.*

nos aconseja el Apóstol[18] [4]. Si alguien ha merecido, merced a la lectura de la obra anterior, el nombre de Jacob según el espíritu, aniquilando los vicios de la carne, que al abrazar ahora no tanto mis enseñanzas como las de los Padres del yermo, pueda llegar, por la contemplación de la pureza divina, al titulo glorioso y, si puedo expresarme así, a la dignidad de Israel5. Que en lo sucesivo se instruya en los deberes que incumben a este tal, al hallarse ante las cimas de la perfección.

Rogad por mí al Señor. A aquel que me ha juzgado digno de conocer a estos grandes varones y me ha hecho la gracia de haberles tenido por maestros y compartir su vida. Pedidle por mí una memoria feliz para recordar lo que vi entre ellos, y un estilo fácil para poder expresarlo dignamente. Quisiera confiaron su doctrina con la misma exactitud y calor espiritual con que salía de sus labios. Quisiera representaros al vivo sus ideas, situadas en el marco de sus mismos coloquios. En fin, y esto es lo que más importa, quisiera exponerlo con claridad en la inteligible lengua latina.

Ante todo, que el lector que va a leer mis Co*laciones* como leyó mi obra precedente, no olvide esta advertencia: si algunas cosas le parecen imposibles o difíciles de observar, por el estado y costumbre que ha abrazado, o también con relación al estilo de la vida cotidiana, que sepa cotejarlas no con su debilidad, sino con el mérito y perfección de mis interlocutores. Que piense en el deseo que a éstos les anima, el ideal que persiguen, y cómo, muertos en verdad a la vida de este mundo, están libres de toda dependencia de sus padres y de toda ocupación secular. Que considere el lugar donde viven. Establecidos en una soledad inaccesible, segregados enteramente del consorcio de los hombres, están dotados de grandes luces sobrenaturales. Se les ha dado ver y decir cosas que aquellos que no tienen ciencia ni experiencia de ello considerarán tal vez como inverosímiles, comparándolas con los principios de vida por que se rige habitualmente su existencia mediocre.

No obstante, si alguien quiere formarse una (p 28) idea exacta de este modo de vivir y desea comprobar prácticamente hasta qué punto es ello posible, que abrace sin tardanza la vida de los solitarios, imitando su fervor y su santa conducta; y verá que aquello que a primera vista parecía exceder las fuerzas humanas, lejos de ser inasequible, es de una suavidad extrema que garantiza su realización.

Pero ya es hora de abordar sus *Colaciones y* exponer su doctrina.

I PRIMERA CONFERENCIA DEL ABAD MOISES
DEL OBJETIVO Y FIN DEL MONJE

[18] 4 *I Thess.,* v, 17.

[5] Pasaje un tanto oscuro, pero de fácil aclaración. Alude Casiano a la historia del patriarca Jacob, que tuvo dos nombres. Primero fué llamado Jacob, o áea, el que suplanta a otro; por eso dice Esaú: «Justamente le fué impuesto el nombre de Jacob, porque me suplantó otra vez» *(Gen.,* xxvII, 35). Mas después que luchó contra el ángel, recibió de él la bendición y fué llamado Israel *(Gen.,* XXXII, 28), o sea, varón que ve a Dios. De igual manera, el monje que es verdaderamente piadoso, que por la lectura de los libros precedentes ha aprendido a suplantar y superar los vicios carnales, y, por tanto, ha merecido el nombre de Jacob espiritual, esto es, el nombre de «suplantador»; después, por la lectura de las *Colaciones,* será elevado a una contemplación más sublime para ser digno de llamarse Israel, es decir, «el que ve a Dios».

Capítulos: I. Del yermo de Escete y de la santa vida del abad Moisés.-II. Pregunta del abad Moisés sobre el objetivo y fin del monje.-III. Nuestra respuesta.-IV. Nueva pregunta del abad Moisés sobre el mismo tema.-V. Analogía del arquero que apunta al blanco.-VI. De los que renunciando al mundo van a la perfección faltos de caridad.VII. Que es necesario buscar la tranquilidad del alma.-VIII. Que nuestro principal esfuerzo debe orientarse hacia la contemplación de las cosas divinas. Del ejemplo de Marta y María.-IX. Se pregunta por qué los actos de virtud no permanecen con los hombres que los han realizado.X. Respuesta del abad Moisés: que no cesará la recompensa de la virtud, sino el acto primordial de ella.-XI. Perpetuidad de la caridad.-XII. Pregunta de Germán sobre la perseverancia en la contemplación.-XIII. Respuesta sobre el modo de enderezar la intención a Dios; y del reino de Dios y del diablo.-XIV. De la inmortalidad del alma.XV. De la contemplación de Dios.-XVI. Pregunta sobre la movilidad de nuestros pensamientos.XVII. Respuesta: Qué puede o no puede el alma tocante a sus pensamientos, XVIII. Comparación del asma con una muela de molino movida por el agua.-XIX. Los tres principios de nuestros pensamientos.-XX. Sobre el modo de discernir los' pensamientos comparándolo con el arte del hábil cambista.-XXI. Ilusión del abad Juan.-XXII. De cuatro maneras de discernimiento.-XXIII. Que la doctrina del maestro responde al mérito de su discípulo.

EN EL YERMO DE ESCETE

1. El desierto de Escete[191] fue la morada de los más esclarecidos Padres de la vida monástica y el hogar de la más encumbrada perfección. Pero entre tantas flores de consumada santidad que allí moraban, el abad Moisés se distinguía por el perfume más suave afín de su vida activa y de su contemplación [2].

Con ánimo de instruirme y fundar mi vida en su enseñanza, fui a su encuentro con el santo abad Germán'. Ambos, ya desde los primeros (p. 32) tiempos de nuestra conversión, cuando abrazamos las armas de la milicia espiritual, habíamos vivido en comunidad, tanto en el cenobio como en el desierto; y solía decirse, para expresar en qué grado de íntima unión estábamos solidarizados en el servicio de Dios, que no formábamos en dos cuerpos más que un sólo espíritu y un solo corazón.

De consuno pedimos con lágrimas al venerable abad una entrevista para nuestra edificación. Conocíamos de sobra la inflexibilidad de su carácter. No se resolvía fácilmente a franquear las puertas de la perfección, sino a aquellos que suspiraban por ella con fe sincera y la buscaban con un corazón contrito. Si él hubiese hablado de ella sin distinción a gentes que o no querían tal perfección o la deseaban con tibieza, hubiese temido-al descubrirla a hombres indignos que habían de acogerla con displicencia-revelar secretos que solamente tienen derecho a conocer aquellos a quienes anima la sed de perfección. Caso de

---

[19] Vasta zona **desértica de Egipto que adquirió gran fama por la multitud de monjes y ermitaños que moraron** en su soledad.

2 *Theorica virtute*, dice Casiano; es decir, por el don de la contemplación.

a Este Germán fué compañero de Casiano en todas sus correrías monásticas por los desiertos egip*cios*. *(Cfr. Inst.,* Presentación). Casiano le llama *abad* en sentido lato, como se les llamaba a los monjes y anacoretas avanzados ya en edad o aureolados por una fama de santidad.

proceder así, le hubiese parecido incurrir en culpa, obrando a impulsos de la jactancia y dando motivo a los reproches que suele acarrear la traición.

Mas, al fin, vencido por nuestras instancias, empezó así.

OBJETIVO Y FIN DEL MONJE

II. Todo arte-dijo—, toda profesión tiene su blanco y objetivo, es decir, su destinación particular o, lo que es lo mismo, el fin que le es propio[20] `. Todo el que quiera conseguir seriamente ese fin, se lo pone de continuo ante sus ojos. En esta visión sobrelleva todos los trabajos, peligros y pérdidas con gusto y ánimo igual.

Ahí tenéis, por ejemplo, al labrador. Desafía constantemente los rayos de un sol tórrido, hace caso omiso de la escarcha y el hielo, rompe infatigablemente la tierra, y da una y otra vez con la azada sobre la gleba indócil. Fiel a su divisa, corta las zarzas y abrojos, hace desaparecer las malas hierbas y vuelve la tierra, a fuerza de insistir, tan fina y muelle como la arena. A cambio del sudor de su trabajo, espera alcanzar su fin, que es una cosecha abundante, una mies fecunda, que le permitirá vivir en un futuro próximo al abrigo de toda necesidad, aumentando así sus haberes. Se le ve también vaciar gozoso sus trojes llenas de grano, y tras un trabajo incansable, encomendar la semilla a los surcos (p. 34) de mullida tierra. Y es que la perspectiva de la futura recolección le hace olvidar la pérdida presente.

Mirad también a los comerciantes. No temen arrostrar los azares y riesgos del mar incierto. No se arredran ante ningún peligro En alas de la esperanza, corren en pos de sus lucros y ganancias: es su fin.

Parejamente, los que siguen la carrera de las armas se sienten movidos por la ambición. El brillo lejano de honor y de poderío-que es el fin que se proponen-les hace insensibles a los peligros y a mil muertes que pudieran hallar en su carrera. Ni los sufrimientos ni las guerras del presente son parte para abatirles, puesta la mira en su objetivo, que no es otro que las grandezas que esperan conquistar.

Pues bien, lo mismo acontece en nuestra profesión monástica. También ella tiene su blanco, su objetivo, su fin particular. Para llegar a él sufrimos con tesón los trabajos que encontramos a lo largo del camino, y aún los llevamos con alegría. Ni los ayunos ni el hambre nos fatigan; nos deleita el cansancio de las vigilias; no nos bastan la asiduidad de la lectura y la meditación de las Escrituras, pues constituyen un placer para nosotros; la labor incesante, la desnudez, la privación de todo, el mismo horror que inspira esta vasta soledad, no son motivo para amedrentarnos.

Indudablemente, este fin es el que os ha hecho menospreciar el amor de vuestros padres, el suelo patrio, las delicias del mundo, y cruzar tantos países. Todo ello para poneros en contacto con gente ruda e ignorante, como somos nosotros, perdida en la ruda aspereza del desierto. Y si no, ¿cuál es, decidme, la intención, cuál el designio que os ha inducido a arrostrar de buen grado todas estas privaciones?

---

[20] [4] Casiano distingue aquí, intencionadamente, entre fin y skopos blanco u objetivo. Este último equivale a disposición, destinación y continua dirección de los medios oportunos para conseguir el fin. No obstante, ambos vocablos aparecen usados a menudo indistintamente.

III. Persistiendo él en conocer nuestros sentimientos, acabamos nosotros por contestar a su pregunta, diciendo que habíamos consentido en sufrir todas estas cosas con miras a alcanzar el reino de los cielos.

IV. Perfectamente-contestó él-. Habéis respondido muy bien por lo que atañe al fin. Sin embargo, es preciso que sepáis, ante todo, cuál es el medio que nos permitirá alcanzar ese fin, caso de que nos adhiramos a él constantemente. ¿Cuál es?

Aquí confesamos nosotros ingenuamente nuestra ignorancia.

Y prosiguió: en todo arte, repito, en toda profesión existe, como condición previa, un blanco, esto es, una constante aplicación del alma, una como tensión del espíritu que no nos abandona jamás. Si el hombre no es fiel a ella y no la sigue con todo el ardor y perseverancia de que es capaz, no podrá llegar al fin que desea, ni cosechar el fruto apetecido.

Porque aunque el fin del labrador, como hemos (p. 36) dicho, es el de vivir tranquilamente en la abundancia, gracias a su copiosa cosecha, por eso, precisamente, se le ve de continuo aplicado a su objetivo inmediato, que es el de tener limpio su campo de zarzas y hierbas inútiles. Está persuadido de que no obtendrá la abundancia y el reposo en el bienestar-que es el término de sus afanes—, si no posee de antemano y como en germen, con la esperanza de su trabajo, aquello de que espera él un día gozar realmente.

Lo mismo sucede al comerciante. No se toma punto de reposo en su afán de amontonar riquezas. Este deseo constante es el medio de aumentar su hacienda y forjarse una fortuna. Y en vano pretendería este fin, codiciando pingües ganancias, si antes no apelara a los medios que a ello conducen.

Finalmente, quienes ambicionan los honores del mundo se proponen, en primera línea, cargos y carreras, a los que deberán consagrarse por entero. Así podrán labrarse un porvenir y acariciar la esperanza de llegar un día a la dignidad suspirada, esta es, al logro de sus ambiciones.

De igual suerte, nuestra vida se endereza a un fin último, y este fin es el reino de Dios. Pera ¿cuál es el medio que nos lleva a ese fin?

Es éste un punto que reclama toda nuestra atención. Porque si no logramos conocerlo, nos fatigaremos inútilmente. Quien emprende un viaje y no conoce a punto fijo la trayectoria, tiene (p. 37) el trabajo del camino, pero no adelanta un paso en su marcha hacia la meta.

Viendo el anciano la admiración que nos causaban estas palabras, prosiguió, diciendo: el fin último de nuestra profesión es el reino de Dios o reino de los cielos, es cierto; pero nuestro blanco, o sea, nuestro objetivo inmediato es la pureza del corazón. Sin ella es imposible alcanzar ese fin. Concentrando, pues, la mirada en ese objetivo primario, corremos derechamente hacia aquel fin último, como por una línea recta netamente determinada. Y si nuestro pensamiento se aparta de esta finalidad previa, aunque no sea más que por unos instantes, debemos volver de nuevo a ella y corregir por ella nuestros desvíos, como por medio de una regla rectísima. Así, conjugando todos nuestros esfuerzos y haciéndolos converger en ese punto único, no dejaremos de advertir al instante nuestro olvido, por poco que nuestro espíritu haya perdido la dirección que se había propuesto.

ANALOGÍA DEL ARQUERO QUE APUNTA AL BLANCO

V. Ocurre le que con los arqueros cuando quieren hacer alarde de su pericia en presencia de un rey de la tierra. Los premios están descritas sobre pequeños blancos o escudos; todos procuran lanzar contra ellos sus dardos o sus flechas, Saben muy bien que a no dar en el (p. 38) blanco no habrán obtenido su objetivo, que es el premio establecido de antemano; y se harán con él si pueden dar en su centro.

Pero supongamos que quitáramos de su vista el blanco. Si, tirando al azar, su mirada se pierde lejos de la buena dirección, no advertirán el desvío de su mano, faltos de un punto de referencia que les advierta de la justeza de su tiro o de su deficiencia. Azotarán el aire inútilmente con sus flechas, sin que les sea posible discernir su error-por falta de blanco o de fin--, ni pueda su mirada indecisa[21]' ayudarles a rectificar el disparo.

Pues bien, aplicad esto a vuestra profesión. Su fin, según el Apóstol, es la vida eterna, en conformidad con aquellas palabras: «Tenéis por fruta la santidad y por fin la vida eterna» 6. Ese fruto u objetivo inmediato es la pureza de corazón, llamada por él, muy justamente, la santidad, y sin la cual sería imposible lograr ese fin. Dicho de otra manera: «Vuestro objetivo es la pureza de corazón, y tenéis por fin la vida eterna.» Hablando en otra parte de esta finalidad primera, el Apóstol emplea, de una manera muy significativa, la palabra «scopus», es decir, blanco u objetivo, y dice: «Dando al olvido lo que queda atrás, me lanzo en persecución de lo que tengo delante y corro hacia la meta, hacia el galardón de la soberana vocación del Señor»[22] 7. El griego es más claro todavía. Dice: κατα σκοπον διωκω «Yo corro con miras a alcanzar el blanco.» Como si dijera: «Siguiendo este objetivo, echando en olvido lo que queda atrás-es decir, los vicios del hombre viejo--, me esfuerzo por llegar al fin, que es la recompensa celestial.»

Abracémonos, pues, con todas nuestras energías a lo que puede encaminamos a lograr el objetivo de la pureza del corazón; evitemos, por el contraria, como funesto y malsano, lo que nos apartaría de él. Esta pureza es cabalmente la razón de ser de todas nuestras acciones y de todos nuestros sacrificios. Por ella, y para poder conservarla siempre intacta, hemos dejado a los padres, la patria, los honores, las riquezas. Todas las delicias y placeres del mundo nos parecen cosa deleznable.

Si nos proponemos esta meta, nuestros actos y nuestros pensamientos irán constantemente derechos a alcanzarla. Pero si no es ésta nuestra constante intención, nuestros esfuerzos, vanos e inciertos, se malograrán lamentablemente sin poder cosechar fruto alguno. Además, veremos surgir en nosotros un mundo de pensamientos que luchan entre sí. Porque es inevitable que el alma, que no tiene un lugar a donde ir y fijarse en él con preferencia, cambie a todas horas, a merced de las circunstancias, y viva al albur de los pensamientos que cruzan par ella. Así, convertida en juguete de las influencias del ambiente, cede a la primera impresión, variando de continuo según el sesgo que toman los acontecimientos.

---

[21] ***a Passivus obtutus, dice el texto,*** usando *de* un vocablo muy familiar a los escritores africanas y, en particular, a Tertuliano. Passivus es aquí lo mismo que vago, incierto, inconstante.

[6] Rom., vi, 22,

[22] Phi/., IIi_a 13-14,

VI. De ahí resulta que muchos que han menospreciado considerables riquezas, y no sólo enormes sumas de oro y plata, sino incluso magníficos latifundios, después de tanto sacrificio han ido perdiendo paulatinamente su paz, y se inquietan a lo mejor por un raspador, un estilete[23] 8, una aguja, una pluma. Si se hubiesen aplicado constantemente a conservar la pureza de la cerrazón, nunca la hubieran perdido por cosas tan baladíes. Máxime después de haber preferido despojarse en absoluto de bienes de tanto precio y valor antes que encontrar en ellos motivo para semejantes faltas.

Porque con frecuencia los hay que son tan celosos de un manuscrito, que no pueden sufrir que otro pose siquiera los ojos sobre él o lo coja con la mano. Con lo que, en lugar de aprovechar una ocasión que podría granjearles frutos de dulzura y caridad, les es motivo de impaciencia y de muerte. Después de haber distribuido todas sus riquezas por amor de Cristo, (p. 41) retienen el antiguo afecto de su corazón y lo ponen en semejantes naderías, prontos a montar en cólera por conservarlas. Son como los que carecen del amor de que habla San Pablo, y por lo mismo, su vida discurre sin fruto, en una total esterilidad. El Apóstol preveía en espíritu este mal: «Si yo distribuyera todos mis bienes a las pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tuviera caridad, de nada me serviría todo esto»[24] 9, decía él. Prueba evidente de que no se alcanza en seguida y como de un golpe la perfección por el solo hecho de despojarse, de renunciar a toda riqueza y menospreciar los honores, si no se une a todo esa esta caridad integral y perfecta, cuyas manifestaciones describe el Apóstol. Tal caridad no consiste más que en la pureza del corazón. Parque no conocer la envidia, ni la hinchazón, ni la cólera, no obrar por frivolidad, no buscar su propio interés, no contemporizar con la injusticia, no pensar mal de los demás, ¿qué otra cosa es sino ofrecer continuamente a Dios un corazón puro y sin mancilla y guardarlo intacto de toda pasión?

LA PUREZA DE CORAZÓN, FIN PRINCIPAL DEL MONJE

VII. La pureza del corazón será, pues, la piedra de toque y el término de nuestras acciones y de nuestros deseos. Por ella debemos abrazar la soledad, sufrir los ayunos, las vigilias, el trabajo, la desnudez, darnos a la lectura y a la práctica de las demás virtudes. Nuestro designio ha de ser guardar, merced a ellas, puro nuestro corazón de todas las malas pasiones y subir, como por otros tantos grados, hasta la perfección de la caridad.

Si una ocupación honesta y necesaria nos impide practicar los ejercicios acostumbrados de nuestra vida austera, no sucumbamos, por el amor desmedido a nuestras observancias, a la tristeza, a la cólera o a la indignación[25] 1°. Y ello porque precisamente para contrarrestar esos vicios hacíamos nosotros todo eso que nos vemos ahora obligados a omitir. No es tanto lo que se gana por la práctica de un ayuno como lo que se pierde por un momento de cólera; y el fruto que sacamos de la lectura, no iguala al daño que nos causamos por el menosprecio de un hermano.

---

[23] 8 Graphium, instrumento usado por griegos y ro• manos para escribir sobre las tablillas enceradas,

[24] I Con, **XIII,** 3,

[25] lo Hermosa y. sólida doctrina espiritual que considera los ejercicios de piedad y prácticas de supererogación en función de medios para conseguir el fin. De ella se harán eco los grandes maestros de ospíritu. Cfr. S, Tomás, 2.°, 2.°, q. 184, a, 3,

Conviene, por consiguiente, supeditar las cosas que están en un plano secundario, como, por ejemplo, los ayunos, vigilias, retiros y meditación de las Escrituras, a nuestro fin principal, esto es, a la pureza del corazón, que es la caridad, y no menoscabar, merced a cosas que tienen un valor puramente relativo, la virtud primordial que es reina de todas las almas. Preciso es que, permaneciendo ésta intacta, nada sea capaz de perjudicarla en lo más mínimo, aun cuando la necesidad nos obligue a omitir alguna práctica accesoria. Porque de nada nos serviría una fidelidad meticulosa en todas las cosas si echáramos en olvido lo que es primero y a lo que está ordenado todo lo demás.

Por igual razón, un artesano se dispone a procurarse los instrumentos propios de su oficio. Pero no con el designio de tenerlos solamente, sin hacer uso de ellos. El fruto que espera sacar de esos utensilios no lo hace consistir solamente en su mera posesión, sino en lograr por su medio la pericia del arte a que conducen, y por ende, el fin de su profesión.

Así, los ayunos y vigilias, la meditación de las Escrituras, la desnudez, el estar despojado de toda riqueza, no constituye de suyo la perfección, sino los instrumentos de la perfección. Porque no consiste en esas cosas el fin de este gran arte, sino que obran en función de medios para llegar al fin. Luego sería vano empeño aplicarse a estas prácticas si uno pusiera en ellas el afecto de su corazón como podría ponerlo en un soberano bien. En tal caso, satisfecho ya con esto, no daría mayor elevación a su celo ni tendría más altas aspiraciones para llegar a obtener el fin, al cual deben enderezarse todos aquellos ejercicios. Este tal poseería, ciertamente, los instrumentos de su arte; pero ignoraría su objeto; en el cual consiste todo el fruto que se desea.

En consecuencia: lo que puede ser parte para empañar la pureza y tranquilidad de nuestra alma, *debe***,** pues, evitarse a todo trance como pernicioso, aun cuando parezca muy útil y necesario. Esta norma nos permitirá escapar a la disipación producida por el error y a las divagaciones que nos hacen caminar a la ventura. Y así es como llegaremos a la meta deseada, guiados por la línea recta de nuestra buena intención.

VIII. Por tanto, éste debe ser nuestro principal objetivo y el designio constante de nuestro corazón: que nuestra alma esté continuamente adherida a Dios y a las cosas divinas. Todo lo que la aparte de esto, por grande que pueda parecemos, ha de tener en nosotros un lugar puramente secundario o, por mejor decir, el último de todos. Inclusive debemos considerarlo como un daña positivo.

El Evangelio nos proporciona, en las personas de Marta y María, una hermosa imagen de esta actitud del alma siempre aplicada a las cosas celestiales, así como de las actividades que de ellas pueden apartarla.

Era un oficio muy santo el que desempeñaba Marta, puesto que servía al mismo Señor y a sus discípulos. Sin embargo, María, atenta solamente a la doctrina espiritual, permanecía a los pies de Jesús, cubriéndoselos de besos y los ungía con el perfume de su generosa compasión. Ahora bien, es ella a quien el Señor prefiere. Ha escogido la mejor parte, que, por cierto, no le será quitada. Marta, por lo demás, ocupada por completo en su piadoso oficio de ama de casa, se da cuenta de que no podrá desempeñar por sí sola un servicio tan absorbente. Y pide al Señor la ayuda de su hermana: « ¿No te importa que mi hermana me deje a mí sola en el servicio? Dile, pues, que me ayude»". No solicita a María para una obra humilde, sino para nobles quehaceres. Y, sin embargo, ¿cuál es la respuesta del Señor?: «Marta, Marta, te inquietas y te

turbas por muchas cosas; pero pocas son necesarias, o más bien una sola. María ha escogido la mejor parte, que no le será arrebatada»[26] 12.

Ya veis que el Señor coloca el bien principal en la «teoría», es decir, en la contemplación divina. De donde se sigue que las otras virtudes, par buenas y útiles que nos parezcan, deben, no obstante, ser relegadas a segundo término, supuesto que todas ellas se alcanzan por mediación de ésta. Porque al decir el Señor: «Andas muy solicita y te turbas por muchas cosas; pera pocas son necesarias, o más bien una sola», sitúa el bien soberano, no en la acción, por laudable y fecunda que parezca en resultados, sino en la contemplación de El misma, contemplación que es en verdad simple y pura. Bastan muy pocas cosas, dice, para la perfecta felicidad; esto es, para aquella «teoría» que se ocupa en meditar los ejemplos de un pequeño número de santos. Aquel que por la consideración de tales ejemplos va aprovechando en la contemplación, irá elevándose de aquí hasta el único necesario, hasta la visión de sólo Dios, por medio de su gracia. Y aun sobrepujando entonces las acciones de estos santos y sus prodigios, el alma no se nutrirá en adelante de otra alimento que de la hermosura de la contemplación y conocimiento de Dios.

«María, pues, ha escogido la mejor parte y no le será quitada.» Estas palabras requieren que las consideremos con mayor atención. Porque al afirmar que «María ha escogido la mejor, parte», el Señor nada dice en realidad sobre el proceder de Marta, de modo que no parece vituperarla en absoluto. Sin embargo, por el mismo hecha de encomiar a la primera, declara a la segunda inferior a ella. Además, al añadir «que no le será arrebatada», da a entender que Marta puede verse privada de su parte; toda vez que los servicios de la vida activa, en *que* el cuerpo se ocupa exclusivamente, no *pueden* perdurar para siempre con el hombre, siseo que terminan con su existencia; en cambia, el quehacer de María jamás tendrá fin.

POR QUÉ LOS ACTOS DE VIRTUD NO PERMANECEN CON LOS HOMBRES QUE LOS HAN REALIZADO

IX. GERMÁN. Estas palabras nos causaron honda impresión. ¿Por qué-nos preguntamos-los ayunos, la asiduidad en la lectura, las obras de misericordia y de justicia, la prestación personal que hacemos de nosotros mismos a nuestros hermanos, la hospitalidad, todos los actos, en fin, de virtud, nos serán un día arrebatados y no podrán subsistir con nosotros que los hemos puesto por obra? Más: si el mismo Señor promete como recompensa a todas estas obras el reino de los cielos al decir: «Venid, benditas de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber»[27] '[3], etc., ¿cómo es posible que nos veamos privados precisamente de aquello que nos introduce en el reino de los cielos?

X. Moisés. No he dicho que el merecimiento de las buenas abras se nos haya de quitar, cuando el Señor dice: «El que diere de beber a uno de estos pequeños sólo un vaso de agua fresca, por razón de ser mi discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa»". Lo (p. 48) que digo es que terminará el acto material, que es necesario se dé en la actualidad por las exigencias ineludibles

[26] " *Lc.,* x, 40. iz Ibíd., x, 42.

4&

[27] " Mr., xxv, 34-35. [14] MI., x, 42.

del cuerpo, los asaltos de la carne que hay que reprimir y la diversidad de condiciones que existen en este mundo.

La lectura asidua y las maceraciones del ayuno, en tanto son de utilidad para purificar el corazón y castigar la carne en la vida presente, en cuanto «que la carne lucha contra el espíritu» [28]15. Y aún vemos que esas mismas prácticas de virtud cesan a veces, incluso en esta vida, para aquellos que se sienten agotados por un trabajo excesivo o por la enfermedad o la vejez, y no pueden, por tanto, ejercitarse en ellas de una manera habitual. Pues ¿con cuánto mayor motivo cesarán en la vida futura cuando «este cuerpo corruptible será revestido de incorruptibilidad» 16, y este cuerpo «animal» resucitará «espiritual» [17]; y la carne transfigurada no luche ya contra el espíritu? El Apóstol lo afirma claramente: «La gimnasia corporal es de poco provecho; pero la piedad-la caridad, sin duda alguna, hay que entender aquí-es útil para todo y tiene promesas para la vida presente y para la futura» 18. Decir que la utilidad del ejercicio corporal es de una duración limitada, equivale a proclamar paladinamente que no podemos entregarnos de continuo a él y que por si sólo no puede darnos la perfección, por mas que lo practiquemos. En efecto, esta expresión de « limitación» puede tener doble sentido. O significar la brevedad de la duración, y que el ejercicio corporal no puede ser coeterno con el hombre, es decir, ser compañero inseparable de él durante el tiempo ni durante la eternidad; o significar el mínimo de provecho que sacamos del ejercicio corporal, ya que, en realidad de verdad, las maceraciones de la carne marcan un mero principio en la vida de progreso espiritual, pero no engendran la caridad perfecta, a la que se prometen los bienes de la vida presente y de la futura. Sin embargo, juzgamos como necesarios estos ejercicios exteriores porque sin ellos es imposible escalar las cumbres del amor.

Habéis hablado, además, de las obras de caridad y de misericordia. También son necesarias en esta vida, mientras haya en el mundo tanta variedad de estarlos y condiciones sociales. Pero no repararíamos en ellas ni aun aquí abajo, de no existir ese número incontable de pobres, menesterosos y enfermos a que ha dado lugar la injusticia de los hombres. Me refiero a esos hombres que han monopolizado para su uso privado ---pero sin servirse de ello-lo que el común Hacedor quiso conceder a todos. Así, pues, mientras reine en este mundo la diferencia de esos rangos sociales, tales obras serán necesarias y de provecho a quien las realice; la herencia eterna será el premio a su bondad y a su caridad. Pero en el siglo futuro reinará la igualdad. Cesarán entonces las obras de misericordia, pues no habrá ya diferencia que pueda hacerlas necesarias ni justificar por lo mismo su existencia. Los que las ejercitaban pasarán de la multiplicidad de la vida activa a la caridad de Dios y a la contemplación de las cosas divinas en una eterna pureza de corazón. A esta virtud se han dado por entero en este mundo - reuniendo todas sus energías y conjugándolas en un único esfuerzo - aquellos que arden en deseos de conocer la ciencia de Dios y purificar su alma. Consagrándose de lleno, mientras vivían en esta carne mortal, al oficio sublime en que se emplearán después de terminada esta vida corruptible, vendrán a gozar de la realidad de aquella promesa de nuestro Salvador, que dice: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios»

---

[28] 15 18 17 18
Gal., v, 17.
1 Cor., xv, 53. Ibíd., 54.
1 Tim., IV 8,

XI. Y ¿por qué os admiráis de que las obras susodichas han de pasar, cuando el Apóstol afirma que hasta los carismas más sublimes del Espíritu Santo son pasajeros y que sólo la caridad permanecerá sin fin? «Las profecías - dice - - tienen su fin, las lenguas cesarán, la ciencia se desvanecerá» =". Mas en cuanto a la caridad, ase ara: «La caridad no pasa jamás»[29] 21.

Los dones, en efecto, se nos dan en este mundo para que usemos de ellos según la necesidad y por un tiempo. Terminada la presente economía espiritual, dejarán de ser. La caridad, en cambio, no cesará con el tiempo. Porque no solamente obra aquí abajo nuestra salvación, sino también permanecerá en la vida futura de una manera mucho más eficaz y excelente, cuando, libre del peso de las necesidades del cuerpo y al abrigo de toda corrupción, se unirá el alma a Dios en la eterna incorruptibilidad. Entonces subsistirá con una llama más viva y una adhesión mucho más íntima.

SOBRE LA PERSEVERANCIA EN LA CONTEMPLACIÓN

XII. GERMÁN**.** Según esto, ¿quién podrá, viviendo en esta carne frágil, estar tan aplicado a esta divina contemplación, que su pensamiento viva siempre al margen de lo que ocurre en torno suyo? Así, por ejemplo, ¿cómo podrá permanecer en la contemplación prescindiendo de la llegada de un hermano, de la visita de un enfermo, del trabajo manual, de las exigencias de la hospitalidad para con los peregrinos o para con cualesquiera personas que visitan su morada? ¿Quien, en fin, podrá dejar de interrumpir su contemplación ante el deber ineludible de atender a su propia subsistencia y a las necesidades más elementales que el cuerpo reclama? Quisiéramos nos enseñaras de qué manera y en qué (p. *52)* medida puede el alma unirse inseparablemente al Dios invisible e incomprensible.

XIII. Moisés. Adherirse a Dios sin cesar y permanecer unido a El por la contemplación en la forma que tú dices, ciertamente es imposible al hombre en la fragilidad de la carne. Pero es necesario que sepamos dónde hemos de tener siempre fijo nuestro espíritu, y hacia qué objeto tenemos que dirigir constantemente la intención del alma. Si hemos tenido la dicha de lograr este ideal, alegrémonos. Lloremos, por el contrario, y suspiremos, si nos hemos abandonado a sabiendas a la distracción. Comprendamos que nos hemos apartado del sumo bien cuantas veces nos percatemos de que nuestro espíritu anda envuelto en otros pensamientos. Debemos considerar como una infidelidad a nuestros ojos el alejarnos, aunque no sea más que un instante, de la contemplación de Cristo. Luego que la mirada del alma se haya desviado de este divino objeto, volvámosla de nuevo hacia él y dirijámosle, como a norma rectísima de nuestra vida, los ojos del espíritu.

Toda consiste en recogernos, en sumergirnos en ese santuario profundo del alma. Cuando el diablo ha sido arrojado de él y los vicios no tienen ya dominio alguno en ese santuario, se establece en nosotros el reino de Dios. «El reino de Dios, dice el Evangelista, no vendrá ostensiblemente. Ni podrá decirse: Helo aquí, o allí, porque el reino de Dios está dentro de vosotros;>[30] 22. Ahora bien, en nosotros no puede existir más que el conocimiento o la ignorancia de la verdad, el amor al vicio o a la virtud. De ahí que demos la realeza de nuestro

---

[29] __ *10 Mt., v, 8.*
:v 1 Cor., XIII, 8. 21 *Ibíd.*
[30] *=' Lc.,* **XVII,** *20-21. -'' Rom.,* xiv, 17.

corazón o al diablo, o a Cristo. El Apóstol, por su parte, describe así la naturaleza de este reino: «El reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, y paz, y gozo en el Espíritu Santo» 23.

Si, pues, el reino de Dios está dentro de nosotros, y consiste en la justicia, la paz y la alegría, todo aquel que posee estas virtudes está, sin duda alguna, en el reino de Dios; y, al contrario, todo el que vive en la injusticia, la discordia y la tristeza que produce la muerte, es miembro del reino del diablo, del infierno, de la muerte; puesto que por estas señales se reconocen y distinguen ambos reinos.

Consideremos, por tanto, con los ojos del alma el estado en que viven las potestades celestes. ¡Ah, ellas sí que están realmente en el reino de Dios! ¿Qué pensar de esta vida bienaventurada? Verdaderamente es un gozo sin solución de continuidad, una alegría sin fin. ¿Y hay nada tan propio de la verdadera beatitud y más conforme con ella que la constante tranquilidad y la eterna alegría?

Pero más que mi opinión personal, más que (p. *54)* meras conjeturas, quiero que tengáis de la verdad de mis palabras otra garantía mejor: la autoridad del mismo Señor. Escuchad cómo pinta con trazos de luz la calidad y condiciones de ese mundo que ha de venir: «He aquí, dice, que voy a crear cielos nuevos y una tierra nueva, y ya no se recordará lo pasado ni habrá ya memoria de ello; sino que gustaréis un gozo y una alegría eternos en lo que yo voy a crear»[31] 24. Y de nuevo: «Habrá allí gozo y alegría, acción de gracias con cantos de alabanza, de novilunio en novilunio y de sábado en sábado» [2]S Y aún: «El gozo y la alegría serán su herencia, y huirán el dolor y el llanto» 26. Si deseáis todavía más luz sobre lo que son la vida y la ciudad de los santos, oíd lo que dice la voz del Señor, dirigiéndose a la Jerusalén celestial: «Te daré por magistrado la paz, y por soberano la justicia. No se hablará ya de injusticia en tu tierra, ni de saqueo y ruina en tu territorio. La salud estará sobre tus muros, y la alabanza a tus puertas. Ya no será el sol tu lumbrera, ni te alumbrará la luz de la luna. El Señor será tu eterna claridad, y tu Dios será tu gloria. Tu sol no se pondrá jamás, y tu luna no se esconderá, porque será el Señor tu eterna luz y se acabarán los días de tu luto»".

El sentir del Apóstol sintoniza perfectamente con estos textos. Porque no dijo San Pablo que el reino de Dios consistía en la alegría de una manera general y absoluta, sino que precisa y especifica que se trata de una alegría o gozo en el Espíritu Santo. El sabía de sobra que existe otra alegría, una alegría reprensible de la cual está escrito: «El mundo se alegrará» [11]. «Ay de vosotros los que ahora reís, porque lloraréis»`.

Notemos, finalmente, que el reino de los cielos puede tomarse en tres sentidos diferentes; o que los cielos, es decir, los santos reinarán sobre los demás hombres, sometidos a su imperio, según esta palabra: «Tú recibe el gobierno de cinco ciudades, y tú de diez»[32] *39;* y esta otra dirigida a los discípulos: «Os sentaréis sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel» [11]; o bien, que los mismos cielos vendrán a ser el reino de Cristo, cuando, estándole todo sujeto, llegará la hora en que Dios será «todo en todos» 12; o, en fin, que los santos reinarán en los cielos con el Señor.

---

[31] *IS.,* LXV, *17-18.*
IS., LI, *3,* y LXVI, *23. IS., xxxv, 10.*
Is., xx, 17-20.
[32] Jo., XVI, *20. Lc., vi, 25. Lc., xIx, 19 y 17. .M:., xIx, 28.*
1 Cor., xv, 28.

DE LA INMORTALIDAD DEL ALMA

XIV. Que lo sepan todos los que viven en este cuerpo mortal: a cada uno le destinará Dios en la otra vida la mansión y ministerio que habrá escogido en este mundo como herencia suya y al cual se habrá consagrado; y en la eternidad estará en compañía de aquel de quien se preció ser ministro y seguidor.' Así lo expresa aquella sentencia del Señor que dice: «Si alguno me sirve, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor» 33.

Así como el hombre, contemporizando con el vicio, se hace acreedor al reino del diablo, así el reino de Dios se alcanza por la práctica de la virtud, la pureza del corazón y la ciencia espiritual. Ahora bien, donde está el reino de Dios se encuentra también la vida eterna. Mas donde reina el diablo, se halla, sin duda, la muerte, el infierno; y el desventurado que mora en él, se ve, quiera o no, en la impotencia de alabar a Dios, según la palabra del Profeta: «No son los muertos los que te alabarán, Señor, ni cuantos bajan al infierno-al infierno del pecado, sin duda alguna-, sino nosotros, dice, que vivimos-no para el vicio ni para este mundo, sino para Dios--, somos los que alabamos al Señor ahora y por toda la eternidad» 3`. «Pues no hay nadie en la muerte que haya memoria de Dios; en el infierno-del pecado-, ¿quién alabará al Señor?» [33]35 Esto es: nadie. En efecto, nadie alaba a Dios si peca, aunque mil veces haga profesión de ser cristiano o se precie de ser monje; nadie puede jactarse de pensar en Dios y tenerle presente si hace lo que es abominable a la divina majestad; ni puede decirse con verdad servidor de aquel cuyos mandamientos desprecia con semejante temeridad y petulancia.

Muerta está con esta muerte la viuda que vive en las delicias, nos declara el Apóstol: «La que lleva vida libre, viviendo, está muerta»". Hay también muchos que viven, y que, sin embargo, están muertos. Estos tales yacen en el infierno, puesto que lo merecen, no pudiendo alabar a Dios. En cambio, muchos están muertos a la vida del cuerpo, y con el espíritu bendicen y alaban a Dios, según aquello: «Bendecid espíritus y almas de los justos al Señor» 37, y: «Que todo espíritu alabe al Señor» '8. Se dice asimismo en el Apocalipsis que las almas de los que han sido inmolados, es decir, de los mártires no solamente dan gloria a Dios, sino que ruegan por los suyos" Y nuestro Señor habla más claramente aún a los saduceos, en el Evangelio: « ¿No habéis leído lo que Dios os ha dicho: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? No es Dios de muertos, sino de vivos» [344]°. Todos, efectivamente, viven para Dios. Y el Apóstol dice de estos misma patriarcas: «Por eso Dios no se avergüenza de llamarse Dios suyo., porque les ha preparado una ciudad » °'.

Que las almas separadas de sus cuerpos no permanecen inactivas ni privadas de sentimiento, lo muestra claramente la parábola del mendigo Lázaro y del rico vestido de púrpura. El primero merece la más honrosa y feliz de las condiciones, esto es, el descanso en el seno de Abraham; el otro es presa de las intolerables llamas del infierno'. Y si consideramos las palabras dirigidas al buen ladrón: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso» [35]43, ¿qué otra cosa significan sino que en

---

[33] 37 3a as
COLACIONES
Ps. vi, 6.
I Tim., v, 6. *Dan., in, 86. Ps.* CL, *6. Apoc., vi, 9-10.*
[34] *Mt., xxii, 31-32. Hebr., xi, 16.. Lc., xvl, 18 ss, Lc.,* **xxlll,** *43.*
[35] 44 Jo., *in, 13.*

las almas queda la noticia de las cosas de aquí abajo, y, además, guardan una especie de armonía con sus méritos, de suerte que se les da el lugar a que se hicieron acreedoras en la tierra? Jamás el Señor le hubiera hecho al ladrón semejante promesa si su alma, una vez separada de su cuerpo, hubiera tenido que verse privada de todo afecto o sentimiento, o quedar reducida a la nada. Porque no era su cuerpo, sino su alma, la que debía entrar con Cristo en el paraíso.

Es menester aquí ponerse en guardia contra la puntuación torcida que han dado algunos herejes a este pasaje. Hay que rechazarla de plano, pues es un error a todas luces evidente. No queriendo creer que Cristo pudo encontrarse en el cielo el mismo día que bajó a los infiernos, leen así la frase: «En verdad te lo digo hoy.» Aquí separan el texto; luego prosiguen: «Tú estarás conmigo en el Paraíso.» Con ello pretenden explicar que esta promesa no se cumplió inmediatamente después de la muerte del Señor, sino sólo después de su resurrección. Y no comprenden que mucho antes del día de su resurrección decía Jesús a los judíos, que le creían sujeto como ellos a las miserias y estrecheces de la carne: «Nadie sube al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo»".

Todo esto muestra bien a las claras que las almas de los difuntos no sólo no están privadas de sus facultades intelectuales, sino que incluso puede experimentar el sentimiento de la esperanza y de la tristeza, de la alegría y del temor; que antes del juicio universal empiezan ya a pregustar algo de lo que les está reservado (p. 60) para después[36] *. En fin, no es cierto—como querían algunos infieles-que las almas queden reducidas a la nada al salir de este mundo; al contrario, entonces es cuando viven una vida más intensa y se emplean más activamente en la alabanza divina.

Pero prescindamos ahora por un instante de los testimonios de la Escritura, para razonar un poco sobre la naturaleza del alma, en cuanto es posible a la mediocridad de mi inteligencia. ¿No será el colmo, no digo ya de la necedad, sino de la demencia, suponer que la porción más preciosa del hombre, la que lleva en si, según el Apóstol, la imagen de Dios y su semejanza", pueda, una vez libre de la carga de este cuerpo mortal que la debilita, llegar a ser insensible, ella que, poseyendo en sí misma toda la vitalidad de la razón, da por participación la sensibilidad a la misma materia inanimada e insensible? ¿Por ventura no exigen más bien la lógica y la razón que, libertada del peso de esta carne grosera que ahora entorpece su vida, el alma halle de nuevo y con ventaja sus facultades intelectuales, y, lejos de perderlas, cobren más pureza, haciéndose más límpidas y delicadas?

El Apóstol estaba tan firmemente persuadido de esta verdad, que llegó hasta desear salir de esta carne, para que, separado de ella, pudiera unirse más íntimamente a Dios: «Tengo - dice - deseo de verme libre de las ataduras de

[36] Esta aserción de CAsIANo no concuerda exactamente, sobre este punto concretó, con la doctrina católica, la cual enseña que las almas de los difuntos, inmediatamente después de la muerte de éstos, comparecen para el juicio particular, a resultas del cual pasan, según los casos, bien directamente a gozar de la visión beatífica, bien a un estado transitorio de purgación de sus faltas, o bien a la condenación eterna. No se trata, pues, en el primer caso, de un «pregusto», sino de una verdadera visión «facie'» de Dios, sin necesidad de esperar al juicio universal y msurrección de la carne. Así se expone en diversos documentos del Magisterio eclesiástico, sobre todo en la Constitución «Benedictus Deus», dada por el Papa Be~ nedicto XII en el año 1336. Cfr. DENZINGER-UMBER, *Enchiridion Symbolorum,* nn. 530 y 531. Véase también el mismo *Enchiridion,* nn. 464 y 693.

[45] 1 Cor., xi, 7, y Col., 111, 10.

este cuerpo y estar con Cristo, lo cual es mucho mejor» 46, porque «mientras moramos en este cuerpo, estamos distantes del Señor»[37]". Y también: «Llenas de una intrepidez confiada, preferimos más ser separados del cuerpo, a fin de gozar de la vista del Señor. Por esta razón todo nuestro conato consiste en hacernos agradables a El, ora habitemos en el cuerpo, ora salgamos de él» 4g. Así declara que la permanencia del alma en la carne es como un destierro que la mantiene alejada del Señor, una separación o ausencia de Cristo. Tiene, por lo demás, toda la confianza, de que salir de este cuerpo es un acercarse, un ir a juntarse con Cristo. Con más evidencia aún, hace hincapié, en otro pasaje, sobre el estado de vida intensa propio de las almas: «Pero vosotros, dice, os habéis allegado al monte de Sión, a la ciudad del Dios vivo, a la Jerusalén celestial y a las miríadas de ángeles, a la asamblea de los primogénitos que_ están escritos en los cielos, y a los espíritus de los justos perfectos» °'. Aludiendo aún a los espíritus bienaventurados, afirma: «Por otra parte, hemos tenido a nuestros padres carnales, que nos corregían y nosotros los respetábamos; ¿no hemos de someternos mucho más al Padre de los espíritus para alcanzar la vida?» [38]"'

LA CONTEMPLACIÓN DE DIOS

La contemplación de Dios puede entenderse de muchas maneras. No sólo conocemos a Dios por la admiración de su esencia incomprensible-felicidad escondida que tenemos esperanza de alcanzar en la otra vida-, sino, también, por las grandezas de sus criaturas, por la consideración de su justicia, por su providencia que aparece diariamente en el gobierno del mundo. Asimismo, cuando con atención y pureza de alma vamos recorriendo la conducta observada (p 63) por Dios sobre sus santos de generación en generación, y cuando admiramos con un corazón temeroso el poder con que gobierna, modera y rige todas las cosas, su ciencia sin límites y esa mirada suya a que no puede sustraerse el secreto del corazón humano. Cuando pensamos que ha contado las arenas del mar y el número de sus olas, y al considerar que cada gotita de lluvia, cada uno de los días y de las horas de que se forman los siglos, todo lo que fue y lo que será está presente en su conocimiento. Cuando, llenos de estupor, reflexionamos sobre la inefable clemencia que le hace soportar los crímenes sin número cometidos a cada instante ante sus ojos, sin que su longanimidad se agote jamás. Cuando recapacitamos en la vocación que nos ha dado gratuitamente con anterioridad a todo mérito de nuestra parte y por un efecto de su infinita misericordia. Cuando reparamos en las ocasiones de salud que nos ha proporcionado para realizar en nosotros su plan de filiación divina, pues El ha querido que naciéramos en momentos y circunstancias en que fuera posible que alguien, ya desde la cuna, nos diera noticia de su gracia y de su ley. No sólo eso, sino que, después de haber triunfado El mismo en nosotros del adversario, únicamente a trueque del asentimiento de nuestra buena voluntad, nos recompensa con tina felicidad y premio eternos. Cuando, en fin, le vemos emprender por nuestra salud la gran obra de su encarnación, y hacer extensivos (p, 64) por igual a todos los pueblos los beneficios de sus admirables misterios.

Otras maneras hay, casi innumerables, de contemplar las cosas divinas. Nacen en nuestra mente, según la perfección de nuestra vida y la pureza de nuestro corazón. Merced a ellas, una mirada pura basta para ver a Dios o, por lo menos, mantenerse junto a El. Pero nadie podrá retenerlas largo tiempo, ni

[37] Phil., 1, 23. 11 Cor., v, 6. Ibíd., B, 9.
[38] ,9 *Hebr.,* xii, 22-23. *Ibíd., 9.*

perseverar en esta contemplación, si queda en su alma algún vestigio de afectos carnales: «No podrás ver mi faz, dice el Señor, pues no puede verme el hombre y continuar viviendo»[39] [51]: el hombre se entiende que vive para el mundo y está envuelto en sus afectos terrenos.

SOBRE LA MOVILIDAD DE NUESTROS PENSAMIENTOS

XVI. GERMÁN**.** ¿Cómo explicar, pues, que, aun a pesar nuestro, y lo que es más, sin advertirlo, los pensamientos inútiles se deslizan en nosotros de una manera tan sutil y solapada, que no sólo constituye una gran dificultad rechazarlos, sino incluso tener conciencia de ellos y reconocerlos? ¿Es posible que nuestra mente pueda algún día hallarse libre de estas miserias y no verse sorprendida jamás por esta especie de ilusiones?

XVII. Moisés. Es ciertamente imposible que la mente no se vea envuelta en múltiples pensamientos; pero aceptarlos o rechazarlos sí que es posible al que se lo propone. Aunque su nacimiento no depende enteramente de nosotros, está desde luego en nuestra mano el darles acogida o soslayarlos[40] 32.

Sin embargo, aunque hemos dicho que es imposible que la mente no se vea asaltada por múltiples pensamientos, no hay que achacarlo todo de una manera absoluta a la violencia de sus asaltos, ni a los malos espíritus que intentan introducirlos en nosotros. Si así fuera, no quedaría en el hombre libre albedrío ni habría en nosotros poder alguno para reformarnos. Por el contrario, digo que depende en gran parte de nosotros el corre ir y aquilatar nuestros pensamientos y hacer que crezcan en nuestro corazón los santos y espirituales a que prevalezcan los terrenos y carnales.

Por eso nos valemos de ordinario de la lectura asidua y de la meditación de las Escrituras, para brindarnos la ocasión de procurar a nuestra memoria pensamientos divinos. De ahí también el canto repetido de los salmos para que se nos dé materia de constante compunción. De ahí, finalmente, la asiduidad de las vigilias, ayunos y oraciones, para que la mente así purificada pierda el gusto de las cesas terrenas y (p. 66) contemple las celestiales. En cambio, si por nuestra negligencia echamos en olvido estos ejercicios, preciso es que nuestra alma se vea envuelta en las tinieblas de los vicios e, inclinándose del lado de la carne, se precipite al cabo en sus abismos.

XVIII. Esta tarea del corazón puede compararse, no sin motivo, a la muela del molino que gira veloz a impulsos de una rápida corriente. Bajo la acción incesante del agua, no puede estar queda ni dejar de accionar en su labor. Sin embargo, está en manos del molinero hacer que molture a su placer el trigo, centeno o cebada. Y es lo cierto, que la rueda no triturará sino lo que tendrá a bien introducir aquel a quien incumbe este cometido.

Así, también el alma se siente como prensada en la vida presente. De todas partes los torrentes de la tentación se precipitan sobre ella y le imprimen un movimiento, que no es otra cosa que un flujo incesante de pensamientos de que no puede sustraerse. Pero qué pensamientos le será lícito aceptar y cuáles deberá procurarse, esto depende de su celo y de su diligencia.

---

[39] 51 *Ex.,* **xxxIII, 20.**

[40] *az* Se entiende con la gracia de Dios, que no excluye, sin embargo, nuestra cooperación e industria.

Pues si, como dijimos, recurrimos a la meditación constante de las Escrituras, y evocamos en nuestra mente el recuerdo de las realidades sobrenaturales, así como el deseo de la perfección y la esperanza de la futura bienaventuranza, necesariamente los pensamientos que nacerán de ahí no podrán menos de ser espirituales y mantendrán al alma en las alturas en que habrá vivido por la meditación. Pero si, cediendo a la desidia y a la negligencia, nos distraemos en conversaciones inútiles o culpables, y nos derramamos en los cuidados de este mundo y en preocupaciones superfluas, es lógico entonces que se origine coro» una especie de cizaña que aportará a nuestra alma un trabajo de trituración sumamente pernicioso. Y entonces se realizará en nosotros la sentencia del Salvador: donde estuviere el tesoro de nuestras obras y de nuestros pensamientos, allí estará nuestro corazón[41] ".

LOS TRES PRINCIPIOS DE NUESTROS PENSAMIENTOS

XIX. Nos importa saber, ante todo, que son tres los principios de que se originan nuestros pensamientos: Dios, el demonio y nosotros mismos.

En primer lugar, son de Dios aquellos pensamientos que El se digna infundirnos cuando nos visita por una iluminación del Espíritu Santo, elevándonos a un estado de mayor perfección, o al castigarnos can una saludable compunción por las ocasiones en que hemos dejado de progresar, o por las caídas debidas a nuestra indolencia y cobardía. Lo mismo hace cuando nos descubre los misterios del cielo e inclina nuestra voluntad a mejores acciones y propósitos. Ejemplo de ello lo tenemos en el rey Asuero. Castigado por el Señor, se siente movido a ojear los anales de su reino; éstos le hacen recordar los servicios de Mardoqueo. El le otorga entonces los cargos más honoríficos, y al instante revoca la cruel sentencia de muerte fulminada por él contra el pueblo judío [425]'.

Esto mismo confirma el Profeta cuando dice: «Oiré lo que habla en mi el Señor Dios» 55. Y este otro, que declarar «Y el ángel que hablaba en mí dijo» 56. Y también cuando el Hijo de Dios promete venir con su Padre y establecer en nosotros su morada 57. Y cuando dice: «No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que habla en vosotros» 58. Lo mismo afirma San Pablo, el vaso de elección: «Buscáis experimentar que en mí habla Cristo» [59].

La trama de nuestros pensamientos nace del diablo, cuando se esfuerza por provocar nuestra caída. Para ello se sirve de la atracción que ejerce en nosotros el vicio, o bien pone en juego toda su habilidad para urdir secretas estratagemas y presentarnos con sutil artificio el mal bajo apariencia de bien, transformándose a nuestros ojos en ángel de luz [43]6°. Nos ofrece un ejemplo de ello este pasaje del Evangelio: «Y comenzada la cena, cuando ya el diablo había sugerido al corazón de judas, hijo de Simón Iscariote, el propósito de entregar al Señor» 61. Y aun: «Después del bocado entró en él Satanás» 62. También Pedro dice, en igual sentido, a Ananías: «Par qué se ha apoderado Satanás de tu corazón,

---

[41] *Mt., vi, 21.*
[42] *Estba.,* vi, 1 ss. *Ps.* LXXXIV, *9. Zach.,* I, *14. Io.,* xiv, 23. *Mt.,* x, 20.
II Cor., xIII, 3. *II Cor.,* xi, 14.
[43] Io., xIII, 2. Ibíd., 27. Act., v, 3.
Eccl., x, 4. En algunos manuscritos faltan o han sido suprimidas las palabras *in evangelio.* De hecho no es fácil dar con esta frase, a no ser que el autor se refiera al versículo de S. Mateo (v, 25): «Muéstrate conciliador con tu adversario mientras vas con él por el camino.»
65 *111 Reg.,* xxII, 22.

moviéndote a engañar al Espíritu Santo» 63. Asimismo, estas palabras que leemos en el Evangelio y que mucho antes habían sido pronunciadas por el Eclesiastés: «Cuando el espíritu del poderoso se enfurece contra ti, no abandones tu puesta» 6 `. Y estas otras que el espíritu inmundo dice a Dios contra Acab, en el tercer libro de los Reyes: «Saldré y seré un espíritu mentiroso en la boca de todos los profetas» 65.

Finalmente, de nosotros proceden los pensamientos cuando por el ejercicio de nuestras facultades pensamos lo que hacemos y nos acordamos de lo que hemos hecho u oído. De tales pensamientos se trata en aquellas palabras de David: «He pensado en los días antiguos, he recordado los años lejanos; durante la noche he meditado en mi corazón ejercitando y escudriñando mi espíritu» [6]°. Y también: «El Señor conoce cuán vanos son los pensamientos de los hombres» 67. Y: «Los pensamientos de los justos son la equidad»[44] 66. No de otro modo se expresa el Señor a los fariseos en el Evangelio: « ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?»

XX. Conviene, pues, que estemos sobre aviso v observemos de continuo estas tres causas de nuestros pensamientos, examinando con discreta sagacidad todos los que sobrevengan a nuestro corazón. Debemos indagar, ante todo, su origen, la causa y el autor de que proceden para darles el crédito que se merecen y saber cómo conducirnos con ellos. Así llegaremos a ser, según el precepto del Señor, hábiles cambistas 70.

La habilidad y la ciencia de los cambistas consisten en distinguir el oro puro del que no ha sido purificado de igual suerte en el crisol; en no dejarse engañar y saber apreciar una moneda de cobre en un denario vil que tuviera en apariencia el brillo del metal precioso. Pero no sólo deben reconocer las piezas que ostentan la efigie del emperador. Su sagacidad va más lejos. Distinguen, inclusa, aquellas que, aunque llevan la impronta del rey legítimo, no son en realidad más que mera falsificación de la verdadera moneda. A ellos incumbe, en fin, comprobar can la balanza la gravedad del metal y justipreciar el peso debido.

Nuestro deber es llevar espiritualmente en las cosas de Dios todas estas precauciones, como sugiere el mismo nombre de cambistas que el Evangelio nos propone por ejemplo. Y ante todo, cualquier pensamiento que se desliza en nuestro corazón, cualquier máxima que se nos sugiere, examinémoslos con suma diligencia. Debemos considerar si está en plena consonancia con la norma suprema del Espíritu Santo y resiste la prueba del fuego divino, o si tiene, por el contrario, relación, aunque lejana, con la superstición judaica. 0 si proviene de la pedantería e hinchazón propias de la filosofía del siglo, aunque en lo exterior se nos proponga con capa de piedad. Llenaremos este deber si nos conformamos con la palabra del Apóstol: «No creáis a cualquier espíritu; sino examinad los espíritus, si son de Dios» 71.

Dieron en este escolla muchos que, tras de haber hecho profesión de vida monástica, se dejaron seducir por el brillo de un lenguaje (p, 72) acicalada y por ciertas máximas de los filósofos. Estas, a primera vista, no parecían estar en pugna con nuestros sentimientos religiosos ni en desacuerdo con nuestra santa fe. Tenían el brillo del oro; pero en realidad era un brillo falso, postizo. Por eso, después de haberse dejado engañar con esta apariencia de doctrina, que, en la

[44] Ps. Lxxvl, 6-7. [LXX]. Ps. XCIII, 11.
Prov., xii, S. *Mt., ix, 4. Mt., xxv, 27, y Lc. xix, 13.*

superficie, parecía innocua y verdadera, se encontraron de pronto en la miseria más absoluta, como quienes se han provisto sólo de moneda falsa. Ello fue causa de que algunos volvieran a mezclarse en los negocios del mundo y cayeran, incluso, en herejías formales[45] 72, o, cuando menos, en presunciones arrogantes frente a la doctrina tradicional. Esta fue cabalmente la desgracia de Acán, según leemos en el libro de Jesús, hijo de Nave. Codicioso de un lingote de oro que procedía del campo enemigo, lo hurtó de las tiendas de los filisteos; pero se hizo reo de anatema[46] 73, mereciendo ser condenado a la muerte eterna.

Convendrá, en segundo lugar, examinar cuidadosamente si no somos víctimas del engaño debido a una falsa interpretación de la Escritura, que, deslizándose en el oro puro de la palabra inspirada, nos seduce por la sola preciosidad del metal, es decir, por la misma dignidad de la materia. En este aspecto, el diablo, maestro astuto, intentó engañar al mismo Salvador cual si se tratara de un simple hombre. Palabras de sentido genérica, que deben entenderse en abstracto de la persona de los justos, supo él alterarlas, dándoles una interpretación maliciosa, intentando aplicarlas de una manera exclusiva a aquel precisamente que no necesitaba de la guarda de los ángeles; «Porque encargará a sus ángeles que te tomen en sus manos para que no tropiece tu pie contra piedra alguna» 74. De esta suerte desnaturaliza, por un empleo abusivo y artificioso, las preciosas palabras de la Escritura, dándoles un sentido pernicioso y ciertamente contrario al que tienen en realidad. Así es como nos ofrece, bajo la envoltura engañosa del oro, la imagen del tirano y usurpador.

Intenta, además, engañarnos por medio de moneda subrepticia[47] 75, incitándonos a emprender una obra pía y laudable, pero que no lleva el cuño o señal auténtica de los ancianos, es decir, que no está regulada por sus ordenanzas, y su color de virtud nos empuja al vicio. Unas veces son ayunos inmoderados y a deshora, vigilias excesivas, oraciones, cuyo número sobrepuja nuestras fuerzas, o lecturas inoportunas y fuera de propósito, y así nos engaña miserablemente, llevándonos hacia un fin desgraciado. Otras, nos persuade, por motivos de caridad, a entrometernos en vidas ajenas y prodigar visitas a nuestros prójimos, para hacernos salir de la clausura del monasterio y abandonar la paz de nuestra retiro. Asimismo nos sugiere tomar el cuidado de mujeres religiosas consagradas a Dios, faltas de apoyo y protección, para tener al monje prendido en estos lazos inextricables y distraerle con mil preocupaciones nocivas. Inclusive, le mueve a desear las sagradas funciones del sacerdocio bajo pretexto de edificar a muchas almas y hacer conquistas para Dios, arrancándole así a la humildad y austeridad de nuestra vida.

Por muy contrarias que sean estas obras a nuestra vida espiritual y a nuestra profesión, como se presentan cubiertas con el velo de misericordia y religión, fácilmente seducen a los candorosos e incautos. Como piezas espurias que imitan la moneda del rey legítimo, parecen estas obras, a primera vista, impresas con el troquel de la piedad o acuñadas con ella. Pero en realidad no

---

[45] 92 Ciertamente hubo muchos herejes desertores de la vida y disciplina monástica como Pelagio, Joviniano, así como también los entignianos, severianos, etcétera.

[46] 73 Anatema significa aquí simplemente execración, maldición o entredicho en que incurrió Acán después de su pecado (cfr. Ios., vII). Lo que dioe el autor que mereció ser condenado a muerte eterna es una afirmación excesivamente dura o, por lo menos, hiperbólica, que carece de fundamento en el texto sagrado (vide vers. 20). De éste puede, incluso, colegirse que Acán hizo penitencia.

[47] 74 Mt., iv, 6, y Ps. xc, 11-12.

' s Paracharagm s, dice el texto crítico, es decir, moneda falsa, adulterina, impuesta por falsarios.

llevan la impronta de la moneda autorizada, quiero decir, de los Padres católicos, reconocidos universalmente, ni proceden de la oficina legal de los antepasados, ya que no forman parte del genuino legado de sus enseñanzas. Al contrario, son piezas fabricadas clandestinamente y en forma fraudulenta por los mismos demonios, que las hacen circular en seguida para engatusar a los ingenuos e ignorantes.

Por útiles y necesarias que, por el pronto, puedan parecer estas acciones, no obstante, son contrarias a la integridad de nuestra profesión y pueden poner en peligro nuestra vida monástica. Ellas deben prestarnos la misma ayuda que pudiera proporcionarnos un miembro necesario, por ejemplo, la mano o el pie derecho, pero los intereses de nuestra alma exigen que—como miembro *que* nos escandaliza-lo rechacemos lejos de nosotros. Es preferible tener un miembro menos-es decir, renunciar a la ventaja de cumplir un precepto-y permanecer sano en lo demás, entrando inválido en el reino de los cielos, que incurrir en cierto escándalo por el deseo de guardarlo todo cumplidamente. Pues de ahí podría surgir una funesta costumbre que nos alejara de la austeridad de nuestra regla y nos hiciera claudicar en los principios de la vida que hemos abrazado. Ello nos precipitaría, en definitiva, en una tal ruina que, incapaces en adelante de remediar las pérdidas que íbamos a sufrir en el futuro, viéramos todos nuestras méritos pasados, y aun el cuerpo entero de nuestras obras, convertidos en pasto de las llamas del infierno, (p. 76)

De este linaje de ilusiones se ha dicho elegantemente en el libro de los Proverbios: «Hay caminos que al hombre le parecen rectos, cuya fin, no obstante, conduce a lo profundo del infierno» 76; y también: «El maligno daña cuando se une al justo» [77]. Como si dijera: el diablo, cuando se cubre con capa de santidad, engaña al hombre. Y añade: «Detesta la sombra del tutor»'", es decir, la fuerza de la discreción, que procede de escuchar y poner por obra las palabras y avisos de los ancianos.

ILUSIÓN DEL ABAD JUAN Y DE CUATRO MANERAS DE DISCERNIMIENTO

XXI. Es sabido que de una de estas ilusiones fue víctima, no ha mucho, el abad Juan[48] 79, que vive en el desierto de Lyco. Agotado ya su cuerpo y exhausto de fuerzas, había prolongado su ayuno por espacio de dos días consecutivos. Al día siguiente, cuando se disponía a tomar su refección, se le apareció el diablo bajo la figura de un horrible etíope, y, echándose a sus plantas, le dijo: «Perdóname, porque yo he sido quien te ha impuesto esos ayunos excesivos». Y así, este varón admirable que había llegado a una perfección consumada en la virtud de la discreción, reconoció que, bajo pretexto de abstinencia-practicada sin moderación--, había sido inducido por la astucia del diablo a imponer a su cuerpo ya cansado un ayuno semejante, y con ello una fatiga, que en modo alguno era necesaria y sí nociva a su espíritu. Es decir, que, ilusionado por una moneda falsa, venerando en ella la presunta efigie de un rey verdadero, no examinó si estaba legítimamente acuñada.

Pero queda la postrera operación que ha de hacer el hábil cambista. Dijimos que consistía en verificar el peso. Ahora bien, he aquí cómo hay que proceder. Si se nos ocurre algún plan o proyecto que realizar, debemos deliberar la cosa

[48] Prov., xvi, 25. [LXX]. Prov,, xi, 15. [LXX]. Prov., xi, 15.

[79] De su virtud y, en especial, de su obediencia nos habla CASiANO *en Inst. iv,* 23 ss. Cfr. también POSTHUMIUS, Dial., I, 18, en que habla asimismo de este abad al citar un raro ejemplo de obediencia.

maduramente y ponerla, por decirlo así, en la balanza de nuestro corazón, sopesándola con la mayor exactitud. Hay que fijarse si está en perfecta armonía con la regla común; si su razón de ser es de gran peso, regulándola con el temor de Dios; si es buena en cuanto al sentimiento que la inspira; o bien, si una ostentación puramente humana o la presuntuosa novedad la convierte en idea caprichosa; en suma: si la vanagloria no disminuye el peso de su merecimiento o la corroe la vanidad. Además, esta prueba inicial hay que verificarla con arreglo a las normas públicas, es decir, que debemos poner nuestras iniciativas en parangón con la vida y enseñanzas de los profetas y apóstoles. (p. *78)*

XXII. Así, el discernimiento nos será necesario en las cuatro formas que hemos apuntado. Esto es, la primera para saber can certeza la materia de que se trata: si es oro puro, fingido o falso. Segunda, para rechazar los pensamientos que nos sobrevienen bajo las apariencias de piedad, cual moneda falsa que, aunque ostenta la efigie real, no está legítimamente sellada. Tercera, para que podamos asimismo reconocer y rechazar aquellas cosas que imprimen en el oro precioso de las Escrituras una interpretación viciosa y herética: no es la imagen del rey verdadero lo que se halla grabado allí, silfo la del usurpador. En fin, para que podamos rehusar como piezas sin valor y dañinas, que carecen de la gravedad debida, los pensamientos que han perdido, por la herrumbre de la vanidad, su peso y su valor, y no pueden, par lo mismo, conformarse con el patrón monetario de los antiguos.

Todo esto se endereza a evitar aquel peligro contra el que nos advierte el Señor, y no perdamos el mérito ni la recompensa de nuestros trabajos: «No queráis allegar para vosotros tesoros en la tierra, donde la polilla y orín los corroen, y donde los ladrones horadan y roban»[49]80. En efecto, todo cuanto hacemos, puesta la mira en la gloria humana, constituye un tesoro que allegamos en la tierra, según la sentencia del Señor. Y consecuentemente escondido y sepultada en la tierra, donde los demonios lo robarán o el moho de la vanagloria lo consumirá o lo devorará la polilla de la soberbia, no siendo de ningún provecho para aquel que lo ha reunido.

Tenemos, pues, que escudriñar constantemente el fondo de nuestro corazón y considerar con suma atención las especies que penetran en él, no sea que acaso algún monstruo espiritual, león o dragón transeúnte, haya dejado secretamente, al pasar, huellas funestas, que podrían poner en la pista a los demás vicios y franquearles el paso en el santuario íntimo de nuestra alma. Tal sucedería si dejáramos de velar sobre nuestros pensamientos.

Así, labrando a todas horas, a cada instante, la tierra de nuestro corazón, con el arado del Evangelio, esto es, surcándolo de continuo con el recuerdo incesante de la cruz del Señor, podremos destruir las madrigueras de las fieras que nos hostilizan, y exterminar las guaridas de las serpientes venenosas.

LA DOCTRINA DEL MAESTRO RESPONDE AL MÉRITO DE SU DISCÍPULO

XXIII. Al oír estas cosas, viéndonos el anciano estupefactos y encendidos de un ardor insaciable por sus palabras, se detuvo un poco, presa también él de admiración ante nuestro entusiasma. Luego añadió: Hijos míos, el interés que habéis mostrado en escucharme me ha inducido a extenderme, y siento como que un fuego misterioso da más vida y calor a mis palabras, según ` es el deseo

[49] *Mt., vi, 19.*

que os anima. Señal clara y evidente de que sentís verdadera sed de la doctrina de perfección. Por eso quiero todavía deciros algo sobre la excelencia y belleza de la discreción.

Entre todas las virtudes, ostenta el cetro y la primacía, y pretendo demostraros su excepcional importancia y su utilidad. Pero no tanto con ejemplos de la vida cotidiana, cuanto con la luz y autoridad que proyectan las sentencias y oráculos antiguos de los Padres. Con frecuencia viene a mi pensamiento lo que me ocurría a veces. Se me pedía con lágrimas y gemidos que hablara yo de este punto, y aunque bien quería yo distribuir la doctrina a les que lo solicitaban, en modo alguno podía hacerlo: no sólo me sentía desprovisto de ideas, sino incluso de palabras. Tanto, que me veía obligado, muy a pesar mío, a despedirlos sin el más leve consuelo. De donde colijo con evidencia que es la gracia de Dios la que inspira al que habla, según el mérito y el deseo de los que escuchan.

Pero el breve tiempo que nos queda de la no-che no nos permitiría terminar la conferencia. Será, pues, preferible dedicar este tiempo al descanso. Porque el cuerpo suele ser tan inexorable en sus exigencias, que es preciso, después, dár-selo todo si se le ha negado lo poco a que tenía derecho. Vamos, por tanto, a diferir hasta mañana o hasta la noche siguiente el estudio y la exposición integral de nuestro tema. Porque conviene que los buenos maestros en discreción den ante todo prueba de su sabiduría, mostrando que son capaces de practicar lo que enseñan con el ejemplo y la paciencia, y no caigan, al tratar de esta virtud, que es madre de toda medida, en el vicio del exceso, que le es contrario: esta sería conculcar de hecho y con las obras la naturaleza y eficacia de la discreción que se encarece con las palabras. Bueno será que use yo también aquí de la discreción, de la que pienso hablar aún con el favor divino. Y, puesto que tratamos de su excelencia y de la justa medida, que es su primer fruto, razón será que no exceda ya esa medida en la duración y prolijidad del discurso.

Con estas palabras puso fin el santo abad Moisés a la conversación. Ávidos todavía, estábamos pendientes de sus labios; pero él nos exhortó a gustar algunos instantes del sueño, *tendiéndonos* sobre las mismas esteras [5081] en que estábamos sentados. Para apoyar la cabeza, nos dio, a guisa de almohada, lo que llaman «embrimia». Están hechos con el papiro más grueso, que se reúne en largos y finos manojos, entretejidos a intervalos de pie y medio. Son, a la vez, banquillos muy bajos, y de ellos se sirven los hermanos como de escaños para la sinaxis, y, al mismo tiempo, de cabezal donde reclinar la cabeza para dormir. En este caso, cuando se utiliza como almohadilla, no resulta demasiado dura, sino manejable y cómoda. En realidad se presta admirablemente a estos diversos usos monásticos, pues, además de ser bastante flexible, tiene todavía la ventaja de ser económico y exigir poco trabajo, ya que los papiros crecen por doquier en las riberas del Nilo. Asimismo, son fáciles de transportar de una a otra parte por ser materia ligera y dúctil.

De este modo, siguiendo el consejo del anciano, nos dispusimos, mal de nuestro grado, a descansar. Pero, ¡cuánto nos costaba este descanso! Por una parte, el entusiasmo que sentíamos por la conferencia oída, y por otra, la expectación en que nos hallábamos por la que nos había prometido, nos tenía como en suspenso.

[50] **81 Psiathiis trae el texto: Eran esteras hechas de junco o papiro; servían para sentarse o descansar a modo de lecho.**

SEGUNDA CONFERENCIA DEL ABAD MOISES
DE LA DISCRECION

Capítulos: I. Exordio del abad Moisés sobre la gracia de la discreción:-II. De cuánto provecho es para el monje la discreción. Discurso del santo abad Antonio sobre esta virtud.-III. Saúl y Acab incurren en un error por falta de discreción. IV. Testimonios de la Escritura sobre la virtud de la discreción.-V. Muerte de un anciano llamado Herón.-VI. De la caída de dos monjes por falta de discreción.-VII. Ilusión de otro solitario, debida igualmente a falta de discreción.-VIII. Caída e ilusión de un monje de Mesopotamia.-IX. Pregunta de Germán sobre el modo de adquirir la verdadera discreción.-X. Respuesta sobre el modo de adquirir la verdadera discreción:-XI. Palabras del abad Serapión. De la impotencia de los malos pensamientos una vez manifestados y del peligro de confiar en sí mismo.-XII. Del ***sentimiento*** *de vergüenza que se apodera de nosotros al tener que revelar a los ancianos nuestros pensamientos. XIII. Respuesta: Que se debe menospreciar la falsa vergüenza, y del peligro que se corre por falta de compasión.-XIV. De la vocación de Samuel. XV. De la vocación del apóstol Pablo.-XVI. Hay que tender a la discreción.-XVII. De las vigilias y ayunos excesivos.-XVIII. Pregunta de Germán sobre la abstinencia y tasa de la comida.-XIX. Sobre el justo medio para la refección diaria.-XX. Objeción sobre la escasa dificultad que ofrecería un régimen de vida semejante.-XXI. Respuesta sobre el rigor de esta observancia cuando se sigue fielmente.-XXII. Cuál debe ser la norma de la abstinencia y de la comida en general.-XXIII. Del modo de obviar los inconvenientes que se originan de una alimentación excesiva.-XXIV. De la mortificación que supone esta uniformidad en 'a refección, y de la gula del hermano Benjamín.-XXV. Pregunta de Germán acerca del modo cómo puede guardarse siempre la misma medida.-XXVI. Que no es necesario exceder la medida señalada.*

CUÁN PROVECHOSA ES AL MONJE LA DISCRECIÓN

I. Después de consagrar al sueño las horas de la madrugada, vimos, por fin, con gozo, apuntar las primeras claridades del día. Y no bien solicitamos la conferencia prometida, el santo abad Moisés empezó, diciendo: «Al ver el ardor que os anima, dudo que incluso los breves instantes que he querido cercenar a nuestra conversación espiritual para dedicarlos al descanso, hayan sido, en realidad, de solaz para vuestro cuerpo. Mas al considerar ese mismo fervor vuestro, siento mayor responsabilidad sobre mí. No sería justo que demorara yo la promesa, viendo que me lo pedís con tanto afán. Lo dice la sentencia de la Escritura: «Cuando te sentares a la mesa de un príncipe, repara con (p.86) atención lo que te ponen delante, y aplica tu mano a tu garganta pensando que tendrás que aparejar un festín semejante»[51] [1].

Vamos a hablar de la virtud de la discreción v de su eficacia. Este era el tema que empezamos a tratar esta noche y que dejamos hilvanado al poner fin a nuestra conversación. Ante todo creo oportuno encarecer su excelencia por los

[51] Prov., XXIII, 1-2 (LXX). I Coj·., XII, 8-9;

testimonios de los Padres. Conocido su pensamiento y la opinión que de ella tuvieron, citaré el ejemplo de muchos solitarios, cuya lamentable caída, ocurrida antaño o recientemente, no tuvo otra causa que el no haber adquirido antes esta virtud. De este modo podremos después más fácilmente, persuadidos como estamos de su importancia, instruirnos con más fruto sobre la manera de tender a ella y consolidarnos en su posesión.

Porque la discreción no es una virtud cualquiera que pueda alcanzarse con solas las fuerzas humanas. No podemos adquirirla sin el don y la gracia divinos. De ahí que el Apóstol la enumere entre los dones más nobles del Espíritu Santo: «A uno le es dada por el Espíritu la palabra de sabiduría; a otro, la palabra de ciencia, según el mismo Espíritu; a otro, fe en el mismo Espíritu; a otro, don de curaciones en el mismo Espíritu» 2. Y poco después: "A otro, la discreción de espiritas» [523]. En fin, al terminar la lista de los carismas espirituales, añade: «Todas estas cosas las obra el único y mismo Espíritu, que distribuye a cada uno según quiere»'.

Ya veis, pues, cómo la discreción no es un don terreno o de relativa importancia, sino un gran premio de la gracia divina. Si el monje no pone todo su empeño para alcanzarla y discernir con su ayuda los espíritus que penetran por las puertas de su alma, se seguirá una consecuencia fatal: como un hombre que camina a tientas en una noche cerrada, envuelto en tinieblas, será víctima de los lazos que le tiende el enemigo y de los precipicios que se abren a su paso. Incluso en caminos llanos y derechos, tropezará su pie con harta frecuencia.

II. Recuerdo que hallándome, cuando niño, en la Tebaida, donde moraba el bienaventurado Antonio, los antiguos monjes venían a porfía a visitarle para hablar con él sobre temas de perfección.

La conferencia se prolongó un día desde la hora de vísperas hasta la madrugada, y el punto que nos ocupa se trató allí durante la mayor parte de la noche. Por largo tiempo anduvieron preguntando qué virtud o qué observancia puede (p, 88) siempre mantener al monje al abrigo de las asechanzas e ilusiones diabólicas, v llevarle con seguridad y sin tropiezo hasta las cumbres de la perfección. Cada uno daba su parecer según sus propios alcances. Unos lo hacían consistir todo en la práctica de ayunos y vigilias, ya que el alma, espiritualizada por ellos y reinando sobre un corazón y una carne ya purificados, puede unirse más estrechamente a Dios. Otros eran de opinión que consistía en el menosprecio de todas las cosas, porque si el alma logra despojarse enteramente de ellas, libre en adelante de todo afecta, se halla más expedita para llegar a Dios. Quiénes, en cambio, juzgaban necesaria la vida anacorética, es decir, el retiro y la soledad del desierto, en donde la conversación con Dios se hace más familiar, y la unión, más íntima. Algunos, finalmente, se inclinaban por la práctica de la caridad, o sea, por los deberes de mutua hospitalidad, porque a los que la practican ha prometido Dios más especialmente en el Evangelio el reino de Dios: «Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber»[53] 5; y lo que sigue.

De esta suerte, cada cual dio su preferencia a virtudes distintas, poniendo de relieve una entre todas corno más conducente para unir el (p. 89) alma con Dios. Había ya transcurrido gran parte de la noche en estos razonamientos. Por

[523] 1 Cor., xii, 10. Ibíd., 11,
[53 5] A9t., xxv, 34-35,

fin, el bienaventurado Antonio tomó la palabra, y dijo: «Todas las prácticas a que, os habéis referido son ciertamente útiles y necesarias para quien tiene sed de Dios y desea llegar a El. Pero las deplorables experiencias y las defecciones sin número que hemos conocido de tantos solitarios, no nos permiten, en modo alguno, darles un valor exclusivo. ¡A cuántos de ellos vimos entregarse a los ayunos y vigilias más rigurosos; excitar la admiración ajena por su amor a la soledad; abrazarse a un despojamiento tan absoluto, que no se atrevían a reservarse el alimento un solo día, ni quedarse con un solo denario, y llenar con toda solicitud los deberes de la hospitalidad! Y sin embargo de ello, les vimos caer de pronto en la ilusión. Y es que no supieron coronar la obra comenzada. Todo su fervor y toda su vida, digna por otra parte de elogio, vinieron al traste, teniendo un fin desgraciado.

»Pero podremos reconocer con claridad la virtud más eficaz para conducirnos a Dios si miramos atentamente la causa de su ilusión y su ruina. Ahora bien, es innegable que las obras de virtud a que os habéis referido sobreabundaban en aquéllos. Sólo la ausencia de la discreción hizo que no pudieran perseverar hasta el fin. No vemos, en efecto, otra razón de ser de su caída que el hecho de no haber querido formarse según el dictamen de los ancianos para adquirir (p. *90)* esta virtud esencial. La discreción, manteniéndose igualmente alejada de los dos extremos contrarios, enseña al monje a caminar por una senda real, y no le permite apartarse ni a la derecha, en pos de una virtud orgullosa y un fervor exagerado que rebasan los límites de la justa templanza, ni a izquierda, tras de la relajación y el vicio, so pretexto de mirar excesivamente por la salud del cuerpo, en una perezosa y mortal desidia.»

Esta es la prudencia a la que llama el Salvador en el Evangelio el ojo y la lámpara del cuerpo: «La lámpara de tu cuerpo es el ojo. Si, pues, tu ojo estuviere sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo estuviere enfermo, todo tu cuerpo estará en tinieblas»[54]6. Ella discierne, en efecto, todos los pensamientos del hombre y sus actos, examinando y viendo en la luz lo que debemos hacer. Si este ojo interior es malo, es decir, si estamos desprovistos de ciencia o de un criterio seguro, y nos dejamos engañar por el error y la suficiencia, todo nuestro cuerpo será tenebroso. En otras palabras: todo en nosotros, inteligencia y acción, quedará como envuelto en la oscuridad más incierta, porque el vicio es ciego y la pasión es madre de tinieblas. «Si lo que debe ser luz en ti-dice todavía el Señor-es tinieblas, ¡las mismas tinieblas cuán grandes serán!»' Es indudable que si tenemos un criterio falso y andamos a ciegas en la noche de la ignorancia, también nuestros pensamientos y nuestros actos, que derivan de ellos como de su fuente, estarán envueltos con las tinieblas del pecado.

TESTIMONIOS DE LA ESCRITURA SOBRE LA VIRTUD DE LA DISCRECIÓN

III. Tal ocurrió al rey Saúl, quien, por orden de Dios, obtuvo el primero la realeza en Israel. Porque carecía de este ojo de la discreción, y tenía, por decirlo así, todo su cuerpo tenebroso, acabó por ser arrojado del trono. Su «lámpara» no era más que una fuente de tinieblas y un foco de errores deplorables: par

[54] *s 111 Reg.*, xv,

eso, en lugar de alumbrarle, le ofuscó totalmente. Creyó que sus sacrificios eran más agradables a Dios que la obediencia que debía prestar a Samuel, y encontró la desgracia allí donde pensaba hallar el medio para hacerse propicia la majestad divina *8.*

Así también, el no conocer la discreción llevó a Acab, rey de Israel, después de la victoria conseguida por el favor divino, a creer que la misericordia vale más que la severa ejecución de una orden divina, a su parecer demasiado cruel. Este pensamiento le ablanda el corazón; templa con la clemencia el poder de la victoria y evita la efusión de sangre. Pero su piedad indiscreta le entrega enteramente a las tinieblas, condenándole a una muerte irrevocable [9].

IV. No sólo llama el Apóstol a la discreción lámpara de nuestro cuerpo, sino que la designa también con el nombre de sol, según aquello: «El sol no se ponga sobre vuestra iracundia» 1°. También se dice de ella que es el gobernalle de nuestra vida: «Quienes no tienen dirección, caen como hojas» 11. Se la llama asimismo, con razón, el consejo, Sin el cual nos prohíbe la Escritura hacer nada absolutamente, hasta el punto de que, incluso al beber el vino espiritual, «que alegra el corazón del hombre» 12, quiere que lo hagamos con la mesura de la discreción: «Hazlo todo con consejo, con consejo bebe el vino» 18. Y en otro lugar: «Coma ciudad destruida en sus muros y sin defensa, así es el hombre que obra sin consejo» [1°]. Este último texto nos dice claramente en el símil que nos ofrece, hasta qué punto resulta perjudicial al monje la falta de esta prudencia, puesto que se le compara a una ciudad devastada y sin murallas.

En ella radican la sabiduría, la inteligencia y el juicio, sin los cuales nos será imposible edificar nuestra morada interior y amontonar las riquezas espirituales, según aquellas palabras: «Con la sabiduría se edifica la casa, y con la prudencia se consolida; con la ciencia se hinchen sus despensas de toda lo más preciado y deleitoso» 15. Ella es el alimento sólido y sustancial reservado únicamente a los hombres hechos y robustos: «El manjar sólido es para los perfectos, los que, en virtud de la costumbre, tienen los sentidos ejercitados en discernir lo bueno de lo malo» 16. Tan necesaria es y de tal precio, que la compara la Escritura a la palabra y poder del mismo Dios. Lo dice San Pablo: «La palabra de Dios es viva, eficaz y tajante, más que una espada de dos filos, y penetra hasta la división del alma y del espíritu, hasta las coyunturas y la medula, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón» 17. De todos estos pasajes se desprende claramente que sin la gracia de la discreción no puede la virtud ser estable ni perfeccionarse.

Por todo lo que antecede, decidieron de común acuerdo el santo abad Antonio y todos los que habían ido a verle, que la discreción es lo que conduce al monje con paso firme y sin vacilación hacia Dios, y conserva para siempre intactas las mismas virtudes a que se habían referido. Pues, gracias a ella, se sube con menos fatiga la cuesta arriba de la perfección, a donde, sin su concurso, muchos no hubiesen podido llegar a pesar de sus continuos esfuerzos. En consecuencia, quedó confirmado que la discreción es la madre, guarda y moderadora de todas las virtudes.

CAÍDAS DE ALGUNOS MONJES POR FALTA DE DISCRECIÓN

V. Y para cumplir mi promesa de confirmar con ejemplos recientes la doctrina aprobada ya de antiguo por San Antonio y los otros Padres, acordaos de lo que no ha mucho visteis con vuestros propios ojos: cómo el anciano Herón fué

víctima de una ilusión diabólica y precipitado de un estado de gran penitencia hasta el más profundo abismo. El había permanecido cincuenta años en este desierto-lo recuerdo perfectamente-, conservando de continuo una fidelidad a toda prueba, y había amado como nadie el retiro de la soledad con un fervor admirable. ¿Cómo, -pues, sufridas tantas penalidades, pudo él dejarse alucinar por el tentador y tener esta grave caída, que nos ha llenado a todos en el desierto de profundo dolor? ¿No fue eso debido a que, falto de discreción, prefirió guiarse por su propio juicio antes que seguir los consejos y prácticas de sus hermanos y obedecer a las reglas de nuestros Padres?

Siendo joven se había forjado una ley tan rígida y absoluta, mostrándose tan celoso de su soledad y del retiro de su celda, que ni siquiera la solemnidad de la Pascua pudo jamás conseguir de él que compartiera la comida de sus hermanos. Año tras año,.esta festividad les congregaba a todos en la iglesia; sólo faltaba él. Y ello por temor a que no pareciera que, tomando con ellos ciertas legumbres durante la comida, se relajaba un tanto en el ideal de abstinencia que había abrazado.

Este orgullo fue el lazo en que cayó prendido. Porque engañado con tal presunción, dio acogida al ángel de Satanás cual si fuera un ángel de luz, y hospedóle con la más profunda veneración. Y, poniéndose a su servicio, obedecía en todo a sus órdenes. Con esta persuasión se echó de cabeza en un pozo. Tal era su profundidad, que los ojos no podían divisar el fondo desde el brocal. Estaba firmemente persuadido de la promesa que le había hecho de que, por el mérito de su virtud y de sus trabajos, saldría en adelante ileso de todo peligro. Quiso saber por experiencia que se hallaba inmunizado contra todo mal. Así, pues, a medianoche se precipitó en el pozo, pensando probar el extraordinario mérito de su vida cuando se le viera salir de él sano y salvo. Pero los hermanos tuvieron que sacarle luego a duras penas, estando ya medio muerto. Expiró dos días después.

Lo peor del caso es que se obstinó en su ilusión. Ni siquiera aquella dolorosa experiencia que iba a costarle la vida pudo persuadirle que había sido juguete del demonio. Por eso, los monjes, movidos a compasión, a vista de tantas privaciones y de los largos años pasados en el desierto, no obtuvieron sino con trabajo que el sacerdote y abad Pafnucio 18 no le reputara entre los suicidas, ni fuera juzgado indigno de la memoria y oblación que suele hacerse por los difuntos [55]19

VI. ¿Qué decir de aquellos dos hermanos que habitaban más allá del desierto de la Tebaida, donde en otro tiempo había morado San Antonio? Inducidos por un espíritu de temeridad e indiscreción, decidieron no tomar, al cruzar aquellas vastas soledades, más que el alimento que Dios mismo milagrosamente les ofreciera.

Iban errantes por el desierto, ya medio muertos de hambre, cuando los Macices les divisaron a lo lejos. Este pueblo sobrepuja en salvajismo a todas. las tribus bárbaras, pues dicen que es el más sanguinario de todos. No vierten

[55] 19 En lugar de *defunctorum o mortuorum,* dice Casiano *pausantium,* de acuerdo con su tendencia a usar una terminología helenizante. La palabra es de origen griego, y significa hacer una pausa, cesar, descansar**.**

sangre humana por afán de botín, como hacen otros, sino movidos_únicamente por sus feroces instintos.

Contrariamente a su natural salvaje, he aquí que aquellos forajidos les salen al paso provistos de panes que ofrecieron a los solitarios. Uno de éstos, animado de la virtud de la discreción, recibe este alimento corno venido de la mano del Señor, con sentimientos de alegría y acción de gracias. Es realmente una comida servida por el mismo Dios, dice para sus adentros. Y discurría bien. Porque ¿cómo explicar, sin un milagro del cielo, que estas gentes, sedientas siempre de sangre, den liberalmente con qué sostener sus vidas a hombres casi ya desfallecidos? En cambio, el otro rechazó rotundamente aquel manjar ofrecido por mano de hombres, y murió de hambre.

Ambos parten de un principio igualmente reprensible, al pensar que Dios mismo acudirá personalmente en su ayuda. Pero el primero remedia con la discreción su yerro, renunciando a su proyecto temerario. El segundo, a la inversa, persevera en su necia presunción y permanece recalcitrante, cerrándose a toda idea «de prudencia. El mismo se dió la muerte, de que Dios quería librarle. No quiso creer que era milagro de Dios que aquellos salvajes olvidaran por un momento su feroz natural, y que, en vez de matarles al filo de la espada, les ofrecieran sustento.

VIL ¿Y qué decir de ese otro, cuyo nombre debo silenciar porque todavía vive? Durante mucho tiempo el demonio se le aparecía aureolado 7

de una gloria angélica. Deslumbrado por las innumerables revelaciones que tenía por su medio, le tomó por un mensajero de justicia. Y ello tanto más cuanto que cada noche iluminaba su celda sin necesidad de encender lámpara alguna.

A la postre, el demonio le ordena inmolar a Dios un hijo que tenía y vivía junto con él en el monasterio, para que con este sacrificio pudiese asemejarse' en los merecimientos al patriarca Abraham. Le fue tan fácil dejarse engañar, que hubiera perpetrado el parricidio a no ser que el niño hubiera sospechado el crimen que tramaba. Viendo que afilaba su padre el cuchillo de una manera insólita y disponía unas cuerdas con las que parecía querer atar sus miembros para inmolarle, emprendió, asustado, la fuga.

VIII. Sería prolijo explicar con todos los pormenores el engaño sufrido por este monje bien conocido en Mesopotamia. Era tan rígida su abstinencia, que muy pocos en esta provincia se sentían con fuerzas para imitarle. Oculto en su celda, había permanecido fiel a su observancia durante largos años. Pero al fin el diablo le engañó lamentablemente por medio de falsos sueños y revelaciones. Así, después de tantos trabajas y ejercicios de virtudes, con que, al parecer, aventajaba a los demás monjes que allí residían, fue resbalando por una pendiente desgraciada, hasta abrazar el judaísmo y la circuncisión.

A principio, y por largo tiempo, no le hizo el diablo más que revelaciones verídicas, aparentando ser un verdadero ángel de luz. De este modo, acostumbrándole insensiblemente a ellas, le disponía para que en lo sucesivo le diese crédito en otras falsas y pudiera inducirle más fácilmente a engaño. Por fin, un día, le mostró, de una parte, al pueblo cristiano y los príncipes de nuestra fe y de nuestra religión, a los apóstoles y a los mártires, a la manera de espectros horribles que accionaban entre las tinieblas, con semblantes escuálidos y descarnados. De otra parte, al pueblo judío, con Moisés, los patriarcas y los profetas, rebosando de un gozo sin límites y resplandeciendo en una luz deslumbradora. Al mismo tiempo, el seductor le propuso que si quería

formar parte de los méritos de éstos y gozar de su bienaventuranza se apresurara a recibir cuanto antes la circuncisión.

Ahora bien, ninguno de estos monjes hubiera sucumbido tan tristemente a la ilusión diabólica si se hubieran afanado por adquirir la discreción. Tantas caídas y ejemplos deplorables nos hacen ver claramente cuánto importa poseerla para hacer frente a tamaña desgracia.

SOBRE EL MODO DE ADQUIRIR LA VERDADERA DISCRECIÓN

IX. A esto respondió Germán: Con ejemplos recientes, unidos a la autoridad de los antiguos, has puesto a plena luz el hecho de que la discreción es en cierta manera la fuente y la raíz de todas las virtudes. Quisiéramos ahora aprender la manera de adquirirla, y saber reconocer cuándo es de Dios y verdadera, y cuándo falsa y diabólica.

Según la parábola evangélica que has expuesto en tu conferencia precedente, en la que nos aconseja el Señor que seamos como hábiles cambistas, desearíamos saber distinguir, al ver la efigie del rey legítimo en una moneda, si está o no legalmente acuñada, y en este último caso, poder rechazarla como de mala ley; y quisiéramos hacer esto según esa pericia y habilidad que tú has proclamado como la herencia del cambista espiritual, del cambista según el Evangelio. Porque, ¿de qué nos serviría conocer la *excelencia* de la discreción y el valor de esta virtud si ignorásemos la manera de buscarla y hacernos con ella?

X. A lo que respondió Moisés: La verdadera discreción no se adquiere más que a cambio de una verdadera humildad. Y la primera prueba de ésta será que todo cuanto uno hace y piensa lo someta al juicio de los ancianos, de suerte que no se fíe para nada de su propio criterio, sino que en todas las cosas se conforme a sus decisiones para saber juzgar por bueno o malo lo que ellos hubieren juzgado por tal.

Esta disciplina no solamente le enseñará al principiante a andar derechamente por la senda de la discreción, sino que le hará adquirir una especie de inmunidad frente a los ardides y asechanzas del enemigo. En modo alguno podrá caer en la ilusión quien no se deje llevar de su propio criterio; antes bien, hace de los ejemplos de los mayores norma de su vida. Toda la astucia del demonio no prevalecerá contra la ignorancia de este hombre que no sabe encubrir por falsa vergüenza los pensamientos que nacen en su corazón, sino que se abandona sin más a la sabiduría de los ancianos, para saber si los debe admitir o rechazar.

No bien se ha manifestado un mal pensamiento, se desvanece al punto su ponzoña. Incluso antes de que la discreción haya dado su juicio sobre él, reprobándole, la horrible serpiente, a la cual esta declaración ha arrancado de su caverna tenebrosa, sacándole a la luz y poniendo de manifiesto su vergüenza, queda vencida y se bate en retirada. Y es que sus pérfidas sugestiones sólo nos dominan cuando permanecen ocultas en el fondo del corazón.

Pero, para que podáis comprender mejor la verdad y sentido de mis palabras, os contaré un episodio de la vida del abad Serapión 20, que él

20 Este abad parece ser el autor de la Colación V. Célebre por su santidad, se dice haber gobernado un monasterio de 10.000 monjes. Por lo demás, esta manifestación de los propios pensamientos y tentaciones la recomiendan de consuno los más esclarecidos maestros de la vida ascética.

mismo solía referir muchas veces a los hermanos más jóvenes para instrucción de sus almas.

DE LA IMPOTENCIA DE LOS MALOS PENSAMIENTOS UNA VEZ MANIFESTADOS

XI. «No era yo entonces más que un niño -decía-y vivía en compañía del abad Teón. El enemigo hízome tantas violencias, que acabé por contraer la costumbre de que voy a hablaros.

Todos los días, después de la refección de nona que tomaba con el buen anciano, yo robaba un pan[56] 21 y me lo escondía en mi pecho. Al llegar la tarde, me lo comía furtivamente, sin ser visto de él. Arraigada poco a poco esta pasión, no fui ya pronto dueño de mí; los hurtos se sucedían unos a otros.

Sin embargo, cuando después de haber saciado mi apetito, entraba en mí mismo, mayor era el tormento que sentía por haber hurtado el pan que el placer que había tenido en comerle. Ale encontraba en una situación parecida a la de los hebreos en otro tiempo, bajo la severa autoridad de los ministros de Faraón. Así coma éste les forzaba que hicieran más y más ladrillos, por difícil y penoso que les fuese, así mi pasión me

imponía esta pesada carga a la cual me sentía constreñido, haciéndome sufrir hasta el extremo. La verdad es que me sentía incapaz de sustraerme a esta cruel tiranía; y, por otra parte, me daba vergüenza el descubrir al santo anciano mis hurtos clandestinos 22. Un día quiso la Providencia librarme del yugo de esta servidumbre, y he aquí que vinieron ciertos hermanos a su celda con el deseo de edificarse con sus palabras. Una vez terminada la comida, dio el abad una conferencia espiritual.

Para responder a las cuestiones que se le proponían, empezó Teón a hablar del vicio de la gula y de los pensamientos ocultas. Declaró su naturaleza y la cruel tiranía que ejercen en el alma mientras se les pretende encubrir. La fuerza de sus palabras causó en mí honda impresión. Sentíme compungido, al paso que la voz de la conciencia pregonaba mi falta y me aterrorizaba. Pensé que si el anciano hablaba de tal suerte era porque el Señor le había revelado el secreto de mi corazón. Al principio daba gemidos, que hacía lo posible. por disimular. Mas después, aumentando la compunción, prorrumpí en sollozos y lágrimas. Extraje de mi seno--cómplice y encubridor de mi latrocinio-el pan que, según mi costumbre, había sustraído para comerlo a ocultas, y lo arrojé en presencia de todos. Postrado en tierra, confesé, pidiendo perdón, cómo a diario lo comía a hurtadillas. Imploré anegado en lágrimas, que rogaran al Señor para que me librara de aquella dura esclavitud.

Entonces dijo el anciano: «Ten confianza, hijo mío. Tu liberación se ha cumplido. Sin decir yo palabra, la confesión que acabas de hacer basta por sí sola. Has triunfado hoy sobre tu adversario. Con tu propia acusación le has confundido mucho más de lo que te había abatido él a ti con tu silencio. La causa de haberte dominado él hasta ahora fue porque ni tu palabra ni la de otro por ti le opuso la menor resistencia. Por eso le dabas la posibilidad de subyugarte,

[56] 21 Casiano le denomina paximacium. panecillo de media libra, cocido dos veces. Cfr. esta misma Col., cap. 19 y 20.

según aquel pensamiento de Salomón: «Porque la sentencia contra los que hacen el mal no se ejecuta prontamente, por, esto el corazón de los hijos de los hombres se llena de deseos de hacer el mal» 23. Pero ahora, al denunciar a tu enemigo y sacarle a plaza, has anulado su poder de inquietarte en lo sucesivo. Esta terrible serpiente no podrá encontrar en ti acogida para ocultarse de nuevo en tu pecho, pues por tus palabras la has sacado de las tinieblas de tu corazón poniéndola a la luz del día.»

No había terminado aún de hablar el anciano, cuando un tizón encendido salió de mi seno y llenó la celda de un detestable olor de azufre. Era tan intenso, que apenas podíamos permanecer allí A raíz de esto, el anciano prosiguió su admonición: «He aquí que el Señor te ha dado a entender visiblemente la verdad de mis palabras. Ha querido que vieras con tus mismos ojos al autor de esta pasión oculta que has arrojado de tu alma, merced a tu saludable confesión, y reconocieras, ante esta huída manifiesta, que el enemigo, una vez descubierto, no tendrá en adelante lugar en ti.»

Decía verdad. Por virtud de mi confesión había cesado para siempre esta tiranía diabólica. El demonio no intentó siquiera tocar ya en mí el recuerdo de aquella glotonería, y jamás me sentí aguijoneado por el deseo de un hurto semejante.

El Eclesiastés expresa felizmente la misma verdad: «Si muerde una serpiente no encantada, de nada valen los conjuros del encantador» ". Advierte de esta manera el manifiesto peligro de la mordedura de la serpiente, máxime si inocula el veneno de improviso y a escondidas. Si no manifestamos las sugestiones diabólicas al encantador, esto es, a un hombre espiritual que sabe encontrar en las palabras mágicas y todopoderosas de las Escrituras un remedio inmediato y eficaz a estos mordiscos de la serpiente y el medio de extraer del corazón el fatal veneno, no podrá él socorrernos en el peligro ni defendernos contra la muerte.

El medio de alcanzar fácilmente la ciencia de 24 la verdadera discreción es, pues, seguir siempre las huellas de los ancianos. No tengamos la presunción de innovar nada ni remitirnos a nuestro propio criterio, sino sigamos siempre el camino que nos trazan sus enseñanzas y su vida santa. Esta sólida disciplina nos llevará a la perfecta discreción y nos pondrá también al abriga de todas las emboscadas del enemigo.

Por lo demás, no hay vicio por donde le sea más fácil al demonio insinuarse en el monje y arrastrarle a la muerte que el desdén por los consejos de sus ancianos y la confianza en su propio juicio o en los puntos de vista personales.

Y ¡qué necedad! Todas las artes, todas las profesiones inventadas por el genio humano, que, al fin y al' cabo, sólo sirven para las comodidades de la existencia y quedan en el dominio de lo palpable y lo visible, reclaman necesariamente un maestro para ser bien conocidas. ¡Y esta disciplina invisible y escondida, que puede únicamente captar un corazón verdaderamente puro, en la que el error no ocasiona desgracias temporales que puedan remediarse fácilmente, sino la pérdida del alma y la muerte eterna, esta disciplina, repito, será la única en la cual podrá prescindirse de guía! ¡Qué locura!, repito. Porque es preciso convencerse de ello: no son meros enemigos visibles los que nos hostilizan, sino invisibles, y, además, enemigos sin piedad. Es un combate que hay que librar sin tregua, noche y día, y no ciertamente contra uno o dos adversarios, sino contra innumerables legiones; un combate, en fin, en que la suerte es tanto más

temible cuanto más alevoso es el ataque y más encarnizada el rival. Por eso hemos de seguir con sumo empeño y cautela las huellas de los ancianos y darles a conocer los pensamientos que sobrevienen a nuestro corazón, descorriendo sin rebozo el velo con que la falsa vergüenza querría ocultarlos.

PELIGRO QUE SE CORRE POR FALTA DE COMPASIÓN

XII. GERMÁN. La causa principal que da pie a esta peligrosa vergüenza y nos mueve a mantener ocultos nuestros malos pensamientos, proviene de hechos como esté que nos contaron. Había en Siria un monje que era reputado como el primero entre los demás ancianos. Habiendo venido un hermano a confesarle con simplicidad los pensamientos que turbaban su corazón, más tarde, en un momento de cólera, le dio en rostro con ellos, reprochándole ásperamente. La consecuencia es inevitable: ante tales ejemplos no podemos menos de ocultar nuestros malos pensamientos y sonrojarnos al tener que descubrirlos a los ancianos. Pero, desde luego, con esto perdemos una ocasión propicia para obtener el remedio seguro.

XIII. MOISÉS. Así como no todos los jóvenes son igualmente fervorosos, sabios y de buenos costumbres, así tampoco en todos los ancianos se halla el mismo grado de perfección y la misma virtud consumada. Por esto, lo que constituye su verdadera riqueza no son precisamente sus cabellos blancos, sino el celo que han desplegado en su juventud y el merecimiento de sus virtudes y trabajos a lo largo de su mocedad. «Lo que no cosechaste en la juventud, ¿cómo lo hallarás en la vejez» 25 «La honrada vejez no es la de muchos años ni se mide por el número de días. La prudencia es la verdadera madurez del hombre, y la verdadera ancianidad es una vida inmaculada» 'I.

No debemos seguir las huellas ni abrazar la doctrina y consejos de aquellos cuya única reputación estriba en las canas y en los años que han vivido. Sí, en cambio, debemos guiarnos por aquellos que llevaron durante su juventud una vida irreprochable y digna de elogio y se formaron no según sus propias luces y criterio, sino de acuerdo con las enseñanzas y doctrina de les mayores. Algunos, ¿qué digo?, muchos hay que envejecen en la tibieza y relajación que han contraído en su adolescencia, intentando granjearse autoridad no por la madurez de su vida, sino por su edad avanzada. A éstos *se* endereza con razón el apóstrofe que lanza el Señor por boca del Profeta: «Los extraños devoran su fuerza sin que él se dé cuenta; ya tiene canas sin que él lo haya advertido» 27.

A estos tales, hay que repetirlo, lo que les induce a presentarse como dechado de los jóvenes no es ni la probidad de su vida ni el celo por realizar su ideal monástico--que mueve de suyo a los demás a la imitación-, sino únicamente su longevidad. El artificioso enemigo se vale de su canicie para engañar a los novicios, presentándola como señal inequívoca de un prestigio que han adquirido con los años. Con su dolosa habilidad se apresura a proponer tales ejemplos a aquellos que, a impulsos de una exigencia personal o invitados por sus hermanos, han emprendido el camino de la perfección. Su doctrina y su vida se convierten en sus manos en instrumento para arrastrar a estas pobres almas a una funesta tibieza o a una mortal desesperación.

Y ahora voy a probaros con un ejemplo lo que os estoy diciendo. Callaré el nombre, por no incurrir en el defecto de ese solitario de quien hablabais,

que publicó las faltas de su hermano, tras habérselas manifestado en confidencia. Me limito, pues, al hecho que puede proporcionarnos una lección oportuna.

Un anciano muy conocido mío acogió un día a un joven monje, y no de los menos fervorosos. Vino a él con el deseo de progresar en la vida atormentado por el aguijón de la carne y del espíritu de fornicación. Creía encontrar en la plegaria del anciano un consuelo en sus trabajos y una medicina para sus llagas. Al oírle el viejo, prorrumpió en injurias y dicterios, diciéndole que era un infame y miserable, que era indigno de llevar el nombre de monje, y que nadie podía prestar oídos a los daños que acarreaba un vicio como aquél.

Estos reproches hirieron el corazón del joven y salió de la celda presa de la desesperación. Estaba consternado y le embargaba una tristeza mortal. Por eso, abrumado por la aflicción, no pensó ya en curar su mal, sino en saciar la pasión que hervía en su interior. Iba absorto en este pensamiento, cuando he aquí que le salió al encuentro casualmente el abad Apolo[57] 28, el más consumado en santidad entre todos los ancianos.

En el decaimiento que aparecía en el semblante del joven, el abad adivinó su sufrimiento y el violento combate que se libraba en su alma. Le preguntó la causa de aquella turbación, insistiendo con blandura, pero el novicio no podía articular palabra. Apolo iba comprendiendo cada vez mejor. Imposible querer velar con el silencio lo que no podían disimular las facciones de su rostro. Multiplicó, pues, sus preguntas, porfiando por saber el motivo de su congoja. Al fin, cogido como en una red, el joven lo confesó todo. Puesto que, según el anciano a quien había consultado no podía ser monje, y era incapaz de refrenar los ardores de su carne y obtener remedio a su tentación, se disponía a tomar mujer. Abandonaría, por tanto, el monasterio y se volvería al mundo.

Apolo empezó entonces a consolarle dulcemente, con palabras llenas de benignidad. Díjole que a él, con ser viejo, le ocurría lo mismo; que también sentía aquellos incentivos y aquellas tempestades interiores. Que no era razón que él desesperara, ni había de maravillarle la violencia de la tentación. Que no eran tanto nuestros esfuerzos los que triunfaban sobre ella, cuanto la misericordia de Dios y su gracia. Pidió, pues, al joven solamente el plazo de un día y le dijo que regresara a su celda, mientras que él se dirigía apresuradamente al monasterio del otro anciano.

Al acercarse Apolo a la celda de éste, se puso a rogar con lágrimas y con los brazos extendidos, diciendo: «¡Señor, tú solo consideras con tu mirada compasiva las fuerzas de cada uno y la debilidad de nuestra naturaleza. Tú solo eres el médico que sabes aplicar el remedio con mano invisible. Haz pasar la tentación de aquel joven al alma de este anciano, a fin de que siquiera en su vejez aprenda a ser condescendiente con las debilidades de los afligidos y compartir la fragilidad de su juventud!»

Apenas había terminado esta oración con gemidos, cuando vio a un horrible etíope de pie frente a la celda del otro monje, lanzando contra él dardos de fuego. Tan pronto como las saetas hicieron mella en el ánimo del viejo, salió éste precipitadamente de su celda y comenzó a correr en todas direcciones como un beodo o como si hubiese perdido el *juicio.* Entraba en la celda y volvía a salir de

[57] Uno de los anacoretas más famosos y esclarecidos del desierto. Vivió en tiempo de Juliano el Apóstata, siendo padre de 500 monjes. Fué celebrado por lo. contemporáneos por su don de milagros.

nuevo. Incapaz de permanecer allí, anduvo vertiginosamente por el mismo camino que había seguido antes el *joven.*

El abad Apolo le vio como un hombre fuera de sí, presa del delirio. Comprendió que los dardos encendidos del demonio se habían clavado en su corazón: de ahí la ofuscación y el torbellino en que se revolvía su alma. Y acercándose a él, le dijo: «¿A dónde vas tan de prisa? ¿Pero es que te has olvidado de la gravedad que conviene a tus años? ¿Qué es lo que te agita como un niño y te hace corretear de una a otra parte?»

Confuso por los remordimientos de conciencia y por la vergonzosa pasión que le agitaba, decirse para si el infeliz que Apolo había adivinado la llama que abrasaba su corazón. Viendo descubierto su secreto, no osaba responder.

Entonces, Apolo le dice: «Vuélvete a tu celda, y siquiera en tu vejez convéncete de que el demonio, o no ha querido conocerte hasta ahora o no hacía ningún caso de ti. Ciertamente, no te había contado entre aquellos cuyos progresos y santos deseos le provocan a hacerles guerra continua; ya que después de tantos años transcurridos en la profesión monástica no has sido capaz, ante el único dardo que te ha disparado el enemigo, no digo ya de rechazarlo, pero ni siquiera diferir un solo día el rendirte a la tentación.

»El Señor ha permitido que fueras herida ahora, a fin de que, escarmentando no en cabeza ajena, sino en la tuya propia, aprendieras por lo menos en tu avanzada edad a compadecerte de las debilidades ajenas y a condescender con la fragilidad de tus prójimos. Un joven monje se había acogido a tu amparo; un joven que se hallaba expuesto a los rudos asaltos del enemigo. Y, lejos de confortarle con palabras de consuelo, le has exasperado, entregándole en manos del adversario, sin impedir que fuera devorado por él. Sepas, sin embargo, que no le hubiera sometido el enemigo a tan recia tentación, cual no la has experimentado tú hasta hoy, si no hubiera presentido con envidia sus futuros progresos, anticipándose en su camino para atajar los gérmenes de virtud que adivinaba. Indudablemente, al emprender con tanta violencia la guerra contra él, le ha juzgado más fuerte que a ti.

»Aprende, pues, por propia experiencia a compadecerte de los afligidos y a no rechazar a aquellos que están en peligro. Guárdate de sumirles en la desesperación, y procura no confundirlos con la dureza de tus palabras. Al contrario, aplícate más bien a confortarles con palabras de dulzura y consuelo. Así seguirás el consejo del sapientísimo Salomón de «librar a los que han sido arrastrados a la muerte y salvar a los que van a ser degollados» 29. A ejemplo de nuestro Salvador, no quebrarás la caña hendida y no apagarás la mecha humeante» 8°. Pedirás al Señor aquella gracia can que puedas poner por obra y cantar con confianza y verdad: «El Señor me ha dado lengua de sabio, para saber sostener con mi palabra al abatido» ". Nadie podría evitar las asechanzas del enemigo ni extinguir los ardores de la carne, que hierven en nosotros como un fuego que nutre la misma naturaleza, si la gracia de Dios no viniera en ayuda de nuestra flaqueza, ofreciéndonos su amparo y su protección.

»Entre tanto, se han realizado los designios saludables que el Señor se proponía: él ha librado a este joven de una prueba terrible, y te ha procurado una lección a ti, al darte a conocer la violencia que a veces puede alcanzar la tentación y, consiguientemente, el deber que tenemos de compadecernos de nuestros semejantes. Roguemos, pues, los dos juntos para que se digne poner fin a este azote que ha querido experimentaras para tu bien, «pues El es el que hace la

herida y quien la venda; quien hiere y cura con su mano 32; El, quien abate y ensalza, da la muerte y la vida, el que conduce al sepulcro y libra de él» 33. Que El se digne, con el suave rocío de su Espíritu, extinguir el fuego de esos dardos encendidos con los cuales ha permitido, escuchando mi oración, que te persiguiera Satanás.»

Un solo ruego del anciano bastó para poner fin a la tentación. El Señor hizo cesar aquella prueba tan prontamente como la había permitido. El hecho no puede ser más elocuente. No sólo no debemos reprochar a los hermanos las faltas que nos descubren ni darles en rostro con sus flaquezas, pero ni siquiera debemos menospreciar o tener en poco sus penas, por insignificantes que sean. Cuidado, pues, con que la impericia o ligereza de uno solo o de algunos de éstos, cuyas canas sirven al enemigo para engañar a los jóvenes, nos desvíe de la senda de la salvación o nos aparte de la enseñanza de nuestros padres. Rasgando el velo con que la falsa vergüenza querría cubrirlos, manifestemos a nuestros ancianos todos los secretos de nuestra alma, y vayamos con confianza a buscar en ellos el remedio a nuestras heridas y el ejemplo de una vida santa. Y si nos resolvemos a no emprender cosa alguna por nuestro propio, juicio e inspiración personal, encontraremos en recompensa el mismo socorro y provecho que encontró este novicio cerca de su anciano.

EJEMPLOS DE SAMUEL Y DEL APÓSTOL PABLO XIV.

Dios se complace tanto en esta actitud de deferencia y respeto a los ancianos, que no en vano ha querido aleccionarnos sobre ella, encerrando de intento su enseñanza en las Sagradas Escrituras.

Por un juicio de su Providencia escogió al joven Samuel. Pero en lugar de instruirlo por si mismo y entablar directamente coloquio con él, hizo que recurriera una y dos veces al anciano Helí *34.* Quiso que este niño a quien había llamado para vivir en su intimidad fuera formado por un hombre que le había ofendido, por la única razón de ser éste un anciano. Y tras haberle juzgado digno de una vocación tan alta, prefirió someterle a la dirección del sacerdote. Es decir, que la vocación de Samuel se la reservó Dios para sí; su formación, en cambio, quiso confiarla al sacerdote Helí. De este modo probaba la humildad de aquel a quien destinaba a un ministerio tan divino, y daba a la juventud en su persona un modelo de sumisión.

XV. También a San Pablo le llamó Cristo por sí mismo y le habló. Mas, pudiendo revelarle en el acto el camino de la perfección, prefirió encaminarlo a Ananías y le ordenó que aprendiera de sus labios la verdad: «Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que has de hacer; *35.* Le confía; pues, también a un anciano, juzgando preferible que aprenda de su doctrina, antes que enseñarle El personalmente. Y ello para evitar que lo que hubiera sido justo en el Apóstol no fuera en el porvenir motivo de mal ejemplo para algunos. Pues podría fomentar su arrogancia y pensar que no debían reconocer por maestro y doctor más que a Dios, sin necesidad de sujetarse a la enseñanza de los mayores.

El Apóstol nos muestra en sus cartas, no menos que con sus hechos y ejemplos, la repugnancia que debe inspirarnos semejante presunción. Y nos dice que subió a Jerusalén sólo con ánimo de examinar y cotejar con sus hermanos y predecesores en el apostolado, en una especie de examen privado y fraternal, la doctrina del Evangelio que él anunciaba a los gentiles, y esto después de verse asistido por la gracia del Espíritu Santo, que acompañaba su predicación con

señales y prodigios. «Y yo les expuse—dice-el Evangelio que predico entre los gentiles..., por temor de correr o haber corrido en vano» *3°.*

¿Quién será tan presuntuoso y ciego que ose fiarse de su solo juicio y parecer, cuando este es vaso de elección atestigua que tuvo necesidad de consultar con sus hermanos de apostolado? Tenemos aquí una prueba fehaciente de que el Señor no muestra a nadie directamente la senda de la perfección, si, teniendo ancianos que se la enseñen, menosprecia su doctrina y magisterio. Este tal no hace caso de aquella palabra de la Escritura que querría el Señor se observara con celo: «Pregunta a tu padre, y te enseñará; a tus ancianos, y te dirán» ".

HAY QUE TENDER A LA DISCRECIÓN

XVI. Hemos de procurar, pues, con empeño, adquirir el bien de la discreción, mediante la virtud de la humildad. Es la única que puede preservarnos de las extralimitaciones, tanto en el vicio como en la virtud, o, lo que es lo mismo, librarnos de las faltas, tanto por exceso como por defecto. No es nuevo el :proverbio: ακροτητεφ ισοτητεφ -los excesos son iguales-. Dicho de otra manera: los extremos se tocan. El ayunar demasiado y el comer más de lo justo tienen, en definitiva, el mismo resultado y conducen a un misma fin. Las vigilias inmoderadas no son menos desastrosas para el monje que la pesadez de un sueño prolongado. Y es que las privaciones inmódicas debilitan al hombre hasta sumirle en un estado de total postración y apatía. He visto con frecuencia a algunos que, habiendo salido victoriosos ante las seducciones de la gula, cayeron fatalmente a consecuencia de ayunos desmedidos. Volvieron al vicio que habían vencido de regalarse en demasía, al darse cuenta de la extrema debilidad a que les había reducido la abstinencia. Otros han caído por haberse entregado más de lo debido a las vigilias indiscretas, pasando noches enteras sin pegar los ojos, cuando el mismo sueño no había podido antes triunfar de su constancia.

Por tanto, según dice el Apóstol, «con las armas de la justicia a, diestra y a siniestra»[58] 38, guardemos las formas y actitudes razonables. Tomando por norma de vida la discreción, mantengámonos siempre a igual distancia de ambos extremos, sin decantarnos a derecha ni a izquierda. De modo que no abandonando por una parte la práctica de la abstinencia, establecida por nuestros Padres, no caigamos por otra, víctimas de una funesta relajación, en los vicios de la gula y la intemperancia.

XVII. De mí sé decir, que a menudo sentía tal inapetencia en la comida, que después de dos o tres días transcurridos sin probar alimento, apenas si me pasaba por la mientes el deseo de los manjares. También me acontecía tenerme el

enemigo desvelado y hacerme tan imposible el sueño, que me obligaba a implorar noche y día al Señor la gracia de algunos instantes de reposo. Ahora bien, he podido comprobar que esta repugnancia respecto al alimento y el sueño me exponía a un peligro mayor que el que me causaban los asaltos de la pereza y de la gula.

Y así, por un lado, hemos de precavernos para no resbalar por la pendiente de una apetencia voluptuosa en la comida hasta dar en una relajación que podría ser fatal, ni anticipar la hora fijada, ni abandonarnos al placer de los manjares extralimitándonos en ellos. Pero conviene, por otro, tornar el alimento y sueño

[58] 38 *II Cor.*, vi, 7.

debidos al tiempo establecido, cualquiera que sea la repugnancia que sintamos. No olvidemos que uno y otro extremo son tentaciones del enemigo. Pero la caída suele ser más grave por un ayuno inmoderada que por un apetito satisfecho. Porque con éste se puede llevar, con la ayuda de la compunción, una vida moderadamente austera; con el otro, es imposible.

SOBRE LA ABSTINENCIA Y TASA DE LA COMIDA

XVIII. GERMÁN. ¿Cuál es, pues, el justo medio en punto a abstinencia? ¿Qué proporción debemos guardar para mantenernos a igual distancia de ambos extremos, evitando así el peligro que nos amenaza ante esos dos escollos?

XIX. MOISÉS. Sé que este punto fué con frecuencia objeto de discusión entre nuestros mayores. Después de haber considerado la práctica de algunos solitarios, que se sustentaban sólo con legumbres, hortalizas o fruta, prefirieron sustituir esto por el uso del pan a solas. En consecuencia, determinaron que la medida prudencial que podía guardarse era la de dos panecillos, que juntos pesaban sobre una libra, aproximadamente.

XX. Acogimos con una sonrisa irónica esta solución y respondimos que no juzgábamos aquella abstinencia muy rigurosa, toda vez que nosotros mismos no podíamos consumir tal cantidad [59]36.

XXI. MOISÉS. Si queréis probar el rigor de esta costumbre, observadla constantemente. No añadáis los domingos y los sábados ningún manjar cocido, ni siquiera con ocasión de la visita de un huésped. Porque si el monje se permite estas mitigaciones, no sólo podrá contentarse con menos de los dos panecillos, sino que le será fácil diferir la refección sin la menor fatiga, por tener más que suficiente con los aditamentos que se han tomada En cambio, no podrá hacer tal cosa ni dejar de permanecer dos días sin comer esa cantidad de pan, si se atiene a la ración indicada.

Recuerdo que a nuestros antepasados-y l a propio nos ha sucedido a nosotros más de una vez-les era tan difícil observar esta prescripción y no exceder aquella medida frugal, que ; tenían que hacerse gran violencia para ello, no levantándose de la mesa sino con disgusto, y sintiendo amargura y pesar.

NORMA DE LA ABSTINENCIA Y COMIDA EN GENERAL

XXII. En línea general, el criterio que hay que seguir respecto a la abstinencia consiste en concederse, según las fuerzas, la edad y complexión física de cada cual, el alimento necesario para sustentar el cuerpo, no lo que desea el apetito para llegar hasta la saciedad.

Porque igual perjuicio-y no pequeño encontrará en uno y otro exceso el monje que, viviendo con arreglo a un régimen caprichoso y desigual, unas veces ayuna con extremo rigor y otra abusa j de los manjares. El espíritu, abatido por falta; de sustento, pierde su vigor y se mantiene con l languidez en la oración, pues la excesiva fatiga condena al cuerpo a la somnolencia. Por otra parte, la hartura de los manjares le agrava y le hace imposible elevarse a Dios esponjándose en puras y tiernas plegarias. Tampoco podrá guardarse intacta la pureza y la

[59] 39 Esta cantidad, como se ve, constituida por estos dos paximacia o panecillos, equivalía a una libra de pan,

castidad, ya que precisamente en los días en que la carne parecerá más extenuada por el ayuno, la intemperancia de la víspera dará materia a la tentación; atizando el fuego de la concupiscencia.

XXIII. Lo que se ha acumulado una vez en el organismo por la abundancia de alimentos se despide necesariamente a su tiempo. Es la misma ley de la naturaleza quien lo exige, pues no sufre se mantenga la exuberancia de humores superfluos por ser contraproducentes. De ahí la necesidad de guardar siempre, en punto a alimentos, una medida razonable y discreta. Pues si, permaneciendo en esta carne nos es imposible inhibirnos del todo de esta necesidad natural y evitar tales ilusiones entre sueños, por lo menos que no sobrevengan en el curso del año sino muy raramente. Conviene, además, que esto se produzca sin ninguna anomalía, dentro de un sueño tranquilo, y no sea provocado por lúbricas imaginaciones. Sería indicio de oculta pasión desordenada.

Nuestros Padres lo sabían. Por eso aprobaron por decisión unánime este régimen de vida, adoptando la medida y uniformidad de que hablamos. Una comida al día consistente en sólo pan, no sacia el hambre del todo. Al propio tiempo el apetito sazona la refección. Por este media. el alma y el cuerpo, permaneciendo constantemente en la misma disposición, ni se sienten abatidos por el ayuno indiscreto ni cargados por la demasiada comida. La jornada queda así envuelta en una atmósfera tal de frugalidad, que al llegar a la noche no percibe el monje la pesadez ni se acuerda siquiera de lo que ha comido al mediodía.

XXIV. Es tan cierto que esta norma constante en la comida lleva consigo su dosis de mortificación, que los monjes que no se proponen seriamente la perfecta sobriedad, prefieren prolongar su ayuno y reservarse la ración cotidiana para el día siguiente. Llegada la hora de la refección, prescindiendo de la medida fijada, puedes comer y saciarse a su gusto

Tal fue no hace mucho, como sabéis, la práctica obstinada de vuestro compatriota Benjamín. Para sustraerse a esta penitencia diaria y eludir una sobriedad continua, prefería ayunar dos días consecutivos, a trueque de satisfacer después, mediante la doble ración, su glotonería. Los cuatro panes que se había reservado le ofrecían ocasión de contentar sus deseos y saciar el hambre a placer. De esta suerte compensaba el ayuno de la víspera comiendo luego a sus anchas, y se resarcía con creces de la abstinencia pasada. Guiándose por esta obstinación y pertinacia, quiso vivir a su talante antes que someterse a los usos de nuestros mayores.

Ya sabéis el fin que tuvo yendo por este camino, y cómo abandonó el desierto para correr tras la huera filosofía de este mundo y la vanidad del siglo. Valga este ejemplo para probar la bondad de esa regla establecida por los ancianos. Y que nos enseñe a todos que aquel que obedece a su inspiración personal y fía demasiado en su propio juicio no podrá alcanzar las cimas de la perfección. Más, es imposible que no sucumba a las peligrosas ilusiones que urde el demonio por doquier.

DEL MODO COMO PUEDE GUARDARSE SIEMPRE LA MISMA MEDIDA

XXV. GERMÁN. ¿Y cuál es el medio de guardar constantemente esta uniformidad que dices? Porque a veces es preciso quebrantar el ayuno[60]40 a la hora de nona para obsequiar a los huéspedes que llegan. En cuyo caso es forzoso, para agasajarles, añadir algo a esa cantidad de pan establecida. De lo contrario, nos vemos obligados a faltar al deber de la hospitalidad, que nos obliga a todos por igual.

XXVI. MOISÉS. Conviene observar con la misma solicitud uno y otro precepto: abstinencia y hospitalidad. Por un lado, debemos guardar escrupulosamente la discreción en el comer, por amor a la pureza y a la templanza. Por otro, hay que llenar con caridad los deberes de cortesía respecto a los hermanos que nos visitan.

Porque sería a todas luces un absurdo que, recibiendo a un huésped, o mejor dicho, a Cristo, que es a quien recibimos en la persona del huésped, no participáramos en su comida y le dejáramos sólo en la mesa.

Pero he aquí un procedimiento fácil, por el que podremos satisfacer cumplidamente con ambas exigencias escapando a toda censura. A la hora nona no comamos más que uno de los panes que nos permite la regla, reservando el otro para la tarde, con miras a la visita que podamos recibir. Si llega, en efecto, algún hermano, comamos en su compañía esta única porción, sin necesidad de añadir nada a nuestra refección acostumbrada. Si así lo hacemos, no nos dará pena la llegada de un huésped, que siempre debe constituir para nosotros un acontecimiento grato. Así habremos cumplido con los deberes ineludibles de la urbanidad sin faltar un ápice al rigor de nuestro ayuno. Caso de que no tengamos que recibir ninguna visita, podemos todavía comer con entera libertad el panecillo a que nos da derecho la misma regla. Como habremos tomado ya uno a la hora nona, nuestro estómago no se sentirá insatisfecho al comer el único que nos queda. Esto nos evitará el inconveniente que experimentan habitualmente aquellos que, a título de mayor abstinencia, difieren hasta la noche tomar toda la comida. Esta especie de sobrealimentación que acaban de permitirse les arrebata la libertad de espíritu y esa agilidad interior que es tan necesaria para recitar las plegarias vespertinas y nocturnas.

En orden a esto, se dispuso ya antiguamente la hora de nona[61] " como la mas a propósito para la refección. En verdad, ofrece no pocas ventajas. Porque, sobre sentirse el espíritu más libre y la cabeza despejada para las vigilias nocturnas, nos hallamos ya perfectamente dispuestos para celebrar el oficio de Vísperas, pues se ha hecho ya la digestión.

***

Tales son los manjares exquisitos con que, por decirlo así, nos regaló Moisés al darnos estas dos conferencias. En la segunda nos había revelado con elocuencia fácil la hermosura y prestancia de la discreción. En la primera había puesto de relieve el verdadero carácter de nuestra renuncia, la meta y fin de la vida monástica. Lo que antes perseguíamos a ciegas, casi sin saberlo, a impulsos sólo del fervor y del celo que nos animaba, nos lo había hecho ver

[60] *Statione ieiunii*, dice el texto. Al igual que otros autores eclesiásticos, CASIANO emplea, a veces, únicamente la palabra *statio* para significar el ayuno eclesiástico. Cfr. Inst., iv, nota 45.
[61] 4^1 0 sea, las tres de la tarde.

ahora más claro que la luz. Caíamos en la cuenta de que habíamos corrido hasta entonces a la ventura, un tanto apartados de la verdadera dirección, lejos de la pureza de corazón. Y este sentimiento se avivaba aún más en nosotros cuando pensábamos que las mismas artes y ciencias humanas, por materiales que sean, exigen siempre un blanco preciso, y que no se las posee perfectamente sino a condición de apuntar con decisión constante al objetivo que conduce a ellas.

III

CONFERENCIA DEL ABAD PAFNUCIO

DE LAS TRES RENUNCIAS

Capítulos: I. De la vida y costumbre del abad Pafnucio.-II. Discurso del anciano, y nuestra respuesta.-III. Proposición del abad Pafnucio: de tres géneros de vocación y de otras tantas renuncias.-IV. Se exponen los tres géneros de vocación.-V. Que de nada aprovecha al perezoso la vocación relevante, y que la menos noble no es obstáculo para el alma de temple.-VI. Las tres renuncias.-VII. Cómo es necesario practicar a la perfección estas tres renuncias.-VIII. De las riquezas que constituyen la verdadera belleza o fealdad del alma.-IX. De tres géneros de riqueza.X. Que el primer grado de renuncia no basta para llegar a la perfección.-XI. Pregunta sobre la gracia de Dios y el libre albedrío del hombre, XII. Que la economía de la gracia no excluye la libertad.-XIII. Que debemos a Dios el poder seguir nuestro recto camino.-XIV. Que la ciencia de la ley se nos da merced al magisterio e ilumi-nación de Dios.-XV. Que tanto la inteligencia por la que conocemos los mandamientos de Dios, como los efectos de una buena voluntad son dádivas del Señor.-XVI. Que la misma fe constituye un don de Dios,XVII. Que Dios modera la violencia de la tentación y da la fuerza para soportarla.XVIII. Que la perseverancia en el temor de Dios es también gracia suya.-XIX. Que la buena voluntad procede de Dios y se consuma en El.-XX. Nada de este mundo se hace. sin el beneplácito divino. XXI. Objeción a que da lugar la fuerza de nuestro libre albedrío.-XXII. Que nuestra libertad necesita de continuo del auxilio de Dios.

VIDA Y COSTUMBRES DEL ABAD PAFNUCIO

1. Entre esta pléyade de santos, que eran como astros resplandecientes que iluminaban entonces la noche de este mundo, vimos brillar al bienaventurado Pafnucio[62]1 con el resplandor de una ciencia singular, semejante a la claridad de una luz deslumbradora.

Era el sacerdote de nuestra comunidad monástica, en el desierto de Escete. Vivió allí hasta una edad muy avanzada, y no quiso mudar jamás de celda. Había empezado a ocuparla desde joven y se hallaba a cinco millas de la iglesia. Otra más cercana le hubiera ahorrado, a sus años, la fatiga de un camino tan largo los sábados y domingos. El lunes, cuando volvía, no tomaba con las manos vacías, pues le veíamos cargar sobre sus hombros, llevándola hasta la celda, el agua que debía beber durante la semana. Con haber rebasado ya la edad de noventa años,

[62] ' Casiano nos hablará también de este varón; famoso entre los solitarios egipcios, en Col. XXIII, 15.

jamás quiso consentir que alguno de los hermanos jóvenes le relevara de esta tarea.

En su adolescencia había tomado tan a pechos la vida cenobítica, que una breve estancia en el monasterio le bastó para enriquecerse del espíritu de sumisión y adquirir la ciencia de la virtud. Mortificando los movimientos de su corazón con la humildad y la obediencia, supo subyugar los vicios y perfeccionarse en todas las virtudes que se practican en los monasterios, según la doctrina de los más antiguos Padres. Entonces se sintió movido a mayor perfección, deseando internarse en lo más escondido del desierto. Viviendo en comunidad entre sus hermanos, sentía una sed insaciable de unirse a Dios inseparablemente, sin que nadie pudiera distraerle.

El yermo y su soledad le llamaban. Y corrió a él a fin de encontrar más fácilmente la unión divina, lejos del consorcio humano que pudiera impedírselo. Aun allí, su admirable fervor fue superior a las mismas virtudes de los anacoretas. Con todas sus fuerzas se entregaba incesantemente a la contemplación divina, huyendo de las miradas de los hombres y buscando los lugares más solitarios e inaccesibles. Permanecía escondido días enteros, de suerte que rarísimas veces se hacía encontradizo a los mismos anacoretas. Creíase que gozaba diariamente de la compañía de los ángeles, y a causa de su amor al retiro, se le había denominado Búbalo[63] 2, es decir, el buey salvaje.

TI. Deseosos nosotros de instruirnos con un maestro semejante, y aguijoneados por este pensamiento, llegamos a su celda al caer de la tarde. Al principio permaneció unos instantes en silencio. Luego empezó a hablar con elogio de nuestro propósito, pues habiendo abandonado nuestra patria-decía él-, atravesando por amor de Dios tantas provincias, nos disponíamos con tan buen ánimo a soportar la pobreza del desierto y su inmensa soledad y a imitar la dura vida de los anacoretas. Esta-agregó-, incluso a aquellos que han nacido y se han educado en la estrechez e indigencia que aquí se vive, les cuesta trabajo soportarla.

Le respondimos que nuestro propósito, al venir en busca de su doctrina y magisterio, era penetrarnos de las enseñanzas de un hombre tan notable, e imbuirnos de su ejemplo y perfección, pues nos constaba por un sinnúmero de pruebas que las poseía. Que no era nuestro deseo oír elogios infundados de nosotros mismos. Ni era razón que sus palabras despertaran en nosotros brotes de vanidad. Bastante había con que el enemigo tratara de alimentar con sus sugestiones esa vanidad, incluso en nuestras mismas celdas. En fin, que lo que necesitábamos eran palabras que nos inspirasen sentimientos de humildad y compunción, no que diesen en nosotros pábulo a la vana complacencia.

DE TRES GÉNEROS DE VOCACIÓN

III. Entonces dijo el santo abad Pafnucio: Hay tres géneros de vocación y hay asimismo tres modos de renuncia. Las tres son necesarias al monje, sea cual fuere el rango de su vocación.

[63] Este animal, por ser entre las bestias salvajes la más agreste y solitaria, era para las monjes antiguos símbolo de los anacoretas, pues evocaba entre ellos el afán de retraimiento y soledad que caracterizaba a los ermitaños.

En primer lugar, digo, hay tres géneros de llamamiento. Uno, cuando nos llama Dios directamente; otro, cuando nos llama por medio de los hombres, y el tercero, cuando lo hace por medio de la necesidad. Examinemos esto con detención.

Si reconocemos que fuimos llamados directamente por El a su culto, tendremos que ordenar toda nuestra vida de modo que esté en consonancia con la alteza de esa vocación. Porque de nada servirían los bellos comienzos si el fin no respondiera a los principios.

Supongamos, en cambio, que Dios nos ha segregado del mundo por una vocación de rango más humilde, llamados par los hombres o por la necesidad. En tal caso, cuanto menos gloriosos sean los comienzos con que inauguramos la vida monástica, tanto más deberemos avivar nuestro fervor para consolidarnos en ella y tener un buen fin en nuestra carrera.

Por lo que atañe a las tres renuncias, conviene que las conozcamos también a fondo. La perfección nos sería en un todo inaccesible, si ignorásemos la índole de esas renuncias, o si, conociéndolas, no intentáramos en realidad ponerlas por obra.

IV. Para poner en claro estos tres modos de vocación y sus notas distintivas, repitamos que el primero es de Dios, el segundo se produce por intermediaria humano y el tercero es hijo de la necesidad.

La vocación viene directamente de Dios, siempre que envía a nuestro corazón alguna inspiración. Esta nos sorprende a veces sumidos como en un profundo sueño. Nos sacude, despierta en nosotros el desea de la vida y de la salvación eternas, y nos empuja, merced a la compunción saludable que origina en el alma, a seguirla, manteniéndonos adheridos a sus preceptos. Así leemos en las Sagradas Escrituras que Abraham fue llamado por la voz divina lejos de su patria natal, de sus deudos y de la casa de su padre: «Sal de tu tierra, le dice el Señor, y de tu parentela, y de la casa de tu padre» [64]

Sabemos que tal fue la vocación del bienaventurado Antonio. Sólo a Dios era deudor de su conversión. Pues habiendo entrado un día en el templo, oyó estas palabras del Señor en el Evangelio: «Aquel que no aborrece a su padre, a su madre, a sus hijos, a su mujer, sus campos y su propia vida, éste tal no puede ser mi discípulo»[65] `. Y: «Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego, ven y sígueme» s. Le pareció como si este consejo fuera dirigido personalmente a él. Penetrado de este sentimiento, abrazó el consejo con gran compunción de corazón, e inmediatamente renunció a todo y se fue en pos de Cristo. Como se ve, ningún consejo, ninguna enseñanza humana tuvo el menor influjo en su decisión, sino sólo la palabra divina oída en el Evangelio.

La segunda clase de vocación es aquella en que, según hemos dicho, media la intervención de los hombres. En tal caso nos sentimos movidos por las exhortaciones y ejemplos de los santos, y se enciende en nosotros el deseo de salvación. De esta manera me acuerdo haber sido yo llamado, por gracia del Señor. Movido por los consejos del santo abad Antonio y vivamente impresionado por sus virtudes, me incliné a seguir este estilo de vida

[64] Gen., XII, 1

[65] [4] *Lc.,* XIV, 26.

[5] Mr., xix., 21

consagrándome a la profesión monástica. De este modo, como nos dice la Escritura, libró Dios a los hijos de Israel de la cautividad de Egipto, por ministerio de Moisés[66] 6.

El tercer género de vocación nace de la necesidad. Sucede cuando, cautivos en las riquezas y en los placeres de este mundo, sobreviene de pronto la tentación y se cierne sobre nosotros. Unas veces será cuando nos amenaza el peligro de muerte, otras cuando la pérdida de los bienes o la proscripción asesta un duro golpe a nuestra existencia, y otras cuando nos atenaza el dolor de ver morir a los que amamos. Entonces la desgracia nos obliga, tal vez a pesar nuestro, a echarnos en los brazos de Aquel a quien no quisimos seguir en la prosperidad.

De esta vocación que motiva la necesidad, encontramos también frecuentes ejemplos en la Escritura. Así, cuando el Señor entregaba en manos de sus enemigos en castigo de sus pecados a los hijos de Israel, bajo la cautividad y cruel tiranía que los oprimía, se volvían clamando hacia Dios. «Y el Señor-se nos dice- les suscitó un libertador, llamado Aod, hijo de Guera, hijo de la tribu de Benjamín, el cual era zurdo»[67]7. Y de nuevo-afirma-«clamaron al Señor, quien les suscitó un salvador que los libertó; a saber, Otoniel, hijo de Quenaz, el hermano menor de Caleb» *8.* He aquí las palabras de los salmos que hacen alusión a casos semejantes: «Cuando los hería de muerte, le buscaban, se convertían y se volvían a Dios. Y se acordaban que era Dios su amparo, y el Dios altísimo, su Redentor»9. Y también: «Y clamaron al Señor en sus peligros, y los libró de sus angustias» *lo.*

V. De estas tres vocaciones, las dos primeras parecen fundarse en un principio y origen más noble. No obstante, hemos visto a algunos que, partiendo de ese tercer llamamiento-que es en apariencia de menos estima y propio de los tibios--, se mostraron perfectos y excitaron nuestra admiración por su fervor y gran espíritu. Incluso llegaron a equipararse a aquellos que, habiendo tenido mejores principios en su vocación, perseveraron en este fervor lo restante de su vida. Muchos, al contrario, después de haber sido favorecidos por más alto llamamiento, se enfriaron poco a poco bajo la desidia y la tibieza y tuvieron un fin desgraciado. Así como a los primeros, convertidos por la necesidad más que por propia iniciativa, no perdieron nada, pues vemos que el Señor, en su bondad, les dió igualmente ocasión de arrepentirse, así también de nada les sirvió a los segundos el haber tenido tan hermosos comienzos, por no haber conformado con ellos el resto de su vida.

Nada faltó al abad Moisés, que vivió en este desierto, en la zona llamada Cálamo, para ser un gran santo. Bien es verdad que por el temor de la pena de muerte, a que había sido condenado por homicidio, se refugió en el monasterio. Pero supo sacar provecho de esta conversión forzosa, convirtiéndola con su entusiasmo en una donación voluntaria, que le llevó a las más altas cumbres de la perfección. ¡Cuántos, al contrario, cuyo nombre no puedo aducir aquí, no han aprovechado en la santidad, a pesar de haber tenido comienzos más honrosos

---

[66] 6 *Ex., v ss.*
[7] *lue., III, 15.*

[67] *8* lue., 9.
9 Ps., LXXVII, 34-35. 10 Ps. cvi, 6.

en el servicio de Dios! Una vida anquilosada en la tibieza fue suplantando las buenas disposiciones, y les vimos caer en una indiferencia fatal hasta precipitarse en el abismo de la muerte.

Cosa pareja vemos que aconteció en la vocación de los apóstoles. ¿De qué le sirvió a Judas el haber abrazado voluntariamente aquella sublime dignidad, al igual que Pedro y los demás discípulos? Porque, dando a tan esclarecidos principios un fin abominable, se entregó a la pasión de la avaricia [6811] y llegó hasta la traición de su Maestro, perpetrando el más cruel de los parricidios.

Y he aquí a San Pablo. Cegado súbitamente por el Señor, es como arrastrado a su pesar al camino de salvación. ¿Dónde está aquí la desventaja? Sigue desde luego al Señor con un amor y una fe insobornables. Y trocando la coacción primera por un sacrificio libre y espontáneo de sí mismo, corona con un fin incomparable una vida gloriosa, cuajada de ejemplos de virtud.

Todo estriba, pues, en el fin. Es posible que después de haber uno comenzado su conversión de la manera más laudable, descienda por su negligencia al más bajo nivel de vida. Y no es menos posible que, arrastrado a la vida monástica acuciado por la necesidad, vaya elevándose, merced al temor de Dios y a un celo santo, hasta la perfección.

LAS TRES RENUNCIAS

VI. Hablemos ahora de las tres renuncias. La tradición unánime de los Padres se junta a la autoridad de las Escrituras para mostrar que son tres, en efecto. Debemos trabajar con ahínco en ponerlas por obra.

La primera consiste en despreciar todas las riquezas y bienes de este mundo. Por la' segunda, renunciamos a nuestra vida pasada, a nuestros vicios y a nuestras afecciones del espíritu y de la carne. La tercera tiene por objeto apartar nuestra mente de las cosas presentes y visibles,

para contemplar únicamente las cosas futuras y no desear más que las invisibles. Que es menester cumplir con las tres, es el mandamiento que el Señor hizo ya a Abraham, cuando le dijo: «Sal de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre»[69] "

«Sal de tu patria», es decir, de los bienes de este mundo y de las riquezas de esta tierra. «Abandona a tu parentela», esto es, la vida y las costumbres dé antaño, tan estrechamente unidas a nosotros desde nuestro nacimiento, que hemos contraído con ellas como una especie de afinidad y parentesco natural, cual si fuera nuestra propia sangre. «Aléjate de la casa de tu padre», o sea, aparta tus ojos del recuerdo del mundo presente.

Tenemos, efectivamente, dos padres: uno que es necesario abandonar; otro, que es preciso seguir. David los señala a ambos en un mismo pasaje de los salmos, cuando pone en labios de Dios aquellas palabras: «Oye, hija, considera y presta atento oído. Olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre» [13]. Al decir

[68] 11. *Philargyriae,* dice Casiano, usando de la voz griega que expresa gráficamente el amor o apetito desmedido del dinero. Cfr. Inst., VII, nota ,1.

[69] 12 *Gen., xII,* 1.

Dios al alma: «Escucha, hija mía», supone que su Majestad es su padre. Y, por otra parte, afirma que es también su padre aquel cuya casa y pueblo debe echarse en olvido.

Este olvido tiene lugar cuando, muertos con Cristo a los elementos de este mundo, no contemplamos ya, según la palabra del Apóstol, «las cosas visibles, sino las invisibles; pues las visibles son temporales, las invisibles, eternas» [7014]. Se realiza asimismo cuando, renunciando de corazón a esta morada temporal y visible, dirigimos la mirada del alma hacia aquélla, donde habitaremos eternamente.

Este estado será el nuestro desde el momento en que, a pesar de vivir en la carne, no obraremos ya según la carne, pues empezaremos a militar en las filas del Señor. Entonces podremos con toda verdad realizar aquella palabra de San Pablo: «Somos ya ciudadanos del cielo», 15.

***

A estas tres renuncias corresponden exactamente los tres libros de Salomón. A la primera convienen los Proverbios, que nos enseñan a desechar los bienes terrenos y los vicios de la carne. A la segunda, el Eclesiastés, donde se afirma que todo cuanto se hace en el haz de la tierra es vanidad. A la tercera, el Cántico de los Cánticos, en el cual el alma, trascendiendo las cosas visibles, se une ya, por la contemplación de las celestiales, al Verbo de Dios.

VII. Mal podríamos hacer la primera renuncia, aunque fuera con una fe a toda prueba, si no pusiéramos por obra la segunda con igual ardor e intensidad. El cumplimiento de ésta nos dará la posibilidad de llevar a cabo la tercera.

Esta tercera consiste, como he dicho, en abandonar la morada de nuestro primer padre-nuestro padre lo fue, como sabemos, según el hombre viejo, desde nuestro nacimiento, cuando «éramos por naturaleza hijos de ira, como el resto de los hombres» [7116°]. Entonces, despojados de este afecto, nuestra mirada se concentrará únicamente en el cielo.

De este padre habla Dios a Jerusalén, que había despreciado a su verdadero Padre celestial: «Tu padre es un amorreo y tu madre una jetea» [1]7. Y también en el Evangelio: «Vosotros tenéis por padre al diablo, y queréis hacer los deseos de vuestro padre» [1g].

Dejando, pues, a ese primer padre, y salvando la distancia de las realidades visibles a las invisibles, podremos decir con el Apóstol: «Sabemos que si la tienda de nuestra mansión terrena se deshace, tenemos de Dios una sólida casa, no hecha por mano de hombres, eterna en los cielos» 19. Y lo que poco ha hemos citado: «Somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos al Salvador y Señor Jesucristo, que reformará el cuerpo de nuestra vileza conforme a su cuerpo

---

[70] 14 *11 Cor., iv, 18.*
15 Phil., III, *20.*

[71] 16 *Eph.,* ir, 3.
[17] *Ezech.,* xvi, 3.
18 lo., viii, 44.
[19] 11 Cor., v, 1.

glorioso»[72] 2°. Y todavía estas palabras de David: «Soy peregrino en la tierra, un advenedizo, como todos mis padres» 21. Para que seamos semejantes a aquellos de quienes el Señor, en el Evangelio, dice a su Padre: «Ellos no son del mundo, como yo no soy del mundo» 22. Y otra vez a sus mismos apóstoles: «Si fuéseis del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os escogí del mundo, por esto el mundo os aborrece» 2 3.

Cuando no quede ya en nuestra alma vestigio alguno de esa especie de crasitud propia de la vida animal con que se sentía agravada, mereceremos llegar realmente a la perfección de esta tercera renuncia. Es señal entonces de que una mano hábil ha desbastado y limado en ella todas las disposiciones y afectos terrenos.

Por los demás, la meditación constante de las cosas de Dios y el ejercicio de la contemplación la fijan de tal manera en la esfera de lo invisible, que, atenta sólo a las realidades celestiales e incorpóreas, olvida el efímero ropaje de su carne frágil y no tiene ya conciencia del lugar que ocupa su cuerpo en el espacio. Siguen ahora arrobamientos y transportes inefables. El oído permanece insensible a la voz de lo que ocurre en torno. Ni la imagen fugaz de los que pasan y discurren ante ella solicitan siquiera su atención. ¿Qué digo? Junto a ella, frente a ella, se levantan los mismos objetos y aun masas imponentes, sin que pueda percatarse de ello con los ojos de la carne.

La verdad y grandeza de estas sublimidades sólo podrá captarlas quien tenga experiencia de ello. A este tal el Señor le ha apartado los ojos del corazón de todas las cosas de la tierra. Tanto es así que las juzga no sólo perecederas, sino como carentes de existencia, desvanecidas en la nada como vana humareda. Íntimamente unido a Dios, al igual que Enoc, vive abstraído de la vida y ajeno a cuanto le rodea. Sólo media una diferencia: que en el personaje bíblico la elevación fue también física, como nos lo enseña el pasaje del Génesis: «Y anduvo Enoc en la presencia de Dios, y había desaparecido; no se le encontraba, porque se lo llevó Dios»[73] 2'. Y el Apóstol dice a su vez: «Por la fe fue trasladado Enoc, sin pasar por la muerte» 25. Esta muerte de la cual el Señor dice en el Evangelio: «Quien vive y cree en mí, no morirá eternamente» 2°.

Apresurémonos, pues, si queremos alcanzar la verdadera perfección, a abandonar de veras -como lo hemos hecho físicamente-a los padres, la patria, las riquezas y los deleites de este mundo. Y no se nos ocurra desandar después *el ca*mino, ambicionando de nuevo lo que hemos dejado, como hicieron otrora los hebreos. Moisés les había sacado de Egipto. Y ellos retrocedieron, no materialmente, es cierto, pero sí con el corazón. Dios les había librado de la esclavitud prodigando para ello sus signos y prodigios, y en retorno le abandonaron para adorar otra vez los ídolos egipcios que habían despreciado. Así se expresa la Escritura: «Y con sus corazones se volvieron a Egipto, diciendo a Aarón: haznos dioses que vayan delante de nosotros»[74] 2r. También nosotros nos

---

[72] 20 Phil., ni, 20.
21 Ps. xxxviii, 13.
22 lo., xvii, 16.
2 3 lo., XV, 19.

[73] *24 Gen.,* v, 24 [LXX].
2 s *Hebr., xi, 5.*
2 6 lo., xi, 26.

[74] 27 *Act.,* VII, *39-40.*

haríamos reos de la misma condenación que Dios fulminó contra ellos cuando, después de haber gustado el maná, deploraron la falta de aquellos viles manjares, cayendo en los repugnantes vicios a que allí se habían abandonado. Y nos haríamos asimismo solidarios de su murmuración: «Mejor ciertamente nos iba cuando estábamos en Egipto, cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne, y comíamos cebollas, ajos, cohombros y melones» 28.

Aunque todo esto sucedió en figura en aquel pueblo, no obstante, vemos que la realidad se cumple a diario en nuestra vida y profesión. Cualquiera que, habiendo renunciado al mundo, vuelve a sus gustos y tendencias pasadas, yendo otra vez en pos de sus deseos y apetitos, repite tácitamente con sus obras y sus pensamientos lo que dijeron entonces los israelitas: «Mucha mejor me iba a mí en Egipto». Me temo que los monjes de tal laya no sean menos en número que aquella multitud que prevaricó en tiempo de Moisés. Porque de los seiscientos tres mil hombres que se contaron, dispuestos a tomar las armas, al salir de Egipto [75]29, sólo dos entraron en la tierra prometida I'. Razón por la cual debemos apresurarnos a seguir los ejemplos de virtud del pequeño número, de esa minoría escogida que sobresale entre los leales. El mismo Evangelio sintoniza también con esa figura de que hablábamos del pueblo judío, al decir que «mu***chos*** *son los* llamados y pocos los escogidos» 31.

De nada, pues, nos servirá una renuncia corporal y local. Significaría tanto como salir de Egipto tan sólo exteriormente. Es preciso asociar la renuncia del corazón, que es la más elevada de las dos, y ciertamente la más útil y esencial. He aquí lo que opina de la primera el Apóstol: «Si repartiere toda mi hacienda para sustento de los pobres y entregare mi cuerpo al fuego, no teniendo caridad, nada me aprovecha» 32. El santo Apóstol no hubiera hablado así, de no haber presentido en espíritu que muchos, después de haber distribuido a los pobres todos sus bienes, serían impotentes para **esca**lar las arduas cimas de la perfección evangélica y de la caridad. Sabía que se dejarían sobornar por la soberbia y la impaciencia, y mantendrían en su corazón, sin afán de purificarse, los vicios y costumbres inmortificadas contraídos en su vida primera. Estas cosas constituyen un grave obstáculo que les impide arribar, a aquella caridad que permanece para siempre. Ahora bien, si somos incapaces de llevar a cabo la segunda renuncia, más difícil nos será practicar la tercera, que es muy superior a aquélla.

Considerad asimismo el hecho de que el Apóstol no ha dicho simplemente: «Si repartiere mi hacienda». Podría creerse en este caso que habla de aquellos que, no cumpliendo el precepto evangélico, se reservan una parte de su fortuna, como hacen algunos tibios. Pero dice: «Si repartiere todos mis bienes para sustento de los pobres», es decir, aunque renunciara perfectamente a los bienes de la tierra. A esta renuncia total añade otra de más quilates, al decir: «Aunque yo entregare mi cuerpo a las llamas, no teniendo caridad, nada me aprovecha.» Como si dijera: «Aunque distribuyera todos mis bienes para sustentar a los pobres»-según el precepto del Evangelio que dice:

---

28 *Ex., xvi, 3; Num., xi, 5 y 18.*

[75] 29 *Cfr. Ex.,* xxxviii, *25.*
30 *Cfr. Num., xiv, 38.*
3 [1]*Mt., xx, 16.*
32 *1 Cor.,* **XIII,** *3.*

«Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos»[76] "-hasta no reservarme

nada de ellos, todo eso es inútil sin la caridad. Y si a esta liberalidad añadiera yo el martirio de fuego, dando mi vida por Cristo; pero sigo siendo impaciente, irascible, envidioso o soberbio; o si la injuria me indigna y hace montar en cólera; si busco mi interés, si soy mal intencionado o peor sufrido; la renuncia y el martirio del hombre exterior no me reportarán ventaja alguna, porque el hombre interior quedará aún cautivo en los vicios pasados. En vano habré despreciado-movido por los primeros fervores de mi conversación-los bienes inocentes de este mundo que de suyo ni son buenos ni malos, sino indiferentes, si no he despreciado al mismo tiempo las riquezas de un corazón vicioso, que de por sí son malas. Por eso no llegaré nunca a aquella divina caridad, que es paciente y benigna, que no es envidiosa ni arrogante, que no se irrita, ni es descortés ni interesada, que no piensa mal; antes bien, todo lo sufre, todo lo tolera [77]34, que, en fin, no permite que los que la buscan fielmente sean suplantados por la astucia del pecado.

EL PRIMER GRADO DE RENUNCIA NO BASTA PARA LLEGAR A LA PERFECCIÓN

VIII. Debemos desplegar la mayor diligencia para que nuestro hombre interior sepa deshacerse y arrojar de sí esas riquezas nefastas de los vicios, que ha adquirido a lo largo de su vida pasada. Por estar adheridas constantemente a nuestro cuerpo y a nuestra alma, podemos decir en realidad de verdad, que son nuestras. Y si no sabemos despegarnos de ellas y desterrarlas, mientras estamos en esta vida, no dejarán de acompañarnos también después de la muerte Porque del mismo modo que las virtudes adquiridas en la tierra, y particularmente la caridad, que es su fuente, revisten de belleza espléndida a aquel que las amó, y ello, incluso, más allá de la muerte, así también los vicios oscurecen y afean al alma de no sé que horrible colorido, que le acompaña asimismo hacia la eterna morada.

La belleza o fealdad de las almas nace de la virtud o del vicio, respectivamente. Viene a ser carro un tinte especial que las matiza y abrillanta. Pegándose a ellas, las hace resplandecer con un fulgor tal que merecen oír del Profeta: «Prendado está el rey de tu hermosura»[78] [3]5. 0 bien las deturpa, volviéndolas tan tenebrosas, repugnantes y horribles, que ellas mismas se ven obligadas a confesar la causa de su monstruosidad y desventura: «Hedionda podre supuran mis llagas, a causa de mi locura» *36.* Y el Señor, a su vez, les dice: «¿Por qué no fue vendada la herida de la hija de mi pueblo?» [79]37.

---

[76] 33 Mt., xix, 21.

[77] [34] Cfr. 1 Con, XIII, 4 ss,

[78] 35 *Ps.* XLIV, *12.*
36 *Ps. XXXVII, 6.*

[79] 37 Ier *viii, 22.*
38 Ps. XXXIII, *11. "*
30 Lc., VI, *24.*
[4] *0 Mt., v, 3.*

Tales son, hablando con propiedad, nuestras verdaderas riquezas. Viven de continuo en el alma. Jamás la abandonan, y no hay rey ni enemigo que nos las puedan dar o arrebatar. Ni la misma muerte podrá desvincularnos de ellas. Quien sepa renunciar a las falsas riquezas que amontonan los vicios llegará a la perfección. En cambio, quien permanezca preso en sus cadenas, se verá condenado a la muerte eterna.

IX. El término «riquezas» reviste en las Sagradas Escrituras tres acepciones distintas: las hay malas, buenas e indiferentes. Las malas son aquellas de las cuales se dice: «Se empobrecieron los ricos y en la penuria sufrieron hambre» 38. Y: «Ay de vosotros, ricos, porque habéis recibido vuestro consuelo» 39. Renunciar a ellas es la cifra y compendio de la perfección.

En contraste con ellos, aduce el Señor a los pobres, a quienes alaba en el Evangelio: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» '°. Y también el Salmista: «Clamó este pobre, y el Señor le escuchó»[80] 4[1]. Y otra vez: «El pobre y el menesteroso alabarán tu nombre» 42..

Las hay también buenas. Haberlas adquirido es indicio de gran virtud y mayor mérito. David encomia al varón justo que las posee: «La generación de los rectos-dice-será bendecida. Habrá en su casa hacienda y riquezas, y su justicia permanecerá por los siglos» 43. Se ha escrito aún: «Las riquezas del hombre son el rescate de su vida» ". De ellas se habla asimismo en el Apocalipsis, echando en cara a quien no las posee su culpable miseria y desnudez: «Estoy para vomitarte de mi boca. Porque dices: «Yo soy rico, me he enriquecido y de nada tengo necesidad, y no sabes que eres un desdichado, un miserable, un indigente, un ciego y un desnudo. Te aconsejo que compres de mi oro acrisolado por el fuego, para que te enriquezcas, y vestiduras blancas, para que te vistas, y no aparezca la vergüenza de tu desnudez»45.

Hay, finalmente, riquezas indiferentes, esto es, que pueden ser buenas o malas. Son, en efecto, susceptibles de ambas cosas, según la' voluntad de quien las usa o el modo y fin en que las invierte. El santo Apóstol declara a este propósito:

«A los ricos de este mundo encárgales que no sean altivos ni pongan su confianza en la incertidumbre de las riquezas, sino en Dios, que abundantemente nos provee de todo, para que lo disfrutemos. Exhórtales a practicar el bien, a enriquecerse de buenas obras, siendo liberales y dadivosos, y atesorando un buen fondo para lo venidero, a fin de alcanzar la verdadera vida» [81]`°. Estas riquezas son las que retenía celosamente el rico del Evangelio, sin querer aliviar a los indigentes, en tanto que el pobre Lázaro, tendido ante su puerta, deseaba saciarse de las migas que caían de su mesa. Pero su dureza le hunde en el fuego intolerable de la gehenna y en el ardor que no se extingue jamás ' 7.

---

[80] [41] *Ps.* xxxIII, 7.
42 *Ps.* LXXII, 21. 43 *Ps.* CXI, 3.
[44] *Prov.*, **XIII,** *8.*
45 Apoc., III, *16 ss.*

[81] 46 *1 Tim., vi, 17-19.*
[47] *Cfr. Lc., xvi, 19 ss,*

De este modo, cuando dejamos de mano las riquezas materiales, no son bienes nuestros los que abandonamos, sino bienes ajenos. Y esta, aun cuando podamos gloriarnos de haberlos adquirido por nuestro trabajo o de haberlos recibido en herencia de nuestros padres. Porque, como ya dije, nada nos pertenece, salvo lo que tiene su raigambre en el corazón y forma como un nexo indisoluble con nuestra alma, hasta el punto que nadie nos lo puede arrebatar. A los que guardan con egoísmo estas riquezas visibles, como si fuera de su exclusiva propiedad, y rehúsan hacer partícipes de ellas a los menesterosos, el Señor les increpa, diciendo: «Si en lo ajeno no sois fieles, ¿quién os dará lo vuestro?»[82] 48 Evidentemente, no es sólo, como veis, la experiencia cotidiana la que nos muestra que estas riquezas son ajenas, si que también la sentencia del Señor que las califica de tales, en términos contundentes.

Por lo que atañe a las riquezas malas e invisibles, San Pedro se expresa así al decirle al Señor: «Nosotros lo hemos abandonado todo y te hemos seguido. ¿Cuál será nuestra recompensa?» 49. En realidad, no dejan más que unas redes viles y remendadas. De tal manera que si no entendemos esta palabra «todo» de la renuncia de los vicios, que es en verdad la más honda y trascendental, veremos que lo que abandonaron no era nada precioso y carecía de valor. Por lo mismo no tenía el Señor motivo de otorgarles un grado de gloria y beatitud tan elevado como el que merecieron oír de sus labios: «En la regeneración, cuando el Hijo del hombre se siente sobre el trono de su gloria, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel» 50.

Si los que se han desprendido totalmente de estas riquezas visibles se sienten, sin embargo, incapaces-por los motivos que sea-de alcanzar la caridad de los apóstoles, y escalar can esa agilidad que da el desprendimiento total el tercer grado de renuncia, que es de pocos, ¿qué deberán pensar de sí mismos aquellos que ni siquiera se deciden a abrazar la primera, que es la más fácil, y conservan con la infidelidad de su vida pasada sus funestas riquezas, pretendiendo ser religiosos y alardeando de llevar el nombre de monje, pero sólo el nombre?

Así, pues, la primera renuncia no es más que el desprendimiento de un bien exterior, y he aquí la razón por la cual no basta para constituir la perfección. Es menester llegar hasta la segunda, por la cual abandonamos verdaderamente lo que en realidad poseemos. Una vez realizada ésta y purificados de todo vicio, subiremos hasta las cimas de la tercera. Un desprecio soberano que brotará de nuestro corazón y de nuestra inteligencia nos hará trascender no sólo por encima de los acontecimientos humanos y aun de lo que está bajo el dominio de los hombres, sino también de la plenitud de todos los elementos criados. Y ello por magníficos que sean, pues están sujetos a la vanidad y son deleznables y transeúntes.

Entonces contemplaremos únicamente, según la palabra del Apóstol, «no las cosas visibles, sino las invisibles, pues las visibles son temporales; las invisibles, eternas»[83] [51]. Tanto, que al fin mereceremos oír la suprema invitación que se hizo un día al patriarca Abraham: «Ven a la tierra que te mostraré» 52.

---

[82] 48 *Lc., vi, 12.*

49 Mt., XIX, 27.
Ibíd., 28.

[83] *51 11 Cor., iv, 18.*
52 Gen., xii, 1.
53 **Ibíd,**

Esto nos inculca claramente que a menos de realizar desde un principio, con todo el ardor de nuestra alma, las tres renuncias, es imposible que el Señor nos conceda, en pago y premio a un total desprendimiento, entrar en la tierra prometida. Esta no produce ya los cardos y las espinas de los vicios. Se posee desde aquí abajo, después de ahuyentar las pasiones y lograr la pureza del corazón. Porque ni la virtud del hombre, ni todo su ambicioso trabajo podrían descubrirla. Sólo el Señor es quien nos promete revelárnosla: «Ven a la tierra que te mostraré.»

Estas palabras son todavía una prueba evidente de que el principio de nuestra salvación arranca de la vocación divina, al decir: «Sal de tu patria» 53. El es también quien consuma la obra de perfección y purificación: «Y ven a la tierra que te mostraré,» Ni por ti mismo podrías conocerla, ni por tu industria podrías descubrirla. Soy yo quien, compadecido de tu ignorancia, te la daré a conocer.

Por donde se deduce con claridad que así como nos ha movido por su inspiración a correr por la senda de la salvación, así también nos guía con su luz y magisterio hasta llevarnos al término de la suprema bienaventuranza.

SOBRE LA GRACIA Y EL LIBRE ALBEDRÍO

XI, GERMÁN**.** Entonces, ¿en qué consiste el libre albedrío? ¿Hasta qué punto es digno de alabanza nuestro esfuerzo personal? ¿Cómo se hace acreedor al mérito, si es Dios quien comienza y termina todas las cosas en lo tocante a la obra de nuestra perfección?

XII. PAFNUCIO**.** Vuestra inquietud sería justificada si sólo hubiese en toda obra o disciplina el principio y el fin, sin un ámbito intermedio que los separara[84] [5]4. Sabemos que Dios proporciona a cada cual ocasión de salvarse: a unos, de una manera, y a otros, de otra. Pero el responder esforzada o remisamente a esa voluntad de salvación depende de nosotros [85]55.

Dios llama a Abraham y le dice: «Sal de tu tierra.» Abraham sale, en efecto, de su patria. La obediencia es suya. Estas palabras: «Ven a la tierra», se cumplen: es el fruto de la obediencia. Pero las que siguen: «Que yo te mostraré», arguyen la gracia de Dios, que ha expresado el mandato y promete la recompensa. Estemos ciertos, no obstante, que aunque pongamos a contribución todos nuestros esfuerzos, no alcanzaremos, pese a nuestra diligencia y

---

[84] *so* Este ámbito intermedio-Casiano lo llama medietas-lo constituyen las obras saludables que median entre la primera vocación, que Dios «abra en nosotros sin nosotros», y la perseverancia final, que el Señor nos concede a la hora de la muerte mientras Memos en gracia. En estas obras saludables-para las cuales se necesita la gracia preveniente y cooperante-—corresponde al hombre secundar la obra de Dios. Luego el principio y el fin de nuestra justificación tiene a sólo Dios por autor; el «ámbito intermedio», en cambio, es decir, el progreso y aumento de la gracia, es a la vez obra suya y nuestra. As¡ nuestro libre albedrío tiene su parte en el acto meritorio.

[85]55 Supuesto siempre el concurso de la gracia. Así hay que entender este pasaje y otras expresiones análogas que ocurren en los capítulos xix y XXII. La doctrina de lo Iglesia es que el hombre no puede, por sus propias fuerzas y sin un auxilio especial y sobrenatural de Dios, responder como conviene al llamamiento divino.

56 Ps. XVI, 5.

57 Ps. XXXIX, 3.

actividad personal, la perfección. Y por mucho trabajo que se tome el hombre, será insuficiente para ganar el precio sublime de la bienaventuranza. Es necesaria la cooperación del Señor; es menester que él dirija nuestro corazón al bien. Por eso debemos orar continuamente con David: «Asegura mis pasos por tus senderos, a fin de que mis pies no resbalen» 56. Y: «Afirmó mis pies sobre piedra e hizo seguros mis pasos» 5'.

Por la ignorancia del bien o por la insurrección de las pasiones, nuestro libre albedrío tiende a despeñarse en los vicios. Pero aquel que gobierna invisiblemente el espíritu del hombre se dignará reducirle de nuevo al gusto de la virtud. El Profeta nos hace ver muy atinadamente en el mismo versículo esta doble verdad: «Fui fuertemente empujado para que cayera» [86]58: aquí se designa la flaqueza del libre albedrío. «Mas el Señor me sostuvo» 59: aquí se declara la continua asistencia del Señor junto a nuestra libertad, para que no nos veamos arrastrados por ésta a una ruina completa. El nos tiende su mano, cuando nos ve vacilar, para sostenernos y establecernos en el bien.

Dice aún el Salmista: «Apenas decía yo: Vacilan mis pies-por el poder resbaladizo del albedrío-, tu gracia, Señor, me sostenía» [5°]. De nuevo, junto a su movilidad e inconstancia el socorro divino, confesando que si su fe no ha titubeado, no es ello debido a su propia diligencia, sino gracias a la misericordia del Señor. Y otra vez: «En las grandes angustias de mi corazón -cuya causa era el libre albedrío-, alegraban mi alma tus consuelos» 81. Como una inspiración tuya, han penetrado en mi alma, y, descubriéndome la visión de los bienes futuros que has preparado a los que sufren por tu nombre, no sólo han desvanecido la ansiedad de mi corazón, sino que la han llenado de una alegría soberana. Y, además: «Si el Señor no me hubiera ayudado, ya habitaría mi alma en el infierno» [87]62. Confiesa, por tanto, que su libertad le hubiera conducido al infierno si la ayuda y protección divinas no le hubieran salvado.

«El Señor-y no esa libertad-guía los pasos del hombre,» Y «si cayere el justo-por obra, claro es, de su libre albedrío-, no yacerá postrado». ¿Por qué? «Porque el Señor le tiende la mano» 63. Esto equivale a decir netamente que ningún justo se basta a sí mismo para obtener la justicia. No sólo esto, sino que la divina clemencia debe ayudarle a la continua para que no desfallezca, y sostener con su mano sus pasos vacilantes. Así evitará que la inconsistencia de su libertad le ponga en trance de perder el equilibrio y que, si tiene la desgracia de caer, no perezca irrevocablemente.

TODO LO QUE SE REFIERE A LA SALVACIÓN ES PURO DON DE DIOS

XIII. Nunca afirmaron los santos que habían encontrado por sí solos el camino que anduvieron para aprovechar en la virtud y garantizar su posesión. Antes bien, imploraban del Señor les pusiera en la verdadera trayectoria,

---

[86] 58 Ps. CXVII, 13.
59 Ibíd.
60 Ps. XCIII, 18. 61
Ibid., 19.

[87] 62 Ps. XCIII, 17.
6[3] Ps. xxxvi, 23-24.

diciendo: «Guíame en tu verdad»[88] 64; y: «Haz que sea recto ante tus ojos mi camino» 65; o también: «Dame a saber el camino por donde ir» 66. Otro confiesa que conoció esta verdad no sólo por la fe, sino también por la experiencia, y aun por la misma realidad de las cosas: «Bien sé, Señor, que no está en mano del hombre trazarse su camino; que no es dueño el hombre de caminar ni de dirigir sus pasos» 6'. Y el mismo Señor dice a Israel: «Yo le haré crecer como un verde abeto; de mí procederán tus frutos» 68.

XIV. Inclusive cuando se trata de aprender la ciencia de la ley, no se fían en la eficacia de la lectura que puedan hacer sobre ella. Imploran diariamente del Señor que sea su maestro y alumbre sus ojos para poder alcanzarla. Por eso dicen: «Muéstrame, Señor, tus caminos; adiéstrame en tus sendas» 69. «Abre mis ojos para que pueda ver las maravillas de tu ley» '°. «Enséñame a hacer tu voluntad, pues eres mi Dios» 71. «Tú eres el que da la sabiduría a los hombres»7[2].

XV. El santo rey David conocía los mandamientos divinos escritos en el libro de la Ley, y, sin embargo de ello, pide al Señor que le dé inteligencia para poder penetrarlos: «Soy tu siervo: dame inteligencia para conocer tus mandatos»[89] 73. Tenía asimismo la noticia que, gracias a su talento natural, podía forjarse de esos mandamientos, y, no obstante, pide a Dios poder abarcarla con más hondura y perfección. Sabía muy bien que la naturaleza por sí sola es insuficiente para penetrar el espíritu de la Ley, si la luz divina, avivando los sentidos e iluminando la razón, no le permite ver en una claridad trascendente lo que esa Ley prescribe. Esto que decimos lo atestigua aún con más fuerza aquel vaso de elección, San Pablo, cuando dice: «Pues Dios es el que obra en vosotros el querer y el obrar según su beneplácitos `. Y en otra parte: «Entiende bien lo que quiero decir, porque el Señor te dará la inteligencia de todo» `S. ¿Podía afirmarse algo más terminante y claro al decir que tanto nuestra buena voluntad como la consumación de la obra las realiza Dios en nosotros?

Pero puntualiza más: «Porque os ha sido otorgado no sólo creer en Cristo, sino también padecer por El» `. Aquí observa nuevamente que el principio de nuestra conversión y de nuestra fe, así corno la paciencia en sufrir, son dones de Dios. David, por su parte, abunda en idénticos sentimientos, implorando asimismo de la misericordia de Dios dones semejantes: «Confirma, oh Señor, lo que has obrado en nosotros»[90] ". Muestra con ello que la gracia de Dios no

---

[88] 6'4 *Ps.* XXIV, 5
65 *Ps. v, 9.*
6 6PS. CXLII, *ó.*
67 *Ier., x,* 23.
68 *Os., xiv, 9.*
6[9] *Ps. xxiv, 4.*
70 *Ps. CXVIII; 18.*
71 PS. CXLII, 10.
72 PS., XCIII, 10.

[89] 73 Ps., cxvllr, 125. 74 Phil., II, 13. 75 II Tim., II, 7. 76 Phil., I, 29.

[90] 77 Ps. LXII, 29.

78 Ps. CXLV, 7-8. [79] Ibíd., 9.

ha hecho bastante con habernos otorgado las primicias de nuestra salud; hace falta que su misericordia vaya obrando cada día su plena eclosión mediante esa misma gracia.

Porque no es el libre albedrío, sino «el Señor quien desata las cadenas de los cautivos». No es nuestra propia virtud, sino «el Señor quien yergue a los encorvados»; no es la aplicación a la lectura, sino «el Señor quien da luz a los ciegos»; el texto griego dice Κυριοφ σοφοτ τυφλουφ», «el Señor hace sabios a los ciegos» II. No es nuestra vigilancia, sino «el Señor quien guarda a los extranjeros» 79. En fin, no es nuestra fuerza, sino «el Señor quien levanta y sostiene a los que caen» II. Al decir esto, no es mi intención, naturalmente, preconizar la inutilidad de nuestros esfuerzos ni decir que son vanos y superfluos nuestro celo y diligencia. Mi único propósito es que nos persuadamos que sin la ayuda de Dios

no podemos dar un paso, y que nuestra acucia y nuestro afán no son eficaces, ni con mucho, para conquistar e! precio inestimable de la pureza. El Señor debe contribuir con su ayuda y su misericordia a procurárnosla. Porque «al caballo se le enjaeza para el día del combate, pero la victoria es del Señor» [9181], porque «el ahombre no es poderoso para llevarlo por la fuerza» 8a. Según esto, debemos cantar siempre con el profeta David: «Mi fortaleza y mi alabanza no es mi libre albedrío, sino el Señor: El se ha hecho mi salud» 83.

No es otra la doctrina del Doctor de las Gentes. San Pablo, en efecto, sabe perfectamente que no es el mérito personal ni el sudor de sus trabajos lo que le han hecho idóneo para el ministerio de la nueva Alianza, sino la misericordia de. Dios. «No que de nosotros-dice-seamos capaces de pensar algo como de nosotros mismos, que nuestra suficiencia viene de Dios»

Lo cual puede decirse con un latín menos puro, pero acaso más expresivo, así: «Idoneitas nostra ex Deo est» («nuestra idoneidad viene de Dios»). Luego sigue: «el cual nos hizo también ministros idóneos del Nuevo Testamento» 8 5.

LA MISMA FE CONSTITUYE UN DON DE DIOS

XVI. Estaban tan íntimamente convencidos los apóstoles de que todo lo que se refiere a la salvación era en ellos don gratuito de Dios, que imploraban de El les concediera incluso la fe: «Acreciéntanos—decían--la fe»[92] [86]. La perfección de esta virtud no la hacía derivar de su libre albedrío, sino de la generosa donación de Dios. Pero el mismo autor de nuestra salvación nos enseña cuán resbaladiza y débil es nuestra fe, y cuán insuficiente, sobre todo, si no está fortalecida con su propia ayuda. Por eso le dice a Pedro:

---

80 Ps., CXLIV, 14.

[91] 81' Prov., xxi, 31. 82 1 Reg., 11, 9. 83 Ps, cxvii, 14. 84 II Cor., III, 5. 85 Ibíd., 4.

[92] 86 *Lc.*, XVII, 5. [87] *Lc., **xxii, 31**s.* [88] *Mc., ix, 23.*

«Simón, Simón, he aquí que Satanás os busca para zarandearos como trigo, pero yo he rogado a mi Padre para que no desfallezca tu fe» g'.

También aquel padre de que habla el Evangelio tenía experiencia de ello. Viendo que al empuje de las olas iba a naufragar su fe contra los arrecifes de la incredulidad, llamó en su auxilie, al Señor con aquellas palabras: «Señor, ayuda a mi incredulidad» .

Loa personajes evangélicos y los apóstoles tenían tan arraigada la idea de que todo bien se consuma en nosotros por el auxilio de Dios, que no fiaban para nada de sí mismos. Ni siquiera se preciaban de poder conservar intacta su fe gracias a su libre albedrío: pedían al Señor que se la concediera o se la aumentara. Pues bien, si la fe de Pedro tenía necesidad del socorro de Dios para mantenerse firme y no sucumbir, ¿quién será tan presuntuoso y ciego que se crea con fuerzas suficientes para guardar la suya sin ser continuamente sostenido por la gracia divina? Máxime teniendo en cuenta que el Señor declara lo contrario en el Evangelio: «Coma el sarmiento no puede dar fruto de sí mismo si no permaneciere en la vid, tampoco vosotros si no permaneciereis en mí.» Y añade inmediatamente: «Porque sin mí no podéis hacer nada»[93] ".

En fin, cuán necio, y aun sacrílego, sea jactarse de las buenas obras, en lugar de atribuirlas a la gracia y protección divinas, lo dice el mismo Señor al afirmar que nadie puede, sin cooperación e inspiración suya, producir frutos espirituales: «Toda bien y todo don perfecto vierte de arriba y desciende del Padre de las luces» 9°. Lo mismo afirma Zacarías: «Si hay algún bien, es de El, y si existe algo excelente, procede de El» [31]. Por eso, el Apóstol se mantiene siempre en la misma tónica, al decir: «¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorias, como si no la hubieras recibido?» [94]92.

XVII. También la fortaleza con que resistimos a las tentaciones depende más de la misericordia con que Dios las suaviza que de nuestra propia virtud. Acerca de ello se pronuncia así el Apóstol: «No os ha sobrevenido tentación que no fuera humana; y fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas; antes bien dispondrá con la tentación el éxito para que podáis resistirla» 93. Y enseña también que Dios es quien dispone y fortalece nuestras almas para poder realizar toda acción buena, y obra en nosotros lo que le place: «Y el Dios de la paz, que sacó de entré, los muertos, por la sangre de la alianza eterna, al gran Pastor de las ovejas, nuestro Señor Jesús, os haga aptos para toda obra buena, haciendo en vosotros lo que le place en su presencia» ". Y eleva luego esta plegaria para que se conceda un favor semejante a los tesalonicenses: «El mismo Señor nuestro Jesucristo y Dios nuestro Padre, que de gracia os amó y os otorgó una consolación eterna, una buena esperanza, consuele vuestros corazones y los confirme en toda obra y palabra buena» [9]".

XVIII. En fin; el mismo temor de Dios, por cuyo medio nos mantenemos con tesón en su servicio, nos lo infunde también el Señor. El profeta Jeremías lo atestigua claramente cuando nos dice en persona del mismo Dios: «Yo les daré un solo corazón, un solo camino, para que siempre

---

[93] *89 Io., xv, 4-5. 90° Iac., I, 17. 91' Zach., IX, 17 [LXX*

[94]92 *1 Cor., iv, 7. 93 I Cor., x, 13. 94 Hebr., XIII, 20-21. 95 11 Thes., n, 15-16.*

me teman, y siempre les vaya bien, a ellos y a sus hijos después de ellos. Y haré can ellos una alianza eterna de no dejarles nunca de hacerles bien, y pondré mi temor en su corazón, para que no se aparten de mí» [95]'96. Y Ezequiel habla así: «Y les daré otro corazón, y pondré en ellos un espíritu nuevo; quitaré de su cuerpo su corazón de piedra, y les daré un corazón de carne, para que sigan mis mandamientos y observen y practiquen mis leyes, y sean mi pueblo y sea yo su Dios» 9'.

QUE LA BUENA VOLUNTAD PROCEDE DE DIOS Y SE CONSUMA POR ÉL

XIX. Ice todo esto fluye espontánea una lección notoria: v es que el primer movimiento de buena voluntad nos lo concede Dios mismo por inspiración suya. Esta nos atrae al camino de salvación, ya sea por impulso inmediato de El, o por las exhortaciones de un hombre, o por la fuerza de las circunstancias. Y también es un don de su mano la perfección de las virtudes. Lo que de nosotros depende es corresponder con frialdad o con entusiasmo a ese impulso de la gracia[96] 98.

Según esto, merecemos el premio o el suplicio, en la medida que hayamos cooperado o no, con nuestra fidelidad o infidelidad, a ese plan divino que su dignación y paternal providencia había concebido sobre nosotros.

Es lo que describe el Deuteronomio con claridad meridiana: «Cuando el Señor tu Dios te introdujere en la tierra que vas a poseer, y destruyere a tu vista muchas naciones, al Heteo, al Gergezeo, al Amorreo, al Cananeo, al Ferezeo, al Heveo y al Jebuseo, siete naciones mucho más numerosas y robustas que tú, te las entregará el Señor Dios tuyo; has de acabar con ellas sin dejar alma viviente. No contraerás amistad con ellas, ni te emparentarás con ellas dando a tus hijas a sus hijos» 99. Que el pueblo de Israel entre en la tierra prometida, aniquile ante él numerosas tribus, entregue en sus manos naciones enteras, más populosas y más fuertes que él; todo esto, dice la Escritura, es obra indiscutible de la gracia. Pero que Israel castigue o no a esas naciones, o que las perdone y las deje vivir, que ajuste con ellas una alianza o deje de hacerlo, que se junte o no con ellas por el matrimonio, atestigua la Escritura que esto es obra de Israel.

Este testimonio no deja lugar a dudas sobre lo que debemos atribuir al libre albedrío o a la obra de la gracia. Ofrecernos la ocasión de salvarnos, proporcionarnos un éxito feliz en la victoria final, he aquí lo que corresponde a la gracia divina. Lo que nos compete a nosotros es responder—con la ayuda también del favor de Dios-, con celo o con indiferencia, a sus gracias y beneficios.

Idéntica línea de conducta observamos en la curación de los dos ciegos del Evangelio. El que Jesús pase por donde ellos estaban es gracia de su dignación y providencia. El dar voces los ciegos y decir: «¡Ten piedad de nosotros, Señor, Hijo de David!» [97100], es obra de su fe y confianza en El. Y

[95] [9,6] *Ier., xxxii, 39-40. 97 Ezech., xl, 19-20.*

[96] *98* No excluída ésta, sino supuesta, naturalmente [99] *Deut.,* VII, *1-3.*

[97] 100 Mt., ax, 31.

el hecho de que la luz vuelva a sus ojos y vean, es don exclusivo de la misericordia divina.

Cabe observar que aun después de haber recibido alguna merced de Dios, subsiste la fuerza de la gracia divina y la libertad humana. Lo patentiza el episodio de los diez leproso que fueron curados por el Señor a la vez`. Uno sólo de ellos, por obra de su libre albedrío-secundando, claro es, la moción divina-, vuelve a dar las gracias. El Señor elogia la iniciativa.

Pero al mismo tiempo requiere y pregunta por los otros nueve. Con esto pone de manifiesto que su solicitud sigue ejerciéndose en favor de los hombres, aun a despecho de su ingratitud, que olvida sus beneficios. Ambas cosas son igualrnente un don de su visita: acoger y honestar al agradecido, y buscar ~~ reprender a los ingratos.

XX. Por lo demás, conviene que creamos con una fe incondicional que nada acontece en el mundo sin la intervención de Dios. Debemos reconocer, en efecto, que todo sucede o por su voluntad o por su permisión. El bien, por su voluntad y mediante su ayuda; el mal, por su permisión, cuando, para castigar nuestro crímenes o la dureza de nuestro corazón, nos abandona a la tiranía del demonio o a las vergonzosas pasiones de la carne. El Apóstol nos lo enseña con evidencia en estas palabras: «Por esto Dios les ha abandonado a pasiones ignominiosas» [98]102, y también: «Porque no se preocuparon de conocer a Dios, los entregó a su réprobo sentir, para que hicieran aquello `que no conviene» 101. Y el mismo Señor dice por boca del Profeta: «Y no oyó mi pueblo mi voz, y no obedeció Israel a mis mandatos. Por esto les abandoné dice- a los pensamientos de su corazón y andarán según. sus propios caprichos» 104.

NUESTRA LIBERTAD NECESITA DE CONTINUO DEL AUXILIO DE DIOS

XXI. GERMÁN. He aquí un testimonio bíblico que prueba de modo incontrovertible la existencia de nuestro libre albedrío. Dícese: «Si mi pueblo me hubiese oído» [99]105; y en otra parte «Y no oyó mi pueblo mi voz» [105]. Al decir: «si me, hubiese oído», muestra la Escritura que la opción, de acceder o no está en el pueblo. Si ello es así, por qué, pregunto, no considerar la salvación como algo que depende de nosotros, supuesto, que el mismo Dios ha dejado en nuestra mano la facultad de escucharle o no escucharle?

XXII. PAFNUCIO. Hay que confesar que *habéis penetrado con* agudeza el significado de las palabras «si mi pueblo me hubiese oído». Sin embargo, no habéis advertido quién es el que habla ni quién el que escucha o no, ni tampoco lo que dice a continuación: «Yo hubiera humillado a sus enemigos reduciéndolos a la nada; y hubiera extendido mi mano sobre aquellos que le oprimían» [1]o'. Preciso es no torcer, por una falsa interpretación del su sentido,

---

101 *Cfr. Lc., xvii, 11 ss.*

[98] [102] *Rom.,* I, *26.* 103 *Ibíd., 28. 104 Ps.* Lxx, 12-13.

[99] 105 Ibíd., xiv. 106 Ps., Lxxx, 12. 107 Ibíd., xv.

los pasajes que he aducido para establecer que nada se hace sin el Señor. Ni debemos tampoco empeñarnos

en esgrimir textos en defensa del libre albedrío, hasta pretender anular la gracia de Dios y su continua asistencia por esas palabras: «y no oyó mi pueblo mi voz», y «si mi pueblo me hubiese escuchado, si Israel hubiera seguido mis caminos», etc. No hay que proceder así. Antes bien, debemos considerar que si la libertad se pone de relieve en la desobediencia del pueblo, no es menos evidente, por otra parte, la continua providencia que Dios tiene sobre los suyos. De hecho no deja de enderezarles diariamente sus avisos, clamando, por decirlo así, a Israel. Cuando afirma: «Si mi pueblo me hubiese oído», muestra bien a las claras que El le ha hablado a Israel el primero. Y no solamente por la ley escrita le habla Dios así, sino también por continuas y diarias amonestaciones, según aquella que dice Isaías- «Todo el día extendí mis manos al pueblo que no creía en mí y me contradecía»[100 108] .

En suma, nuestro texto puede probar, a mi juicio, la coexistencia de la libertad y la gracia: «Si mi pueblo me hubiera escuchado, si Israel hubiese seguido mis caminas, ciertamente hubiera yo humillado a sus enemigos reduciéndoles a la nada, y hubiera extendido mi mano sobre sus opresores» [1o9]. Porque así como el libre albedrío es notorio por la desobediencia del pueblo, la Providencia y la gracia aparecen can el principio y fin del pasaje. Aquí es donde Dios recuerda que se ha anticipado a hablarles, y que hubiera humillado al punto a los enemigos de Israel, si éste le hubiera prestado oídos.

Finalmente, al sacar yo a colación esos pasajes bíblicos no he pretendido, desde luego, eliminar el libre albedrío del hombre He intentado probar simplemente que cada día y a todas horas nos es absolutamente necesario el auxilio de la gracia.

***

Tal fue la conferencia con que nos instruyó el abad Pafnucio. Antes de media noche se despedía de nosotros. Por nuestra parte, nos sentíamos más compungidos que alegres al abandonar su celda.

Sobre todo, lo que nos había llamado la atención y fue realmente como un presente que nos hizo el anciano era esto: nosotros creíamos hasta entonces que gracias a la primera renuncia, que habíamos hecho con toda el alma, podíamos alcanzar ya la cumbre de la perfección. Y ahora empezábamos a darnos cuenta de que no habíamos entrevisto todavía, ni aun en sueños, las cimas de la vida monástica. Verdad es que se nos había dicho algo, en los monasterios, de esta segunda renuncia, pero de la tercera, que, por su hondura y perfección, sobrepuja en muchos aspectos a las otras dos, no habíamos oído hablar nunca hasta entonces.

IV

CONFERENCIA DEL ABAD DANIEL

DE LA CONCUPISCENCIA DE LA CARNE Y DEL ESPIRITU

[100] 108 Is., Lxv, 2[LXX] . 109 Ps,, LXXX, 14.

Capítulos: I. Vida del abad Daniel.-II. A qué obedecen esos cambios repentinos que experimentan las almas, pasando de una alegría inefable a una profunda depresión.-III. Respuesta de Daniel a la cuestión propuesta.-IV. Que son dos los motivos por los cuales nos somete Dios a esta prueba.-V. Que nada pueden sin la ayuda de Dios nuestro celo y nuestra industria.-VI. Es provechoso que nos sintamos de vez en cuando abandonados de Dios.-VII. De la utilidad de este combate que el Apóstol define como una lucha entre la carne y el espíritu.-VIII. Por qué el Apóstol, tras haber aducido en este pasaje la lucha entre la carne y el espíritu, nos habla en tercer lugar de la voluntad.-IX. Respuesta: que el saber preguntar es claro indicio de inteligencia.-X. Que la palabra «carne» no está usada en una sola acepción en la Escritura.-XI. Qué entiende el Apóstol con el nombre de «carne» en este lugar, y qué es la concupiscencia de la carne.-XII. Cuál es la voluntad que ocupa un punto medio entre la carne y el espíritu.-XIII. Ventajas que se originan de cierta dilación, al entablarse esa lucha entre la carne y el espíritu.-XIV. De la malicia incorregible de los espíritus del mal.-XV. Qué ventajas nos reporta la concupiscencia de la carne contra el espíritu.-XVI. Nuestras caídas serían más profundas si no nos viéramos humillados por el aguijón de la carne.-XVII. De la tibieza deaquellos que son castos por necesidad.-XVIII. Pregunta sobre la diferencia entre el hombre carnal y el hombre espiritual.-XIX. De los tres estados de las almas.-XX. D e los que renuncian mal al mundo.-XXI. De aquellos que habiendo despreciado las cosas grandes se embarazan en las pequeñas.

VIDA DEL ABAD DANIEL

I. Entre estos paladines de la filosofía cristiana, tuvimos la dicha de visitar también al abad Daniel.

Este hombre igualaba, en toda suerte de virtudes, a los solitarios que moraban en el desierto de Escete. Pero tenía algo peculiar, y era la virtud de la humildad que resplandecía en él con un brillo especial. El mérito de su pureza y de su mansedumbre fue parte para que el santo abad Pafnucio, sacerdote de esta soledad, le prefiriera entre otros muchos para desempeñar el oficio de diácono, aunque, en realidad, era de menor celad que ellos. El venerable Pafnucio, se gozaba tanto en sus virtudes, que, apreciándole igual a sí por el mérito y gracia de su vida, se apresuró a 12

elevarle a la dignidad sacerdotal. Así, pues, no consintiendo que permaneciera por más tiempo en un ministerio inferior al suyo, y deseoso también de procurarse en su persona un sucesor digno, no dudó en promoverle, ya en vida suya, al honor del sacerdocio. A pesar de esto, Daniel no olvidó un momento su humildad proverbial, y jamás, en presencia de su maestro, se aprovechó de la dignidad de que había sido investido, para hacer prevalecer sus derechos. Mientras Pafnucio ofrecía el santo Sacrificio, permanecía él invariablemente junto al abad, cumpliendo su primer ministerio, como si fuera aún un diácono.

Sin embargo, a pesar de ser Pafnucio un varón eminente en santidad-tanto que predijo en varias ocasiones ios acontecimientos futuros-, esta vez le resultaron fallidas las esperanzas en la elección de Daniel. Porque el sucesor que se había elegido le precedió, no mucho después, en la muerte yéndose antes que él a gozar de la visión de Dios.

DE LOS CAMBIOS REPENTINOS QUE EXPERIMENTA EL ALMA

11. En cierta ocasión le preguntamos a este bienaventurado Daniel: ¿A qué es debido que a veces, hallándonos en nuestras celdas, sintamos nuestro corazón henchido de inmensa alegría, y, en medio de un gozo inefable, nos sintamos como invadidos por una oleada de sentimientos y luces espirituales? Es un fenómeno de tal naturaleza que no puede traducirse con palabras. Incluso la mente se siente incapaz de concebirlo. En estas circunstancias, nuestra oración es pura y sumamente fácil. El alma, colmada de frutos espirituales, conoce como por instinto que su plegaria, prolongada aun durante el sueño, se eleva con gran facilidad y eficacia hasta la presencia de Dios.

Pero acontece también que, de pronto, y sin mediar causa alguna-de la que seamos al menos conscientes---, nos sentimos presa de la más profunda congoja. Es una tristeza que nos abruma y cuyo motivo en vano intentamos indagar. La fuente de las experiencias místicas queda súbitamente como restañada. Inclusive la celda se nos hace poco menos que insoportable. La lectura nos causa disgusto, y la oración anda errante, desquiciada, como si fuéramos víctimas de la embriaguez. Ahí vienen los lamentos. Ensayamos dar marcha atrás e imprimir a nuestro espíritu la primera dirección, pero inútilmente. Cuanto más nos esforzamos en conducirle de nuevo a la contemplación, tanto más parece que se nos escapa de las manos y corre a deslizarse por la senda de la veleidad y la inconstancia. La mente queda desprovista de todo fruto espiritual, y tal es su esterilidad, que ni el deseo del cielo ni el temor del infierno bastan para despertarla de este sueño mortal y sacudirla de su letargo.

III. A nuestras palabras respondió el abad en esta forma

Nuestros mayores nos enseñaran que eran tres las causas que podían dar lugar a esa esterilidad espiritual de que habláis.

Unas veces podrá ser consecuencia inevitable de nuestra negligencia; otras, una tentación del demonio; y en fin, podrá constituir también una prueba a que tendrá a bien someternos el Señor. Será una secuela de nuestra negligencia cuando, a sabiendas, damos paso libre a la tibieza en nuestra alma. Obrando a la ventura y sin circunspección, procedemos en todo a la ligera. A ello se añaden la ignavia y la desidia, a cuyo ampzro se engendran los malos pensamientos que nutren nuestra mente. A partir de este momento nuestro corazón es como una tierra desnuda en la que no germinan más que abrojos y espinas. Y cuando empieza a brotar esta maleza, claro es que nos volvemos estériles. Inútil entonces querer cosechar nuevos frutos espirituales, ni mucho menos aspirar a la contemplación.

Pero cabe también en lo posible que el motivo de esa aridez del alma responda a una tentación, en cuyo caso el enemigo se desliza con destreza en nuestro espíritu sin que podamos advertirlo. No importa que estemos ocupados en buenos deseos o en santos quehaceres: solicita nuestra atención y nos aleja insensiblemente, sin complicidad alguna de nuestro querer, de los más excelentes pensamientos e intenciones.

IV. Finalmente, esta sequedad del alma puede proceder de Dios, y entonces puede ser doble el motivo.

En primer lugar, conviene que nos sintamos abandonados por El por algún tiempo para tener ocasión de experimentar nuestra natural flaqueza. Entonces, concibiendo sentimientos de humildad no' nos sentimos engreídos por la pureza de corazón con que anteriormente habíamos sido agraciados por la visita del Señor. En este estado de aislamiento en quo: Dios nos deja, comprobamos que ni los gemidos ni nuestra habilidad pueden hacernos recobrar aquella primera situación de optimismo y pureza. Comprendemos, al propio tiempo, que nuestro fervor no era fruto de nuestro esfuerzo, sino don gratuito de la dignación divina. Por lo mismo, nos es necesario implorar todavía, al presente, su gracia v su luz.

En segundo lugar, hay que buscar la razón de este desamparo de Dios en el hecho de que El desea probar por este medio nuestra perseverancia Debemos darle una prueba del afán y entereza de nuestra alma. Intenta asimismo con ello manifestarnos con qué anhelo y con qué tenacidad debemos pedirle en la oración la visita del Espíritu Santo, cuando nos ha abandonado a nuestra miseria. Quiere, en fin, que reconozcamos por experiencia cuán difícil es reconquistar, una vez se ha perdido, el gozo espiritual y la alegría que lleva consigo la pureza del corazón. De ahí la solicitud con que debemos conservarla, cuando la hayamos encontrado de nuevo. Porque de ordinario somos muy negligentes en custodiar lo que creemos se puede recobrar fácilmente.

V. Todo esto nos ofrece una prueba palmaria de que son la gracia y la misericordia divinas !as que operan en nosotros todo bien, y que sin ellas es inútil nuestra diligencia. Si no contamos con su ayuda, todo esfuerzo de nuestra parte para instalarnos de nuevo en aquel estado es inane. La palabra de la Escritura se cumple en nosotros incesantemente: «No es obra del que quiere, ni del que corre, sino de la misericordia de Dios» [1011].

No obstante, a veces es en un todo distinto lo que ocurre. Y es que Dios no se desdeña de visitarnos con su gracia, aun a pesar de la negligencia y relajamiento en que ve sumido nuestro corazón. Y lo hace mediante esa inspiración santa de que hablabais. Como tampoco tiene a menos hacer brotar en nosotros abundancia de pensamientos espirituales. Por indignos que seamos, suscita en nuestra alma santas inspiraciones, nos despierta de nuestro sopor, nos alumbra en la ceguedad en que nos tiene envueltos la ignorancia, y nos reprende y castiga con clemencia. Pero hace más: se difunde en nuestros corazones, para que siquiera su toque divino nos mueva a compunción y nos haga sacudir la inercia que nos paraliza.

Finalmente, no es cosa excepcional que en sus visitas nos sintamos inundados súbitamente de ciertos perfumes, cuya suavidad sobrepuja todo lo que el arte y composición humanos pueden concebir y realizar. Entonces el alma, sumergida en este océano de felicidad, queda como arrobada y fuera de sí, hasta perder la noción de la existencia y olvidar que habita en la carne.

ES PROVECHOSO QUE NOS SINTAMOS DE VEZ EN CUANDO ABANDONADOS DE DIOS

[101] ' 1 *Rom., ix, 16.*

VI. Hasta tal punto conocía el santo rey David la utilidad que supone para nosotros este alejamiento, y, por decirlo así, esta ausencia de Dios, que no quiso pedirle le privara en absoluto de una prueba semejante. Sabía de sobra que el no sufrir alguna vez estas desolaciones no era de provecho ni a él ni a los demás hombres, cualquiera que fuese el grado de perfección a que hubieren llegado. Por eso le pedía al Señor se dignara solamente temperar tales desamparos «No me abandones, Señor-dice—, enteramente»[102]. Dicho de otra manera: «sé que sueles abandonar a tus santos para su bien y para probarles en su vida. Que el enemigo no podría tentarlos, si Tú no te alejaras de ellos por algún tiempo. Por eso no te pido que no me abandones nunca, porque vio me reportaría ninguna ventaja el no verme obligado a decir nunca por mi flaqueza: «Bueno es que me hayas humillado»[103] 3, o que jamás tuviera ocasión de ejercitarme en el combate. Esta ocasión me faltaría sin duda, si tu divina protección me asistiera de continuo y no me abandonara un solo instante. Porque el demonio no osaría acometerme si me viera por todas partes rodeado y sostenido por tu brazo. Entonces te iría repitiendo a Ti y a mí, como un reproche y una calumnia, la palabra venenosa que suele proferir él contra tus atletas más esclarecidos: «¿Acaso teme Job a Dios de balde? ¿No le has rodeado de un vallado protector a él, a su casa y a todo cuanto tiene?» Por eso te pido que no me abandones del todo -el griego dice esto es, en demasía. Porque, si me es útil que te alejes un poco para probar la constancia de mis deseos, también me sería perjudicial que, tratándome según merecen mis pecados, me abandonaras por completo. Ninguna virtud humana permanecería firme si le retiras Tú el auxilio de tu gracia por mucho tiempo durante la tentación. En cambio, cedería al instante ante el empuje y la astucia del enemigo, si Tú, Señor, que mides nuestras fuerzas y moderas nuestros combates, «no impidieras que fuéramos tentados más de lo que pueden nuestras fuerzas, y no nos depararas con la tentación un feliz término para que pudiéramos soportarla» 5.

Todo esto vemos que se realiza místicamente en el libro de los jueces, a propósito del exterminio de los pueblos enemigos de Israel. Estos, en sentido místico, simbolizan nuestros enemigos espirituales: «Estas son las naciones que dejó el Señor para probar por ellas a Israel, para que tuvieran costumbre de luchar con los enemigos»[104] 6. Y poco después: «El Señor les dejó para probar por ellos a Israel y ver si éste obedecía los mandamientos que había dado a sus padres por medio de Moisés.»

Si Dios consintió que su pueblo librara estas batallas, no fue ciertamente porque sintiera enojo ante su tranquilidad, ni siquiera porque abrigara contra él cierta ojeriza, sino porque sabía que iba a serle de provecho. Por eso permitió que fuera humillado constantemente por la opresión de estos pueblos gentiles, para que reconociera Israel que no podía prescindir nunca del auxilio divino, y se mantuviera siempre fiel al culto y servicio de su Dios.

---

[102] 2 *Ps*, *CXVII*, *8.*

[103] *Ibid.*, *Lxxi.* 4 lob., *r, 9-10.*

[104] *5 Cfr. I Cor., x, 13. 6 Jue.*, III, *1 ss,*

Al propio tiempo, ni la tranquilidad enervante haría disminuir su coraje, ni echaría en olvido el arte de la guerra y el ejercicio de la virtud. Y es que, con frecuencia, la paz y la tranquilidad han postrado a aquellos que la adversidad no había podido vencer.

VII. Esta contienda tiene su más honda raíz en nuestros miembros, y ello, sin duda, para nuestro bien. Nos lo dice el Apóstol: «Parque la carne tiene tendencias contrarias a las del espíritu, y el espíritu, a su vez, las tiene contra la carne, pues uno y otro se oponen de manera que no hagáis lo que queréis»[105] '. Ahí tenéis una lucha a muerte, que ha invadido, por disposición de Dios, hasta los repliegues más íntimos de nuestro ser.

Parque, cuando una misma tendencia es patrimonio común de todos los hombres sin excepción, ¿cómo podemos definirla sino como una disposición que se ha convertido, en cierto modo, en algo connatural al ser humano después de su caída? Y en este carácter innato, ¿no es lícito reconocer la libre voluntad de Dios aquí obra siempre con miras a nuestro bien, y no ciertamente como el designio de menoscabar nuestra felicidad? Por eso, la causa final de esta rivalidad entre la carne y el espíritu dice el Apóstol que es «para que no hagáis lo que queréis» e.

Ahora bien, si lo que Dios ha querido evitar-es decir, esa posibilidad de hacer cuanto queramos-llegara con todo a producirse, ¿no sería esto sumamente funesto para nosotros? Así, la lucha que por disposición del Creador se entabla en nuestra alma, entraña, en cierta modo, una gran utilidad. Porque constituye un acicate, puesto que nos empuja, nos fuerza a subir a un estado mejor y más perfecto. Si esa lucha cesara, se seguiría para nosotros una paz sobremanera perniciosa.

POR QUÉ SAN PABLO, EN EL PASAJE ADUCIDO, NOS HABLA EN TERCER LUGAR DE LA VOLUNTAD

VIII. GERMÁN. Aunque nos parece vislumbrar ya algo de lo que nos vas diciendo, no podemos todavía comprender perfectamente esa frase del Apóstol_. Por eso te rogamos nos la expliques con más claridad.

"Tres cosas parecen indicarse en el pasaje de referencia: en primer lugar, ese conflicto entre la carne y el espíritu; segunda., la apetencia del espíritu contra la carne; tercera, nuestra voluntad, que ocupa un lugar intermedio entre ambos y de la cual se dice: «De manera que no hagáis lo que queréis». Aunque sospechamos, repito, cuál puede ser la inteligencia de esta frase bíblica, te suplicamos, puesto que se nos ha ofrecido ocasión en esta conferencia, proyectes más luz sobre su verdadero sentido.

IX. DANIEL. Saber discernir la trama de una cuestión y sus líneas principales, es señal de tener ya alguna inteligencia de ella. Y es punto de capital importancia en el campo de la ciencia conocer bien lo que se ignora para salir así de la ignorancia. Por eso se ha escrito: «El necio que pregunta será considerado como sabio»[106]9. Porque aunque el que pregunta ignora el

[105] Gal., v, 17. 8 Ibíd.

[106] Prov., xvii, 28 [LXXI.

alcance de la cuestión propuesta, no obstante, como tiene la inteligencia para indagar e informarse, se da cuenta de lo que no entiende. Y esto de saber siquiera discernir lo que ignora, es sabiduría.

Según esa división que habéis propuesto; el Apóstol parece aludir aquí a tres cosas: la concupiscencia de la carne contra el espíritu, la del espíritu contra la carne, y la causa de ese antagonismo que es, según sus propias palabras (y que no podemos decir de otra manera), «el no poder hacer todo lo que queremos».

Pero tiene aún esta lucha otra consecuencia, y es la cuarta cosa que no habéis advertido, que nos obliga a hacer lo que no queremos.

Es menester, pues, que conozcamos, ante todo, la naturaleza de estas dos apetencias, la de la carne y la del espíritu. Después examinaremos cuál es esta voluntad que se halla como confinada entre ambas; y terminaremos explicando qué es lo que no está al alcance de nuestra voluntad.

X. La palabra «carne» que leemos en la Sagrada Escritura ofrece una gama amplísima de significados. Designa a veces al hombre completo, que consta de cuerpo y alma, como cuando se dices «Y el Verbo se hizo carne»[107] [1]°; o también: «Y verá toda cree la salud de nuestro Dios» 11. Otras veces significa los hombres pecadores y carnales, como en este pasaje: «No permanecerá mí espíritu en estos hombres, porque son carne′> [12]. En circunstancias se toma por los mismos pecados, por ejemplo: «.Alas vosotros no estáis en la carne sino en el espíritu» 13; y en otra parte: «La carne y la sangre no poseerán el reino de Dios>> 1'; 3 a renglón seguido añade: «Y la corrupción no poseerá la incorruptibilidad» 15. Algunas veces se toma para denotar la afinidad y parentesco, como cuando se dice: «He aquí que somos tus huesos y tu carne» 16; y el Apóstol: «por ver si despierto la emulación de los de mi linaje-,-esto es, de los de mi sangre--y salvo a algunos de ellos» 1'.

La cuestión que se plantea es la siguiente: ¿cuál de las acepciones de esta palabra, usadas por la Escritura, debemos adoptar ahora? Claro es que la primera, «y el Verbo se hizo carne» o «toda carne verá la salud de Dios», no es posible en manera alguna. Tampoco la segunda, «no, permanecerá mi espíritu en estos hombres, porque son carne» hace al caso, porque si se trata aquí en concreto del hombre pecador, este significado no sintoniza con las palabras del Apóstol: «la carne tiene tendencias contrarias a las del espíritu y el espíritu las tiene contra la carne»[108]". Fijémonos que no habla de sustancias, sino de actividades que están en pugna en un solo hombre, ya sea que se encuentren en él a un mismo tiempo, o bien se sucedan v cambien alternativamente.

XI. Por lo tanto, hay que considerar la palabra en cuestión, no como significativa de *hombre-quiero* decir de su naturaleza o sustancia-, sino como designando la *voluntad* de la carne y los apetitos desordenados. De igual modo, el espíritu no significa nada sustancial, sino las aspiraciones

---

[107] 10 *lo., i, 14.* 11 *Lc.,* ni, 6. 12*Gen.,* vi,3[LXX] . 13 *Rom., VIII, 9. '' I Cor.,* xv, 50. ' *Ibíd. II Re;.,* v, 1. *Rom., xi, 14.*

[108] 18 Gal., v, 17

buenas y espirituales. Este es asimismo el sentido que el Apóstol da con toda evidencia del litigar citado, al decir: «Os digo, pues: andad en espíritu y no deis satisfacción a la concupiscencia de la carne. Porque la caree tiene tendencias contrarias a las del espíritu, y el espíritu, tendencias contrarias a las de la carne, pues uno y otra se oponen, de manera que no hagáis lo que queréis»[109] [19]. Y como quiera que estas dos especies de deseos-los de la carne y los del espíritu-se encuentran a la vez en un mismo hombre, de ahí esa guerra intestina que se libra continuamente en la entraña misma de su ser.

La concupiscencia de la carne corre vertiginosa hacia el vicio y se complace en las delicias de un descanso rastrero. En la concupiscencia del espíritu ocurre a la inversa: arde en deseos de consagrarse por entero a las cosas espirituales, tanto, que quisiera eliminar, si ello fuera posible, las mismas necesidades del cuerpo. Anda solícita en no interrumpir un punto los quehaceres del espíritu, que estaría dispuesta a negar a su cuerpo los cuidados más indispensables que reclama su flaqueza.

La carne se satisface en los deleites lúbricos y sensuales; el espíritu, ni siquiera transige con las exigencias de la naturaleza. La una apetece el sueño y la comida hasta la saciedad; el otro se nutre de vigilias y ayunos, hasta el punto de rehusar al organismo los menesteres ineludibles para conservar la existencia. Aquélla ambiciona la opulencia y la exuberancia; éste juzga una riqueza excesiva disponer cada día de una módica ración de pan para el sustento. Aquélla.

ama la delicadeza de los baños y el verse rodeada de gentes que la acaricien con la adulación y la lisonja; éste gózase en cierta incuria y desaliño, y tiene sus delicias en la soledad de un desierto inaccesible, hurtándose a la vista de los hombres. Aquélla se siente complacida entre los honores y aplausos humanos; éste se gloría en las injurias y persecuciones que le inflige el adversario.

CUÁL ES ESA VOLUNTAD QUE OCUPA UN PUNTO MEDIO ENTRE LA CARNE Y EL ESPÍRITU

XII. Entre estas dos apetencias del alma, la voluntad ocupa un campo o zona intermedia, que es de todo punto la peor.

Por una parte, la deformidad del vicio no le proporciona atracción alguna; por otra, no quiere plegarse al sacrificio que supone la adquisición de la virtud. Pretende mantenerse al margen de las pasiones de la carne, pero no se decide a arrostrar el sufrimiento, sin el cual no cabe realizar los deseos del espíritu. Sueña en poseer la castidad corporal, pero sin crucificar la carne; en obtener la pureza del corazón, mas sin tolerar la penalidad de las vigilias; en atesorar virtudes, quedándose, no obstante, en la inacción y en el quietismo. Por otra parte desearía sinceramente la gracia de la paciencia, pero manteniéndose a cubierto de las afrentas y humillaciones. Aspira a practicar la humildad de Cristo, pero salvando el honor del mundo; y mostrándose pronta a abrazar la simplicidad de la vida religiosa, deja a buen recaudo sus ambiciones humanas.- ¿Qué más? A veces parece resuelta a darse y servir sin trabas a Cristo, pero quiere contar al propio tiempo con el aplauso y favor de los hombres. Incluso diríase que, en ocasiones, está dispuesta a confesar la verdad, a despecho de las

[109] 19 Gal., v, 17:

consecuencias, mas se inhibe luego ante: el compromiso, y sólo lo hace cuando no causa disgusto a nadie. En suma, se muestra solícita en ganar los bienes futuros, pero en realidad no se resigna a perder los temporales.

Indudablemente, una voluntad así no nos permitiría llegar nunca a la verdadera perfección. Nos arrastraría más bien a la tibieza más lamentable, haciéndonos semejantes a aquellos a quienes increpa el Señor en el Apocalipsis: « Conozco tus obras--dice--y que no eres ni frío ni caliente. Ojalá fueras fría o caliente. Mas porque eres tibio, estoy para vomitarte de mi boca»[110] 2°. Por fortuna, estos combates que tienen lugar entre la carne y el espíritu son parte para disipar este estado de tibieza en que nos vemos sumergidos.

Si, por dar gusto a nuestra voluntad, nos abandonamos paulatinamente a la relajación, al instante se insurrecciona y nos hiere el aguijón de la carne. Los vicios y las pasiones no nos permiten permanecer ya en el estado de pureza, que por otra parte nos fascina, y, en cambio, nos arrastran por un camino erizado de espinas hacia la sensualidad y la indiferencia. Y al contrario, llenos del fervor del espíritu y resueltos a aniquilar las obras del hombre viejo, nos entregamos, movidos por la soberbia del corazón, a una práctica indiscreta de la virtud, sin atender a la fragilidad humana. Entonces la endeblez de la carne nos impone un freno que amortigua ese ímpetu excesivo, ese arranque vituperable del corazón.

En esta lucha de ambas concupiscencias, en la que una se opone a la otra, la voluntad del alma -a quien repugna abandonarse por completo a los deseos de la carne y quiere sustraerse a la fatiga del trabajo que exige la virtud-llega a establecerse en una justa moderación. Y es que la lucha de esas dos influencias rivales aniquila cuanto en ella hay de pernicioso. Establece en nosotros como una balanza, que fija a cada una de las partes beligerantes-la carne y el espíritu--el límite de sus respectivos derechos. Ni permite que los ardores intemperantes del espíritu inclinen el fiel a la derecha, ni que las tentaciones de la carne lo impulsen hacia la izquierda.

Al propio tiempo esta lucha intestina que se desarrolla de continuo en nosotros-tiene por efecto saludable el encaminarnos a aquel cuarto estado de que hablamos arriba, a saber, que somos inducidos a hacer lo que no, queremos. En otras palabras: que adquirimos la pureza de corazón, no en el ocio y la tranquilidad, sino en el esfuerzo constante y la contradicción del espíritu; que guardamos la castidad con ayunos rigurosos, con el hambre, la sed y la vigilancia sobre. nosotros mismos. Que enderezamos nuestro corazón hacia Dios por la lectura, las vigilias, la plegaria ininterrumpida y la aspereza del desierto; que conservamos la .paciencia, soportando las tribulaciones; que servimos a nuestro Creador en medio de las difamaciones y afrentas; que confesamos la verdad, aun a trueque de acarrearnos, si es preciso, la envidia y enemistad del mundo.

Así, gracias a este antagonismo que nos preserva de una falsa seguridadpues nos excita al trabajo que no queremos y al celo por la virtud-, se establece en nosotros un justo equilibrio. El fervor del espíritu, par una parte, y el entumecimiento y displicencia de la carne, por otra, envuelven la tibieza de nuestra libre voluntad en una atmósfera favorable, templada por la discreción y

[110] 20 Apoc., in, 15 ss.

la vigilancia. La concupiscencia del espíritu se opone rotundamente a que el alma se entregue al desenfreno de los vicios. Y, a su vez, la fragilidad de la carne no sufre que el espíritu obedezca sin más al impulso de sus ansias indiscretas de virtud. Imposible ya que pululen los vicios, cualquiera que sea su naturaleza. No cabe tampoco que la soberbia, nuestro morbo nativo, levante cabeza y nos hiera aún más gravemente.

De este combate entre las dos tendencias resulta el equilibrio. Entre ambos extremos se abre, anchurosa, la senda de la virtud, escoltada por la prudencia y la moderación: camino real por donde discurre siempre el soldado de Cristo. Si la tibieza de nuestra débil voluntad nos precipita por una pendiente demasiado rápida hacia los apetitos de la carne, la concupiscencia del espíritu le impone un dique y contiene su marcha. Porque no le es posible al espíritu transigir con el vicio. Mas si el fervor desmedido de un corazón ardiente induce al espíritu a prácticas imposibles e inconsideradas, la inconsistencia de la carne le hará encontrar una medida prudencial. Superando el espíritu el estado de tibieza de la voluntad, y observando fielmente una misma línea de conducta, va en lo sucesivo por el camino igual de la perfección a través del trabajo y el esfuerzo.

Semejante proceder del Señor se advierte en el libro del Génesis[111]`, a propósito de la construcción de la torre de Babel. De repente surge la confusión de lenguas, que pone término a las intenciones impías de aquellos hombres. Se habían puesto de acuerdo contra Dios, o mejor, contra sí mismos. Y esta posición hostil contra la majestad divina se hubiera mantenido y reforzado, a no ser que el Señor hubiera puesto fin a su arrogancia. El conflicto que surgió a causa de la diversidad de lenguas y la disonancia de las voces, les obligó, mal de su grado, a adoptar ¯una solución más aceptable. Así, un desacuerdo beneficioso y útil a la par, pudo encauzar por la senda de salvación a los que una fatal unanimidad había animado a causarse su propia ruina. Comenzaron a sentir, gracias a la división que se introdujo entre ellos, la fragilidad humana. Esa fragilidad que pasó inadvertida a su orgullo, al asociarse antes en aquella unión desdichada.

XIII. Esta contienda de fuerzas contrarias entre sí da lugar a una especie de dilación, que es, en último término, ventajosa para nosotros. La resistencia y pesadez del cuerpo no nos permiten realizar en el acto nuestros ruines designios. Ello da margen en nosotros a que rectifiquemos nuestra conducta, debido al arrepentimiento que sentimos en aquellos momentos de dilación y a la enmienda que nos proponemos, que son efecto ordinario de haber dilatado la ejecución de la obra y haber reflexionado con madurez.

Aquéllos, en cambio, a quienes el obstáculo de la carne no les impide poner por obra los deseos de su voluntad-me refiero a los demonios v espíritus del mal-, a pesar de pertenecer a un orden angélico, los tenemos por más detestables que a los hombres. Y es que ellos tienen a su alcance el poder de satisfacer sus malvados designios, y, como les es imposible demorar la ejecución, irrevocablemente, quieran o no, hacen el mal. La agilidad y libertad de su naturaleza en el obrar corre parejas con la prontitud de su espíritu en concebir sus propósitos. Y esta facilidad, que se traduce en una rapidez fulminante en cumplir su voluntad, no les da tiempo para intervenir favorablemente y poder corregir o rectificar con la deliberación el mal que está urdiendo su mente malvada.

---

[111] 21 *Gen.*, xr, *4 ss.*

XIV. Por lo demás, la sustancia espiritual, por el hecho de no verse trabada por el pesado lastre de la carne, no puede refugiarse en paliativos, escudándose en los malos deseos que nacen de ella. Su malicia no admite tampoco remisión alguna, porque no ha sido, como en nosotros, excitada al pecado por los embates de la carne, sino que es movida únicamente por su perversa voluntad. Por lo mismo, su pecado no alcanzará perdón, ni su mal tiene remedio. Así como su ruina ro :na sido provocada por las solicitaciones de una materia terrena, del mismo modo no existe para ella indulgencia, ni puede haber lugar al arrepentimiento. De todo lo cual se colige evidentemente que el combate que libran en nosotros la carne y el espíritu, lejos de sernos funesto, origina no pocas ventajas.

QUÉ VENTAJAS NOS REPORTA LA CONCUPISCENCIA DE LA CARNE CONTRA EL ESPÍRITU

XV. La primera de ellas es que enmienda al instante nuestra desidia y nuestra negligencia. Como haría el más diligente pedagogo, no nos permite desviarnos de la línea recta de la observancia y regularidad. Una paz indolente tiende a relajamos y rebasar los límites de austeridad en que debe mantenerse nuestra vida. Entonces, el azote de la tentación sensual actúa sobre nosotros como un estimulante y nos reprende hasta conducirnos de nuevo a la austeridad debida.

Hay todavía una segunda ventaja a nuestro favor. Cuando la gracia divina ha permitido que nuestra integridad física haya permanecido largo tiempo intacta, confiados en esta integridad, comenzamos a creernos en seguida inmunizados contra los movimientos de la carne, incluso los más irresponsables. Y como si estuviéramos ya libres de esta carne corruptible, concebimos en nuestro fuero interno un secreto sentimiento de vanagloria.

Pero he aquí que se presenta el desengaño ante una nueva manifestación de nuestras bajas tendencias. Dios permite que entre sueños seamos víctimas de la ilusión. Y por inocente que ésta haya sido, nos derriba y nos hace recordar de nuevo la realidad de lo que somos. De ordinario nos comportamos ante las demás faltas con mayor indiferencia, aunque sean más graves y funestas, olvidándonos más fácilmente de haberlas cometido. Pero este vicio tiene la particularidad de humillarnos en mayor grado. Más : una ilusión de este género despierta súbitamente en nosotros remordimientos de ciertas pasiones que nuestra negligencia había relegado al olvido. Al verse mancillada con estas inmundicias físicas, el alma comprende que se contaminaba mucho más con aquellos vicios del espíritu que, por estar encubiertos, ignoraba.

Entonces echa de ver que las apetencias de la carne la vuelven impura; por eso se entrega sin tardanza a remediar su dejadez. Al mismo tiempo conoce que no debe fiarse de la dicha de su pureza pasada, pues basta que el alma se aleje un instante del Señor para perderla. Ni puede poseer este don de la castidad si no es por la asistencia de la gracia divina. La experiencia cotidiana nos enseña que si queremos gozar de una constante integridad de corazón es menester aplicarse sin cesar a la virtud de la humildad.

XVI. El sentimiento de altivez que podría nacer en nosotros a causa de nuestra pureza, seria irás pernicioso que todos los crímenes y todas las ignominias. Y cualquiera que fuere el grado de perfección en este aspecto, esa soberbia sería causa de que perdiésemos todo el merecimiento de nuestra castidad. Testigo de ello son las potestades del mal, de que hicimos mención anteriormente. Las

tentaciones de la carne les eran desconocidas, pero la sola elación de su corazón les precipitó desde el lugar sublime que ocupaban en el cielo a una eterna ruina.

Nos veríamos condenados irremediablemente a la tibieza si, no teniendo en nuestro cuerpo ni en nuestra mente ningún indicio revelador de nuestra negligencia, nos afanáramos por llegar al fervor de la perfección. No seríamos tampoco fieles en la estricta observancia de la sobriedad y de la abstinencia si la carne levantisca no se sublevara en nosotros. Esto es lo que nos humilla a ras de tierra y, al propio tiempo, nos hace vivir atentos y solícitos, purificándonos de los vicios del espíritu.

XVII. Finalmente, los que son castos por necesidad, como, por ejemplo, los eunucos, par lo común son víctimas de esta tibieza del alma.

Libres de las exigencias de la carne, creen que pueden prescindir de la abstinencia y de la contrición del corazón. Su seguridad les torna negligentes y no se les ve nunca apresurarse por alcanzar !a perfección del corazón, ni siquiera por purificarse de los vicios del espíritu.

Esta condición que se aleja del estado carnal viene a degenerar en una actitud animal, que es, sin duda alguna, más detestable. Porque es un tránsito de la frialdad a la tibieza, y ésta, según la palabra del Señor, es más abominable aún.

DIFERENCIA ENTRE EL HOMBRE CARNAL Y EL HOMBRE ESPIRITUAL

XVIII. GERMÁN. A nuestro juicio, has hablado con lucidez sobre la utilidad de la lucha entre la carne y el espíritu, tanto que casi hemos podido palpar con la mano la verdad de tus palabras. Lo que ahora te pedimos es que nos muestres asimismo la diferencia que media entre el hombre carnal y el hombre animal, y cómo es posible que el segundo sea peor que el primero.

XIX. DANIEL. Según enseña la Escritura, tres son los estados del alma: el primero es el estado carnal, el segundo, el animal; el tercero, el espiritual. Así los designa el Apóstol.

De los hombres carnales dice: «Os di a beber leche; no os di comida porque aún no lo admitíais. Y ni aun ahora lo admitís, porque sois todavía carnales»[112] [2]2. Y de nuevo: «Si, pues, hay entre vosotros envidias y discordias, ¿no prueba esto que sois carnales?» 23

Del hombre animal habla en estos términos «El hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios, pues son para él locura» 2 4. Y en cuanto al hombre espiritual, se expresa así: «El espiritual, en cambio, juzga de todo, pero a él nadie puede juzgarle» 2 5. Y en otro lugar: «Vosotros, los que sois espirituales, instruid a las personas de esta clase con espíritu de mansedumbre» [113]25.

Pues bien, merced a nuestra renuncia, hemos dejado de ser carnales. Quiero decir que nos hemos alejado de la vida del siglo, rechazando en absoluto los deleites de la carne. Pero, animados de santa diligencia, debemos procurar con

---

[112] [2] I Cor., III, 2 ss.
[23] Ibíd.
=24"' I Cor., II, 14 ss.

[113] [25] I Cor., u, 15.
[26] Gal., vi, 1.

todo empeño situarnos en el estado espiritual, no sea que, confiados en este desprendimiento exterior de las cosas del mundo o en la renuncia de los placeres sensuales, creamos erróneamente haber alcanzado de un golpe la mas alta perfección; y seamos más reacios y negligentes en purificarnos de las otras pasiones. De esta manera nos quedaríamos a medio camino entre el estado carnal y el espiritual, incapaces de, elevarnos hasta éste, por estimar que basta y sobra, para ser perfectos, el haber sido segregados, según el hombre exterior, del mundo y sus deleites, y no tener ya parte en la corrupción ni en las obras de la carne. Sumidos en este estado de tibieza, que es el peor de todos, no nos cabría otra desgracia que ser vomitados de la boca del Señor, según que El mismo afirma: «Ojalá fue ras frío o caliente. Mas porque eres tibio, estoy para vomitarte de mi boca»[114] `. Y no sin razón, porque aquellos a quienes había acogido en las entrañas de su caridad, andan envueltos en una tibieza detestable; por eso se indigna su corazón para vomitarlos.

Podríamos decir que estaba en su mano - en la de ellos - poder ofrecer al Señor un alimento sano. Pero han preferido verse arrojados por El de su corazón, viniendo a ser peores que los alimentos que no se acerca nunca el Señor a sus labios. Son objeto de una repulsión semejante a la que experimentamos al comer ciertos manjares que nos provocan náuseas y que nos es forzoso rehusar. Lo que está frío vuelve a calentarse en nuestra boca y lo ingerimos con gusto y aun nos es de provecho. Mas lo que hemos rechazado por su repulsiva tibieza, no pedemos, sin sublevarnos, no sólo acercarlo a nuestros labios, pero ni siquiera atisbarlo de lejos por la repugnancia que nos inspira. Esto explica por qué el tibio es considerado como el peor de los hombres.

El hombre carnal, es decir, el seglar o el gentil, se convertirá más fácilmente, para elevarse en seguida a las cimas de la santidad, que aquel otro que, habiendo hecho profesión de vida monástica, no ha entrado con voluntad firme y decidida por la senda de la perfección. Y es que este tal se ha contentado con observar sin más las leyes de la disciplina monástica, sin alimentar en sí mimo el fuego de su primitivo fervor. Por lc menos, el primero, el seglar, se reconoce impuro y acepta humildemente el estado a que le reducen sus pasiones vergonzosas. Herido algún día por el arrepentimiento, correrá a la fuente de la verdadera purificación, y se elevará hasta las cumbres de la vida perfecta. El mismo horror que experimentará de su infidelidad y del estado de frialdad en que se encuentra, le llenará de un santo entusiasmo que le hará volar más fácilmente hacia la perfección.

En cambio, el religioso que abusa desde un principio, por su tibieza, del nombre de monje, y no aporta la humildad y celo que debería, en orden a su profesión, una vez inficionado de esta enfermedad pestilencial y abatido en su dolencia, es incapaz en adelante de sentir gusto por la perfección y aprovecharse de los consejos de los demás. Pues dice en su corazón, como nos lo indica aquella sentencia del Señor: «Soy rico, mee he enriquecido, y de nada tengo necesidad» [115]28. Y también pueden aplicarse las palabras que siguen.: «Eres un desdichado, un miserable, un indigente, un ciego y un desnudo» 29. Peor que el seglar, por cuanto no se da cuenta de su miseria, de su ceguera, de su desnudez. A sus ojos no tiene nada que enmendar ni corregir. No tiene necesidad de las amonestaciones ni de las enseñanzas de

[114] Apoc., III , 15 ss.
[115] [28] Apoc., in, 17. 29 Ibíd.

los demás. Por es(, no admite corrección ni consejo saludable. El infeliz no se da cuenta de que el mismo nombre de monje, de que se precia, constituye para él una afrenta, y la universal reputación de que goza es un peso insoportable Por el mismo hecho de que todos le tienen por santo y le honran como a siervo de Dios, más riguroso será algún día su juicio y su castigo.

Pero ¿a qué entretenernos tanto en cosas que la misma experiencia prueba a diario y nos pone continuamente de manifiesto? Hemos visto a menudo a Seglares y paganos que de fríos y carnales que eran, se han convertido a una fervorosa vida espiritual. En cambio, nunca hemos visto tal cosa en hombres tibios que se encuentran estacionados en ese grado de indiferencia animal. Más aun : leemos que el Señor, hablando por boca del Profeta, siente tal repugnancia por ellos, que ordena a los hombres espirituales y a los doctores que cesen de advertirlos y enseñarles. Que no siembren ya más la semilla de la palabra de vida en esa tierra estéril e infructuosa, cubierta de zarzas y espinas. Que, menospreciándola, cultiven más bien una tierra nueva; esto es, que proporcionen a los paganos y seglares la enseñanza de la doctrina, desplegando su celo en predicar la palabra que lleva en pos de sí la salvación. Es lo que se lee en lb. Escritura: «Así dice el Señor a los varones de Judá y a los habitantes de Jerusalén: «Roturad vuestro campo v no sembréis en cardizales» [116]30.

DE LOS QUE RENUNCIAN MAL AL MUNDO

XX. Me sonroja el decirlo, pero vemos que la mayor parte de los monjes renuncian de tal manera al mundo, que parece que, salvo la condición y el hábito secular, no han cambiado nada en cuanto a sus vicios y malas costumbres pasadas.

Porque ambicionan riquezas que ni siquiera antes habían poseído. O, cuando menos, persisten en guardar las que tenían, e incluso - lo cual es aún más lamentable - se preocupan en aumentar sus haberes, bajo el pretexto de que es un deber de justicia el sustentar en adelante a los criados que habían tenido o a sus hermanos. O bien se los reservan so color de reunir una comunidad que pretenden gobernar un día en calidad de abades.

Si buscasen en verdad la senda de la perfección, cifrarían más bien todos sus afanes en deshacerse no solamente de su dinero, mas también de sus aficiones pasadas, para verse libres de toda preocupación. Así, solos y despojados de todo, se someterían a la autoridad de los ancianos, sin tener ya cuidado de los demás ni de sí mismos. Pero ocurre todo lo contrario. Como aspiran a presidir' y mandar a sus hermanos, se guardan muy bien de plegarse a la obediencia de los ancianos. Con esto no hacen más que cimentar su vida sobre la soberbia. Deseosos como están de formar a los demás, no logran aprender, ni mucho menos practicar por su cuenta lo que convendría enseñarles. De ellos hay que decir lo que afirma el Señor: «Siendo ciegos y hechos guías de ciegos, necesariamente han de estar juntos en la fosa»[117]".

Este linaje de soberbia, aunque sea único en su género, presenta dos matices diferentes. La una afecta en todo severidad y gravedad exterior; la

[116] Ier., iv, 3.
[117] 31 *Mt., xv, 14*

otra se abandona con una libertad increíble a las chanzas, burlas y risas destempladas. Aquélla gusta del silencio; ésta, haciendo caso omiso de él, no se avergüenza en desahogarse en habladurías e inepcias, y uno procede así por no parecer inferior o menos docto que los demás. La primera ambiciona la dignidad sacerdotal por instinto de elevación y vanagloria; la segunda, la desprecia como indigna del rango que tenía en el mundo, o por no responder a los méritos de su vida o de su cuna. Cuál de las dos sea la peor, es cosa que cada cual puede juzgar por sí.

En el fondo, es una misma falta la que se comete desobedeciendo al mandato de su anciano por ocuparse en algún menester, que por cruzarse de brazos. Tan dañoso es faltar a la regla del monasterio durmiendo que permaneciendo en vigilia. La misma culpabilidad existe en desobedecer a los preceptos del abad leyendo que durmiendo. En fin, despreciar a un hermano por su ayuno o por su refección, parte de un mismo foco de orgullo y suficiencia.

En realidad, no hay más diferencia que ésta que son más peligrosos y más difíciles de remediar los vicios que tienen apariencia de virtud y se cubren con el antifaz de las cosas espirituales, que los que tienen claramente por fin el placer sensual. A éstos, en efecto, como las enfermedades que se manifiestan claras e indudables, puede atacárseles de frente y se les cura al instante. Los otros vicios, en cambio, paliados con el velo de la virtud, permanecen incurables, agravando el estado de los pacientes y haciendo desesperar de su remedio.

XXI. ¿Cómo explicar tamaña ridiculez? Los hay que al abandonar la milicia del mundo dejaron todo su patrimonio con fortunas considerables y se refugiaron en el monasterio. Y luego, decaído el fervor incipiente de su renuncia, se aficionan con pasión a las cosas más baladíes, de las cuales, sin embargo, no podemos, ni aun nosotros mismos, prescindir, pues hemos de usar de ellas. Tal es el efecto que cobran por estas cosas, que sobrepuja al cuidado que tuvieron antes por sus riquezas en el mundo. Poco les aprovechará haber despreciado tantos bienes y posesiones, puesto que el amor que tuvieron a ellos, y que les movió a despreciarlos, lo han puesto ahora en estas naderías. Cifrando en objetos viles la codicia que no pueden ejercer sobre objetos de valor, ponen de manifiesto que no han desarraigado la antigua pasión, sino únicamente que han mudado el objeto de ella.

Esclavos de una estúpida solicitud por una esterilla, un cesto, una bolsa, un manuscrito y otras cosas semejantes, se lo adueñan, por vilísimo que sea, con la misma pasión que antes se aferraban a las riquezas que dejaron. Guardan y defienden estos objetos con tanta emulación, que llegan incluso a enojarse si alguno se atreve a tocarlos, y, lo que es más vergonzoso, a montar en cólera y entablar una acalorada disputa. Enfermos aún de su antigua codicia, no se contentan con tener las cosas y objetos de uso común en la medida en que el monje está obligado a usarlas para sus necesidades ineludibles. De este modo ponen al descubierto la avaricia de su corazón: quieren disponer con más amplitud y holgura que sus hermanos de los objetos indispensables, y al mismo tiempo los retienen con un espíritu de propiedad y celo que rebasa los límites de una solicitud razonable. Además, lo que debería ser común a todos, se lo apropian de tal modo que ni siquiera permiten que nadie ponga en ellos sus manos.

Como si el mal de la codicia sólo estuviera en la plata y el oro, y no en el deseo desordenado de poseerlo; y como si no fuera peor airarse por pequeñeces que por cosas de importancia, Hemos dejado bienes de gran valor con el fin de hallarnos mejor dispuestos para despreciar los objetos insignificantes. ¿En qué consiste la diferencia de apasionarse por magníficas riquezas o por simples nimiedades, sino en que es más reprensible hacerse esclavo de cosas mínimas cuando se han menospreciado las grandes? Concluyamos diciendo que la perfección del corazón no es patrimonio de aquellos que comprenden así la renuncia, porque, aunque han abrazado la profesión de pobres, sus almas conservan el efecto propio de los ricos.

V

CONFERENCIA DEL ABAD SERAPION

DE LOS OCHO VICIOS CAPITALES

Capítulos: I. Nuestra llegada a la celda del abad Serapión. Pregunta sobre los distintos géneros de vicios y sus embates.-II. Exposición del abad Serapión sobre los ocho vicios capitales.-III. De dos géneros de vicios y cómo actúan en el alma.-IV. Recapitulación sobre las pasiones de la gula y de la lujuria, y de su tratamiento.-V. Cómo nuestro Señor Jesucristo fué el único que fué tentado sin culpa.-VI. Naturaleza de la tentación con que fué acometido el Señor por parte del demonio.VII. Que la vanagloria y la soberbia se consuman sin concurso de la carne.-VIII. Que el amor al dinero es vicio que no se basa en la naturaleza, y de la diferencia que existe entre él y los vicios naturales:-IX. Que la tristeza y la acidia no se hallan, por lo común, entre los vicios que son provocados por causas extrínsecas.-X. De la conexión que guardan entre sí los seis primeros vicios, y de la afinidad que existe entre los dos últimos.XI. Origen y naturaleza de cada uno de estos vicios.-XII. En qué nos es provechosa la vanagloria.-XIII. De múltiples formas con que nos tiranizan los vicios.- -XIV. Que la lucha contra los vicios debe entablarse en conformidad, con la naturaleza de sus asaltos.-XV. Que nada podemos contra los vicios sin el auxilio de Dios, y que no debemos sentir altivez al triunfar sobre ellos.XVI. Del sentido místico de las siete naciones cuyo territorio tomó Israel en posesión; y por qué en un lugar se dice que fueron siete y en otro que fueron muchas más.-XVII. Pregunta de Germán sobre la comparación de las siete naciones con los ocho vicios capitales.-XVIII. Cómo a los ocho vicios corresponden cabalmente las ocho naciones.-XIX. Por qué se ordena al pueblo escogido abandonar una sola nación y destruir las otras siete. XX. De la naturaleza de la gula comparada con la del águila.-XXI. Disputa habida entré un anciano y ciertos filósofos acerca de la irreductibilidad de la gula.-XXII. Por qué dijo Dios a Abraham que el pueblo de Israel había de vencer a diez naciones.-XXIII. De la utilidad de poseer las tierras ocupadas por los vicios.-XXIV. Que las tierras de- donde fueron expulsados los pueblos de Canaán habían sido asignadas a los hijos de Sem.-X.XV. Diversos testimonios de la Escritura relativos a la significación de los ocho vicios capitales.XXVI. Una vez vencida la pasión de la gula, debernos esforzarnos por adquirir las otras virtudes.XXVII. Que el orden que debemos seguir en la lucha contra los vicios no es el mismo que el que guardan ellos entre sí.

SOBRE LOS DISTINTOS GÉNEROS DE VICIOS

1. Entre aquel enjambre de varones insignes, a cual más venerable por su ancianidad, se encontraba un solitario por nombre Serapión[118] [1], que se distinguía entre todos por la virtud de !a discreción y la prudencia. Juzgo de utilidad dar por escrito aquí la conferencia que con él sostuvimos.

Le abordamos un día y le suplicamos con vivas instancias nos explicara algo sobre la naturaleza de los vicios que nos hostilizan, y nos descubriera sus orígenes y sus causas. Y empezó así.

II. Ocho son los vicios capitales que afligen al género humano[119] 2. El primero es la gula o glotonería; el segundo, la lujuria; el tercero, la avaricia o amor al dinero; el cuarto, la ira; el. quinto, la tristeza; el sexto, la acidia, esto es, el desabrimiento o tedio del corazón; el séptimo, la jactancia o vanagloria; el octavo, la soberbia..

III. Estos vicios se dividen en dos categorías: naturales, como, por ejemplo, la gula, y extranaturales, como la avaricia. El modo como se consuman en nosotros es cuádruplo.

Algunos necesitan para ello de la complicidad del cuerpo, como la gula y la lujuria; otros no exigen esa cooperación física, así la soberbia y la vanagloria. Los hay que reciben su impulso de un factor e′,arínseco, como la avaricia y la ira; otros, en cambio, nacen de movimientos internos; es el caso de la acidia y la tristeza.

RECAPITULACIÓN SOBRE LAS PASIONES DE LA GULA Y DE LA LUJURIA

IV. Y para tratar este tema en la forma más sucinta posible y proyectar más claridad sobre él con testimonios de la Escritura, digamos algo a título de recapitulación.

La gula y la lujuria, por muy innatas que sean en nosotros-DUCS a. veces sin delincuencia alguna de la voluntad se avivan por la sola incitación y prurito de la carne-, con todo necesitan, para la consumación de sus actos, de un objeto externo, llegando así. mediante una acción corporal, a alcanzar su fin. Porque «cada uno es tentado por sus propias concupiscencias, que le atraen y seducen. Luego la concupiscencia, cuando ha concebido, pare el pecado, v el pecado, una vez consumado, engendra la muerte»[120] '. El primer Adán no hubiera podido ser seducido por la gula de no haber tenido a su alcance el fruto prohibido que comió ilícitamente. Y ni siquiera en la tentación del segundo Adán faltó la presencia de un objeto a propósito para seducirle, pues se le dice: «Si eres el Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan» 4.

En cuanto a la lujuria, es a todas luces evidente que se consuma por mediación del cuerpo. He aquí con qué términos habla Dios de ello al santo Job: «Su fuerza está en los lomos, y su poder, sobre las entrañas» `. Por

---

[118] [1] De él nos habló ya Casiano en Col. u, 11, y volverá a hacerlo en Col. x, 3.

[119]2 De los vicios capitales trata Casiano extensamente en su obra *Instituciones cenobíticas.* Dedica a ellos ocho libros-uno a cada vicio-, estudiando su naturaleza y dando el remedio oportuno.

[120] *Iac.,* I, *14-15.*

Mt., iv, 3.

Iob, x.., 1 1 [LXX],

donde, como estos vicios no llegan a perpetrarse sino con la complicidad de la carne, exigen más especialmente, junto con los remedios espirituales, la práctica constante de la abstinencia corporal.

Para reprimir sus estímulos no basta la aplicación del espíritu, como acontece de ordinario cuando se trata de poner coto a la ira, la tristeza y otras pasiones. En éstas, la sola intervención del espíritu es suficiente para vencerlas, sin que la carne tenga que imponerse mortificación alguna. En aquéllas, en cambio, precisa la privación corporal, que consiste en las vigilias, el ayuno y la penalidad del trabajo. Con ello convendrá conjugar el retiro de la soledad, o, lo que es lo mismo, el evitar las ocasiones. Y la razón es obvia. Así como el alma y el cuerpo concurren a su origen y consumación, así también será menester que para vencerlos y triunfar de ellos intervengan ambos de consuno.

Cabe advertir que el Apóstol llama carnales todos los vicios en general, ya que la enemistad, por ejemplo, el odio y la herejía los incluye en las demás obras de la carne. No obstante, siendo mi objeto determinar exactamente la naturaleza de estos vicios v el tratamiento que hay que darles, me importa mantener la doble división que he establecido, a saber, que hay unos vicios que son carnales y otros de tipo espiritual.

Por carnales entendemos aquellos que están relacionados especialmente con los sentidos y se fomentan v consuman en la carne. Esta encuentra en ellos su pábulo y deleite- Tanto, que incluso excitan a las almas puras y morigeradas, y aun a veces les hace violencia, moviéndolas a consentir en sus deseos. De ellas dice el Apóstol: «Entre los cuales todos nosotros fuimos también contados en otro tiempo y seguimos los deseos de nuestra carne, cumpliendo la voluntad de ella y sus depravados deseos, siendo por nuestra conducta hijos de ira como los demás»[121] 6.

Llamamos, empero, espirituales a los que se originan sólo por impulso del alma. Lejos de proporcionar al cuerpo el más mínimo placer, le abruman con grave desazón y pesadumbre, siendo pasto del alma enfermiza, a quien nutren con el alimento de misérrimas satisfacciones. Por lo mismo, éstos no necesitan más que de la simple medicina del alma, al paso que los de la carne no se curan sino merced a un doble tratamiento, como dejamos dicho arriba. Por eso deben, aquello, que aspiran a la pureza del corazón, apartar de sí, desde el principio, los objetos que pueden dar ocasión de fomentar la pasión natural que hay en nosotros o avivar su recuerdo en nuestras almas aún enfermizas. Es preciso que a doble mal se aplique doble remedio. En efecto por un lado hay que sustraer a la concupiscencia los objetos que naturalmente la seducen, para que no se vea atraída hacia ellos; por otro, el alma ha de echar mano, para no concebir siquiera un mal pensamiento, de la meditación atenta de las Escrituras, de una esmerada vigilancia y de la soledad.

Mas para los otros vicios, la sociedad y convivencia con los demás no daña en modo alguno al alma. Al contrario, le es de suma utilidad, si quiere carecer de estas pasiones, pues se descubren mejor alternando con los hombres. Al rozarse, en efecto, con ellos, se da ocasión a que se manifiesten con más frecuencia, dando lugar a un remedio más rápido y. eficaz.

[121] 6 Cfr. Gal., v, 19.

NATURALEZA DL LA TENTACIÓN

CON QUE FUE ACOMETIDO EL SEÑOR POR PARTE DEL DEMONIO

V. Por eso Nuestro Señor Jesucristo, según la sentencia del Apóstol, fue tentado «en todo a semejanza nuestra»[122] `. Pero agrega: «salvo en el pecado»; es decir, estando exento de todo resabio de pasión sin la impureza del vicio del que estamos hablando. No experimentó, en absoluto, el aguijón le la concupiscencia. Ese aguijón que nos aflige fatalmente a nosotros, aun sin percatarnos de ello y contra nuestra voluntad. Es que no hubo en su nacimiento semejanza alguna de la generación humana, ya que el Arcángel había anunciado que su concepción tendría lugar así: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, v la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso lo santo que de ti nacerá será llamado Hilo de Dios»

VI. Puesto que conservaba en su Humanidad la imagen y semejanza más pura de Dios, sólo debió ser tentado en aquellas pasiones en que lo fue Adán cuando aún conservaba intacta la imagen de Dios, esto es, en la gula, en la vanagloria y en la soberbia. No en aquellas en que Adán había caído por su propia culpa, después de haber mancillado, por la trasgresión del mandamiento recibido, la imagen y semejanza divinas.

I.a tentación de gula tiene lugar cuando Adán se decide a comer del fruto del árbol prohibido. Por lo que se refiere a la de la vanagloria, se advierte en estas palabras: «Se abrirán vuestros ojos"[123]. Y estas otras: «Seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal» , ponen de manifiesto la tentación de soberbia. Pues bien, leemos que nuestro Salvador fue también tentado en estas materias. De gula, cuando el diablo le dijo: «Di que astas piedras se conviertan en pan» 11. De vanagloria: «Si eres el *Hijo* de Dios, échate de aquí abajo» 12. De soberbia, cuando, mostrándole todos los reinos de la tierra y su gloria, le dijo: «Todas estas cosas te daré si, postrándote, me adorares» 13.

El designio del Señor al permitir ser acometido en las mismas tentaciones que nuestro primer padre era enseñarnos, con su ejemplo, cómo debíamos nosotros vencer al tentador. Por eso aquél fue llamado Adán, y El también Adán. Uno es primero por la ruina y la muerte; el otro es primero por la resurrección y la vida. Por aquél, todo el género humano se condena; por éste, todo el género humano encuentra la liberación. El primero es formado de una tierra nueva e inculta; el segundo nace de María, la Virgen sin mancilla.

Pero aunque convenía que el Señor padeciera estas tentaciones, no era necesario que excediera su medida. Habiendo vencido la gula, no podía ser tentado de sensualidad, que se nutre de aquélla como de su raíz. Y así, si el primer Adán no hubiera sucumbido a la tentación primera de la gula, no se hubiera visto sumergido, ni él ni su descendencia, en los incentivos de la lujuria, cuya fuente y origen es aquélla. Razón por la cual no se dice que el Hijo de Dios viniera simplemente en carne de pecado, sino «en sustancia de

---

[122] *Heb., iv, 15. Lc.*. I, *35*
[123] acome '° *Gen.*, III, *5.*
'° *Ibíd.*
' 1 *Mt., iv, 3.* [2] Ibíd., 6. 13 Ibíd., 9.

carne de pecado» [124]14. Porque, aunque su carne era verdadera, pues comía, bebía y dormía como los demás hombres, y los clavos traspasaron realmente sus miembros, no obstante, el pecado que contrae el hombre por la trasgresión no fue en El real, sino aparente.

Porque no experimentó los estímulos de la concupiscencia que se subleva en nosotros por efecto de la naturaleza v contra nuestra voluntad. Solamente recibió de ellos una cierta semejanza, en cuanto que participó de nuestra humanidad. Viendo que cumplía en realidad todos los actos de nuestra naturaleza v sobrellevaba todas las debilidades humanas, se le juzgó igual a nosotros, sujeto a la pasión. Y es que sus flaquezas, que quiso compartir con los hombres, parecían una señal inconfundible de que llevaba en su carne, corno los humanos, la condición del vicio y del pecado.

En una palabra, el diablo le acomete únicamente en aquellos vicios con que había soliviantado al primer Adán. Creía habérselas *con un* hombre como los demás, a quien sería fácil hacer caer en los otros vicios, si sucumbía en aquellas en que había seducido a nuestro primer padre. Pero vencido en el primer encuentro, no pudo ya inocularle- el veneno[125] 1^5 que tiene su raíz en el primer pecado. Veía que la gula, germen y causa inicial de la impureza, no hacía mella en el Señor, pues la rechazaba con decisión rotunda. Inútil esperar que, cortada la raíz, diese el árbol los frutos y semillas del pecado.

San Lucas coloca en tercer lugar aquella tentación en que se dice: «Si eres el Hijo de Dios, arrójate de aquí abajo»[126]", palabras que pueden interpretarse del vicio de la soberbia. Pero, desde luego, la precedente, o sea, la que San ¡Mateo presenta como la tercera, y en la cual nos dice San Lucas que el diablo muestra al Señor, en un instante, todos los reinos del mundo, deberá entenderse del vicio de la avaricia.

Viendo el enemigo que no había podido vencer al Señor en la tentación de la gula, y reconociendo su impotencia para tentarle en la lujuria, optó ahora por la avaricia, que sabía era la sentina de todos los males. Vencido también en ésta, no se atrevió ya a sugerirle ninguno de los vicios que proceden de ella como de su tronco, común. Recurrió, pues, en última instancia, a la soberbia. No ignoraba que aun los perfectos después de haber salido triunfantes de todos los vicios, no dejan de ser vulnerables en esta pasión. Sabia, asimismo, que solamente la soberbia había pedido derribarle a él, Lucifer, y a sus secuaces desde lo más alto de los cielos, sin haber experimentado antes el desorden de las pasiones.

Advirtamos, finalmente, si es que nos atenemos al orden de la exposición de San Lucas, la feliz coincidencia que se observa en la seducción y modo como tentó el enemigo al primero y luego al segundo Adán. A aquél le dice: «Se abrirán vuestros ojos.» A éste «le mostró todos los reinos del mundo y su gloria». A Adán le promete: «Seréis como dioses.» A Cristo: «Si eres Hijo de Dios.»

EXPOSICIÓN DE LOS DEMÁS VICIOS CAPITALES

[124] 14 *Rom., VIII, 3*

[125] i^ En el texto se dice *secundum iara* morbum: el segundo morbo o enfermedad, que procedía del primer pecado. Se refiere, evidentemente, a la lujuria, que deriva de la intemperancia.

[126] *Lc., i v, 9*

VII. La exposición del vicio de la gula y la tentación del Señor ha hecho que nos apartáramos un tanto del tema que empezamos a tratar. Reanudémoslo ahora, fieles al orden que nos propusimos, y sigamos hablando del modo como se producen en nosotros les demás vicios.

La vanagloria y la soberbia se consuenan, por lo común, sin concurso alguno del cuerpo. Y a la verdad, ¿cómo podrían tener necesidad de una acción física cuando, en lugar de la concupiscencia carnal, sólo por el afán que despiertan en el alma fascinada de conquistar el honor y la gloria causan ya por sí solas su ruina? O ¿qué efecto corporal tuvo la antigua soberbia de Lucifer? ¿No fue simplemente el fruto de su corazón y de su pensamiento? He aquí cómo se expresa el Profeta: «Tú que decías en tu corazón: subiré a los cielos; en lo alto, sobre las estrellas de Dios, elevaré mi trono; me instalaré sobre la cumbre de las nubes y seré igual al Altísimo»[12717]. Así como no tuvo quién le solicitara a esta soberbia, así con sólo el pensamiento consumó su crimen y su eterna ruina. Por eso no se siguió efecto alguno a su ambiciosa pretensión de una soberanía excelsa.

VIII. La avaricia y la ira, aunque no son de igual condición (pues la primera es extranatural y la segunda parece tener en nosotros su fuente originaria)[128] 18, no obstante, tienen puntos de contacto en cuanto a su procedencia, como quiera que la causa inicial suele ser extrínseca a ellas.

Con frecuencia, los más débiles, cuando han sucumbido en estos vicios, se lamentan de haber sido solicitados o movidos por tal o cual motivo, y pretextan que su enojo o su avaricia son debidos a la instigación de otros.

La avaricia es, a ojos vistas, extranatural. Se desprende del hecho de que no tiene en nosotros su principal origen, y que el objeto sobre el que se apoya, cual es el dinero y los bienes de orden material, no están unidos al cuerpo o al alma, ni hacen falta para sustentar sus necesidades. En realidad, y apurando un tanto las cosas, la naturaleza no exige para su subsistencia más que la comida y bebida cotidianas. Todo lo demás, por mucho que hagamos por obtenerlo y conservarlo, siempre será ajeno a la necesidad, como lo prueba la experiencia de la vida. Pero por lo mismo que no es indispensable sino superfluo, sólo preocupa a los monjes tibios y vacilantes en su vocación; al paso que lo que es de veras natural no deja de ser motivo de tentación, aun para los monjes más perfectos, a pesar de que su vida transcurra en la soledad del desierto.

Es esto tan verdad, que conocemos incluso a algunos pueblos paganos que están totalmente exentos de esta pasión de la avaricia. No han permitido que este morbo pestilencial contaminara nunca sus costumbres. Y tengo para mí que el mundo antiguo que vivió antes del diluvio ignoró durante largo tiempo este loco frenesí.

También nosotros podemos vernos fácilmente libres de él, si nuestra renuncia es perfecta, esto es, si después de haber abandonado nuestros bienes nos consagramos sin reservas a la disciplina cenobítica y no nos reservamos un solo denario. Testimonios de ello podríamos encontrarlos a millares. Estos monjes, distribuyendo todos sus bienes, desarraigaron de una

---

[127] 1[7] *Is.*, xiv, 13-14.

[128] [18] Así traducimos *originale seminarium. Es* el apetito irascible que se origina en el hombre espontáneamente, sobre todo después del pecado original.

vez para siempre esta pasión y en adelante no sintieron la más leve acometida. Y, sin embargo de ello, han de luchar sin tregua contra el vicio de la gula, de que no pueden triunfar con tanta facilidad. Sólo un gran tesón, y una abstinencia heroica son capaces de triunfar de él.

IX. La tristeza y la acidia no suelen originarse por causas exteriores, como acontece con los vicios precedentes. Es sabido que con frecuencia afligen con una violencia extrema a los mismos solitarios que viven en el yermo, lejos del concurso de los hombres. Quien ha vivido en la soledad y se ha avezado a los combates del hombre interior podrá comprobar la verdad de lo que digo.

CONEXIÓN QUE GUARDAN ENTRE SÍ LOS VICIOS

X. Por notable que sea la diversidad de estos vicios en su origen y modo de consumarse, es notorio que los seis primeros, es a saber, la gula, la lujuria, la avaricia, la ira, la tristeza y la pereza, están unidos por un cierto parentesco, y, por decirlo así, existe entre ellos una cierta trabazón, en cuanto que la sobreabundancia de uno suele dar lugar a la existencia del siguiente. En efecto, el exceso de la gula produce necesariamente la lujuria; el de la lujuria, la avaricia; el de la avaricia, la ira; el de la ira, la tristeza; el de la tristeza, la acidia o pereza.

Convendrá, pues, adoptar contra estos vicios una actitud constante y poner en juego una táctica siempre igual. O sea, que por el precedente hay que emprender la lucha contra el subsiguiente. Es como cuando se desea cortar un árbol altísimo, cuya sombra, más bien contraproducente, domina una gran extensión. El medio más sencillo es dejar al descubierto, ante todo, las raíces, y luego cortarlas. De igual modo, las aguas que llevan consigo alguna infección, quedan al instante restañadas si con habilidad y tino se obstruye el manantial de donde nacen y se ciegan sus venas.

Consecuencia: si se quiere vencer la pereza, es menester dominar de antemano la tristeza; para vernos libres de ésta, debemos reprimir antes la ira; la extinción de la ira exige como condición previa pisotear la avaricia; para extirpar la avaricia hay que refrenar con anterioridad la lujuria; y mal se podrá contener en la lujuria quien no corrija primera el vicio de la gula.

En cuanto a los dos últimos vicios, la vanagloria y la soberbia, están asimismo relacionados entre sí en la forma que acabamos de indicar. El incremento del primero da origen al segundo, porque el exceso de la vanidad engendra la soberbia. No obstante, difieren totalmente de los seis primeros, como quiera que estos dos vicios, lejos de originarse de aquéllos, se manifiesten siguiendo un orden y trayectoria distintos. Cuando aquéllos quedan extirpados, éstos dos brotan de nuevo y con más violencia; cuando aquéllos mueren, pululan éstos y crecen con más vitalidad. También es diferente la forma como nos atacan. En los seis primeros vicios; el que nos precipitemos en cada uno de ellos depende de la victoria que ha obtenido sobre nosotros su inmediato' precedente; en cambio, en estos dos de la soberbia y vanagloria corremos el riesgo 229 de perecer al vernos vencedores de los demás.

Réstanos tan sólo hacer hincapié sobre lo que hemos insinuado ya: así como todos estos vicios se originan por el incremento de su precedente respectivo, así, el menguar en fuerza el anterior, se sigue una purificación en el

siguiente. De este principio fluye natural una conclusión clara: para aniquilar la soberbia hay que eliminar, ante todo, la vanidad. Y así sucesivamente; superado el primero, se mitiga el segundo; vencido aquél, éste languidece y se anula sin dificultad.

Y aunque estos ocho vicios capitales, repito, están íntimamente unidos *y* trabados entre sí, esto no impide que puedan dividirse también, desde otro ángulo moral, en cuatro dualidades que guardan a su vez estrecha relación. Entre la gula y la lujuria existe un parentesco y una analogía peculiares; del mismo modo, la avaricia y la ira, la tristeza y la pereza, la vanagloria y la soberbia tienen entre sí una acusada afinidad.

ORIGEN Y NATURALEZA DE CADA UNO DEESTOS VICIOS

XI.- Y para abordar ya las diversas especies que se encuentran en cada vicio, digamos que hay tres clases de gula. La primera induce al monje a anticipar la hora establecida para la refección. La segunda le mueve a saturarse de cualquier manjar, sea el que sea; poco le importa 231 la calidad de los alimentos. La tercera le hace apetecer los manjares exquisitos y bien aderezados. Los tres causan al monje notable perjuicio, a menos que procure librarse de ellas con empeño.

Así como el monje no debe autorizarse a sí mismo a quebrantar jamás el ayuno antes de la hora regular, de igual modo tiene que combatir esa voracidad y menospreciar la suntuosidad y exquisitez en el aderezo de la comida.

De estos tres focos derivan para el alma diversas cuanto gravísimas dolencias. La primera engendra el odio al monasterio, haciéndose la permanencia en él cada vez más triste e insoportable. No cabe duda que al fastidio se seguirá muy pronto la deserción o la huida. La segunda atiza el fuego de la lujuria y estimula el aguijón de la carne. En fin, la última prende a sus víctimas en los lazos inextricables de la avaricia. Esto, como secuela inevitable, hace imposible al monje fundarse en la desnudez de Cristo.

Podremos reconocer los síntomas de esta pasión por una señal característica. Supongamos que un hermano nos ha invitado a su mesa. Nos sentimos descontentos porque los manjares que ha preparado tienen un sabor que no es de nuestro agrado, Sin sospechar que vamos a ser inoportunos, le pedimos con excesiva libertad añada algún condimento suplementario. Ni qué decir tiene que esta postura nuestra hay que evitarla a toda costa. Por tres razones. En primer 232

lugar, porque el monje debe ejercitarse sin cesar en toda paciencia y ha de vivir siempre pobremente. Como afirma San Pablo, es preciso que aprenda a contentarse con lo que hay [12911]. Además, difícilmente refrenará las pasiones ocultas y más violentas de la carne- si, contrariado su gusto por un insignificante sinsabor, es incapaz de mortificar siquiera un instante las delicias del paladar. En segundo lugar,

[129129129] Cfr. *Phil., IV,* 11. Cfr. Gen., XXXVIII

puede ocurrir que nuestro huésped no tenga en aquel momento lo que solicitamos, en cuyo caso inferimos una afrenta a la necesidad y frugalidad de quien nos recibe, al hacer pública una pobreza que él quería fuese conocida sólo de Dios. En fin, es posible que el condimento que nosotros deseamos desagrade a otros. Entonces, por haber querido satisfacer nuestro apetito personal, habremos mortificado a los demás. Por todos estos motivos debemos refrenar sin miramientos nuestra inoportuna libertad.

Por lo que a la lujuria se refiere, reviste también tres formas diferenciadas. La primera consiste en la unión indebida de ambos sexos. La segunda, es la que se comete sin cómplice alguno, es decir, sin contacto físico [2°]. Por este pecado castigó el Señor a Onam, hijo del patriarca Judas. La Escritura la llama impureza y el Apóstol habla de ella así: «Sin- embargo, a los 233

No-casados y a las viudas les digo que les es mejor permanecer como yo. Pero si no pueden guardar continencia, cásense, que mejor es casarse que abrasarse» [130]21.

La tercera se comete con el pensamiento y deseo. A este propósito dice el Señor en el Evangelio: «Todo el que mirare a una mujer deseán-dola, ya adulteró con ella en su corazón»[22] . San Pablo afirma vigorosamente que es preciso aniquilar este vicio en sus tres manifestaciones: «Mortificad—dice—vuestros miembros terrenos, la fornicación, la impureza, la liviandad» [23], etc. Y de nuevo les intima a los efesios, aludiendo sólo a dos especies: «Cuanto a la fornicación y la inmundicia, ni siquiera se nombre entre vosotros» [2 4]. Y aun: «Habéis de saber que ningún fornicario, o impuro, o avaro, que es como adorador de ídolos, tendrá parte en la heredad del reino de Cristo y de Dios» [25]. Para que nos guardemos de ellas nos amenaza con la exclusión del reino de Cristo.

La avaricia tiene también tres facetas distintas. La primera no le deja al monje despojarse enteramente de su fortuna y sus bienes. La se-gunda nos persuade a que sustraigamos con más pasión que nunca lo que hemos invertido en los 234 demás o distribuido entre los indigentes. La tercera nos induce a desear o adquirir cosas que ni siquiera antes poseíamos.

La ira se presenta igualmente bajo tres aspectos. La una es corno un fuego que se mantiene latente en el interior; en griego se la llama θυμ∫φ . La otra es la que estalla en palabras, obras y afectos; se la denomina οργη . San Pablo dice de estas dos formas de ira: «Pero ahora deponed también todas estas cosas: ira, animosidad»[131 2 6]. La tercera no consiste, como las precedentes, en esa indignación que no dura más que una hora, sino que persiste durante días enteros y aun durante largo tiempo. Se le da el nombre de μηνιφ. Las tres deben inspirarnos igual horror y hay que anatematizarlas sin reparo alguno.

Dos grados divergentes hay en la tristeza. Unas veces se origina al

---

[130] 1 Cor V II, 8-9
Mt.,v, 28. *Col., III,* 5. *Eph.,v*, 3. Ibid., *5*

[131] 6 *Co*l., III, 8

contener los brotes de la ira, y es consecuencia de un daño que alguien nos ha inferido o, también, de un deseo contrariado. La segunda surge de una irracional ansiedad o abatimiento del espíritu.

La pereza tiene parejamente una doble causa. La una nos provoca al sueño cuando somos presa del malhumor y del fastidio. La otra nos empuja a huir de la celda y abandonar el retiro.

Con respecto a la vanagloria, a pesar de tener múltiples manifestaciones y dividirse en varias 235 especies, puede reducirse a dos principales. Por la primera tendemos a la altivez por motivos externos y tangibles. La segunda nos inflama en deseos de vanagloria por cosas espirituales y ocultas.

XII. Sólo en un caso puede ser útil la vanidad: en los principiantes. Por lo menos en aquellos que todavía se ven atormentados por los vicios de la carne. En el momento en que el espíritu de fornicación les tortura con más vehemencia, el recuerdo de la dignidad sacerdotal que ambicionan, o la misma opinión común que los ve**nera** como santos y sin pecado, les hará ver cuán infames son aquellos ardores impuros de la concupiscencia y cuán indignos de que se les tenga en estima y del honor del sacerdocio. Al menos este pensamiento anula en ellos la vanidad. Por donde un mal menor les servirá para reprimir otro mayor [2] **7.**

[27] Puede entenderse esto de dos maneras. O bien que la vanidad se toma aquí como vicio propiamente, de modo que con un vicio menor se anule el mayor; o bien que se considera la vanidad como impropiamente dicha, es decir, no como vicio o pecado, sino como falta aparente, como cuando alguno, por miedo a la infamia o deshonra, máxime siendo sacerdote .0 religioso—y no por un motivo perfecto, cual sería el amor de Dios—se abstuviera del pecado carnal. Este proceder puede ser útil a los adolescentes, quienes, a veces, se apartan del mal más por motivos humanos, que por causas de más peso que suponen mayor perfección. 236

Porque es más tolerable sucumbir ante *esta* especie de vanagloria que claudicar ante los ardores de la lujuria, donde la ruina es poco menos que irreparable o lo *es* totalmente. Isaías lo ha expresado fielmente al poner en labios del Señor estas palabras: «Yo por la honra de mi nombre contengo mi ira; por amor de mi gloria te pondré como un freno para que no perezcas» [132]28. Esto es, para que mientras te hallas aprisionado en la lisonja siempre placentera de la vanidad, no caigas en el abismo del infierno y te veas sumergido irremisiblemente en el pecado.

No debe maravillarnos que la vanagloria tenga un poder tal que sea capaz de frenarle a uno y contenerle en mitad de la pendiente, para que no siga por ella hasta el abismo de la fornicación. La experiencia enseña que el que está inficionado del virus de la vanidad es hasta tal punto infatigable en sus ejercicios y prácticas espirituales, que puede incluso ayunar dos o tres días consecutivos sin desmayo. Algunos de los que habitan en este desierto lo han confesado

[132] Is., XLVIII, 9.

paladinamente. Durante el tiempo que vivieron en los cenobios de Siria soportaban sin pena no tomar alimento más que cada cinco días. Ahora, en cambio, les acosa el hambre tan vivamente ya desde la tercera hora, que con dificultad pueden diferir la refección cotidiana hasta la hora nona.28 2 3 7

Sobre el particular tenemos el hermoso testimonio del abad Macario. Alguien le preguntó por qué en el desierto echaba de menos el sustento ya desde tercia, cuando en el monasterio llegaba a pasar semanas enteras en ayunas, sin experimentar la necesidad de tomar alimento. El abad le respondió: «Porque aquí tu ayuno transcurre sin testigos que puedan sustentarte con sus alabanzas, al paso que allí el dedo de los hombres te designaba con admiración y el pasto de la vanagloria te alimentaba.»

Contiene el libro de los Reyes una hermosa figura [133] [29], muy gráfica y expresiva, por cierto, de esta verdad que podríamos enunciar así: al presentarse la vanagloria, queda excluida la lujuria. Necao, rey de Egipto, tenía cautivo al pueblo de Israel. Pero Nabucodonosor, soberano de Asiria, entró en Egipto y trasladó a los hebreos del suelo egipcio a su reino. No les devolvió la libertad ni les condujo a su tierra natal, sino que los llevó a territorios mucho más apartados de su patria que lo estaba Egipto. Esta figura se adapta perfectamente a lo que decimos. Aunque la esclavitud de la vanidad es sin duda más tolerable que la de la lujuria, no obstante, es más difícil sustraerse a ella. Ocurre lo que con un cautivo que, conducido a regiones más lejanas, le es más difícil volver al suelo natal y a la libertad de la patria. Con razón sobrada merece 238 la reprensión del Profeta: « ¿Por qué has envejecido en tierra extranjera?»[134] [30] Bien se dice que ha envejecido en tierra extraña quien no se corrige de los vicios terrenos.

Hay asimismo dos clases de orgullo. El primero es carnal, el segundo espiritual. Este es también más peligroso, por cuanto inquieta más especialmente a los que han progresado en alguna virtud.

NUESTRA ACTITUD EN LA LUCHA CONTRA ESTOS VICIOS

XIII. Como se advierte, estos ocho vicios hostilizan al género humano, pero no a todos les afligen del mismo modo. Porque en unos obtiene el primer puesto el espíritu de fornicación; en otros, predomina la cólera. A éste le carcome la vanidad, vindicando sus derechos. En aquél levanta la soberbia su alcázar. Y aunque todos somos víctimas de las vejaciones del vicio, no a todos nos oprimen del mismo modo y con orden idéntico.

XIV. Frente a estos vicios no cabe otra actitud que la de una ofensiva a rajatabla. Ante todo, cada cual debe observar el vicio que más le acucia y entablar contra él singular batalla. 239

Fije la atención en el cariz que toman sus ataques, dirigiendo contra él las saetas de los ayunos cotidianos. Debe asestarle a todas horas los suspiros del corazón y los dardos continuos de los gemidos. Dispare contra él la

[133] Cfr. *IV Reg.,* 23 y 24.
[134] *Bar.,* 111. 14

penalidad de las vigilias y las meditaciones de su corazón. Debe, además, ofrecer a Dios sin cesar su oración con lágrimas, pidiéndole se digne neutralizar las opresiones del enemigo. Es imposible conseguir la victoria contra cualquier pasión si no estamos penetrados de esta idea madre: que nuestra industria y propio trabajo no pueden por sí solos obtener el triunfo sobre ella. Y esto, a pesar de que por nuestra parte la obra de purificación reclama noche y día un cuidado y solicitud incesantes.

Cuando se vea libre de este vicio, se impone una nueva labor de exploración. Deberá sondear con la misma mirada atenta los íntimos repliegues de su alma y ver cuál es ahora, entre los demás, el vicio más hondamente arraigado. Movilice entonces contra él todas las armas de su espíritu. De esta forma, tras de haber vencido los más irreductibles, alcanzará pronta y fácilmente la victoria sobre los demás. La fuerza del alma se acrece con sus triunfos, y cobra ánimo ante unos adversarios cada vez más febles y abatidos. La lucha va tomando un sesgo de optimismo hasta cristalizar en una victoria total.

Así se conducen los gladiadores del circo ante los reyes de la tierra. El afán de recompensa les enfrentarse contra las mueve a llaman vulgarmente fieras más temibles en ese espectáculo que bestias de mayor «pancarpo». Arremeten, ante todo, contra las ferocidad. Una vez las han corpulencia y contra las más terribles por su otras que son menos abatido, dan muerte más fácilmente a las procedimiento semejante, sanguinarias y feroces. Siguiendo, pues, un impetuosas y ardientes, hagamos por reprimir antes las pasiones más débiles. Así, soslayando los para aniquilar después gradualmente las más peligros, obtendremos una victoria completa.

Por lo demás, no creamos que al concentrar nuestras fuerzas y dirigirlas contra un objetivo único y concreto—como haciendo caso omiso de los asaltos que pueden amenazarnos por otro flanco—corremos el riesgo de ser heridos de improviso. Tal cosa no puede suceder. Porque es imposible que un monje que pone en juego toda su solicitud para extirpar de él un vicio determinado, no envuelva asimismo a los demás en un odio común y se ponga de igual modo en guardia contra todos ellos. De no ser así, ¿cómo merecerá obtener la victoria de la pasión de que desea librarse quien se muestre indigno del premio de los corazones puros, afeando su alma con las manchas de los otros vicios?

Pero cuando hayamos combatido un vicio de- terminado y hayamos hecho de ello nuestra principal preocupación, rogaremos con más ardor para merecer la gracia de una vigilancia más 241 atenta sobre él, en orden a obtener una fácil victoria. Esta es cabalmente la táctica que nos aconseja adoptar el Legislador de los hebreos, al recomendamos al mismo tiempo que no confiemos en nuestras propias fuerzas: «No los temas —dice—, porque en medio de ti está el Señor tu Dios, Dios grande y terrible. El expulsará poco a poco y por partes a estas naciones de tu presencia. No las podrás exterminar todas a un mismo tiempo, no sea que las fieras salvajes se multipliquen contra ti. El Señor Dios tuyo te los entregará

en tu presencia, y los matará hasta que desaparezcan por completo» [135]31.

XV. Pero también nos amonesta que no debemos enaltecernos por nuestros éxitos: «No sea que cuando comas y te hartes, cuando edifiques y habites hermosas casas, y veas multiplicarse tus bueyes y tus ovejas y acrecentarse tu plata, tu oro y todo tus bienes, te ensoberbezcas en tu corazón y te olvides del Señor, tu Dios, que te sacó de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre, y te ha conducido a través de vasto y horrible desierto» [3]2. También Salomón en los Proverbios: «No te goces en la ruina de tu enemigo, no se alegre tu corazón al verle sucumbir. *No* lo vea Dios y le desagrade y aparte de sobre él su ira» 33; esto es: No sea que el Señor, viendo - 242 la altivez de tu corazón, cese de impugnar a tu enemigo, y abandonado de Dios, seas de nuevo velado por la pasión de la cual triunfabas merced a su gracia. Pues el Profeta no hubiera dicho en su plegaria: «No entregues, Señor, a las fieras el alma que te confiesa» [13634], si no hubiera sabido que a muchos, por la hinchazón de su corazón, se les abandona de nuevo a los mismos vicios que habían vencido, para que sean humillados.

Debemos, pues, convencernos, como nos persuaden a porfía la experiencia y los innumerables testimonios de la Escritura, que no podemos prevalecer contra tan poderosos enemigos con solas nuestras fuerzas. Es menester para ello afianzarnos en el auxilio de Dios, a quien debemos atribuir siempre el éxito de nuestros triunfos. Así nos lo advierte el Señor por labios de Moisés: «No digas luego en tu corazón, cuando el Señor, tu Dios, los haya deshecho en tu presencia: Por mi justicia me ha puesto el Señor en posesión de esta tierra. Siendo cierto que por sus impiedades son asoladas estas naciones. Porque no por tu justicia ni por la rectitud de tu corazón vas a entrar en posesión de sus tierras, sino porque aquellas naciones obraron impíamente, por eso al entrar tú han sido destruidas» [35]. Pudo decirse algo más claro contra la funesta opinión 243 en contra esa presunción que nos hace atribuir todas nuestras obras a nuestra industria y a la acción de nuestro libre albedrío? «No digas en tu corazón, cuando el Señor, tu Dios, las haya deshecho en tu presencia: Por mi justicia me ha introducido el Señor en la posesión de esta tierra.» ¿Acaso no es bien manifiesto para aquellos que tienen abiertos los ojos del alma y dispuestos los oídos para oír? Cuando la victoria habrá coronado tus combates contra los vicios carnales y te veas libre de su cieno y sustraído al modo de vivir de este mundo, no lo atribuyas a tu virtud y sabiduría, infatuado por el feliz éxito de la lucha. Ni creas que has logrado la victoria sobre las potestades del mal y de los vicios de la carne gracias a tus esfuerzos, a tu coraje y a tu libertad. Porque es indudable que no hubieras podido prevalecer contra ellos si el auxilio de Dios no te hubiera fortalecido y amparado.

[135] *Deut.,* VII, 21-23.
Deut., VIII. 12-15.
Prov., XXIV, 17-18 [LXX1.
[136] **a4** *Ps.* LXXIII, 19. 35 *Deut., IV,* 4-5.

DEL SENTIDO MÍSTICO DE LAS SIETE NACIONES CUYO TERRITORIO TOMÓ ISRAEL EN POSESIÓN

XVI. Estos vicios están significados en las siete naciones cuya posesión promete Dios dar a los hijos de Israel, salidos de Egipto. Habiéndoles acaecido, al decir de San Pablo, todas las cosas en figura, debemos considerar esos acontecimientos como escritos para nuestra enseñanza [137]3 - 244, pues, se dice: «Cuando el Señor, tu Dios, te introduzca en la tierra que vas a poseer, y destruya delante de ti a muchos pueblos, a jeteos, guergueseos, amorreos, cananeos, fereceos, jeveos y jebuseos, siete naciones más numerosas y más poderosas que tú; y el Señor, tu Dios, te las entregue, has de acabar con ellas sin dejar alma viviente» 37. La razón porque se afirma que son mucho más numerosas, es porque es mayor el número de los vicios que el de las virtudes.

En la lista figuran siete naciones; pero cuando se trate de su destrucción, no se especifica el número. Por eso se dice: «Y destruya en tu presencia a muchas naciones.» Y es que el pueblo de las pasiones carnales, que tiene su principal foco y raíz en estos siete vicios, es más numeroso que Israel. De ahí nacen los homicidios, las contenciones, la herejía, los robos, los falsos testimonios, la blasfemia, la intemperancia, la embriaguez, las detracciones, la chocarrería, las palabras obscenas, la mentira, el perjurio, las necedades, las bufonadas, la inquietud, la rapacidad, la amargura, la ira, la indignación, el menosprecio, la murmuración, el tentar a Dios, la desesperación y otros muchos vicios que sería interminable enumerar.

Estos vicios nos parecerán cosa leve y de poca 45 monta. Oigamos, sin embargo, lo que opina San Pablo y el concepto que le merecen: «Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, acabando a manos del exterminador»[138] [38]. Sobre el tentar a Dios se expresa así: «Ni tentéis al Señor, como algunos de ellos le tentaron y perecieron por las serpientes» [31]. En cuanto a la detracción: «No te complazcas en decir mal de los demás, no sea que el Señor te extermine de raíz» 4°. Por lo que se refiere a la desesperación, dice: «Habiendo perdido toda esperanza, se entregaron a la lascivia, derramándose ávidamente con todo género de impureza» [41]. Que los gritos de indignación, al igual que la ira y la blasfemia, sean también condenados, nos lo muestran claramente estas palabras del mismo Apóstol: «Alejad de vosotros toda amargura, arrebato, cólera, indignación, blasfemia y toda malignidad» [42]. Y del mismo modo muchos otros vicios parecidos.

---

[137] 36Cfr. *I Cor.,* x, 6.37
*Deut., V*II, 1-2.

[138] [8] *I Cor.,* x, 10.
[39] Ibid., 9.
[40] *Prov., XX*, 13 [LXXI. [41] *Eph., iv,* 19.
Ibíd., 31.

Su número—repetimos—sobrepuja en mucho al de las virtudes. No obstante, como arrancan de los ocho vicios capitales, una vez vencidos éstos, se aquietan al instante y desaparecen con ellos para siempre. De la gula nacen los excesos de la mesa y la embriaguez. De la lujuria, las conversaciones deshonestas, las bufonadas, las chanzas 246 y las palabras vanas. De la avaricia, la mentira, el fraude, los hurtos, los falsos juramentos, el afán de sórdido lucro, los falsos testimonios, la violencia, las crueldades y la rapacidad. De la ira, los homicidios, la animosidad y la indignación. De la tristeza, el rencor, la pusilanimidad, la importunidad, la inquietud, la holgaza- nería, la versatilidad del espíritu y del cuerpo, la verbosidad y la curiosidad. De la vanagloria, las disputas, las herejías, la jactancia y el afán de novedades. De la soberbia, el desprecio, la envidia, la desobediencia, la blasfemia, la murmuración y la detracción.

Estos vicios son asimismo más fuertes que las virtudes. Ello se comprende por el combate que libra en nosotros la misma naturaleza. El placer que lleva consigo la pasión milita en nuestros miembros con una vitalidad y una pujanza superior al gusto que sentimos por la virtud. Además, este gusto de la virtud no se adquiere sino a trueque de una profunda contrición del corazón y una perfecta mortificación de los sentidos.

Consideremos, por fin, con los ojos de la fe las innumerables legiones de enemigos que nos oprimen y que San Pablo enumera al decir: «No es nuestra lucha contra la sangre y la carne, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos de los aires» [13943]. Pensemos -247 en lo que se afirma del justo en el salmo noventa: «Caerán a tu lado mil y a tu derecha diez mil» 44. Es indiscutible, pues, que los enemigos nos sobrepujan singularmente en número y poder, a nosotros, pobres criaturas amasadas con carne y arcilla, y que debemos enfrentarnos con ellos, que están dotados de una naturaleza espiritual sutil como el aire.

DIFICULTAD SOBRE LA COMPARACIÓN DE LAS SIETE NACIONES CON LOS OCHO VICIOS CAPITALES

XVII. GERMÁN. ¿Cómo se explica que sean ocho los vicios que nos tiranizan, cuando Moisés enumera sólo siete naciones que luchan contra el pueblo de Israel? ¿Cómo constituye para nosotros una ventaja poseer las tierras ocupadas por esos vicios capitales

XVIII. SERAPIÓN. Es sentir unánime de los Padres que son ocho los vicios principales que hostilizan al monje. Si no se hallan todos figurados en la Escritura bajo el nombre de esos pueblos, es porque los hebreos habían salido ya de Egipto al ser librados de la esclavitud, cuando Moisés, o mejor dicho, el Señor por medio de él, les hablaba en el Deuteronomio.

[139] 4. *Eph.,* VI, 2,

Esta figura se nos aplica muy bien a nosotros- efecto, libres de los lazos del mundo, no ya de ese vicio de la gula, es decir, de la y del paladar. No nos queda más que luchar pues la primera ha sido superada y no enemigos.

Notemos que el territorio que no fue dado a Israel, antes bien, el Señor salir de él y abandonarle para siempre. una lección fundamental: tenemos que nuestros ayunos, que no nos obliguen a la concupiscencia de la gula o de la carne, excesiva que cause en nosotros la debilidad justamente la desgracia figurada en la quienes habiendo salido de Egipto para virtudes, echaron de menos las marmitas sentaban antaño.

XIX. Al tratarse del pueblo en que Israel, no se les ordena que lo aniquilen, abandonen su suelo. En cambio, se manda siete. La razón salta a la vista: cualquiera penetremos en el desierto de las virtudes no totalmente 249 al contacto y compañía de comercio cotidiano, queramos o no, nos restará en nosotros, como algo ingénito y tendencia a la comida y bebida; y esto, cercenar sus apetitos. No pudiendo debemos, por lo menos, declinar su constante evasiva que hay que tomar por dicho: «No tengáis solicitud de vuestra contentéis todos sus deseos»[141] '.

Luego no podemos prescindir del todo de pero no debe traducirse en un inquiete nuestro corazón. Y claro es que, guimos la nación egipcia; porque no mantenernos a media distancia de ella, de manjares superfluos y delicados, del Apóstol, con tener de qué sustentamos y

Tal es el mandato que da abominarás del egipcio, puesto que ha- tierra» ' Negar al cuerpo el alimento condenarle a morir, y a la par cargaríamos 250

-[140]44 248 los monjes. En tenemos que preocuparnos intemperancia del estómago contra las otras siete naciones, cuenta ya entre nuestros

correspondía a esta nación le ordenó explícitamente Esto entraña para nosotros regular de tal manera volver a Egipto, esto es, a debido a una abstinencia o el desfallecimiento. Sería historia de los hebreos, entrar en la soledad de las de carne ante las cuales se

nacieron los hijos de sino tan sólo que sean exterminados los otros que sea el ardor con que odiemos a sustraernos la gula, cuyos servicios y son indispensables. Siempre natural, la afición y por más que procuremos eliminarlos completamente, pernicioso influjo. De' esta norma de conducta, se ha carne, de suerte que

este cuidado corporal; desasosiego y zozobra que haciéndolo así, no extin- hacemos más que rechazando el pensamiento contentándonos, al decir cubrirnos 46.

figuradamente la Lev: «No bitaste un día en su necesario equivaldría a la conciencia con un crimen.

[140] *Ps. XC, 7.*

[141] *Rom.,* XIII, 14.46
Cfr. *Tim.,* IV, 8.
Dent., XXIII, 7 [LXX].

Por lo que atañe a los movimientos de los otros siete vicios, de todo punto conocidos, hay que desarraigarlos de plano de las reconditeces más íntimas del alma. De ellos se ha dicho en la Escritura: «Alejad de vosotros toda amargura, arrebato, cólera, indignación, blasfemia y toda malignidad»[142] **48.** Y además: «Cuanto a la fornicación y cualquier género de impureza o avaricia, que ni siquiera se nombre entre vosotros, ni palabras torpes, ni groserías, ni bufonadas» 49

Podemos, por lo tanto, extirpar en su raíz los vicios, que parecen como sobreañadidos a la naturaleza. Pero prescindir de los cuidados que lleva consigo la necesidad ineludible del propio sustento, es del todo imposible. Porque por mucho que hayamos progresado en la virtud, no podemos dejar de ser lo que hemos sido desde que nacimos. Que esto es así y que no cabe otra alternativa, lo demuestra tanto la vida y modo de ser de los que somos todavía imperfectos, como la de los más aprovechados. Estos tales, a pesar de haber vencido los estímulos de las otras pasiones y haberse encaminado al desierto con todo el fervor de su alma y entera desnudez del cuerpo, sin embargo, no pueden olvidar esa necesidad perentoria de la propia 251 subsistencia ni desatender la provisión que necesitan a lo largo del año.

IRREDUCTIBILIDAD DE LA GULA

XX. Símbolo de esta pasión de la gula que necesariamente acecha al monje, por espiritual y perfecto que sea, puede ser con propiedad el águila.

Esta ave se eleva en raudo vuelo más allá de las nubes, y desaparece a la faz del mundo, hurtándose a les ojos de los hombres. Mas, de pronto, acuciada por el hambre, desciende a la tierra, penetra hasta lo más profundo de los valles y se mezcla entre cadáveres nauseabundos.

Todo esto nos prueba claramente que el espíritu de la gula no puede extirparse radicalmente ni hacérsele desaparecer como los demás vicios. Lo único que puede hacer la virtud es refrenar sus impulsos y combatir sus apetitos superfluos.

XX!. En cierta ocasión, un anciano discutía con ciertos filósofos sobre la pertinacia y carácter indomable de la gula. Creían éstos que por su simplicidad cristiana iban fácilmente a confundir al anciano con sus argucias. Pero él les propuso este enigma, que expresa a maravilla la naturaleza de este vicio: «Mi padre—díjole dejó cargado de deudas. Hasta ahora he satisfecho -252 plenamente a todos los acreedores, librándome de sus importunas reclamaciones. Sólo a uno no he podido satisfacer a pesar de estar pagándole a diario.»

Ignorando ellos el sentido de estas palabras, y el acreedor que se ocultaba tras ellas, le pidieron la solución. El les respondió: «A causa

---

[142] 48 *Eph., Iv,* 31. 49 *Eph.,* V, 3-4.

de mi condición natural vime preso en los lazos de los vicios. Pero el Señor me inspiró luego el deseo incoercible de libertad. Renuncié al mundo y a las riquezas que me había dejado en herencia mi padre. Con ello pude satisfacer a todos estos acreedores insolentes, y estoy completamente a salvo de sus exigencias. Pero en cuanto a la gula, no he podido aún verme libre de sus estímulos. Por más que la someto a dura prueba y a un régimen riguroso, todo es en vano: no hace sino vindicar sus derechos. Me es necesario acceder a sus continuas instancias, Cual si se tratara de una pretensión constante que me obliga a satisfacer una deuda imposible de saldar.

Entonces, aquellos filósofos que antes le habían despreciado como a un necio rústico, convinieron en que había comprendido mejor que todas las verdades más esenciales de la filosofía, como son las que se refieren a la ética. Se admiraron de que; sin haber estudiado en e] mundo, y sólo por deducción natural, hubiese conseguido esta sabiduría que ellos, con gran sudor y fatiga, tras prolongados estudios, no habían podido alcanzar. 253

Baste con lo dicho acerca de la gula. Reanudemos el tema que habíamos empezado sobre la trabazón que, en línea general, tienen los vicios entre sí.

DE LA UTILIDAD DE POSEER LAS TIERRAS OCUPADAS POR LOS VICIOS

XXII. Queda en pie una dificultad sobre la cual no habéis llamado la atención.

Cuando el Señor le habla a Abraham sobre el futuro, no enumera siete naciones, sino diez: son las que promete dar a su descendencia [143]5º.

Es fácil, sin embargo, llenar este número si se agregan a los vicios mencionados la idolatría y la blasfemia. De éstos son esclavos los innumerables gentiles antes de conocer a Dios, y los judíos blasfemos antes de ser bautizados. Unos y otros permanecían en el Egipto espiritual 51, símbolo de la infidelidad.

Pero si ha salido uno de Egipto por la gracia de Dios, renuncia al mundo y penetra en el desierto - 254 espiritual después de triunfar de la gula, libre ya de las tres naciones, no le queda más que emprender la guerra contra las siete enunciadas por Moisés.

XXIII. Por lo que mira a la orden dada por Dios de entrar en posesión de las tierras ocupadas por estas naciones nefastas, hay que entenderlo así: cada vicio tiene su asiento en lo más íntimo de nuestro corazón. Al vindicar así el retiro de nuestra alma,

---

[143]5º Cfr. *Gen., XV*, 18-21.

51 Así como con el nombre de *Egipto intelectual* designa Casiano el mundo presente, corrompido y malo, así con el nombre de *desierto espiritual* designa en general la práctica de la virtud y perfección. Para darse a ella con más facilidad y eficacia, muchos dejaron el mundo y se internaron en *la* soledad del desierto.

extermina a Israel, es decir, anula la contemplación de las cosas santas y sublimes, y no cesa nunca de contradecirla. Porque las virtudes no pueden coexistir con los vicios. « ¿Qué consorcio hay entre la justicia y la iniquidad? Qué comunidad entre la luz y las tinieblas?»

Pero cuando los vicios han sido superados por el pueblo de Israel, es decir, por las virtudes que luchan contra ellos, el lugar que había ocupado en nuestro corazón el espíritu de concupiscencia y fornicación, lo obtendrá la castidad; el que había tomado la ira, lo reivindicará la paciencia; el que había invadido la tristeza que obra la muerte, lo poseerá la tristeza saludable y llena de verdadera alegría; el que había devastado la acidia, empezará a cultivarlo la fortaleza, el que había conculcado la soberbia, lo embellecerá la humildad. De esta suerte, pues, a cada vicio expulsado le suplanta la virtud contraria, ocupando el lugar de sus movimientos desordenados.

Estas virtudes merecen, con razón, el nombre de «hijos de Israel», esto es, de almas que ven a Dios. Porque cuando han ahuyentado las pasiones del corazón, no es que hayan invadido posesiones ajenas, sino que han reconquistado las propias.

XXIV. Porque, según enseña una antigua tradición, estas mismas tierras de Canaán, donde entraron después los hijos de Israel, habían caído en suerte a los hijos de Sem, cuando la distribución del mundo. Después, la posterioridad de Cam entró por la violencia y por la fuerza de las armas, estableciéndose allí por derecho de invasión.

En esto aparece el justo juicio de Dios, que arrojó a los cananeos de la tierra que habían conquistado por la fuerza, y restituyó al pueblo de Israel el antiguo dominio de sus padres, a quienes había sido asignada en la división de las diferentes partes de la tierra.

Esta figura cúmplese certeramente en nosotros. Porque la voluntad de Dios ha dado por derecho natural la posesión de nuestro corazón, no a los vicios, sino a las virtudes. Después de la prevaricación de Adán, los cananeos, es decir, los vicios insolentes se han adueñado del corazón humano, arrojando de él a las virtudes. Pero 256 restablecidas éstas en sus derechos merced a la gracia divina, secundada por nuestra industria y diligencia, más que ocupar las posiciones ajenas, no hacen sino recobrar las suyas propias que habían perdido.

XXV. De estos ocho vicios habla así el Evangelio: «Cuando el espíritu impuro sale de un hombre, discurre por lugares áridos, buscando reposo, y no lo halla. Entonces se dice: Me volveré a mi casa de donde salí. Y va y la encuentra vacía, barrida y compuesta. Entonces va, toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando habitan allí, viniendo a ser las postrimerías de aquel hombre peores que sus principios» [5 3]. Así como en el Deuteronomio se nos hablaba de siete naciones, exceptuada la de Egipto, de la que habían salido los hijos de Israel, aquí se nos habla de siete espíritus inmundos, exceptuando también aquel que antes había salido de aquel hombre.

De estos siete vicios, origen de todos los pecados, nos dice también Salomón en los Proverbios: «Si tu enemigo te suplicare a voz en grito, no des oídos a sus palabras, porque tiene siete injusticias en su

alma» [144]5 [4]. Dicho de otra manera: si has superado el vicio de la gula, y ello no obstante empieza a lisonjearte desde el fondo53 de su humillación, moviéndote a condescender con él y rogándote que le des algo de lo que rebasa los límites de una austeridad razonable, no claudiques ante ese gesto de sumisión. Ni cedas tampoco ante la propia seguridad, que te sonríe corno si estuvieras por un tiempo al abrigo de los incentivos de tu carne, no sea que vuelvas a tu antiguo relajamiento y a sentir las pasadas apetencias. Porque por eso dice aquel espíritu a quien habías vencido: «Me volveré a la casa de donde me salí». Y saliendo de él, en seguida los otros siete vicios te embestirán con más violencia que aquella pasión que había sido al principio superada. Y entonces te arrastrarán a pecados mucho más graves que el primero.

ORDEN QUE DEBEMOS SEGUIR EN LA LUCHA CONTRA LOS VICIOS

XXVI. Sin dejar de aplicarnos a los ayunos y a la abstinencia, debemos apresurarnos—una vez vencido el vicio de la gula—a no dejar nuestra alma vacía de las virtudes que deben adornarla. Antes sondeemos con mayor empeño las profundidades de nuestro corazón para que, al presentarse de nuevo el espíritu de concupiscencia, no nos encuentre desprevenidos y como manivacíos. No sea que, no contento con franquearse la entrada, introduzca consigo en nuestra alma estos siete gérmenes de los vicios, viniendo a ser nuestro postrer estado peor que el primero. 258

Quien se precia de haber renunciado al mundo, tiene más motivos de sonrojarse al reinar en él esas pasiones. Su alma deturpada y llena de inmundicias, se hace acreedora a un suplicio más grave que el que merecía cuando se hallaba en el mundo, donde no había hecho profesión de vida monástica ni llevaba el nombre de monje.

Se ha dicho que estos siete espíritus son peores que el primero, porque la gula, o mejor, la necesidad de sustento sería de suyo innocua, de no aliarse con otros vicios más graves. Y es incuestionable que la lujuria, la avaricia, la ira, la tristeza, la soberbia, son de por sí peligrosas y mortales al alma.

Por ende, no alcanzará nunca la pureza de los perfectos quien sólo se preocupa de la mortificación o ayuno corporales. Es menester que sepa mirar más allá y dar un enfoque más amplio a su vida. Porque si humilla la carne con ayunos, es precisamente para que pueda con mayor facilidad empeñar singular batalla contra los otros vicios, viéndose libre de los bríos e insolencia de una carne satisfecha.

XXVII. Sepamos, sin embargo, que la táctica que debemos adoptar en este combate espiritual no es idéntica en cada uno de nosotros. Como ya dijimos, la lucha no se ofrece en todos con los mismos lances ni en igualdad de circunstancias. Por eso conviene que cada cual ordene259

[144] Mt., XI, 43-45.
*Prov., XXV*I, 25 [LXX].

de antemano la ofensiva, según la calidad del enemigo que le acosa. Quien, por ejemplo, deberá, ante todo, hacer frente contra el vicio que pusimos en tercer lugar; quien, contra el cuarto; otro, contra el quinto, etc.

Así, pues, hay que organizar la batalla y adoptar una estrategia de acuerdo con el vicio de que nos sentimos más tentados, afrontándole, desde luego, según ordena él el ataque. Gracias a esta táctica, cosecharemos el éxito y la victoria, llegando a la pureza del corazón y a la plenitud de la perfección.

Hasta aquí el abad Serapión. Este hombre excepcional nos había hablado de la naturaleza de los ocho vicios capitales, haciéndonos comprender la diversidad de pasiones que hierven ocultas en nuestro corazón. Por más que nos sentíamos a diario víctimas de sus efectos, la verdad es que habíamos sido incapaces hasta entonces de captar sus principios y afinidades. Ahora, al proyectar él tanta luz sobre ellas, nos parecía verlas, en cierto modo, ante los ojos como en un espejo.

VI CONFERENCIA DEL ABAD TEODORO DE LA MUERTE DE LOS SANTOS

Capítulos: I. Descripción del desierto. Pregunta sobre la muerte de los santos.—II. Respuesta del abad Teodoro a la cuestión propuesta.—III. De tres categorías de cosas que hay en el mundo: las buenas, las malas y las indiferentes.—IV. Que no se puede causar daño a nadie contra su voluntad. V. Objeción: por qué se dice que Dios crea los males.—VI. Respuesta a la cuestión formulada. VII. Sobre si es reo de culpa quien dio muerte al justo, como quiera que éste es recompensado después de la muerte.—VIII. Respuesta a la pregunta precedente.—IX. Ejemplo de Job, tentado por el diablo, y del Señor, traicionado por Judas. Tamo la prosperidad como la desgracia aprovechan al justo en orden a su salvación.—X. De la virtud del varón perfecto, a quien se llama metafóricamente *ambidextro.—XI.* Que ambas tentaciones se presentan bajo tres aspectos.—XII. Que el justo no debe parecerse a la cera blanda, sino a un sello de diamante.—XIII. Si puede nuestra alma mantenerse continuamente en igual estado.—XIV. Respuesta a esta proposición.—XV. De los daños a que se expone quien se aleja de la celda.—XVI. De la mutabilidad, que afecta también a las virtudes celestes.—XVII. Que nadie cae súbitamente.

SOBRE LA MUERTE DE LOS SANTOS

I. En Palestina, cerca del caserío de Tecue, patria del profeta Amós[145] [1], se abre una vastísima soledad, que se extiende, por una

---

[145] [1] De esta población escribe SAN JERÓNIMO en el prefacio al comentario del profeta Amós: «Tecue dista seis millas de Belén, donde nació el Salvador, y no se divisa en torno un solo poblado o aldea; ni siquiera se encuentran chozas ni casas rústicas. El desierto se extiende vasto e imponente hasta el mar Rojo y los confines de los persas y etíopes; y corno quiera que el suelo es árido y arenoso, no crece allí vegetación alguna. Sólo los pastores con sus ganados llenan los ámbitos del desierto. Del número de estos pastores fué el profeta Amós.»

parte, hasta la zona arábiga, y por otra, hasta el mar Muerto. En éste desembocan las aguas del Jordán, y en sus abismos descansan, ocupando una gran extensión, las cenizas de Sodoma. En este desierto habitaban, desde tiempos lejanos, unos monjes 264 de vida muy ajustada y de gran santidad. Pero un día cayó sobre ellos una facción de bandidos sarracenos, y murieron al filo de la espada'[146].

Los obispos y fieles de Arabia tuvieron en tanta veneración sus despojos, que decidieron, de común acuerdo, colocarlos entre las reliquias de los santos mártires. Pero he aquí que, habiendo acudido una gran muchedumbre de los pueblos circunvecinos, rivales entre sí, suscitóse entre ellos una grave disputa sobre la posesión de los sagrados restos, llegando incluso a apelar a la fuerza de las armas.

En su piadoso celo, cada una de las partes alegaba los mejores títulos para la posesión de la tumba y de las reliquias. Los unos invocaban como argumento decisivo la vecindad del lugar; los otros se fundaban en el parentesco que les unía con las víctimas, gloriándose cada cual en los motivos que le asistían en el litigio.

El hecho no dejó de impresionarnos hondamente. A nuestra perplejidad sumóse el escándalo producido en varios de nuestros hermanos por el atropella de aquellos forajidos,

Entre tanto, empezamos a discurrir 265 y preguntarnos por qué varones de tantos merecimientos y tan acrisolada virtud habían acabado su vida en manos de malhechores. ¿Cómo—nos decíamos—pudo permitir el Señor se cometiera tal atrocidad en la persona de sus siervos, y abandonara en manos de malvados a varones tan queridos y admirados de todos?

Bajo esta impresión de pesadumbre nos dirigimos al santo abad Teodoro[147] [3], varón esclarecido sobre todo por la vida activa. Moraba éste en el desierto de Cellis [4], lugar situado entre Nitria y Escete. Distaba de los monasterios de Nitria sobre unas cinco millas, y unas

---

[146] 2 Su martirio, según BARONIO, *se* conmemora el 28 de mayo con estas palabras del Martirologio: «En Tecue, Palestina, conmemoración de los monjes mártires, que en tiempo de Teodosio el Joven fueron asesinados por los sarracenos; sus reliquias fueron recogidas y custodiadas con gran veneración por los habitantes de los contornos.»

[147] CASIANO nos habla de él en las *Instituciones cenobíticas,* v, 33, ss., encomiando especialmente su eximia santidad y el profundo conocimiento que le distinguía de la Sagrada Escritura. Cfr. GENADIO, *De Script. Eccl.* VIII, 2, que le hace discípulo de San Pacomio y sucesor suyo en el gobierno de los monjes de su vasto monasterio.

[4] Paraje desértico junto a Nitria. «A **este lugar** le llaman Nitria—dice Sozómeno, en *Hist. Eccle.,* VI, 31—porque hay un caserío cercano en que se recoge nitro. Gran multitud de solitarios llevan aquí vida monástica. Hay unos 50 monasterios casi contiguos. En algunos de estos monasterios los monjes viven en comunidad; en otros, por separado. Andando un trecho considerable, penetrando más en la soledad, hay otro lugar llamado Cellis (celdas); hay aquí un sinnúmero de celdas monásticas dispersas por el yermo, y de ahí su nombre. Les separa tal distancia de unos a otros, que no pueden verse entre ellos, ni siquiera oírse.»

ochenta del yermo de Escete—donde vivíamos nosotros.

Una vez allí, le participamos los sentimientos que embargaban nuestro corazón, a raíz de la muerte de aquellos solitarios. Nos admiraba la gran paciencia de Dios al permitir que hombres de tal mérito hubieran sido víctimas de una muerte tan ignominiosa. Aquellos cuya santidad hubiera debido preservar a otros de una prueba semejante, no habían podido librarse de la crueldad de hombres impíos. ¿Por qué Dios había dejado perpetrar crimen tan atroz contra sus siervos?

El santo abad Teodoro nos respondió así.

II. Esta cuestión suele inquietar a las almas faltas de fe y conocimiento. Los santos no reciben en la tierra el premio a sus méritos. Dios se lo reserva para el futuro, esto es, para la eternidad. Y esas almas pusilánimes creen erróneamente que deben recibir la recompensa en el corto espacio de esta vida transeúnte.

Mas nosotros «no esperamos en Cristo sólo mirando a esta vida», no sea que, al decir de San Pablo, seamos «los más miserables de todos los hombres»[148] [5], esto es, que por no ver aquí abajo el cumplimiento de las promesas, perdamos por nuestra incredulidad la eterna recompensa. No debemos, por tanto, incidir nosotros en esas opiniones erróneas. La tentación podría hallarnos vacilantes en la verdadera doctrina, y 267 nos veríamos en trance de caer, al sentirnos zarandeados por ella.

Aunque es cosa nefanda, pues causa horror el decirlo, puede suceder que atribuyamos a Dios la injusticia y esa especie de incuria que echamos de ver a veces en las cosas humanas. Tanto más cuanto que parece que no sale en defensa de los suyos en el momento de la adversidad ni protege a aquellos que viven rectamente. Inclusive parece no premiar en esta vida con el bien a los justos ni castigar con el mal a los pecadores.

Pero discurriendo así, nos haríamos acreedores a la condenación, como aquellos a quienes fustiga el profeta Sofonías, cuando afirma: «Los que dicen en su corazón: No hace el Señor ni bien ni mal»[149] [6]. 0 seríamos reputados entre los que blasfeman de Dios y profieren quejas como estas: «Los que hacen el mal son gratos al **Se-**flor y en ellos se complace. Si no,

[148] I Cor., xv, 19

[149] [6] *Soph., I,* 2.
Mal., II, 17.

¿dónde está el Dios justo?» '. Haríamos, asimismo, nuestra esta blasfemia que se dice poco después: «Por demás es servir a Dios: ¿Qué aprovecha servirle y guardar sus preceptos y afligimos en presencia del Señor? Bien dichosos son los soberbios y son prosperados los impíos, y aunque tientan a Dios, escapan» 8.

Mas para evitar esta crasa ignorancia, que e 268 la causa y raíz de errores tan lamentables, hemos de tener, ante todo, ideas claras sobre qué cosas son realmente buenas y qué cosas son verdaderamente malas. De esta suerte, rechazando los falsos prejuicios del vulgo y ateniéndonos a la auténtica doctrina de las Escrituras, el error de los hombres sin fe no hará mella en nosotros.

TODAS LAS COSAS PUEDEN REDUCIRSE A TRES CATEGORÍAS: BUENAS, MALAS E INDIFERENTES

III. En este mundo, todas las cosas pueden reducirse a las tres clases siguientes: buenas, malas e indiferentes. En consecuencia, nos importa saber qué es propiamente lo bueno, qué lo malo y qué lo indiferente, para que nuestra fe, sostenida por la verdadera ciencia, permanezca inconmovible frente a todas las pruebas.

Pues bien, en las cosas humanas lo único que merece ser tenido por bueno, en el pleno sentido de la palabra, es la virtud. Sólo ella nos conduce con lealtad y nobleza a las cosas divinas y nos adhiere sin cesar al bien inmutable. Y a la inversa, nada hay que reputar por malo como tal, es decir intrínsecamente, más que el pecado. Es el único que nos separa de Dios, que es el bien supremo, y nos une al demonio, que es el mal por antonomasia.

Indiferentes son aquellas cosas que pueden decantarse hacia esas dos partes divergentes, según 269 el afecto y libre albedrío de quien las usa. Tales son, pongo por caso, las riquezas, el poder, el honor, la fuerza física, la salud, la belleza, la misma vida o la muerte, la pobreza, las enfermedades, las injurias y otras cosas semejantes que, según las disposiciones y sentimientos de quien se vale de ellas, pueden aprovechar ya para el bien, ya para el mal.

No cabe duda de que las riquezas sirven a menudo para practicar el bien, según el Apóstol, ya que recomienda «a los ricos de este mundo que sean liberales y dadivosos y atesoren para lo venidero un buen fondo con que alcanzar la verdadera vida» [9]. El Evangelio atestigua, asimismo, que son buenas para aquellos «que se granjean amigos con las riquezas injustas»[150] [10]. Pero no es menos cierto que conducen al mal, cuando se acumulan sólo por afán de atesorarlas o invertirlas en los placeres, y no para distribuirlas a los pobres.

Que el poder, el honor, la fuerza y la salud son cosas indiferentes y capaces por sí solas de secundar tanto el bien como el mal, es también un hecho incontestable. Sabido es que muchos santos del Antiguo Testamento gozaron de todas estas ventajas, poseyendo fortunas inmensas, grandes dignidades, fuerza física, y, no obstante, fueron muy

[150] *I Tim.,* vI, 17-19. ' ° *Lc.,* xvi, 9.

agradables a Dios. En cambio, los que abusaron de ellas, malversándolas a su antojo, en provecho propio o de su perversidad, fueron justamente castigados y perecieron víctimas de su ambición, como nos lo muestra reiteradamente el libro de los Reyes.

Hasta qué punto la misma vida y aun la muerte sean indiferentes, lo patentiza el nacimiento de San Juan Bautista y el de Judas. La vida del primero fue tan provechosa, que su venida al mundo fue acogida con gran alegría, incluso por los demás, según está escrito: «Y todos se gozarán en su nacimiento» [11]. Mas de la vida de Judas se afirma: «Mejor le hubiera sido a este hombre no haber nacido» [15112]. En otro lugar se dice de la muerte de Juan y de todos los otros santos: Preciosa es en presencia del Señor la muerte de sus santos» [13]. De la de Judas, en cambio, y de la de sus semejantes: «Funestísima es la muerte de los pecadores» 14.

Por lo que a la enfermedad se refiere, es también cosa averiguada que a veces puede sernos de provecho. Es un hecho palpable en la bienaventuranza que alcanza Lázaro, el pobre ulceroso. Y como la Escritura no menciona, en concreto, de *él* ninguna otra virtud, cabe presumir que por el solo hecho de haber soportado su inopia y haber tolerado con tanta paciencia la dolencia que cubría 271 su cuerpo, mereció ser admitido en el seno de Abraham[152] .

La opinión común registra como males la indigencia, las persecuciones, las afrentas. Y, sin embargo de ello, la vida de los santos nos está diciendo cuán útiles y aun necesarias pueden sernos a todos. Estos hombres extraordinarios, lejos de inhibirse de ellas, las buscaban a porfía, y su virtud heroica les llevaba a sufrirlas sin desfallecer. Así es corno llegaron a ser amigos de Dios, ganando a pulso el premio de la vida eterna. Oigamos el canto triunfal del Apóstol: «Por lo cual me complazco en las enfermedades, en los oprobios, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias, por Cristo; pues cuando parezco débil, entonces es cuando soy fuerte, porque en la flaqueza llega al colmo el poder» 18

No vayamos a creer, sin embargo, que aquellos que han sido elevados en este mundo al vértice de las riquezas, del poderío, y los honores hayan alcanzado con ello el bien por excelencia, pues éste consiste únicamente en la virtud. Esas cosas son meramente indiferentes. Son útiles y provechosas para los justos que usan de ella con recta intención y para cumplir sus menesteres ineludibles—pues les brindan la ocasión de hacer una obra buena y producir frutos para la vida eterna—. Son lesivas y dañosas *272* para aquellos que abusan de ellas, proporcionan- les ocasión de pecado y de muerte.

IV. Mantengamos firme e inconcusa la distinción que hemos establecido antes de ahora. Sepamos que no hay otro bien que la virtud que procede del temor de Dios y de la dilección, y que no existe otro mal que el pecado y la separación de Dios.

Examinemos ahora atentamente y veamos si alguna vez ha permitido Dios que los suyos sufriesen algún mal--en concreto, el del pecado—,

---

[151] Luc I, 14

Mt., XXVI, 24. *Ps.* cxv, 15. *Ps.* **xxxm,** 22

[152] 15 Cfr. *Le.* xvi, 20 ss.

[16] *II* Cor., xii, 9-10

ya sea de su parte, ya por otras causas. No encontraréis, ciertamente, un solo ejemplo. Porque es imposible que pueda nadie causar el mal del pecado a otro que no transige ni da el brazo a torcer. El pecado sólo penetra en aquellos que le franquean la entrada del corazón, merced a su ignavia y a una voluntad sobornada.

Así el demonio pone en juego todos sus artilugios para derribar a Job e inducirle a pecado. Le despoja de todos sus bienes, y cuando le ve sumergido, por la muerte de sus hijos, en un duelo aciago cuanto inesperado, le aflige aún con una lepra repugnante que cubre su carne desde la cabeza hasta la planta de los pies. Pero a pesar de atormentarle con esas calamidades inauditas, se ve impotente para mancillarle con el pecado. Job lo sufre todo con entereza y se mantiene inflexible, sin dar el menor asenso a la blasfemia. 273

POR QUÉ SE DICE QUE DIOS CREA LOS MALES

V. GERMÁN. Con frecuencia leemos en la Sagrada Escritura que Dios creó el mal o lo introdujo entre los hombres. Y así se dice: «No hay nadie fuera de mí. Yo soy el Señor, no hay ningún otro. Yo formo la luz y creo las tinieblas; yo doy la paz y creo los males» [17]. Y también: «¿Hay algún mal en la ciudad que no lo haya hecho el Señor?» [153]'8.

---

[153] [17] *Is.,* xLV, 6-7.

[18] *Am.,* III, 6 [LXX].

VI. TEODORO. A veces suele la Escritura emplear la palabra «mal» en lugar de «aflicción», en un sentido que no es del todo exacto[154] [19]. Porque en rigor la aflicción no es, por naturaleza, un mal, sino que lo parece a aquellos que son afligidos para su bien. Cuando Dios habla a los hombres, es necesario que descienda a su plano y lo haga en forma asequible, es decir, al modo de hablar y pensar humanos. De hecho, por muy saludables que puedan ser para una llaga gangrenada la amputación o el cauterio, y por caritativa - 274 que se muestre la mano del médico que los aplica, el paciente no puede menos de considerarlos como un mal. La espuela jamás pareció suave al alazán, ni la corrección agradable al delincuente.

Todo castigo parece amargo al principio a quienes están en período de formación. Así lo dice San Pablo: «Ninguna corrección parece, por el momento, agradable, sino dolorosa; pero, al fin, ofrece frutos apacibles de justicia a los ejercitados por ella»[155] [20]. Y: «El Señor, a quien ama le reprende, y azota a todo el que recibe por hijo. Pues ¿qué hijo hay a quien su padre no corrija?» [21]. De aquí que se acostumbre a emplear la locución «males» en lugar de «aflicciones», como se advierte asimismo en este texto: «Dios se arrepintió del mal que les dijo había de hacerles, y no lo hizo»[156] [22]. Y en este otro: «Tú, Señor, eres clemente y misericordioso, tardo a la ira y grande tu misericordia, pronto a arrepentirte del mal que nos haces» [23], es decir, de las tribulaciones y calamidades que por nuestros pecados te ves obligado a infligimos. Consciente de la utilidad que estas pruebas reportan a algunos, Isaías, no por envidia de su salvación, sino precisamente para encauzarla, prorrumpe 275 en estas imprecaciones: «Envíales males, Seriar; envía males a los soberbios de la tierra» [24]. Y el mismo Señor exclama: «Yo traeré sobre ellos males» [25], esto es, dolores y devastaciones, a fin de que, castigados ahora saludablemente, tras haberme despreciado en la prosperidad, se vean obligados a desandar el camino y correr de nuevo hacia mí. Por tanto, no podemos decir, sin más, que éstos sean males en absoluto, puesto que aprovechan a muchos en orden a practicar el bien, y les ponen en ocasión de alcanzar los goces eternos.

Pero volviendo al tema propuesto, es preciso no olvidar que los presuntos males que nos causan nuestros enemigos o quienquiera que sea no son todos males verdaderos, por ser, las más de las veces, cosas indiferentes. Y es que, en definitiva, no hay que estimarlos tal como los conceptúa el sujeto que en un transporte de ira los infiere, sino como

---

154 19 *Abusive,* dice Teodoro. Es decir, según el modo común de hablar, por el que llamamos «males» a las tribulaciones y sinsabores de la vida, partiendo de la razón del sentimiento más que de la luz de la razón y de la fe. Por donde, al juzgarlas indebidamente males, las llamamos males abusivamente.

155 *2U Heb.,* mi, 11.
21 Ibíd., vi, 7.
22 *Ion.,* III, 10 [LXX].
23 *Ioel.,* u, 13 [LXX].

156 ~ Is., xxvi, 15 [LXX .
• *Ier., xI,* I L
•

los imagina el paciente que es víctima de ellos. Así, cuando se inflige la muerte a un varón santo, no debemos pensar en seguida que se le ha ocasionado un daño, sino más bien algo que de suyo es indiferente. Porque lo que al pecador se le antoja un mal positivo, para el justo es un bien, pues señala la hora del descanso y la liberación de todos los males: «La muerte es un descanso para el hombre cuyas sendas están 216 ocultas» [15726]. Consecuentemente, el varón justo no sufre por ella detrimento alguno. En realidad, no le ha ocurrido nada nuevo, sino lo que le había de sobrevenir por exigencia de la misma naturaleza. Con la particularidad de que la malicia del adversario, al darle la muerte, le da posibilidad de conseguir el premio de la vida eterna. Satisfizo la deuda de la muerte humana, que por ley indeclinable había de pagar, cosechando, merced a sus sufrimientos, frutos ubérrimos, más el galardón de un valor inestimable.

VII. GERMÁN. Luego, si el justo que muere no ha sufrido ningún mal, sino que, además, ha logrado la recompensa de sus trabajos, ¿cómo podrá ser reo de culpa quien, al darle la muerte, en lugar de causarle un mal le hizo un bien?

VIII. TEODORO. Hablamos aquí de las cosas que son en sí buenas, malas o indiferentes, no de la intención de quienes obran estas cosas. Pero es cierto que el hombre impío o injusto no quedará impune por no haber podido con su malicia dañar al justo. La recompensa a que se hace acreedora la constancia y la virtud del inocente no constituye ningún paliativo para quien le inflige la muerte o el suplicio, por lo mismo que no le aprovecha a él, sino al que los soporta con paciencia. El uno será castigado justamente por su crueldad, puesto que quiso hacer realmente el mal. El otro, sin embargo, no ha sufrido detrimento alguno, porque, al arrostrar con paciencia la tentación y el dolor, ha hecho que esas vejaciones de que ha sido objeto con intención aviesa por parte del enemigo, se convirtieran en un medio para granjearse un estado mejor y luego la bienaventuranza eterna.

TANTO LA PROSPERIDAD COMO LA ADVERSIDAD APROVECHAN AL JUSTO PARA SU SALVACIÓN

IX La paciencia de Job no proporcionó al demonio recompensa alguna, por más que con sus tentaciones le ofreciera ocasión de adquirir mayor gloria. El galardón estaba reservado solamente a Job, por haber resistido virilmente sus asaltos. Del mismo modo, Judas no se verá libre del suplicio eterno porque su traición se convirtiera en un motivo ocasional -de la salvación del género humano.

En toda acción debemos considerar no el resultado, sino la intención del que obra. Por eso es imposible hacer el mal a nadie, si éste no procede por cobardía o por pusilanimidad. Confirma esta doctrina un versículo de San Pablo: «Sabernos que para los que aman a Dios todas las cosas cooperan para el bien»[158] [2 7]. Porque al 278 decir «todas las cosas

[157] 26 *lob,* III, 23 [LXX].

[158] *Rom.,* VIII, 28

concurren para el bien», su pensamiento se fija en los aconteceres favorables y a la par en los que se consideran adversos. En otro lugar, el mismo Apóstol atestigua que ha pasado por estos lances encontrados: Con armas de justicia a diestra y a siniestra, es decir, en honra y deshonra, en mala o buena fama; cual seductores, siendo veraces; cual tristes, estando, en realidad, siempre alegres; como mendigos, pero enriqueciendo a muchos» [1592 8], etc.

Todas las cosas, por consiguiente, tanto las que se consideran propicias, por estar polarizadas hacia la derecha—y son las que el Apóstol designa por la gloria y buena fama—, como las reputadas por adversas, por estar orientadas hacia la izquierda—y se expresan claramente por la ignominia y la infamia—, todas, repito, se truecan para el varón perfecto en armas de justicia, si las acepta con corazón magnánimo. Todo se transforma en sus manos en instrumentos de combate. Las mismas calamidades que parece habrían de abrumarle se convierten en verdaderas armas de lucha. Pertrechándose con ellas cual si fueran un arco, una espada y un escudo fortísimo, se defiende contra aquellos mismos que se las proporcionan. De este modo progresa en paciencia y virtud y alcanza el glorioso triunfo de la constancia gracias a los mismos dardos que sus enemigos le asestan mortalmente. Ni la prosperidad 279 le altivece ni la adversidad le amilana. Discurre siempre por un camino' llano, por una senda real. Cobra estabilidad aquel estado de perfecta quietud, en que ni las alegrías logran desviarle hacia la derecha, ni las penas le impulsan hacia la izquierda. Pues: «Mucha paz tienen los que aman tu ley; no hay para ellos tropiezo» [160`] 9.

De aquellos, en cambio, que viven siempre a merced de los avatares humanos y cambian según el sesgo que toman los acontecimientos, se dice: «El necio muda como la luna» [30]. Y si de los perfectos está escrito: «Todas las cosas concurren al bien de los que aman a Dios», de los débiles e insensatos se afirma: «Al necio todas las cosas son contrarias» [31]. Porque ni avanza en la ventura, ni se enmienda cuando se cierne sobre él la desgracia. Tolerar con 'fortaleza el infortunio y moderar la euforia que inspira la bienandanza, son efectos que arrancan de una misma virtud. Y huelga decir que quien es vencido en una de estas situaciones muestra su incapacidad en sostener cualquiera de las dos pruebas.

No obstante, es más fácil sucumbir ante el éxito que ante la adversidad. Esta a menudo frena y humilla a los recalcitrantes, y por la saludable compunción que inspira, les hace evitar el pecado o los corrige por completo. La otra, inversamente, halagando al alma con caricias tan blandas como perniciosas, les precipita en una ruina tanto más profunda cuanto más garantías les infunde su felicidad.

[159 28] II Cor., vi 7.10.

[160], y *Ps.* cxviii, 165.

30 *Eccl.,* xxvII, 12.

31 ***Prov.,* xiv, *7* [LXX],**

DE LA VIRTUD DEL VARÓN PERFECTO

X. Estos son los que la Sagrada Escritura llama en figura *ambidextros.* Así se describe en el libro de los Jueces a aquel famoso Aod, «que se servía de ambas manos como si fuera la derecha» [1613 2]. Poseeremos también nosotros esta virtud, pero en un sentido espiritual, si por el recto uso de las cosas venturosas, significadas por la derecha, y de las adversas, figuradas por la izquierda, procuramos volverlas a buena parte. Así, todo lo que nos acontezca en la vida se convertirá, para nosotros, según la sentencia de San Pablo, «en armas de justicia».

Vemos, en efecto, que nuestro hombre interior está compuesto de dos elementos esenciales, o, si se quiere—para seguir hablando en metáfora—, tiene esencialmente dos manos. Ningún justo puede carecer de la izquierda. Precisamente en esto se distingue la virtud perfecta, en que, usando bien de ambas manos, se sirva de ellas como si una y otra fueran la derecha. 281

Para darme a entender mejor, diré que el justo tiene su mano derecha, es decir, lo que podríamos llamar sus éxitos espirituales. En el fervor de su espíritu domina entonces todas sus pasiones y concupiscencias. Al abrigo de toda impugnación- diabólica, reprime y anula sin dificultad los vicios de la carne. Se remonta tan alto en su vuelo sobre la tierra, que las cosas presentes y rastreras le parecen como humo inconsciente y sombra vana. Por eso las desprecia como efímeras y pasajeras. Su alma, en medio de sus arrobamientos, suspira ardientemente por los bienes futuros, que presiente con clarividencia. Suspenso en la contemplación de las cosas del espíritu, se le revelan los secretos del cielo en proyección clara y atrayente. Sus plegarias se elevan a Dios más puras y confiadas. En suma, encendido de amor divino y en alas de un ardor entusiasta, emigra hacia las cosas invisibles y eternas, hasta parecerle que no vive encerrado en los estrechos límites de la carne.

Pero tiene asimismo su mano izquierda. Cuando se ve envuelto en el torbellino de las pasiones y los incentivos de la concupiscencia inflaman su carne. Cuando el fuego de la pasión desata en él la ira y el coraje. Cuando sufre los asaltos de la soberbia y de la vanagloria. Cuando le o[p]rime una tristeza de muerte. Cuando la acidia y la indolencia movilizan sus resortes bélicos y le reducen a la impotencia. En fin, cuando perdiendo el fervor del espíritu se siente coma **en**tumecido 282
por el tedio o paralizado por una tibieza desconcertante. En esta situación, los buenos pensamientos le abandonan. Incluso la salmodia, la lectura, la soledad de la celda le causan fastidio, y los medios conducentes a la virtud le inspiran una repugnancia invencible. Cuando el monje se siente acometido por estas oleadas de pasión e iniquidad, piense que entonces prevalece en él la mano izquierda.

Es menester, pues, que el alma, en medio de aquellos goces espirituales que provienen de la mano derecha, no se engría. Al contrario, debe atajar el camino a esa sutil ponzoña que es la vanagloria. Pero debe contrarrestar al propio tiempo con decisión el empuje arrollador de esa mano izquierda que le acosa. De esta suerte, lejos de descorazonarse, la adversidad deviene para

[161] ***Iue.,*** III, 15.

él, merced a la paciencia, un arma que esgrime para ejercitarse en la virtud. Y por eso puede decirse de él que se sirve de ambas manos como si fuera la derecha. Vencedor en uno y otro combate, se hace acreedor por ambas partes, derecha e izquierda, a la victoria

El bienaventurado Job, como leernos en la Escritura, mereció esta victoria. Triunfa en su derecha. Padre de siete hijos, su existencia discurre en la opulencia y bienestar. No obstante, en su afán de hacerlos más aceptos y gratos a Dios que a sí, le vemos a diario ofrecer por ellos al Señor sacrificios expiatorios. Las puertas de su casa están abiertas de par en par a todo advenedizo. 283

Es el sostén de los cojos y el guía de los ciegos. El vellón de sus ovejas abriga los cuerpos desnudos de los dolientes. Es el padre de los huérfanos y el apoyo de las viudas. No se alegra jamás, ni siquiera en lo más oculto de su corazón, ante el descalabro de sus enemigos.

Pero triunfa asimismo a izquierda, desplegando en la adversidad una virtud más sublime si cabe. En un instante, sin previo aviso, le arrebatan de un golpe a sus siete hijos. Y con todo, más que el padre que se rinde bajo el peso de una acerba tristeza, aparece en él el verdadero servidor de Dios que se goza en la voluntad de su Criador. Del vértice de la opulencia se ve reducido a la extrema pobreza, de la riqueza a la desnudez. Su cuerpo, que gozaba de una inquebrantable salud, se convierte en sentina de putrefacción. Al honor y la gloria les suceden la abyección y el desprecio. Y a pesar de ello mantiene intacta su fortaleza de alma. Privado finalmente de todos sus bienes y riquezas, tiene por morada un muladar. Más: llega a convertirse en verdugo de sus carnes y rae con una teja la podredumbre que brota de sus miembros, y extrae los gusanos que hierven en sus llagas hincando los dedos en ellas.

Y entre tantas calamidades, ni se adivina en él la menor señal de desesperación, ni profieren sus labios blasfemia ni murmuración alguna contra su Criador. No se desazona ante el peso y dureza de estos azotes. Inclusive, el vestido con 284 que cubre su cuerpo, lo único que ha podido escapar, por llevarlo encima, al furor de Satanás, lo desgarra y lo arroja lejos de sí, añadiendo a la desnudez en que le había dejado el cruel depredador la desnudez voluntaria. La misma cabellera, que había quedado indemne como último vestigio de su pasada nobleza, se la arranca y la arroja a la faz de su enemigo. Y en tanto que desprecia lo que el adversario había respetado, se lo echa en rostro con estas palabras de triunfo que arguyen la alegría del vencedor: « ¿No recibimos de Dios los bienes? ¿Por qué no vamos a recibir también los males? Desnudo salí del seno de mi madre y desnudo tornaré allá. El Señor me lo dio, el Señor me lo ha quitado. ¡Sea bendito el nombre del Señor!» [162]33

Con toda propiedad podría colocarse también en el rango de los ambidextros el patriarca José. Merece las preferencias de su padre y es un dechado de piedad para con sus hermanos. Es acepto a Dios en la dicha, y en el infortunio es el hombre casto, fiel a su Señor. Dulce con los cautivos, echa en olvido las injurias y hace bien a sus

[162] 3 3 *lob, II,* 10, y 1, 21

enemigos. Con una ternura sin igual, se muestra munífico con sus hermanos envidiosos que atentaron un día contra su vida.

Con razón, pues, se llama a estos varones y a sus semejantes ambidextros, es decir, que saben accionar con ambas manos como si fueran una *285* y otra la derecha. Hallándose en situaciones parecidas a las del Apóstol, exclaman con él: «Con las armas de justicia a diestra y a siniestra, en medio de honra y deshonra, en infamia o buena fama...»[163] 34

Salomón, en el Cantar de los Cantares, habla asimismo de la derecha y de la izquierda por boca de la espc3a: «Reposa su izquierda bajo mi cabeza, y con su diestra me abraza amoroso» ''. Con estas palabras, aunque la esposa atestigua que una y otra son útiles, coloca la izquierda bajo la cabeza, significando que todo aquello que es contrario en nosotros debe estar sujeto al órgano principal que ejerce su soberanía sobre los demás: el alma. De hecho, la adversidad solamente es útil accidentalmente, para ejercitarnos en el tiempo, instruirnos en orden a la salvación: y hacernos perfectos por la paciencia. Pero en cuanto a la derecha, desea ser estrechada en el indisoluble vínculo que la mantiene para siempre unida a su esposo en apretado abrazo.

Por nuestra parte seremos ambidextros cuando la abundancia o escasez de las cosas presentes no logren hacernos cambiar de rumbo en nuestra vida, es decir, que ni la primera nos empuje a la veleidad de la relajación, ni la segunda nos induzca a la desconfianza o a quejamos del plan divino sobre nosotros. Antes, dando a Dios gracias - 286 en una y otra coyuntura, reportemos el mayor fruto posible de la prosperidad y de la desgracia. Así lo hizo aquel verdadero ambidextro el Doctor de las Gentes, como él mismo nos dice: «Sé pasar necesidad y sé vivir en la abundancia; a todo y por todo estoy bien enseñado: a la hartura y al hambre, a abundar y a carecer. Todo lo puedo en aquel que me conforta»[164] 36.

LA TENTACIÓN SE PRESENTA BAJO TRES ASPECTOS DISTINTOS

XI. Aunque hemos dicho que la tentación reviste una doble forma: la prosperidad y la desgracia, no obstante, hay que advertir que alcanza además a los hombres por tres caminos o tres fines diferentes. En línea general, su primer objeto es probarlos; a menudo intenta purificarlos; en ocasiones se presenta como el castigo que merecen sus pecados.

Ante toda, la tentación es una prueba. Hay que recordar lo que se lee acerca de Abraham y Job y muchos otros justos que tuvieron que soportar tribulaciones sin cuento. El Deuteronomio expresa la misma idea en estas palabras dirigidas al pueblo por ministerio de Moisés:

---

[163] - *II Cor.,* vi, 7-8.
Can., rr, 6.

[164] 36 *Phil., iv,* 12-13.

«Acuérdate de todo el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer estos cuarenta años 287 por el desierto, para castigarte y probarte, para conocer los sentimientos de tu corazón y saber si guardas o no sus mandamientos» [37]. Igual sentido se refleja en esta frase del salmo: «Yo te probé en las aguas de la contradicción» 38. Y en esta otra dirigida a Job: «¿Crees que yo he hablado por otro motivo que por el de poner de manifiesto tu justicia?» 39

Es asimismo una purificación. Al ver Dios en sus justos ciertas faltas leves, o también la altivez que deturpa la belleza de su alma, les humilla abandonándoles a diversas tentaciones, con el propósito de eliminar, ya en esta vida, todas las impurezas o, para decirlo con las palabras del Profeta, todas las escorias de sus pensamientos que su mirada descubre en lo interior de su corazón [40]. Quiere que comparezcan un día puros corno el oro ante su tribunal, sin que nada subsista en ellos- que precise después una purificación en la penosa prueba del fuego. Por eso dice: «duchas son las aflicciones del justo» [1654]1. Y en otra parte: «Hijo mío, no desprecies la corrección del Señor y no desmayes cuando seas reprendido por El. Porque el Señor, a quien ama, le reprende, y azota a todo el que 288 recibe por hijo. ¿Pues qué hijo hay a quien su padre no corrija? Pero si no os alcanzare la corrección de la cual todos han participado, argumento sería de que erais bastardos y no legítimos» [Z]. Y aún en el Apocalipsis: «Yo reprendo y corrijo a cuantos amo» [4]'. A estos justos, representados figuradamente por Jerusalén, les dirige Jeremías, en la persona de Dios, estas palabras: «Yo llevaré la ruina a todos los pueblos entre los que te dispersaré; pero a ti no te arruinaré, sino que te castigaré con moderación. Impune no quedarás» ". Para lograr esta saludable purificación eleva David sus plegarias, diciendo: «Ponme a prueba, oh Señor, y examíname, acrisola mis entrañas y mi corazón» 45 E Isaías, conociendo la utilidad que traen consigo estas pruebas, escribe: «Corrígeme, Señor, con suavidad, no con ira.» Y luego: «Yo te alabaré, Señor, porque te irritaste contra mí, pero se aplacó ni ira, y me has consolado» 4 e

Por lo demás, la tentación tiene por objeto la expiación de nuestros pecados. Así vemos al Señor que amenaza con enviar las plagas al pueblo de Israel: «Mandaré contra ellos los dientes de las fieras. Y el veneno de los reptiles que se 289 arrastran por el polvo»[166 47]. Y en Jeremías:

---

[165] 42 *Heb.,* **xII,** 5-8.
Apoc., III, 19.
Ier., xxx, 11.
Ps., XXV, 2.
6 El primer texto no es de Isaías, sino de Jeremías, x, 24. ***Is.,* xII, 1.**

[166] 47 *Deut.,* **xxxII**, 24.
48 *Ier.,* ii, 30.
49 *Ps.* **xxi**, 10.
50 *Io.,* [Y], 14.
51 *Io., **Ix,*** 13.
52 lo., xi, 4.
ss *Rom., i,* 26 y 28.

«En vano os he reprendido en vuestros hijos; no habéis querido aprender» [48]. Y también en el Salterio: «Muchos son los dolores del impío» 49. Igualmente el Evangelio se hace eco de ello al decir: «Mira que has sido curado; no vuelvas a pecar, no te suceda algo peor» 5°.

Podemos distinguir todavía una cuarta razón de estas tentaciones. Por el testimonio de las Escrituras advertimos que a algunos se les infiere un mal para que ae manifieste la gloria de Dios y sus obras, según estas palabras del Evangelio: «Ni pecó éste ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios» [51.] Y estas otras: «Esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella» 5 2.

Hay aún otras especies de castigos con que son afligidos en vida los que han excedido la medida de su malicia. De este modo fueron condenados Datán, Abirón y Coré y, sobre todo, aquellos de los cuales dice San Pablo: «Por lo cual los entregó Dios a las pasiones vergonzosas y a su réprobo sentir» [5 3]. Esta hay que reputarla como 290 la más temible de las penas. De los mismos afirma el Salmista: «No tienen parte en las humanas aflicciones, y no son atribulados como los otros hombres»[167] 5 `. Pues no merecen ser salvados por la visita del Señor ni ser objeto de la medicina que cura las llagas temporales aquellos que, «embrutecidos, se entregaron a la lascivia, derramándose ávidamente con todo género de impureza» [55]. Por otra parte, debido a la dureza de su corazón y a la facilidad con que reinciden en los mismos pecados, desconfían de la posibilidad de purificarse en la brevedad de esta vida por los sufrimientos que les proporciona la existencia. La palabra divina les increpa así por medio del Profeta: «Os trastorné como cuando trastorné a Sodoma y Gomorra, fuisteis como tizón sacado del fuego, pero no os convertisteis a mí, dice el Señor» [58]. Y Jeremías: «Destruí y perdí a mi pueblo, y, sin embargo, no se ha convertido al buen camino» [5 7]. Y en otro lugar: «Los has castigado y no se han dolido, los has corregido con azotes, pero no han querido escarmentar; tienen la cara más dura que una piedra; no quieren convertirse» [58]. Viendo el Profeta que todos los remedios temporales han sido vanos para curarles, desesperando en cierta manera de su salvación, 291 exclama: «Se enciende el fuego, se hace soplar el fuelle. En vano fundió el orífice, no hay nada de oro. Serán llamados plata de desecho, porque el Señor los ha desechado» [168]59.

Prestemos todavía atención a las palabras del Señor en que se queja de haber aplicado inútilmente a los pecadores endurecidos en el crimen esta purificación del fuego. Están representados por Jerusalén, totalmente impregnada de la herrumbre del pecado: «Déjala vacía sobre las brasas—dice el Señor—, que se ponga al rojo y se liquide el cobre, se funda con su sordidez y se consuma su herrumbre. En vano me

---

[167] 54 *Ps.* LXX, *5.*
55 *Eph.,* iv, 19.
56 *Am.,* Iv, 11.
57 *Ier.,* xv, *7.*
58 *Ier.,* [Y], 3.

[168] *59 Ier., vi,* 29-30.
sO Ezech., xxiv, 11-13. 61 *Ezech.,* xvi, 42.

fatigué, no desapareció su orín; sólo con el fuego podrá quitarse. Es execrable tu suciedad. Yo he querido purificarte, pero tú no has querido librarte de tu inmundicia» [80]. Como un hábil médico, ha aplicado todos los remedios saludables, y no encuentra ya medicamento que pueda adaptarse a su enfermedad. Por lo mismo, vencido hasta cierto punto por la magnitud de sus iniquidades se ve obligado a renunciar a los castigos que le inspira su clemencia. Así lo advierte con estas palabras: «Saciaré en ti mi ira y se apartará de ti mi celo» [81]. Muy otro es su lenguaje cuando se refiere a aquellos cuyo corazón no se ha endurecido poi la abundancia de los pecados, y 292 no necesitan de un tratamiento riguroso, y, por así decirlo, del cauterio del fuego, sino que les basta para su salud la admonición de una palabra saludable: «Les corregiré—dice--con palabras ¸que les aflijan»[169] 6 2.

No ignoráis que existen todavía otros motivos que dan lugar a los castigos y venganzas divinas. Se infieren a veces a grandes pecadores, no para expiar sus crímenes o para cancelar la pena debida a sus pecados, sino con miras a la corrección de los otros hombres, inspirándoles el temor. Así fue el castigo de Jeroboam, hijo de Nabat, como también el de Basa, hijo de Ajiya, y el de Ajab y de Jezabel, según atestigua la misma Escritura: «Yo haré venir el mal sobre ti, yo te barreré, yo exterminaré a cuantos pertenecen a Ajab, esclavo y libre en Israel, y haré tu casa semejante a la de Jeroboam, hijo de Nabat, y a la casa de Basa, hijo de Ajiya, porque tú me has provocado y has hecho pecar a Israel. Los perros comerán a Jezabel cerca del muro de Jezrael. El que de la casa de Ajab muera en la ciudad, será comido por los perros, y el que muera en el campo, será comido por las aves del cielo» [170]63

Entre estos castigos merece colocarse también aquella terrible amenaza dirigida a Jeroboam: «Tu cadáver no entrará en la sepultura de tus 293 padres» [5]º. Estas palabras están proferidas a propósito de las invenciones idolátricas del monarca, que fue el primero en instituir los becerros de oro. Con ello arrastró al pueblo a una apostasía, dando ocasión a innumerables sacrilegios. Pero no quiso el Señor con ellas dar a entender que bastaba esta pena insignificante y momentánea para satisfacer por los pecados de este soberano. Su designio era inculcar sentimientos de terror a aquellos hombres negligentes que no creen en la realidad de las penas eternas, que no tiemblan más que ante las desgracias presentes. Con ello puso ante sus ojos un ejemplo de las venganzas que temían. Este rigor, por lo demás, debía inducirles a reconocer por experiencia que la majestad divina no mira con indiferencia los acontecimientos humanos, ni abandona al azar el curso del mundo y del tiempo. Debían comprobar, ante el espectáculo de estas penas que les horrorizaban, que Dios es el remunerador de todos nuestros actos.

Vemos también que algunos, por culpas más leves, sufrieron en el acto la misma sentencia de muerte de que fueron objeto los autores de esas prevaricaciones sacrílegas. Así sucedió con aquel que recogía leña en sábado, o con Ananías y Safira, que, seducidos por su infidelidad, se

---

169 62 *Os.,* vii, 12 [LXXj.
63 *III Reg.,* XXI, 21-24.

170 III Regm 22

habían apropiado algo de sus riquezas. Y no es que su pecado igualara la culpabilidad moral de los primeros, 294 sino que su trasgresión revestía un carácter nuevo. Así como habían dado ejemplo en el pecado, habían de ser también como un modelo en la pena, y un modelo que inspirara terror. Para que el que intentara imitarlos supiera que sería condenado de igual suerte, y que el suplicio, aunque se difiriera al presente, le esperaba en el juicio final.

Mas he aquí que al intentar recorrer las diversas especies de tentación y venganza divina nos hemos apartado un tanto de nuestro propósito. Decíamos que los varones perfectos permanecen siempre impertérritos frente a la prueba, ya se presente bajo el cariz de la buena fortuna, ya de la adversa. Volvamos, pues, a esa cuestión que dejamos antes empezada.

XII. El alma del justo no debe parecerse a la cera ni a cualquier otra sustancia muelle. Esta cede siempre al sello que se le imprime, tomando su impronta y conservándola hasta que la grabación de un carácter nuevo le da una forma nueva. Así no persevera nunca en su manera de ser propia, sino que cambia incesantemente, **adop**tando la figura de los diversos objetos que se graban en ella.

Más bien debe ser el alma del justo como un sello de diamante que guarda inviolable su fisonomía propia, marcándola en los diversos acontecimientos de su vida sin aceptar él la impresión de los mismos. 295

SI PUEDE NUESTRA ALMA MANTENERSE CONTINUAMENTE EN IGUAL ESTADO

XIII. GERMAN. ¿Puede nuestra alma conservar siempre idéntica postura y perseverar de continuo en la misma disposición?

XIV. TEODORO. Es necesario, como dice el Apóstol, que el varón «renovado en el espíritu» [65] se lance día tras día en pos «de aquellas cosas que tiene ante él» [171][66], o bien se deje vencer por la negligencia. En este caso, como consecuencia lógica, volverá atrás para precipitarse en un mal peor. No es posible, por tanto, que el alma permanezca en un mismo estado.

Es algo parecido a lo que sucede al que va a bordo de una nave y surca un río de impetuosa corriente. Se esfuerza, impulsando los remos, por salvar el curso de las aguas. Pero he aquí la alternativa: o bien logrará orillar el empuje de las olas accionando vivamente, y subirá cauce arriba; o bien, cediendo la fuerza de su brazo, la riada le arrebatará inexorable, llevándole rápido a la deriva.

Es, por tanto, indicio evidente de nuestro detrimento el que no hayamos progresado ni adquirido nada nuevo. Es indudable: cuando nos 296 percatamos de no haber avanzado es que hemos retrocedido. Porque, como he dicho, es imposible al alma permanecer siempre estacionada en el mismo sitio. No hay santo alguno, mientras mora en esta carne, que pueda alcanzar de tal modo el ápice de la virtud, que permanezca en él 'de un modo estable. Es preciso que crezca sin cesar que disminuya.

No puede haber en las criaturas perfección alguna que no esté vinculada

---

[171] 65 *Eph.,* iv, 23. 66 *Phil.,* III, .13.

a la ley de la mutación, según aquello del libro de Job: «¿Qué es el hombre para creerse puro, para decirse inocente el nacido de mujer? Si ni sus santos gozan de inmutabilidad, y los mismos cielos no son bastante puros a **sus** ojos» 67. Confesamos que sólo Dios es inmutable. Únicamente a El le designa así el Profeta al decir: «Tú siempre eres el mismo»[172] 6**8.** Y sólo Dios puede decir de sí mismo: «Porque yo soy el Señor, y soy inmutable» **6 9.** Y, en efecto, El sólo por naturaleza es siempre bueno, siempre goza de una plenitud colmada, siempre es perfecto. Nada puede agregársele, ni en nada puede disminuir.

Debemos, por consiguiente, tender a la virtud con la mayor solicitud y empeño, ocupándonos en sus santos ejercicios, no sea que, dejando de progresar, se siga automáticamente la mengua .y 297 menoscabo en ella. Repitámoslo: el alma no puede permanecer inalterable en una misma postura, sin crecer ni disminuir en perfección. Por eso, no adquirir virtudes equivale a decrecer en ellas. Y es que cesando el deseo de progresar, no nos veremos libres del peligro inmediato de retroceder.

XV. Es menester para ello permanecer lo más posible en la celda. Siempre que uno se aleja de ella para vagar por el exterior, al volver le parecerá algo nuevo y desabrido. Más: se encontrará como descentrado y lleno de turbación, como si comenzara a habitarla. No podrá recobrar sin trabajo y dolor aquella aplicación de espíritu que había conseguido morando con fidelidad en su recinto, pues ha dado rienda suelta a la relajación.

Por lo demás, una vez haya vuelto atrás, no pensará ya en el provecho que pudo haber sacado si no hubiera abandonado su aposento. Se dará luego por satisfecho si ve que ha vuelto a recuperar aquel estado en que se hallaba Porque así como el tiempo pasado no puede resarcirse de nuevo, del mismo modo el provecho que se ha malogrado queda para siempre en saco roto. Porque por más que se empeñe en ganar lo perdido, esta aplicación del espíritu no lograr í ya más que un progreso actual, un aprovechamiento del momento, pero no podrá recuperar los frutos que no llegaron a sazón., 298

XVI. Como hemos insinuado ya, incluso las potestades del cielo están sujetas a mudanza [173]7° 0. Prueba de ello son los ángeles que se despeñaron en el mal debido a su voluntad corrompida. Par lo mismo, aquellos que perseveran en la bien**aventuranza** en que fueron creados, no hay que considerarlos como dotados de una esencia inmutable porque no hicieran causa común con los caídos. Pues una cosa es gozar de la inmutabilidad por naturaleza y otra no cambiar lo más mínimo de actitud en la fidelidad, que es fruto de la gracia del Dios que no cambia.

Todo lo que adquiere y consolida la diligencia lo echa a perder la flojedad. Par eso está escrito: «No beatifiques al hombre antes de su muerte» ' [1]. Porque un hombre que permanece en la liza de este mundo y

---

[172] 67 *Iob, CI*, 28. b8 *Ps.* CI, 28. **69** *Mal.,* III, 6.

[173] 70

Esto puede aplicarse a los ángeles *en* cuanto a su naturaleza, que, como criaturas que son, estaban sujetas a cambio antes de que fueran admitidos a la visión beatífica. Cuando se hallaban *in statu viae* podían pecar, como lo prueba la caída de los malos; mas ahora, confirmados en gracia, no pueden ya inclinarse al mal.

[1] *Eccl.,* XI, 30,

aun en el fragor del combate, por más que consiga con frecuencia la victoria, no puede con todo estar libre de temor ni del recelo que inspira un fin desdichado.

Sólo Dios es el inmutable y bueno, porque poseyendo la bondad no por adquisición, sino por esencia, no puede ser sino bueno. El hombre, en 299 cambio, es incapaz de poseer ninguna virtud con carácter inmutable. Para conservarla una vez adquirida, precisa tanto más aplicación y celo cuanto han sido necesarios para alcanzarla.

NADIE CAE SÚBITAMENTE

XVII. Cuando alguien sucumbe en su vida espiritual y mide el suelo en su calda, no hay que creer que ello obedezca a una causa repentina. Porque, una de dos: o la formación defectuosa recibida en el principio de su carrera le ha conducido por una falsa senda, o bien una negligencia persistente ha minado poco a poco su virtud, y, dejando crecer los vicios, le ha precipitado en una lamentable ruina. Pues: «A la contrición precede la insolencia y a la ruina el mal pensamiento»[174] [7] 2.

Una casa no se hunde por un impulso momentáneo. Las más de las veces es un viejo defecto de construcción. En ocasiones es la prolongada incuria de los moradores lo que motiva la penetración del agua. Al principio se infiltra gota a gota y va insensiblemente carcomiendo el maderaje y pudriendo el armazón. Con el tiempo el pequeño orificio va tomando mayores proporciones, originándose hendiduras y desplomes considerables. Al cabo, la lluvia procelosa penetra 300 a torrentes: «Por la negligencia se cae la techumbre y por la pereza se dan goteras en la *casa» ".*

Es, ni más ni menos, lo que acontece en sentido espiritual al alma, como lo indican estas palabras de Salomón: «El gotear del agua echa al hombre de su casa en día invernal» [175]' [4]. Como se advierte, establece una feliz analogía entre el alma negligente y la casa descuidada. Con ocasión de esta incuria inicial se dejan sentir en ella, a los comienzos, los leves efectos de la pa-

---

[174] [72] *Prov., XVI*, **18 [LXX].**

[175] [3] *Eccl.,* x, 18 [LXX] .

[4] *Prov., XXVII*, **15 [LXX].**

sión, a modo de imperceptibles gotitas. Pero si, por ser insignificantes o por parecer que no han de tener consecuencias graves, se las descuida, van corrompiendo gradualmente las pilastras de las virtudes, que forman como el maderamen del edificio espiritual. Luego penetran como un diluvio los vicios. Se echa encima el invierno, es decir, el momento de la tentación: el diablo se abalanza furioso sobre el alma y la ahuyenta de la morada de las virtudes, donde en otro tiempo, gracias a una diligencia atenta, habitaba tranquila como en su propio techo.

* * *

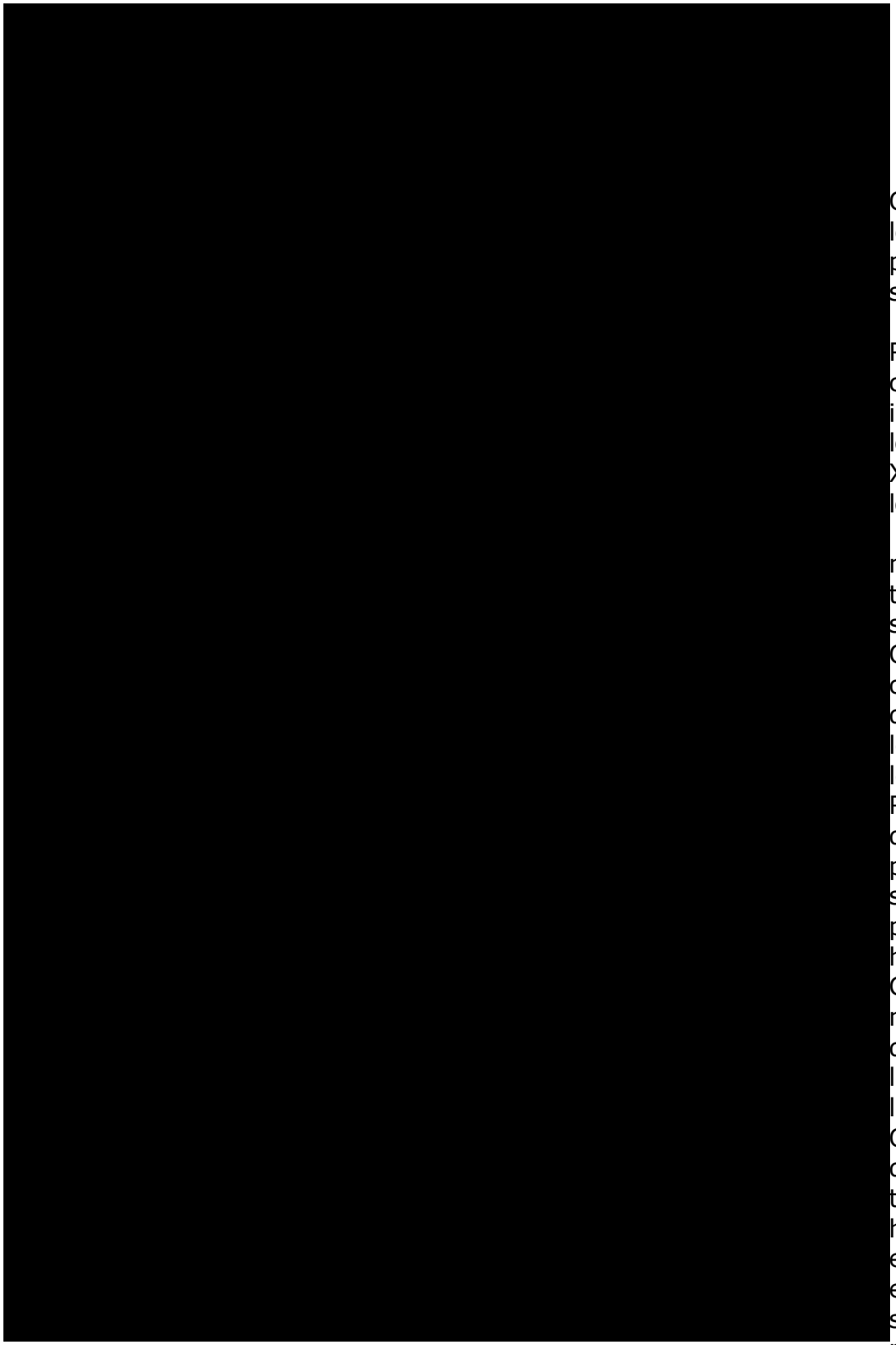
Todo esto que nos dijo el anciano nos supo a una refección espiritual que nos hizo saborear una dulzura infinita. A la verdad, fue mayor el gozo que sentimos por esta conferencia que la tristeza que antes nos había causado la muerte de los santos. Ante esta nueva perspectiva, no sólo se desvanecieron por completo todas nuestras dudas, sino muchas otras cosas que nuestros cortos alcances no se atrevían siquiera a preguntar.

VII

PRIMERA CONFERENCIA DEL ABAD SERENO

DE LA MOVILIDAD DEL ALMA Y DELOS ESPÍRITUS DEL MAL

Capítulos: I. Castidad del abad Sereno.—II. Pregunta del anciano sobre el estado de nuestros pensamientos.—III. Nuestra respuesta sobre la volubilidad del alma.--IV. Exposición del anciano referente al estado del alma y su poder.—V. La perfección del alma según la figura del centurión evangélico.—VI. De la perseverancia en la guarda de los pensamientos.—VIL Pregunta sobre la movilidad del alma y los asaltos de las potencias del mal.—VIII. Respuesta sobre la ayuda de Dios y el poder del libre albedrío.—IX. Pregunta sobre la unión del alma con los demonios.—X. Respuesta: Cómo los espíritus inmundos se unen al alma,



humana.—XL Objeción: Si pueden lo espíritus inmundos penetrar en el alma de sus posesos *y* unirse a ellos.—XII. Respuesta: Manera cómo los espíritus inmundos dominan a los energúmenos.—XIII. Que no pueden los espíritus penetrarse mutuamente, y que tal cosa conviene sólo a Dios.—XIV. Objeción que inclina o creer que los demonios conocen los pensamientos de los hombres.-XV. Respuesta: De lo que los demonios pueden o no pueden sobre los pensamientos de los hombres. XVI Comparación que muestra cómo los demonios conocen los pensamientos de los hombres. XVII Que cada uno de los demonios no sugiere todos los vicios a los hombres. XVIII. Si entre los demonios existe un orden en sus asaltos o un plan premeditado en su lucha contra el hombre. XIX. Respuesta: Cómo los demonios se coaligan 306 durante el sueño, por los incentivos naturales de la carne.

Y como quiera que esta virtud parezca superior a la condición humana, estimo necesario explicar previamente cómo pudo llegar, apoyado en la gracia de Dios, a una pureza semejante.

II. Alcanzar la castidad interior del corazón y del espíritu era toda su ambición. Para ello noche y día se aplicaba infatigable a la plegaria, juntando a ella los ayunos y vigilias. Una vez alcanzado su propósito, le pareció como si el ardor de la concupiscencia se hubiera extinguido en él. Mas entonces el gusto suavísimo de la pureza avivó de tal modo su sed, que se sintió devorado por un celo insaciable de castidad. Redobló sus ayunos y plegarias.

Por un don gratuito de Dios, la impureza había muerto en el hombre interior. Su deseo ahora era que esta muerte alcanzara también a su cuerpo. Quería penetrarlo de una- pureza tan acendrada, que en adelante no estuviera sujeto ni siquiera a aquellos impulsos naturales que se manifiestan incluso en los párvulos y niños de pecho.

Consciente de que este don lo debía a la gracia divina y no a su esfuerzo, crecía más y más en él la confianza de lograr este nuevo beneficio. De este modo decía para sí: «¿Qué más fácil para Dios que destruir de raíz el aguijón de la carne Tanto más cuanto que la industria **y el** arte humanos son capaces de aniquilar estos estímulos 307 con ciertos antídotos y medicinas y aun con el hierro de la amputación.» Además, Dios, en su munificencia, le había concedido ya la pureza del espíritu, que es mucho más sublime, puesto que todo el ahínco y empeño humanos son incapaces de llegar a ella. Uniendo a la oración las lágrimas, persistía incansable en su petición.

Un día se le apareció un ángel en visión nocturna. Hizo ademán de abrirle las entrañas, y sacando del fondo como una encendida landre, curó su herida y le dijo: «He aquí que han sido arrancados los incentivos de tu carne. De hoy más poseerás la perfecta pureza física que con fe sincera has pedido.» Baste con esto para explicar la gracia maravillosa que concedió Dios a este hombre privilegiado.

Por lo demás, me parece superfluo traer aquí a colación las virtudes que le eran comunes con los otros monjes más eminentes. Temo que lo que dijera en su alabanza podría restar prestigio a los demás, como si éstos no las poseyeran en tal grado.

Inflamados, pues, en deseos de hablarle y escuchar sus enseñanzas, hicimos por verle durante los días de Cuaresma.

Con palabra cálida, impregnada de la más tierna amabilidad y placidez de espíritu, nos hizo algunas preguntas respecto a la calidad de nuestros pensamientos y al estado de nuestro hombre interior. Mostró asimismo interés en saber el provecho que habíamos reportado en la pureza de nuestra alma durante el largo tiempo transcurrido en el desierto. Contestamos doliéndonos de nuestra imperfección, y empezamos así:

III Al contar los años vividos en la soledad, imaginas por ventura que deberíamos haber llegado ya a la perfección del hombre interior. Pero desgraciadamente no es así. Nuestros progresos se reducen únicamente hasta ahora a vislumbrar la meta de la cual permanecemos aún a gran distancia por amor de nuestra impotencia. La verdad es que no hemos logrado

alcanzar todavía lo que intentamos ser. Este conocimiento no ha conseguido establecernos de una manera definitiva en la pureza y solidez que tanto ambicionamos, sino que ha acrecentado solamente nuestra vergüenza y confusión.

En toda disciplina el fin inmediato del estudio cotidiano es conducirnos de los simples rudimentos del aprendizaje a una pericia y ciencia profesionales. Lo que al principio estaba cubierto con la duda o la completa ignorancia comienza a no tener ya secretos para nosotros. El monje avanza con paso firme en el conocimiento de la disciplina que ha escogido, aplicándose a ella fácilmente y sin tropiezo.

Pero es diametralmente opuesto lo que a mí me acontece al buscar la pureza de corazón. No descubro en mi tarea más progreso que el de conocer lo que no alcanzo a ser. Por eso me parece que no cosecho otro fruto de esta pena pungente que una gran contrición de corazón. Tanto que no me han faltado a la continua motivos de verter lágrimas, sin dejar por eso de **ser** el que no debo ser. Por tal razón digo para mis adentras: ¿De qué me sirve haber descubierto la cima de la perfección, si me siento incapaz de alcanzarla?

A veces sentimos que la mirada de nuestro espíritu se remonta ágil al objeto de su contemplación; pero luego desciende insensiblemente de esas alturas, para resbalar de nuevo vertiginosa en la enajenación primera. Envuelta así la mente en el tropel de vanos pensamientos y cautiva en mil quimeras, pensamos que no cabe ya enmienda en nuestra vida. Toda nuestra observancia empieza a parecernos superflua y sin sentido. A veces intentamos hurtar el ánimo a la realidad circundante cuajada de distracciones, queriendo hacer revivir en él el sentimiento del temor de Dios y encauzarlo hacia la contemplación. Mas antes que logremos afianzarle en esa postura estable, se aleja fugaz. Como despertados de un profundo sueño, nos damos cuenta de que ha torcido su rumbo, apartándose del objetivo que le habíamos fijado. Cierto que intentamos reducirle de nuevo a la contemplación y desearíamos sujetarle como con cadenas merced a una aplicación constante del corazón. Vano empeño. Cuando mayor es nuestro afán, se escapa del fondo del alma mucho más furtiva que una anguila escurridiza se desliza de entre las manos. 310

Por eso nuestra existencia discurre en medio de continuas oscilaciones y vaivenes, sin que nuestro corazón cobre por ello mayor solidez y constancia. A la postre cunde la desconfianza y nos rinde. En suma: llegamos a la convicción de que tales divagaciones no son tanto un defecto personal como un vicio inherente a la naturaleza humana.

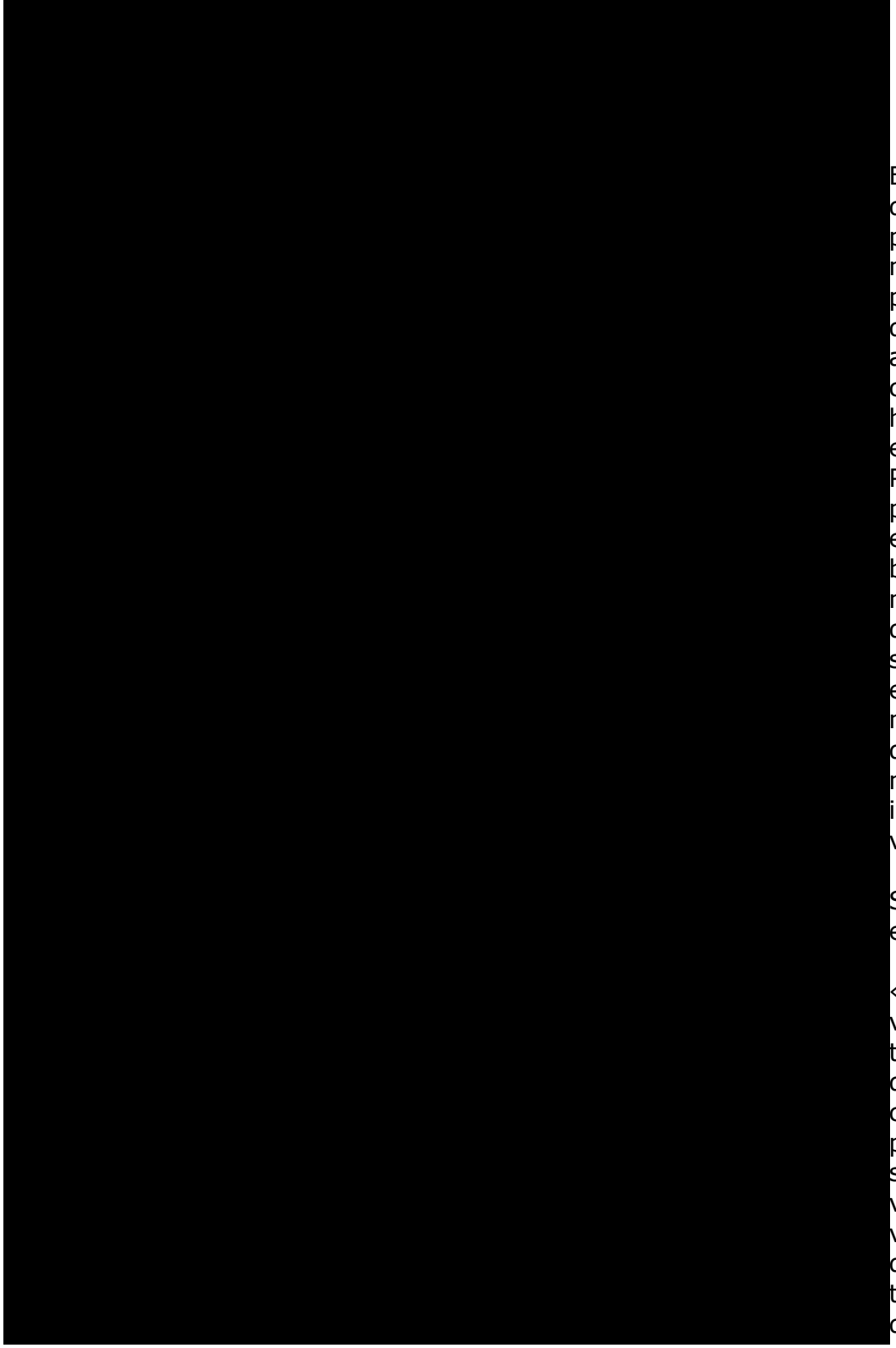
ESTADO DEL ALMA Y SU PODER

IV. SERENO. Es una presunción peligrosa decidir de la naturaleza de una cosa por su examen periférico, sin poseer de ella un conocimiento cabal. No tiene duda que es un error sentar un juicio respecto a una profesión conceptuándola desde el ángulo de la propia fragilidad, en lugar de considerarla en función de lo que es en sí misma o siguiendo el parecer de quienes han atesorado ya experiencia.

Imaginemos a un hombre que ignora el arte de la natación. Porque ve que no puede flotar sobre la superficie del agua, deduce de este hecho—que

en realidad es fruto de su impericia—que es imposible a todo ser humano mantenerse a flote sobre el líquido elemento. Ni que decir tiene que no daríamos crédito a su opinión, formada en su fuero interno, partiendo sólo de su ensayo personal, por cuanto la razón dicta y la observación ocular confirma que la natación, lejos 311 de ser imposible para muchos, es cosa sumamente fácil.

Por lo que se refiere a la nouj, esto es, la mente, se define aeikínhtoj kai ploki/nhtoj, es decir, que está sujeta a una constante y superlativa movilidad. Lo cual se halla expresado igualmente, aunque con términos distintos, en el libro de la Sabiduría, dicho de Salomón: :«La morada terrena gravita como un peso sobre el alma a quien agitan muchos pensamientos» Esta, por la condición de su naturaleza, no puede permanecer nunca ociosa. Si no tiene al alcance un objeto preparado de antemano sobre el cual pueda ejercer su móvil actividad y en el cual esté incesantemente ocupada, su ligereza congénita le lleva necesariamente a discurrir de una parte a otra, como revoloteando sobre todo lo que halla a su paso. Sólo a trueque de un prolongado y diario ejercicio—en el que vosotros decís que habéis trabajado en vano—conocerá de un modo tangible las materias que debe preparar para entretener su memoria. En ellas deberá ejercitar su vuelo incansable y alcanzar la robustez con que poder consolidarse en la consideración. Así podrá sortear los peligros y sugestiones del enemigo y perdurar indeclinable en el estado y disposiciones que desea.



Este continuo oscilar del corazón no debe, por 312 nosotros: «El buen pensamiento—se ha dicho--se acerca a aquellos que le conocen, y el hombre prudente lo encontrará» [4]. Pero, desde el preciso momento en que una cosa cae bajo el ámbito de nuestra prudencia y de nuestra industria, si no logramos encontrarla, es notorio que hay que imputarlo a nuestra desidia e inercia, y no a un vicio de la naturaleza. Sintoniza con ello el Salmista al decir: «Bienaventurado el varón que tiene en ti su fortaleza y ha dispuesto en su corazón los grados para subir al Lugar santo» 5. Luego, vosotros mismos veis perfectamente que está en nues-tras manos disponer en nuestro corazón los grados ascendentes, esto es, los pensamientos que 313 jalonan la subida hacia Dios, como los grados descendentes, es decir, los pensamientos que se proyectan sobre el área de las cosas terrestres y carnales.

---

176 [2] A nuestra naturaleza, se entiende antes del pecado, como prueba él mismo valiéndose del texto bíblico del *Eccl.,* VII, 29 (30 en la *Vulgata).* **En el** estado actual, esa movilidad die la mente es una secuela de la fragilidad humana, debido a la concupiscencia y al cuerpo, que agravan el alma. Pero no nos domina de tal forma que no podamos anularla o, por lo menos, neutralizar sus efetos con el auxilio de la gracia. Esta gracia no la excluye Sereno, antes la supone al citar el *Salmo* **LXXXIII,** 6.

[3] *Eccl., VII*, 29 [LXX].

[4] *Prov.,* **XIX**, 7 [LXX,

Ps, LX[X]XIII; 6,

Si no gozáramos de esta potestad, el Señor no hubiera dirigido a los fariseos este dicterio: «¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?» Ni nos hubiera enderezado por medio del Profeta esta amonestación: «Quitad de ante mis ojos la iniquidad de vuestros pensamientos» [1]. Y en otra parte: «¿Hasta cuándo guardarás en tu pecho tus culpables pensamientos?»[177] [8] Tampoco se examinaría, el día del juicio, la índole de nuestros pensamientos como la de nuestras obras, al lanzar el Señor esta amenaza por Isaías: «He aquí que yo vengo a recoger sus obras y sus pensamientos y para reunirlos con todas las naciones de cualquier país o lengua» [9]. Su testimonio, en fin, no intervendría en este juicio terrible e inquietante para condenarnos o defendemos, según esta palabra del Apóstol: «Y las diferentes reflexiones con que entre sí unos y otros se acusan o excusan se verán el día en que Dios juzgará las acciones secretas de los hombres, según la doctrina de mi Evangelio». 314

A PROPÓSITO DEL CENTURIÓN DEL EVANGELIO

V. El centurión del Evangelio bosqueja una hermosa figura del alma elevada a esta perfección. Tal alegoría pone de manifiesto de qué virtud y temple estaba dotado aquel hombre, y cómo, lejos de dejarse zarandear por cualquier pensamiento que le asediara, acogía los buenos y rechazaba sin dificultad los malos, según el juicio de su prudencia. Este proceder lo describe figuradamente, al decir: «Porque yo, aunque no soy más que un hombre sujeto a otros, como tengo soldados a mi mando, digo al uno: **ve,** y va; y al otro: ven, y viene; y a mi criado: haz esto, y lo hace»[178]11.

---

[177] **8** Mt., u, 4.

7 *Is.,* I, 16.

Ier., iv, 14.

9 *Is.,* LXVI, 18. Rom., II, 15 5s,

[178] " Mt., VIII, 9.

Si por nuestra parte luchamos también virilmente contra los movimientos desordenados del alma y contra los vicios, y logramos someterlos a nuestra autoridad y discreción; si bregando, extinguimos en nuestra carne las pasiones y sojuzgamos al imperio de la razón la veleidad de nuestros pensamientos, y con el estandarte salutífero de la cruz del Señor alejamos de las fronteras de nuestro corazón las turbas de las, potestades enemigas, por los méritos de tan señalados triunfos seremos elevados al rango de este centurión espiritual, que Moisés ha designado también místicamente en el Éxodo: «Establece tribunos, centuriones, jefes de cincuentena y decanos» 12.

Situados también nosotros en el ápice de esta dignidad, poseeremos el poder[179] 37 la fuerza de mandar. Los pensamientos que no queramos alimentar en nosotros no nos arrastrarán en pos de sí, y en cambio nos cabrá la posibilidad de adherirnos con firmeza a aquellos que nos harán saborear las delicias del espíritu. A las sugestiones malas les diremos con gesto imperativo: «idos», y se irán; a las buenas: «venid», y vendrán al punto. A nuestro esclavo, es decir, a nuestro cuerpo, le prescribiremos la guarda de la castidad y de la abstinencia, y

[179] **12** *Exod., XVIII*, **21.**

[18] II Cor., x, 4.

obedecerá sin repugnancia. No suscitará en nosotros los estímulos contrarios de la concupiscencia, sino que se sujetará en todas las cosas al mando del espíritu.

Por lo que atañe a las armas del centurión espiritual, oíd cómo San Pablo os dice cuáles son y para qué combates están aparejadas: «Las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas por Dios» ". En razón de estas palabras advertimos cuáles son: ni carnales ni débiles, sino espirituales y poderosas en Dios. Y a renglón seguido insinúa como consecuencia lógica en qué luchas hay que utilizarlas: «Para derribar fortalezas, destruyendo consejos y toda altanería que se levante contra la ciencia de Dios, y 316 doblegando todo pensamiento a la obediencia de Cristo, prontos a castigar toda desobediencia y a reduciros a perfecta obediencia» [180]14.

Sería oportuno examinar aquí minuciosamente cada una de estas palabras; pero ya encontraremos en su lugar tiempo propicio para ello. Mi designio ahora es explicaras el género y propiedad de las armas con que debemos estar constantemente revestidos, si queremos luchar en las batallas del Señor y militar en las filas de los centuriones evangélicos. «Embrazad—dice el Apóstol—en todo momento el escudo de la fe, con que podáis hacer inútiles los encendidos dardos del maligno» 15. Es, pues, el segundo escudo de la fe quien, recibiendo los dardos inflamados de las pasiones, las reduce a la impotencia con el temor del juicio venidero y la creencia en el reino celestial.

«Y—continúa San Pablo—la coraza de la caridad» "16. Efectivamente, la caridad que circunda y protege nuestro corazón nos pone a cubierto de las heridas mortales que nos causarían las pasiones, rechaza los golpes enemigos e impide que penetren hasta el hombre interior los dardos del demonio, pues «todo lo excusa, todo lo sufre, todo lo tolera» ".

«Y por yelmo o celada, la esperanza de la 317 salvación»[1818]. El yelmo protege la cabeza. Ahora bien: nuestra cabeza es Cristo. Debemos, por tanto, cubrirla y defenderla siempre con la esperanza de los bienes futuros a modo de un yelmo inexpugnable en todas las tentaciones y persecuciones, procurando, ante todo, guardar inalterable y sin mácula nuestra fe. Es posible que el hombre carezca de los otros miembros y conserve, sin embargo, más o menos oscilante, una vida endeble; pero sin la cabeza es imposible vivir.

«Y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios» "19, pues «esta palabra es más viva, eficaz y tajante que una espada de dos filos, y penetra hasta la división del alma y del espíritu, hasta las coyunturas y la medula, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón» ", dividiendo y cercenando todo lo que sabe en nosotros a terreno y carnal.

---

[180] 14 II *Coro.,* x, *5* ss.
15 Eph.. 16.
'16. *1 Thes.,* y, 8.
17 1 *Cor.,* XIII, *7.*

[181] 18 *I Thes.,* y, 8.
19 *Eph.,* vi, 17. 20 *Hebr.,* IV, 11. 21 *Bar.,* 11.

blegando todo pensamiento a la obediencia de Cristo, prontos a castigar toda desobediencia y a reduciros a perfecta obediencia» 14.

Sería oportuno examinar aquí minuciosamente cada una de estas palabras; pero ya encontraremos en su lugar tiempo propicio para ello. Mi designio ahora es explicaras el género y propiedad de las armas con que debemos estar constantemente revestidos, si queremos luchar en las batallas del Señor y militar en las filas de los centuriones evangélicos. «Embrazad—dice el Apóstol—en todo momento el escudo de la fe, con que podáis hacer inútiles los encendidos dardos del maligno» 15". Es, pues, el segundo escudo de la fe quien, recibiendo los dardos inflamados de las pasiones, las reduce a la impotencia con el temor del juicio venidero y la creencia en el reino celestial.

«Y—continúa San Pablo—la coraza de la caridad» 16. Efectivamente, la caridad que circunda y protege nuestro corazón nos pone a cubierto de las heridas mortales que nos causarían las pasiones, rechaza

14 II *Cor.,* x, 5 ss.
15 *Eph.,* vi, 16.

vación» 18.
cabeza. Al
cabeza es
por tanto,
siempre co
bienes futuros
inexp
tentacio
procurando
inalterable y
fe. Es pos
carezca de
conserve,
menos oscil
deble;

«Y la es
que es la pa
pues «esta pa
eficaz y taja
de dos filos
división del
hasta las coyu
y discierne los
intenc
dividiendo
que sabe en

Todo aqu
con est
siempre al a
y ataque
dejará vencer p
ni conducir ca
la

18 *I Thes.,* v, 8.

Todo aquel que se pertrecha con estas armas está para siempre al abrigo de los dardos y ataques del enemigo. No se dejará vencer por sus expoliadores, ni conducir cautivo y esclavo hacia la tierra hostil de los pensamientos nocivos. Ni oirá tampoco el denuesto del Profeta: «¿Por qué languideces en tierra extraña?» [21] Antes bien, libre y vencedor, fijará su morada en la región de los pensamientos que habrá escogido. 318

¿Queréis conocer el coraje y la fortaleza que permiten a este centurión revestir esas armas no meramente humanas, sino templadas por el poder de Dios? Escuchad al rey todopoderoso que llama a los hombres esforzados a esta milicia espiritual, y que escoge y señala a sus elegidos: «Diga el flaco: Yo soy

fuerte», y «El que es paciente, sea soldado»[182] 22.

Como veis, sólo los débiles y pacientes pueden combatir los combates del Señor. San Pablo, el centurión evangélico por excelencia, se refiere a esta debilidad cuando afirma lleno de confianza: «Cuando parezco débil, entonces es cuando soy fuerte» ". Y de nuevo: «En la flaqueza llega al colirio el poder» 24. Uno de los profetas habla también de esta flaqueza, al decir: «Los más débiles entre ellos serán como David» 25. El que es paciente combatirá también estas luchas con aquella paciencia de la que se ha escrito: «Tenéis necesidad de paciencia, para que, cumpliendo la voluntad de Dios, alcancéis la promesa» ".

VI. Reconoceremos por nuestra propia experiencia que debemos y podemos unirnos inseparablemente al Señor si mortificamos nuestras apetencias y si alejamos todo lo que excita nuestros *319* deseos mundanos. Seremos instruidos por el testimonio de aquellos que con plena confianza dicen en íntimo coloquio al Señor: «Mi alma está apegada a ti»[183] [27]. «Estoy adherido a tus mandamientos, Señor» . «Mi bien es estar junto a mi Dios» ". Y «El que se allega al Señor se hace un espíritu con El» 30.

Es menester, pues, que las distracciones y disipación del espíritu no nos hagan desistir de este santo ejercicio, puesto que «el que labra la tierra tendrá pan abundante, mas el que va tras del ocio se hartará de pobreza» [31]. No nos abandonemos nunca a un pernicioso desaliento, que pondría en contingencia nuestra aplicación a seguir la observancia, porque «todo el que se afana en el trabajo conocerá la abundancia, pero el que vive en la dulzura y sin sufrimiento acabará en la indigencia» ". Y otra vez: «El hombre trabaja para sí en medio del dolor, e impide con el esfuerzo su propia perdición» **[33].** Y asimismo: «El reino de los cielos se alcanza a viva fuerza, y los violentos lo arrebatan» 34.

---

[182] ***Ioel,*** **ni, 10 [LXX].**

23 II *Cor.,* **XII,** 10.
24 **9.**

2 5 *Zach.,* ni, 9 [LXX]. **26** *Hebr.,* x, 36

[183] *Ps.* **LXII,** 9.

2,6 ***Ps. CXVIII*, 31.**
29 *Ps.* LXXII, 28.30
I Cor., 17.
31 *Prov.,* **XXVIII,** 19.
32 *Prov.,* xiv, 23 [LXX].
33 *Prov., XVI*, 26 [LXX].
34 Mt., 12.

Ninguna virtud se adquiere sin trabajo, y nadie 310 puede alcanzar esta estabilidad que desea en su pensamiento sin una gran contrición de corazón. Porque «el hombre nace para el trabajo»[184] 35. Ahora bien, para que pueda «llegar al estado de un varón perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo» 36, es preciso que esté de continuo muy sobre sí, desplegando una solicitud que no conozca tregua ni relajación. Nadie llegará en la otra vida a esta medida perfecta, si no se esfuerza en la presente por imbuirse del pensamiento de ella, pregustándola ya, en cuanto cabe, en este mundo. Destinado para ser un miembro precioso de Cristo, poseerá en esta carne mortal las señales de aquella unión que le harán digno de ser asociado un día al cuerpo divino del Señor. Todos sus deseos, todo su ardor, todas sus acciones e incluso todos sus pensamientos deben converger en un solo fin y objetivo: gustar ya en este mundo las primicias de la felicidad eterna que se promete a los santos en el cielo; es decir: que para él «Dios sea todo en todas las cosas» 37.

---

184 35 *Iob, y, 7.*

36 *Eph.,* 13.

37 *I Cor.,* XV, 28.

MOVILIDAD DEL ALMA Y ASALTOS DE LAS POTENCIAS DEL MAL

VII. GERMÁN. Tal vez sería posible oponer un muro de contención a esta volubilidad del 321 alma, si no estuviera circunvalada por tan gran número de adversarios. Estos la fuerzan sin cesar a hacer lo que no quiere o mejor a lo que le empuja ya la versatilidad de su propia naturaleza. Rodeada de enemigos innumerables, tan poderosos como terribles, no podríamos creer que le fuera posible resistir a ellos, máxime en esta carne frágil, si tus palabras—que oímos como si fueran oráculos celestiales—no nos animaran a abrigar tal confianza.

VIII. SERENO. Quienes han experimentado los combates del hombre interior saben perfectamente que nos envuelven por doquier enemigos ocupados en prepararnos asechanzas. Pero al afirmar que estos enemigos se oponen a nuestro progreso, lo decimos solamente en cuanto nos excitan al mal, no que creamos que nos determinen efectivamente a él.

Por lo demás, ningún hombre podría en absoluto evitar cualquier pecado, si tuvieran tanto poder para vencernos como lo tienen para tentarnos. Si por una parte es verdad que tienen el poder de incitarnos al mal, por otra es también cierto que se nos ha dado a nosotros la fuerza de rechazar sus sugestiones y la libertad de consentir en ellas. Pero si su poder y sus ataques engendran en nosotros el temor, no perdamos de vista que contamos con la protección y la ayuda del Señor, de quien se ha escrito: «Porque mayor 322 *es* quien está en nosotros que quien está **en** este mundo» ".

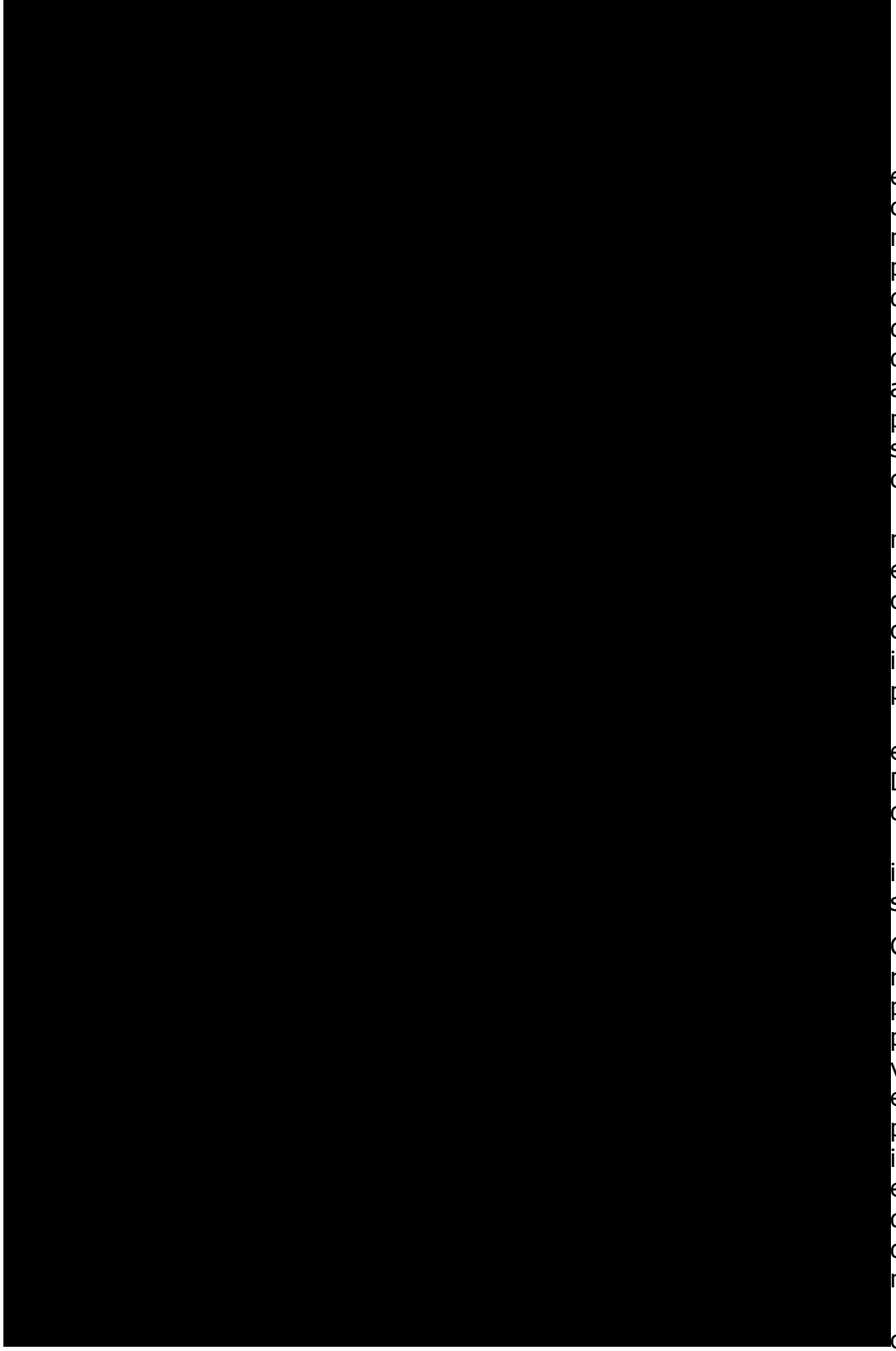
Su gracia combate a nuestro favor con un poder incomparablemente superior al de toda esa multitud de adversarios que nos acosan. Dios no se limita únicamente a inspirarnos el bien. Nos secunda y nos empuja a cumplirlo. Y más de una vez, sin percatamos de ello y a pesar nuestro, nos atrae a la salvación. Es, pues, un hecho incontestable que el demonio no puede seducir a nadie, si no es a aquel que libremente le presta el consentimiento de su voluntad. El Eclesiastés lo dice claramente con estas palabras: «Sucede que los hijos de los hombres, viendo que no se pronuncia luego la sentencia contra los malos, cometen la maldad en su corazón» 39. Es indudable que cada uno peca porque no opone resistencia a los pensamientos perversos que sobrevienen a su corazón. Se ha dicho: «Resistid al diablo, y huirá de vosotros» [185]40.

IX. GERMÁN. ¿Qué especie de consorcio hay entre el alma y los espíritus del mal tan estrecho, tan íntimo, que puedan, no digo ya juntarse, pero sí unirse a ella? Porque le hablan de una manera insensible, se introducen en su interior, le inspiran cuanto quieren, le arrastran a tal o cual acto que les place, ven y conocen de una 323 manera circunstanciada sus pensamientos e impulsos; en una palabra, es de tal naturaleza la unidad que existe entre ellos y nuestro espíritu, que es casi imposible, sin la gracia de Dios, discernir lo que procede de sus incitaciones y lo que parte de nuestra voluntad.

X. SERENO. No es maravilla que un espíritu pueda unirse insensiblemente a otro espíritu y ejercer sobre éste, por los fines que a él le plazcan, una fuerza secreta de persuasión. Hay, en efecto, entre ellos, como

---

[185] [38] *I lo.,* 4.
[9] *Eccl.,* VIII, 11 [LXX] . [49] *lac., 7.*



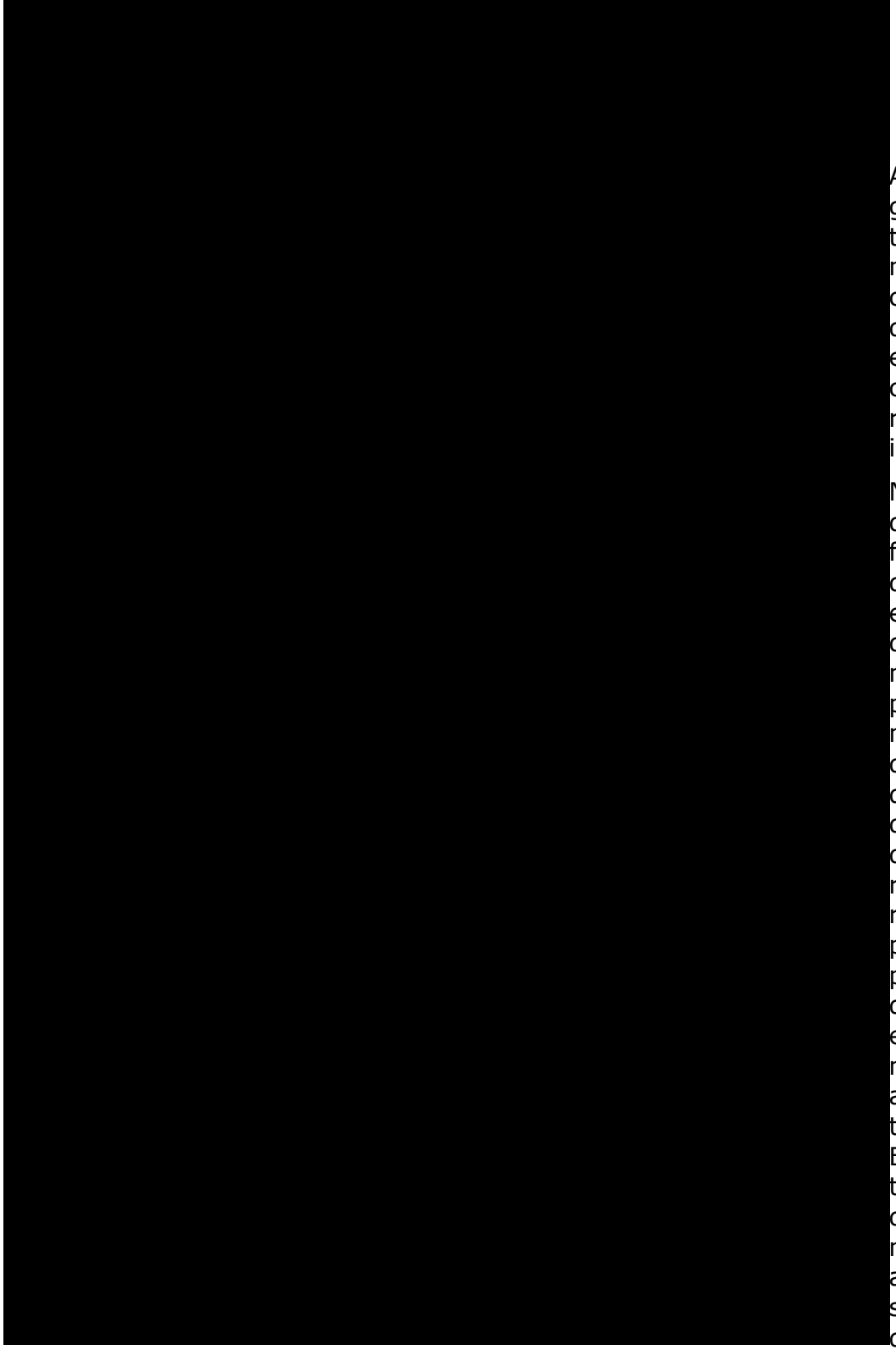
entre los hombres, cierta semejanza de naturaleza y parentesco. Prueba de ello es que la definición que se da de la esencia del alma conviene parejamente a la suya [186]41. Pero compenetrarse y unirse mutuamente hasta el punto de que uno contenga al otro, es cosa absolutamente imposible. Tal prerrogativa es patrimonio exclusivo de la Divinidad, supuesto que sólo ella es una naturaleza incorpórea y simplicísima.

GERMÁN. Este razonamiento nos parece estar en pugna con lo que vemos que ocurre en los arrepticios y posesos. Bajo la influencia de los espíritus inmundos dicen y hacen cosas de las que ellos mismos no son plenamente conscientes 324 ¿Cómo no creer que su alma se une a estos espíritus, cuando en realidad vemos que en cierto modo es su instrumento? Abandonando su estado natural, adoptan sus mismas pasiones e impulsos, hasta el punto de que las palabras, los gestos y las voluntades inclusive son ya de ellos y no de ella.

XII. SERENO. No, lo que hemos dicho antes no se opone a lo que decís de que los energúmenos, bajo la influencia de los espíritus inmundos, hablan y gesticulan involuntariamente, o se ven constreñidos a proferir cosas que ignoran Evidentemente, la acción de los espíritus sobre ellos no es siempre idéntica.

---

[186] 41 En parte, no obstante. O sea, en cuanto el **alma** es también sustancia espiritual. En cambio, difiere del espíritu angélico en cuanto está destinada a informar el cuerpo humano.



Así vemos cómo algunos posesos no tienen la menor idea ni, por lo mismo, conciencia de lo que dicen y hacen; otros, en cambio, se dan cuenta de ello y lo recuerdan al instante.

No vayáis a creer que estos fenómenos obedezcan a una especie de infusión del espíritu impuro, merced a la cual penetre hasta la misma sustancia del alma y le esté de tal forma unido, que venga, como quien dice, a revestirla, profiriendo él mismo, por boca del paciente, tales discursos y expresiones. De ningún modo puede admitirse que tengan tal poder. El que sucedan tales cosas no es debido a un menoscabo del alma, sino simplemente a una debilitación del cuerpo. Un simple razonamiento nos lo pondrá de manifiesto. 325

El espíritu inmundo, en efecto, se adueña de aquellas partes del cuerpo donde reside la vitalidad del alma. Hace gravitar sobre ellas un peso inmensa e insoportable, y sumerge y asfixia en las más densas tinieblas sus facultades intelectuales. A menudo, el vino, la fiebre, el frío excesivo u otras enfermedades exteriores que nos sobrevienen, ocasionan semejantes efectos. El demonio, a pesar de haber recibido poder sobre el cuerpo de Job, el Señor le ordena respetar su alma: «He aquí—dice—que entrego en tus manos su cuerpo;

deja tranquila su alma»[187] ". Como si dijera: te prohíbo que debilites el órgano que constituye la morada del alma, y que oscurezcas su inteligencia y su razón—de las que ha menester para resistirte—, al oprimir con tu peso la parte más elevada de su corazón.

XIII. No porque un espíritu pueda unirse a una materia compacta y sólida, cual es nuestra carne—cosa sobremanera fácil—, hay que creer que pueda unirse también al alma, que es espíritu como él, de modo que formen una sola naturaleza. Esto sólo es posible a la augusta Trinidad. Sólo ella penetra de tal forma las naturalezas intelectuales, que no sólo las abarca y las ciñe por completo, sino que se desliza y se expande en ellas como en un cuerpo una esencia incorpórea. 326 Decimos, es verdad, que existen naturalezas espirituales, como son los ángeles, los arcángeles y las demás virtudes celestes, como también nuestras almas y este aire sutil que nos circunda. Mas no debemos creer que sean incorpóreas[188] 43. Tienen de ellas un cuerpo por el cual subsisten, bien que mucho más sutil que el nuestro. Tal es la sentencia del Apóstol, al decir: «Hay cuerpos celestes y cuerpos terrestres» 44. Y también: «Se siembra cuerpo animal y se levanta un cuerpo espiritual» 45.

De donde se concluye con claridad que nada hay incorpóreo sino Dios. Sólo El puede introducirse en las sustancias espirituales e intelectuales, por cuanto sólo El vive en todas partes y subsiste en todas las cosas. Únicamente El cala hasta el fondo los pensamientos del hombre, sus movimientos interiores, penetrando hasta el santuario más íntimo de su alma. De sólo Dios dijo el Apóstol 327 estas palabras: «La palabra de Dios es viva, eficaz y tajante, más que una espada de dos filos, y penetra hasta la división del alma y del espíritu, hasta las coyunturas y la medula, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia, antes son todas desnudas y manifiestas a sus ojos»[189] ". Y David afirma asimismo: «Es El quien ha hecho todos los corazones» 47. Y también: «El conoce los secretos del corazón» ". Y Job, por su parte:

---

[187] 42 *Iob,* u, 6.

[188] 43 La opinión de Casiano sobre la naturaleza de los ángeles y de los demonios—hoy día completamente abandonada—no es peculiar suya. Había sido ya patrocinada por algunos Padres. Recuérdese que el mismo San Buenaventura y Duns Scoto, aun cuando propugnan la incorporeidad de los ángeles, afirman que están compuestos de materia y forma. Se ha pensado que Sereno y los antiguos sostenían que sólo Dios es perfectamente simple, y que todo otro espíritu nece- sariamente compuesto de esencia y existencia, de potencia y acto, de sustancia y accidentes, viene a ser como material si se le compara con el ser de Dios.

44 *I Cor.,* XV, 40 ss.

[45] Ibíd., 44.

[189] *Hebr.,* 12 ss.

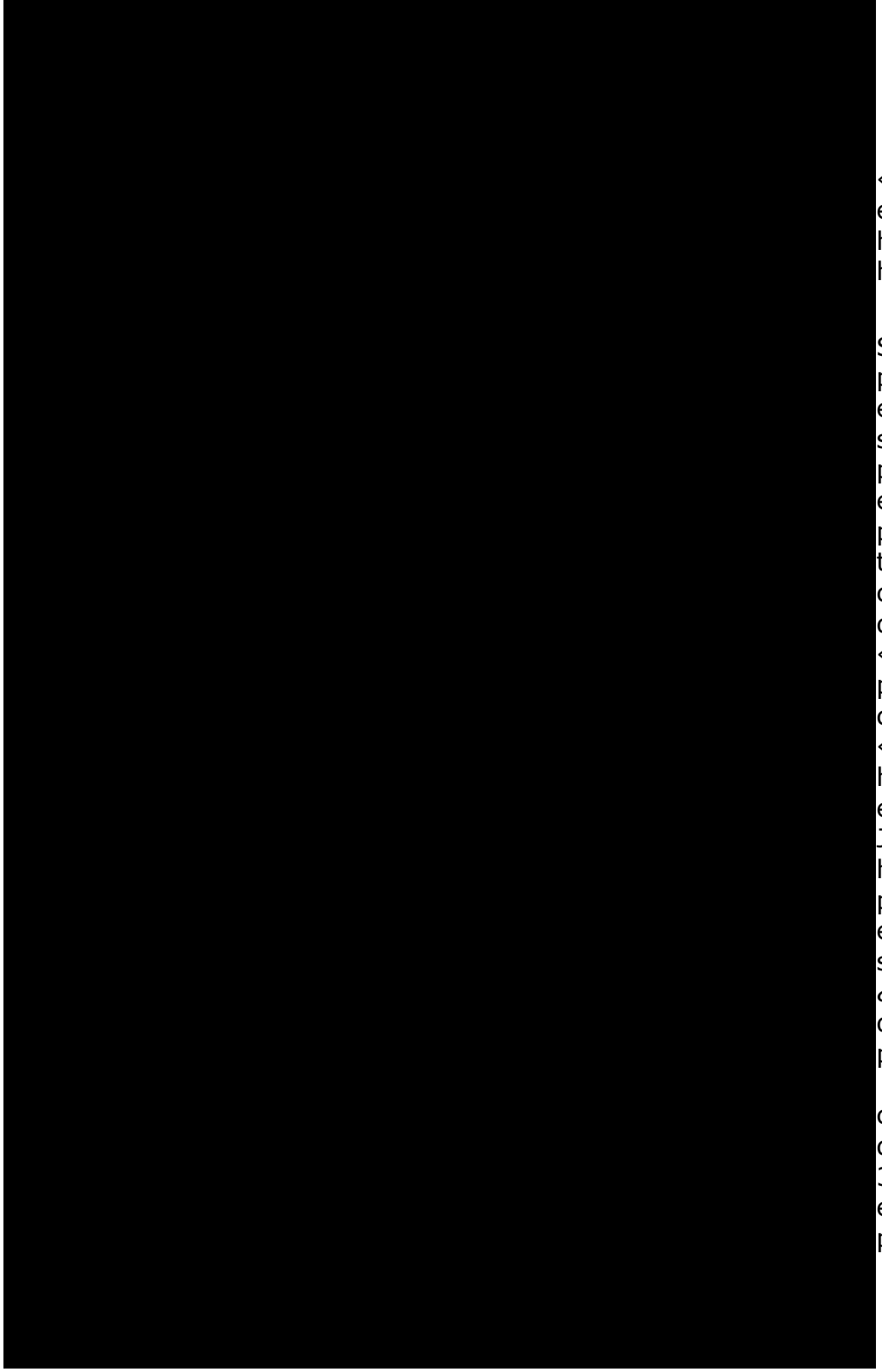
47 *Ps.* 15.

48 *Ps.* XLIII, 22.

99 *Paral.,* vi, 30. Como se ve, Casiano cita aquí por error a Job en lugar del segundo libro de los Paralipómenos.

[50] *Eccl.,* x, 4.

[51] /o., 2.



«Sólo tú conoces el corazón de los hijos de los hombres» 49.

XIV. GERMÁN. Según esto, no pueden los espíritus conocer siquiera muchos pensamientos. Mas esta opinión nos parece de todo en todo absurda, como quiera que dice la Escritura: «Si el espíritu del poderoso se alzare contra ti» 50. Y: «Como el diablo hubiese ya puesto en el cºrazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, **el** propósito de entregarle» . En su consecuencia, ¿cómo es creíble que no les son patentes nuestros pensamientos, cuando sentimos que por lo común 328 se originan en nosotros por su presión y estímulo?

INFLUJO QUE PUEDE EJERCER EL ENEMIGO SOBRE NUESTROS PENSAMIENTOS

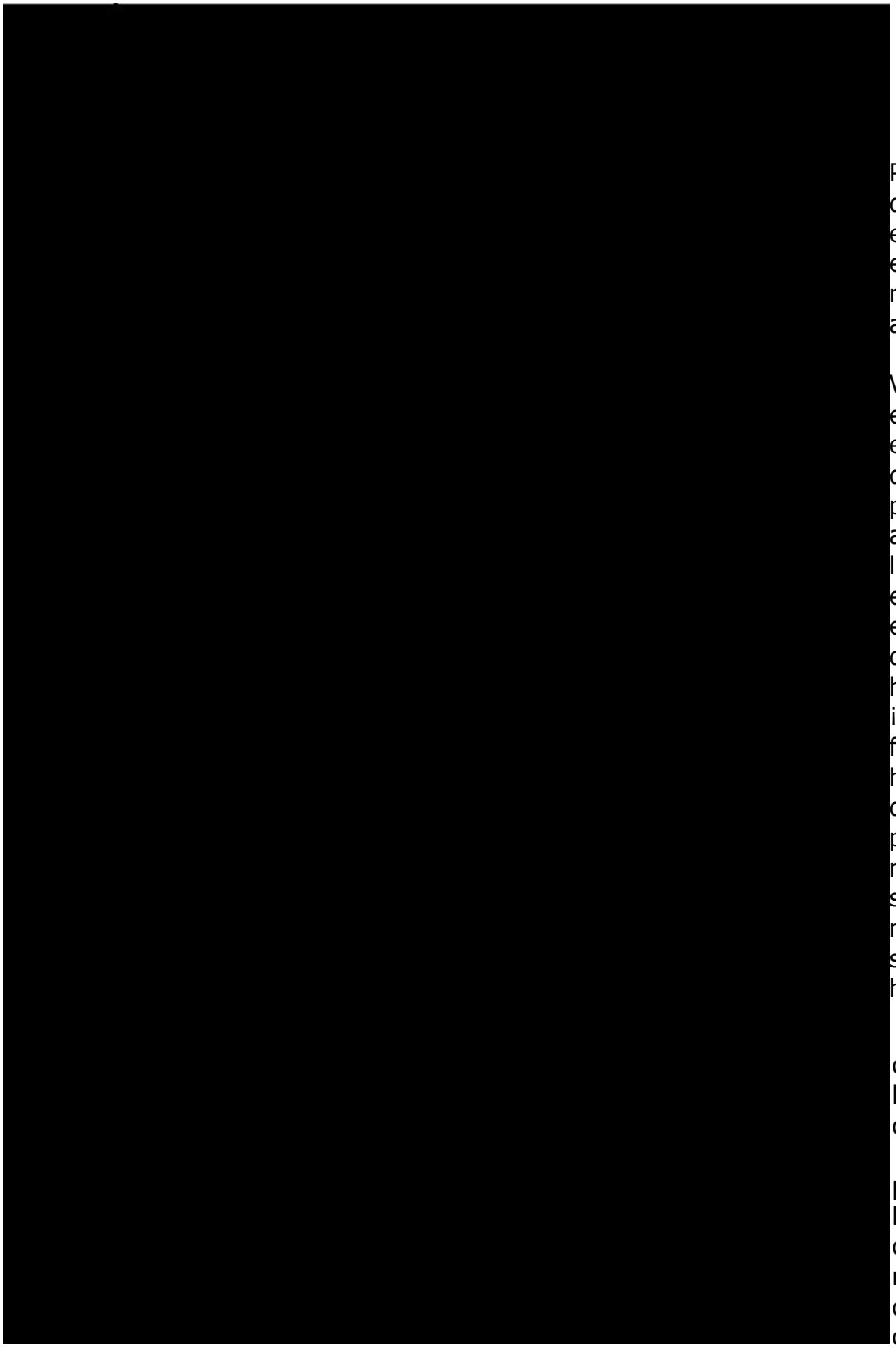
XV. SERENO. A nadie se le oculta que los espíritus inmundos no pueden conocer la naturaleza de nuestros pensamientos. Únicamente les es dado columbrarlos merced a indicios sensibles o bien examinando nuestras disposiciones, nuestras palabras o las cosas hacia las cuales advierten una propensión por nuestra parte. En cambio, lo que no hemos exteriorizado y permanece oculto en nuestras almas les es totalmente inaccesible.

Inclusive los mismos pensamientos que ellos nos sugieren, la acogida que les damos, la reacción que causan en nosotros, todo esto no lo conocen por la misma esencia del alma, es decir, por el movimiento interior, que está como latente, por así decirlo, en su ser, antes bien, por los movimientos y

manifestaciones del hombre exterior.

Así, por ejemplo, cuando sugieren la gula, si ven que el monje, acuciado por la curiosidad, levanta sus ojos hacia la ventana por la parte del sol o requiere la hora con gran solicitud, barruntan por estos síntomas exteriores que la tentación de la gula ha hecho mella en él. Cuando, 329tras la sugerencia de la lujuria, presumen que el monje ha recibido con cierta indiferencia el impacto de la pasión, si advierten que la carne está agitada, o que su corazón no suspira, como era procedente, al verse envuelto por la sugestión de la lascivia, comprenden que el dardo libidinoso ha hecho blanco en lo íntimo de su alma. Cosa pareja hay que decir respecto a las tentaciones de tristeza, de ira, de furor. Infieren por el gesto corporal o por una conmoción sensible que estas tentaciones han penetrado en el corazón. Si atisban en el monje señales de un enojo silencioso o perciben suspiros de pura indignación, o bien notan alguna mutación en el aspecto, ya sea de palidez o de rubor, descubren con sutileza de qué vicio ha sido víctima.

Gracias a nosotros mismos conocen a ciencia cierta las cosas que nos son placenteras. Al primer aliciente reaccionamos en uno u otro sentido, y ello determina en nuestro cuerpo un visaje, un movimiento que deviene para ellos la señal inequívoca de nuestra aquiescencia o de nuestra complicidad.



Por lo demás, no debe asombramos el que estos espíritus que merodean por los aires posean tal penetración. Vemos ejemplos de ello todos los días en hombres dotados de cierta perspicacia. El aspecto, la mirada, las manifestaciones exteriores son para ellos una proyección del estado del hombre interior. ¡Cuánto más fácilmente podrán hacer esto los demonios, quienes, por su 330 naturaleza espiritual, son indudablemente mucho más sutiles y sagaces que los hombres!

XVI. Ocurre lo que con ciertos ladrones que tienen costumbre de explorar previamente, en las casas que desean saquear sin ruido, los objetos que la oscuridad les oculta. En medio de las tinieblas de la noche arrojan con tiento puñados de arena muy fina, y por el sonido particular que produce al chocar con los enseres, adivinan los tesoros ocultos que no puede percibir su mirada. Sobre todo, el sonido les pone con seguridad en la pista de los objetos y metales diversos.

De forma parecida, los demonios, para explorar los tesoros de nuestro corazón, arrojan la arena fina de sus sugestiones malvadas. El sonido que, según los casos, perciben al contacto con nuestra sensibilidad, les da a conocer, como un eco que se produce en lo profundo de una estancia, lo que se halla oculto en el santuario del hombre interior.

Una cosa, no obstante, debemos subrayar, y es que no todos los demonios inspiran por igual todos los vicios de los hombres, Cada pasión tiene los suyos,

que la fomentan especialmente. Así, los unos se recrean en la inmundicia y en el cieno de la impureza. Otros se inflaman de preferencia en las blasfemias. Otros, en la cólera y en la vesania del odio y del furor. Estos 331 se nutren de la tristeza; aquéllos se envician en la vanagloria y el orgullo. Cada uno de ellos tiende a introducir en el corazón de los hombres el vicio de que se jacta y que constituye su gozo. No obstante, no sugieren al mismo tiempo y a la vez tales infamias, sino alternativamente, según se las provocan las circunstancias de tiempo y lugar o las disposiciones peculiares del sujeto.

XVIII. GERMÁN. Luego hay que creer que su perversidad es sistemática y disciplinada; que se consuma con arreglo a un orden que observan de común acuerdo y que sus asaltos se realizan según un plan preconcebido por la razón. Y, sin embargo, hay constancia de que la medida y la razón son cosas que no pueden coexistir más que con el bien y la virtud. Tal se deduce de la sentencia aquella de la Escritura: «Buscas la sabiduría entre los malos y no la hallarás» [190]". Y: «Nuestros enemigos son insensatos» 53. Y aun: «No hay sabiduría, no hay fortaleza, no hay consejo entre los impíos» 54.

CÓMO LOS DEMONIOS SE COALIGAN ENTRE SÍ

XIX. SERENO. Es un hecho de certeza absoluta que no puede existir entre los malvados 332 una perpetua connivencia en todas las cosas. Ni es posible que reine entre ellos una perfecta concordia en los vicios que de consuno patrocinan. Y es que—como habéis dicho muy bien—es imposible que la disciplina y el orden se involucren dentro de la anarquía y el desorden. Ello no obstante, en ciertas ocasiones, y en concreto cuando la acción común y la necesidad lo exigen, o también cuando invita a ello la comunidad de intereses, no les cabe a los malos otro remedio que ponerse de acuerdo siquiera momentáneamente.

Tal es la armonía que observamos con claridad en la milicia de los espíritus del mal. Aparte de que observan entre ellos el tiempo y orden de rango y sucesión, se les ve también escogerse lugares determinados para perpetrar sus malas acciones y morar en ellos de forma habitual. Se ven precisados a dar variedad a sus tentaciones y apelar asimismo en sus asaltos a ciertos vicios y circunstancias determinadas. Prueba evidente de ello es el hecho de que es imposible ser juguete a un tiempo de la vanagloria y sucumbir a la flama impura, de engreírse en la soberbia espiritual y agostarse bajo los instintos de la gula, de derramarse en estrepitosas carcajadas y enfurecerse bajo el aguijón de la ira o zozobrar en una tristeza abrumadora.

Es, pues, menester que cada demonio tenga su momento y emprenda la tentación que le incumbe. Si es vencido por el alma y se **ve obli**gado 333 a retirarse, cede su lugar a su adlátere, quien cuidará a su vez de atacarla con mayor violencia. Y aun si sale victorioso, la entrega, no obstante, a otro espíritu, que se cebará de modo semejante en ella.

---

[190] ***Prov., XIV***, 6 [LXX].

53 *Deut., XXXII*, 31 [LXX].

54 *Prov.,* **ni,** 30 **[LXX].**

XX. No debemos ignorar, además, que la crueldad y fiereza no es idéntica en todos esos espíritus, del mismo modo que no tienen todos la misma fuerza ni igual malicia.

A los principiantes y febles les atacan espíritus menos poderosos. Mas una vez el atleta de Cristo ha triunfado de estos primeros adversarios, tiene que enfrentarse con enemigos más temibles. La dificultad de la lucha está en proporción directa de nuestras fuerzas y progresos.

Por otra parte, nadie, por santo que sea, es capaz de soportar la malicia de tantos y tan grandes enemigos, arrostrar sus asechanzas y hacer frente a su crueldad. Para ello, es preciso que Cristo, que preside nuestros combates como juez y árbitro de ellos, establezca un equilibrio entre nuestras fuerzas y las de nuestros enemigos, reprima o modere el ímpetu desmedido de sus embates y disponga junto con la tentación el éxito feliz que nos ayude a soportarla[191] 55.

En esta contienda, los demonios no están exentos de trabajo y sufrimiento. Han de 334 soportar también la inquietud y la tristeza, **es**pecialmente cuando han de presentar batalla a adversarios más poderosos: me refiero a los varones santos y perfectos. De lo contrario, si no se les opusiera ninguna resistencia, no sería ni una lucha ni un combate. Se reduciría simplemente a una especie de licencia que se les habría dado de seducirnos con la más absoluta seguridad de su parte.

Siendo esto así, ¿cómo serían verdaderas las palabras de San Pablo cuando dice: «No es nuestra lucha contra la sangre y la carne, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos de los aires?»[192] " Y en otro lugar: «Así lucho, no como quien azota al aire» 57. Y aun: «He luchado en buena lid» 58.

Cuando se habla de lucha, guerra y combate entre dos partes beligerantes, hay, necesariamente, de una y otra esfuerzo, trabajo e inquietud. Por ambos lados el desastre lleva consigo el dolor y la confusión, al paso que la victoria engendra la alegría. Pero si mientras uno se fatiga en el campo de batalla, su émulo combate sin trabajo ni peligro y no tiene que apelar, para rendir a su adversario, más que a su propia voluntad, no se puede en rigor hablar de contienda, de lucha 335 ni combate, sino de una opresión inicua, contraria a toda razón. Pero no sucede así en esta contienda. Los demonios, al entablar la guerra con los hombres, no escatiman en lo más mínimo el trabajo ni la fatiga para obtener sobre ellos la victoria apetecida. En el supuesto de un fracaso, les alcanzan la afrenta y la ignominia que nos estaban reservadas a nosotros en el caso de haber sido vencidos, según aquello: «Alzan su cabeza los que me cercan, la malicia de sus labios los aplaste» 59. O también: «Recaerá sobre su cabeza su maldad»[193] ". Y asimismo: «Cójalos

[191] 55 **I** Cor., x, 13.

[192] 56 *Eph.,* vi, 12.
57 *I Cor.,* 26.
58 II *Tim.,* iv, *7*
[193] 59 *Ps., CXXXIX*, 10. 69 *Ps. VII,* 17.
61 *Ps, XXXIV*, 8.

inesperadamente la ruina, y enrédense en la red misma que tendieron, y caigan en la fosa que cavaron» 61 para engañar a los hombres. Ellos, pues, tienen que sufrir tanto como nosotros. Si alguna vez nos abaten, también a nosotros nos llega la ocasión de vencerlos; y cuando se ven víctimas del desastre no tienen más remedio que batirse en retirada, presa de la confusión.

Dotado de una visión clara del hombre interior, David podía ser testigo todos los *días* de las derrotas y combates a que estaban sujetos los hombres. Contemplaba al enemigo alegrarse ante nuestros descalabros y nuestras caídas, y, temiendo no se congratulase también algún día de verle 336
envuelto en el pecado, suplicaba de esta suerte al Señor: «Alumbra mis ojos, no me duerma en la muerte. Que no pueda decir mi enemigo: Le vencí. Mis adversarios se regocijarán si yo cayese» [194]62. «Dios mío, no triunfen contra mí. Que no puedan decir en su corazón: Lo conseguimos, le hemos devorado» **[63].** «Rechinan sus dientes contra mí, ¿hasta cuándo, Señor, estarás viendo esto?» "Pues «acechan en lo escondido, como león en la madriguera, e insidian para apoderarse del pobre, pidiendo así a Dios su alimento» ".

De igual suerte, cuando, a pesar de todo su empeño, no han podido engañarnos, es menester que sobre la inutilidad de sus esfuerzos «sean confundidos y avergonzados los que buscan arrebatar nuestras almas. Sean puestos en fuga y cubiertos de ignominia aquellos que se alegran de nuestro mal» ". Y Jeremías exclama: «Sean confundidos mis perseguidores, no yo. Sean ellos los que tiemblen, no yo. Haz venir sobre ellos el día de la ira. Y tritúralos con doble trituración» 67.

Es evidente que cada vez que triunfamos sobre ellos se ven humillados por una doble 337 confusión. En primer lugar, porque mientras **los** hombres van en pos de la santidad o procuran alcanzarla, ellos, que la poseían, la perdieron, siendo causa poco después de la perdición de la raza humana. Luego, porque, siendo criaturas espirituales, son vencidos por seres de carne y sangre. Por eso los santos, al considerar el fracaso de sus enemigos y sus propias victorias, exclaman en un transporte de alegría: «Perseguiré a mis enemigos y los alcanzaré, y no me volveré sin haberlos desbaratado. Los machacaré sin que puedan resurgir; caerán bajo mis pies» ". El Profeta ruega también contra ellos, cuando dice: «Juzga, Señor, a cuantos a mí se oponen, bate a los que pelean contra mí. Echa mano al escudo y a la adarga, y álzate en ayuda mía. Enristra la lanza y cierra contra mis enemigos. Di a mi alma: «Yo soy tu salvación» [195]". Y después de haber obtenido la

---

[194] 62 *Ps.* **XII,** 4 ss.

63 *Ps. XXXIV*, 24 ss. y 16.

64 *Ps. IX*, 8 **ss.**

65 *Ps..* cm, 21.

66 Ps. XXXIX, 15 y 34, 26.

67 Ier., XVII, 18.

[195] 68 *Ps. XVII*, 38.

69 Ps. **XXXIV, 1 ss.**

victoria sobre los demonios, una vez hayamos sometido y extinguido las pasiones, merecemos oír estas palabras: «Se alzará tu mano sobre tus enemigos y todos tus contrarios serán exterminados» 70.

Todos estos pasajes y otros semejantes insertos en los sagrados libros, que leemos o cantamos, debemos entenderlos como escritos únicamente contra los espíritus del mal que nos asedian 336 envuelto en el pecado, suplicaba de esta suerte al Señor: «Alumbra mis ojos, no me duerma en la muerte. Que no pueda decir mi enemigo: Le vencí. Mis adversarios se regocijarán si yo cayese»[196] [fi] [2]. «Dios mío, no triunfen contra mí. Que no puedan decir en su corazón: Lo conseguimos, le hemos devorado» [6] [3]. «Rechinan sus dientes contra mí, ¿hasta cuándo, Señor, estarás viendo esto?» " Pues «acechan en lo escondido, como león en la madriguera, e insidian para apoderarse del pobre, pidiendo así a Dios su alimento» **65.**

De igual suerte, cuando, a pesar de todo su empeño, no han podido engañarnos, es menester que sobre la inutilidad de sus esfuerzos «sean confundidos y avergonzados los que buscan arrebatar nuestras almas. Sean puestos en fuga y cubiertos de ignominia aquellos que se alegran de nuestro mal» ". Y Jeremías exclama: «Sean confundidos mis perseguidores, no yo. Sean ellos los que tiemblen, no yo. Haz venir sobre ellos el día de la ira. Y tritúralos con doble trituración» 67.

Es evidente que cada vez que triunfamos sobre ellos se ven humillados por una doble confusión. En primer lugar, porque mientras **los** hombres van en pos de la santidad o procuran alcanzarla, ellos, que la poseían, la perdieron, siendo causa poco después de la perdición de la raza humana. Luego, porque, siendo criaturas espirituales, son vencidos por seres de carne y sangre. Por eso los santos, al considerar el fracaso de sus enemigos y sus propias victorias, exclaman en un transporte de alegría: «Perseguiré a mis enemigos y los alcanzaré, y no me volveré sin haberlos desbaratado. Los machacaré sin que puedan resurgir; caerán bajo mis pies» 68. El Profeta ruega también contra ellos, cuando dice: «Juzga, Señor, a cuantos a mí se oponen, bate a los que pelean contra mí. Echa mano al escudo y a la adarga, y álzate en ayuda mía. Enristra la lanza y cierra contra mis enemigos. Di a mi alma: «Yo soy tu salvación»[197] [69]. Y después de haber obtenido la victoria sobre los demonios, una vez hayamos sometido y extinguido las pasiones, merecemos oír estas palabras: «Se alzará tu mano sobre tus enemigos y todos tus contrarios serán exterminados» 7°.

Todos estos pasajes y otros semejantes insertos en los sagrados libros, que

---

70 *Mich.,* [y], 9.

196 [62] *Ps.* mi, 4 **ss.**
63 *Ps.* **,** 24 ss. y 16. [64] Ps**. XI,** 8 ss.
[65] *Ps..* cm, 21.

[66] *Ps. XXXIX*, 15 y 34, 26.
67 Ier, XVII, 18.

197 [68] *Ps. XVII*, 38.
[89] ***Ps.*** **XXXIV, 1 ss.** 70 *Mich.,* [y], 9.

leemos o cantamos, debemos entenderlos como escritos únicamente contra los espíritus del mal que nos asedian 338 día y noche. De lo contrario, lejos de ser motivo de edificación para nuestras almas y llevarnos a una mayor paciencia y dulzura, engendrarían en nosotros sentimientos de acritud incompatibles con la perfección evangélica. De no ser así, no solamente no aprenderemos a rogar por nuestros enemigos, y mucho menos a amarles, antes bien, nos harán concebir un odio implacable, a maldecirles y a desahogarnos sin cesar contra ellos en nuestras plegarias.

Sería un crimen e incluso un sacrilegio pensar que varones santos y amigos de Dios hayan hablado a impulsos de este espíritu. Tanto más cuanto que la Ley, antes de la venida de Cristo, no estaba establecida para ellos; puesto que se elevaban por encima de sus prescripciones obedeciendo a los preceptos del Evangelio. Se anticipaban al tiempo y procuraban practicar la perfección apostólica.

QUE EL DEMONIO NO DISPONE A PLACER DE SU PODER DE DAÑAR

XXII. Que los malos espíritus no tienen poder absoluto de causar el mal a quienquiera, nos lo atestigua el ejemplo de Job. El enemigo no se atreve a tentarle más de lo que le permite el beneplácito divino. Además, el deseo de los mismos espíritus inmundos que leemos en el Evangelio es índice expresivo de ello: «Si nos echas 339 de aquí, envíanos a esa piara de cerdos» [198]71. ¿Cuánto más tendremos que creer que no pueden entrar a su capricho en el hombre, creado a imagen de Dios, quienes sin previa permisión divina carecen de la facultad de penetrar en animales inmundos?

Nadie—no digo ya entre los jóvenes, a quienes vemos permanecer con singular constancia en la soledad, sino entre los mismos perfectos—osaría habitar sólo en el desierto, cercado de tantos y tan temibles enemigos, si tuvieran éstos poder de dañarnos y tentarnos a voluntad. En fin, la evidencia resulta aún más palmaria por la palabra que Nuestro Señor y Salvador, en la humildad de su naturaleza humana, endereza a Pilatos: «Ninguna potestad tendrías sobre mí si no se te hubiese dado de arriba» 72.

XXIII. No obstante, la propia experiencia y el testimonio de los ancianos, nos dicen que los demonios no tienen en la actualidad la misma fuerza que poseían antaño, al establecerse por primera vez los anacoretas, cuando eran rarísimos los solitarios que moraban en el yermo. Entonces llegaba a tal punto su fiereza, que eran muy pocos—incluso siendo de edad avanzada y afianzados en la virtud—los que podían permanecer en la soledad. 340

En los mismos monasterios donde moraban de ocho a diez monjes, su violencia se desencadenaba con tal desenfreno y eran tan frecuentes sus asaltos, que los monjes no osaban dormir todos a un mismo tiempo por la noche, sino que se iban relevando, sucediéndose unos a otros. Mientras unos descansaban, otros permanecían en vela, perseverando sin tregua en la plegaria, la lectura o el canto de los salmos. Y cuando la naturaleza les forzaba a tomar el descanso, despertaban a sus hermanos para que les suplieran a su vez y guardaran a los que iban a conciliar el sueño.

---

[198] 71 Mt., , 31. 7 2 **Io., XC**, 11.

A no dudarlo hay que atribuir a dos causas esta seguridad y confianza en que vivimos ahora, no sólo nosotros los ancianos, a quienes ha curtido la experiencia de los años, más también los jóvenes. Una de dos: o la virtud de la cruz, al penetrar en los ámbitos del desierto y hacer brillar su gracia por doquiera ha encadenado la malicia de los espíritus; o bien, hay que pensar que nuestra negligencia mitiga su ardor **en** atacarnos. Así es como se desdeñan de usar contra nosotros de la misma vehemencia con que se ensañaban otrora contra aquellos generosos atletas de Cristo.

Pero si no nos acosan ya con sus ataques bajo formas visibles, nos engañan por otros medios y nos infligen más lamentables derrotas. De hecho, algunos solitarios han caído en tal relajación y tibieza que es menester encarecerles con blandura **341** y aun contemporizar con ellos, a trueque de que por lo menos no abandonen sus celdas, entregándose a pensamientos y acciones que podrían traer en pos de sí funestas consecuencias. Errantes de una a otra parte, bien pronto, al amparo de una vida andariega, se precipitarían en faltas más groseras. Podemos darnos por satisfechos si logramos retenerles en la soledad, sea cual fuere su apatía. Los ancianos, como remedio adecuado y único que puede ser eficaz, suelen decirles: «Permaneced en vuestras celdas; comed, bebed, dormid cuanto os plazca, con tal de que perseveréis en ellas.»

XXIVConsta, por otra parte, que los espíritus inmundos no pueden penetrar en aquellos cuyos cuerpos quieren poseer, si no es haciéndose antes dueños de sus almas y de sus pensamientos. Empiezan a despojarles del temor y recuerdo de Dios, así como de la meditación espiritual. Luego, una vez desarmados del socorro y protección divinos, se abalanzan osados sobre sus víctimas como sobre una presa fácil. Y así acaban por establecer allí su morada, cual si fuera una posesión que ha sido entregada en sus manos.

QUE LOS POSEÍDOS POR EL VICIO SON MÁS DIGNOS DE COMPASIÓN QUE LOS POSEÍDOS POR SATANÁS

XXVI Sin embargo, es más grave y terrible el estado de aquellos que, libres en su cuerpo, 342 son, no obstante, poseídos en su alma, cautivos de los vicios y pasiones diabólicas. Porque según la sentencia de San Pablo, «cada cual **es** esclavo de aquel por quien es vencido» 73. Su mal es tanto más deplorable y atroz cuanto que siendo esclavos del demonio, no advierten su agresividad ni el yugo que les tiraniza.

Sabemos que aun los cuerpos de los santos han sido entregados a Satanás o sometidos á grandes enfermedades por las faltas más insignificantes. Es que, en su clemencia, Dios no quiere encontrar en ellos, el gran día del juicio, el menor defecto ni la más leve mancilla.

Dios—según la palabra de su Profeta, o mejor, según la suya propia—quiere acrisolar sus almas vaciándolas de la escoria de sus pecados, para llevarlas en seguida a la eterna bienaventuranza. Hace con ellas como con el oro o la plata incandescentes, para que no tengan necesidad de otra purificación: «Y purificaré en la hornaza tus escorias, y separaré el metal impuro. Y té llamarán entonces ciudad de justicia, ciu

fiel» 74. Y también: «Como la plata se prueba en la fragua y el oro en el crisol, así elige Señor los corazones» 75. Y en otro lugar: «El oro y la plata se prueban en el fuego y los hombres en el crisol de la tribulación»

343. Y aun: «El Señor, a quien ama le reprende, y azota a todo el que recibe por hijo» [199]".

XXVI. Es lo que vemos claramente que acaeció a ese Profeta, a ese hombre de Dios de quien se habla en el libro tercero de los Reyes. Por una sola falta de desobediencia, cometida sin previa advertencia y sin mala voluntad—ya que fue seducido por otro—, un león le estranguló al instante. Veamos lo que dice de él la Escritura: «Es el hombre de Dios, que ha sido rebelde a la orden de Dios, y por eso le ha entregado el Señor al león, que le ha destrozado, conforme a la palabra que el Señor le había dicho» ".

Este episodio nos revela que Dios libra a un castigo temporal al Profeta para resarcir el pecado cometido y cancelar el error de que se hizo culpable en un momento de inconsciencia. Pero al propio tiempo, en atención a sus méritos y a su justicia, ordena que su cadáver sea respetado: el león, con una sobriedad y abstinencia impropias de su instinto, no se atreve, pese a su ferocidad, a tocar siquiera el cadáver que yace bajo el dominio de sus garras.

[199] *Hebr.,* 6. *78 III Reg.,* mi, 26.

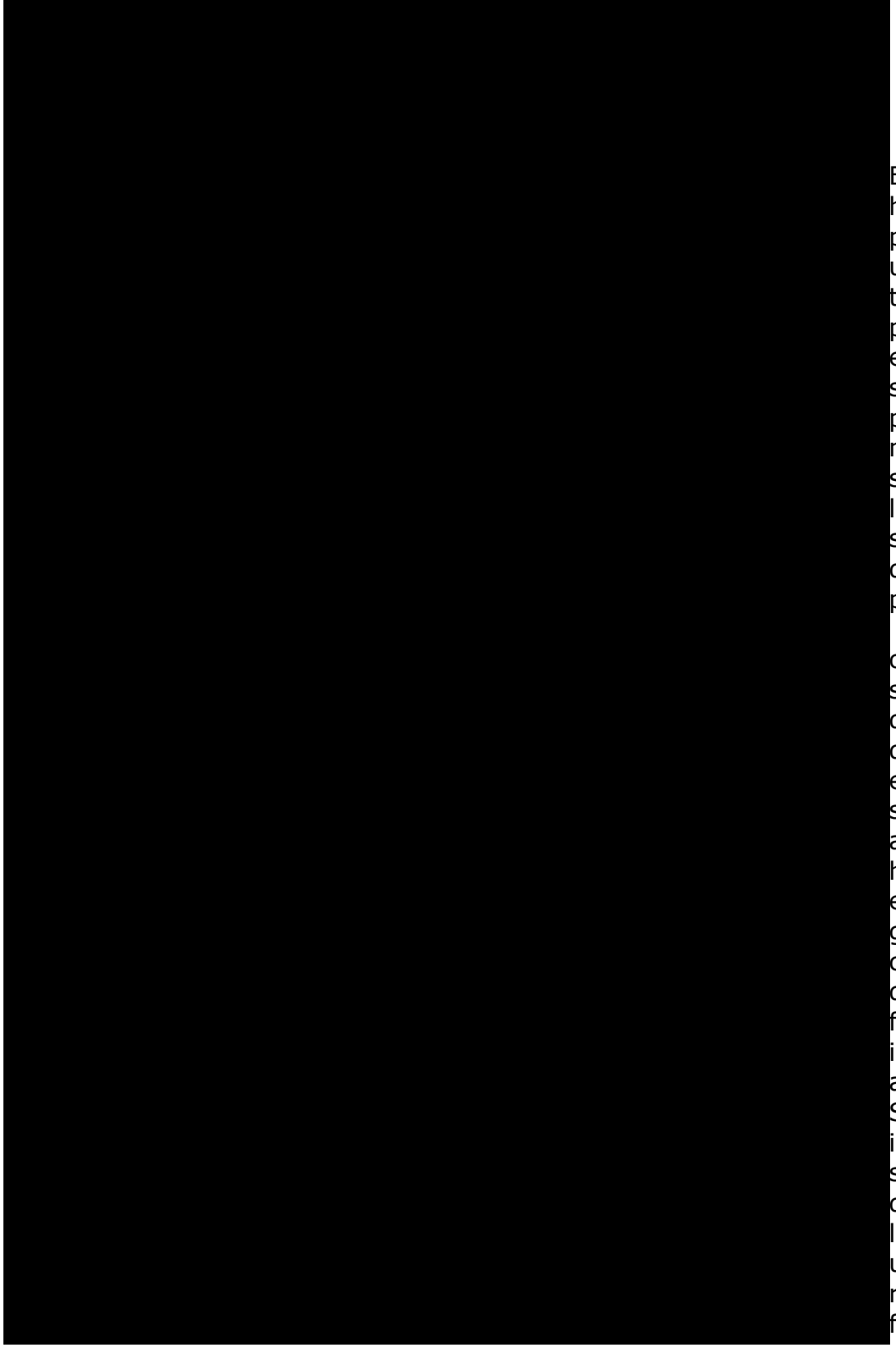
Otra señal clara y evidente de la verdad de este aserto ha tenido lugar en nuestros días, en la persona de los abades Pablo y Moisés. Habitaba éste en la zona de este desierto llamada 344 Cálamo, al paso que el primero vivía en el yermo vecino a la ciudad de Panéfesis. Esta soledad, cuyo origen es bastante reciente, es debida a inundaciones de agua muy salada. Siempre que soplaba el viento de tramontana, el agua de los estanques, impulsada por él, se extendía por **la** tierra circundante, cubriendo toda la superficie del país. De esta suerte, los antiguos caseríos; abandonados desde antiguo por sus habitantes debido a tales inundaciones, emergen ahora como islotes en medio de las aguas.

Pues bien, aquí, en la paz y el silencio de la soledad, vivía el abad Pablo. Estaba tan aventajado en la pureza de corazón, que no sólo no podía mirar el rostro de una mujer, pero ni siquiera posar la mirada en sus vestidos. Quiso **el** azar que un día, al dirigirse a la celda de un anciano en compañía del abad Arquebio [200]79, que vivía, al igual que él, en el yermo de Panéfesis; se cruzara por el camino con una mujer. Este encuentro le sobrecogió de tal modo, que intenté al punto desandar el camino y renunciar a si deber de caridad. Volvió la espalda y emprendió la fuga

[200] 9 Véanse las palabras encomiásticas que dedica Casiano a este egregio varón en la *Colación* xi, 2. De él nos habló ya en *Instituciones,* v, 37 y 38.

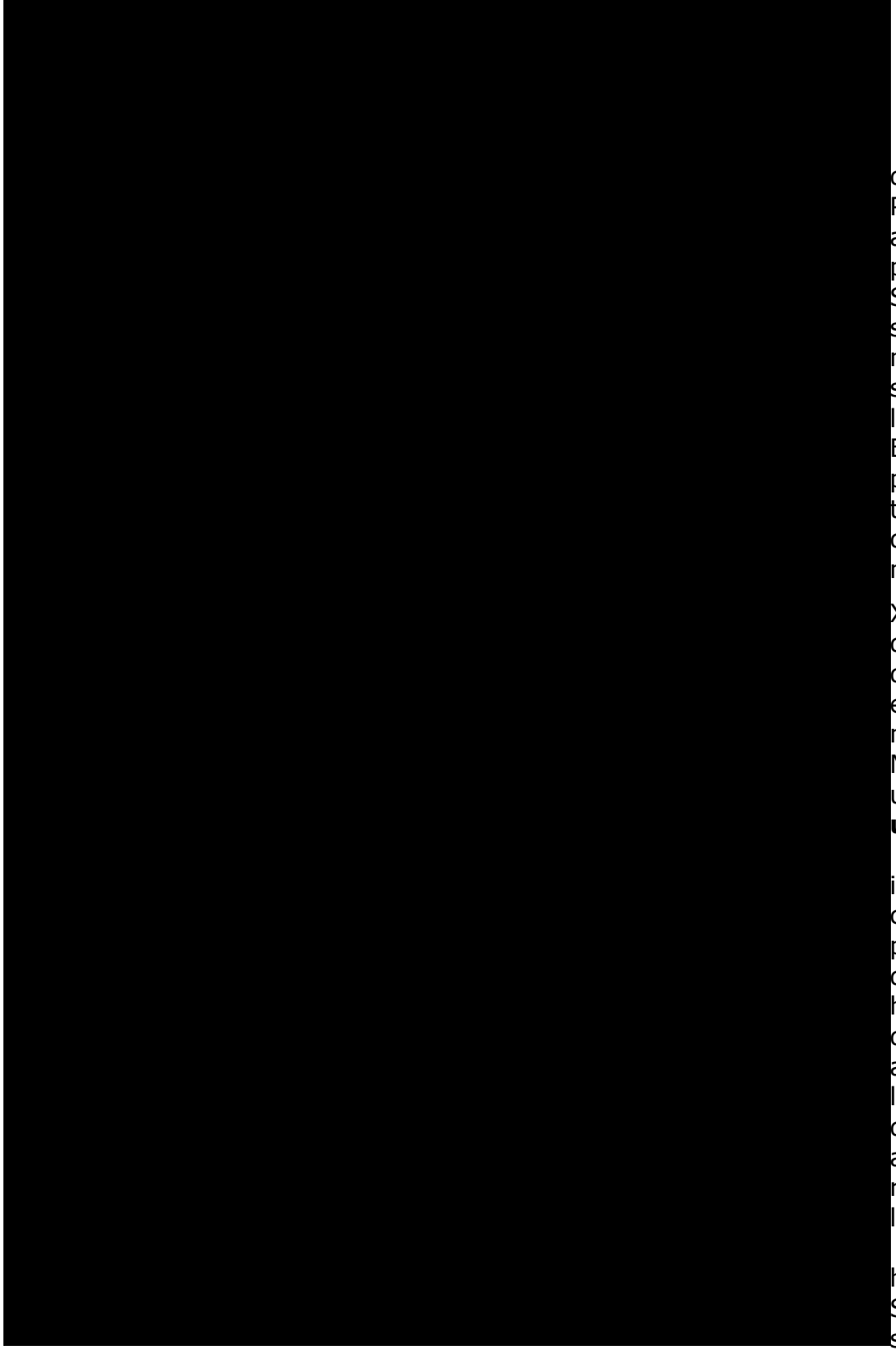
hacia el monasterio, cual si fuera huyendo de un león o de un dragón terrible. En vano le llamaba a voz en cuello el abad Arquebio desde lejos. Los gritos y las súplicas fueron 345 incapaces de hacerle desistir en su carrera. No pudo, pues, convencerle a continuar el camino hasta la celda del anciano cuya visita había proyectado. Y es que su celo por la castidad y su amor a la pureza eran los únicos móviles de su vida.

Esta conducta, no obstante, estaba muy lejos de inspirarse en la verdadera ciencia. Como se ve, rebasaba los límites de la observancia y de una justa discreción. A su juicio no sólo debía evitarse la familiaridad de las mujeres, que es, en efecto, peligrosa, sino que era como un deber el cobrar horror a su sexo y abominar de su figura.



El castigo no se hizo esperar. Una parálisis redujo a una total postración todo su cuerpo, privándole casi por entero del uso de sus miembros. Los pies y las manos se negaron a cumplir su cometido; su lengua, inmóvil en su boca, era incapaz de articular palabra; sus oídos permanecían obstruidos a todo sonido exterior. No quedaba de él más que un cuerpo inerte e insensible que sólo tenía la apariencia de hombre. Llegó a tal estado de gravedad, que los cuidados y caridad de los hombres fueron muy pronto insuficientes para aliviar sus achaques. Se hicieron imprescindibles la solicitud y delicadeza de las mujeres. Fue llevado, por tanto, a un monasterio de religiosas. Y manos femeninas fueron las que depositaban en su boca la comida y bebida, que por lo demás le era imposible pedir incluso con el más leve movimiento de cabeza. Y fueron ellas, 346 asimismo, quienes velaban solícitas en todos **los** servicios y menesteres que exigía su dolencia.

Así transcurrieron sobre unos cuatro años, hasta que llegó el fin de su vida. No obstante, es digno de notarse que, a pesar de que la enfermedad había entumecido sus miembros y le había quitado la sensibilidad, sin embargo, emanaba de este varón una virtud milagrosa. El aceite que había tocado su cuerpo, o más bien su cadáver, sanaba al instante a los enfermos de cualquier mal al ser ungidos con él. Por donde aparece con luz meridiana—aun a los ojos de **loe** mismos infieles—que esta parálisis general obedecía a un



designio de la Providencia y a un amor de predilección del Señor para con su siervo. Este don de milagros le había sido concedido por la virtud del Espíritu Santo para dar testimonio de la pureza de su vida y de sus merecimientos.

XXVII. El segundo de quien dijimos que vivió también en este desierto—me refiero **al** abad Moisés "—, fue una figura prócer, **un** hombre realmente incomparable. En castigo de una palabra un tanto desabrida que había proferido discutiendo con el abad Macario, fue librado a un demonio tan asqueroso y repugnante que llevaba a su boca excrementos humanos. Mas el Señor mostró en seguida, por la prontitud de 347 su curación y por el que fue su autor, cuál había sido su propósito al castigarle: el de purificar su alma para que no quedara en él, ni siquiera un instante, la mancha que deturpara su pureza. Púsose en oración el abad Macario, y en menos tiempo en que se dice, se retiró el maligno ahuyentado por su plegaria.

QUE NO DEBEMOS MENOSPRECIAR A LOS QUE SON LIBRADOS A LOS ESPÍRITUS DEL MAL

XXVIII. De esto se deduce claramente que no debemos rechazar ni despreciar a aquellos que vemos afligidos en graves tentaciones o entregados a los espíritus del mal.

Porque debemos creer- firmemente dos cosas. Ante todo, que nadie es tentado sin permisión de Dios. Luego, que todo cuanto nos viene de parte de Dios y que al pronto nos parece próspero o adverso, nos es enviado por un padre lleno de ternura y por el más sabio de los médicos, con miras a nuestro propio bien.

Tales almas, así vejadas, **son** como niños en manos del pedagogo. Se les humilla para que estén del todo purificadas al poner el pie en el umbral de la otra vida, o por lo menos no tengan que sufrir más que una pena muy leve. Como dice San Pablo, son entregadas ahora a «Satanás para muerte de la carne, para que el espíritu **sea** salvo en el día de Nuestro Señor Jesucristo.» 348

XXIX GERMÁN. Y ¿cómo se explica que en sus provincias no solamente son los posesos objeto de menosprecio y horror para todos, sino que la costumbre les hace mantener alejados de la sagrada Comunión, según la palabra del Evangelio: «No deis lo que es santo a los perros, ni arrojéis vuestras perlas a los puercos»?[201 81] ¿Es que hay que creer—como tú dices—que Dios, con objeto de purificarles, les humilla con semejantes pruebas para su bien?

SERENO. Si estamos en posesión de esta ciencia, o mejor dicho, de esta fe de que hablábamos antes de ahora, es decir, que todo procede de la mano providente de Dios y está orientado al bien de nuestras almas, en lugar de

[201 81] Mi., vil, 6

despreciar a los posesos, rogaremos incesantemente por ellos, como miembros que son de un mismo cuerpo. Sentiremos por su estado una gran conmiseración, porque cuando «un miembro sufre, todos los miembros del cuerpo sufren con él». Además, si son miembros nuestros, es in dudable que no podemos ser consumados en **la** perfección sin ellos, del mismo modo que los santos que fueron antes que nosotros no pudieron obtener sin nosotros el pleno cumplimiento de la promesa. San Pablo, en efecto, dice a este propósito: «Y todos éstos, con ser recomendables por su fe, no alcanzaron la promesa, porque *349*

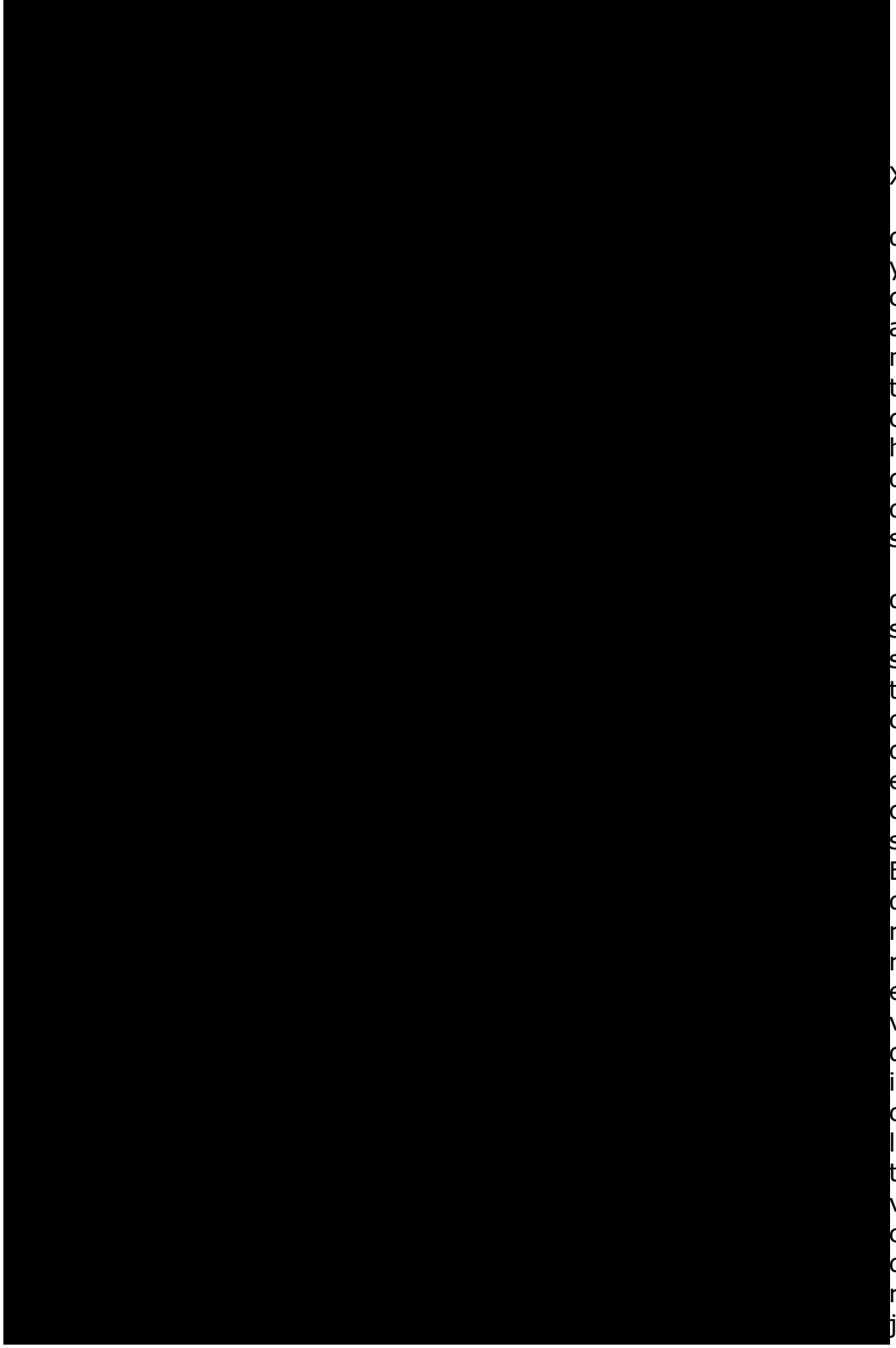
Dios tenía previsto algo mejor sobre nosotros, para que sin nosotros no llegasen ellos a la perfección» ". Por lo que se refiere a la sagrada Comunión, no recuerdo haber oído nunca que les fuera denegada alguna vez por nuestros ancianos[202] **[83].** Creían, al contrario, que, a ser posible, debían acercarse a ella cada día. Esta palabra que habéis aducido del Evangelio «no deis lo santo a los perros» no tiene aquí el sentido ni la aplicación que vosotros le dais. Porque la sagrada Comunión no tiene por objeto, en estos casos, servir de alimento al demonio, sino purificar y proteger el cuerpo y el alma del poseso. Al recibirla éste, viene a ser para el enemigo que reside en él, o se esfuerza por enseñorearse de su alma, como una llama ardiente que le abrasa y le obliga a abandonarle.

Una curación de esta índole hemos podido comprobarla recientemente en el abad Andrónico, y otro tanto podríamos decir de muchos otros. A la inversa, el enemigo atormentará más y más al poseso si ve que se le tiene alejado de esta celestial medicina. Sus ataques serán tanto más frecuentes y violentos cuanto más tiempo le halle privado de este remedio espiritual.

---

202 **[82]** *Hebr.,* 39 ss.

[83] Santo Tomás sostendrá la misma opinión y echará mano de este pasaje de Casiano para confirmarla. Véase *Sum. Teol.,* q. 80, a. 9, ad 2.



XXXI. Los que son verdaderamente desgraciados 350 y dignos de compasión son aquellos que, manchados con toda suerte de crímenes y deshonras, lejos de dejar al descubierto algún signo de esta esclavitud diabólica, ni siquiera se ven sometidos a tentación alguna que corresponda a sus delitos, ni sufren el más mínimo castigo en orden a su corrección. Estos tales no son dignos de los remedios tan rápidos cuanto eficaces de esta vida transitoria. Es que «la dureza. e impenitencia de su corazón» exceden los castigos del tiempo presente, y van «atesorando cólera para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios», día en que «su gusano nunca morirá y su fuego no se extinguirá jamás» "[203].

A ellos se refiere Isaías cuando se siente turbado por las aflicciones de los santos a quienes abruman tantas tentaciones e infortunios, al paso que los

---

[203] 8 4 **Cfr.** ***Rom., n, 5. Is.,*** un 24.

pecadores avanzan por la existencia sin, experimentar el azote de la humillación. Al columbrar la vida de estos que viven sumergidos en la abundancia de las riquezas y llegan hasta el ápice de los favores de la fortuna, **ex-**dama a impulsos del celo que abrasa su alma: «Estaban ya deslizándose mis pies, estuve a pique de resbalar. Porque miré con envidia a los impíos, viendo la prosperidad de los pecadores., Ellos no tienen miedo a la muerte: sus penas son de corta duración. No tienen parte en las 351 humanas aflicciones, y no son atribulados como los otros hombres» [204]**8 5.**

Es decir, serán castigados en la eternidad junto con los demonios aquellos que no se han hecho acreedores aquí abajo del trato de los hijos, ni han sido dignos de ser afligidos como los demás hombres.

También Jeremías contiende con el Señor a propósito de la prosperidad y bienestar de los impíos, si bien confiesa que no pone en tela de juicio su justicia soberana: «Muy justo eres tú, Señor, para que yo vaya a contender contigo» **86.** No obstante, no deja por eso de inquirir la causa de una tal disparidad, y añade: «Pero déjame decirte sólo una cosa: ¿por qué es próspero el camino de los impíos y son afortunados los perdidos y los malvados? Tú los plantas y ellos echan raíces, crecen y fructifican; te tienen a ti en la boca, pero está muy lejos de ti su corazón» 87.

---

[204] **85** *Ps.* **LXXII**, 2 **ss**.

86 *ler.,* XII, 1 **ss**.

87 Ibí d.

A pesar de ello, el Señor derrama lágrimas sobre su ruina en la persona del Profeta. Lleno de solicitud por ellos, les envía, con el fin de curarles, médicos y doctores y en cierto modo les incita al mismo llanto, diciéndoles: «De repente Babel ha caído y se ha roto; gemid por ella. Id en busca de bálsamo para su herida, a 352 ver si sana» [205]". Desesperada es la respuesta de los ángeles a quienes se les ha dado la incumbencia de velar por los hombres, o por mejor decir, la respuesta del Profeta en nombre de **los a**póstoles, o de los hombres espirituales y doctores, que advierten el endurecimiento de estos infelices y su corazón impenitente: «Hemos que.rido curar a Babel—dicen—, pero no se ha curado. Dejémosla, vámonos cada uno a nuestra tierra, porque sube su maldad hasta los cielos y se eleva hasta las nubes» ". También Isaías en presencia de este mal arrollador, pone **en** labios de Dios estas palabras dirigidas a Jerusalén: «Desde la planta de los pies hasta **la** cabeza, no hay en ella nada sano. Heridas, hinchazones, llagas entumecidas que no han sido curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite» ".

---

[205] *Ier.,* u, 8.
[89] Ibíd., 9 ss.
[90] *Is.,* I, 6.

DIVERSIDAD DE TENDENCIAS QUE SE ADVIERTEN EN LAS POTESTADES DEL AIRE

XXXII. Se encuentra entre los espíritus in mundos la misma complejidad y diversidad de inclinaciones que se hallan en los hombres. Es éste un hecho probado, que no ofrece duda. Hay algunos de estos espíritus a quienes 353 el vulgo ha dado en llamar Faunos, que son seductores y bufones. Permanecen de continuo en determinados lugares o junto a la vera de los caminos. Su propósito no es atormentar a los transeúntes que logran engañar. Se contentan en reírse y burlarse, procurando fatigarles más que causarles daño alguno. Otros se emplean en producir pesadillas a los hombres entre sueños, pero sin hacerles ningún mal.

Los hay, en cambio, de una crueldad y atrocidad sumas. No satisfechos con vejar horriblemente a sus posesos, se lanzan desde lejos encima de los viandantes para infligirles la más cruel de las muertes. Tales son los que nos describe el Evangelio. Era tal el terror que infundían, que nadie osaba pasar por el camino que ocupaban. Estos y otros semejantes a ellos son, sin duda, los que con insaciable ferocidad se complacen en encender las guerras que asolan al mundo y en el derramamiento de sangre.

Se encuentran otros a quienes el vulgo llama Babuceos, que saben infiltrar una vana hinchazón en las almas de aquellos de quienes se han adueñado. Así se les ve a éstos empeñarse por aparentar una talla superior a su natural, adoptando posturas arrogantes y jactanciosas. En ocasiones se inclinan simulando toda suerte de actitudes afables y cortesas para aparecer a los ojos de todos simples y buenos a la vez. A veces también la fantasía forja en su imaginación la idea de que son grandes personajes, y que las miradas 355

El Evangelio atestigua que hay otras clases de demonios, esto es, mudos y sordos[206] 94. Por otro lado, el Profeta asegura la existencia de espíritus que se entregan con preferencia al libertinaje y a la lujuria, al decir: «El espíritu de fornicación les ha descarriado, y fornicaron alejándose de su Dios» 95. La autoridad de la Escritura nos enseña además que hay demonios nocturnos, diurnos y del mediodía 96.

Pero sería prolijo compulsar uno por uno los volúmenes de la Biblia para descubrir en concreto las diferentes especies, como los onocentauros, los sátiros, las sirenas, los búhos, las avestruces, las lamias y los erizos de que nos habla. En el Salterio se menciona también al áspid y al basilisco, al león y al dragón "; en el Evangelio, a los escorpiones y al príncipe de este mundo ". En fin, San Pablo nombra a «los adalides de este mundo tenebroso y a los espíritus malos de los aires» 99.

---

206 *Mc.,* 16, etc. Se dice «demonios sordos y mudos» por su 'acción funesta en los hombres que poseen, haciéndoles sordos y mudos.

95 *Os., IV*, 12.

96 Alusión al pasaje del *Salmo* xc, 5 ss.

97 Refiérese al mismo *Salmo* xc, 13.

98 *Lc.,* x, 19.

99 *Eph.,* VI, 12.

estos espíritus. Se les ha dado estos apelativos por analogía con su nequicia y maldad, o también por compararles con esa especie de realeza que les confiere entre las demás fieras salvajes la grandeza extraordinaria de su malicia. Se ha escogido para uno el denominativo de león, dé acuerdo con la vehemencia de su ferocidad; a otro se le ha denominado basilisco por razón de su virus mortal, que produce la muerte antes de que se perciban sus efectos, y a otros

inocular con más

XXXIII. GERMÁN. No dudamos que **las**

categorías enumeradas por el Apóstol se refieren también a éstos: «Porque no es nuestra lucha contra la sangre y la carne, sino contra los principados, contra las potestades, contra los domi nadores de este

quisiéramos saber de

gran diversidad entre ellos y

grados de malicia. ¿Es que tal vez

para que obtuvieran el rango

litaran, por decirlo así, en tal o cual grado

XXXIV. SERENO. Aunque vuestras

Todos estos nombres no les han sido dados al azar. Estas bestias feroces, que son para nosotros más o menos peligrosas, son exponente de los diversos grados de crueldad que existe entre 356 estos espíritus. Se les ha dado estas apelativos por analogía con su nequicia y maldad, o también por compararles con esa especie de realeza que les confiere entre las demás fieras salvajes la grandeza extraordinaria de su malicia. Se ha escogido para uno el denominativo de león, de acuerdo con la vehemencia de su ferocidad; a otro se le ha denominado basilisco por razón de su virus mortal, que produce la muerte antes de que se perciban sus efectos, y a otros se ha convenido en llamarles onocentauro, erizo o avestruz por engañar más disimuladamente e inocular con más lentitud su ponzoña.

XXXIII. GERMÁN. No dudamos que las categorías enumeradas por el Apóstol se refieren también a éstos: «Porque no es nuestra lucha contra la sangre y la carne, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos de los aires» [1]". No obstante, quisiéramos saber de dónde procede una tan gran diversidad entre ellos y cómo existen tantos grados de malicia. ¿Es que tal vez fueron creados para que obtuvieran el rango que ocupan y militaran, por decirlo así, en tal o cual grado de malicia?

XXXIV. SERENO. Aunque vuestras reiteradas preguntas nos han quitado todo el tiempo de descanso de la noche, nos encontramos ya cerca de la aurora, sin que sintamos por ello que se aproxima. Y, sin embargo, todo nos invita a continuar hasta la salida del sol esta colación, sin que podamos quedar saciados y sentirnos satisfechos.

Pero si comenzamos a ventilar la cuestión que acabáis de proponerme, vamos a engolfamos en un amplio y profundo océano de problemas, que la brevedad del tiempo no nos permitiría cruzar. Creo, por tanto, que lo mejor es demorar la solución de este punto hasta la noche siguiente. Entonces tendré ocasión de conversar con más desahogo con vosotros y podremos departir con más alegría y provecho espiritual. Por lo demás, ese viento a favor, que es el soplo del Espíritu Santo, nos ayudará a penetrar en el ancho golfo de las cuestiones propuestas.

Gustemos, pues, ahora un poco del sueño y sacudamos el peso que, al aproximarse el día, empiezan a sentir nuestros párpados. Luego nos iremos juntos a la iglesia; a ello nos invita la solemnidad del día del Señor. De regreso, después de la sinaxis, una doble alegría llenará nuestro corazón. Entonces podremos comunicarnos lo que el Señor, en su largueza y en atención a vuestros deseos, habrá querido inspirarnos para nuestro común aprovechamiento.

VIII

SEGUNDA CONFERENCIA DEL ABAD SERENO

DE LOS PRINCIPADOS

Capítulos: I. Hospitalidad del abad Sereno.—II. Pregunta sobre la diversidad que se observa entre los espíritus del mal.—III. Respuesta: múltiples manjares que ofrecen las Sagradas Escrituras.—IV. Pueden darse dos opiniones sobre el sentido de ciertos pasajes escriturísticos.—V. La respuesta a la cuestión planteada hay que clasificarla en el número de las opiniones indiferentes.—VI. Dios no ha creado nada malo.—VII. Origen de los principados y potestades.—VIII. De la caída del diablo y de sus secuaces.—IX. Objeción: La caída del diablo tuyo principio cuando la seducción de Eva.—X. Respuesta sobre el origen de la caída del diablo.

XI. Del castigo del engañador y del engañado.

XII. De la multitud y movimiento de los demonios que se agitan por los aires.—XIII. Las potestades adversas fomentan entre ellas la misma hostilidad que las anima contra los hombres.—XIV. De dónde proviene a los espíritus malos el nombre de potestades o de principados.—XV. No es tampoco sin motivo el que las santas y celestiales virtudes han recibido los nombres de ángeles y arcángeles.—XVI. La sujeción que los demonios testimonian a sus príncipes, puesta de manifiesto por la visión de un hermano.—XVII. Que todo hombre tiene dos ángeles junto a él.—XVIII. Prueba de los filósofos sobre la diferencia que existe en la malicia de los espíritus malos.—XIX. Que los demonios nada pueden contra los hombres si desde un principio no se apoderan de su espíritu.— XX. Pregunta acerca de los ángeles apóstatas, de 360 los cuales se dice en el libro del Génesis que habrían tenido comercio con las hijas de los hombres. XXI. Solución a la pregunta formulada.—XXII. Pregunta sobre cómo puede reprocharse a los hijos de Set su unión con las

hijas de Caín, cuando ninguna ley lo prohibía.—XXIII. Desde el principio, la ley natural sujetaba a los hombres al juicio y a la pena.—XXIV. Los que pecaron antes del diluvio fueron castigados justamente.—XXV. Cómo hay que interpretar lo que se dice en el Evangelio referente al demonio, de que «es mendaz y padre de la mentira».

HOSPITALIDAD DEL ABAD SERENO

I. No bien hubimos concluido con las obligaciones él.

El objeto de este uso es muy otro: poner coto a la vanidad. Porque a menudo las abstinencias extraordinarias—si bien de una manera insensible---van abriendo brecha anejas a la solemnidad del día, y la despedida litúrgica puso término a la sinaxis, nos volvimos a la .celda del anciano. Este nos preparó entre tanto un opíparo festín.

En lugar de la salmuera, a la que añadía una gota de aceite, y que constituía su comida habitual, aderezó aquel día una salsita y vertió un poco más de aceite que de ordinario. A este propósito debo advertir que jamás ningún solitario deja de condimentar con esta gota de aceite su comida. Pero la intención de estos monjes no es dar un placer a su gusto. Como se ve, una cantidad tan exigua es más que insuficiente para 362 aromatizar el paladar, pues se ha volatilizado antes de llegar en el espíritu para dar paso a los atractivos de la vanagloria. Para evitar esta posible insinuación de altivez, juzgan ser aquél un medio muy adecuado. Cuanto más secreta y oculta es la abstinencia, cuanto más a cubierto está de toda mirada humana, más sutil es también la tentación, que no cesa de perseguir al que intenta ocultarla.

Sereno nos sirvió además tres aceitunas fritas con sal[207]. Luego nos presentó un canastillo donde habla algunos garbanzos cocidos. Esto es para ellos algo así como productos de repostería. Nosotros no tomamos más que cinco cada uno, con dos ciruelas y sendos higos. Exceder este número sería un crimen en el desierto.

Una vez terminado el banquete, demandamos a nuestro huésped tuviera a bien dar cumplimiento 363 su promesa, poniendo fin a la exposición de su tema. «Formulad la pregunta—repuso el anciano—cuyo examen hemos demorado hasta ahora.»

PREGUNTA SOBRE LA DIVERSIDAD QUE SE OBSERVA

---

[207] [1] En realidad, el texto dice «nos sirvió sal frita», *apposuit salem frictum.* Pero los comentaristas de Casiano están contestes en afirmar que no se sabe qué clase de alimento pueda ser esta «sal frita». Hay que interpretar, pues, el texto crítico en la forma que traducimos. Tanto más cuanto que en ciertos manuscritos antiguos se halla la lección *sale frictas olivas ternas,* «tres aceitunas fritas con sal». Petschenig, de cuyo texto crítico prescindimos en este lugar, no parece haber advertido esta lección.

ENTRE LOS ESPÍRITUS DEL MAL

II. Preguntábamos—dijo Germán—a qué es debido esa gran variedad de potestades adversas que se ciernen sobre el hombre y que San Pablo enumera así: «No es nuestra lucha contra la sangre y la carne, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos de los aires»[208 2]. Y aún: «Ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo venidero, ni las virtudes, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra criatura podrá arrancarnos al amor de Dios en Cristo Jesús nuestro Señor» S.

¿De dónde provienen tantos enemigos, cuyo objeto es cebarse contra nosotros? ¿Es que el Señor ha creado estas potestades con una gama tan rica en rango y dignidad precisamente con miras a entablar la guerra más atroz con el hombre?

SERENO. Entre las verdades consignadas 364 en las divinas Escrituras para nuestra enseñanza, las hay de una claridad tan evidente, que los espíritus menos penetrantes fácilmente pueden captarlas. No están paliadas por un sentido profundo y oculto. Por eso no se precisa recurrir a la exégesis para desentrañar su contenido. A veces se vislumbra a primera vista en las palabras, y aun en las letras, toda su luz e inteligencia. Otras, en cambio, laten ocultas en una arcana oscuridad. Entonces ofrecen una perspectiva inmensa a los que, con esfuerzo y solicitud, procuran esclarecerlas y penetrar su misterioso sentido.

Las razones de esta economía divina son múltiples. La primera estriba en que, si los secretos de Dios no estuvieran celados por el velo de un sentido espiritual, todos, sin distinción, fieles y profanos, las conocerían por igual. Y entonces no mediaría diferencia alguna entre los negligentes y los estudiosos, entre la indolencia y el esfuerzo. Además, la Escritura, al invitamos a discurrir por los inmensos campos de doctrina que encierra, nos da motivo, incluso a los cristianos, de sonrojarnos por nuestra pereza, y al propio tiempo pone de relieve el ardor y entusiasmo de los fervorosos.

Podría muy bien compararse la Escritura a una tierra exuberante y fértil. En ella nacen y se desarrollan gran copia de frutos que han de sustentar y nutrir la vida humana sin necesidad de previa cocción. Otros manjares han menester 365 del fuego para mitigar su dureza nativa y poder ser digeridos; de lo contrario, al mismo tiempo que incomestibles podrían ser perjudiciales. Los hay, en cambio, que gozan de ambas cualidades: puede que no se les aderece con el fuego, y, sin embargo, aunque se tomen crudos, su sabor no es desagradable ni producen mal alguno. No obstante, es claro que con la cocción adquieren ciertas cualidades muy apreciables. En fin, muchos otros alimentos no son en modo alguno adecuados para el hombre: tales son los destinados a los animales irracionales, a las bestias de carga, a las fieras salvajes y a las aves. A pesar de conservar su aspereza natural y no ser preparados con el fuego, son muy a propósito para todos estos usos.

Semejante economía puede apreciarse en el ubérrimo paraíso de la Sagrada

---

II. [208 2] *Eph.,* vi, 12.

RoM., vi% 33-39.

Escritura. Ciertos pasajes tomados en su sentido literal brillan con meridiana claridad. Sin necesidad de apelar a una interpretación más elevada, considerando simplemente las palabras tal como suenan, ofrecen a los oyentes un alimento abundante y sustancial. Así, por ejemplo, esta frase: «Oye, Israel: el Señor Dios tuyo es un solo Señor»[209] [4]. Y ésta: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» 6. 366

Hay, por el contrario, otros lugares bíblicos que necesitan espiritualizarse merced a la interpretación alegórica, suavizándolos con el fuego espiritual del espíritu. De lo contrario, en lugar de proporcionar al hombre interior un alimento saludable y de fácil asimilación, limpio de todo germen lesivo, vienen a convertirse en un manjar perjudicial. Entre estos textos cabe mencionar el de San Lucas: «Estén ceñidos vuestros lomos y encendidas vuestras lámparas» [2106]; y aquel otro: «Quien no tenga espada, venda su túnica y cómpresela» [7]; y: «Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí» 8.

Hubo antaño monjes—por lo demás, de gran austeridad, que estaban poseídos del celo de Dios, si bien «no según la sabiduría» [9]—que interpretaban estas palabras con una ingenuidad superlativa; tanto, que llevaban sobre sus hombros cruces que se habían fabricado con madera. Con ello daban a sus prójimos más materia de risa que de edificación.

Asimismo, se encuentran pasajes que es indiferente tomarlos en sentido literal o alegórico; en ambos casos, sus efectos son igualmente provechosos, pues nos proporcionan manjares nutritivas. Así, verbigracia: «Si alguno te abofetea en 367 la mejilla derecha, dale también la otra» [211]10. Y: «Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra» 11. Y también: Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo y ven y sígueme»

Finalmente, el vasto campo de las Escrituras ofrece también hierba en abundancia con que los animales se sustentan 13. Es éste un alimento diseminado en todas direcciones. Entendemos por él la relación simple y elevada del sentido histórico. Las almas más sencillas e incapaces de aprehender la doctrina en toda su perfección e integridad—por ellas se ha dicho: «Salvarás a los hombres y a los jumentos, Señor» "—encuentran aquí un manjar adaptado a su estado y capacidad. De él extraen el vigor y robustez

---

[209] [4] *Deut.,* vi, 4.
[5] Ibíd.

[210] 6 *Lc., XII*, 35.
7 *Lc.,* **XXII,** 36. Mt., x, 38. 9 *Rom., x, 2.*

[211] le Mt., [y], 39.
11 *Mt.,* x; 23.
12 Mt., XIX, 21
13 *Ps.* cm, 14.
14 *Ps. XXXV*, *7.*

que necesitan para llevar a cabo las tareas y labores de la vida activa.

PUEDEN DARSE DOS OPINIONES SOBRE EL SENTIDO DE CIERTOS PASAJES ESCRITURÍSTICOS

IV. Cuando la Escritura no ofrece dificultad alguna por la claridad del texto, no hay por qué temer en pronunciamos con decisión en uno 368
u otro sentido y sostener con firmeza nuestros sentimientos. Pero no debemos proceder del mismo modo en otros lugares sobre los que el Espíritu Santo ha tendido un velo, como queriendo estimular nuestra reflexión y nuestro trabajo. No nos ha permitido juzgar acerca de ellos por simples indicios, sino que nos ha obligado a avanzar paulatinamente, iniciándonos en su contenido con precaución. Por lo mismo, si en estos casos el que habla es libre de proponer o no su punto de vista, está también en su derecho de dar o denegar su asentimiento.

Porque ocurre a veces que se dan dos opiniones divergentes acerca de un punto determinado, pudiéndose aducir razones de peso en favor de ambas. En cuyo caso es muy loable adoptar, sin detrimento de la fe, una actitud definida o, por lo menos, intermedia; es decir, ni dar el pleno asentimiento a ninguna de las partes ni rechazar tampoco una u otra de un modo absoluto. En otras palabras: obrar de suerte que mutuamente no se causen perjuicio alguno, ya que ninguna de las dos está en abierta oposición con la fe.

Así, por ejemplo, Elías, ¿vino en la persona de Juan o debe preceder al segundo advenimiento? La abominación de la desolación, ¿penetró **en** el lugar santo al ser colocado el símbolo de Júpiter en el templo de Jerusalén o debe todavía entrar en la Iglesia por la venida del anticristo? Análogamente, todo lo que sigue en el relato evangélico puede considerarse desde un ángulo 369 de vista distinto: o como cumplido ya en el asedio de Jerusalén o como acontecimientos que tendrán lugar al fin del mundo. Esta diversidad de opiniones sobre un mismo punto ni se oponen ni se excluyen. Es decir, que ambas son probables, y no por adoptarse la una se sigue la condenación de la otra.

V. Esto advertido, como la cuestión que acabáis de plantearme no ha sido con frecuencia ventilada entre los hombres y queda oscura para la mayoría, lo que vamos a decir ahora podrá parecer ambiguo a muchos. Ello nos obliga a hacer con ciertas reservas una afirmación. La fe trinitaria no quedará menoscabada si nuestra resolución es tenida por simplemente probable. Mas no se trata aquí de esa probabilidad que se funda en meras hipótesis. Estriba en testimonios muy claros de la Escritura.

VI. Lejos de nosotros afirmar que haya Dios creado alguna cosa sustancialmente mala cuando la Escritura nos dice: «Todas las cosas que Dios hizo eran muy buenas»[212] [15]. Ahora bien, admitir que los demonios han sido creados por Dios tales como son en la actualidad, provistos de los mismos grados de malicia que les afean, para engañar y perder a los hombres, sería contradecir en un todo a dicho texto de la Escritura e infamar 370 a Dios

---

[212] [15] *Gen.,* I, 31.

como creador e inventor del mal. Pues en tal caso tendría que admitirse que El habría hecho estas naturalezas, estas voluntades tan malas con el designio de que perseveraran en su malicia, sin poder nunca llegar a tener buenos sentimientos. En cuanto a la razón de la diversidad que caracteriza a estos espíritus, vamos a exponerla según nos ha enseñado a leer en la Escritura la tradición de los Padres

ORIGEN DE LOS PRINCIPADOS Y POTESTADES

VII. Dios, antes de traer a la existencia este mundo visible, creó las virtudes espirituales del cielo [213]". Y ello para que, conscientes de que habían salido de la nada, y por don gratuito de Dios habían sido destinadas a una gloria feliz, le rindieran sin cesar acciones de gracias y se consagraran de continuo a su alabanza. De esto jamás dudaron los cristianos.

No debemos pensar que Dios comenzara la obra de la creación al establecer este mundo en que vivimos. Como si durante las miríadas de siglos - 371 que precedieron al nacimiento del universo su providencia y su gobierno hubieran permanecido inactivos, sin tener sobre quién derramar los beneficios de su bondad. Esto equivaldría a decir que se mantuvo solitario en su vida íntima y, recluido en su soledad, no pudo ejercer su munificencia. Lo cual sería tener un concepto muy poco digno e impropio de esta infinita, eterna e incomprensible majestad. Tanto más cuanto que el mismo Señor nos dice de estas potestades: «Cuando al mismo tiempo fueron hechos los astros, me alabaron con gran voz todos mis ángeles»[214] 17. Si estuvieron presentes en la creación de los astros, si al ver salir de la nada a las criaturas sensibles prorrumpieron en jocundas voces de admiración y de alabanza, es un testimonio incontestable de que fueron creados antes de que el cielo y la tierra vinieran a la vida.

Por consiguiente, antes_ de este principio de los tiempos del cual habla Moisés, y que, según el sentido literal y aun judaico 18, señala la edad del mundo—hecha la debida salvedad de que Cristo es el principio de todas las cosas, pues 372 en El el Padre las ha creado, según esta palabra: «Todo ha sido hecho por El, y sin El nada se ha hecho»—antes de este principio de los tiempos, digo, indicado por el Génesis, es indudable que Dios creó todas las potestades y virtudes, que San Pablo enumera en este orden: «Porque en

---

[213] 16 Santo Tomás sostiene como más probable que los ángeles fueron creados al mismo tiempo que la naturaleza corpórea: cfr. *Sum. Theol.,* 1.ª, q. 61, a. 3. La opinión de Casiano, sin embargo, está respaldada por la autoridad de San Gregorio de Nacianzo, junto al cual podría colocarse también a San Basilio, San Ambrosio y San Juan Damasceno.

[214] 17 *Job, XXXVIII*, *7* [LXX].

18 Analiza aquí Sereno las distintas interpretaciones de la locución in principio, y llama judaica la que la explica del comienzo del *tiempo. Casiano, al* legarnos esta exposición exegética del abad, parece haber preferido, con el común de los Padres, entender con el nombre de «principio» a Cristo. No obstante, es evidente que la primera interpretación es la literal y más obvia.

Cristo fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles, los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades; todo fué creado por El y en El»[215] 9.

VIII. De entre ellas cayeron muchas que habían ocupado el lugar más excelso en la gloria celeste. Ello consta claramente de las lamentaciones de Ezequiel y de Isaías [20], en las cuales vemos gemir y llorar sobre el príncipe de Tiro o sobre Lucifer, que nacía por la mañana en el horizonte. Del primero, así habla el Señor a Ezequiel: «Hijo del hombre, canta una elegía **373** al príncipe de Tiro y dile: Así habla el señor Yahvé: eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría y acabado de belleza. Habitabas en el Edén, en el jardín de Dios, vestido de todas las preciosidades. El rubí, el topacio, el diamante, el crisolito, el ónice, el berilo, el zafiro, el carbunclo, la esmeralda y el oro te cubrían; llenaste tus tesoros y tus almacenes. El día en que fuiste creado te pusieron junto al querubín colocado en el monte de Dios y andabas en medio de los hijos de Dios. Fuiste perfecto en tus caminos desde que fuiste creado hasta el día en que fue hallada en ti la iniquidad. Por la muchedumbre de tus contrataciones se llenaron tus estancias de violencia; y pecaste, y te arrojé del monte santo y te eché de entre los hijos de Dios, ¡oh querubín protector! Ensoberbecióse tu corazón de tu hermosura, y se corrompió tu sabiduría, y a pesar de tu esplendor, por tus muchos y graves delitos, yo te eché por tierra; y te doy en espectáculo a los reyes por la muchedumbre de tus iniquidades. Por las injusticias de tu comercio profanaste tus santuarios»[216] 21.

E Isaías dice del segundo: «¿Cómo caíste del cielo, lucero brillante hijo de la aurora? ¿Echado por tierra el dominador de las naciones? Tú, que decías en tu corazón: Subiré a los cielos; en lo alto, sobre las estrellas de Dios, elevaré mi trono; me instalaré en el monte santo, en las 374 profundidades del aquilón. Subiré sobre la cumbre de las nubes y seré igual al Altísimo» [217]**2 2.**

---

[215] **19** Cfr. ***Io., I***, 3. *Col.,* , 16.

[2]9 En lo relativo al dogma de los ángeles, son clásicos y célebres, por citarse a la continua, **los dos** textos bíblicos que aduce aquí Casiano. **El primero** se refiere inmediatamente al príncipe de Tiro. Los Padres lo aplican al diablo, de quien era aquel tipo, por figurarse en él la caída de Lucifer. Lo mismo hay que decir del segundo, que se refiere a Nabucodonosor. Por éste designa también la tradición patrística a Satanás, su antitipo. Así,_ algunos rasgos convienen tanto a estos reyes como a los demonios, si bien algunos de una manera propia e histó**rica, y otros, impropia y figuradamente. Cfr. SAN** JERÓNIMO ***en*** **su** comentario a *Isaías,* 3.

[216] *21 Ez.,* **XXVIII,** 11 ss,

[217] ***22*** *L5.,* m[y], 12 ss.

Según testifica la Escritura, no fueron sólo aquéllos los que cayeron de la cúspide de la gloria. El dragón nos hace saber que arrastró en pos de sí una tercera parte de las estrellas". Uno de los apóstoles usa un lenguaje más claro, al decir: «Los ángeles que no guardaron su dignidad y abandonaron su propio domicilio, los tiene reservados, en perpetua prisión, en el orco, para el juicio del gran día» ". Y estas palabras que el Salmista nos dirige: «Mas vosotros, como hombres, moriréis, caeréis como uno de los príncipes» [2][5], ¿qué otra cosa significan, sino que muchos de los ángeles más encumbrados sucumbieron?

Por estas señales podemos llegar a descubrir la razón de la diversidad que reina entre las potestades adversas: o han conservado del grado en que fueron creadas las diferencias de rango que se dice existe entre ellas, a la manera de los ángeles buenos, o bien, precipitadas de la alto de los cielos, han vindicado para sí, en sentido peyorativo—según su malicia—, las dignidades y los nombres de los ángeles que permanecieron fieles. *375*

---

23 *Apoc.,* ni, 4.

24 *lud.,* [y], 6.
25 *Ps.* LXXXI, 7.

LA CAÍDA DEL DIABLO TUVO PRINCIPIO CUANDO LA SEDUCCIÓN DE ADÁN

IX. GERMÁN. Hasta aquí habíamos creído que la causa y el principio de la" ruina o defección del diablo que le hizo caer de su dignidad angélica había sido principalmente la envidia, cuando sus celos y astucia sedujeron a Eva y Adán.

X. SERENO. Del pasaje del Génesis se deduce que no fué éste el origen de su prevaricación y caída.

Antes de que les hubiera engañado, el hagiógrafo creyó deber de infligirle una deshonra: la de darle el denominativo de serpiente: «Mas la serpiente era más sabia» [218]. O, como dice el texto hebreo: «El más astuto de los animales de la tierra que hizo Dios». De ahí podréis comprender que, incluso antes de engañar al primer hombre, se había alejado ya de la santidad angélica. Por lo que no sólo merece ser señalada con este nombre infamante, sino ser declarada superior a todas las demás bestias de la tierra por la habilidad de su nequicia.

En verdad, la Biblia no hubiera podido jamás designar con tal vocablo a un ángel bueno. No diría de los que han perseverado en su beatitud: 376 «La serpiente era el más sabio de todos los animales de la tierra.» Este apelativo, no sólo no puede ser aplicado a los arcángeles Gabriel y Miguel, pero ni siquiera puede decirse de un hombre bueno sin mengua de su reputación. En suma: es manifiesto que el vocablo serpiente y su parangón con los demás animales no conviene a la dignidad del ángel y, en cambio, está en consonancia con la infamia del prevaricador.

Hay más. La envidia que movió al maligno a engañar con sus argucias al hombre tiene su raíz en su anterior caída. Para él, que era uno de los príncipes de la milicia angélica, constituye una humillación insoportable ver llamado a la gloria—que fué la suya y que perdió—al hombre que acababa de ser formado del polvo de la tierra. Su primer pecado fué de soberbia, y esto le ha merecido su perdición y el nombre de serpiente; la envidia vino en segundo lugar, como una secuela inevitable de aquél. Este le hizo todavía capaz de erguirse, de conservar y tener cierto consorcio con el hombre. Mas la sentencia del Señor le abatió en seguida hasta lo más ínfimo. Y ello para que no anduviera con tanta arrogancia ni pudiera como antes dirigir a lo alto su mirada. Así, condenado a arrastrarse por el suelo, postrado sobre su vientre, se nutriera con el alimento humillante de las obras de los vicios. Además, hasta entonces era para el hombre un enemigo oculto. Dios le denuncia ahora y establece entre ambos una 377 enemistad cordial y al mismo tiempo provechosa, una discordia profunda y saludable, para que en lo sucesivo, esquivándole como a un enemigo capital, no pueda dañar al hombre so pretexto de falsas amistades.

NI ENGAÑADOR NI ENGAÑADO ESCAPAN AL CASTIGO

XI. Un aspecto de esta historia nos debe enseñar especialmente a huir de los malos consejos.

---

[218] 26 *Gen., III, 1.*

El engañador, sin duda, es condenado y castigado como se merece. Pero el engañado no escapa tampoco al castigo, aun cuando éste sea menos riguroso que aquél. La lección es manifiesta en el pasaje de referencia.

Adán, que ha sido seducido, o mejor—hablando con frase del Apóstol—, que «no ha sido seducido» [219]", pero ha dado su aquiescencia a Eva, seducida por el demonio, es condenado únicamente a trabajar con el sudor de su frente. En realidad, estos males no son el erecto de una maldición que pesa sobre él, sino la maldición de la tierra y de su esterilidad.

La mujer, que le ha inducido a cometer el mal, incurre en el castigo de la tristeza, de los gemidos y dolores innumerables. Además, estará siempre sometida al varón. La serpiente, que 378 fue el primer autor del pecado, es castigada con una maldición eterna. Preciso es, por consiguiente, guardarse con gran solicitud y circunspección de los malos consejos. Porque, sobre causar el castigo de su autor, paga también la pena de su culpa quien les presta oídos.

XII. Tan densa y numerosa es la multitud de los espíritus malos que merodean por los aires entre cielos y tierra, agitándose en ellos en constante actividad, que fue una feliz disposición de la Providencia el ocultarlos y sustraerlos a las miradas humanas.

Su horrible concurso, o la monstruosidad de sus formas, que revisten según sus grados, hubieran consternado a los hombres y les hubieran hecho morir bajo el peso de un temor intolerable. Los ojos de carne no están hechos para una visión semejante.

A más de esto, su constante ejemplo, provocándoles *a la imitación,* les hubiera contaminado, tornándoles cada día más ruines. De ahí hubiera surgido una familiaridad peligrosísima, un comercio entre los hombres y las potestades del aire que hubiera tenido consecuencias monstruosas.

Es innegable que se cometen muchos crímenes vergonzosos, inconfesables, entre los humanos. El secreto de nuestros aposentos, la distancia de los lugares y la misma confusión y vergüenza los ocultan a las miradas de la gente y hacen que 379 no se publiquen entre los hombres. Pero si se viera cometerlos a plena luz por los demonios, cundiría entre nosotros el desenfreno y el libertinaje. Porque no existe instante alguno en que no se entreguen ellos a tamañas aberraciones. Tanto más cuanto que no están sujetos, como nosotros, a la flaqueza y desgaste de la carne, a los cuidados que reclama el bien de la familia ni a la solicitud que lleva consigo el tener que procurarse el pan cotidiano. Todo esto nos ata a menudo, muy a pesar nuestro, obligándonos a renunciar al mal que quisiéramos hacer.

XIII. Es incuestionable, además, que las potestades diabólicas fomentan contra sí las mismas hostilidades que las animan con respecto a los hombres. Toman bajo su vigilancia y amparo algunos pueblos, que han contraído con ellas, en la perversidad, estrechos lazos de servidumbre. Y ahí radica el origen de las discordias, de los conflictos y de las guerras sin fin.

Una visión del profeta Daniel nos ofrece un ejemplo tangible. Habla el

---

[219] [27] *1 Tim.,* II, 14.

arcángel Gabriel: «Nada temas, Daniel, pues desde el primer día en que diste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras y por ellas he venido yo a ti; pero el príncipe del reino de Persia se me opuso veintiún días; mas Miguel, uno de los príncipes supremos, vino en mi ayuda, y yo me quedé allí junto al rey de Persia. Vengo ahora para darte 380 a conocer lo que sucederá a tu pueblo en los tiempos venideros» [220]".

Este príncipe del reino de Persia es una potestad adversa, favorable, por supuesto, a la nación persa y enemiga del pueblo de Dios. De esto no cabe la menor duda. Viendo que por ministerio del arcángel va a tener un desenlace favorable la dificultad por la cual Daniel ha rogado al Señor, hace lo posible por impedir el éxito. Se apresura a interceptar el camino, temeroso de que la palabra de consolación de que Gabriel es mensajero llegue pronto a Daniel y conforte al pueblo de Dios, que el arcángel preside.

Por eso le dice éste al Profeta que ha sido tan violento el ataque, que no hubiera podido venir hasta él, inclusive a esa hora tardía, si el arcángel Miguel no le hubiera prestado su ayuda. Miguel ha venido ante el príncipe del reino de Persia para tomar parte en el combate y protegerle ante los golpes del enemigo. Ello le ha permitido traer el mensaje que se le había dado, transcurridos veinte días.

Unas líneas después, el Profeta vuelve sobre el mismo tema: «¿Sabes por qué he venido a ti? Porque tengo que volverme luego a luchar con el príncipe de Persia, y, en saliendo yo, vendrá el príncipe de Grecia. Pero yo te daré a conocer lo que está escrito en el libro de la verdad. Nadie 381 me ayuda contra ellos, si no es Miguel, vuestro príncipe» Y otra vez: «En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe, que lucha en favor de los hijos de tu pueblo» [221]30. Como se ve, aparece aquí otro que es príncipe de Grecia. Favorece a este pueblo que le está sujeto, y parece enemigo tanto del pueblo de Dios como de la nación persa.

Todo esto pone de manifiesto que las discordias, los conflictos, las rivalidades que las potencias del mal originan en los pueblos, tienen viva repercusión en ellas. Y del mismo modo que la victoria de sus aliados les llena de gozo, así también se entristecen de que queden vencidos. Por lo mismo no pueden tener paz entre sí. Como cada una milita en favor del pueblo que preside, es fuerza que se inquiete con emulaciones y contiendas contra aquella potestad que ejerce poder sobre el pueblo contrario.

POR QUÉ A LOS ESPÍRITUS MALOS SE LES DA EL NOMBRE DE PRINCIPADOS Y POTESTADES

---

[220] [2s] *Dan.,* x, 12 ss.

[221] [29] *Dan.,* x, 20 ss. '9 *Dan. XII, 1.*

XIV. Aparte las opiniones expuestas anteriormente, observamos que existe otra razón por la cual se les da el nombre de principados y potestades. Radica en el hecho de que ejercen sobre 382 diversos pueblos su dominio, o porque tienen poder sobre ellos con otros espíritus o demonios de rango inferior, de los cuales se dice en el Evangelio[222] [31]— confesándolo ellos mismos—que son legión. No pueden, en efecto, llamarse dominaciones, a menos que tengan sobre quién ejercer su poder, ni tampoco potestades y principados, si no tienen a nadie sobre quien reivindicar su preeminencia. Lo que el Evangelio nos refiere acerca de la blasfemia de los fariseos, esclarece esta verdad: «En virtud de Beelcebul, príncipe de los demonios, arroja a los demonios» ". Por otra parte, leemos el apelativo de «gobernadores de estas tinieblas» 33, y cómo se designa a otro espíritu «príncipe de este mundo» 34.

Sin embargo, el Apóstol afirma que estas dignidades acabarán un día, cuando todas las cosas sean sometidas a Cristo: «Cuando entregare —dice—el reino a Dios Padre, borrando la memoria de todo principado y potestad y dominación» [35]. Lo cual no sucederá sino cuando los demonios vean que aquellos sobre los cuales ejercen ahora su tiranía, dominio o principado sean sustraídos a su potestad.

XV. No sin justo título se han aplicado también 383 a los ángeles buenos los mismos vocablos que indican su categoría, teniendo cada cual su nombre apropiado para designar su oficio, mérito o dignidad. Es esto indudable. Unos llevan el apelativo de ángeles o mensajeros, por cuanto tienen la misión de anunciar las voluntades divinas. El de arcángeles, porque mandan a los ángeles, como el mismo nombre indica. Otros son llamados dominaciones, porque, en realidad, dominan sobre muchos. O principados, porque tienen a otros sujetos a sí, como sucede con los príncipes. En fin, a otros se les designa con el denominativo de tronos, en razón de su familiaridad e íntimas relaciones con Dios. Merced a esto, la divina Majestad descansa más particularmente en ellos como sobre su trono, y en cierto modo se reclina en ellos con mayor complacencia.

SUJECIÓN QUE UNOS DEMONIOS PRESTAN A OTROS COMO A SUS PRÍNCIPES
VISIÓN DE UN MONJE QUE PRUEBA TAL DEPENDENCIA

XVI. Que los espíritus malos son gobernados por otras potestades peores, a quienes obedecen, no sólo nos lo muestra la Escritura—al responder el Señor en el Evangelio a la calumnia de los fariseos: «Decís que en virtud de Beelzebul, príncipe de los demonios, libro yo a los posesos 384 --, sino que los mismos santos nos proporcionan también pruebas de ello con sus

---

222 31 *Lc.*, vil, 30.

32 *Lc.*, 15.

Eph., vi, 12.

34 *Is.*, xiv, 30.

33 *I* Cor., XV, 24.

visiones verídicas y sus múltiples experiencias[223].

Uno de nuestros hermanos iba de camino por esta soledad. Anochecía. En eso encontró una caverna y entró en ella con el designio de rezar el oficio vespertino 37. Recitando los salmos de costumbre transcurrió la media noche. Concluido el oficio, el monje descansó un poco para reparar sus fuerzas después de las fatigas del viaje. De pronto, ve que una innumerable caterva de demonios afluye de todas partes. Era una multitud inmensa y compacta, que avanzaba como en procesión hacia él. Los unos precedían y los otros seguían a su príncipe. Este pasó también. Su estatura prócer sobresalía entre todos, y su aspecto era más horrible que el de sus satélites. Pusiéronle entonces un dosel y, sentado en un alto tribunal, comenzó a examinar minuciosamente la conducta de cada uno. Los que confesaban que no habían podido aún vencer a sus émulos, los hacía alejar de su presencia como incapaces e indolentes, cargándoles de oprobios e injurias. Lleno de ira y de coraje, les reprochaba el haber empleado tan largo tiempo en vano. A aquellos, en cambio, que podían jactarse de haber seducido a las almas a ellos confiadas, 385 les llenaba de elogios, coreados por una salva de aplausos. Luego, colmados de honores, volvía a enviarlos como soldados, para ejemplo de sus conmilitones.

Entre aquella muchedumbre se presentó otro más malvado que los demás. Venía con una alegría desbordante, ante el pensamiento del triunfo inaudito que iba a manifestar ante la concurrencia. Empezó por mentar el nombre de un monje muy conocido, afirmando que después de quince años de haberle asediado con tentaciones deshonestas, por fin había podido hacerle naufragar. Aquella misma noche le había derribado en el pecado de la lujuria. No solamente había conseguido hacerle caer con una virgen consagrada a Dios, sino que le dio a entender que podía contraer matrimonio con ella. Ante tales aberraciones, un griterío infernal se levantó de todos los espíritus en son de alegría. El vencedor se retiró cubierto de gloria por el príncipe de las tinieblas.

Sin embargo, al clarear el día la multitud de demonios se esfumó, desapareciendo a los ojos del monje. Este empezó a dudar sobre si sería cierto lo que el diablo había dicho acerca de aquel monje conocido. Se inclinaba a creer que, usando, según su costumbre, de su antigua falacia, había querido engañarle, infamando al monje inocente con aquel crimen abominable. Recordó la palabra evangélica: «No estuvo en la verdad, porque no hay verdad en él; cuando habla mentira habla 386 de sus cosas propias, porque es mendaz y padre de la mentira»[224] 3**8.** Sin más, se dirigió a Pelusa, donde sabía que se hallaba el hermano a quien el espíritu inmundo

---

[223] **36** Mt., **ni,** 27.

[37] *Synaxim, dice* Sereno. Ya hemos visto usada esta palabra varias veces designando el oficio de la tarde o las vísperas.

[224] **98** *Io., IX*, 44.
89 *Mt., XVIII*, 10. **40** *Ps. XXXIII*, 8.
*Act., X***II,** 15.

blasonaba de haber vencido, pues lo conocía muy bien. Fue en su busca y se enteró que la misma noche en que el demonio había publicado su caída a toda la cohorte y a su príncipe, el desventurado había abandonado el monasterio y se había dirigido a la población para pecar miserablemente con la virgen mencionada.

QUE TODO HOMBRE TIENE DOS ÁNGELES JUNTO A ÉL

XVII. Todos los hombres tienen junto a sí dos ángeles: uno bueno y otro malo. Así nos lo atestigua la Escritura. Respecto a los ángeles buenos, el Salvador nos dice: «No despreciéis a ninguno de estos pequeñuelos: yo os digo que sus ángeles ven constantemente la faz de mi Padre que está en los cielos» 39. A ellos se refiere asimismo esta palabra: «Enviará el ángel del Señor junto a los que le temen y les salvará» ". Y esta frase de los Actos de los Apóstoles, a propósito de Pedro: «Porque es su ángel» 41. 387

El libro del Pastor[225] [42] contiene una doctrina muy completa sobre los ángeles buenos y malos. Si nos fijamos en aquel que tentó a Job, veremos que es el mismo que le había tendido asechanzas hasta entonces, sin lograr hacerle caer. Y así pedía licencia a Dios para tentarle, convencido de que la victoria de Job no era debida a sus fuerzas, sino a la protección de que el Señor le rodeaba sin cesar. Notemos, en fin, lo que se dijo de Judas: «Y el diablo esté junto a su diestra» 43.

PRUEBA DE DOS FILÓSOFOS SOBRE LA DIFERENCIA QUE EXISTE EN LA MALICIA DE LOS ESPÍRITUS MALOS

XVIII. Arroja mucha luz sobre las diferencias que existen entre los demonios el hecho de aquellos dos filósofos que habían experimentado a menudo, por medio de la magia, su impotencia o su fuerza. 388

Menospreciando al bienaventurado Antonio " como a un ignorante y hombre sin letras, viendo que no podían hacerle daño alguno, intentaron por lo menos echarle de su celda, merced a prestidigitaciones y engaños diabólicos. Para ello introdujeron en su aposento espíritus llenos de malicia. La envidia les inducía a tales impugnaciones, pues veían que las turbas afluían sin cesar todos los días al siervo de Dios. Mas él empezaba a hacer la señal de la cruz en la frente y en el pecho, abismándose después en una humilde plegaria. A pesar de su ferocidad, los diablos no osaban acercársele, teniendo que volverse sin haber conseguido efecto alguno. Entonces le introdujeron otros espíritus más formidables. Haciendo inútilmente alarde de sus fuerzas, se rinden también, al no poder obtener ningún resultado. Otros más poderosos aún reciben la misión de atacar al victorioso soldado de Cristo, pero no

---

225 **42** El *Pastor de Hermas, Mand.,* vi, 2. Esta obrita, aparecida en Roma hacia la mitad del siglo II, gozó de gran prestigio, sobre todo en las iglesias griegas, hasta el punto **de** considerársela como **inspi**rada.

43 *Ps. CVIII*, 6. Que todo hombre tiene un ángel custodio junto a él es una enseñanza de la Iglesia. Pero que tenga también un ángel malo para tentarle e inducirle al mal es una opinión que no ha encontrado en la tradición de los Padres, sino contados partidarios.

logran tampoco prevalecer contra él[226]

Tantas asechanzas dispuestas con gran aparato de magia, no hicieron más que demostrar la virtud y poder singular de la profesión cristiana. 389

Estos espíritus tan crueles y poderosos, a quienes los filósofos estimaban capaces de empañar y oscurecer el sol y la luna, no pudieron hacer mella en la virtud del bienaventurado Antonio. No sólo esto, sino que ni siquiera lograron hacerle abandonar por un instante su monasterio, a pesar de la fuerza combativa de estos espíritus.

XIX. Nuestros filósofos quedaron maravillados. Al punto se entrevistaron con el abad Antonio, manifestándole los violentos ataques que habían dirigido contra él, confesando la causa de sus asechanzas y de sus secretos celos. Al instante le pidieron que les iniciara en la fe cristiana. Averiguando él entonces qué día se habían producido aquellos asaltos, les reveló que realmente entonces había sido combatido con gravísimas tentaciones de pensamiento.

Este episodio del venerable Antonio prueba claramente la opinión que hemos sostenido en nuestra conferencia de ayer, de que los demonios no pueden apoderarse del espíritu ni del cuerpo de nadie. De igual modo, no pueden entrar tampoco en el alma, a no ser que la hayan desprovisto de antemano de los santos pensamientos y despojado del poder espiritual.

---

[226] **4 4** La misma historia refiere SAN ATANASIO en su *Vita Antonii,* 44-49, aunque con ciertas variantes notables. Así, por ejemplo, nada se dice allí de que los demonios atacaron al santo y se introdujeran en su celda, sino sólo que la gente le presentaba posesos, que él curaba haciendo sobre su frente la señal de la cruz. Ante este espectáculo insólito los filósofos quedan estupefactos y discuten después con él largamente.

Esto nos muestra todavía que los espíritus inmundos obedecen al hombre de dos maneras: la primera, cuando por gracia y virtud de Dios se sujetan a la santidad de ellos. La segunda, cuando, aplacados por los sacrificios de los malos o con 390 sus encantaciones mágicas, se les hacen familiares. Engañados por esta opinión, los fariseos creían que nuestro Señor y Salvador ordenaba a los demonios por medio de semejantes artificios, y así dijeron: «Este no echa a los demonios sino por el poder de Beelzebul, príncipe de los demonios»[227] ". Tal era, en efecto, la costumbre —para ellos muy sabida— de sus magos y encantadores de invocar el nombre de Beelzebul y ofrecerle los sacrificios que sabían le eran agradables, para poder así penetrar en su intimidad y tener poder sobre los demonios sometidos a él.

XX. GERMÁN. Providencialmente acabas de aducir un pasaje del Génesis que me sugiere preguntarte una cosa que hemos deseado siempre saber:

¿Qué debemos pensar de esos ángeles apóstatas, de quienes se ha dicho

[227] 45 Mt., xii, 24.

46 *Gen.*, vi, 2 [LXX]. [47] lo., VIII, 44.

que habrían tenido comercio can las hijas de los hombres? 46 ¿Pueden estas palabras convenir, en el sentido literal, a naturalezas espirituales?

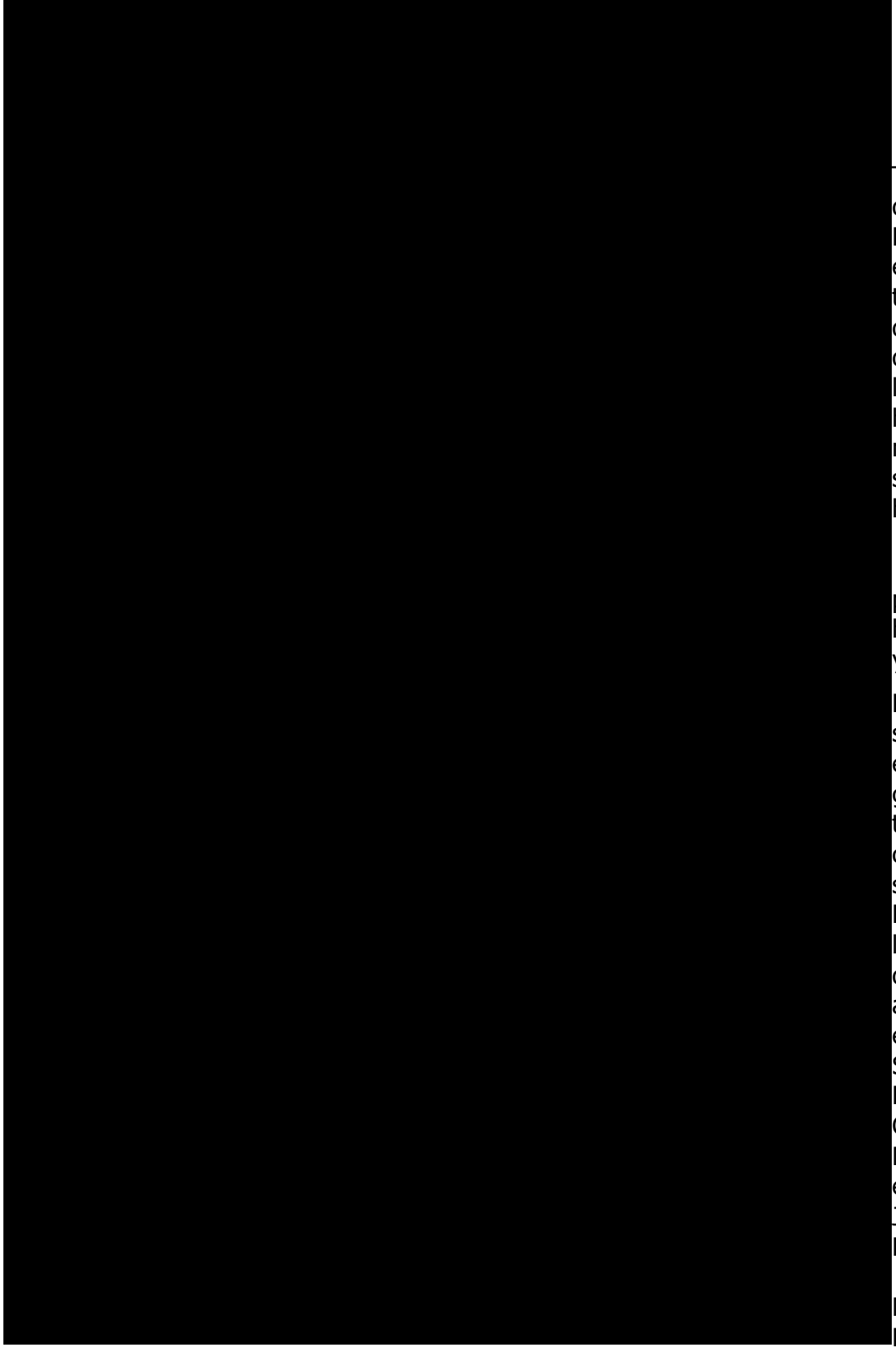
Asimismo nos gustaría oír tus explicaciones sobre este texto del Evangelio que acabas de citar hace un momento, a propósito del demonio: «Porque es mendaz y padre de la mentira» ".

XXI. SERENO. Me proponéis de una sola 391 vez dos cuestiones a cuál más difícil. Responderé, no obstante, a ellas según mis posibilidades y siguiendo el orden que vosotros mismos habéis trazado al exponerlas.

En modo alguno hay que creer que las naturalezas espirituales hayan podido tener comercio con criaturas humanas. Si eso, en rigor, pudo darse alguna vez, ¿por qué no podría repetirse también hoy? No olvidemos que los demonios se complacen en las pasiones vergonzosas. Sin duda preferirían hacer ellos mismos el mal, si fuera posible, que empujar a él a los hombres y hacerlo por medio de ellos. Atended aún a la palabra del Eclesiastés: «¿Qué es lo que fué? Lo mismo que es. ¿Qué es lo que ya se hizo? Lo mismo que se hará. No se hace nada nuevo bajo el sol. Una cosa de que dicen: «Mira esto, esto es nuevo», aun ésa fué ya en los siglos anteriores a nosotros»[228] ".

La solución al problema es ésta:

[228] [48] *Eccl.*, I, 9 ss.



Tras la muerte del justo Abel, Dios no quiso que el género humano tuviera su origen de un fratricida, de un impío. En lugar del hermano extinto, nació Set para sucederle en el hogar paterno, pero especialmente para tener por herencia su justicia y su piedad.

Los hijos de Set siguieron su ejemplo y se guardaron de toda sociedad con la línea del sacrílego Caín. Prueba de ello nos la ofrece la 392 diversidad, de analogías: «Adán engendró a Set, Set engendró a Enós, Enós a Cainán, Cainán a Malabeel, éste engendró a Jared, Jared a Enoc, Enoc a Matusalén, Matusalén a Lamec y éste a Noé» [229]49. La genealogía de Caín figura aparte y se describe así: «Caín engendró a Enoc, Enoc a Irad, Irad a Maviael, Maviael a Matusael, Matusael a Lamec y Lamec a Jobel» 50.

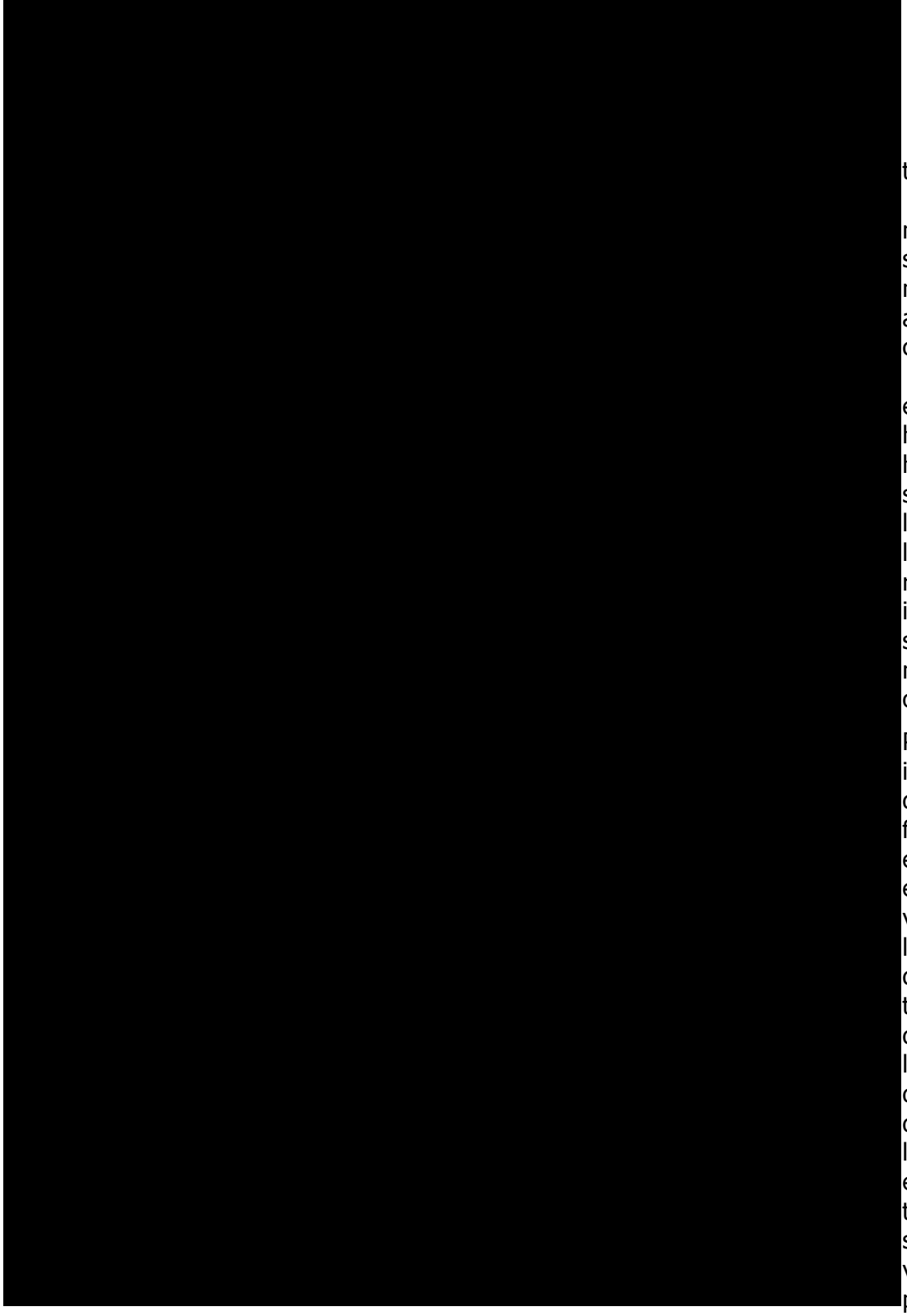
Según esto, las generaciones procedentes de Set hacen sólo alianza con su estirpe y su linaje, permaneciendo por mucho tiempo fieles a la santidad de sus padres y a su común tradición ancestral. Se mantienen a distancia de los sacrílegos y no se contaminan con la perversidad de aquella raza que guarda en sí la semilla de la impiedad como una herencia transmitida por sus padres.

Mientras duró la separación de razas, los hijos de Set, dignos del noble

---

[229] **49** ***Gen.,*** y, 4 *ss.*

[5]*9 Gen.*, iv, 17 ss.

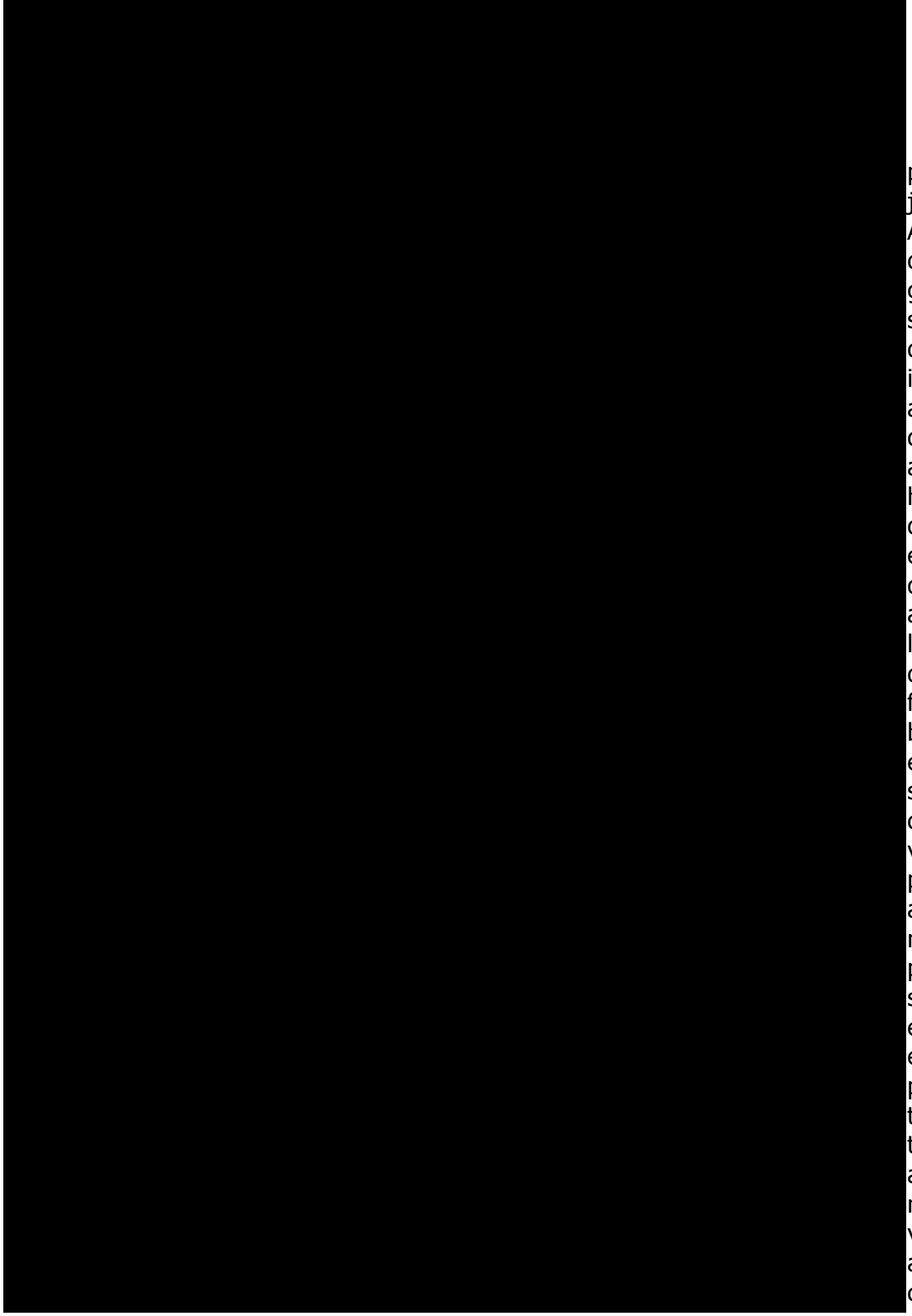


tronco de que procedían, merecieron por su santidad el nombre de ángeles de Dios, o como reza en algunos ejemplares, de hijos de Dios. Los hijos de Caín, con signo inverso, son llamados hijos de los hombres, en razón de su impiedad y la de sus padres, no menos que por sus obras terrenas.

Pero vino lo imprevisto. Un día terminó esta feliz separación en que hasta entonces habían vivido. He aquí que los hijos de Set, que eran 393 también los hijos de Dios, vieron a las hijas del linaje de Caín. Prendados de su hermosura, las tomaron por esposas. Estas transmitieron a sus hijos los vicios de sus padres y les hicieron caer de aquella santidad ingénita de su raza y de la simplicidad de sus antepasados. Sintoniza a maravilla con estas caídas la palabra del salmo: «Yo dije: dioses sois todos, e hijos del excelso. Mas vosotros moriréis como hombres y caeréis como uno de los príncipes» [230]51.

Olvidaron esta filosofía de la naturaleza que habían recibido de sus padres. Filosofía que el primer hombre, aparecido inmediatamente después de la creación de los demás seres, había podido contemplar sin velos y transmitir a su posteridad. Pues él había visto la infancia del mundo cuando

[230] [51] *Ps.* **LXXXI,** 6.



palpitaba en su juventud primera. Además, estaba dotado de una gran plenitud de sabiduría. El soplo divino le había infundido en tan alto grado el don de profecía, que, a pesar de no haber vivido más que un instante en la tierra, daba el nombre a cada uno de los animales, discernía la ferocidad de las bestias salvajes y el veneno de las serpientes. Sabía cuáles eran las virtudes de las plantas y de los árboles, la naturaleza de las piedras, y conocía sin tener experiencia de ello, la evolución periódica de los tiempos. Con toda verdad podía atestiguar: «Dios me dio la ciencia verdadera de aquellas 394 cosas que existen, para que conociera las disposiciones del orbe de la tierra, y las virtudes de los elementos, el principio, medio y fin de los tiempos, el curso de los años y de los astros, la naturaleza de los animales y la cólera de las bestias, la fuerza de los espíritus y los pensamientos de los hombres, la diversidad de los árboles y el vigor de sus raíces; y conocí las cosas que están ocultas y las que aparecen»[231] 52.

Esta ciencia del universo se transmitió de generación en generación en la estirpe de Set mientras se mantuvo separada de la raza sacrílega. La recibía santamente y santamente hacía uso de ella para el culto divino y para las necesidades ordinarias de la vida. Mas después de su alianza con la raza

[231] **52** *Sap.*, VII, 17 *ss.* [LXX].

impía, cambió de proceder, derivando a usos profanos—bajo la instigación de los demonios—lo que había aprendido en un espíritu de religión. Fue entonces cuando, por una audacia sin límites, apareció el arte de los maleficios, las prestidigitaciones y las prácticas supersticiosas de la magia. Y sus descendientes aprendieron de ella a renunciar al culto santo de la majestad divina, para adorar los elementos, el fuego y los demonios que andan dispersos por el aire.

Ahora bien, ¿cómo estas ciencias ocultas no perecieron con el diluvio y pudieron transmitirse a los siglos posteriores? La solución del problema 395 que nos ocupa no exige de suyo que respondamos a esta nueva cuestión. No obstante, hablaré de ello someramente, ya que se ofrece oportunidad.

Según antiguas tradiciones, Cam, hijo de Noé, había sido iniciado en estas supersticiones y artes sacrílegas. Sabiendo que no podría introducir en el arca—donde debía entrar con su padre, que era justo, y sus virtuosos hermanos—algún libro que conservara la memoria de tales cosas, grabó sus fórmulas e invenciones supersticiosas sobre láminas de metal, que no pudiera borrar la inundación de las aguas, y sobre piedras muy duras. Pasado el diluvio, buscó su tesoro con la misma solicitud con que lo había escondido. De esta suerte pudo legar a su posteridad una perpetua semilla de sacrilegios y maldades.

Con esto se acreditó aquella falsa creencia popular, según la cual fueron los

ángeles quienes enseñaron a los hombres los maleficios y las artes ocultas.

De la unión de los hijos de Set con las hijas de Caín nacieron hijos peores que sus padres. Fueron robustos cazadores, hombres violentos y forajidos. Por la corpulencia de su cuerpo, no menos que por la enormidad de su malicia, se les denominó gigantes. Fueron éstos los primeros que empezaron a robar a sus vecinos y ejercieron la rapiña, prefiriendo vivir del fruto de sus violencias que del sudor y trabajo de sus manos. Perpetraron tantos crímenes, que no hubo más 396 remedio que el diluvio purificara con sus aguas aquel mundo que habían corrompido.

Así, pues, obedeciendo a la voz de la pasión, los hijos de Set habían violado el mandamiento que un instinto natural había hecho observar desde el origen del inundo. Fue necesario restituirlo en lo sucesivo por la Ley escrita: «No contraigas matrimonio con ellas, no des tus hijas a sus hijos ni tomes sus hijas para tus hijos, porque ellas les desviarían de en pos de mí y los arrastrarían a servir a otros dioses» [232]53.

CÓMO PUEDE REPROCHARSE A LOS HIJOS DE SET SU UNIÓN CON LAS HIJAS DE CAÍN CUANDO NINGUNA LEY LO PROHIBÍA

XXII. GERMÁN. Hubiera sido justo reprochar a los hijos de Set aquella presunción de unirse con las hijas de Caín, si se les hubiera dado el precepto de que acabas de hablar. Pero desde el momento que ninguna ley les prescribía la observancia de esta separación, ¿cómo considerar un crimen aquella unión a la cual nada se oponía legítimamente? La ley no condena los pecados pasados, sino los futuros.

[232] [53] *Deut.*, 3.

XXIII. SERENO. Dios, al crear al hombre, infundió en su corazón toda la ciencia de la ley. 397 Y si la hubiera observado siempre, como era la voluntad de Dios, y corno había comenzado ya a hacer, no hubiera habido en modo alguno necesidad de promulgar otra ley, como la que después se escribió. Hubiera sido superfluo buscar fuera el remedio que tenía dentro de su alma.

Mas, después que el libertinaje y la costumbre inveterada de pecar desquiciaron la armonía de la ley natural, se estableció la severa disciplina de la ley mosaica. Su finalidad era ejecutar y salvaguardar sus derechos o, usando el *modus loquendi* de la Escritura, «serle su ayuda», a fin de que por lo menos el temor del castigo presente impidiera a los hombres extinguir

en sí mismos la luz que tenían de la ciencia natural. Así dice el Profeta: «Dio la ley como ayuda» 54. Y San Pablo, por su parte, nos la presenta bajo la figura de un pedagogo que formaba a los hombres y los guardaba, por temor de que el olvido los alejara de los principios que la naturaleza les había enseñado» [233]".

Tenemos una prueba manifiesta de que el hombre había recibido, desde el principio de la creación, un conocimiento infuso de toda la ley. Está en el hecho de que todos los santos, antes de la ley escrita, e incluso antes del diluvio, observaron, sin código, los mandamientos.

¿Cómo podía Abel saber, cuando aún no existía 398 una ley que lo prescribiera, que debía ofrecer a Dios un sacrificio de las primicias de sus rebaños y de la grasa de sus ovejas, si por una ley natural, ínsita en él, no hubiera sido instruido sobre ello? ¿Cómo Moisés hubiera podido distinguir, antes de existir un código ceremonial, los animales puros de los impuros, si no hubiera tenido de ello noticia por la ciencia natural? Y ¿dónde aprendería Enoc a caminar en la presencia de Dios, ajustando su conducta a sus mandatos, si nadie le hubiera comunicado las luces de la ley? ¿Dónde habían leído Sem y Jafet la palabra «no descubrirás la desnudez de tu padre», para ir de espaldas, vuelto el rostro y cubrir la desnudez de Noé? [234]" ¿Quién persuadió a Abraham a que rehusara la porción de los despojos que se le ofrecían y no recibir la recompensa de sus trabajos? " Y ¿por qué pagó a Melquisedec los diezmos, prescritos más tarde por la ley de Moisés? ¿Quién le había enseñado a él, y también a Lot a cumplir con tanta cortesía los deberes de hospitalidad para con los viajeros y peregrinos y a lavarles los pies, cuando no había brillado aún el precepto evangélico? ¿Dónde bebió Job aquel ardor de su fe, aquella pureza de costumbres, aquella ciencia de la humildad, de la mansedumbre, de la misericordia, de la hospitalidad, que apenas puede apreciarse en tan alto grado en aquellos que saben de memoria el Evangelio? ¿Qué santo dejó de observar, antes de la promulgación de la ley, un precepto de esa ley? ¿Cuál de ellos no ha guardado este precepto: «Oye, Israel, el Señor Dios tuyo es un solo Señor»? 58 no ha cumplido con esta prescripción: «No te harás imágenes talladas, ni figuración alguna de lo que hay **en** lo alto de los cielos, ni de lo que hay abajo sobre la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra»? ¿Quién no ha sido fiel a este mandato: «Honra a tu padre y a tu madre»? "¿O a estos otros que siguen en el decálogo: «No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no dirás falsos testimonios, no desearás la mujer de tu prójimo»? " Y otro tanto podríamos decir de muchos otros que entrañaban mayor dificultad y, con los cuales, no sólo guardaron los hombres lo que se escribió después de la ley, pero aun lo que se predicó en el Evangelio.

[233] *Is., VIII,* 20 [LXX]. [55] *Gal., m,* 24.

[234] [56] *Lev., XVIII, 7.*

[57] *Gen.,* xiv, 22.

moría el Evangelio? ¿Qué santo dejó de observar, antes de la promulgación de la ley, un precepto de esa ley? ¿Cuál de ellos no ha guardado este precepto: «Oye, Israel, el Señor Dios tuyo es un solo Señor»? " ¿Quién no ha cumplido con esta prescripción: «No te harás imágenes talladas, ni figuración alguna de lo que hay en lo alto de los cielos, ni de la que hay abajo sobre la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra»? 58 ¿Quién no ha sido fiel a este mandato: «Honra a tu padre y a tu madre»? " ¿O a estos otros que siguen en el decálogo: «No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no dirás falsos testimonios, no desearás la mujer de tu prójimo»? " Y otro tanto podríamos decir de

LOS QUE PECARON ANTES DEL DILUVIO FUERON

XXIV. Por donde vemos que Dios creó, desde el principio, todas las cosas

Deut., vi, 4.
Exod., XX, 12.
Id., XX, 4 ss.

LOS QUE PECARON ANTES DEL DILUVIO FUERON CASTIGADOS JUSTAMENTE

XXIV. Por donde vemos que Dios creó, desde el principio, todas las cosas perfectas. Ni 400 hubiera sido necesario añadir nada a esta disposición inicial, tachándola de imprevisión o de imperfección, si las cosas hubieran permanecido en el estado y en la armonía en que fueron creadas.

Por eso reconocemos que ha castigado con justo juicio a aquellos que pecaron antes de la ley—antes, incluso, que el mismo diluvio—porque habiendo conculcado la ley natural, su falta no admite excusa y merece sanción. No caeremos ya en la calumnia—que es al mismo tiempo una blasfemia—de aquellos que, desconociendo esta verdad, murmuran del Dios del Antiguo Testamento, y exclaman en tono burlón, despreciando nuestra fe: «¡Qué caprichoso es vuestro Dios al promulgar una ley, después de tantos milenios de haber dejado abandonados a los hombres! Si, en efecto, halló después alguna ley mejor, señal clara y evidente que tuvo al principio del mundo pensamientos menos elevados y menos felices, y que ha sido menester que la experiencia viniera a instruirle para formarse concepciones más justas y modificar sus disposiciones primeras.»

Esta doctrina repugna a la infinita presciencia de Dios y constituye una blasfemia enorme. Porque así razonan los herejes en su inaudita locura. Dice el Eclesiastés: «Conocí que cuanto hizo Dios desde el principio

permanecerá eternamente. Nada se le puede añadir, nada quitar» 401

". Y por esto: «la ley no es para los justos, sino para los inicuos, para los rebeldes, para los impíos y pecadores, para los criminales y malvados» [235]". Porque los justos, gozando de una doctrina pura e íntegra, por la ley natural infundida en su corazón, no tenían necesidad de una ley dictada exteriormente y puesta por escrito. Esta no fue dada sino como ayuda para guardar la natural.

De donde se sigue claramente que la ley escrita no debía ser dada desde el principio, pues hubiera sido superflua, toda

vez que la ley natural estaba en vigor y no se había alterado enteramente.

Otra consecuencia de lo que decimos es que la perfección del Evangelio no podía ser revelada antes de que se hubiera aprendido a observar la ley. No hubieran sido capaces de entender estas palabras: «Quien te golpeare en tu mejilla derecha, ofrécele la otra» ", aquellos hombres que, no contentos con medir sus venganzas con la ley del talión, respondían con duros golpes a la más ligera bofetada o herían con saetas enherboladas, y hasta por un

[235] [62] *Eccle.,* **ni,** 14.
[63] *I Tim., I,* 9.
[64] *Mt.,* [y], 39.
[65] Ibíd., **44.**
[66] *lo.,* 44. [67] *Hebr.,* ni, 9.

diente que les quitaran daban la muerte a su rival. Ni hubiera sido posible decir: «Amad a vuestros enemigos» 65, a hombres de quienes se consideraba 402 como virtud singular el amar a sus amigos, y que respecto de sus enemigos se limitaban solamente a evitar su consorcio, a no saciar en ellos el odio y a no acometerles y quitarles la vida.

CÓMO DEBEMOS INTERPRETAR LO QUE SE DICE EN EL EVANGELIO REFERENTE AL DEMONIO, DE QUE ES MENDAZ Y PADRE DE LA MENTIRA

XXV. Vengamos ahora a la sentencia que habéis aducido a propósito del demonio: «porque es mentiroso y padre de la mentira»[236] ". Ni por asomo puede entenderse que el Señor quiera decir que el demonio y su padre sean igualmente falaces. Sería absurdo. Lo hemos dicho ya antes de ahora: ni el espíritu engendra al espíritu, ni el alma al alma. Sin embargo, no dudamos en afirmar que la formación del organismo humano es debida al hombre.

236

El Apóstol distingue perfectamente entre una y otra sustancia, es decir, entre el cuerpo y el alma. Además, precisa a quién debe su origen cada una de ellas: «Hemos tenido—dice—a nuestros padres carnales que nos corregían y nos-otros los respetábamos: ¿no hemos de someternos mucho más al Padre de los espíritus para alcanzar la vida»? " ¿Pudo hablarse más claro 403 sobre tal distinción? Los hombres son padres de nuestra carne, y sólo Dios es padre de nuestras almas.

Y aún cabe indicar que en la formación del cuerpo el hombre desempeña un papel de simple instrumento. Nuestro nacimiento es esencialmente obra exclusiva del Dios creador de todas las cosas. Por eso dice David: «Tus manos me hicieron y me plasmaron» 68. Y Job afirma: «¿No *me* exprimiste como leche, no me cuajaste como queso? Con huesos y nervios me consolidaste» [237]69. Y el Señor a Jeremías: «Antes de que te formara en el seno de tu madre, te conocí» 70.

El Eclesiastés examina asimismo la naturaleza y origen de ambas sustancias y luego el fin a donde convergen, concluyendo con propiedad sobre su naturaleza propia. Hablando de su recíproca separación, dice así: «Antes de que se convierta el polvo en la tierra que fue, y vuelva el espíritu al Dios que se lo dio» 71. ¿Pudo hablarse con más claridad? La carne—que llama él

[237] es *Ps.* CXVIII, 73. 69 *lob, X*, 10 SS. 70 *ler.,* I, *5.* / Eccles., X**II,** 7.

polvo, porque tiene su origen en el hombre y viene a la vida por su concurso—se convierte en tierra, como que ha sido tomada de ella. El espíritu, en cambio, como la acción del hombre no ha tenido parte alguna en su nacimiento, sino 404 que procede de sólo Dios, vuelve de nuevo **a** su autor.

Es cabalmente lo que significa el soplo divino con el que animó Dios el cuerpo de Adán.

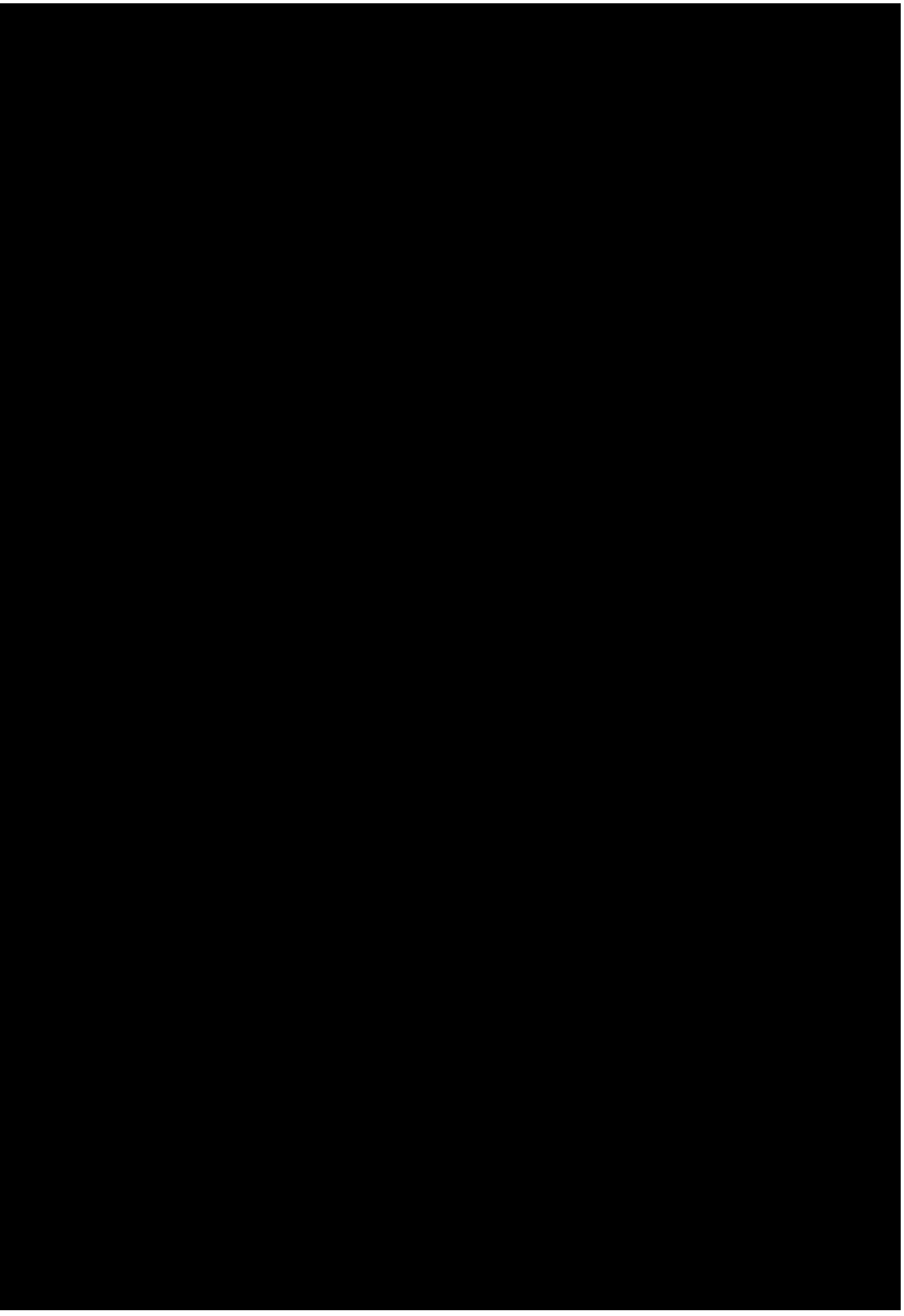
Merced a estos testimonios aparece con evidencia que nadie puede llamarse padre de los espíritus, sino únicamente Dios, que les dió la existencia cuando quiso. Mientras que los hombres no pueden arrogarse otro título que el ser padres de nuestra carne.

El demonio, por ende, en cuanto fue criatura espiritual, angélica y buena en su origen, no tuvo más padre que Dios, su Creador. Mas, infatuado por la soberbia, dijo en su corazón: «Subiré sobre la cumbre de las nubes y seré igual al Altísimo»[238] ". En este preciso instante se convirtió en mendaz, pues no supo mantenerse en la verdad. Forjando la mentira del propio tesoro de su malicia, no sólo fué mentiroso, sino padre de la mentira. Al prometer al primer hombre la divinidad y decirle «seréis como dioses» 73, no se mantuvo en la verdad. Y por si esto fuera poco, viene a ser homicida desde el principio, al poner a Adán bajo el yugo de la muerte o cuando coloca en las manos de Caín el arma fratricida que arrebata la vida a Abel.

---

238 I[5·], 14.

[3] Gen., in, 5.



Pero he aquí que nuestro coloquio se ha prolongado ya durante dos noches consecutivas. Sólo la aurora ha podido darle fin. Y es que estos temas son de suyo tan profundos como la inmensidad del mar. Por eso, mi ignorancia, que no ha podido bucear en esa hondura, me lleva al silencio como a un puerto tranquilo y seguro. Cuanto más el soplo divino nos sumerja en estas profundidades, más se abrirán a nuestros ojos horizontes desconocidos. Según la palabra de Salomón, el término nos parecerá más alejado de lo que estaba en realidad, y «esta profundidad infinita ¿quién podrá alcanzarla»?[239]'`

Roguemos, pues, al Señor, para que su temor y su caridad, que no se marchitan jamás, perduren en nosotros sin desfallecer. Nos harán sabios en todas las cosas y además nos harán salir ilesos de los golpes que descarga sobre nosotros Satanás. Con tales custodios es imposible caer en los lazos de la muerte.

Esta es precisamente la diferencia que existe entre los perfectos y los imperfectos. En los primeros, la caridad, profundamente enraizada, ha llegado, por decirlo así, a su total madurez, gozando de una constancia a toda prueba. Ello les mantiene más firmes en la fe y en la santidad. En cambio, en los segundos, siendo esa fe más endeble, con más facilidad también se en-

[239] *Eccles.,* vil, 24 ss

fría, con lo cual logra el enemigo cogerles más a menudo en la celada.

Así dijo el anciano. Y de tal

PRIMERA CONFERENCIA DEL ABAD ISAAC

DE LA ORACIÓN

Capítulos: I. Introducción.—II. Exposición del abad Isaac sobre la oración.—III. De dónde nace la pureza y sinceridad de la oración.—IV. De la inestabilidad del alma comparable a la pelusa o a una pluma ligera.—V. Causas del entorpecimiento del alma.—VI. Visión de un anciano sobre el trabajo febril de un hermano.—VII. Sobre si es más difícil la guarda de los buenos pensamientos que el excitarlos.—VIII. Respuesta acerca de las diferentes formas de oración.—IX. De cuatro especies de oración.—X. Orden de estas diversas clases de oración.—XI. De la petición.—XII. De la oración.—XIII. De la intercesión.—XIV. De la acción de gracias.—XV. Si estas cuatro clases de oración son necesarias a todos simultáneamente, o bien separada y alternativamente.—XVI. En qué modos de oración debemos ejercitamos con preferencia.—XVII. Cristo nos dio ejemplo de estos cuatro modos de plegaria—XVIII. Sobre la oración del Señor.—XIX. Sobre estas palabras: «Venga a nos el tu reino».—XX. Sobre estas palabras: «Hágase tu voluntad».—XXI. Del pan sobresustancial o de cada día.---XXII. Sobre las palabras: «Perdónanos nuestras deudas». — XXIII. Sobre aquellas palabras: «Y no nos dejes caer en la tentación».—XXIV. No debemos pedir más que lo que se halla expresado en esta breve plegaria.

XXV. Xxv De otra forma de oración más elevada. XXVI De diversas maneras

tenemos a nuestra disposición el don de lágrimas. XXIX. Respuesta acerca de la diversidad de sentimientos que se traducen por las lágrimas.—XXX. No hay que hacer esfuerzo alguno para procurar las lágrimas.—XXXI. Sentencia del abad Antonio sobre la oración.—XXXII. Señal de que es &da nuestra oración.—XXXIII. Objeción: La seguridad de ser oídos sólo conviene a los santos. XXXIV. Respuesta: Diversas causas que dan favorable acogida a nuestras plegarias.—XXXV. Que debemos orar en nuestro aposento a puerta cerrada.—XXXVI. Utilidad de la oración breve y silenciosa.

como el alma se incita a la oración.—XXVII. De las diversas formas que reviste la compunción,—XXVIII. Por qué no tenemos a nuestra disposición el don de lágrimas. XXIX. Respuesta acerca de la diversidad de sentimientos que se traducen por las lágrimas. XXX. No hay que hacer esfuerzo alguno para procurar las lagrimas. XXXI Sentencia del abad Antonio sobre la oración. XXXII. Señal de que es oída nuestra oración. XXXIII. Objeción: la seguridad de ser oídos sólo conviene a los santos. XXXIV. Respuesta: Diversas causas que dan favorable acogida a nuestras plegarias. XXXV. Que debemos orar en nuestro aposento a puerta cerrada. XXXVI. Utilidad de la oración breve y silenciosa.

EXPOSICIÓN DEL ABAD ISAAC SOBRE LA ORACIÓN

I. Con el favor divino espero cumplir lo prometido en el libro segundo de las *Instituciones*[240]*1,* en torno a la oración perseverante y continua. Para ello voy

[240] La obra ya citada varias veces de las *Instituciones cenobíticas,* que Casiano escribió sobre los costumarios y modo de vivir de los monjes en los monasterios egipcios. Cfr. *Inst.,* n, 9, y *Praef. a* las *Colaciones.*

[2] Dos anacoretas, sobre todo, llevaron este nombre: uno, que habitó en la región de la Tebaida, de quien hacen mención con mucha frecuencia las *Vitae Patrum* y SOPHRONIO, en su *Prato Spirituali,* 161. Su omónimo, en cambio, vivió en la región de Es- tete. De él se trata aquí. En cuanto a Cástor, Leon¬cio y Heladio, cfr, nota al *Prefac.,* de estas *Colaciones,*

a traer a colación al abad Isaac 2, aduciendo aquí sus conferencias. Confío satisfacer así al mandato del santo obispo Cástor **410** de feliz memoria, no menos que a tus deseos, venerable obispo Leoncio, y a los tuyos, venerable hermano Heladio.

Pero ante todo, te ruego excuses la amplitud de la obra. A pesar de que mi intención había sido ser conciso, silenciando muchas cosas accesorias, no obstante, reconozco haber colmado la medida y aun haber excedido los límites que me había fijado. El bienaventurado Isaac expuso muchos usos y costumbres y se entretuvo en la exposición de un sinnúmero de pormenores que yo, en gracia a la brevedad, he debido cercenar.

Hacia el final dijo Isaac estas palabras:

II. El fin del monje y la más alta perfección del corazón tienden a establecerle en una continua e ininterrumpida atmósfera de oración. De esta suerte llega a poseer, en cuanto es posible a nuestra fragilidad humana, una tranquilidad inmóvil en la mente y una inviolable pureza de alma. Constituye éste un bien tan preciado, que tratamos de procurárnoslo al precio de un trabajo físico incansable y a trueque de una continua contrición de espíritu. Media una relación recíproca entre estas das cosas que están inse-

parablemente unidas. Porque todo el edificio de las virtudes se levanta en orden a alcanzar la perfección de la oración. Y es que si la oración no mantiene este edificio y sostiene todas sus partes conjugándolas y uniéndolas entre sí, no podrá ser éste firme y sólido? sin subsistir por **411** mucho tiempo. Esta tranquilidad estable y esta oración continua de que tratamos no pueden adquirirse sin estas virtudes; y estas virtudes, a su vez, que son como los cimientos, no pueden lograrse sin aquélla.

Sería una quimera querer tratar con precipitación y a la ligera de los efectos de la oración, e incluso estudiarla en aquel grado sumo que implica la práctica de todas las virtudes. Importa, ante todo, examinar gradualmente las dificultades que es menester conjurar y los preparativos que se imponen para llegar a su feliz término. Como que la parábola del Evangelio nos enseña a calcular con diligencia y hacer acopio de los materiales que son necesarios para la construcción de esta ingente torre espiritual.

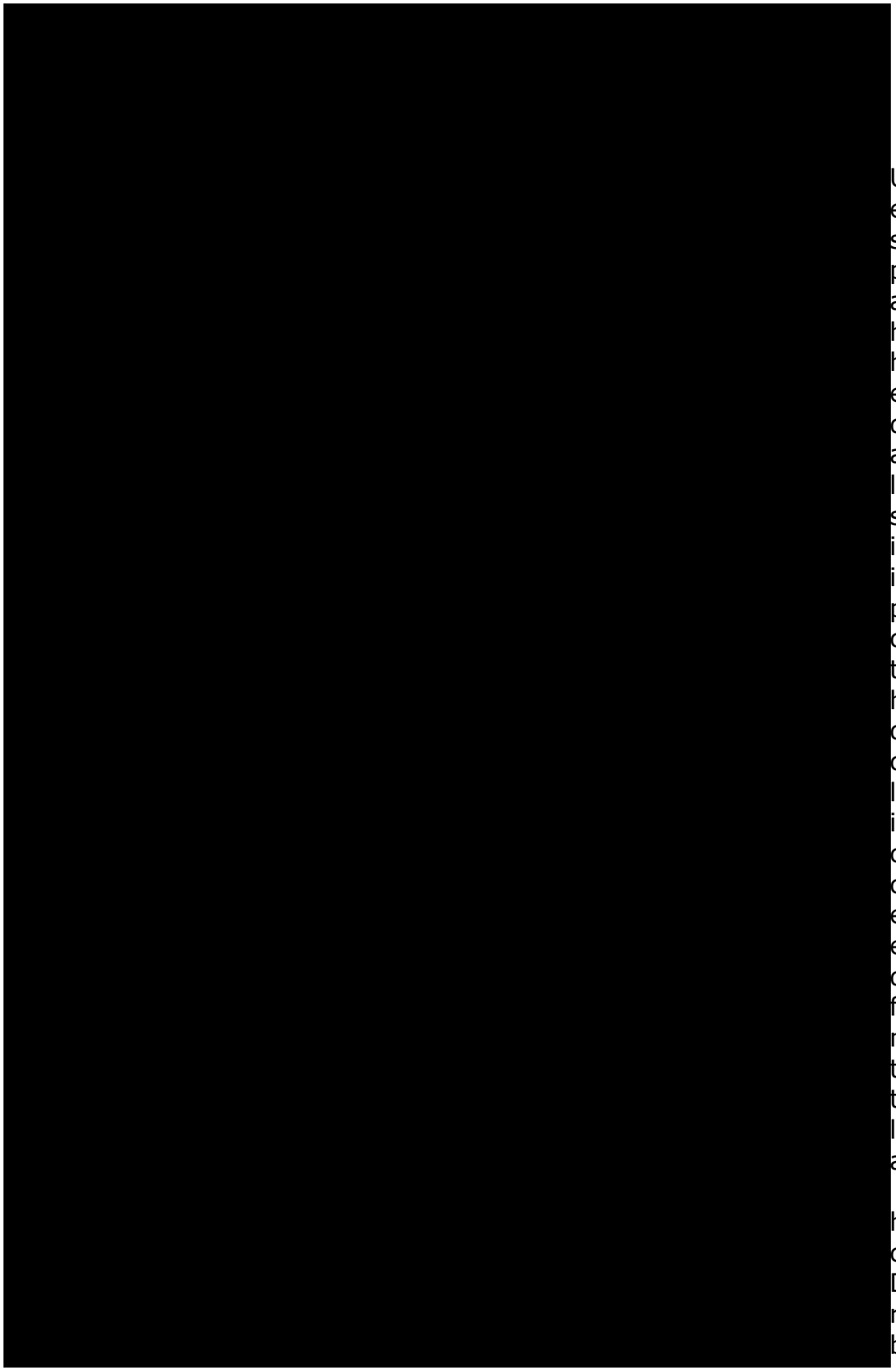
Pero también estos materiales ensamblados serían de muy poco provecho e incapaces de sustentar la techumbre sublime de la perfección sin contar con un requisito previo. Esto es: desarraigar en primera línea nuestros vicios y arrancar de nuestra alma los tallos de las pasiones, poniendo al desnudo las raíces muertas. Luego, echar sobre la tierra firme de nuestro corazón, o mejor, sobre la piedra de que nos habla el Evangelio, las sólidas bases de la simplicidad y de la humildad. Merced a ellas, esta torre que intentamos levantar podrá asentarse inconmovible, rodeada de nuestras virtudes, y erguirse segura en su propia solidez hasta los cielos.

Quien construye sobre tales fundamentos no 4 1 2 tiene nada que temer. Aunque irrumpan contra ella las tempestades de las pasiones y azote sus murallas el torrente furioso de la persecución; por más que las potestades enemigas se levanten cual huracán proceloso y embistan su mole, ésta se mantendrá firme contra viento y marea, no sufriendo la más leve sacudida.

SOBRE LA PUREZA Y SINCERIDAD DE LA ORACIÓN

III. Por consiguiente, para llegar a aquel fervor y pureza que exige la oración, es menester una fidelidad a toda prueba.

Ante todo, hay que suprimir a rajatabla toda solicitud por las cosas temporales. Eliminar. en seguida no sólo el cuidado, sino también el recuerdo de asuntos y negocios que nos solicitan. Debemos renunciar asimismo a la detracción, a las palabras vanas, habladurías y chanzas. Atajar todo movimiento de cólera o de tristeza. En fin, tenemos que exterminar radicalmente el forres pernicioso de la concupiscencia y de la avaricia.



Una vez destruidos estos vicios y sus semejantes, que no puede menos de advertir la mirada humana, y tras de habernos empleado en esta purificación del alma que alcanza su cima en la pureza y simplicidad de la inocencia, se impone una labor positiva: debemos cimentarnos, ante todo, en una humildad profunda que 413 sea capaz de sostener la torre que debe introducir su cúspide en los cielos; en seguida es necesario levantar el edificio espiritual de las virtudes; y, finalmente, inhibir nuestra mente de toda divagación, de todo pensamiento lúbrico. Así se irá el alma elevando paulatinamente hasta la contemplación de Dios y de las realidades so-brenaturales.

Porque no es dudoso que todo cuanto ocupe nuestro espíritu antes de la plegaria, la memoria lo evoca, queramos o no, mientras oramos. Conviene, pues, prepararnos de antemano para ser luego en la oración lo que deseamos ser. Las disposiciones del alma en la oración dependen, a no dudarlo, del estado que le ha precedido. Nos postramos para la plegaria: al punto se proyectan, idénticos, en la imaginación los actos, las palabras y los sentimientos que la han alimentado con anterioridad. Y según fué su naturaleza, suscitan en nosotros reacciones diversas. Así, unas veces renace la ira o la tristeza; otras, se despiertan nuestras apetencias y deleites; otras, en fin, estallamos en una risotada necia, al recordar—causa vergüenza el decirlo—una palabra o acción jocosa. Y es que nuestra fantasía, como en un vuelo rápido e incoercible, torna a la divagación fugaz en que antes de

la oración había consentido.

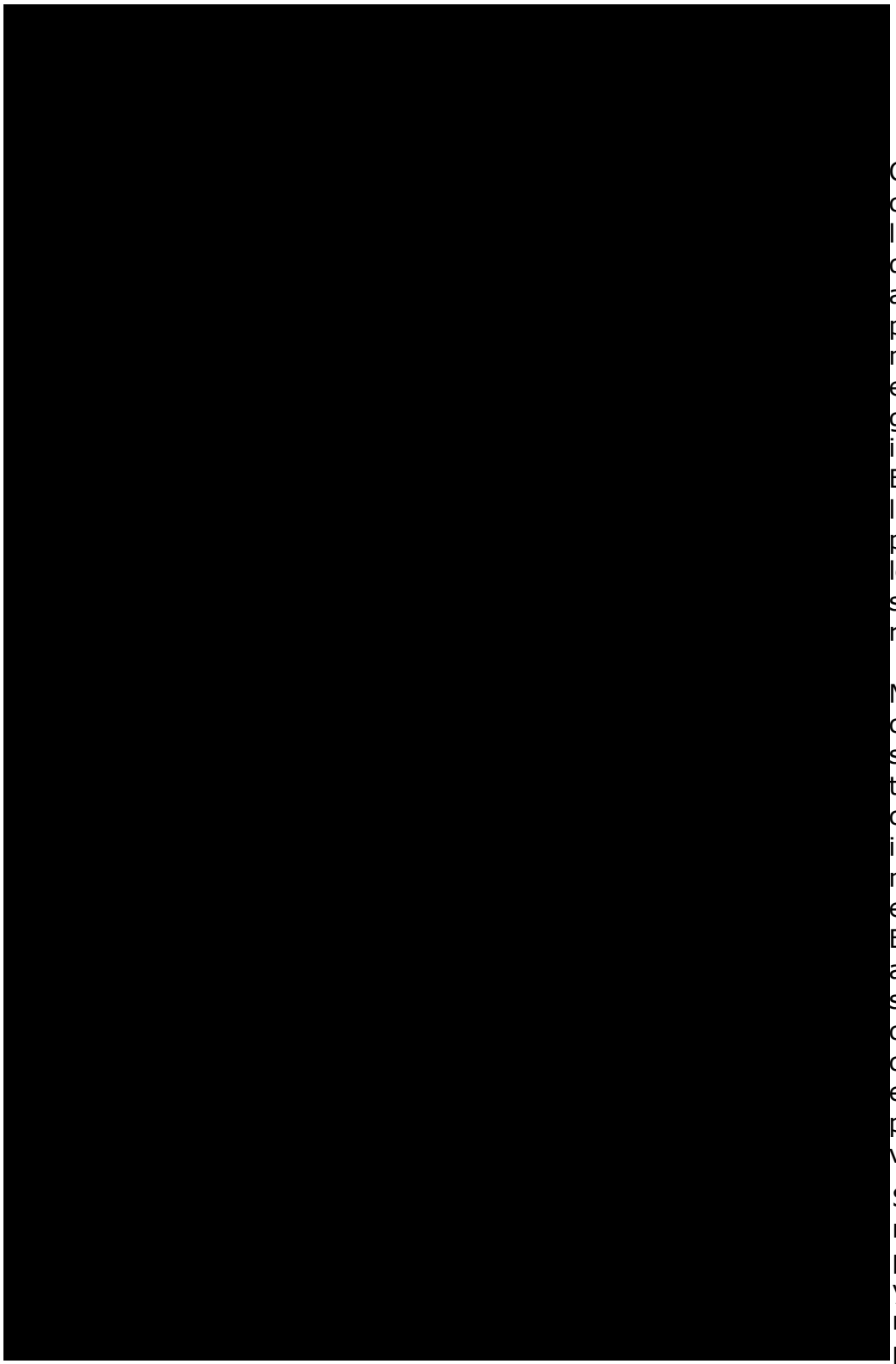
Si no queremos ser víctimas, mientras oramos, de ideas ajenas e importunas, es indispensable que antes de la plegaria las desechemos con 414 rotunda decisión. Entonces, sí, podremos poner en práctica el precepto de San Pablo: «Orad sin cesar»[241 3]. Y: «Oren en todo lugar, levantando las manos puras, sin ira ni discusiones» [4]. Pero no olvidemos que seremos incapaces de ello si nuestra alma no se purifica antes de todo vicio y no se consagra al ejercicio de la virtud como a su bien propio, para nutrirse de la contemplación del Dios omnipotente.

*

IV. Al alma se la compara, no sin justo título, a la fina pelusa o a una pluma ligera. Si la humedad no las penetra, es tal la movilidad de su sustancia, que el menor soplo las eleva naturalmente y las empuja hacia lo alto. Si, por el contrario, llega el agua a rozarlas o impregnadas levemente, se tornan grávidas y pesadas. Ha desaparecido el vuelo ágil a que daba lugar su natural ligereza. El peso del líquido absorbido las abisma hasta el polvo.

[241 3] *Thess.,* [y], 17.

[4] ***I Tim., n,* 8.**



Cosa pareja acontece con nuestra alma. Si los vicios y cuidados del mundo no llegan a abrumarla o la pasión culpable no la mancilla, se alzará por encima de sí misma, gracias al privilegio innato de su pureza. Entonces el más ligero soplo de los pensamientos de la fe le será 415 suficiente para remontarse hasta las cumbres. Menospreciando las cosas perecederas, se verá como transportada a las celestiales e invisibles. Por eso nos dirige el Señor estas palabras en el Evangelio: «Estad atentos, no sea que se graven vuestros corazones por la crápula, la embriaguez y las preocupaciones de la vida» [242]5.

Si deseamos que nuestras oraciones penetren los cielos y suban todavía más alto, hagamos por libertar nuestra alma de toda escoria y purificarla del lastre de las pasiones, devolviéndole su agilidad natural. Sólo así su plegaria, libre del peso muerto de los vicios, se elevará sin trabas hacia. Dios.

V. Son de notar las causas que, al decir del Señor, motivan la pesadez del alma. No ha querido mentar el adulterio, la fornicación, el homicidio, la blasfemia ni el robo, porque todo el mundo sabe que estas cosas causan de suyo la muerte y la condenación. En cambio, ha hablado de la intemperancia, de la embriaguez y de los cuidados o solicitudes de la vida. Cosas que no sólo la gente del mundo son remisos en evitar, sino que muchos que se

[242] ***Lc.*** **III, 43.**

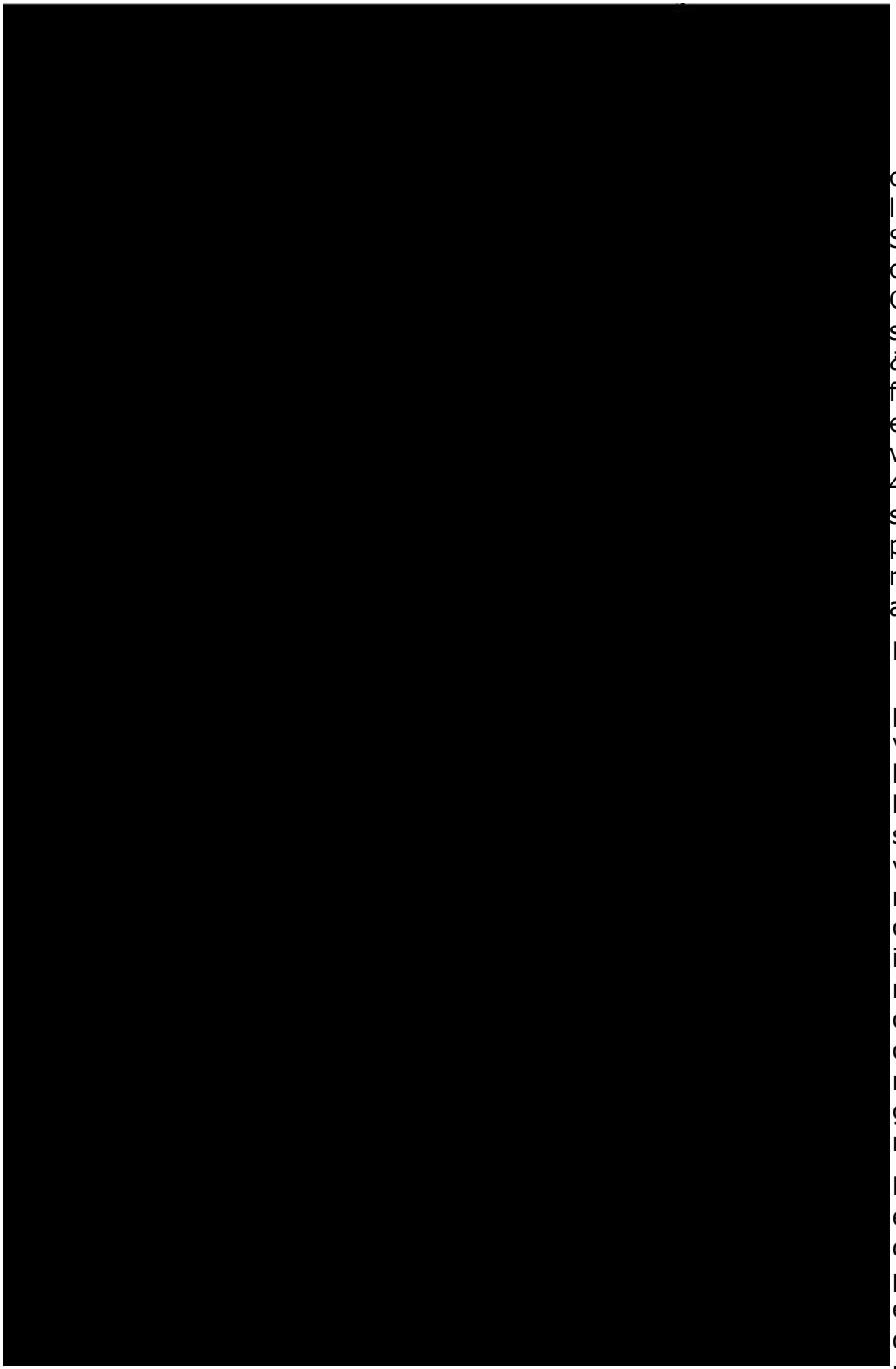
precian del nombre de monjes—sonroja hablar así—se lían en tales negocios y cuidados, cual si fueran inocuos y hasta provechosos.

Estos tres vicios, aunque en rigor y tomados 416 a la letra entorpecen el alma, la separan de Díos y la humillan a ras de tierra, es fácil orillarlos. Máxime a nosotros que estamos tan alejados del mundo y de su estilo de vida. En efecto, no tenemos ocasiones para dejarnos seducir por semejantes desvelos ni por el [243]exceso en el comer y beber.

Pero existe otra clase de gula, de efectos no menos perjudiciales; una embriaguez espiritual, mucho más difícil de soslayar; otra especie de cuidados y solicitudes temporales. Tan cierto es esto, que a pesar de haber renunciado totalmente a nuestros bienes, y vivir en el yermo en la abstinencia completa de bebidas y manjares, estas pasiones no dejan, con frecuencia, de cogernos en sus redes.

De ellas dice el Profeta: «Despertaos los que estáis ebrios, y no por el vino» [6]. E Isaías dice: «Espantaos, asombraos, ofuscaos, cegad. Embriagaos, pero no de vino» [7]. El vino que provoca esta embriaguez no puede ser otro, al decir del Profeta, que «el veneno de dragones» [8]. Y ved de qué raíz proviene: «De

[243] 6 *Ioel,* I, *5.*
13., XXIX, 9.
8 Cfr. *Deut., XXXII*, **33.**
9 Ibíd., 32 [LXX].



cierto, su vid es de los viñedos de Sodoma; de los campos de Gomorra sus sarmientos» [9]. ¿Queréis conocer el fruto de esta viña y el producto de sus vides? Escuchad: 417 «Sus uvas son uvas ponzoñosas, sus racimos son racimos amarguísimos»[244] lo.

En efecto, si no estamos purificados de todo vicio y libres de las pasiones, haciendo de la sobriedad nuestra virtud, mal podemos renunciar al exceso del vino y a la intemperancia de los manjares. El peso de una ebriedad y de una saciedad más nocivas todavía gravará inexorable nuestro corazón.

Lo cual prueba con evidencia que los cuidados de la vida presente pueden ejercer un po-deroso influjo sobre nosotros, aun cuando nos mantengamos ajenos a los actos del mundo. De ahí la regla establecida por los ancianos, quienes aseguraban que todo cuanto excede las necesidades de la vida cotidiana y los menesteres de la carne sabe a cuidados y solicitudes del mundo.

Supongamos, verbigracia, que nos basta para satisfacer a nuestras necesidades una simple moneda, que ha sido producto de nuestro trabajo razonable. Pero he aquí que nos empeñamos en ganar dos o más a trueque de imponemos una tarea más grave y prolongada. Nos bastarían asimismo, para cubrirnos, dos túnicas: una para la noche y otra para el día; y, sin embargo, ambicionamos

[244] *10 Deut., XXXII*, 32.

tres o cuatro. Una o dos habitaciones serían más que suficientes para albergamos, pero el afán de poseer y desenvolvemos 4 1 8 como hace el mundo nos induce a construirnos cuatro y hasta cinco celdas; y por si esto fuera poco, procuramos que estén lo mejor amuebladas posible y que sean más espaciosas de lo que exige en realidad nuestro provecho.

De este modo, en cuanto nos es dado, vamos siempre en pos de las pasiones y apetitos del siglo.

VISIÓN DE UN ANCIANO SOBRE EL TRABAJO FEBRIL DE UN MONJE

VI. Una experiencia a todas luces manifiesta nos enseña que son los demonios quienes nos impulsan a tales excesos.

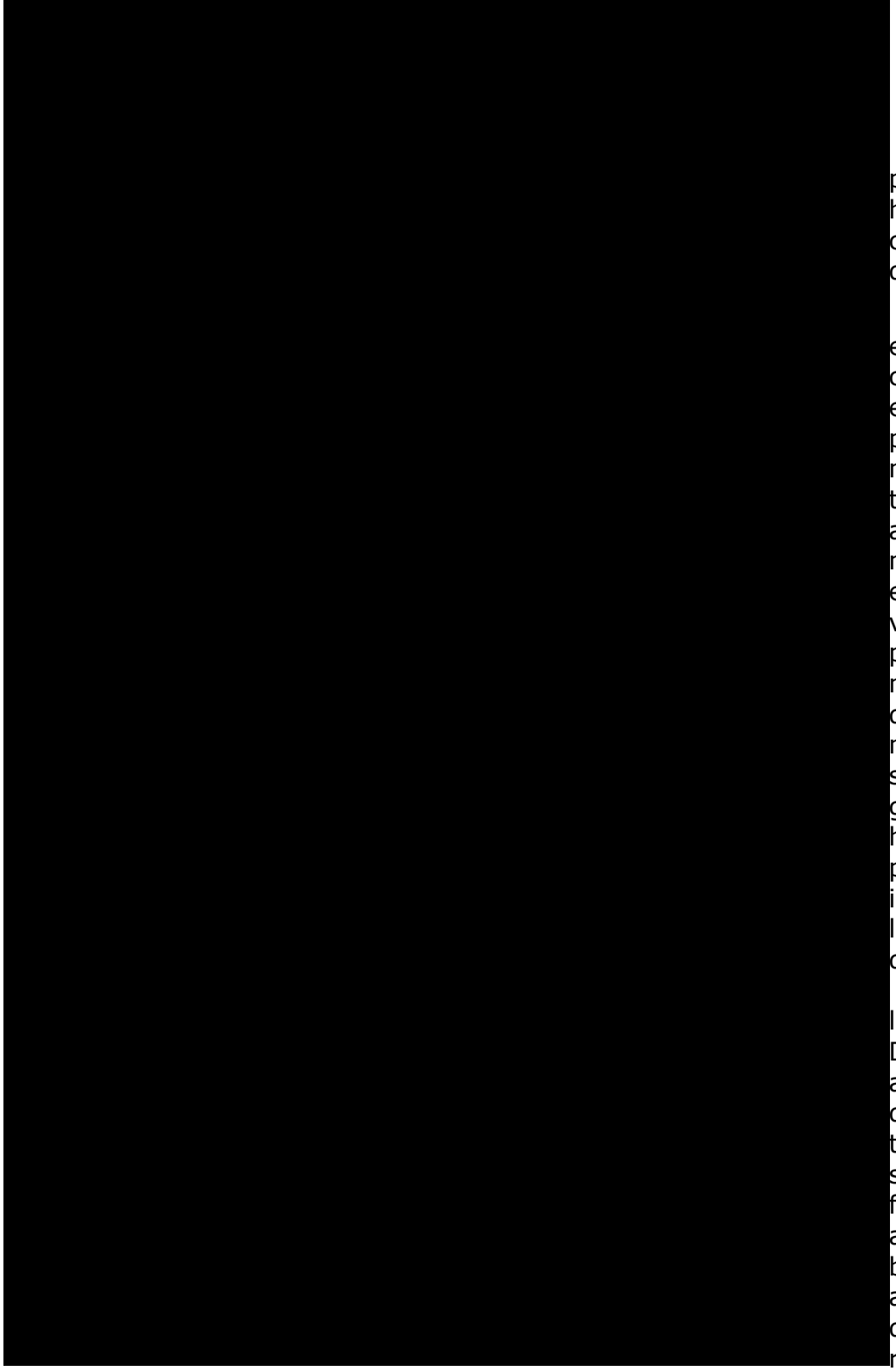
Un anciano que gozaba entre los demás de gran reputación por su prudencia, pasaba cierto día junto a la celda de un hermano. Este, contagiado de esa fiebre morbosa de que hablábamos, se afanaba a diario en construir y reparar habitaciones innecesarias. Constituía para él una verdadera inquietud. El anciano vio desde lejos que intentaba desmenuzar una roca muy dura manejando un pesado martillo. Junto a él divisó una especie de etíope que tenía sus manos enlazadas con las del monje, y golpeando a una con él la roca, le estimulaba a realizar esta tarea ímproba como con tizones encendidos.

El anciano se detuvo a cierta distancia y contempló largo tiempo la escena. Veía

cómo el 419 cruel enemigo, asociado a su trabajo, le apremiaba en aquella imaginaria ilusión. El pobre monje, jadeante, intentó hacer una pausa en su labor para cobrar aliento y dar fin a su tarea. Pero al punto el antiguo enemigo le espoleaba de nuevo. Había que asir otra vez el martillo y continuar con ritmo igual la labor comenzada. Incitado de esta suerte, sin darse un punto de reposo, el hermano no reparaba en el abuso de que era objeto.

Entretanto, esta vejación conmovió profundamente al anciano, que atisbaba desde lejos. Por fin anduvo hasta la celda del monje. Le saludó y le dijo: «¿Qué obra es esa que estás haciendo, hermano?» A lo que respondió él: «Este peñasco es realmente durísimo y nos da mucho que hacer. Apenas si hemos podido hasta ahora romperle.» «Dices bien: no hemos podido. Porque no eras tú sólo quien daba tan recios golpes sobre esa roca. Estaba contigo otro a quien tú no veías y permanecía junto a ti, no tanto para prestarte su ayuda, cuanto para excitarte con sus violencias.»

No basta para conocer que no somos ambiciosos ni amigos de ostentación el que vivamos al margen de aquellos negocios que, aunque queramos, no están a nuestro alcance y por lo mismo no somos capaces de tratar. Ni es suficiente tampoco menospreciar aquellas cosas a que no podríamos aficionamos sin incurrir en la censura de hombres espirituales y de la gente del 420 mundo. Antes bien, demostraremos que estamos libres de esa codicia mundana si rechazamos con firmeza todo aquello que parece lícito y que,



por ende, podríamos hacer cubriéndolo con cierto pretexto decoroso.

Podrá objetarse que esto son naderías sin consecuencia. Y por eso varones que profesan vida monástica no tienen reparo alguno en entretenerse en ellas. Pero en realidad de verdad, estas pequeñeces gravan más nuestro espíritu que los asuntos de mayor monta que suelen ocupar a las gentes del siglo hasta enajenarse por ellos. Porque impiden al monje, limpio de las heces del mundo, remontarse libremente hacia Dios. En definitiva, aquí es a donde debe tender él con toda la fuerza de su ser, de tal forma que el apartarse de este bien soberano—aunque no sea más que un ápice—debe reputarlo como una auténtica muerte y como el peor de todos los males.

Cuando el monje, después de verse libre de los lazos de las pasiones, permanezca fijo en esta paz, cuando su corazón sea arrebatado hacia el único Bien supremo, habrá cumplido en sí mismo la palabra del Apóstol: «Orad sin cesar» 11; y: «Orad en todo lugar, levantando las manos puras, sin ira ni discusiones» ".

Efectivamente, el alma queda como abismada 421 y absorbida, si vale la expresión, en esta pureza. De la condición terrena a que su natural propende, surge y se muda en otra semejanza espiritual y angélica. En lo sucesivo, todos sus sentimientos, sus palabras y sus actos son una oración purísima y aquilatada, sin mezcla de sentimientos bastardos.

QUE ES MÁS DIFÍCIL LA GUARDA DE LOS BUENOS PENSAMIENTOS QUE EXCITARLOS

VII. GERMÁN. Ojalá tuviéramos la misma facilidad en conservar los pensamientos santos, que tenemos, por lo común, en concebirlos. Porque apenas se insinúa en nosotros el recuerdo de una palabra de la Escritura o de una buena acción, o la contemplación de los misterios sobrenaturales, en el mismo instante se hacen huidizas y se desvanecen como por ensalmo. Descubrir una fuente nueva e introducirse en seguida la distracción es una misma cosa. Y aun con ocasión de otros pensamientos espirituales, los que había logrado guardar al principio nuestra mente, se esfuman tarde o temprano, cuando la inconstancia les depara la fuga.

El alma es incapaz de concentrar su atención. Ni • depende de su albedrío dar consistencia a sus buenos pensamientos. Inclusive, cuando parece retenerlos con más o menos fortuna, es creíble que no son fruto de su industria, sino 422 que los ha captado al azar[245] 13. Y ¿cómo atribuir su origen a nuestra libre voluntad, cuando de hecho el conservarlos no depende de nosotros?

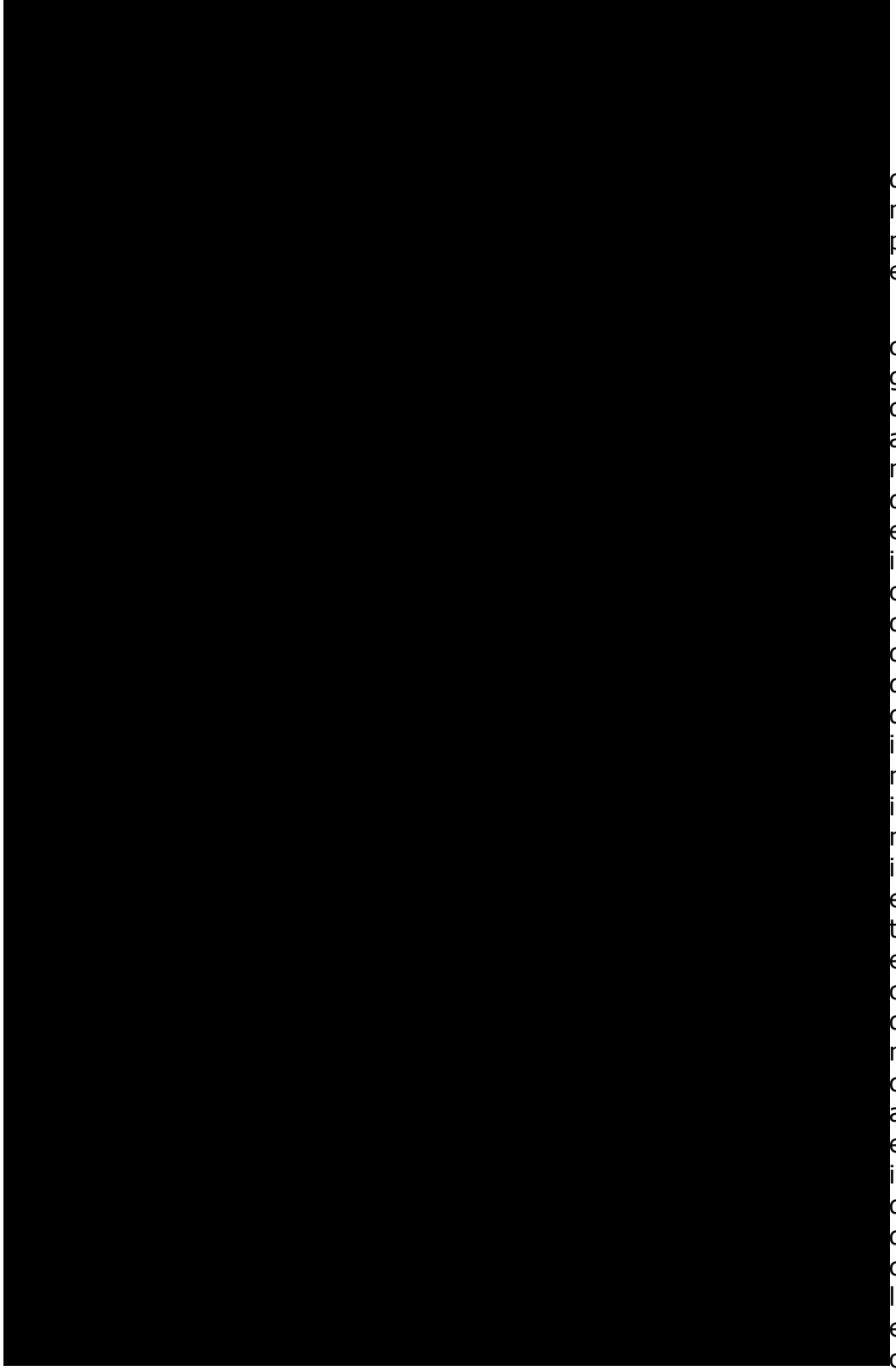
[245] **13** De esta inestabilidad de pensamientos en que se mueve el alma **nos** habló ya Casiano por boca del abad Moisés al tratar de la intención y fin del monje en Col., i, 17-18. Ambas descripciones, si bien diferentes, arguyen una misma mentalidad en los autores, y sobre todo, la misma pluma de quien nos las ha trazado.

Pero me temo que el examen de este aspecto nos lleve demasiado lejos. Con lo cual no hariamos más que demorar la elucidación que nos has prometido sobre la naturaleza de la plegaria. Será, pues, mejor que lo reservemos para estudiarlo a su debido tiempo.

Por el pronto, te pedimos encarecidamente que nos digas en qué consiste la oración. Tenemos una razón de peso para hacerlo así en la admonición que nos hace San Pablo al decirnos que no debemos interrumpirla jamás: «Orad —dice—sin intermisión.» De ahí nuestro deseo de que nos instruyas sobre su naturaleza y sobre las cualidades que deben adornarla. Y también, por supuesto, sobre el medio de perseverar en ella hasta devenir continua y habitual.

Estamos persuadidos de que no llegará nunca a la oración perfecta quien no se aplique a ella con íntima tensión del corazón. Es éste un hecho que atestigua la experiencia cotidiana, no menos que tus palabras autorizadas. Has dicho que el 423 fin y la más alta perfección del monje radica en la oración perfecta.

VIII. ISAAC. Es poco menos que imposible distinguir todas las formas de oración. A no ser, claro está, que se goce de una pureza de corazón consumada y nos ilumine la luz del Espíritu Santo. Su número corresponde a los diferentes estados o disposiciones en que se halla un alma, o mejor dicho, todas las almas. Pero, aunque soy incapaz de columbrarlas todas, debido a la insensibilidad de mi corazón, procuraré, sin embargo,



describirlas en la medida que me lo permita mi escasa experiencia.

La oración es correlativa del grado de pureza a que ha llegado el alma. Sigue, por lo mismo, cauces distintos, aun cuando ello sea debido a influencias extrañas o espontáneas, es decir, a impresiones de cosas exteriores que le acontecen o de fenómenos interiores que la modifican. Es indudable que nadie permanece idéntico a sí mismo en todo tiempo. Por tal razón, la oración es varia según el clima espiritual en que vivimos. Se ora muy diferentemente cuando se está alegre que cuando se está triste, bajo la impresión del desánimo. Oramos de una manera cuando nos acarician los éxitos espirituales, y de otra cuando nos aplasta el peso de la tentación; cuando imploramos el perdón de los pecados y cuando pedimos una gracia, una virtud o la extinción de un vicio cualquiera. Uno es el modo de orar 424 cuando nos animan sentimientos de compunción que excita el pensamiento del infierno y el temor de la justicia, y otro, cuando flagramos en deseos de la esperanza de los bienes futuros. Oramos de una manera cuando nos hallamos frente a frente con la adversidad y el peligro, y de otra cuando nos sentimos en medio de la paz y la seguridad. En fin, no es igual nuestra oración cuando nos sentimos inundados de luz por la revelación de los misterios celestes, que cuando nos vemos paralizados por la esterilidad y las sequedades del espíritu.

DE CUATRO ESPECIES DE ORACIÓN

IX. He expuesto los diversos modos de oración. Aunque no según exige la amplitud de la materia, sino en cuanto lo consiente la premura del tiempo y mi obtusa inteligencia. Nos sale ahora al paso una dificultad mayor: analizar en particular los diversos géneros de oración.

El Apóstol distingue cuatro: «Ante todo ruego que se hagan peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias»[246] ". Indudablemente, esta división no es arbitraria. Primero, procede indagar lo que significan los términos «suplicación», «oración», «intercesión» y «acción de gracias». De seguida estudiaremos si en la plegaria hay que adoptar a un tiempo estas cuatro especies 425 de oración o si será mejor hacer uso de ellas alternativamente. Es decir, si es menester unas veces detenerse en la súplica y otras en la oración; insistir unos días en la plegaria de intercesión y otros en la acción de gracias. O bien, si es mejor invertir el tiempo ofreciendo unas veces a Dios súplicas y otras oraciones, ahora intercesiones, después acciones de gracias. Y todo ello, si debe practicarse en función de la edad o del grado de perfección a que ha llegado cada cual, siguiendo los impulsos de su corazón.

X. La primera cuestión que hay que ventilar versa sobre el sentido exacto de los términos. Ante todo debemos subrayar la diferencia que hay

[246] *44 I Tim.*, 1.

entre orar, suplicar, interceder. Luego, importa discriminar si estos actos se realizan separadamente o todos a la vez; y según esto, averiguar si el orden establecido por el Apóstol encierra alguna enseñanza especial para los fieles, o más bien hay que interpretar *esa* gradación de forma más simple, o si es admisible que San Pablo la estableciera al desgaire y sin atención especial [247]15. 426

Esta última hipótesis es, a mi juicio, poco menos que absurda. No cabe que el Espíritu Santo haya hablado por boca del Apóstol a la ligera y sin motivo.

Volvamos, pues, sobre cada una de estas formas de oración, tratándolas con el favor de Dios, según el orden indicado.

DE LA PETICIÓN Y ORACIÓN

XI. «Te ruego ante todo que se hagan peticiones.» La petición es el grito, la plegaria que pide perdón por los propios pecados. Es el ruego apremiante con que, compungidos, imploramos el perdón de todos ellos, tanto presentes como pretéritos.

[247] 15 *Isaac dice indifferenter,* indiferente, arbitrariamente. Esto es, sin un orden fijo y determinado por el cual tuvieran que regirse los fieles al ponerse en oración. Por lo demás, aunque en general los Padres convienen con Casiano en asignar a cada uno de estos nombres diversas especies de oración, no obstante discrepan un tanto al determinar la especie concreta significada por cada uno de esos nombres.

XII. La *oración, en cambio,* es el acto por el cual ofrecemos o dedicamos alguna cosa a Dios. Los griegos la llaman ευξη, es decir, «voto», Donde el griego escribe

ταs ευξασ μου τω κυριω) αποδωσω en el latín se lee: *Vota me Domino reddam,* «cumpliré los votos que he hecha al Señor»[248] [1]º. Lo que en rigor podría expresarse así: «Cumpliré las oraciones que he prometido al Señor.» Se encuentra todavía en el Eclesiastés: «Si haces voto a Dios, no tardes en cumplirlo» 17. En griego, en cambio, se dice como 427 en el texto arriba aducido: εαν ευξη ευξφ κυριω O sea: «Si prometes una oración al Señor, no difieras su cumplimiento.»

Por lo que a nosotros toca, he aquí cómo cumpliremos este precepto. Oramos cuando renunciamos al mundo y nos comprometemos solemnemente a morir a

[248] 16 ***Ps. CXV*, 14.**
17 *Eccle.,* [Y], 3.

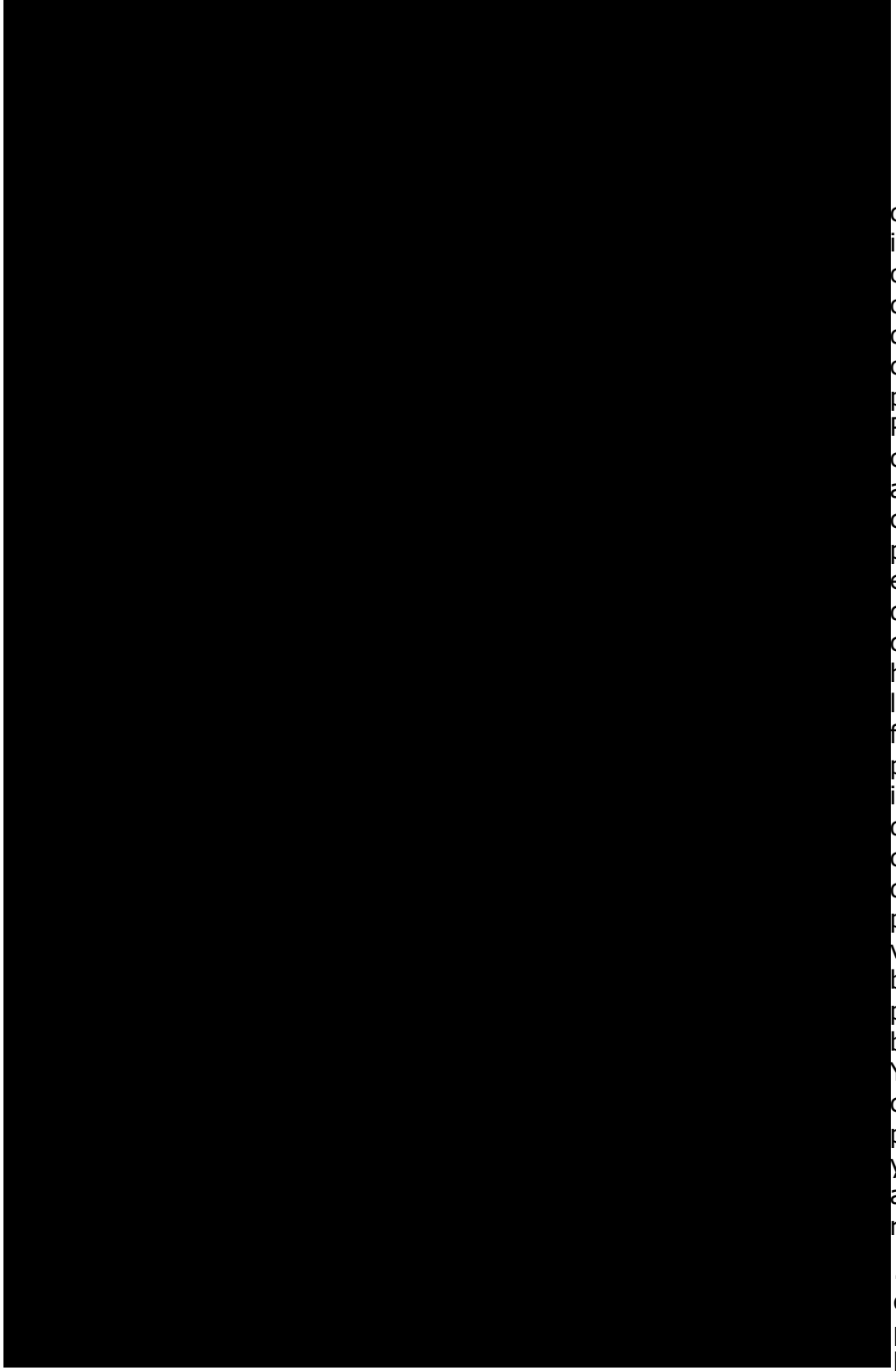
sus actos y a sus máximas, para servir al Señor con todo el ardor de nuestra alma. Oramos cuando prometemos renunciar a la gloria del mundo y pisotear las riquezas de la tierra, con el propósito de adherirnos al Señor por la contrición y pobreza de espíritu. Oramos cuando hacemos voto perpetuo de castidad perfecta y guardar una paciencia inalterable, y cuando nos resolvemos a desarraigar por completo de nuestro corazón las raíces de la ira y de esta tristeza que engendra la muerte.

Si, infieles a nuestra promesa, la relajación nos enerva y volvemos a nuestro antiguo modo de vivir, nos haremos reos de nuestra oración y de nuestros votos, y podrá decirse de nosotros: «Mejor es no prometer que dejar de cumplir lo prometido.» Palabras que, según el griego, podrían expresarse así: «Mejor es no orar, que hacerlo y ser infiel.»

DE LA INTERCESIÓN Y ACCIÓN DE GRACIAS

XIII. En tercer lugar figura la *intercesión.* Es la plegaria que solemos elevar a Dios en 428 favor de los demás, movidos por el entusiasmo del fervor que anima y caldea el alma. Y ello, ya sea que nuestros ruegos se refieran solamente a aquellos que nos son caros, ya sea que tengan por objeto la paz del mundo o—para usar el lenguaje de San Pablo—comprendan «la humanidad entera y los reyes y personajes constituídos en dignidad» 18.

XIV. En cuarto lugar están las *acciones de gracias.* Cuando el alma recorre con la imaginación los beneficios que antaño recibió de Dios y considera aquellas gracias de que la colma en el presente, o cuando endereza su mirada hacia el porvenir sobre la infinita recompensa que prepara el Señor a quienes le aman, le da gracias en medio de indecibles transportes de alegría. Incluso acontece a veces que este pensamiento la invita a rogar con más íntima efusión del corazón. Porque al contemplar con una visión aquilatada y pura el galardón reservado a los santos en el cielo, se siente movida a entonar a Dios un himno de acción de gracias a impulsos de una alegría sin límites.



XV. He ahí, pues, cuatro veneros inagotables de oración, que son causa de muy devotas 429 consideraciones y plegarias[249] 19. Porque la súplica es origen del arrepentimiento y compunción de los propios pecados; el estado de oración que deriva de una conciencia pura es hijo de la lealtad en las ofrendas y de la fidelidad en las promesas; la intercesión nace del ardor de la caridad, y la acción de gracias—que es producida por la visión de los beneficios de Dios—procede de su bondad y grandeza. Y las cuatro cristalizan en plegarias fervientes y afectos acendrados de ca-ridad

.Ahora bien: no es dudoso que todas pueden ser útiles y hasta indispensables a cada cual en particular. Y cabe en lo posible que una misma alma, habida cuenta de las diversas alternativas por las que pasa su vida, ofrezca las más fervientes súplicas, oraciones e intercesiones. No obstante, la primera forma parece más en consonancia con los principiantes que viven a merced todavía de los embates de los vicios y a quienes asedia aún el remordimiento. La segunda se armoniza muy bien con aquellos que han progresado ya en la búsqueda de la virtud, columbrando ya sus cimas. La tercera conviene 430 a aquellos cuya vida está de acuerdo con sus

[249] " Con la expresión «muy devotas» traducimos la palabras *pinguium* de Isaac. Son las oraciones devotas que antes llamó *ferventísimas* e *Ígneas.* Casiano tiene en la mente, a no dudarlo, el *Salmo* **LxII,** 6: *Sicut adipe et pinguedine repleatur anima mea, et labiis exsultationis laudabit os meum,* «llénese *mi* alma de un manjar pingüe y jugoso, y con labios de júbilo cantará **mi** boca».

promesas. La fragilidad del prójimo aviva en ellos el ardor de su caridad y 'les mueve a interceder por sus semejantes. La cuarta es patrimonio de aquellos que han desarraigado de su corazón la espina pungente que hundía en él su conciencia intranquila. Sumidos en una calma perdurable, su alma pura va desgranando la suma de misericordias que ha derramado sobre ellos el Señor en el pasado, las que al presente les depara y las que seguirá prodigándoles en el futuro. Su corazón se inflama y es arrebatado en esta oración por un fuego que el lenguaje humano no puede explicar.

A veces, al llegar el alma a este estado de verdadera pureza, y a medida que se arraiga en él, afloran al mismo tiempo en su más honda intimidad todas las formas de plegaria. Como una llama imperceptible y devoradora, va de una a otra con una velocidad asombrosa. Se desahoga en preces vivas y puras, que el mismo Espíritu Santo—sin darnos cuenta—dirige en mística exhalación a Dios con gemidos inenarrables. En este solo instante de inefable oración concibe y al propio tiempo deja desbordar de la entraña misma de su ser tantos sentimientos, que le es imposible en otro momento, no digo ya expresarlos, pero ni siquiera recordar.

Cabe también en lo posible que llegue el alma a la oración intensa y pura, cualquiera que sea el estado en que se encuentra, incluso en el primero y más humilde, cual es la meditación del juicio. Mientras tiembla de horror y espanto ante la idea del terrible examen y del castigo reservado a los

culpables, se siente de pronto profundamente compungida y galvanizada. Al humilde ejercicio de rogar por sus pecados suceden oleadas de alegría y entusiasmo. Al igual que aquélla, que en la pureza de su corazón considera las grandezas de Dios y se derrite a un tiempo en la alegría y gozo inefables que inundan todo su ser. Según la palabra del Señor, comienza a amar más porque ve que se le ha perdonado más [250]".

XVI. Debemos, no obstante, tener nuestras preferencias. Nos conducirán por nuevos cauces de vida interior y hacia la práctica perfecta de las virtudes aquellas formas de oración que tienen su raigambre en la contemplación de los bienes eternos y en el ardor de la caridad, O bien, para adaptarnos a la capacidad de los principiantes, aquellos modos de plegaria que tienen su origen en el deseo de adquirir una virtud o de extirpar una pasión.

Efectivamente, no podríamos llegar a aquella oración sublime de que hablamos al principio si no pasáramos antes por estas peticiones previas, que tienen la virtud de elevarnos paulatinamente y por grados hasta ella. 432

EL EJEMPLO DEL SEÑOR

XVII. El mismo Señor se ha dignado iniciarnos en estas cuatro especies de oración, dándonos ejemplo de ello. También aquí se ha cumplido lo que se dijo de El: «Todo lo que Jesús hizo y enseñó desde su principio» [21].

Adopta la oración de súplica en estas palabras: «Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz» 22. Y en estas otras que el Salmista pone en sus labios: «¡Oh Dios, Dios mío, vuelve a mí tus ojos. ¿Por qué

Y así, en muchas

Modelo de oración lo encontramos en pasaje: «Yo te he glorificado sobre la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar» 24. Y aun en este que leemos poco después: «Y yo por ellos ellos sean santificados de verdad»

El Señor intercede cuando dice: «Padre, llos que tú me has dado, quiero que donde esté yo estén ellos también conmigo, para que vean mi gloria, que tú me has dado» 26. Y

2 *Act.*, I, 1.
2 *Mt.*, *XXVI*, 30. *Ps.* xxi, 2.
2 *lo.*, *XVII*.

[250] 20 *Lc.,* VII, 47.

XVII. El mismo Señor se ha dignado iniciarnos en estas cuatro especies de oración, dándonos ejemplo de ello. También aquí se ha cumplido lo que se dijo de El: «Todo lo que Jesús hizo y enseñó desde su principio» ".

Adopta la oración de súplica en estas palabras: «Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz» ". Y en estas otras que el Salmista pone en sus labios: «¡Oh Dios, Dios mío, vuelve a mí tus ojos. ¿Por qué me has desamparado?» Y así, en muchas otras.

Modelo de oración lo encontramos en este pasaje: «Yo te he glorificado sobre la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar». Y aun en este que leemos poco después: «Y yo por ellos me santifico, para que ellos sean santificados de verdad» ".

El Señor intercede cuando dice: «Padre, aquellos que tú me has dado, quiero que donde esté yo estén ellos también conmigo, para que vean mi gloria, que tú me has dado» . Y asimismo 433 en otro lugar: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» [251]27.

Y he aquí un ejemplo de acción de gracias: «Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y discretos y las revelaste a los pequeñuelos. Sí, Padre, porque así te plugo» [28]. O también cuando exclama: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado; bien es verdad que yo sé que siempre me oyes» ".

Pero aun admitiendo, como hemos indicado, que era lícito separar estas cuatro especies de oración para hacerlas en distintos momentos, el Señor, con su conducta, nos ha enseñado que podían barajarse en una sola plegaria perfecta. Me refiero a la que leemos al final del Evangelio de San Juan 30. En ella vuelca el Señor toda la efusión de su corazón. El pasaje es demasiado extenso para aducirlo aquí íntegro. Mas quien lo analice con cuidado reconocerá por la misma trama del texto que es así como decimos.

San Pablo, en la epístola a los filipenses, expresa evidentemente la misma idea, al mentar, aunque en un orden un tanto diverso, estos cuatro géneros de oración. Muestra bien a las claras que deben alguna que otra vez fundirse en una 434 misma e idéntica súplica: «En todo presentad a Dios vuestras peticiones por medio de la oración y de la plegaria, acompañadas de acción de gracias»[252] 31. Con ello ha querido enseñarnos de un modo particular que en la oración y la súplica, la acción de gracias debe conjugarse con la petición.

XVIII. A estos diversos géneros de oración seguirá un estado más sublime y más excelso todavía, que consiste en la contemplación de sólo Dios. Parte del ardor de la caridad. El alma se esponja y se abisma en la santa dilección, dialogando con piedad y familiaridad sumas con Dios como con su propio Padre.

---

[251] 27 *Lc.,* **XXII,** 34.

28 Mt., 26.

29 *Io.,* 42.

30 Cfr. /o., XVII.

[252] 31 *Phil.,* vi, 6.

Es para nosotros una obligación tender a ese sublime estado. La fórmula de la plegaria del Señor nos lo enseña al decir: «Padre nuestro». Confesamos que el Dios y Señor del universo es nuestro Padre. Con ello proclamamos que hemos sido llamados de la servil condición de esclavos a la de hijos adoptivos.

Añadimos: «Que estás en los cielos». El tiempo de nuestra vida no es más que un destierro, y esta tierra, una mansión extraña, que nos separa de nuestro Padre. Debemos odiar cordialmente esta separación, suspirando por llegar a aquella región celeste en donde confesamos que vive nuestro Padre. Que nada en nuestra 435 conducta nos haga indignos de la profesión que hacemos de ser sus hijos y de la nobleza de semejante adopción. No suceda que, como a hijos infieles, nos prive de su herencia, incurriendo en su ira y en la severidad de su justicia.

Una vez arribados a esta alta dignidad de hijos de Dios, sentiremos consumirnos en esa piedad y ternura que reside en el corazón de todo hijo bien nacido. Entonces, sin pensar ya más en nuestros intereses, nuestro único anhelo será la gloria de nuestro Padre, y diremos: «Santificado sea el tu nombre». Con lo cual testificamos que su gloria es todo nuestro gozo y todo nuestro afán, imitando a aquel que ha dicho: «El que de sí mismo habla, busca su propia gloria; pero el que busca la gloria del que le ha enviado, ése es veraz, y no hay en él injusticia» [253]**32.**

Lleno de tales sentimientos, San Pablo, ese gran vaso de elección, llega incluso a suspirar por ser anatema de Cristo 33, con tal de poder ganar un día una familia numerosa y aumentar la gloria de su Padre por la salvación de Israel. Puede desear morir por Cristo quien sabe muy bien que es imposible perderse por aquel que es la Vida. Y añade aún: «Nos gozamos siendo nosotros débiles y vosotros fuertes» 34. 436

Por lo demás, ¿de qué maravillarse que San Pablo desee ser anatema por la gloria de Cristo, para la conversión de sus hermanos y la salvación de su gente? ¿Por ventura el profeta Miqueas no deseaba también aparecer mentiroso y aun verse privado de la inspiración divina con tal que la nación judía pudiera escapar a los sufrimientos y a los desastres de la cautividad que él mismo había predicho con sus oráculos? «Pluguiera a Dios—exclama—que no fuera yo un hombre que tiene el espíritu profético, sino que fuera falso lo que digo»[254] 35. Y paso en silencio el hermoso gesto del gran legislador Moisés. Si sus hermanos han de morir, no rehúsa sufrir la misma suerte: «Señor—afirma—, cometió este pueblo un gran pecado. O perdónale este crimen, o si no lo haces, bórrame del libro tuyo que escribiste.»

---

[253] **32** ***Io., VII*, 18.** [3] *Rom.,* 3.
[34] *I Cor.,* mi, 9.

[254] 35 *Miq.,* II, 11.

Las palabras «Santificado sea el tu nombre» podrían, asimismo, entenderse en el sentido de que Dios es santificado por nuestra perfección. Decirle, pues, «Santificado sea el tu nombre» equivaldría, en otros términos, a decirle: «Padre, hacednos tales que merezcamos conocer, captar la grandeza de tu santidad, probando que e santo en nuestro modo de proceder, y que santidad tenga su eclosión y aparezca en nuestra vida.» Esto es lo que se cumple en nosotros de una manera eficaz cuando «los hombres 437 en nosotros nuestras buenas obras y glorifican a nuestro Padre que está en los cielos»[255] 36.

XIX. La segunda petición de un alma pura es desear que llegue cuanto antes el reino de su Padre. Con estas palabras pone la mira en primer término en el reino establecido cada día por Cristo en el alma de los santos.

Una vez el demonio ha sido expulsado de nuestro corazón con los vicios que en él imperaban, Dios establece su soberanía en nosotros, al tiempo que se difunde en nuestro interior la mística fragancia de las virtudes. A la fornicación vencida sucede la castidad; superada la ira, asienta la paz sus reales; sobre las ruinas de la soberbia se cierne el reino de la humildad.

Puede asimismo interpretarse del reino que ha sido prometido con anticipación a todos los perfectos y en general a todos los hijos de Dios. Un día les dirá Cristo: «Venid, benditos de mi Padre; poseed el reino que se os ha preparado desde la creación del mundo» 37. El alma tiene fijas sus pupilas en ese término feliz y arde en deseos de alcanzarle, diciendo, mientras espera: «Venga a nos el tu reino». Sabe perfectamente, por el testimonio de su conciencia, que cuando suene la hora y aparezca, entrará a formar parte de este reino. 438

Por lo demás, ningún pecador se atreverá jamás a pronunciar estas palabras ni a desear con eficacia su cumplimiento. Es que la vista del tribunal es odiosa para quien presume que no habrá palma ni corona para recompensar sus méritos al llegar el juez, sino un castigo que vengará, fulminante, sus delitos.

XX. La tercera petición de los hijos es ésta: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo». No cabe oración más alta que desear que la tierra merezca igualarse al cielo. Porque, ¿qué otra cosa es decir «hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo», sino que los hombres sean semejantes a los ángeles, y que, como éstos hacen en el cielo la voluntad divina, así los hombres cumplan también sobre la tierra no su propia voluntad, sino la de Dios?

Nadie podrá pronunciar del fondo de su corazón estas palabras, sino sólo quien crea que Dios dispone todas las cosas en este mundo para nuestro bien, ya sean alegrías o infortunios; que se muestra más próvido y solícito por la salud e interés de aquellos que le pertenecemos, que nosotros mismos podemos tener.

---

[255] [36] Mt., v, 16.

[37] Mt., XXV, 34.

También puede entenderse esta petición en 4 sentido de que la voluntad de Dios es que todos. se salven, según aquella sentencia de San Pablo: «Quiere que todos los hombres sean sal**vos** y vengan al conocimiento de la verdad» [256]36. 439

El profeta Isaías habla asimismo de esta voluntad divina, cuando hace decir a Dios Padre: «Se hará siempre y en todo mi voluntad»[257] 39. Al decir, pues, «hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo», equivale a formular, en otros términos, esta petición: «Como son bienaventurados y se salvaron los que hoy están en el cielo, así, oh Padre, lo sean también, por medio de tu conocimiento, los que moran en la tierra.»

DEL PAN SOBRESUSTANCIAL O DE CADA DÍA

XXXI. A continuación, decimos: «Danos hoy el pan nuestro sobresustancial», que, según otro evangelista, es: «Nuestro pan de cada día.»

El primer calificativo señala la nobleza de su sustancia, que le eleva por

[256] [38] *1 Thim.,* u, 4.

[257] [39] Is., XLVI, 10.

[4]9 Evidentemente, Isaac entiende aquí esta petición del pan eucarístico. Con respectó al «hoy», *hodie, le da* el sentido literal de «en el día de hoy», y a la vez un sentido lato de la «presente vida». Véanse los puntos de contacto que hay entre esta exposición y la que sobre este mismo tema de la oración del Señor dieron. TERTULIANO, *De Oratione,* cap. 6; SAN CIPRIANO, *De Dominica Oratione,* cap. 18, y SANTO TOMÁS, Sum. *Theol.,* II, q. 83, a. 9; *In Mat.,* 6, y *Expos. Orat. DominÍcae.*

encima de cualquier otra criatura, y hace que exceda por su sublime grandeza y santidad a todo lo creado 40. El segundo caracteriza el uso que hacemos de él y su 440 utilidad. La palabra «cotidiano» indica que sin pan nos es imposible vivir un solo día en la vida sobrenatural. En cuanto al término «hoy», muestra que debemos alimentarnos con él diariamente, y que no será suficiente haberlo recibido ayer si no se nos da igualmente hoy. Que la necesidad cotidiana que de él tenemos nos advierta que debemos hacer en todo tiempo esta plegaria. Porque no hay día en que este pan no nos sea necesario para afianzarnos en nuestro hombre interior.

Sin embargo de ello, la palabra «hoy» puede entenderse también de la vida presente, como si dijera: «Mientras moramos en este mundo, danos este pan. Seguros estamos de que lo darás por toda la eternidad a los que lo habrán merecido. Pero te rogarnos que nos lo concedas desde hoy, porque quien no haya procurado merecerlo en esta vida no tendrá parte en él en la otra.»

SOBRE ESTAS PALABRAS «PERDÓNANOS NUESTRAS DEUDAS»

XXII. «Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.» ¡Oh bondad inefable de Dios, que no solamente nos brinda con esto un modelo de plegaria, sino también instituye la regla de vida por la cual podemos ser agradables a sus ojos! Además, por la exhortación tan apremiante que nos hace de **441** usar constantemente de esa fórmula de oración, arranca de raíz la íra y la tristeza.

Más aún. Al rogarle nos conceda lo que pe- dimos, nos da ocasión y nos abre camino para inducirle a ejercer sobre nosotros un juicio indulgente y compasivo. En cierto modo nos da el poder de templar el rigor de nuestro juez y atenuar nuestra sentencia, puesto que le movemos al perdón, alegando el ejemplo de nuestra propia indulgencia, al decirle: «Perdónanos como nosotros perdonamos».

Apoyándose en esta plegaria podrá con fiducia implorar el perdón de sus culpas aquel que se haya mostrado misericordioso con sus deudores. Digo indulgente con sus deudores, no con los de Dios. Porque se echa de ver en muchos una conducta *censurable:* solemos mostrarnos llenos de benignidad e indulgencia cuando se trata de perdonar las injurias hechas a Dios, por enormes que sean; y, en cambio, con un rigor inapelable, **exigimos** reparación cuando se tata de una ofensa que nos afecta directamente a nosotros, por insignificante que sea.

Según esto, a todo aquel que no haya perdonado del fondo de su corazón los agravios que le ha hecho su hermano, esta plegaria no le obtendrá el perdón, sino su condenación. Es lógico. Porque al obrar así pedirá que le juzguen con mayor rigor, pues es como si dijera: «Perdóname como yo perdono.» Si se le tata como él pide, ¿qué otra cosa puede sobrevenirle, sino que, 442 a ejemplo suyo, Dios se muestre inexorable en su ira y pronuncie contra él una sentencia irremisible? Si deseamos ser juzgados con clemencia es preciso que seamos clementes con aquellos que nos han hecho alguna afrenta. Se nos perdonará en la medida en que perdonáremos a los que nos han hecho algún mal, sea cual fuere su malicia[258] 41.

[258] **41** No que con sola esta condıcıòn nos perdone Dios nuestras deudas, si perdonamos a nuestros

Muchos tiemblan al pensar en esto. Y así, cuando en la sinaxis el pueblo recita de consuno el «Padre nuestro», dejan de pronunciar estas palabras a sabiendas, por temor a condenarse a sí mismos con sus propios labios, en lugar de granjearse el perdón. Pero no (dan cuenta de que eso no es más que un vano artificio, una vana sutileza, que no puede ocultar su conducta a los ojos del soberano juez, que de antemano ha querido mostrar a aquellos que le invocan la manera como les ha de juzgar. Como no quiere que le encontremos un día severo e inabordable, nos ha indicado la regla de sus juicios, para que, de la manera que deseamos que El nos juzgue, juzguemos también a nuestros hermanos. «Porque sin misericordia será juzgado *el* que no hace misericordia» 42 443

SOBRE ESTAS PALABRAS: «Y NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN»

XXIII. La petición que sigue después, «Y no nos dejes caer en la tentación», plantea un difícil problema. Si rogamos a Dios que no permita seamos tentados, ¿qué prueba daremos de nuestra constancia? Porque está escrito: «Todo hombre que no ha sido tentado, no ha sido por lo mismo probado»[259] [43]. Y también: «Feliz el hombre que sufre la tentación» ".

Sin embargo, y a decir verdad, la frase en cuestión no significa «no permitas que seamos tentados jamás», sino más bien «no permitas que al ser tentados seamos vencidos». Job fue tentado, pero no fue inducido a la tentación. De hecho, no acusó a la Sabiduría divina, ni dirigió sus pasos por la senda de la impiedad y de la blasfemia, hacia la cual quería empujarle el tentador. Abraham fue tentado; lo fue asimismo José. Ni uno ni otro fue inducido a 'tentación, porque ninguno de los dos dio su asentimiento al tentador.

Finalmente, la última petición, «Mas líbranos de mal», equivale a decir: «No permitas que seamos tentados por

---

deudores ; sino que no nos perdona si no les perdonamos. Es ésta condición indispensable para obtener el **perdón de los pecados, pero** no basta por sí sola.

42 ***Iac.…*** II, 13.

[259] **43** ***Eccli.,*** **XXXIV, 11. 4** [4] ***Zικ.,*** **I, 12.**

encima de lo que podemos 444 resistir, sino que con la tentación danos también favor para que podamos sufrirla y vencerla.»

* * *

XXIV. Tal es la breve fórmula de oración que nuestro juez nos ha dado, y que debemos adoptar a pie juntillas Para rogar en su presencia. No se nos dice que pidamos riquezas; no se hace en ella mención alguna de dignidades, fortaleza, potencia. Ni por asomo se habla en ella de la salud física o larga vida. Quien ha hecho la eternidad no quiere que se le pida nada perecedero, nada vil, nada que pase con el tiempo. Y sería una injuria sin precedentes a su generosidad y munificencia omitir esas peticiones que nos hablan de perennidad, para solicitas más bien de él algún bien vano y transeúnte. Semejante ligereza de alma en la plegaria atraería la cólera de nuestro juez, más bien que granjear nos **su** amor.

DE UNA ORACIÓN MÁS SUBLIME QUE EL PADRE NUESTRO

XXV. Aunque esta plegaria entraña en sí toda la plenitud de la perfección, pues es el mismo Señor quien nos ha dado el ejemplo y el precepto a la par, no obstante, todavía puede elevar a un rango de Vida más sublime a aquellos

α quienes deviene familiar. Les encumbre, en 445 efecto, hasta aquel estado supereminente de que hablábamos antes, hasta aquella oración de fue**go,** de pocos conocida y ejercitada, y que, hablando con propiedad, podríamos calificar de inefable. Sobrepuja todo sentimiento humano. Porque no consiste ni en sonidos de la voz, ni en movimientos de la lengua, ni en palabras articuladas. El alma, sumergida en la luz de lo alto, no se sirve ya del lenguaje humano, siempre efímero y limitado. Toda su plegaria se des-envuelve en afectos del alma Esta oración viene a ser en ella como un hontanar inagotable de donde el afecto y la oración fluyen a raudales y se precipitan de una manera inenarrable en Dios. Dice tantas cosas en un breve instante, que no podría en modo alguno expresarlas, ni siquiera recorrerlas después en su memoria cuando vuelve sobre sí.

Nuestro Señor nos muestra en sí mismo este estado de oración cuando se retira a la soledad de la montaña para orar en silencio. Y también cuando en la agonía del huerto derrama gotas sangrientas de sudor, dándonos un ejemplo inimitable del ardor intenso que informaba su altísima oración.

DE DIVERSAS MANERAS CÓMO EL ALMA SE EXCITA A LA ORACIÓN Notas

XXVI. ¿Quién podrá, por grande que sea su experiencia, describir las múltiples formas que 446 reviste la compunción? ¿Quién podrá analizar a satisfacción el origen y las causas de ese sentimiento capaz de arrebatar el corazón de encendido ardor y hacerle suspirar en plegarias tan puras como fervientes? Voy a decir alguna cosa a guisa de ejemplo, según la luz que el Señor quiera darme para acordarme de ello.

En ocasiones, salmodiando, un simple versículo de un salmo ha bastado para situarme en esa oración de fuego. A veces la voz melodiosa de un hermano ha despertado a las almas de su letargo y ha sido parte para encender en

ellas una ardiente plegaria. Me consta, asimismo, que una salmodia imponente y grave ha excitado alguna vez el fervor, incluso en aquellos que no hacían sino escucharla pasivamente. De igual modo, las exhortaciones y conversaciones espirituales de un hombre consumado en perfección han motivado una sacudida en espíritus abatidos y han hecho brotar en ellos un venero de oración. Por lo de- más, la muerte de un monje o de una persona cara ha sido un motivo poderoso para despertar. en mí asentimientos de verdadera compunción Parejamente he comprobado que el recuerdo de mi tibieza y de mis negligencias enciende a veces en mi corazón un ardor saludable. Por eso, no cabe duda de que no faltan ocasiones innúmeras para salir de nuestra tibieza, mediante la gracia de Dios, sacudir así la somnolencia.

XXVII. No es menos difícil indagar el modo 447 cómo brotan del santuario íntimo del alma los diversos géneros de compunción. A menudo se revela su presencia por un gozo imponderable y por una intima alacridad de espíritu. Tanto es así, que esa alegría, por ser tan vehemente y cálida, se hace insufrible. Entonces prorrumpe el alma en gritos de puro gozo, llegando hasta la celda vecina la noticia de su dichosa embriaguez.

A veces, por el contrario, el alma desciende a los abismos del silencio y se mantiene en una actitud callada y silenciosa. De pronto, la súbita ilustración de lo alto la llena de estupor y corta su palabra. Todos sus sentidos permanecen atónitos en el fondo de sí misma o completamente suspendidos, desahogándose entonces en gemidos inenarrables en la presencia de su Dios.

Otras veces, en fin, la inundan tales afluencias de compunción y dolor, que sólo las lágrimas son un sedante capaz de mitigar su sentimiento.

XXXVIII. GERMÁN. No desconozco del todo, a pesar de mi pequeñez, cierta experiencia de estos efectos de compunción. Con frecuencia he derramado lágrimas al recordar mis pecados. Y la visita del Señor me ha llenado de tal manera de esta alegría inefable de que hablas, que su misma inmensidad me hacía confiar en que Dios me había perdonado esas culpas porque lloraba. Yo creo que nada sería más sublime 448 que este estado, si pudiéramos renovarlo a voluntad.

En circunstancias, movido del deseo de verter de nuevo estas lágrimas de compunción, pongo en juego todas mis fuerzas. Traigo a mi memoria mis yerros y delitos. Pero todo es inútil. Imposible encontrar otra vez la fuente de mi llanto. Mis ojos permanecen secos, duros como el pedernal: ni una sola lágrima asoma a ellos. Y así como me produce una alegría sin igual la abundancia de ellas, del mismo modo sufro después al no poder derramarlas cuando quisiera.

XXIX. ISAAC. Las lágrimas no son siempre fruto de un mismo sentimiento, ni son algo privativo de una sola virtud. A veces brotan de los ojos cuando el recuerdo de nuestros pecados, como una espina lacerante, hiere el corazón. De estas lágrimas se ha dicho: «Consumido estoy a fuerza de gemir; todas las noches inundo mi lecho, y con mis lágrimas humedezco mi estrado»[260] 45. Y también: «Derrama día y noche lágrimas torrentes; ¡no te des reposo, no descansen las niñas de tus ojos!» [48]. Algunas son efecto de la contemplación de los bienes eternos y del afán de sublimación que nos mueve a desear la posesión de la gloria celestial. Entonces es cuando manan con más abundancia, merced *449* a la dicha inefable y a la alegría sin límites que experimentamos. Nuestra alma siente una sed devoradora cuanto insaciable del Dios vivo, y le hace exclamar: «¿Cuándo vendré y veré la faz de Dios? Mis lágrimas son día y noche mi pan» ". Y prorrumpe día tras día entre gemidos: «¡Ay de mí!, que se ha prolongado mi destierro; mucho anduvo mi alma en el exilio» [261]48.

En ocasiones, aunque nuestra consciencia no se reprocha falta alguna mortal, sin embargo, el temor del infierno y el pensamiento del juicio provocan en nosotros lágrimas de compunción. Lleno de este asentimiento de terror, el Profeta dirige a Dios esta plegaria: «No entres en juicio con tu siervo, pues ante ti no hay nadie justo» 49.

Hay todavía otro género de lágrimas. Son las que fluyen espontáneas, no por los pecados propios, sino por la malicia y dureza de los ajenos. Así Samuel llorando sobre Saúl. Así el Señor en el Evangelio al llorar sobre Jerusalén. Y retrocediendo a épocas anteriores, vemos a Jeremías, de quien son estas palabras: «¡Quién me diera que mi cabeza se hiciera agua, y mis ojos fuentes de lágrimas, para llorar día. y noche a los muertos de la hija de mi pueblo!» [50] Fruto del mismo pesar son las lágrimas de que se 450 habla en el salmo ciento uno: «Como el pan cual si comiera cenizas, y mi bebida se mezcla con lágrimas»[262] 51

Consecuencia de un sentimiento diametralmente opuesto son las que

29 hacen estallar en gemidos, en el salmo sexto, al Salmista penitente. Tales son las lágrimas del justo oprimido bajo el peso de las congojas y aflicciones de

[260] **4 5 Ps.. VI**, 7.
4 6 *Thren.,* II, 18.

[261] 47 *Ps.,* XLI, 3 as. 48 Ps. CXIX, 5-6.
49 Ps. CXLII, 2.
50 *Ier.,* 11, 1.

[262] 5 1 Ps. CI, 10.
5 [2] Ibíd., 1.
5 3 Mt., V, 3.

este mundo. Lo cual queda de manifiesto no únicamente en el texto, sino, incluso, en el mismo título del salmo, que dice: «Oración de un pobre afligido que eleva a Dios sus plegarias» [52]. A este pobre alude el Evangelio cuando afirma : «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» 5 3

XXX. Entre estas lágrimas que brotan con naturalidad y las que se procuran cuando el corazón permanece duro y los ojos secos, media un abismo. No hay que creer, sin embargo, que sean del todo inútiles. Pueden, en efecto, buscarse, con buena intención, sobre todo por aquellos que no han podido alcanzar aún la ciencia perfecta ni están purificados de sus vicios pasados o actuales. Mas aquellos que han llegado al amor de la virtud, no deben torturarse así, ni 451 aficionarse bajo ningún pretexto a las lágrimas del hombre exterior.

Por más que se consigan, no tienen, ni con mucho, punto de comparación con la efusión natural de las lágrimas. Antes bien, el esfuerzo que reclaman distrae al alma de la oración, haciéndola resbalar en pensamientos humanos. La desalojarán después de la cumbre sublime en que debe permanecer invariablemente fija, precipitándola en un relajamiento de su misma oración. Así se fatigará inútilmente hasta enfermar a cansa de esas lagrimitas forzadas y estériles.

SENTENCIA DEL ABAD ANTONIO SOBRE LA ORACIÓN

XXXI. Pero para que tengáis una visión clara de lo que es la verdadera oración, voy a citar una sentencia que no es de mi propia cosecha, sino del bienaventurado Antonio.

Le vi permanecer mucho tiempo en la plegaria. Y con tal ardor que a menudo los primeros rayos del sol naciente le sorprendían en sus éxtasis. Y en una de esas ocasiones le oí exclamar en el fervor de su espíritu: «¡Oh sol!, ¿por qué vienes a turbarme? ¡Te levantas tan temprano únicamente para arrancarme las claridades de la verdadera luz!»

Suya es también esta palabra, más divina que humana, sobre el grado más elevado de la plegaria: «La oración—decía—no es perfecta mientras el monje tiene conciencia de sí mismo y 452 se da cuenta de que ora» [263]. Y si aun, a pesar de mi cortedad, y a trueque de parecer audaz, se me permite agregar alguna cosa a esta sentencia admirable, diré lo que la experiencia me ha revelado sobre las señales por las cuales se conoce que una oración ha sido acogida por el Señor.

XXXII. Si ninguna duda asalta nuestra oración, y ningún pensamiento de desconfianza se apodera de nosotros; antes, al contrario, tenemos el sentimiento íntimo de haber obtenido lo que solicitamos en la efusión misma de nuestra plegaria, entonces ésta—no lo dudemos—ha sido eficaz cerca de Dios.

Porque lo que hace que seamos oídos y obtengamos lo que deseamos es la fe en la mirada de Dios sobre nosotros y la confianza de que tiene poder de concedernos lo que pedimos. Nuestro Señor no puede retractar 55 el contenido 453 nido de aquella sentencia suya: «Todo lo que pidáis al orar, creed que lo tendréis y se os dará»[264] 56.

GERMÁN. Esta confianza de ser oídos deriva, creo yo, de la pureza de conciencia. Según esto, nosotros, que sentimos aún el aguijón del pecado, ¿cómo podremos tener esa confianza? ¿Qué méritos nos autorizan a presumir que nuestras oraciones van a ser oídas?

ISAAC. Las diversas causas por las que se nos oye en la oración responden de sólito a la variedad de almas y a sus dispares disposiciones. Testigo de ello es el Evangelio y los profetas.

Basta que dos se unan en su plegaria y pidan de común acuerdo una gracia para alcanzarla. Efectivamente, según sentencia el Señor: «Si dos de vosotros conviniereis sobre la tierra en pedir cualquier cosa, os lo otorgará mi Padre, que está en los cielos» 57.

---

263 **54** Porque si en la oración atiende y se fija en sí mismo y en su modo de orar, ya no está su mente absorta y concentrada en Dios, que es lo que caracteriza a la oración más excelente y pura, según se desprende de lo que nos dice San Pablo, cfr. II Cor., XII,, 2.

55 No puede retractarla, cierto. Pero sólo en el supuesto de que se pongan las condiciones requeridas, que no siempre sabemos con certeza si las ponemos. No obstante, si el Señor, mientras oramos, nos inspira una gran seguridad y confianza de corazón, es de creer que ello es prenda de que **nos vi** a oír. Esto es lo que quiere decir aquí Isaac.

264 Mt 24. 57 Mt., XVIII, 19. 58 Mt., XVII, 19

La misma eficacia tiene una fe firme e inquebrantable, que se compara al grano de mostaza: «Si tuviereis fe como un grano de mostaza, diríais a este monte: Vete de aquí allá, y se iría, y nada os sería imposible» 58. Lo propio se ofrece a esa asiduidad en la oración, es decir, 454 a esa demanda constante y pertinaz que el Señor ha calificado de importuna: «Yo os digo que si no se levanta y se los da por ser amigo suyo, a lo menos por la importunidad se levantará y le dará cuanto necesite» [265]59. El mismo efecto surte el mérito de la limosna: «Deposita—dice la Escritura—la limosna en el corazón del pobre, y ella rogará por ti en el tiempo de la tribulación» ". Eficaces son asimismo la enmienda de la vida y las obras de misericordia, según aquello: «Rompe las ataduras de la iniquidad y trata de deshacer los haces opresores» [61]. Y tras algunas frases en que el Profeta fustiga la esterilidad de un ayuno ineficaz, añade: «Entonces llamarás, y el Señor te oirá; clamarás, y El dirá: Heme aquí» ". En fin, a veces es el exceso de la tribulación lo que hace seamos oídos, a tenor de estas palabras: «En la tribulación clamé al Señor, y me oyó» [63]. Y en otro lugar: «No maltratarás al extranjero, porque si clamare a mí, le oiré, porque soy compasivo» 64.

Por lo dicho hasta aquí podéis comprobar los múltiples medios de obtener la gracia de ser escuchados. Nadie, pues, por graves que sean los remordimientos de su conciencia, debe por 455 eso descorazonarse cuando se trata de la salvación y de los bienes eternos. Convencido estoy de nuestras miserias, y quiero, incluso, admitir que estamos completamente desprovistos de las virtudes de que hemos hablado antes. Ni existe entre nosotros esa inefable unión de dos almas, ni nuestra fe llega a la pequeñez del grano de mostaza. Concedo también que nos son ajenas las obras de caridad y misericordia que describe el Profeta. Pero ¿no podemos usar de esa importunidad que está al alcance de todos? A ella ha vinculado el Señor la concesión de lo que le pedimos. Rechacemos con firmeza las inútiles vacilaciones que pugnan contra la fe. Persistamos a toda costa en la plegaria. No dudemos que si perseveramos en nuestro empeño mereceremos ser oídos en todo aquello que solicitamos según el espíritu de Dios.

Porque es el mismo Señor quien, deseoso de otorgarnos los bienes celestiales,

---

[265] 59 *Lc., XX*, 8.

6o *Eccl. XXXIX*, 15.

61 Is., LVIII, 6.

63 Ibid., 9.

63 *Ps.* 1.

64 *Ex.,* **un,** 21 y 27.

nos mueve en cierta manera a hacerle violencia con nuestra importunidad. Por eso, lejos de ahuyentar a los importunos, les infunde alientos y les encomia, alentándoles con la dulce promesa de concederles todo cuanto habrán esperado con constancia: «Pedid, y recibiréis; buscad, y encontraréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe, quien busca halla y al que llama se le abre»[266] [6]5. Y aun: «Todo cuanto pidiereis en la 456 oración, creyendo que vais a conseguirlo, lo recibiréis, y nada será imposible para vosotros»[267] ".

Pero si nuestra indigencia es tal que no podemos alegar ninguno de los títulos a que aludíamos para que nuestra plegaria sea atendida, mantengámonos por lo menos en esta importunidad apremiante. Sin exigir ello un gran mérito ni una labor demasiado pesada, está en nuestra mano. Tengamos por cierto, sin embargo, que nuestra oración no será escuchada mientras abriguemos en nuestro interior la menor duda de que será acogida favorablemente.

También nos recuerda este precepto de perseverar infatigables en la plegaria el ejemplo del profeta Daniel. Atendidas sus súplicas desde el primer instante, no consigue el efecto de su oración sino después de veinte días [67]. Lo cual constituye un acicate para nosotros en el sentido de que no debe menguar el ardor de nuestra plegaria, aun cuando el Señor parezca atenderla con lentitud o dilación. Tal vez la divina Providencia permite semejantes dilaciones precisamente para favorecernos. Quizá también el ángel a quien incumbe aportarnos el beneficio divino, después de salir de su presencia, se ve obstaculizado por la resistencia que opone en nosotros el enemigo común. Y desde luego tendrá que demorarla y aun dejar de concedernos **457** la gracia que hemos pedido y que debe transmitirnos al tropezar con la tibieza de nuestra oración. Lo que indefectiblemente le hubiera acaecido al Profeta, si *con* su virtud incomparable no hubiera porfiado en la oración durante ese lapso de veintiún días.

Alejemos de nosotros, por consiguiente, los menores atisbos de desesperación capaces de hacer trepidar la firmeza de nuestra fe. Máxime cuando nos parezca que han sido desatendidas nuestras peticiones. No pongamos entonces en tela de juicio aquella promesa del Señor que dice: «Y todo cuanto con fe pidiereis en la oración, lo recibiréis.[268]»

Menester es, pues, que recordemos de continuo estas palabras de Juan el Evangelista, que anulan toda incertidumbre a este respecto: «Esta es la

---

[266] [65] *Lc.,* 9 ss.

[267] [66] Mt., **XXI, 22,** y XVII, 19,

[67] ***Dan.,* x,** 2,

[268] I Io V, 14; Rom VIII,26

confianza que tenemos puesta en Dios, que **en** todo lo que le pidiéremos, según su voluntad, nos oye» ". San Juan sólo exige esta plena y firme confianza en aquello que se ajusta a la voluntad divina, no en aquellas cosas que miran sólo y primordialmente a nuestro bienestar o a nuestra satisfacción temporal. Es lo que el Señor nos hace pedir en su oración: «Hágase tu voluntad.» «Tuya», no «nuestra». Recordemos además esta frase de San Pablo: «Nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene» 69. Nos hace 458 comprender por una parte que a menudo solicitamos cosas que contrarían abiertamente los intereses de nuestra salvación, y por otra que Dios, que conoce mejor que nosotros nuestras necesidades, nos hace un bien inmenso en denegar con miras a nuestro provecho lo mismo que postulamos.

Esto es cabalmente lo que le sucedió al Apóstol de los Gentiles. Pedía verse libre del ángel de Satanás. 'La voluntad bienhechora de Dios le había puesto junto a él para abofetearle. Y así exclama: «Por eso rogué tres veces al Señor que se retirase de mi (Satanás), y El me dijo: Te basta mi gracia, que en la flaqueza llega al colmo el poder» [26970]. Tal es también el pensamiento que el Señor expresaba en su humanidad, para enseñarnos con su ejemplo, entre otras cosas, la forma de orar, cuando dijo: «Padre, si es posible, pase de mí este cáliz, mas no se haga como yo quiero, sino como Tú» ". Y, sin embargo, su voluntad no discrepaba un ápice de la de su Padre. Porque había venido a salvar lo que había perecido y dar su vida en redención por muchos. De esta vida suya afirma él mismo**:** «Nadie **me** la quita; soy yo quien la doy de mí mismo. Tengo poder para darla y poder para volver a tomarla» ". Acerca de la unión íntima de su Voluntad con **459** la del Padre, el santo profeta David pone **en** sus labios en el salmo trescientos nueve este pensamiento: «Para hacer tu voluntad, Dios mío, lo quise»[270] 73. Si del Padre leemos que «de tal modo amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo» 74, también del Hijo se lee que «se dio a sí mismo por nuestros pecados» 75. Y si del Padre se afirma que «no perdonó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros» ", también se dice del Hijo que «se entregó a sí mismo porque quiso» ". La unión sustantiva de voluntad entre el Padre y el Hijo se refleja en todas partes, inclusive en el misterio de la resurrección, donde se nos revela que ambos no tuvieron más que una sola y misma operación. Según San Pablo, es el Padre quien ha resucitado el cuerpo de su Hijo, cuando escribe: «Y Dios Padre que le resucitó de entre los muertos» ". Pero también el Hijo asevera que reedificará el templo de su cuerpo: «Destruid este templo, y yo, en tres días, lo reedificaré» 79.

Siguiendo, pues, el ejemplo del Señor, debemos siempre poner fin a nuestra oración expresando un voto semejante al suyo y asociar a todas 460 nuestras peticiones este deseo: «Pero no se haga corno yo quiero, sino como Tú»[271] **[80].** Es sabido que éste es el sentido de la triple inclinación 81 que se hace en las asambleas litúrgicas de los monjes al concluir la sinaxis. Y ¸es evidente que el monje que no esté absorbido entonces en su plegaria, no podrá

[269] [7]9 II Cor., **XII, 8. Mt., xxvi, 39.**
[7 2] **x, 18.**

[270] Io X, 9; 74 Io III, 16; 75 Gal, I, 4; 76 Rom VIII, 32; 77 Is LIII,7; 78 Gal V, 1; 79 Io II, 19
[271]

ser fiel a esta práctica.

QUE DEBEMOS ORAR EN NUESTRO APOSENTO A PUERTA CERRADA

XXXV. Debemos observar con particular fidelidad el precepto evangélico que nos manda permanecer en el recinto de nuestra habitación, cerrada la puerta, para ofrecer la oración a nuestro Padre. Veamos la manera de dar cumplimiento a esta prescripción del Señor.

Oramos en nuestro aposento cuando ponemos a cubierto nuestro corazón de la realidad circundante, apartándole del tumulto y turbación de pensamientos y cuidados que le solicitan. Luego, en la soledad de nuestro interior, manifestamos al Señor en secreto y familiarmente nuestras necesidades. Orar con la puerta cerrada es dirigir nuestras súplicas sin mover los labios, en un perfecto silencio, a Aquel que penetra los corazones, no menos que las palabras.

Oramos en secreto cuando hablamos a sólo Dios con el corazón y la aplicación de la mente, no manifestando más que a El nuestras cuitas, de tal suerte que ni siquiera las potestades enemigas pueden columbrar nuestra plegaria. Esta es la razón del profundo silencio que debemos observar en la oración. Porque no sólo no debemos distraer a los circunstantes con nuestro susurro y clamor, turbando su atención, sino también celar a nuestros enemigos—que multiplican entonces sus asaltos—el fin e intención de nuestras plegarias. Con esto ponemos en práctica el precepto que dice: «Guarda las confidencias de tus labios aun de la esposa que duerme en tu seno» ".

XXXVI. Por lo mismo, debernos orar con frecuencia, pero con brevedad. Porque prolongando la oración corremos el peligro de que el enemigo, que nos espía de continuo, introduzca en nuestra mente alguna distracción. Este es el sacrificio verdadero, porque «el sacrificio grato a Dios es un corazón contrito»[272] **[83].** Esta, la oblación **462** saludable, la ofrenda pura, el «sacrificio de justicia»[273] 84, el «sacrificio de alabanza» 85. Ahí están las

---

[272] **82** *Mich.,* VII, *5.*

[83] Ps. I, 19.

[273] F4 Ps. I, 19, y XLIX, 23 .

85 Ibíd.

88 ***Ps.*** **LXV,** *5.* 87 *Ps.* cm.,

víctimas enjundiosas, «los holocaustos pingües» ", ofrenda de un corazón contrito y humillado. Si las presentamos a Dios con el fervor e intención que hemos dicho, podremos cantar con la plena seguridad de ser atendidos: «Séate mi oración como incienso ante ti, y el alzar a ti mis manos, como oblación vespertina» ".

Pero precisamente la hora en que nos hallamos y la proximidad de la noche nos invitan a cumplir esté deber. Nuestra conferencia se ha prolongado sobremanera, y aunque, según mi corto ingenio, parece que os haya expuesto un sin número de cosas en torno a este tema, en realidad es muy poco lo dicho por tratarse de una materia tan sublime como difícil.

* * *

El discurso del venerable abad Isaac nos había enajenado sin llegar a quedar saciados. Después de celebrada la sinaxis de la tarde, nos fuimos a descansar un poco. Al rayar el alba del día siguiente, partíamos. Pero nos llevábamos la promesa del abad. Nos había dicho que nos haría 463 una exposición más completa en la próxima visita que le hiciéramos. La certeza de recibir aún más doctrina venía a acrecentar la alegría que sentíamos por las enseñanzas que habíamos recibido.

Hasta entonces tan sólo se nos había hablado de la excelencia de la oración. Pero por qué procedimiento y virtud íntima podía llegar a ser continua, permanecía siendo para nosotros un enigma, que esta primera entrevista no nos había esclarecido del todo.

X

SEGUNDA CONFERENCIA DEL ISAAC

Capítulos: I. Preliminares.—II. De la costu
existe en Egipto de anunciar la Pascua
abad Serapión y la herejía antropomor
que le precipitó su simplicidad.—IV. Junt
Isaac. Pregunta sobre el error del abad
V. Origen de la herejía antropomorfita.
qué Jesucristo se nos aparece en su humi
su gloria.—VII. En qué consiste nuestro
bienaventuranza perfecta.—VIII. De qu
hemos de echar mano para llegar al recu
tinuo de Dios.—IX. Respuesta: Fuerzas d
teligencia reporta de la experiencia.—X. E
la oración continua.—XI. De la perfecc
oración a la que se eleva el alma por vir
enseñanza que precede.—XII. Pregunta:
jar en la mente los pensamientos de la
De la movilidad de los pensamientos.—
puesta: Medio de fijar nuestro corazón
consistencia a nuestros pensamientos.

I. Entre las sublimes enseñanzas de estos solitarios, que con el favor divino he consignado —aunque con un estilo harto deficiente—, el orden de la narración me obliga a abordar ahora un punto que a primera vista parecerá menoscabar la importancia del tema propuesto. Tal vez va a aparecer como un lunar en un bello rostro humano.

Sin embargo, abrigo la esperanza de que los sencillos saquen enseñanzas muy provechosas de lo que dice el Génesis acerca de la imagen de Dios omnipotente en nosotros Tanto más cuanto que esta verdad es de tal trascendencia, que el ignorarla entrañaría una grosera blasfemia, y aun podría ser de grave detrimento para la fe católica. 468

DE LA COSTUMBRE QUE EXISTE EN EGIPTO DE ANUNCIAR LA PASCUA

II. Existe en Egipto esta antigua tradición. El día de Epifanía es, al decir de los sacerdotes de la provincia, el del bautismo del Señor y de su nacimiento según la carne. Por eso este doble misterio no se celebra entre ellos, como en Occidente, en dos solemnidades distintas, sino en una sola festividad. Pues bien, después de esa fiesta de Epifanía, el obispo de Alejandría envía letras a todas las iglesias y monasterios del país para notificar las fechas en que principian la Cuaresma y la Pascua.

Habían transcurrido varios días desde la conferencia habida con el abad Isaac. Según costumbre, llegaron de Alejandría las cartas oficiales del obispo Teófilo. Pero, no satisfecho éste con anunciar la Pascua, compuso también un tratado dogmático contra la absurda herejía de los antropomorfitas[274] [2], refutándola con gran copia de argumentos. Esto provocó un general descontento entre los monjes, cuya simplicidad les había inducido con la mayor buena fe a aquel error

Muy pronto, un gran número de ancianos recibieron estas letras de tan mal talante, que opusieron 469 resistencia al obispo, declarando que era reo de grave herejía. Decidieron que toda la comunidad de los monjes debía considerarle como a excomulgado, puesto que contradecía abierta-mente a la Sagrada Escritura, negando que el Dios todopoderoso tenía figura humana, cuando el Génesis dice formalmente que Adán fue creado a su imagen. En una palabra: los monjes que moraban en el desierto de Escete, y eran considerados tanto en ciencia como en santidad superiores a los de los monasterios egipcios, rechazaron de común acuerdo la carta episcopal. Entre los sacerdotes hubo una sola excepción: nuestro presbítero, el abad Pafnucio De los demás que presidían las otras tres iglesias del yermo, ninguno en absoluto permitió leerla o recitarla en las asambleas.

III. A las víctimas de este error se sumaba un solitario llamado Serapión [2753], celebrado desde hacía mucho tiempo por la austeridad de su vida y consumada virtud. Pero su ignorancia en este punto era tanto más peligrosa a los que profesaban la verdadera fe cuanto mayor era el prestigio de que gozaba en razón de su edad 470 provecta y su vida ejemplar. Esto le situaba en un lugar relevante entre los monjes.

A pesar de las repetidas instancias del santo presbítero Pafnucio, todo fué en vano; nadie pudo lograr de él que volviera a la verdadera fe. Esta creencia le parecía a él una innovación. Los ancianos—decía—no la habían siquiera conocido, y él mismo no la había enseñado jamás.

Pero cierto día se presentó casualmente un diácono, por nombre Fotino, varón de vastos conocimientos. Su deseo de conocer a los monjes que

---

[274] **2** Que atribuía a Dios la forma humana.

[275] Seguramente' éste es el autor de la Col. v, que trata de los ocho vicios capitales. De hecho, Casiano no hace distinción alguna entre él y el abad Serapión, del que nos ha hablado hasta ahora. Véase Col.II, 11, en la que se nos refieren ejemplos 'de su adolescencia, y nota [1] de la Col, V

moraban en el yermo de Escete le había conducido allí desde Capadocia. El venerable Pafnucio le acogió con grandes muestras de afecto y alegría.

Deseoso de dar confirmación a la doctrina de las cartas episcopales, rogóle expusiera en presencia de los hermanos cómo las iglesias católicas de Oriente interpretaban esta frase del Génesis: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza.» Fotino explicó que todos los obispos de estas iglesias estaban contestes .en no interpretar a la letra el pasaje bíblico. Esta imagen y semejanza divinas las tomaban en un sentido espiritual. El diácono defendió asimismo esta opinión con palabras ricas de contenido doctrinal y adujo innumerables testimonios escriturísticos.

No era posible sostener que la majestad de Dios, por ser infinita, incomprensible e invisible, pudiera tener algo compuesto como nosotros, algo análogo a la forma humana que le limitara 471 y circunscribiera. Nuestra mirada, al igual que nuestro espíritu, eran totalmente incapaces de captar y comprender esa naturaleza incorpórea, ajena a toda composición, absolutamente simple. La exposición de esta doctrina triunfó al fin. Nuestro venerable anciano cedió ante tantas y tan atinadas razones, adhiriéndose a la fe tradicional.

Este cambio repentino llenó al abad Pafnucio, no menos que a nosotros, de una alegría sin límites. Dios no había permitido que un varón de tan avanzada edad y de virtud tan eminente, y a quien sólo su ignorancia y una simplicidad ingenua habían precipitado en aquel error, anduviera hasta el fin fuera del camino de la verdadera fe. Sin más, nos levantamos para ofrecerle al Señor públicas acciones de gracias.

No obstante, durante nuestra plegaria el buen anciano sintió una turbación extrema al comprobar que se le esfumaban las formas humanas[276] [4], bajo las cuales solía representarse a la divinidad en la oración. Súbitamente se deshizo en gemidos y lágrimas, y, prosternado en tierra, se lamentaba con grandes gritos: «¡Desgraciado, desgraciado de mí! ¡Me han arrebatado a mi Dios! No tengo ya nada en qué fijarme y asirme. 472

No sé a quién adoro, a quién debo enderezarme. ¡No lo sé!»

Nos sentimos profundamente conmovidos ante semejante actitud. Además, conservábamos vivo el recuerdo de la última conferencia. Por eso nos dirigimos de nuevo al abad. Isaac. Al verle, le hablamos así:

IV. Más que el suceso inaudito de estos últimos días, lo que nos mueve a venir a verte es el recuerdo imborrable que guardamos de tu conferencia. No obstante, el grosero error del abad Serapión ha hecho crecer más este deseo.

A nuestro juicio, si el anciano ha caído en él, es debido a la astucia del enemigo. Estarnos profundamente consternados al ver los efectos de tal caída: por de pronto, se está malogrando el fruto de tantos y tan penosos trabajos como ha soportado a lo largo de cincuenta años en el desierto con un tesón admirable. Luego—y esto es lo más lamentable—se expone, si persiste en su error, a una muerte eterna.

---

[276] *Anthropomorphon imaginem trae el* texto crítico. Es decir, forma o imagen humana, bajo la cual, al modo de los **antropomorfitas,** solía Serapión representarse a Dios al orar

Quisiéramos saber, ante todo, cuál es el origen y la causa de un yerro tan grave. Por eso te rogamos nos enseñes, cuanto antes, el medio de llegar a esa oración que con tanta elocuencia nos expusiste anteriormente. Tu hermosa conferencia nos llenó de admiración. Sin embargo, no nos trazó aún el camino por el que podemos llegar al término apetecido. 473

ORIGEN DE LA HEREJÍA ANTROPOMORFITA

Y. ISAAC. No debe sorprendernos que un hombre de suyo simplicísimo, que no ha recibido instrucción alguna en punto a la doctrina sobre la sustancia y naturaleza divinas, haya sido víctima hasta el presente de su ignorancia, permaneciendo adherido a este error. En realidad, no ha hecho sino tributar pleitesía a antiguas creencias en boga.

No se trata aquí, tal como vosotros suponéis, deuna nueva ilusión de Satanás, sino más bien de ciertas reminiscencias del antiguo paganismo, que se complacía en revestir de forma humana a los demonios que adoraba. En la actualidad hay quienes creen que la majestad incomprensible e inefable del Dios verdadero debe representarse bajo la forma de alguna imagen sensible. Y están convencidos de que es imposible fijar su pensamiento y consagrarse a la oración si no tienen presente en el espíritu y ante sus ojos una imagen a la cual ofrecer sus súplicas. De no ser así, les parece que están en presencia del vacío y de la nada. Este error es el que condena el Apóstol al decir: «Y mudaron la gloria incorruptible de Dios en la semejanza de una imagen corruptible de hombre» [5]. Y Jeremías dice asimismo; «Mi 474 pueblo mudó su gloria en un ídolo» [6]. Tal **es,** para

muchos, el origen gentílico de esta herejía. Otros, en cambio, que han sabido sustraerse a la superstición pagana incurrían en ella por ignorancia y rusticidad, tomando pie de aquella frase de la Escritura: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» [7]. La herejía antropomorfita ha nacido propiamente de la interpretación torcida de este texto. Interpretación desde luego detestable. En ella se sostiene con una obstinación diabólica que la sustancia infinita y simplicísima de Dios ofrece los mismos rasgos materiales y la misma forma de nuestro organismo humano.

Todo aquel que esté bien iniciado en los principios del dogma católico rechazará como una blasfemia gentílica esta concepción absurda. De este modo llegará a aquella oración purísima en que no cabe representación sensible ni admite forma corporal en la divinidad. Esa oración que aparta incluso del espíritu el recuerda de toda imagen o idea perniciosa que pueda alterar la verdad.

VI. Os dije en la conferencia precedente 8 que la oración está en razón directa de la pureza en que de ella. Paulatinamente y a medida que avanza por los se aparta de la vista y recuerdo de las cosas terrenas llega a hacerse capaz de ver con sus ojos interiores a cuerpo mortal, o glorificado en la majestad y brillo de su ver a Jesús cuando aparezca en el esplendor de su reino dentro de esta especie de debilidad de los judíos, no «Aunque hayamos conocido a Jesucristo según la carne, tal» 9.

la elevación del alma en ha vivido antes **475** caminos de la purificación, y sensibles. Por donde Jesús en la humildad de su gloria. Porque no podrá quien, estando todavía pueda decir con el Apóstol: ya no le conocemos como

Únicamente pueden contemplar su divinidad con ojos elevándose por encima de todas las obras y terrenos, se retiran y suben con El a esta montaña ella Jesucristo aparta a las almas del tumulto de las turbación de los vicios. Y así, sublimadas con la les revela la gloria y el esplendor de su rostro. Es que bastante puros para contemplarle.

muy puros los que, pensamientos bajos elevada de la soledad. En pasiones y las separa de la eminencia de las virtudes, tienen los ojos del corazón

Cierto que Jesús se deja ver también de los que las aldeas; es decir, de los que están ocupados en la de caridad. Pero en esta 476 gloria y en esta da a conocer a los que pueden subir—como Pedro, montaña de las virtudes. Así es cómo en otro tiempo habló a Elías" en el fondo de una soledad.

habitan en las ciudades y vida activa y en las obras majestad radiante, sólo se Santiago y Juan—a la se apareció a Moisés [1'O] y

Jesucristo mismo ha querido confirmarnos esto con su persona el modelo de una perfecta pureza. Siendo El toda santidad, no tenía necesidad, como nosotros, de alcanzarla. Además, siendo la misma pureza, no podía de las muchedumbres ni con el consorcio de los hombres. place, su contacto y 3U presencia santifica y aquilata los hombres. Y sin embargo de ello, se retira «a la solo para orar» 12.

ejemplo y trazarnos en su hontanar inagotable de retiro y soledad para contaminarse con el roce Al contrario, cuando le cuanto hay de impuro en montaña completamente

Quiso enseñarnos con esta actitud que cuando queremos oraciones perfectas y las puras afecciones de nuestro separarnos como El de la confusión y bullicio del aun estando en una carne mortal, podremos

ofrecer a Dios las corazón, debemos mundo. Merced a ello, conformamos de algún

modo con esta soberana beatitud que se promete a los santos en la otra vida, y, según 477 la palabra de San Pablo, considerara «Dios todo en todas las cosas» .

EN QUÉ CONSISTE EL FIN Y PERFECCIÓN DE NUESTRA PLEGARIA

VII. Entonces veremos el pleno cumplimiento de la oración que nuestro Señor dirigió a su Padre por sus discípulos: «Para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y ellos en nosotros» [14]. Y también: «Que todos sean una misma cosa, como Tú, Padre, en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros uno» 15 La perfecta dilección por la cual «Dios nos amó el primero» [16,] llenará nuestro corazón por la virtud de esta plegaria. Nuestra fe nos anticipa que esa oración no será vana.

Veamos cuáles serán las señales de elle. En nosotros no habrá más amor, deseo, afán, esfuerzo, ni más pensamiento, vida, palabra ni respiración que no sea para el mismo Dios. La unidad que existe actualmente entre el Padre y el Hijo y entre el Hijo y el Padre se nos comunicará en lo más íntimo del alma. Del mismo modo que Dios nos ama con una caridad verdadera y pura, en la que no cabe defección, también 478 nosotros le estaremos unidos por la indisoluble unidad de una dilección sin mengua. Estaremos de tal suerte adheridos a El, que todo cuanto esperamos, entendemos, hablamos, será todo por El.

De este modo llegaremos a la meta suspirada que el Señor deseaba para nosotros en su plegaria: «Que todos sean una misma cosa, como nosotros somos una misma cosa; yo en ellos y tú en mi, para que sean consumados también ellos en la unidad» 17. Y también: «Padre, aquellos que me diste, quiero que donde yo estoy estén ellos también conmigo» 18.

Tal debe ser la destinación, el ideal del soli-tario[277] 19. Can todas las energías de su ser debe aspirar desde esta vida a merecer la posesión de la futura bienaventuranza, a pregustar en su cuerpo mortal la vida de la gloria celeste. Este, repito, es el fin de toda perfección: que el alma, libre de todo lastre de la carne, como alada, se despegue de las cosas visibles y vuele rauda hacia las alturas del espíritu. Que toda su vida, que todos los movimientos de su corazón no formen en adelante más que una oración única e ininterrumpida. 479

DE QUÉ MEDIOS HEMOS DE ECHAR MANO PARA LLEGAR AL RECUERDO CONTINUO DE DIOS

VIII. GERMÁN**.** Tu primera colación nos había admirado sobremanera; por lo que nos hizo desear verte de nuevo. Pero nuestra admiración sube de punto después de lo que acabas de decimos. Porque cuanto más alentados nos vemos con tus palabras a desear vivamente tamaña felicidad, más abatidos nos sentimos también al

[277] Casiano usa aquí, contra su costumbre, la voz latina *solitarius,* equivalente de *monachus,* voz de origen griego (phvaxoc), que significa solo, solitario, segregado del consorcio de los hambres.

ignorar el medio conducente a un estado tan sublime.

No obstante, nuestro espíritu se ha dedicado ampliamente a la meditación en la soledad de nuestras celdas. Permítenos ahora abrirte nuestro corazón y manifestarte nuestros pensamientos, que quisiéramos esclarecer. 'Ten paciencia para escucharnos, pues es necesario seamos un poco prolijos. Estamos persuadidos de que tu caridad no va a molestarse por las inepcias de los débiles. Además, bueno es de vez en cuando publicarlas para rectificar su sinrazón y lo que tienen de absurdo. He aquí nuestro parecer.

Creemos que todo arte o ciencia debe empezar —antes de poder alcanzar la perfección—por ciertos rudimentos o principios axiomáticos, fáciles y asequibles a la inteligencia. Quiero decir que sus primeras enseñanzas deben ser como una leche racional que nos nutra y fortifique poco a poco, elevándonos, insensible y gradualmente 480 desde los fundamentos a la cima más encumbrada. De esta suerte, captados los primeros principios y franqueando el alma, como quien dice, la puerta de esa nueva vida que abraza, necesariamente y sin esfuerzo llega a penetrar sus secretos y alcanza la perfección. ¿Cómo es posible, pongo por caso, que un niño pronuncie las sílabas y forme las palabras si antes no ha aprendido a conocer bien las letras? O ¿cómo podrá leer de corrido y sin vacilar quien apenas puede leer tres palabras seguidas? ¿Cómo podrá llegar a ser hábil en la retórica o en la filosofía quien no conoce todavía las reglas de la gramática?

Por la misma razón creemos que este arte divino que nos enseña a

mantenernos inseparablemente unidos a Dios, tiene también sus fundamentos y bases. Y que es menester establecerlos primero y consolidarlos después para asentar en seguida sobre ellos este edificio espiritual de la perfección.

En nuestro concepto, estos cimientos se reducen a dos. En primer lugar hay que saber buscar algo que llene nuestra mente y nos sirva para pensar en Dios; luego, encontrar el medio de fijar esta idea u objeto de meditación[278] " para mantenernos en ella constantemente. Nosotros 481 creemos que en estos dos principios estriba toda la perfección.

Por eso deseamos saber cuál puede ser esa fórmula capaz de hacernos concebir la idea de Dios y tenerle sin cesar presente en nuestra mente. De modo que teniéndola siempre ante los ojos, no bien nos damos cuenta de que la hemos dejado escapar, tengamos dónde dirigir en seguida nuestro pensamiento. Esto puede facilitarnos el asirla de nuevo, sin perder el tiempo en inútiles ambages y rodeos.

Porque sucede a veces que, después de estar largo tiempo divagando y como perdidos en nuestra oración, intentamos volver a nosotros como de un profundo sopor, despertando de nuestro sueño. Pretendemos entonces renovar el recuerdo de Dios, que estaba ya ahogado en nosotros. Pero el largo esfuerzo que esto supone nos fatiga, y antes de que hayamos recuperado nuestros antiguos pensamientos, la atención jadea, sumiéndonos en la disipación y el olvido. Nuestro espíritu no ha podido, replegándose dentro de sí mismo, concebir una sola idea sobrenatural.

[278] ***Materiam,*** dice el original, y traducimos por objeto o idea capaz de llenar la mente y sustraerla de los pensamientos vanos o ajenos. El monje debe concentrar en ese objeto o ***materia*** las facultades **del alma para *evitar*** *la* divagación.

Ahora bien, es evidente que si caemos en esta confusión es porque no tenemos nada concreto —una fórmula, por ejemplo—que nos propongamos como un objetivo fijo y podamos de pronto atraer y centrar en él nuestro espíritu. O sea, algo que sea capaz de hacerle salir de esa fugacidad que engendra la distracción que le ha 482 llevado largo tiempo a la deriva, para anclarlo seguro en el puerto de la paz.

Así sucede que nuestra alma, sumida en esta ignorancia y en tal multitud de obstáculos y dificultades, anda errabunda y como en una embriaguez continua. Discurre sin brújula, de objeto en objeto, sin detenerse en ninguno.. Si un pensamiento espiritual le sobreviene más por azar que por su propia labor e investigación, se siente incapaz de retenerlo por mucho tiempo. Y es que las ideas se le suceden unas a otras como en un perpetuo flujo y reflujo, aceptándolas todas sin seleccionarlas. Y, claro, no puede darse cuenta de su principio ni cuándo se alojaron en su mente, como no puede tampoco percatarse de su fin y cuándo dejaron de permanecer en ella.

RESPUESTA. FUERZAS QUE LA INTELIGENCIA REPORTA DE LA EXPERIENCIA

IX. ISAAC. La pregunta que me hacéis es tan precisa y sutil, que ello es señal inequívoca de que no andáis muy lejos de la pureza.

Apenas si se puede, no digo ya comprender esta materia, pero ni siquiera apreciar las dificultades que aducís, a no ser que se invierta en ello mucho tiempo y se realicen muchos esfuerzos para penetrarla. Preciso es haber sido amaestrado durante mucho tiempo por la larga experiencia de una vida regulada y exacta para 483 poder tener, al fin, la audacia de llamar a la puerta de esta pureza divina o flagrar en deseos de poseerla.

Pero, según echo de ver por lo que acabáis de decir, no sólo habéis llegado al umbral de una oración tan excelente, sino que habéis penetrado en su interior, conociendo de una manera tangible una gran parte de lo que oculta como más secreto e impenetrable. Por donde colijo con evidencia que no ha de costarme gran trabajo introduciros—en tanto que Dios me conceda su gracia—en los senos más profundos de este santuario, y que no os será difícil intuir las cosas que voy a tratar de enseñaros. Es conocer la mitad de una cosa saber lo que debe hacerse para conocerla; y un hombre es tanto más sabio cuanto mejor conoce lo que ignora.

De ahí que no temo pasar por una persona ligera o que traiciona la verdad que posee, descubriéndoos hoy lo que en la conferencia precedente había querido ocultaros acerca de la perfección y de la excelencia de la plegaria. Y es que en el estado en que os halláis, Dios solo, prescindiendo de mis palabras y aun de mi concurso, os haría comprender más cosas sobre este punto que las que yo pudiera explicaron.

ESCUELA DE LA ORACIÓN CONTINUA

X. El símil que habéis adoptado—con mucho tino, por cierto—entre el aprendizaje de la 484 oración continua y la instrucción de los niños, está plenamente justificada. Estos no pueden aprender el alfabeto, ni reconocer sus letras, ni trazarlas con mano firme y segura, si no tienen al efecto signos o caracteres cuidadosamente grabados en el encerado. Llegan a saber escribir a fuerza de fijarse en ellos y ejercitarse diaria-mente en reproducirlos.

Análogamente en la ciencia del espíritu. Es preciso que tengáis un modelo hacia el cual podáis orientar con insistencia vuestro rayo visual. De esta suerte os habituáis a tenerlo sin cesar en vuestro pensamiento, os lo apropiáis gracias a esta meditación continua, y así podéis elevaras a más alta contemplación. Pero veamos cuál es este modelo que ha de serviros de instrucción, esta fórmula de oración que buscáis.

Todo monje que tiene la mente fija en el recuerdo constante de Dios, debe habituarse a meditarla constantemente, y con su ayuda, rechazar los demás pensamientos. Porque no podrá retenerla sino a trueque de inhibirse totalmente de las solicitudes y voliciones camales. Es éste un secreto de incalculable valor. Nos lo han transmitido los contados supervivientes de los Padres de la primera edad, y sólo lo manifestamos a ese corto número de almas a quienes acucia la sed de conocerlo.

Si queréis que el pensamiento de Dios more sin cesar en vosotros, debéis proponer continuamente a vuestra mirada interior esta fórmula *485* de devoción: «Deus in adiutorium meum intende, Domine ad adiuvandum me festina»—Ven, oh Dios, en mi ayuda, apresúrate, Señor, a socorrerme— ". No sin razón ha sido preferido este versículo entre todos los de la Escritura. Contiene en cifra todos los sentimientos que puede tener la naturaleza humana. Se adapta felizmente a todos los estados, y ayuda a mantenerse firme ante las tentaciones que nos solicitan.

En efecto, entraña la invocación hecha a Dios para sortear los peligros, la humildad de una sincera confesión, la vigilancia de un alma siempre alerta y penetrada de un temor perseverante, la consideración de nuestra fragilidad. Hace brotar asimismo la esperanza consoladora de ser atendidos y una fe ciega en la bondad divina, siempre pronta a socorrernos. Quien recurre sin cesar a su protector, adquiere la seguridad de que le asiste a todas horas. Viene a ser como la voz del amor urente, de la caridad acendrada; es como la exclamación del alma cuya mirada se posa medrosa sobre las asechanzas que la rodean, que tiembla frente a los enemigos que la asedian día y noche, y de quienes sabe que no puede librarse sin el auxilio de aquel a quien invoca. 486

Este versículo es una muralla inexpugnable y protectora, una coraza impenetrable y un escudo firmísimo contra todos los embates del demonio. El que vive dominado por la acidia, la aflicción de espíritu, la tristeza, o

abrumado por algún pensamiento, encuentra en estas palabras un remedio saludable. Y es que nos muestra que aquel a quien invocamos es testigo ocular de nuestros combates, y no se aleja nunca de los que en El confían.

Mas, si con signo inverso, todo parece felizmente logrado en lo que afecta a nuestra salvación, y nuestro corazón rebosa de jocunda euforia, estas palabras santas nos ponen también sobre aviso. Porque nos advierten que no debemos engreímos por una dicha en que es imposible mantenerse estable sin la protección de Dios, pues confesamos no sólo que tenemos necesidad de su ayuda, sino también que nos es preciso experimentarla cuanto antes.

En una palabra: en cualquier situación en que nos pongan las circunstancias de la vida, esta plegaria nos será siempre útil y necesaria. Porque quien desea que Dios le ayude siempre y le socorra en todos los trances, revela bien a las claras que le es menester este auxilio. Y no únicamente cuando le acaricia la suerte y todo le sonríe, sino también cuando la prueba y la tristeza cunden en su alma; puesto que de Dios depende tanto el libramos de la adversidad como el hacernos vivir en la alegría. Además, debemos 487 abundar en la idea de que la debilidad del hombre no puede, sin la ayuda de Dios, mantenerse a pulso ni frente a los bienes ni frente a los males de la existencia.

Supongamos que me siento combatido por la tentación de la gula. Mi espíritu apetece en el desierto las viandas que el yermo no produce. En las más hondas soledades percibo el olor de los manjares que se sirven a la mesa de los príncipes. ¿Qué mejor entonces que decir: «Dios mío, ven en mi ayuda; apresúrate, Señor, a socorrerme»?

Tengo la tentación de anticipar la hora de la comida, y siento mi corazón taladrado de dolor por la violencia que me es preciso hacerme para guardar la medida fijada por una sobriedad prudencial. ¿Qué puedo hacer en esta tribulación sino exclamar con lágrimas y gemidos: «Deus, in adiutorium meum intende»?

Las rebeldías de la carne me obligarán alguna vez a observar ayunos más rígidos y a una abstinencia más dura que de costumbre; pero no me siento con fuerzas para ella debido a la debilidad de mi estómago. Con el fin de permanecer firme en mi primera resolución o para obtener, al menos, que los ardores de la carne se extingan sin el remedio violento de 'una abstinencia tan ruda, suplicaré con fervor: «¡Dios mío, ven en mi ayuda; apresúrate, Señor, a socorrerme!»

Ha llegado la hora regular que me invita a 488 tomar la refección. Pero sucede que el pan me causa fastidio, nada me apetece y me veo falto del necesario sustento. Entonces prorrumpiré con gemidos, diciendo: «¡Dios mío, ven en mi ayuda; Señor, apresúrate a socorrerme!»

Algunas veces, para contener mi corazón, que se disipa, quiero aplicarme a la lectura. Fatalmente comienzo a sentir un dolor de cabeza que me impide seguir adelante o me vence el sueño a las nueve del día. Si levanto la cabeza y me hago violencia para leer, no tardaré en seguida a caer rendido sobre mi libro. De este modo me siento movido a prolongar o anticipar el tiempo destinado para el descanso. Más aún: la violencia del sueño, que no puedo vencer, me hace entrecortar la recitación de los

salmos y oraciones canónicas durante la sinaxis. ¿Qué haré yo en este estado sino c'amar a Dios desde el fondo de mi corazón: «Deus, in adiutorium meum intende»?

El sueño permanece alejado de mis pupilas. 'Me hallo fatigado con insomnios e ilusiones diabólicas. Sin poder pegar los párpados, me es imposible tomar el descanso reparador que necesito por la noche. Suspirando acudiré al Señor con esta plegaria: «¡Dios mío, ven en mi ayuda; Señor, apresúrate a socorrerme!»

Estoy todavía en lucha contra los vicios. Me halagan los deleites de la pasión. La carne me tienta y pretende, a favor del sueño, arrebatar solapadamente mi voluntad, inclinándome al 489 consentimiento. Para impedir que en este trance el ardor del fuego enemigo abrase las flores delicadas y suaves de la castidad, ¿qué mejor que exclamar: «Dios mío, ven en mi ayuda; Señor, apresúrate a socorrerme»?.

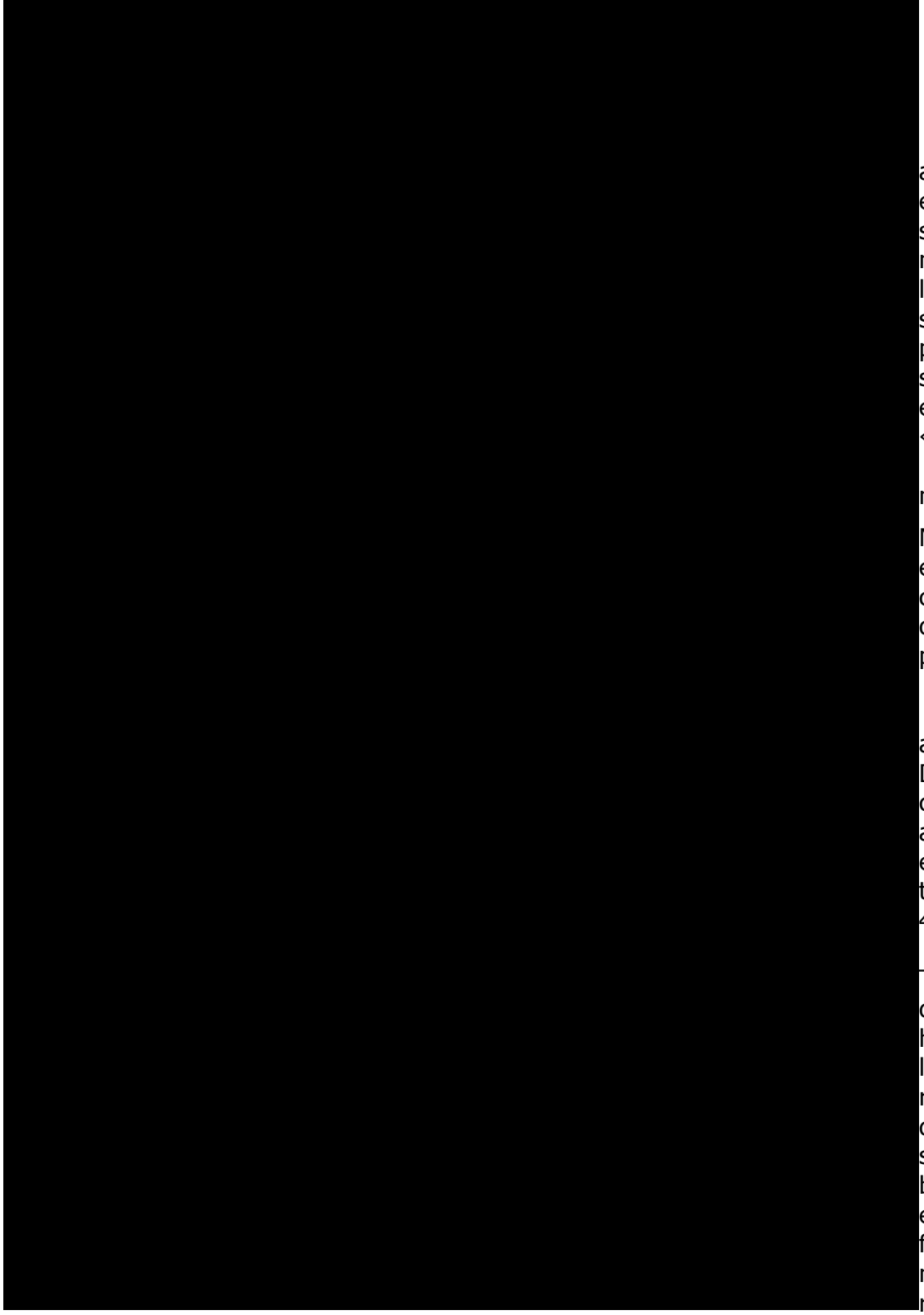
Siento en mí extinguidos los dardos encendidos de la concupiscencia y como amortiguados los incentivos de la carne. Para que esta virtud que he conseguido, o por mejor decir, para que esta gracia de Dios persevere en mí largo tiempo, diré de continuo: «¡Dios mío, ven en mi ayuda; Señor, apresúrate a socorrerme!»

La ira, la concupiscencia, la tristeza, me atormentan y me turban. Una fuerza incoercible me empuja a ceder en la suavidad que me había propuesto como ideal. Temeroso de que la ira engendre en mí el acíbar y la hiel, con gemidos salidos de lo más profundo del alma exclamaré: «¡Dios mío, ven en mi ayuda; Señor, apresúrate a socorrerme!»

Soy presa del tedio, siento la tentación de la vanagloria y del orgullo; la negligencia y la tibieza ajenas suscitan en mí, al compararlas con mi aplicación, una secreta y furtiva complacencia. Para que esta sugestión del enemigo no prevalezca, ¿qué mejor entonces que prorrumpir con un corazón contrito y humillado: «Deus, in adiutorium meum intende, Domine ad adiuvandum me festina»?

He conseguido la gracia de la humildad y de la simplicidad, y he domeñado, gracias a una 490 continua compunción, la petulancia del orgullo. Mas recelo que el «pie del soberbio y la mano del pecador van a hacerme tambalear» ". La altivez del triunfo puede poner en contingencia mi victoria y hacerme sangrar de una herida más profunda. Con el corazón en los labios suplicaré entonces: «¡Dios mío, ven y ayúdame, apresúrate a socorrerme!»

Pululan en mi mente distracciones sin número, y los pensamientos más dispares anulan toda estabilidad en mi alma. Me siento falto de fuerzas para refrenar las tendencias divergentes de mis pensamientos. Me es imposible orar. Me siento vejado por un hervidero de fantasmas y figuras, simple proyección de recuerdos pasados. Unas veces son palabras que yo he pronunciado u oído, otras será efecto de lo que yo mismo he visto y puesto por obra. En tal situación, mi alma, fría y estéril, es incapaz de suscitar en mí el más leve sentimiento de devoción. ¿Qué es lo que me pondrá al



abrigo de este estado desolador, cuando ni las lágrimas ni los suspiros han sido suficientes para ponerme a salvo de él, sino esta plegaria: «Deus, in adiutorium meum intende»?

Mi alma ha encontrado su camino, su dirección. Mis pensamientos han cobrado estabilidad, afianzándose en Dios. Aflora a mi corazón la alegría, y mi espíritu se siente transportado de 491 un gozo inexpresable. Todo este cortejo de bienes me los ha traído consigo la visita del Espíritu Santo. Es un desbordar de sentimientos sobrenaturales. En ellos soy favorecido con las más señaladas revelaciones. Y ante la iluminación súbita del Señor, asoman una serie de evidencias hasta entonces totalmente insospechadas, sobre los más profundos misterios. Ahora bien, para que merezca gozar largo tiempo de esta luz, debo decir a menudo y con toda el alma: «¡Oh Dios, ven en mi ayuda; apresúrate, Señor, a socorrerme!»

Los demonios me asedian de temores nocturnos, los espíritus inmundos me hostigan con sus fantasmas. El exceso de espanto ahoga en su fuente toda esperanza de salvación. Buscaré entonces un refugio en el contenido de este versículo, como en un puerto de salvación, y exclamaré con todas mis fuerzas: «Deus, in adiutorium meum intende!»

Animado con la venida y consolación del Señor, me siento como circundado de millares de ángeles. Aquellos a quienes temía yo antes más que a la

muerte, y cuyo contacto e incluso su simple acercamiento me amedrentaba y hacía correr por todos mis miembros escalofríos de terror, ya no me inspiran la menor desconfianza. Ahora soy yo quien se atreve a ir a su encuentro y provocarles al combate. Para conservar largo tiempo esta intrepidez y vigor sobrenatural, nada más a propósito que clamar con todas 492 las energías de mi ser: «¡Dios mío, ven en mi socorro; Señor, apresúrate a ayudarme!»

Sea, pues, este versículo el alimento constante de nuestra oración. En la adversidad, para vernos libres de ella; en la prosperidad, para mantenernos firmes y precavidos contra la soberbia. Sí, que sea esta plegaria la ocupación continua de vuestro corazón. En el trabajo, en vuestros quehaceres, yendo de viaje, no dejéis nunca de repetirla. Ya comáis, ya durmáis, en todos los menesteres de la vida, meditad este pensamiento. Vendrá a ser para vosotros una fórmula de salvación, que no sólo os pondrá en guardia contra los ataques del enemigo, sino que os purificará de todo vicio y de toda impureza terrena. Al propio tiempo, os elevará hasta la contemplación más subida de las cosas celestiales e invisibles, a aquel ardor inefable de oración que es de tan pocos conocido.

Que el sueño cierre vuestros ojos pronunciando estas palabras. Hasta que, a fuerza de repetirlas, adquiráis el hábito de decirlas incluso después de conciliar el sueño. Que sean, asimismo, al despertaras, lo primero que recuerde vuestro espíritu. Rezadlas de rodillas al dejar el lecho, y que os acompañen desde entonces a lo largo de vuestras acciones sin que os abandonen jamás. Las meditaréis, según el precepto de Moisés, estando en casa y yendo de camino, durmiendo y al despertar; las escribiréis sobre vuestros labios, la grabaréis sobre los muros de 493 vuestras celdas y en el santuario de vuestro corazón[279] [23]. En suma: que estas palabras os acompañen como vuestro único refrán al postraros para la oración; y en seguida que os levantéis, seguid con ellas el ritmo ordinario de la vida, para que sea en todos los quehaceres de vuestra existencia una oración siempre viva y continua.

DE LA ORACIÓN A QUE SE ELEVA EL ALMA PRACTICANDO LA ENSEÑANZA QUE PRECEDE

[279] [23] Alusión evidente al pasaje bíblico del ***Deut., vI,*** 6 ss., que dice así: «Y estarán estas palabras... muy dentro de tu corazón. Incúlcaselas a tus hijos, y cuando estés en tu casa, cuando viajes, cuando te acuestes, cuando te levantes, habla siempre de ellas. Átate a tus manos para que te sirvan de señal; póntelas en la frente, entre tus ojos; escríbelas en los postes de tu casa y en tus puertas.»

XI. Persista el alma en la rumia constante de estas palabras. Hasta que, meditándolas sin cesar, encuentre el coraje suficiente para rechazar otros pensamientos, viendo que éstos no son más que riquezas y bienes deleznables. Además, limitándose a esta sola oración y versículo, llegará de_ una manera connatural y rápida a aquella bienaventuranza de que habla el Evangelio, y que tiene la primacía entre todas: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» 24. Y así, en posesión 494 de esa pobreza eminente, se cumplirá en él la sentencia del Profeta: «El pobre y el indigente alabarán tu nombre» [25]. .En hecho de verdad, ¿qué pobreza puede haber más grande y **de ma**yores quilates que la de aquel que se reconoce desprovisto de todo recurso y de toda fuerza y solicita de la largueza ajena el auxilio que cada día necesita? Más aún: que ve que su vida y su ser se conservan a cada instante gracias a la divina bondad, y se proclama con razón verdadero mendigo del Señor, dirigiéndole .a diario con voz suplicante esta plegaria: «Mas yo soy mendigo y pobre; Dios me ayuda» ".

Por lo demás, el mismo Dios le colmará con su luz para hacerle ascender a la ciencia multiforme de Dios, saciándole de la visión de los misterios más sublimes y ocultos. Así lo afirma el Profeta: «Los altos montes, para los ciervos; las piedras, para los erizos» ". Este texto ilustra a maravilla la idea que tratamos de explicar.

de esa pobreza eminente, se cumplirá **en** él **la** sentencia del Profeta: «El pobre y el indigen- te alabarán tu nombre» ". ,En hecho de verdad, ¿qué pobreza puede haber más grande y de mayores quilates que la de aquel que se reconoce desprovisto de todo recurso y de toda fuerza y solicita de la largueza ajena el auxilio que cada día necesita? Más aún: que ve que su vida y su ser se conservan a cada instante gracias a la divina bondad, y se proclama con razón verdadero mendigo del Señor, dirigiéndole .a diario con voz suplicante esta plegaria: «Mas yo soy men

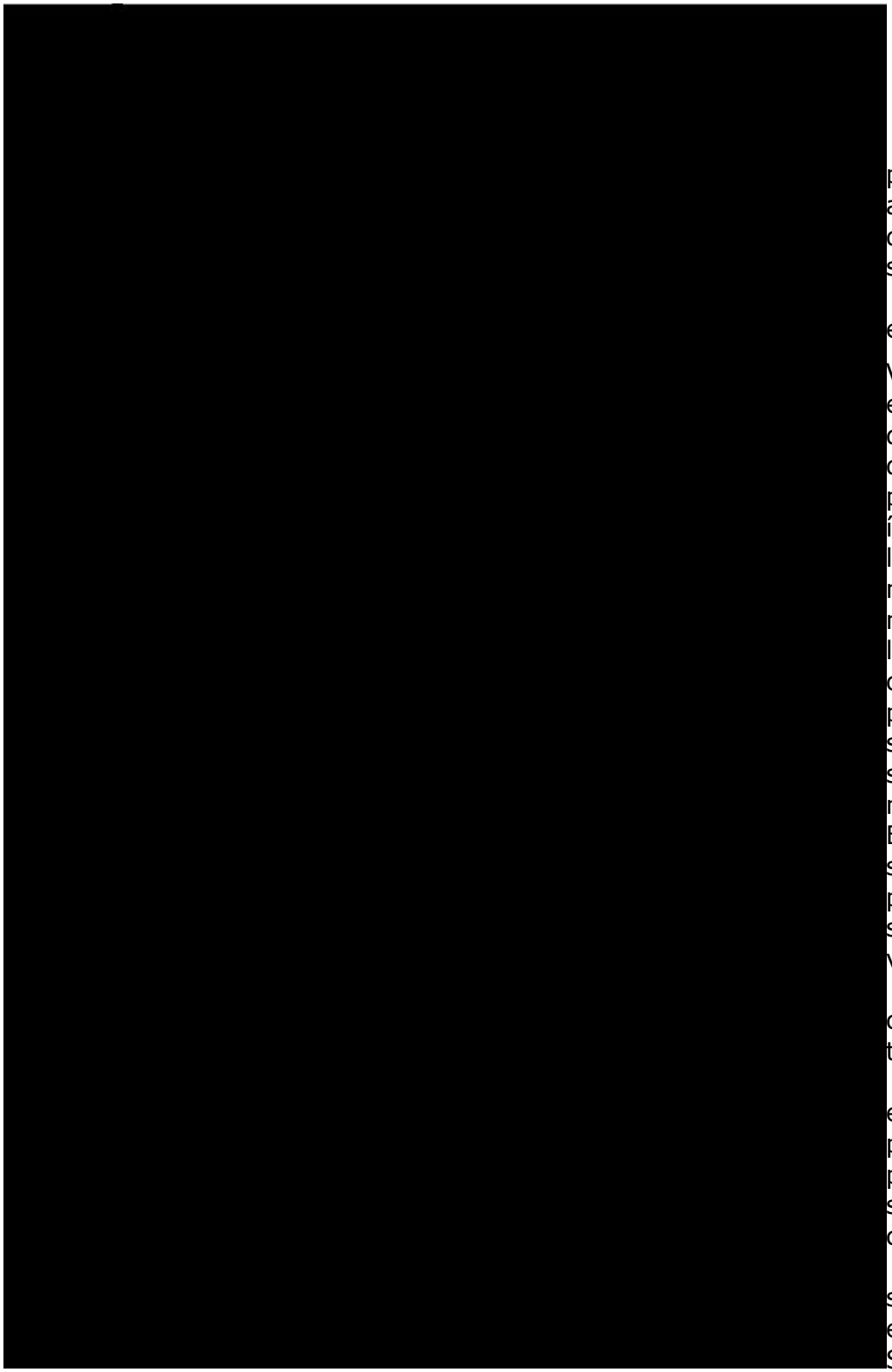
luz para hacerle ascender a la ciencia multifor- me de Dios, saciándole de la visión de los misterios más sublimes y ocultos. Así lo afirma el Profeta: «Los altos montes, para los ciervos;

Toda aquel que persevera en la simplicidad de la inocencia no causa molestia ni es gravoso a nadie. Satisfecho con su simplicidad, y con ella sola, no ambiciona otra cosa que un abrigo. que le ponga a cubierto del enemigo y le evite ser el blanca de sus adversarios. Semejante al erizo espiritual, guarecido bajo la piedra del

25 *Ps.* **LXXIII** 21.
26 *Ps.* XXXIX, 18.
27 *Ps.* cm, 18.

Todo aquel que persevera en la simplicidad de la inocencia no causa molestia ni es gravoso a nadie. Satisfecho con su simplicidad, y con ella sola, no ambiciona otra cosa que un abrigo. que le ponga a cubierto del enemigo y le evite ser el blanco de sus adversarios. Semejante al erizo espiritual, guarecido bajo la piedra del *495* Evangelio, que es el recuerdo de la pasión del Señor y la meditación incesante de nuestro versículo, se hace capaz de soslayar todas las emboscadas del enemigo. De estos erizos espirituales se nos dice en el libro de los Proverbios: «Los erizos son animales inofensivos; sólo saben defenderse haciéndose como un ovillo; se guarecen en los agujeros de las piedras ". Efectivamente, ¿quién más indefenso que un cristiano? ¿Quién más débil que un monje? No solamente le faltan medios de vengar las injurias que se le infieren, sino que ni siquiera tiene el derecho de concebir el menor sentimiento de enojo o animosidad. Y esto aun cuando sea tácitamente o en el secreto de su corazón.

Aquel que ha arribado a este grado y continúa progresando, no sólo posee la simplicidad y la inocencia, sino que, armado de la virtud de la discreción, se convierte en exterminador de las serpientes venenosas y mantiene sojuzgado a Satanás bajo sus plantas. El ardor encendido de su alma le asemeja a un ciervo espiritual que se apacienta sobre las montañas de los

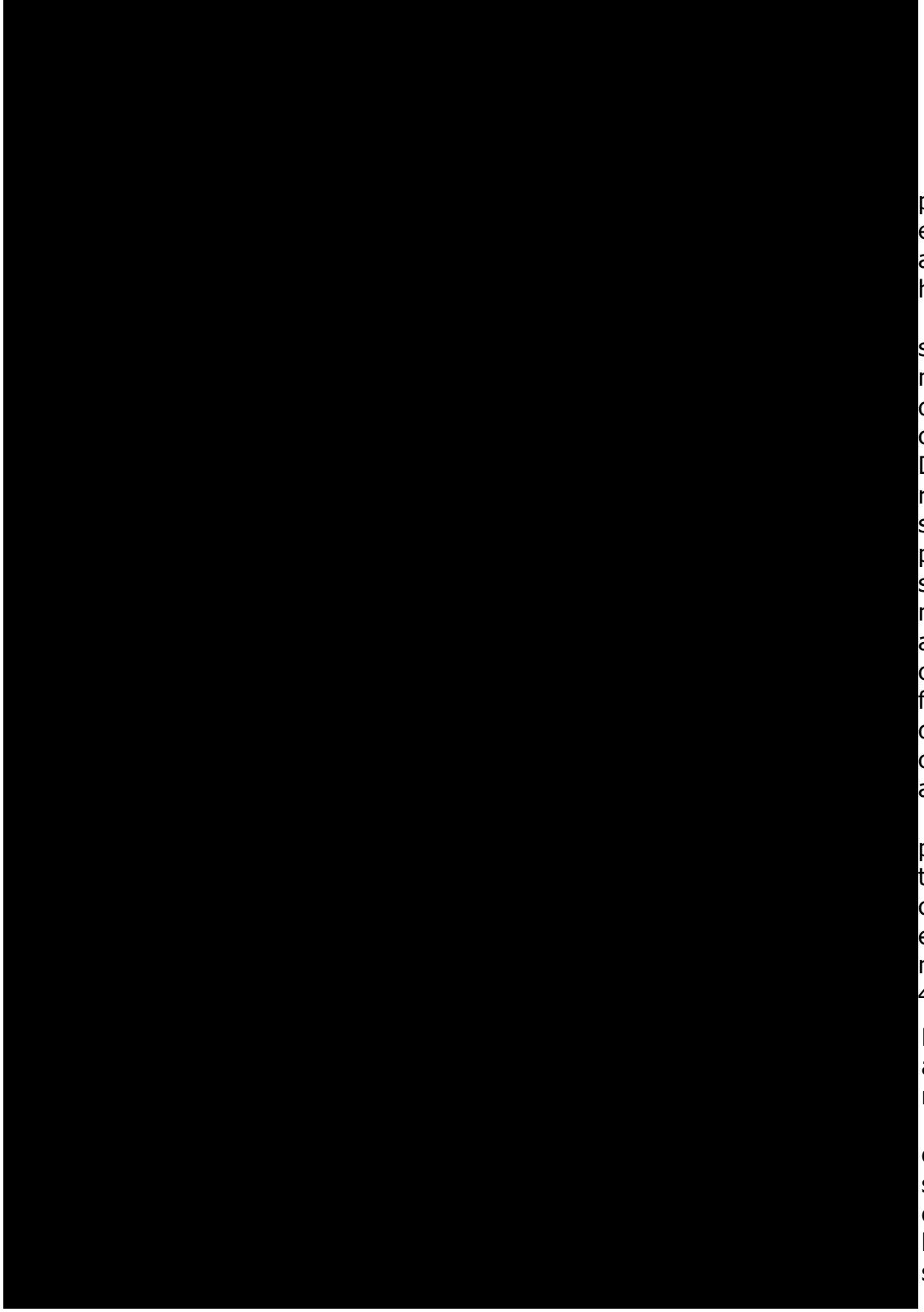


profetas y de los apóstoles. Es decir, se sacia de sus celestiales y misteriosas enseñanzas.

Vivificado con este alimento, del que no cesa de nutrirse, penetra en el íntimo sentido de los salmos. Y así no es de maravillar que los recite no como compuestos por el Profeta, sino como 496 si fuera él mismo el autor. Esto es, como si se tratara de una plegaria personal, sintiéndose movido de la más honda compunción. O también los considera escritos adrede para él, y comprende que los sentimientos que contienen no se realizaron solamente antaño en la persona del Salmista, sino que se cumplen en él todos los días.

Y es que en realidad los textos bíblicos se nos hacen más asequibles así. Aparece claramente su corazón y su meollo—si vale la expresión—cuando no solamente comprendemos su sentido por nuestra experiencia, sino que prevenimos ese mismo conocimiento. Entonces lo que nos revela las verdades que contienen no son las palabras, sino la prueba que hemos hecho nosotros personalmente ". Penetrados de los mismos sentimientos en los cuales fué compuesto o cantado el salmo, venimos a ser, por decirlo así, los autores.

[29] En resumidas cuentas, Isaac quiere decir: «Comprendemos bien el sentido de los salinos cuando lo que expresan lo hemos experimentado antes, y **lo** hemos vivido a lo largo de nuestra vida cotidiana. Esta experiencia personal y tangible arrojará luz sobre su contenido, de modo que entonces comprende-



remos perfectamente qué es lo que sintió el autor inspirado al hallarse en circunstancias semejantes a las nuestras y qué quiso significar con sus palabras. De esta suerte recitaremos los salmos, no como palabras oídas, sabidas de memoria o ajenas a nosotros, *sino* como algo que fluye espontáneo de nuestro corazón, como afectos y sentimientos propios que tenemos necesidad de expresar porque nacen del alma. 497

Nos anticipamos al pensamiento más bien que lo seguimos; captamos el sentido, más que comprender la letra. Las palabras santas evocan en nosotros recuerdos de cosas vividas.

Así, por ejemplo, los asaltos diarios que hemos soportado o sostenemos todavía, los descalabros o conquistas de nuestro celo, los beneficios de la divina Providencia, las tretas del enemigo, las negligencias del olvido tan sutil y presto a deslizarse en nuestra alma, las deficiencias debidas a la humana fragilidad, los engaños y pérdidas que sufrimos a causa de nuestra ignorancia, todos estos sentimientos heterogéneos los encontramos expresados en los salmos. Pero por haberlos vivido antes tenemos una inteligencia mucho más profunda de ellos, hasta ver todo cuanto se nos dice como en un espejo purísimo.

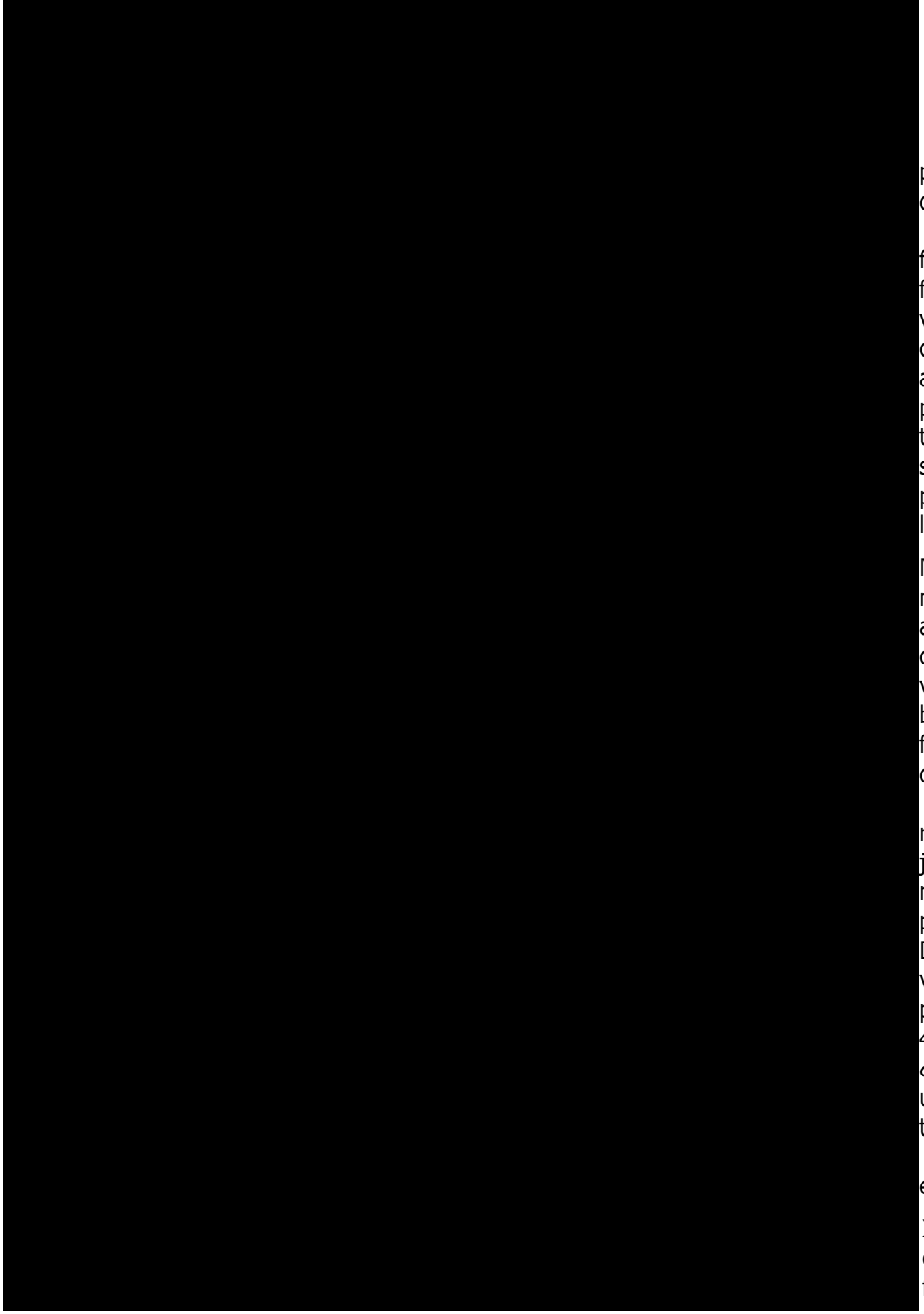
Instruidos por lo que nosotros mismos sentimos, no los percibimos como cosa meramente oída, sino experimentada y tocada por nuestras

manos; no como historia ajena e inaudita, sino como algo que damos a luz desde lo profundo de nuestro corazón, cual si fueran sentimientos que forman parte de nuestro propio ser. Repitámoslo: no es la lectura quien nos hace penetrar en el sentido de las palabras que decimos, sino la propia experiencia adquirida de antemano en la vida cotidiana.

Por esta senda nuestra alma llegará a la pureza de la oración, que fué el blanco a que intentó apuntar nuestra colación pasada, según la 498 gracia que Dios se dignó otorgarnos. Esta oración *no* es entorpecida por ninguna imagen, ni se sirve de frase o voces articuladas. Brota en un arranque de fuego que parte del corazón. Es un transporte inefable, una impetuosidad del espíritu, una alegría del alma que sobrepuja todo encarecimiento. Arrebatada de los sentidos y de todo lo visible, el alma se engolfa en Dios con gemidos y suspiros que el lenguaje no puede traducir.

CÓMO FIJAR EN LA MENTE LOS PENSAMIENTOS ESPIRITUALES

XII. GERMÁN. Te habíamos pedido que nos dieras la ciencia espiritual. Has hecho más, pues nos has hablado también de la perfección. Y todo, en términos tan claros y precisos como podíamos desear. ¿Puede haber algo más perfecto y sublime que poder encontrar a Dios por el más corto camino y



por la meditación de un solo versículo franquear las fronteras de lo visible? Porque con él abrazamos en pocas palabras todos los sentimientos que puede engendrar la plegaria.

No nos queda ya más que aprender una cosa. Este versículo que nos brindas como una fórmula de oración, ¿cómo podemos retenerlo y fijarlo en nuestra mente? Libres, por gracia de Dios, de la vanidad de los pensamientos del 499 mundo, ¿cómo guardar de una manera constante los pensamientos espirituales?

XIII. Porque ocurre con frecuencia que concibe la mente la inteligencia de cierto pasaje de un salmo. En seguida se olvida de él sin advertirlo, y el alma, en su inconsciencia, fija su atención en otro texto de la Escritura. Se dispone a meditarlo; pero antes de penetrar a fondo su sentido, inmediatamente surge en su mente un nuevo texto, rechazando, «ipso facto», el precedente. Entre tanto, sobreviene otro, y nuevo cambio.

De este modo el alma va dando tumbos de salmo en salmo; salta del Evangelio a San Pablo, de San Pablo a los profetas, para fijarse después en cierta historia bíblica edificante. Inconstante y vagabunda, discurre de acá para allá por los campos de las Escrituras. Ni sabe rechazar ni sabe retener nada que le plazca. Imposible en este plan profundizar ni esclarecer nada hasta el fin. Displicente y veleidosa, no hace más que tocar a la ligera y desflorar los pensamientos santos, sin producir ni centrarse en ninguno en realidad. Siempre en movimiento, siempre errante y a la

ventura, incluso en el tiempo de la sinaxis, se derrama en todas direcciones. Diríase víctima de la embriaguez. Y claro es que en estas circunstancias no cumple cual conviene con ninguno de sus oficios y deberes. Así, verbigracia, es la hora de la oración. Vuelve con el pensamiento sobre algún salmo o alguna lectura. 500

Si canta, piensa en otra cosa de lo que dice el salmo. Si lee en voz alta, empieza a proyectar algo que debe hacer después, o se ocupa en lo que ha hecho con anterioridad.

De esta suerte, ni acoge ni admite con fijeza ningún tema a propósito para detenerse en él o rechazarle. Parece un juguete del azar. Ni siquiera está en su poder el retener o guardar las ideas en las cuales se complace.

No obstante, es de primera necesidad, para cumplir bien nuestros ejercicios espirituales, guardar constantemente en nuestro pensamiento el versículo que nos has dado como una fórmula de vida, para que el principio y fin de los buenos pensamientos esté en nuestra mano. Así nuestras ideas, lejos de fluctuar a capricho de la inconstancia, gozarán de plena consistencia bajo el dominio de la razón.

RESPUESTA. MEDIO DE FIJAR NUESTRO CORAZÓN Y DAR ESTABILIDAD A NUESTROS PENSAMIENTOS

XIV. ISAAC. Aunque, según creo, he respondido antes suficientemente a vuestra pregunta, al tratar de la oración, no obstante, puesto que me pedís insista sobre ello, expondré brevemente el medio de fijar en Dios nuestro corazón.

Tres cosas dan solidez a un espíritu disipado: las vigilias, la meditación, la oración. La asiduidad 501 y la aplicación continua a estos tres ejercicios establecen al alma en una firmeza inquebrantable. Esta, con todo, no se adquiere si no se consagra además a un trabajo continuo, inspirado no en motivos egoístas de codicia, sino en las necesidades sagradas del monasterio. Pues ahí está el medio de evitar las inquietudes y los cuidados de la vida presente, y hacer posible el cumplimiento del precepto del Apóstol: «Orad sin intermisión» 30.

El que no ora más que cuando está de rodillas, ora muy poco. Pero quien, estando de rodillas, se abandona a todas las distracciones no ora nada en absoluto. También es preciso antes de la oración ponerse en las disposiciones que se quieren tener cuando se está consagrado a ella. Porque es una ley infalible que la actitud del alma depende entonces de las disposiciones que le han precedido. Y la veremos ora elevándose hacia las alturas del cielo, ora abismándose en la tierra, según los pensamientos en los cuales se habrá entretenido antes de la plegaria.

* * *

que él había aconsejado a los principiantes como fórmula de oración. Deseábamos nosotros vivamente ponerla en práctica. Habíamos creído que era un método breve y sumamente fácil. Pero la experiencia nos demostró muy pronto que era aún más difícil que el procedimiento seguido por nosotros hasta ahora. Este había consistido en discurrir por la Sagrada Escritura, meditando en distintos textos y saltando de uno a otro sin fijarnos en ninguno.

Hay constancia, sin embargo, de que nadie por ignorancia o pocas letras queda excluido de la vida de perfección. Ni siquiera que la rusticidad es obstáculo para alcanzar la pureza del alma. Todos, sin excepción alguna, tienen un medio a su alcance, breve y eficaz, que consiste en meditar asiduamente este versículo, uniéndose a Dios con la más sincera e íntima intención del corazón.

Aquí terminó la segunda conferencia del abad Isaac sobre la oración, que escuchamos con admiración profunda. Estábamos maravillados por .su doctrina sobre el versículo *Deus, in adiutorium,* 502 que él había aconsejado a los principiantes como fórmula de oración. Deseábamos nosotros viva-mente ponerla en práctica. Habíamos creído que era un método breve y sumamente fácil. Pero la experiencia nos demostró muy pronto que era aún más difícil que el procedimiento seguido por nosotros hasta ahora. Este había consistido en discurrir por la Sagrada Escritura, meditando en distintos textos y saltando de uno a otro sin fijarnos en ninguno.

Hay constancia, sin embargo, de que nadie por ignorancia o pocas letras queda excluido de la vida de perfección. Ni siquiera que la rusticidad es obstáculo para alcanzar la pureza del alma. Todos, sin excepción alguna, tienen un medio a su alcance, breve y eficaz, que consiste en meditar asiduamente este versículo, uniéndose a Dios con la más sincera e íntima intención del corazón.

SEGUNDA PARTE
QUE COMPRENDE LAS OTRAS SIETE CONFERNECIAS DE LOS PADRES QUE MORAN EN EGIPTO, EN LA TEBAIDA.

PREFACIO [280]

Al obispo Honorato y a Euquerio

Vuestra suma perfección os hace brillar ¿ti este mundo como lumbreras que irradian una claridad admirable. A muchos de los que se instruyen y siguen de cerca vuestros ejemplos, les es difícil imitaron. Y, sin embargo de ello, hermanos venerables, se os va el corazón tras los hombres esclarecidos de quienes' hemos recibido los principios de la vida anacorética y os inflaman en un gran entusiasmo.

Uno de vosotros, Honorato [2811], desea instruir. 12 en sus enseñanzas al inmenso monasterio que rige, y para quien vuestra vida santa es ya por sí sola una enseñanza cotidiana. El otro, Euquerio[282] [2], tiene el propósito, ya más ambicioso, de ir a verles con sus propios ojos y edificarse con sus virtudes. Con ánimo de penetrar hasta el fondo de Egipto, quiere dejar nuestra provincia. Es que le parece rígida, porque entorpece los ánimos bajo este cielo frío de las Galias. Por eso ansía volar, cual casta tortolilla, hacia estas tierras fecundas en virtudes y en frutos sazonados, que el sol de justicia caldea de cerca.

La caridad, por otra parte, me ha hecho violencia. El deseo del uno y las fatigas del otro me solicitan hasta preocuparme. Por eso no he querido hurtarme a la tarea, desde luego temible, de escribir sobre un tema que entraña tan arduas dificultades. Me mueve a ello el deseo de que el primero acrezca su autoridad ante sus hijos, y evite el segundo una navegación cuajada de peligros.

Esta obrita viene a completar otras dos que compuse ya en otra coyuntura como mejor pude. Me refiero a los doce libros sobre las instituciones 13 cenobíticas, dirigidos al obispo Cástor, de feliz memoria, y a las diez conferencias de los Padres del desierto de Escete, compuestas a ruegos de los santos obispos Heladio y Leoncio. Mas, como quiera que con ellas no se han dado por satisfechos vuestra religiosidad y vuestro fervor, os ofrezco ahora siete nuevas conferencias, escritas en idéntico estilo, y que juzgo un deber dedicaros.

Las oí de labios de tres Padres que vivían en otro desierto y que fueron los

---

[280] Aquí comienza el segundo tomo.

[281] Probablemente *se trata* del abad que fundó el célebre monasterio de Lérins. Fué luego obispo de Arlés en 426. La Iglesia le honró con el honor de los altares y celebra su fiesta el 17 de febrero. Murió en 429,

[282] [2] Cuando Casiano le dedicó estas conferencias no era obispo aún. Había contraído matrimonio, del cual tuvo dos hijos. Con el consentimiento de su esposa dejó el mundo y abrazó la vida monástica en Lérins. Luego, solitario, llegó a ocupar más tarde la sede episcopal de Lyon, hacia 435.

primeros con quienes me[283] fue dado alternar. Ellas os pondrán en la pista de mi viaje y del itinerario que seguí. Por lo demás, suplirán lo que mis opúsculos precedentes podrían ofrecer de oscuro e incompleto en torno al terna de la perfección.

Si éstas no bastan aún para saciar la sed que os abrasa de cosas tan subidas, otras siete conferencias—que proyecto enviar a los monjes de las islas Estécades colmarán, según creo, el ardor de 'vuestras deseos

PRIMERA CONFERENCIA DEL ABAD QUEREMON
DE LA PERFECCIÓN

Capítulos: I. Descripción de la villa de Ténnesis.— II. El obispo Arquebio.— III. Descripción del desierto donde moraba Queremón, Nesteros y José.— IV. El abad Queremón. Excusa que alega para rehusar la conferencia que le pedimos.—V. Nuestra respuesta en contra de su disculpa.—VI. Proposición del abad Queremón: que de tres maneras se triunfa de los vicios.—VII. Gradas por las que se sube hasta la cima de la caridad, y estabilidad en ella.—VIII. Excelencia del alma que se aparta del vicio por el afecto de la caridad.—IX. La caridad hace del esclavo un hijo, y confiere al mismo tiempo la imagen y semejanza divinas.—X. Que la perfección de la caridad consiste en rogar por los enemigos, y por qué indicio se conoce que el alma no ha sido aún purificada.— XI. Por qué ha dicho imperfectos los sentimientos de temor y de esperanza.— XII. Respuesta sobre la diversidad de perfecciones.—XIII. Del temor que nace de la grandeza de la caridad.—XIV. Pregunta sobre la consumación de la castidad.—XV. Queremón difiere la respuesta a la pregunta formulada.

LA VILLA DE TÉNNESIS

I. Después de pernoctar en un monasterio de Siria [2841] y haber recibido los primeros rudimentos en la fe, tras de aprovechar algún tanto en la vida espiritual, sentimos el deseo de una más alta perfección. Con tal designio resolvimos visitar a Egipto. Nuestro propósito era penetrar hasta las más profundas soledades de la Tebaida y visitar 18 allí a muchos de aquellos santos varones, cuya fama se había divulgado en todas direcciones. A ello nos movía, si no el afán de imitarles, al menos el de conocerles.

Terminada nuestra travesía, arribamos a una villa de Egipto por nombre Ténnesis. Bañada por todas partes, sus moradores están cercados por el mar y por las lagunas saladas. Como no existe un palmo de tierra

[283] Las islas de Hyéres, no lejos de Marsella.

[284 1] Es decir, el de Belén, fundado por Santa Paula. Era el principal monasterio de entre los de Siria y Palestina. A él se refiere Casiano en *Inst.* 3, 4, cuando dice: «En nuestro monasterio, donde N. S. Jesucristo, nacido de la Virgen, se dignó someterse a la ley del crecimiento humano, y donde con su gracia fortificó mi propia infancia, todavía *tierna e* incipiente en las cosas del espíritu.»

apta para el cultivo, se ocupan exclusivamente en el tráfico comercial. Toda su riqueza y posesiones estriban en el comercio del mar. Tanto es así, que se ven precisados, cuando emprenden la construcción de algún edificio, a traer de lejos, por medio de sus naves, la tierra de que carece el país.

EL OBISPO ARQUEBIO

II. Llegamos en el preciso momento en que la Providencia—que secundaba nuestros planes—hizo que llegara el obispo Arquebio[285] 2.

Era un hombre de una santidad consumada. Esto le hacía notable entre todos. Se había visto separado de los anacoretas para ser encumbrado a la sede de Panéfesis. A pesar de esto, jamás 19 dejó de permanecer fiel durante su vida al ideal de la vida solitaria. Nunca se le vio relajar nada de su primera humildad, ni complacerse en la dignidad con que había sido honestado. Si se le había llamado a este cargo no era—según decía—por su ideoneidad; antes bien, gemía por haber sido arrancado del desierto, por ser indigno de la vida anacorética, puesto que en treinta y siete años que había permanecido allí, no había podido llegar a la pureza de alma que reclama una profesión tan encumbrada.

La elección de un obispo le había conducido casualmente en este día a la mencionada Ténnesis. Nos recibió con vivas muestras de caridad y cortesía. Luego, adivinando nuestro deseo de ir a visitar a los padres hasta las regiones más distantes de Egipto: «Venid—nos dijo—y aguardad un poco para poder ver antes a los ancianos que habitan no lejos de nuestro monasterio». Su edad decrépita ha encorvado sus cuerpos, y, aunque proclives, la santidad brilla en sus semblantes. Para aquellos que gozan de su trato, su sola vista vale tanto como grandes enseñanzas. Lo que yo he dejado perder y no puedo, ¡ay!, comunicaros, os lo enseñarán ellos, no tanto con sus palabras cuanto por el ejemplo de su vida santa. No obstante, creo poder compensar de alguna manera mi indigencia, si, al no tener yo la piedra preciosa del Evangelio, que buscáis, os muestro al menos el lugar donde habéis de hallarla más fácilmente. 20

DESCRIPCIÓN DEL DESIERTO

III. Tomó, pues, el bastón y la alforja que suelen llevar allí los monjes cuando van de camino, y nos condujo por sí mismo a su villa episcopal.

El territorio de Panéfesis, así como la mayor parte de la región vecina—tan fértil antaño que, según dicen, abastecía por sí sola de los manjares que se servían a las mesas de los reyes—, fue arruinado a causa de los movimientos sísmicos. El mar, agitado por violentas sacudidas, rebasó sus límites, inundando casi todos los caseríos, y cubrió de salitrosas marismas las campiñas opulentas. Lo que canta el salmo en sentido espiritual: «Convirtió los ríos

---

285 2 'De este egregio varón habla Casiano en *Inst. 5,* 37-38, relatándonos su rara caridad al ceder a los huéspedes que acudían a él la celda en que él **mismo ha**bitaba

en desiertos y las fuentes de las aguas en aridez, la tierra fecunda en salitre, por la malicia de sus habitantes» [8], es tenido, en sentido literal, como profecía del desastre ocurrido en este paraje.

Pero había en el país un número de villas construidas sobre ciertas protuberancias que ofrecía la tierra. La inundación, al ahuyentar a los moradores, hizo del lugar [286]una isla desierta que brinda a los monjes que van en busca de retiro la soledad suspirada. Entre ellos vivían tres anacoretas: Queremón, Nesteros y José, que 21 eran los más ancianos de entre los que allí moraban 4.

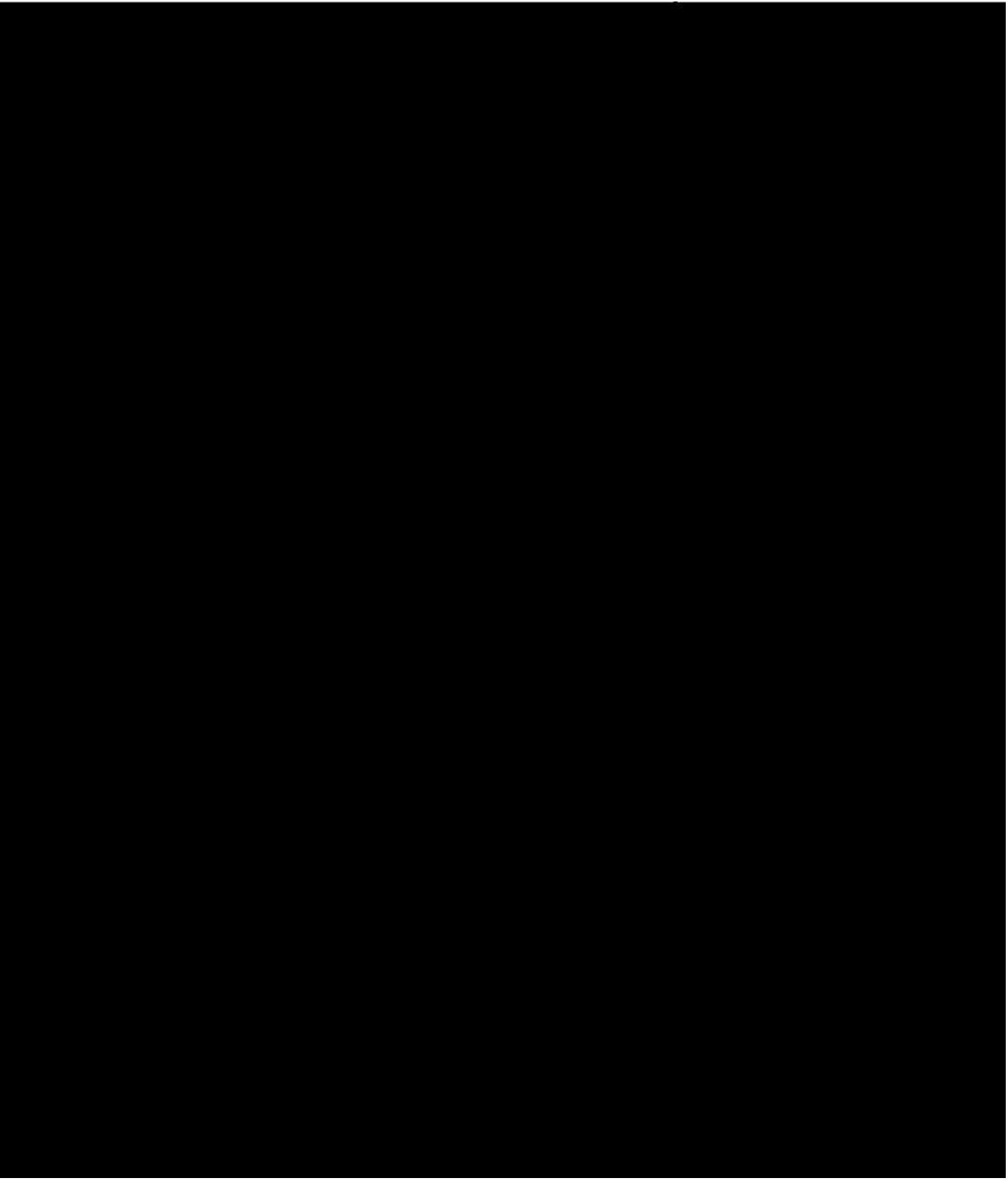
IV. El bienaventurado Arquebio quiso conducirnos ante todo a Queremón, porque habitaba más cerca de su monasterio y era más avanzado en años que los otros dos.

Siendo ya más que centenario, sólo quedaba en su persona la alegría de espíritu. La vejez, no menos que la asiduidad en la oración, le habían curvado de tal suerte, que, vuelto en cierto modo a la primera infancia, era incapaz de tenerse en pie, de modo que, al andar, le era forzoso apoyar ambas manos en el suelo.

Contemplando nosotros la admirable belleza de su semblante y aquel modo de andar insólito, y viendo que a pesar de tener sus miembros debilitados y casi sin vitalidad no había mitigado el rigor de su austeridad primera, le suplicamos nos concediera una conferencia, comunicándonos su doctrina. Protestamos una vez más que el deseo de conocer las reglas de la vida espiritual constituía el único móvil de nuestra ida. Al oír esto, suspiró profundamente y exclamó: «¿Qué doctrina podré daros yo? La endeblez de mis años, forzándome a mitigar el rigor de otro tiempo, me arrebata el ardor y la audacia en el hablar 22 . ¿Tendré yo la presunción de enseñar lo que no cumplo y amonestar a los demás a practicar aquellas cosas en que me siento tan tibio y remiso? Esta es la razón por la que no he permitido que ninguno de los monjes jóvenes permaneciera junto a mí, ni siquiera en edad tan pro-yecta. Temía que viendo mi flojedad pudieran entibiarse a vista de mi mal ejemplo. Jamás tendrá eficacia la autoridad del maestro si no va asociada a ella la ejemplaridad de sus acciones, que imprima sus palabras en el corazón de quien le escucha.»

NUESTRA RESPUESTA A SU EXCUSA

[286] **4 A estos tres abades anacoretas atribuye Casiano las siete siguientes.**



V. Esto nos llenó de confusión. Y respondimos: «Debiera bastarnos para nuestra instrucción contemplar la aspereza de este paisaje y la vida solitaria que aquí lleváis. La más robusta juventud apenas si podría soportarla. Aun cuando te impongas silencio, estas cosas hablan por sí solas y nos conmueven hondamente. No obstante, te pedimos que interrumpas un tanto tu reserva y nos digas por favor qué es lo que nos hace falta para poder, no digo ya imitar. sino admirar al menos tu virtud. Si nuestra tibieza —que tal vez te ha sido revelada—no merece tal favor, lo merecen, al menos, las fatigas de un tan largo viaje. Porque del monasterio de Belén, donde no se reciben más que los principios de la 23 vida espiritual, hemos venido aquí movidos por el deseo de escuchar tus lecciones y por el afán de nuestro aprovechamiento.

QUEREMÓN. Hay tres cosas—dijo entonces el bienaventurado Queremón—que apartan al hombre de los vicios: el temor del infierno o la sanción de las leyes terrenas, la esperanza y deseo del reino de los cielos y el afecto al bien par sí mismo y el amor de las virtudes.

Leemos, efectivamente, que el amor hace execrable todo contacto con el mal: «El temor del Señor aborrece la malicia» [5]. La esperanza cierra asimismo la entrada a los vicios, cualesquiera que sean: «No caerán—dice—los que esperan en El» [6]. El amor no teme la ruina ocasionada por el pecado, porque «la caridad no fenece jamás» 7, y «cubre una muchedumbre de pecados» 8.

Por eso San Pablo encierra la suma de nuestra perfección en el cumplimiento de estas tres virtudes, al decir: «Ahora permanecen estas tres virtudes: la fe, la esperanza y la caridad» 9.

En realidad, es la fe quien nos hace evitar el contagio de los vicios por temor al juicio futuro y a los eternos suplicios. Es la esperanza quien 24 despega nuestro espíritu de las cosas presentes, y en la expectación de los premios celestiales, menosprecia los placeres transeúntes. Es la caridad quien nos inflama en un santo ardor, aficionándonos al amor de Cristo y al fruto de las virtudes espirituales, inspirándonos una aversión cordial a todas las cosas que le son contrarias.

No obstante, aunque estas tres virtudes tienden a un mismo fin—puesto que nos impulsan de consuno a abstenernos de cosas ilícitas—, difieren mucha la una de la otra, cuanto a su grado de excelencia.

Las dos primeras son propiamente humanas. Se hallan en aquellos que tienden a la perfección, pero no han concebido aún un afecto sincero por la virtud La tercera *es* propia de Dios y de aquellos que han recibido en sí mismos la imagen y semejanza divinas.

Dios es, en efecto, el único que obra el bien., sin ser movido a ello por el temor o por la esperanza de la recompensa, sino únicamente por puro amor a la bondad. Porque: «Todas las cosas—dice Salomón—las obró Dios por sí mismo» [1G]. Sin otra causa ni móvil que su bondad soberana, prodiga a manos llenas la abundancia de sus bienes a dignos e indignos. Porque ni le cansan las injurias, ni pueden causarle dolor las iniquidades de los hombres. Es esencialmente la bondad indefectible, la naturaleza inmutable. 25

GRADOS POR DONDE SE SUBE A LAS CUMBRES DE LA CARIDAD Y ESTABILIDAD EN ELLA

VII. Quien tiende a la perfección, debe abandonar el primer grado, que es

el del temor—estado propiamente servil, como he dicho, del cual está escrito: «Cuando lo hayáis hecho todo, decid: siervos inútiles somos» [11]—y elevarse en una ascensión continua hasta la vía superior de la esperanza.

Quien así obra, no se mueve ya en el estado y condición de esclavo, sino en el de mercenario. La esperanza, en efecto, aguarda la recompensa. Confiado en que le ha perdonado, sin temor ya al castigo, y consciente a la vez de las buenas obras llevadas a cabo, espera el premio que se k ha prometido. Mas no ha llegado todavía a aquel sentimiento filial que, confiando en la indulgencia y liberalidad paternales, no duda de que todo cuanto es de su padre le pertenece también a él.

El pródigo del Evangelio no se atreve ya a aspirar a esta intimidad, después de haber perdido, con la hacienda de su padre, hasta el nombre de hijo. Por eso dice: «Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros» ". 26

Fijaos: ha injerido las bellotas que comían los puercos, es decir, el sórdido manjar de los vicies, y aun se le rehúsa hartarse de ellas. Entonces vuelve en sí. Movido de un temor saludable, siente horror por aquellos animales inmundos y teme la cruel tortura del hambre. Viéndose reducido a la condición de esclavo, piensa en el salario con que se paga a los mercenarios de su casa y envidia su condición, diciendo: «¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, y yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, pues, e iré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros.»

Mas el padre viene a su encuentro. Esta humilde palabra de arrepentimiento que le ha dictado la ternura la acoge él con más ternura todavía. Y no contento con darle a su hijo lo menos, que era el grado de siervo y esclavo, le da lo más, es decir, prescinde de ese rango humilde y le restituye a su prístina dignidad de hijo.

Padre es mío» 13. Palabras de las que se hacía eco el Apóstol, al decir: «Sea Pablo, Apolo o Cefas; sea el mundo, la vida o la muerte; sea lo presente o lo venidero, todo es vuestro» 14.

El mismo precepto del Salvador nos invita a esta semejanza con el Padre: «Sed perfectos, como también vuestro Padre celestial es perfecto» [15]. En los grados inferiores el amor del bien se interrumpe a veces, cuando el tedio, la alegría o el deleite vienen a desvirtuar el vigor del alma, y nos eclipsan en un momento dado el temor del infierno o el deseo de la felicidad futura. Constituyen, sin embargo, como ciertos estadios en el camino de nuestro progreso. Después de haber evitado el vicio por temor de las penas o la esperanza de la recompensa, nos es posible pasar al grado de la caridad, porque «el temor—dice San Juan—no está en la caridad, sino que la caridad echa fuera el temor, pues el temor supone castigo, y el que teme no es perfecto en la caridad. Cuanto a nosotros, amemos a Dios, porque El nos amó primero» ". No existe otro camino para elevarnos a la verdadera perfección. Como Dios nos amó el primero, sin tener otro interés que nuestra salvación, así debemos nosotros amarle únicamente por su amor.

13 Io.. XVI, 15.
14 I Cor., nI, 22.
15 Mt., V, 48.
16 1 Io., 18 ss.

Apresurémonos también nosotros a subir, por la gracia de una indisoluble caridad, a este tercer grado de hijos, que miran como suyo cuanto pertenece a su padre. De suerte que merezcamos recibir en nosotros la imagen y semejanza de nuestro Padre celeste, y podamos exclamar, a imitación del Hijo verdadero: «Todo lo que tiene el Padre es mío» ". Palabras de las que se hacía eco el Apóstol, al decir: «Sea Pablo, Apolo o Cefas; sea el mundo, la vida o la muerte; sea lo presente o lo venidero, todo es vuestro» ".

El mismo precepto del Salvador nos invita a esta semejanza con el Padre: «Sed perfectos, como también vuestro Padre celestial es perfecto» ". En los grados inferiores el amor del bien se interrumpe a veces, cuando el tedio, la alegría o el deleite vienen a desvirtuar el vigor del alma, y nos eclipsan en un momento dado el temor del infierno o el deseo de la felicidad futura. Constituyen, sin embargo, como ciertos estadios en el camino de nuestro progreso. Después de haber evitado el vicio por temor de las penas o la esperanza de la recompensa, nos es posible pasar al grado de la caridad, porque «el temor—dice San Juan—no está

en la caridad, sino que la caridad echa fuera el temor, pues el temor supone castigo, y el que teme no es perfecto en la caridad. Cuanto a nosotros, amemos a Dios, porque El nos amó primero» ". No existe otro camino para elevarnos a la verdadera perfección. Como Dios nos amó el primero, sin tener otro interés que nuestra salvación, así debemos nosotros amarle únicamente por su amor. 28

Por lo mismo hemos de esforzamos por subir del temor a la esperanza, de la esperanza a la caridad de Dios y al amor de las virtudes. Para que, instalándonos en el afecto del bien por sí mismo, permanezcamos adheridos a él inmutablemente, en cuanto es posible a la humana naturaleza.

EXCELENCIA DEL ALMA QUE SE APARTA DEL VICIO POR EL AFECTO DE LA CARIDAD

VIII. Existe una gran diferencia entre el que extingue en sí mismo las llamas del vicio por miedo a la gehena o la esperanza de la retribución futura, y aquel que declina con horror el mal y la impureza misma por puro afecto de la divina caridad. Este último posee el bien de la pureza sólo por el amor y deseo de la castidad. Sus ojos no buscan en el futuro el premio prometido; la conciencia que tiene del bien presente constituye para él una delicia. Obra no por temor de la pena, sino por la felicidad y gusto de la virtud. Entre ambos, pues, la diferencia es considerable. El segundo, inclusive cuando no tiene testigos de su conducta, no abusa de la ocasión, ni deja a su alma solazarse en las complacencias secretas de los malos pensamientos. El amor a la virtud ha penetrado hasta el meollo de su alma. Y lejos de dar acogida a las influencias contrarias 29 , todo su

ser se subleva para rechazarlas con horror.

En verdad, una cosa es odiar la 'hez de los vicios y de la carne, porque se gusta ya el bien presente, y otra refrenar las malas apetencias, con miras a alcanzar la recompensa futura. Es cosa muy distinta temer un daño actual que temer los tormentos de ultratumba.

En fin, es una perfección mucho más alta no querer apartarse del bien por amor del mismo bien, que no dar su consentimiento al mal por temor de sufrir un mal peor. En el primer caso, el bien es voluntario; en el segundo, parece fruto de la coacción y como arrancado por el temor del suplido o el deseo del galardón.

Parejamente aquel que sólo renuncia a los halagos del vicio por temor, tornará, no bien se haya desvanecido ese temor que obstaculizaba su marcha hacia el objetivo de sus amores. Para él no cabe estabilidad en el bien. Ni estará jamás libre de las tentaciones, por cuanto carece de la paz firme y constante que trae consigo la castidad. Es inevitable: donde impera el tumulto de la guerra, es imposible evitar el riesgo de ser herido. Y quien se halla en el fragor de la lucha, aunque hiera a su adversario con heridas de muerte, es inevitable que, a despecho de su audacia y bizarría, sea herido alguna **vez por** la espada enemiga.

En cambio, quien ha superado los ataques del vicio, gozando en adelante de la seguridad de la 30 paz, y enteramente transformado en el amor de la virtud, permanecerá constante en el bien. A él se ha consagrado sin partijas y se debe todo a él. En su opinión, no hay pérdida más sensible que un atentado contra la castidad íntima de su alma. La pureza constituye al presente su más caro y más precioso tesoro, como sería el más grave de los castigos ver las virtudes conculcadas o sentirse contagiado por la mancha emponzoñada del vicio. La presencia y el respeto de los hombres no le moverá a ser más honesto, ni disminuirá en nada su virtud la soledad. Siempre y dondequiera, lleva consigo el árbitro supremo de sus actos y de sus pensamientos: su conciencia. Y todo su empeño consiste en complacer a aquel a quien sabe que no se puede eludir ni defraudar.

LA CARIDAD HACE DE ESCLAVOS HIJOS, Y CONFIERE LA IMAGEN Y SEMEJANZA DIVINAS

IX. La confianza en el auxilio de Dios nos merecerá estas

disposiciones, no la presunción que podríamos concebir de nuestros propios esfuerzos. El alma que las posee deja la condición servil caracterizada por el temor y abandona asimismo el deseo mercenario de la esperanza, que se adhiere a la recompensa más que a la bondad de Aquel que la da. De ahí llega a la adopción de hijos, donde no existe ya el temor ni el deseo, 31 pues reina para siempre la caridad que no muere jamás.

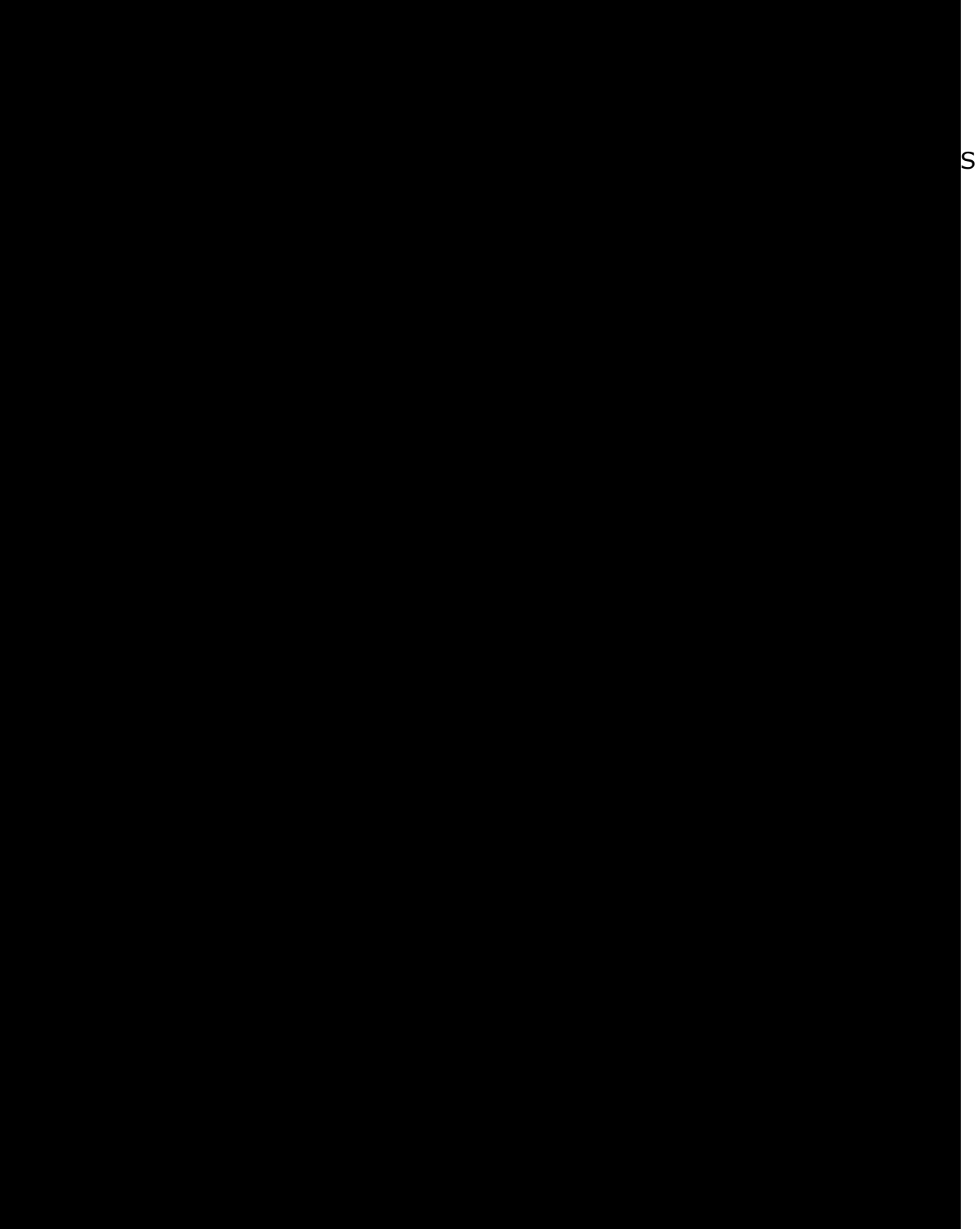
Estas reconvenciones del Señor a los judíos ponen de manifiesto a quién conviene el temor o el amor: «El hijo honra al padre y el sierro teme a su señor. Y i yo soy el padre, ¿dónde está mi honor? Y si ya soy el señor, ¿dónde está mi temor?» 17. El esclavo teme necesariamente, porque «si

conoce la voluntad de su señor *y* no la cumple, justamente merece mayores castigos".

Mas, todo aquel que ha llegado por la caridad a convertirse en imagen y semejanza de Dios, se complace en adelante en el bien por sí mismo a causa del placer que encuentra en él.

Abraza asimismo con igual amor la paciencia y la dulzura. Las faltas de los pecadores no le enojan ni excitan ya su cólera. Más bien implora su perdón por la profunda conmiseración que siente por las debilidades ajenas. Es que no olvida que también él sintió un día el aguijón de tales pasiones, hasta que plugo a la divina misericordia librarle de ellas. No es su propia industria quien le ha salvado de la insolencia de la carne, sino la protección de Dios. Desde entonces comprende que no es ira lo que hay que sentir contra aquellos que yerran, sino 32 compasión. Y en la absoluta tranquilidad de su corazón canta a Dios este versículo: «Tú rompiste mis ataduras: te sacrificaré una hostia de alabanza» 19. Y también: «De no haberme el Señor ayudado, casi habitaría mi alma en los infiernos» 20.

Manteniéndose en esta posición de humildad, se hace capaz de cumplir el precepto evangélico de la perfección: «Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian y orad por los que os persiguen y calumnian» ". Por esto merecerá alcanzar la recompensa por la cual no sólo posee en sí la imagen y semejanza divinas, sino también el nombre de hijo: «Para que seáis-dice, hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, que hace salir el sol sobre buenos y malos y llover sobre justos e injustos.»



San Juan tenía

conciencia de haber llegado a este estado, cuando decía: «Para ^q^ue tengamos confianza el día del juicio. Porque como El es, así somos nosotros en este mundo» '. ¿Cómo la naturaleza humana, siendo débil y frágil, puede ser como el Señor, si no es haciendo extensiva a buenos y malos, a justos e injustos, la caridad siempre tran^q^uila de su corazón, a imitación de Dios? Con esto obrará el bien por *33* amor del mismo bien, que ésta es, en definitiva, la disposición que le hace llegar a la adopción Verdadera de hijo de Dios, de la cual afirma el mismo Evangelista: «Todo el que ha nacido de Dios, no cornete pecado, porque su simiente está en él, y no puede pecar, por cuanto ha nacido de Dios» 23. Y también: «Sabemos que todo el que ha nacido de Dios no comete pecado, sino que la generación de Dios le conserva, y el

maligno no le toca» 24.

Con todo, estas palabras no deben entenderse de toda suerte de pecados, sino solamente de los mortales.

De estos últimos, si hay quien no quiera alejarse o purificarse, San Juan sostiene en otra pacte que no se debe ni siquiera orar por él: «Si alguno ve a su hermano cometer un pecado que no lleva a la muerte, ore y alcanzará vida para los que no pecan de muerte. Hay un pecado de muerte, y no es por éste por el que digo yo que se ruegue» 25.

A la inversa, de los pecados que no conducen a la muerte, y de los cuales ni aun aquellos que sirven a Dios fielmente están libres, por circunspectos que sean en guardarse de ellos, habla así el discípulo amado: «Si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, 34 y no hay verdad en nosotros» 26. Y: «Si dijéremos que no hemos pecado, hacemos a Dios mentiroso, y su palabra no está en nosotros» 27. Porque es imposible que ningún justo esté exento de estas pequeñas faltas que se cometen de palabra, de pensamiento, por ignorancia y olvido, violencia, voluntad o distracción. Tales faltas, aunque difieren del pecado que lleva a la muerte, no dejan de tener cierta culpabilidad moral y son por lo mismo reprensibles.

QUE LA PERFECCIÓN DE LA CARIDAD CONSISTE EN ROGAR POR LOS ENEMIGOS. POR QUÉ INDICIO SE RECONOCE QUE EL ALMA NO ESTÁ AÚN PURIFICADA

X. Cuando, pues, alguno haya llegado a este amor del bien y a esta imitación de Dios de que hemos hablado, estará informado de los sentimientos de longanimidad que fueron propios del Señor, y rogará como El por sus perseguidores, diciendo: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen» 28.

con malevolencia, encontrando en ella, en lugar de la misericordia y comprensión, la censura de un juez inexorable. Y ¿cómo alcanzar la perfección del corazón, si no poseemos aquello que consuma, al decir de San Pablo, la plenitud de la ley: «Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas, y así cumpliréis la ley de Cristo»? [29]; ¿si no poseemos esta virtud de la caridad que «no se irrita, no se envanece, no piensa mal, que todo lo sufre, todo lo tolera»? [30] Porque «el justo se compadece hasta de los animales; en cambio, el corazón de los malos es ajeno a toda misericordia» 31.

Y es cierto que el monje está sujeto a los mismos vicios que condena en los otros con una severidad implacable e inhumana: «El rey y el juez rigurosos tropiezan en pecados» [32]; y «el que cierra sus oídos al pobre, cuando se vea en necesidad, acudirá a otro; no habrá quien le escuche ni tienda la mano» 33.

POR QUÉ LLAMAR IMPERFECTOS LOS SENTIMIENTOS DE TEMOR Y DE ESPERANZA

XI. GERMÁN. Lo que has dicho sobre el perfecto amor de Dios es de una elocuencia po-

29 *Gal.,* vi, 2.
30 *I Cor.,* XIII, 4 ss.
31 *Prov.,* 10. *lb.,* **XIII,** 17. *lb.,* XXX, 13.

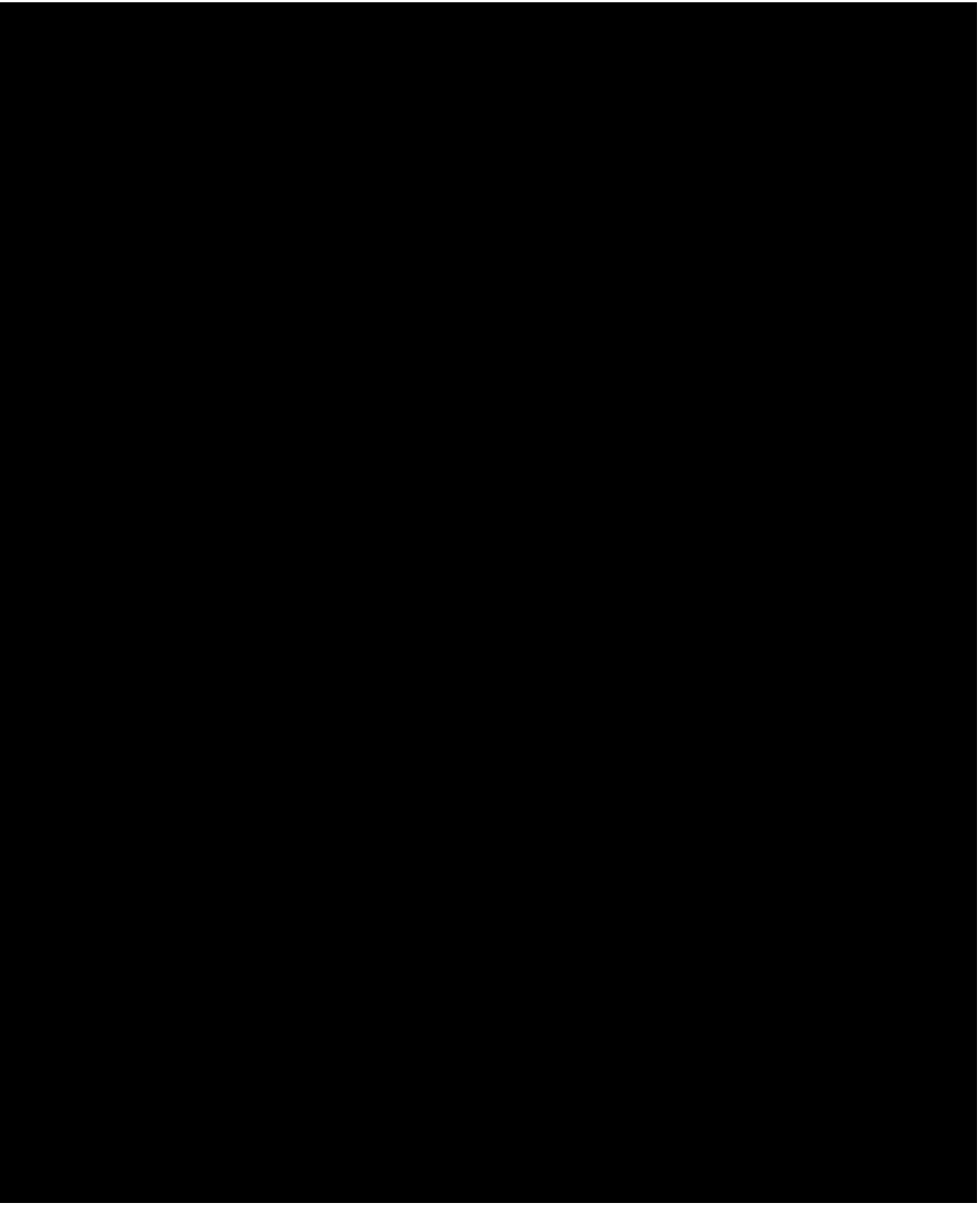
He aquí otra señal inconfundible de que un alma no ha sido aún purificada de la hez de los vicios: que ante las faltas del prójimo reaccione 36 con malevolencia, encontrando en ella, en lugar de la misericordia y comprensión, la censura de un juez inexorable. Y ¿cómo alcanzar la perfección del corazón, si no poseernos aquello que consuma, al decir de San Pablo, la plenitud de la ley: «Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas, y así cumpliréis la ley de Cristo»? [20]; ¿si no poseemos esta virtud de la caridad que «no se irrita, no se envanece, no piensa mal, que todo lo sufre, todo lo tolera»? [30] Porque «el justo se compadece hasta de los animales; en cambio, el corazón de los malos es ajeno a toda misericordia» .

Y es cierto que el monje está sujeto a los mismos vicios que condena en los otros con una severidad implacable e inhumana: «El rey y el juez rigurosos tropiezan en pecados» [32]; y «el que cierra sus oídos al pobre, cuando se vea en necesidad, acudirá a otro; no habrá quien le escuche ni tienda la mano»

POR QUÉ LLAMAR IMPERFECTOS LOS SENTIMIEN-

TOS DE TEMOR Y DE ESPERANZA

XI. GERMÁN. Lo que has dicho sobre el perfecto amor de Dios es de una elocuencia poderosa y magnífica. Una cosa, no obstante, nos conturba. A pesar de haberlos encomiado tanto, sostienes que son imperfectos el temor de Dio. y la esperanza de la eterna retribución. Ahora bien, el profeta parece haber sido en este aspecto de un parecer muy distinto, al afirmar: «Temed al Señor todos sus santos, porque nada falta a los que le temen» ". Por otra parte, confiesa haberse ejercitado en la observancia de los divinos mandamientos, con ánimo de recibir la recompensa: «Incliné—dice---mi corazón para cumplir tus mandamientos eternamente, por la retribución» 35. Y el Apóstol: «Por la fe, Moisés, llegado ya a la madurez, rehusó ser llamado hijo de la hija de Faraón, prefiriendo ser afligido con el pueblo de Dios a disfrutar de las ventajas pasajeras del pecado, teniendo por mayor riqueza que los tesoros de Egipto los vituperios de Cristo, porque ponía los ojos en la remuneración» 36.



Luego, ¿cómo es posible creer que la esperanza es imperfecta, cuando David se gloría de haber cumplido los mandamientos divinos para alcanzar el galardón? Y ¿cómo será esto así, cuando el legislador Moisés menospreció la adopción real, y prefirió a los tesoros de Egipto la más cruel de las aflicciones, porque tenía fijos sus ojos en la futura recompensa? 37

XII. QUEREMÓN. La Sagrada Escritura, habida cuenta del estado y capacidad de cada alma en particular, estimula nuestro libre albedrío, invitándole a subir por diversos grados de perfección. Según esto, sería imposible proponer a todos indiferentemente la misma corona de santidad, por cuanto no todos tienen la misma virtud, ni idéntica voluntad, ni igual fervor. La palabra divina establece, pues, grados

diversos y diversas medidas en la perfección.

Una prueba evidente de ello la tenernos en la variedad de bienaventuranzas evangélicas. Porque, si bien el Señor llama bienaventurados a aquellos de quienes es el reino de los cielos, a los que poseerán la tierra, á los que serán consolados, y a quienes serán saciados 37, creemos, no obstante, que existe una gran diferencia entre habitar los cielos y poseer la tierra, entre recibir consuelos y saciarse con la plenitud de la justicia, entre recibir misericordia y gozar de la gloriosa visión de Dios. Porque «una es la claridad del sol—dice San Pablo—, otra la de la luna y otra la de las estrellas. Una estrella difiere de otra en claridad, y así será la resurrección de los muertos» ".

Verdad es que la Escritura elogia a aquellos que temen a Dios: «Bienaventurados los que le 38 temen» , y les promete, por este medio, la felicidad cumplida. No obstante, dice también: «En la caridad no hay temor, pues la caridad perfecta arroja fuera el temor: porque el temor supone castigo. Y quien teme no es perfecto en la caridad» 40.

Asimismo, constituye una gloria el servir a Dios: «Servid a Dios con temor» ". Y también: «Gran cosa es para ti poder llamarte mi siervo» ". Y San Mateo: «Bienaventurado el siervo a quien, cuando viniere el Señor, le halle haciendo lo que debe» 43. Y, sin embargo, el Señor dice a los apóstoles: «Ya no os llamaré siervos. porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Antes bien, os llamo amigos, porque todo cuanto oí de mi Padre os lo di a conocer» 44. Y en otro lugar: «Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que os mando» 45.

Ya veis, pues, que la perfección conlleva distintos grados. De una altura el Señor nos invita a subir a otra altura más sublime. Quien haya llegado a ser feliz y perfecto en el temor de Dios caminará «de virtud en virtud», como está escrito 39 , y «de perfección en perfección» 46. Es decir, que se elevará, en la alegría de su alma, del temor a la esperanza. Luego oirá de nuevo el llamamiento divino que le invita a un estado más alto, que es la caridad. Aquel que se haya mostrado «siervo fiel y prudente» " subirá de aquí al comercio íntimo de la amistad y adopción de hijos.

En este sentido hay que entender mis palabras. No quiero decir que la consideración de las penas eternas o del premio feliz prometido a los santos no sea de ningún valor. Al contrario, es útil y provechosa, toda vez que introduce a aquellos que se consagran a ella en los primeros grados de la felicidad. Mas el amor brilla con una confianza más viva y pletórica con el gozo sin fin. Apoderándose de ellos, les hará subir del temor servil y de la esperanza mercenaria a la dilección de Dios y a la adopción de hijos. Si es lícito hablar así, de perfectos que eran, la caridad *les* tornará *más* perfectos todavía. «Hay muchas moradas en la casa de mi Padre», dice el Señor. Todos los astros brillan en el cielo; no obstante, entre el resplandor del sol, de la luna, de Venus y de las otras estrellas, media una gran distancia.

Por tal motivo, San Pablo prefería la caridad no sólo al temor y a la esperanza, sino a 40 todos los carismas—con ser tan grandes y maravillosos en la estima de los hombres—. Tanto es así, que el

Apóstol la muestra corno el camino más excelente entre todos. Efectivamente, después de haber expuesto los carismas espirituales, al describir las diversas manifestaciones de la caridad. se expresa así: «Aún os quiero enseñar un camino mucho más excelente sobre toda ponderación. Si hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, y si tuviere el don de profecía, y conociera todos los misterios y todas las ciencias, y si tuviera tanta fe que trasladara las montañas de una a otra parte, y si distribuyere todos mis bienes a los pobres, y entregara mi cuerpo a las llamas, y no tuviese caridad, de nada me aprovecha» ".

Como veis, nada más precioso, nada más perfecto y sublime, nada, por decirlo así, más perenne que la caridad. Porque «las profecías cesarán, corno también las lenguas; la ciencia ye desvanecerá; en cambio, la caridad no terminará jamás» ". Sin ella, los carismas, aun los más preciados, la gloria misma del martirio, se disipan como el viento. 41

TEMOR QUE NACE DE LA CARIDAD ACENDRADA

XIII. Fundada en la caridad perfecta, se eleva el alma necesariamente a un grado más excelente y más sublime: el temor de amor.

Esto no deriva del pavor que causa el castigo ni del deseo de la recompensa. Nace de la grandeza misma del amor. Es esa amalgama de respeta y afecto filial en que se barajan la reverenda y la benevolencia que un hijo tiene para con un padre benigno, el hermano para con su hermano, el amigo para con su amigo, la esposa para con su esposo. No recela los golpes ni reproches. Lo único que teme es herir el amor can el más leve roce o herida. En toda acción, en toda palabra, se echa de ver la piedad y solicitud con que procede. Teme que el fervor de la dilección se enfríe en lo más mínimo.

Uno de los profetas ha expresado muy justamente la grandeza de este temor. No podía puntualizar mejor y afirmar con más evidencia su valor y dignidad, al decir que «las riquezas que atesora nuestra salvación—que consisten en la verdadera sabiduría y ciencia de Dios—no pueden conservarse sino por El» 50. De ahí que los profetas inviten a los santos, y no a los pecadores, a alcanzar este temor, según aquello del salmista: «Temed al Señor todos sus santos, porque 42 nada falta a los que le temen» [51]. Tan verdad es que nada falta a la perfección de aquel que está penetrado de él.

Por lo que se refiere al temor del castigo, San Juan dice claramente: «El que terne no tiene caridad perfecta, porque el temor trae consigo pena» [52]. Por tanto, grande es la distancia que hay entre el temor—que nada le falta por ser el tesoro de la sabiduría y de la ciencia—y el temor imperfecto. Este no es más que el principio de la sabiduría» ". Suponiendo el castigo, desaparece del corazón de los perfectos cuando sobreviene la plenitud de la caridad. Porque «el temor no está en la caridad, sino que la caridad perfecta echa fuera el temor» [54]. De hecho, si el principio de la sabiduría está en el temor, ¿dónde estará su perfección, si no es en la caridad de Cristo, la cual comprende en sí misma el temor de amor perfecto, y merece por lo mismo ser llamada, no ya el principio, sino el tesoro de la sabiduría y de la ciencia?

Luego hay en el temor dos grados. El primero se halla en los principiantes, que viven aún servilmente bajo su yugo. De ellos se: afirma: «El siervo temerá a su señor» [55]. Y en el Evangelio: «Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no 44 sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y piedad» ". Luego, hacia el final, como culminación de todos estos dones, afirma: «Y le llenará el espíritu de temor del Señor.» Sobre lo cual importa considerar que no dijo: «Y descenderá sobre él el espíritu de temor del Señor», como había dicho al hablar de los otros dones, sino: «Le llenará el espíritu de temor del Señor». Este espíritu se dilata, en efecto, con tal abundancia, que cuando se ha apoderado del alma la posee por entero. Es lógico y no puede dejar de ser así. No formando más que una sola cosa con la caridad, que no pasará jamás, no sólo la llena por completo, sino que la posee inseparablemente y para sí a perpetuidad. Ni los encantos de la alegría ni los placeres temporales pueden ser parte para menoscabarla. Lo cual ocurre más de una vez al temor que anula la caridad.

Tal es el temor de los perfectos, del cual estuvo lleno el Hombre-Dios No vino únicamente para rescatar al género humano, sino también para darnos en su propia persona el tipo ideal de la perfección y el

dechado de toda virtud.

Por lo que afecta al temor servil del castigo, puesto que era verdadero Hijo de Dios, «que no hizo pecado, ni se encontró dolo en su boca» 61, no podía, desde luego, tenerlo. *45*

SOBRE LA CASTIDAD CONSUMADA

XIV. GERMÁN. Ya que nos has hablado de la perfección de la caridad, quisiéramos ahora preguntarte, abusando tal vez de tu confianza, sobre la castidad consumada. Porque no dudamos que estas alturas sublimes de amor a donde se elevan las almas—según has demostrado--a imagen y

semejanza de Dios, no pueden existir en modo alguno sin la perfección de la castidad. Mas ¿puede esta virtud lograr tal constancia en nosotros que la integridad de nuestro corazón no sufra ya los movimientos de la concupiscencia? Dinos si viviendo en la carne podemos permanecer al margen de las pasiones carnales, tanto que no sintamos jamás sus incentivos.

XV. QUEREMÓN. Esta sería ciertamente la señal de la más alta beatitud y de un mérito singular: vivir constantemente de la caridad que nos une al Señor, ya sea para aprenderla, ya para. enseñarla. Nuestros días y nuestras noches—según sentencia del salmista "--se consumirán en meditarla. Y nuestras almas, acuciadas por un hambre y sed insaciables de justicia, se nutrirán sin fin de este manjar celeste.

Mas no hay que olvidar que tenemos también una carne, que es como un jumento, y cuya flaqueza no debemos echar en olvido. Es necesaria, también atenderle, como el Salvador nos vierte con tanta benignidad ", para que no desfallezca en el cam¡no: «El espíritu está pronto, mas la carne es flaca» 64. Procuremos, pues, darle algún alimento. Después de la refección del cuerpo, podrá el espíritu estar mejor dispuesto y aplicarse con mayor atención al tema que deseáis examinar.

SEGUNDA CONFERENCIA DEL ABAD QUEREMON

DE LA CASTIDAD

Capítulos: I. Queremón empieza a hablar sobre la castidad.—II. Del cuerpo de pecado y de sus miembros.—III. De la mortificación de la impureza y de la inmundicia.—IV. Que para alcanzar la pureza de la castidad no basta la diligencia humana. V. Utilidad de los asaltos que se originan contra nosotros de los incentivos de la carne.—VI. Que la paciencia extingue el ardor de la fornicación,—VII. Diferencias y grados de la castidad.—VIII. Que los inexpertos no pueden tratar de la naturaleza y efectos de la castidad.—IX. Pregunta sobre si es posible guardar la castidad durante el sueño.—X. Respuesta: que tales movimientos entre sueños no dañan la castidad.—XI. Que hay una gran diferencia entre castidad y continencia.—XII. De las maravillas que el Señor obra, particularmente en los santos.—XIII. Sólo los que tienen experiencia conocen la dulzura de la castidad.— XIV. Pregunta sobre qué medio y en cuánto tiempo puede alcanzarse la castidad.—XV. Respuesta sobre el tiempo necesario para poder adquirir la castidad.—XVI. Del fin y de los medios con que se adquiere y guarda la castidad.

EL ABAD QUEREMÓN HABLA DE LA CASTIDAD

I. Terminada la refección, que fue para nosotros más una penitencia que un placer—ávidos como estábamos del manjar espiritual—, el anciano se dio cuenta de que esperábamos el cumplimiento de su promesa. «Me ha sido sumamente grato—dijo—comprobar vuestra atención y vuestro afán de aprender; como también la lógica con que habéis expuesto la cuestión que nos ocupa. Porque el orden que observáis en vuestra pregunta es el de la razón. Efectivamente, es necesario que a la plenitud de una caridad tan sublime esté vinculado el premio infinito de una perfecta e indefectible castidad. Hay aquí dos palmas en extremo semejantes, dos alegrías gemelas 50 . Y tan estrecha es la alianza que

las une, que es imposible poseer la una sin la otra.

La cuestión que proponéis se resume en este punto que puede formularse así: « ¿es posible extinguir totalmente el fuego de la concupiscencia, cuyos ardores innatos llevamos en nuestra carne? Esto es lo que en la presente conferencia vamos a dilucidar.

Ante todo, veamos qué opina sobre el particular el Apóstol: «Mortificad—dice—vuestros miembros, que están sobre la tierra» Mas, antes de bucear más hondo, debemos indagar de qué miembros se trata. Su designio no es, por supuesto, persuadirnos sobre la necesidad de una mutilación de las manos, de los pies o de cualesquiera otros miembros de nuestro cuerpo. Lo que se propone es demostrar que el celo de la perfecta santidad debe destruir cuanto antes el cuerpo del pecado que consta, naturalmente, de miembros diversos. «Para que destruyamos—dice en otro lugar—el cuerpo de pecado»[287] [3]. De él pide con gemidos verse libre algún día, cuando 51 afirma: «Infeliz de mí. ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?»

II. Así, pues, este cuerpo del pecado está formado de miembros múltiples que son viciosos. Todo el mal que se comete en acciones, palabras o pensamientos le pertenece. A estos miembros se les denomina terrenos, y no sin razón. Porque quien usa de ellos no podrá, sin mentir, pro- clamar: «Nuestra *vida—conversatio—está* en los cielos» 5.

San Pablo enumera los miembros de este cuerpo en el pasaje siguiente: «Mortificad vuestros miembros que están sobre la tierra, la fornicación la inmundicia, la libídine, la concupiscencia y la avaricia, que es idolatría» 6.

En primer lugar figura la fornicación, que se consuma con el comercio carnal de ambos sexos. Al segundo miembro le llamó inmundicia, que tiene lugar sin concurso o contacto físico de cómplice, ya en vela, ya durmiendo. Obedece a cierta incuria de la mente, al no ponerse en guar- dia contra las ocasiones que le han precedido. Esto se anatematiza y se prohíbe en la ley.

En ella no sólo se pone en entredicho el comer la carne de los sacrificios a quienes son inmundos, sino que se les aleja de las tiendas de 52 los hijos de Israel para que no manchen con su contacto las cosas santas: «Quien comiere algo de las carnes del sacrificio saludable que es del Señor, perecerá ante el Señor, por ser inmundo» [7]; y: «Lo que tocare el inmundo, inmundo será» [8]. Y en el Deuteronomio: «Si hubiere entre vosotros un hombre que se ha mancillado durante el sueño nocturno, saldrá fuera del campamento y no volverá hasta que se haya lavado con agua por la tarde, y entonces, tras el ocaso del sol, volverá al campamento» 9.

---

[287] *Rom.,* vI, 6. El Apóstol llama varias veces «Corpus peccati»—cuerpo de pecado—al hombre viejo. Así como el cuerpo humano consta de miembros v actos varios, así el hombre o cuerpo del pecado está compuesto de varios géneros de pasiones como de miembros y actos diversos, que San Pablo enumera en [s]u epístola a los Colosens[e]s, 5 ss.

En tercer lugar puso el Apóstol la libídine. Esta, incubándose en el interior del alma, puede cometerse hasta sin pasión ni acción corporal. Es sabido que la palabra «libídine» viene de «libet», o sea «lo que agrada a cada cual».

Discurre después San Pablo en orden descendente hasta los pecados de menor gravedad, y habla del cuarto miembro, o sea del mal deseo. En rigor, puede aplicarse no sólo a la pasión de la deshonestidad, que mentó más arriba, sino en general a toda la gama de malos apetitos, de que es responsable una mala voluntad. Hablando de ello el Señor en el Evangelio, dice: «Todo el que mira a una mujer deseándola, ya adulteró con ella en su corazón» Porque es cosa de mucho mayor mérito contener el deseo de una 53 mente lúbrica y resbaladiza, cuando se le ofrece a la vista la ocasión mala. Eso es indicio manifiesto de que para la perfección de la pureza no basta la continencia corporal de la castidad, si no va asociada a la entereza del alma.

En último lugar propuso como miembro de aquel cuerpo de pecado la avaricia. San Pablo, al citarla, quiere darnos a entender sin duda que debemos rechazar todo deseo de bienes ajenos, e inclusive despreciar con un corazón magnánimo los propios. Es justamente lo que leemos en los Hechos de los Apóstoles que hacía la muchedumbre de los fieles: «Los que habían creído tenían un corazón y un alma sola, y ninguno tenía como propia cosa alguna, antes todo lo poseían en común. Cuantos eran dueños de haciendas o casas las vendían y llevaban el precio de lo vendido, y lo depositaban a los pies de los apóstoles, y a cada uno se le repartía según su necesidad» ". Y para que no se crea que esta perfección es patrimonio de unos pocos o de una selección, atestigua que la concupiscencia es una idolatría. Nada más justo. Porque quien no socorre al menesteroso en sus necesidades y pospone a los preceptos de Cristo su dinero, que conserva con la tenacidad propia del infiel, ciertamente cae en el crimen de la idolatría, por cuanto prefiere a la caridad divina el amor de una cosa creada. 54

DEBER DE MORTIFICAR LA FORNICACIÓN Y LA IMPUREZA

III. Si vemos que muchos renunciaron por Cristo a su fortuna, de suerte que no sólo abandonaron la posesión de sus riquezas, sino que extirparon aún el deseo de su corazón, es creíble que también nosotros podremos extinguir el fuego de la fornicación. San Pablo no hubiera asociado lo posible con lo imposible. Si ordena mortificar uno y otro vicio, es que sabía que ambas cosas eran factibles. De tal manera abriga la confianza de que podremos lanzar de nuestros miembros la fornicación y la impureza, que, a su juicio no es suficiente mortificar esas tendencias. Ni siquiera debemos nombrarlas: «La fornicación, la inmundicia y la avaricia ni se nombre entre nosotros, como tampoco la torpeza, grosería o truhanerías, que desdicen de vuestra profesión» ". Todas estas cosas son igualmente funestas y nos excluyen del reino de los cielos, como lo enseña *aún* al decir: «Pues habéis de saber que ningún fornicario, o impuro, o avaro, que es como adorador de ídolos, tendrá parte en la heredad del reino de Cristo y de Dios» ". Y también: «No os engañéis: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros,

ni los ebrios, ni los maldicientes, ni los rapaces poseerán el reino de Dios» 14. Por tanto, no cabe duda que podemos extirpar de nuestros miembros la mancha de la fornicación y la impureza. Porque no se expresa San Pablo de otro modo al hablar de la avaricia, la necedad las bufonadas, la embriaguez y el latrocinio, vicios todos fáciles de eliminar.

IV. Ahora bien, para alcanzar la pureza de la castidad no basta la diligencia humana. Hemos de estar plenamente convencidos de que la más rígida abstinencia, quiere decir el hambre y la sed, las vigilias, el trabajo asiduo y la aplicación incesante a la lectura espiritual, jamás podrán merecernos por sí solas la pureza constante de la castidad.

En el ejercicio de estas prácticas y trabajos es preciso aprender por experiencia que una tal integridad constituye un don gratuito de la gracia. El fruto de nuestra perseverancia en estos ejercicios es el de obtener, mortificando nuestro cuerpo, la misericordia del Señor; merecer que El nos libre, por un beneficio de su mano, de los asaltos de la carne y de la tiranía omnipotente de los vicios; no el de llegar por su medio a la inviolable castidad que deseamos.

No obstante, que cada cual se anime a conquistarla 56 con el mismo deseo, el mismo ardor que el avaro apetece sus riquezas, el ambicioso sus honores, el lascivo sus deleites. Y así sucederá que en su afán de perpetua integridad menospreciará la comida, aun la deseable; la bebida, aun la necesaria. Rechazará el mismo sueño que debe a la naturaleza, o, por lo menos, no lo tomará sino con recelo y desconfianza, pues se trata de un émulo o enemigo capital de la pureza, de un adversario acérrimo de la castidad.

Si puede gozarse por la mañana de haber mantenido a raya sus tendencias, que entienda que no debe este beneficio a su celo ni a su vigilancia, sino a la asistencia de Dios. Y esta integridad durará el tiempo que disponga la divina misericordia concederle.

Quien ha llegado a consolidarse en esta fe se guardará de todo sentimiento de orgullo, no confiando en sus propias fuerzas. No se dejará seducir, después de una larga inmunidad, por una seguridad agradable y muelle, pues sabe que la humillación no se hará esperar si Dios retira por un momento su protección.

En consecuencia: es preciso aplicarse sin cesar a la plegaria con un corazón humilde y contrito, a fin de que el socorro divino nos asista en toda circunstancia. 57

UTILIDAD DE LOS ASALTOS QUE SE ORIGINAN CONTRA NOSOTROS DE LOS INCENTIVOS DE LA CARNE

V. Deseáis una prueba manifiesta de la necesidad de esta continua vigilancia, que os haga ver al mismo tiempo cómo los combates de la carne, por contrarios y perniciosos que nos parezcan, concurren a nuestro bien. Considerad, por ejemplo, a los eunucos, a quienes un defecto de la naturaleza les exime en parte de tentaciones. Lo que les torna ante todo indolentes y tibios en la consecución o práctica de la virtud es que se creen sin peligro de ver su castidad desflorada. A nadie se le ocurra pensar que digo esto por creer que ninguno de ellos

es solícito del perfecto renunciamiento. Pretendo solamente afirmar que si hay quienes se apresuran con una voluntad de acero a alcanzar la palma de la perfección, deben triunfar en cierto modo de su naturaleza. Porque cuando la pasión ardiente ha inflamado un alma, la impulsa a soportar el hambre, la sed, las vigilias, la desnudez y todas las fatigas corporales, no sólo con paciencia, sino de grado: «El hombre en el dolor trabaja para sí y labora contra su perdición» Y también: «Al que está hambriento, hasta las cosas amargas le parecen dulces» 59

Por lo demás, que nadie se forje la ilusión de que podrá reprimir o anular el deseo de las cosas presentes, si en lugar de sus efectos malvados, que desea desarraigar, no introduce los buenos. La fuerza vital del alma y la vivacidad del entendimiento no les permiten quedarse vacíos de todo sentimiento de deseo o de temor, de alegría o de tristeza. Pero pueden usar bien de esas pasiones y orientarlas al bien. Por tanto, si queremos arrojar de nuestro corazón los deseos carnales, sustituyámoslos por los espirituales. Así el alma tendrá en lo sucesivo dónde fijarse y rechazará las seducciones que le proporcionan las alegrías terrenas y las felicidades que pasan.

Cuando los ejercicios cotidianos le hayan conducido a este estado, comprenderá por experiencia el sentido que entraña este versículo que todos ciertamente cantamos, siguiendo el ritmo acompasado de la salmodia, pero que sólo un pequeño número de experimentados penetra en toda su significación: «Constantemente tenía al Señor delante de mis ojos: porque sé que le tengo de continuo a mi diestra para defenderme» 17. Sí, sólo tendrá la inteligencia viva y honda de estas palabras quien, después de haber arribado a esta pureza de alma y cuerpo de que hablamos, comprenda que es el Señor quien le mantiene en ella a cada instante, para que no vuelva a caer de estas alturas a su miseria, protegiendo constantemente su diestra, es decir, sus acciones santas.

Porque el Señor no está a la izquierda de los santos—supuesto que el santo no tiene nada de siniestro—, sino a su derecha. Los pecadores y los impíos no le ven. No tienen esa diestra en donde asiste el Señor, ni pueden decir con el profeta: «Mis ojos están siempre fijos en el Señor, porque El es quien saca mis pies de la red» 18. Tales palabras sólo son verdaderas en boca de aquel que considera todas las cosas de este mundo como perniciosas o superfluas, y como inferiores al menos a la virtud consumada. Este tal sabe polarizar toda su atención, todo su empeño y su afán hacia la castidad y pureza de corazón. El espíritu se va limando, por decirlo así, con el roce continuo de estos ejercicios; se va pulimentando en razón directa de su progreso, hasta llegar por fin a la perfecta pureza de alma y cuerpo, física y moral, o sea la santidad.

LA PACIENCIA EXTINGUE EL FUEGO DE LA IMPUREZA

VI. A medida que avanza el alma en la dulzura de la paciencia, tanto más medra en la pureza del cuerpo. Y es más firme en la posesión 60 de la castidad cuando con más tesón ha rechazado la pasión de la ira. Porque es imposible evitar las rebeliones de la carne, a menos de sofocar previamente los arrebatos del corazón.

Una de las bienaventuranzas pronunciadas con elogio por boca de nuestro Salvador nos pone de relieve esta verdad: «Bienaventurados los mansos, porque poseerán la tierra» 19. No tenemos otro medio de poseer esta tierra nuestra, es decir, de sojuzgar a nuestro imperio la tierra rebelde de nuestro cuerpo, que fundar ante todo nuestra alma en la dulzura de la paciencia. En los combates que la pasión suscita en nuestra carne, el triunfo sólo se obtiene blandiendo las armas de la mansedumbre: «Porque los mansos poseerán la tierra y la habitarán por los siglos de los siglos»". A seguida nos enseña el salmista el modo como hemos de conquistar esta tierra: «Espera al Señor, y guarda sus caminos, y te ensalzará para que puedas recibir la tierra en herencia» 21.

He aquí, pues, una verdad incontrastable: nadie llega a la firme posesión de esta tierra, sino aquellos que guardan las *vías duras* y los preceptos del Señor por la dulzura inalterable de la paciencia. Su mano les librará del cieno de las pasiones carnales y les elevará hacia las cumbres. «Los mansos poseerán la tierra», y no sólo la 61 poseerán, sino que «se deleitarán en una gran *paz»—delectabuntur in multitudine pacis"—.* Aquel en cuya carne se insubordina aún la concupiscencia no gozará de esta paz de una manera estable. Los demonios no cesarán de asestarle los más duros golpes, y, herido de los dardos encendidos de la lujuria, perderá la posesión de su tierra, hasta el día **en** que el Señor ahuyente las guerras, rompa el arco, destruya las armas y queme los escudos 23. Este fuego es el que el Señor vino a traer sobre la tierra [2 4]. Los arcos y las armas que empuñará son aquellos de que se sirven las potencias del mal para taladrar su corazón, en una guerra incesante de día y de noche, con los venablos de las pasiones.

Pero cuando el Señor, imponiendo silencio a las batallas, le habrá librado de todos los incentivos de la carne, llegará a un maravilloso estado de pureza. La confusión y horror que se apoderaba de sí mismo, es decir de su carne al sufrir sus embates y ser hostilizado por ella, desaparecerán como por ensalmo. Y empezará a deleitarse y tener en ella sus delicias como en una purísima mansión. No llegarán a su casa los malvados, ni tendrá parte el azote en su morada". Por la virtud de la paciencia se cumplirá el oráculo 62 profético: el mérito de su mansedumbre le habrá granjeado la tierra en herencia, y aún más, se deleitará en ella con mucha paz. No cabe una paz pletórica donde flota la inquietud del combate. Porque notad que no se ha dicho: gustarán las delicias de la paz, sino de una paz desbordante y llena: *in multitudine pacis".* Lo cual muestra con claridad que el remedio más eficaz para las dolencias del corazón humano es la paciencia, según aquello de Salomón: «El hombre pacífico es médico de su corazón» 27. Porque no sólo elimina la cólera, la acidia, la tristeza, la pereza, la vanagloria y la soberbia, sino que arranca de raíz la voluptuosidad y aun todos los vicios. Una vez más dice Salomón: «La longanimidad da a los reyes la prosperidad» 28. Quien es dulce y tranquilo siempre, ni se inflama con la turbación d la ira, ni se consume con el enojo y la tristeza, ni divaga en los devaneos de la vanagloria, ni se altivece con la soberbia. «Una paz suma—dice el salmista—reina en el corazón de los que aman al Señor, y no hace mella en ellos el escándalo» ". En verdad el sabia tiene razón al decir: «Es mejor un hombre paciente que sabe imponer la brida a su ira indómita, que el fuerte que *es* capaz de expugnar ciudades enteras» ". 63

Mas antes que podamos consolidarnos en esta paz sólida y durable debemos hacer frente a repetidos asaltos. A menudo tendremos que decir con lágrimas y gemidos aquellos versículos del salino: «He venido a ser un miserable; encorvado en extremo, anduve todo el día ensombrecido, pues mis lomos están llenos de fuego [31] y no existe parte sana en mi carne ante tu faz airada. No hay paz en mí, entumecidos están mis huesos, me siento aplastado ante mi suma miseria» ".

Estos gemidos sólo serán fundados y tendrán toda su profunda verdad cuando, después de haber permanecido puros largo tiempo, creyendo haber escapado para siempre de la sordidez de la carne, sintamos de nuevo su aguijón, se insurreccione otra vez contra nosotros—a causa del engreimiento de nuestro corazón—o, víctimas de una ilusión nocturna, se manche nuestro cuerpo con la impureza de antaño.

Porque cuando se ha gozado largo tiempo de la pureza del cuerpo y del alma, nos jactamos de ello por una consecuencia, pensando que en lo sucesivo no sufriremos ya más esas heridas, y en el fondo de nosotros mismos nos gloriamos en una cierta medida, diciendo: «Dije en la ventura: no experimentaré mudanza jamás» *—Dixi in abundantia mea, non movebor in aeternum"—.* Mas 64 el Señor nos abandona a nuestra miseria para nuestro bien. La pureza aquella que ofrecía tantas garantías de solidez y constancia, empieza por turbarse. Y entonces, en medio de nuestra prosperidad espiritual, nos sentimos tambalear.

Recurramos en este trance al autor de nuestra integridad. Reconozcamos y confesemos nuestra debilidad: «Por tu voluntad—no por la mía—me aseguraste honor y poderío. Apenas escondiste tu rostro, me sentí conturbado» 34. Y también aquello de Job: «Si me lavare con agua de nieve y mis manos resplandecieren de puro inmaculadas, con todo, no me faltarán manchas y aun mis ropajes abominarán de mí» 35. No obstante, aquel que se mancilla por su culpa no puede hablar de esta suele al Creador.

Hasta que el alma no haya llegado al estado de perfecta pureza tendrá que discurrir por esas alternativas anejas a su formación, que la harán experimentada. Hasta que, en fin, la gracia de Dios colme su deseos, fijándola en ella para siempre. Entonces podrá decir con toda verdad: «Con-fiadamente esperé en el Señor, v se inclinó y *escuchó* mi oración. Y me sacó de una hoya de ruina y de fango cenagoso, y afirmó mis pies sobre piedra e hizo seguros mis pasos» 65

LOS FALTOS DE EXPERIENCIA NO PUEDEN HABLAR DE LA NATURALEZA DE LA CASTIDAD NI DE SUS EFECTOS

VIII. Mas aceptar estas cosas, someterlas a examen minucioso y decidir con certeza si son posibles o no, nadie puede hacerlo si no ha llegado a distinguir los límites que confinan las obras de la carne con las del espíritu.

Una larga experiencia y la pureza de corazón, conjugada con la luz que irradia la palabra divina, le conducirá a ello. Por eso dice el Apóstol: «La palabra de Dios es viva, eficaz y tajante, más que una espada de

dos filos, y penetra hasta la división del alma y del espíritu, hasta las coyunturas y la medula y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón» 37.

De esta suerte, situada, por decirlo así, en su común frontera, distinguirá con toda equidad, como lo haría un espectador o un juez imparcial, lo que debe atribuirse como necesario e inevitable a la flaqueza humana, y lo que arranca de los hábitos viciosos o de los descuidos de la mocedad. No se dejará llamar a engaño sobre su naturaleza, no menos que sobre sus efectos, por las falsas opiniones de las gentes, ni dará su aquiescencia a los prejuicios del vulgo inexperto. Tendrá por infalible piedra de toque su propia 67 experiencia. Con una visión certera de las cosas, sabrá justipreciar las exigencias de la pureza, sin caer en el error de aquellos que inculpan a la naturaleza de lo que en realidad no es más que producto de su negligencia, y hacen responsable a su carne, o mejor, al Creador, de su propia incontinencia. De estos tales se ha dicho con propiedad • «La ignorancia del hombre tergiversa sus caminos; en su corazón atribuye a Dios la culpa de sus delitos» .

Finalmente, si alguien no comparte mi opinión en lo que acabo de exponer, le ruego que no proceda precipitadamente, discutiendo conmigo y partiendo de una opinión preconcebida. Que consienta antes en someterse a las exigencias de la disciplina eremítica. Y cuando haya observado esta vida algunos meses con la moderación que nos legaron los Padres, podrá comprobar por sí mismo, con conocimiento de causa, la verdad de mis palabras.

Porque es vano empeño discutir sobre el fin de un arte o de una ciencia, si no empezamos por entrar de lleno y con lealtad en los caminos que pueden descubrirnos su secreto. Por ejemplo, afirmo que es posible extraer del trigo una especie de miel o un aceite muy dulce, análogo a la semilla de los rábanos o del lino. Alguien, en su ignorancia, no tiene la menor idea de ello. Y dice sin más: «lo que afirmáis va contra la naturaleza misma de las cosas; eso es a todas luces un dislate». Y agrega que soy un mentiroso y me deja en ridículo. Alego testigos sin número que afirman haberlo visto con sus propios ojos. Incluso lo han gustado. Más: han elaborado ellos mismos tales productos. Ni corto ni perezoso describo toda la serie de manipulaciones que transforman la sustancia del trigo en la grasa del aceite o en la cualidad dulce de la miel. Todo inútil. A pesar de mis explicaciones persiste en SU necia terquedad y se obstina en negar a pie juntillas que de este grano pueda salir cosa dulce ni crasa. ¿No será mejor censurar su tozudez, que pugna contra toda razón, que defender a ultranza la verdad de mis afirmaciones, refrendadas con tantos testigos fidedignos, con demos-traciones palmarias, y lo que es más, apoyadas en la experiencia cotidiana?

Sólo podrá dar la culpa a la naturaleza por las necesidades inherentes a ella quien haya llegado por una aplicación continua a un tal estado de pureza, que no sienta ya su alma seducida por los encantos y atractivos del vicio, y sólo tenga que lamentar las manchas inconscientes y raras que ocurren entre sueños.

Este tal observa idéntica línea de conducta durante el día y durante la

noche, en el lecho que en la plegaria, a solas que en compañía de los hombres. Su actitud es tal en el secreto que no se ruboriza, caso de ser visto por otro. La mirada insoslayable de Dios nada puede sorprender en él que desee tener oculto a la vista de los demás. Y cuando la luz suavísima de la castidad empieza a llenarle de goces sin fin, puede decir con el profeta: «En mis delicias la noche se convertirá en luz, porque no son, Dios mío, oscuras para ti las tinieblas; la noche y la oscuridad son para ti como luz indeficiente»

Finalmente, porque esto sobrepuja las fuerzas de la naturaleza humana, añade el mismo profeta: *Tu possedisti renes meos—«Tú* dominaste mis bajas tendencias»—. Como si dijera: no he merecido yo esta pureza mía por mi industria y virtud, sino porque mortificaste el ardor del deleite que se hallaba ínsito en mi carne.

SI ES POSIBLE GUARDAR LA CASTIDAD DURANTE EL SUEÑO

IX. GERMÁN. En parte no hemos dejado de experimentar que es posible, con la gracia de Dios, guardar el cuerpo perfectamente puro durante el día. Es innegable que el rigor de una vida austera y la resistencia que la razón opone al vicio pueden sofocar toda rebelión de la carne. ¿Pero será ello posible también durante el sueño?

Creemos que no cabe tal inmunidad física. Y aunque no podemos decir esto sin cierto rubor natural, no obstante, en nuestro afán de hallar remedio a semejante mal, con tu venia hablamos de ello.

X. QUEREMÓN. Parece que no habéis comprendido aún perfectamente la verdadera esencia de la castidad. En vuestro sentir, sólo pueden alcanzarla quienes durante la vigilia la procuran con austeridad de vida, mientras que en el sueño los resortes del alma se distienden, y se hace imposible salvar su integridad. Y no hay tal. La castidad no se sostiene, como creéis, por la práctica de una vida austera. Subsiste por el amor que inspira y las delicias que el hombre saborea en su pureza misma. En tanto que se permanece atraído por la voluptuosidad, no se es casto, sino continente solamente.

Veis, pues, que el sueño no puede mancillar a aquellos a quienes la gracia divina ha depositado en su interior el amor a la castidad, aun cuando suspendan entonces la austeridad de vida. Es un hecho probado que ésta nos traiciona, incluso durante el día. Un vicio que a duras penas podamos contener, *nos* concederá de buen grado alguna tregua, nunca la seguridad ni el reposo perfecto. Si, por el contrario, le superamos gracias a una virtud que se insinúa hasta las profundidades de nuestro ser, se mantiene en adelante tranquilo, sin dar la menor sospecha de rebelión, dejándonos gozar de una paz firme y constante.

No lo olvidemos: mientras experimentemos las rebeliones de la carne, es señal de que no hemos llegado a las cimas de la castidad, sino que vivimos aún bajo el dominio débil de la continencia, fatigados por continuos combates, cuyo sesgo es necesariamente dudoso.

QUE EXISTE UNA GRAN DIFERENCIA ENTRE LA

CONTINENCIA Y LA CASTIDAD

XI. Así, la castidad perfecta se distingue de los comienzos laboriosos de la continencia por la tranquilidad inalterable que la caracteriza. Es indicio de que es ya consumada, si guarda sin sombra el brillo de su pureza inviolable no sólo combatiendo contra los movimientos de la carne, sino aborreciéndolos cordialmente. Y esto no puede ser otra cosa que la santidad.

Tal sucede cuando la carne cesa de luchar centra el espíritu, por consentir en sus deseos y comulgar en su virtud. Los lazos de una paz firmísima les unen al une con la otra. y se ve realizar en ellos la palabra del salmista a propósito de los hermanos que moran en mutua convivencia 40.

Poseen la felicidad prometida por el Señor, cuando dice: «Si dos de vosotros conviniereis sobre la tierra en pedir cualquier cosa, os la otorgará mi Padre que está en los cielos»

Aquel, pues, que haya dejado ya el grado figurado por el místico Jacob, que significa «su-plantador», se elevará—libre de las luchas de la continencia, gracias a la destrucción total de los vicios—, al título glorioso de Israel, que significa «el que ve a Dios». Su corazón no se desviará ya más de su dirección fija hacia lo alto.

David ha distinguido netamente, bajo la inspiración del Espíritu Santo, estas dos etapas: «Dios es conocido en Judea»—Notus *in ludaea Deus*—, es decir, en el alma que debe aún confesar sus pecados. Porque J*udea* significa «confesión». Mas en Israel, o sea para aquel que ve a Dios, o, según interpretan otros, para el hombre recto delante de la majestad divina, Dios no es sólo conocido, sino «grande es su nombre» *—magnum est nomen eius.*

En seguida nos llama hacia alturas todavía más sublimes. Quiere mostrarnos el lugar mismo donde Dios tiene sus delicias: «Y su mansión —dice—está donde impera la paz» 42. Esto es, no tanto en medio de los combates y de la lucha contra los vicios, cuanto en la paz de la castidad y la perpetua tranquilidad del corazón.

Si alguno mereciere, por la extinción de sus pasiones, alcanzar esta morada de paz, siguiendo esa trayectoria ascendente, llegará a ser una Sión espiritual, que significa «atalaya de Dios», con 72 lo que será él también la morada de Dios. Porque el Señor no se halla en medio del fragor de las batallas de la continencia, sino en el lugar de observación, en la atalaya de las virtudes. Aquí es donde no sólo amortigua y anula la potencia de los arcos, sino ⁹ue destruye el ímpetu de esas armas arrojadizas, que partían en otro tiempo contra nosotros: eran las saetas inflamadas de la voluptuosidad

Repito: la morada del Señor no está en los combates de la continencia, sino en la paz de la castidad. Su alcázar está situado en la atalaya de las virtudes, en la contemplación Por donde no sin motivo se prefieren las puertas de Sión a todas las tiendas de Jacob: «Ama el Señor las puertas de Sión por encima de las tiendas todas de Jacob» ".

MARAVILLAS QUE DIOS OBRA EN SUS SANTOS

XII. Grandes son y maravillosas—aunque desconocidas por los hombres que no tienen experiencia--las larguezas que Dios, en su liberalidad inefable, concede a sus fieles, incluso mientras permanecen en este vaso de corrupción

El profeta las recorre con la mirada cristalina que le brinda la pureza de su alma casta. Y tanto en nombre propio como en el de aquellos 73 que llegan a este estado inefable de paz y castidad, exclama: «Admirables son tus obras, Señor, mi alma las conoce sobremanera» 44. Nada nuevo ni grande hubiera expresado el profeta, ni hubiera afirmado que sólo su alma las conoce, si hubieran dictado sus palabras otros sentimientos, o se hiciera alusión en ellas a las obras de Dios. Porque no hay nadie que eche de ver—aun cuando no sea más que por la grandeza de sus criaturas—lo maravillosas que son las obras de Dios. Mas los dones que el Señor dispensa a diario a sus santos y las gracias que les comunica con singular munificencia, sólo los conocí el alma misma que los goza. Ella es, en el secreto de su conciencia, testigo único de los beneficios de Dios. Descendiendo del fervor de aquel estado a las cosas materiales y terrenas, no sabe traducir en palabras lo que obra Dios en ella. Ni siquiera la inteligencia o la reflexión son capaces de concebirlo.

¿Quién no se maravilla de las obras de Dios, cuando ve mortificado en sí mismo el apetito insaciable de los manjares, la búsqueda dispendiosa y nociva de los placeres del paladar, de suerte que apenas toma a intervalos y corno a su pesar una exigua y mísera comida? ¿Quién no queda sobrecogido de asombro ante las obras de Dios, al comprobar que el fuego de la voluptuosidad—que consideraba antes como 74 inherente a su naturaleza y por lo mismo imposible de extinguir—se ha enfriado hasta el punto de que no siente en su carne el menor movimiento de concupiscencia? ¿Cómo no admirar con estupor el poder de Dios, al ver cómo los hombres crueles y feroces que se irritaban hasta *el* paroxismo ante la sumisión y cortesía de quienes le servían han venido a ser ahora la misma dulzura, de modo que, lejos de turbarse ante la afrenta, su magnanimidad les lleva hasta gozarse de ello? ¿Quién, pues, no se admirará de las obras de Dios y no exclamará desde el fondo de su corazón «conocí que es grande y poderoso el Señor»? 45 Es que se ve uno a sí mismo convertido en otro, de la codicia a la liberalidad, de la prodigalidad a la abstinencia, de la soberbia a la humildad, trocando las delicadezas y exquisiteces en un exterior desaliñado e hirsuto, abrazando voluntariamente la pobreza y privación de las cosas presentes, y cifrando en ellas su alegría.

Estas son, en verdad, las obras maravillosas de Dios que el profeta contempla estupefacto en su alma y en las de aquellos que guardan con él semejanza, [y] le sumen en una contemplación de maravilla. Estos son los prodigios que Dios ha obrado sobre la tierra y cuya vista ha hecho exclamar al mismo profeta, llamando a todos los pueblos a admirarlos: «Venid—dice-[y] *ved* las obras de Dios, las maravillas [q]ue obró 75 sobre la tierra, alejando las guerras hasta sus confines, rompiendo los arcos, quebrantando las armas, quemando las adargas y rodelas» 46. Porque, ¿qué mayor prodigio que ver en un momento a publicanos ambiciosos convertirse en apóstoles, a feroces perseguidores

trocarse en paladines del Evangelio y propagar al precio de su sangre la fe que antes combatían? Estas son las obras de Dios que el Hijo atestigua haber cumplido cada día en unión con su Padre: «Mi Padre obra hasta ahora, y Yo también» ". Estas son las obras de Dios que David canta en espíritu: «Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque sólo El hace cosas maravillosas» ". De ellas habla también el profeta Amós, cuando dice: «El que hace todas las cosas es quien las muda; convierte en día la sombra de la noche» «Esta mudanza se debe a la diestra del Excelso» 50. A propósito de esta obra de salvación el profeta dirige al Señor aquella plegaria: «¡Confirma, oh Dios, lo que has obrado en nosotros!» "

Paso en silencio esos secretos designios de Dios que a cada instante experimentan las almas de !os santos en su interior, esa celeste infusión de alegría espiritual que levanta el espíritu abatido y le colma de goces inefables, esos transportes encendidos, esas consolaciones embriagadoras que la lengua no puede expresar, ni el oído escachar, y que a menudo nos despiertan de una tibieza inerte y estúpida, corno de un profundo sueño, para elevarnos a la oración más ferviente *y* encumbrada. Esta *es* la alegría de que habla San Pablo: «Ni ojo vio, ni oído oyó, ni el corazón humano pudo columbrar» ". Pero habla de aquel que, entorpecido por los vicios terrenos y permaneciendo hombre carnal, vive abocado a las pasiones humanas, incapaz de captar estas divinas larguezas.

Finalmente, el mismo Apóstol, hablando de si mismo y de almas gemelas a la suya que viven como ajenas al mundo, dice también: «Pero a nosotros nos lo ha revelado el Señor, por medio de su Espíritu» ".

XIII. En éstos cuanto más pura y aquilatada es su virtud más sublime es su contemplación. Y conciben tal admiración en el fondo de su ser, que no hallan palabras para expresada. Así como quien no ha saboreado esta alegría no pude intuirla, así quien ha hecho experiencia de ella no puede menos de publicarla.

Ocurre lo que con un hombre que no ha gustado nunca nada dulce. Se le quiere dar a entender con palabras la dulzura de la miel, por ejemplo. Mas los vocablos que perciben sus oídos no le dan la idea cabal de suavidad que nunca saboreó su paladar. Y, por otra parte, las palabras le faltarán a quien pretenda explicarle la dulzura que el placer del gusto le ha revelado. Fascinado por un atractivo que sólo él conoce, se verá obligado en última instancia a admirar en silencio para su adentros el sabor exquisito que ha experimentado.

Cosa pareja acontece a aquel que ha merecido llegar a la altura de la virtud de que hablamos. Evoca en su espíritu y recorre las grandes cosas que Dios ha hecho en los suyos por una gracia particular. Y en el transporte donde le instala la contemplación de tantas maravillas, se enciende y exclama de lo más hondo de su corazón: «Maravillosas son tus obras, Señor, y mi alma las conoce sobremanera» .

Sí, aquí está el gran milagro de Dios: que un hombre de carne y viviendo en ella haya sido capaz de neutralizar todo afecto carnal. Que en medio de tan diversas situaciones y tantos asaltos del enemigo

mantenga su alma en una posición siempre igual, y perdure incontrastable en medio del torbellino incesante de los acontecimientos humanos.

Un anciano fundado en esta virtud vivía junto a Alejandría, perdido entre la masa heterogénea de los infieles. Estos le cubrían de insultos y le hacían a porfía las más graves injurias. Un día que le decían entre mofas: «Pero ¿qué milagros ha hecho ese Cristo que adoras?», respondió: «El de que estas injurias y afrentas y aun otras mayores que podríais hacerme no me conmuevan ni me ofendan.»

CÓMO Y EN CUÁNTO TIEMPO SE PUEDE ALCANZAR LA CASTIDAD

XIV. GERMÁN. Esa castidad es más celestial y angélica que humana. Por eso nos asombra y nos confunde, y sentimos casi más temor y desaliento que entusiasmo en adquirirla. Por eso te regamos nos enseñes de un modo más concreto qué observancias nos podrán conducir a ella y en cuánto tiempo nos será dado alcanzarla. Ello nos hará cobrar confianza, al ver que no es empresa imposible, y el hecho de contar con un lapso de tiempo preciso nos animará a obtenerla. Estamos persuadidos de que esto es inaccesible a nuestra carne frágil, a menos que sepamos el método y el camino por donde se puede con seguridad llegar a ella.

XV. QUEREMÓN. Sería temerario querer fijar un paso de tiempo bien definido para adquirir la castidad perfecta. La diversidad que apreciamos en las disposiciones y recursos de las 79 almas lo hace imposible. Tal precisión sería difícil incluso para las artes materiales y las ciencias humanas, en que la aplicación y el talento juegan un papel decisivo, haciendo que el éxito sea más lento o más rápido.

Pero en lo que puedo pronunciarme con seguridad es en la observancia que hay que adoptar y **en** la fijación de tiempo necesario para reconocer al menos la posibilidad de su adquisición.

Quienquiera que evite toda conversación inútil, mortifique todo sentimiento de cólera, toda solicitud y todo cuidado terreno, se contente con dos panes para su refección cotidiana, se prive de beber agua hasta la saciedad, limite su sueño a tres horas o, siguiendo otra regla en boga, a cuatro, y, por otra parte, esté convencido de que no alcanzará esta virtud por los méritos de su trabajo y abstinencia, sino por la misericordia de Dios—porque sin esta convicción serían vanos los esfuerzos del hombre—, este tal no tendrá necesidad de más de seis meses para conocer que no le es imposible adquirirla a la perfección [288]55.

---

[288] Afirmación ciertamente anodina, que ha sido censurada con razón por los autores ascéticos, pues la fijación de seis meses tiene más de arbitrario y subjetivo que de real. Es preferible mantenerse en la idea expresada por mismo abad al principio del capítulo: «Sería en gran manera temerario querer fijar un tiempo para la adquisición de la castidad.»

Es señal clara de que se está muy cerca de la pureza no esperarla de sus propios esfuerzos.

Cuando el monje ha comprendido bien toda la fuerza de aquel versículo: «Si el Señor no levanta la casa, en vano trabajan los que la edifican» ", no hace de su pureza un mérito orgulloso, porque ve claramente que lo debe a la misericordia de Dios y no a su propia diligencia. Ni se indigna contra los otros con un rigor implacable, porque sabe que la virtud del hombre no es nada, si no la secunda la virtud divina.

XVI. Así, pues, constituye de suyo una victoria singular para quien combate con todas sus energías contra el espíritu de fornicación no buscar ni fundar el remedio en el mérito de sus esfuerzos.

Persuasión fácil y, al parecer, al alcance de todos. Sin embargo, se me antoja tan difícil en los que empiezan como la misma castidad perfecta. Apenas han vislumbrado en sí mismos los primeros atractivos de la pureza, se desliza sutilmente una cierta vanidad en el secreto de su conciencia y se complacen en su presunta virtud, pensando que la deben a su diligencia.

Por tal razón es preciso que Dios retire por un tiempo su ayuda y sufran la tiranía de los vicios que la virtud había reprimido. Hasta que experiencia les enseñe que no hubieran podido obtener el bien de la pureza por su industria y trabajo personal.

Mas para terminar nuestra ya extensa conferencia sobre el fin de la perfecta castidad, concluyamos brevemente sintetizando en una frase todos los pensamientos que hemos ido desarrollando a lo largo de ella. La perfección de la castidad consiste en que el monje no se manche a sabiendas con el placer malvado durante el día, y que durante la noche no se vea en su sueño turbado con ilusiones importunas.

He hablado de la castidad según mis alcances. Por lo menos puedo decir que no son éstos conceptos vanos. Los ha dictado la experiencia. Aunque sospecho que los relajados y negligentes juzgarán estas cosas imposibles, tengo para mí que las almas ávidas de perfección y verdaderamente espirituales se reconocerán en mis [p]alabras [y] darán su sufragio en mi favor. Porque hay tanta diferencia de un hombre a otro como la que existe entre las intenciones a donde converge el deseo de su corazón. Se separan unas de otras como el cielo del infierno, Cristo de Belial, según esta fiase de nuestro Señor y Salvador: «Si alguno me sirve, que me siga, [y] donde yo esté, allí estará también mi servidor» 57. Y aún: «Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón»

Aquí terminó la conferencia del abad Queremón sobre la castidad perfecta. Tal fué la conclusión que puso a su admirable doctrina al disertar sobre la más sublime pureza. Viéndonos 82 él sobrecogidos de admiración y como atónitos, como había ya transcurrido gran parte de la noche, nos aconsejó no defraudáramos a la naturaleza el sueño debido, so pena de que el cansancio físico hiciera languidecer al alma, aminorando su ardor y santo entusiasmo.

PRIMERA CONFERENCIA DEL ABAD NESTEROS

DE LA CIENCIA ESPIRITUAL

Capítulos: I. Palabras del abad Nesteros sobre la ciencia propia de los religiosos.—II. Del conocimiento que debemos tener de las cosas espirituales.--III. Que la perfección activa consiste en dos usas.—IV. Que la vida activa se divide **en** muchas profesiones y ;-.stados.—V. De la perseverancia en la profesión abrazada.—VI. De la inconstancia de los febles.—VII. Ejemplo de castidad que demuestra que no todas las prácticas convienen a todos indistintamente.—VIII. De la ciencia espiritual.—IX. Que por la ciencia activa nos elevamos a la espiritual.—X. Escuela de la ciencia verdadera.—XI. De los múltiples sentidos que tienen las Sagradas Escrituras.—XII. Cómo es posible echar en olvido la literatura y poesía del siglo.—XIII. Respuesta: cómo podremos evitar esos recuerdos profanos.--XIV. El alma que no es pura es incapaz de dar y recibir la ciencia espiritual.—XV. Objeción: muchos no tienen el corazón puro y poseen la ciencia, en tanto que muchos santos carecen de ella.—XVI. Respuesta: los malos no pueden tener la ciencia verdadera.—XVII. A quiénes se debe revelar la vida perfecta.—XVIII. Por qué razones la doctrina espiritual es a veces infructuosa.—XIX. Que el don de las palabras saludables se concede inclusive a los indignos.

PALABRAS DE NESTEROS SOBRE LA CIENCIA RELIGIOSA

El orden que me propuse seguir el itinerario de nuestro viaje me llevan como de la mano a exponer ahora la doctrina del abad Nesteros [1], que fue un hombre notable en todos los aspectos, pero, sobre todo, insigne por su ciencia consumada.

Sabíamos de memoria algunos pasajes de las Sagradas Escrituras, cuyo sentido deseábamos desentrañar. El se dio cuenta de ello y, sin más, empezó a hablar de esta suerte:

Existen en este mundo muchos géneros de ciencias. Su variedad iguala a la de las artes y profesiones. Ahora bien, aun cuando sean todas ellas o inútiles o sólo provechosas a los intereses de la vida presente, no se encuentra, sin embargo, una sola que no tenga, para su adquisición, un orden o un método propio que facilite la inteligencia de los que aspiran a poseerla.

Si, pues, no nos iniciamos en el conocimiento de estas artes, sino mediante sistemas pedagógicos determinados y concretos, ¿con cuánta mayor razón habrá de proceder así en la disciplina y profesión religiosas, que tienden de suyo a la contemplación de los secretos que encierran los misterios invisibles? Su objetivo no son las ventajas de aquí abajo, sino el precio de la eterna recompensa. Por tanto, hay que convenir en que también ellas tienen un orden y un método bien definidos.

Esta disciplina y profesión monásticas se basan en una doble ciencia. La primera, llamada práctica, es decir, práctica o activa, tiene por objeto la reforma de las propias costumbres y la purificación de los vicios. La segunda, dicha »θεωρειτκη, teorética, consiste en la contemplación de las cosas divinas y el conocimiento de les misterios más sublimes de la

Escritura 2[289]

II Quienquiera que aspire a llegar a la teoría es necesario que ponga todo su empeño en adquirir ante todo la ciencia práctica. Esta puede obtenerse sin la teoría, mas la teoría sin la ciencia práctica es en un todo imposible. Constituyen como dos grados dispuestos metódicamente, para que la humana pequeñez pueda escalarlos y subir a las alturas. Si subimos del uno al otro según la manera sobredicha, podremos, sin duda, llegar hasta la meta. Mas si suprimimos el primero de ellos, es una utopía pretender elevarse por el segundo hasta las cumbres. Porque es vano empeño tender a la visión de Dios si no evitamos previamente el contagio de los vicios; pues: «El Espíritu de Dios se apartará del hombre falso y no habitará en el cuerpo que está sujeto al pecado»

LA PERFECCIÓN ACTIVA ESTÁ VINCULADA A DOS PREMISAS

La primera premisa consiste en conocer de antemano la naturaleza de los vicios y el método para curarlos. La segunda estriba en saber discernir el orden o gradación de las virtudes, y conformar nuestra alma a su perfección. De tal suerte, que, en adelante, no sirva ya a las virtudes como esclava ni viva coaccionada por ellas, cual si se viera sometida a un imperio tiránico. Todo lo contrario, que se deleite y se nutra como de un bien connatural, encontrando sus delicias en andar ese camino arduo y angosto

Porque ¿cómo tender a las virtudes—que forman el segundo grado de esta disciplina activa—, o penetrar los misterios de las cosas espirituales y celestes—en que consiste el grado más sublime de la teoría—, si no se ha podido comprender la naturaleza de los vicios o no se ha esforzado en extirparlos? Es lógico: quien no ha sabido vencer las dificultades de menor importancia, no puede soñar en subir más arriba; quien no ha podido conocer lo que le es innato, mucho menos podrá comprender lo que le es ajeno.

Sepámoslo, pues: es menester más trabajo para librarse de los vicios que para adquirir las virtudes. Y no hablo aquí por conjeturas personales, sino apoyándome en el juicio de Aquel que conoce plenamente las fuerzas y la condición de la criatura que El mismo plasmó:

«He aquí que te constituí hoy sobre las gentes y sobre los reinos, para que arranques y destruyas, y pierdas y disipes, y edifiques y plantes>: 4.

---

[289] 2 Los antiguos adoptaban esta división de la ciencia, llamándola *teorética* y *práctica.* Por la teorética entendían no el conocimiento frío y abstracto de las cosas espirituales, sino su contemplación afectuosa que se inspira en la caridad. Esta es superior a la ciencia práctica, que consiste en la lucha contra los vicios y la adquisición de las virtudes. Por lo demás, en el cap. VIII de esta colación, entenderá el abad la *teorética* como el conocimiento e inteligencia de las Sagradas Escrituras

Para anular lo que es malo designa cuatro cosas necesarias, que son: arrancar y destruir, perder y disipar. Para perfeccionar las virtudes designó sólo dos: edificar y plantar. De donde se desprende que es más difícil arrancar y desarraigar los vicios inveterados del cuerpo y del alma que edificar y plantar las virtudes espirituales.

IV. Esta ciencia práctica se divide en muchas profesiones y estados. Porque, aunque se basa en dos premisas, tiene en realidad múltiples facetas en la vida.

Así vemos que algunos cifran todo su esfuerzo en el secreto del yermo y la pureza de corazón. Tales, en los tiempos pasados, Elías y Eliseo. En nuestros días, el bienaventurado Antonio y otros que siguen el mismo ideal, gozaron de una unión muy íntima con Dios en medio del silencio de la soledad [290]5.

Muchos han desplegado su celo y solicitud en instruir a los hombres y regir con vigilancia los cenobios. Así, no ha mucho, el abad Juan, que gobernó un gran monasterio en las inmediaciones de la ciudad de Thmuis, y algunos monjes de idéntica vocación que obraron milagros como los que hicieron en la Iglesia primitiva los apóstoles. Otros encuentran sus delicias en el ejercicio de la caridad en el recinto de los hospitales y en recibir a los peregrinos. Por esta virtud de la hospitalidad sabemos que agradaron al Señor en otro tiempo el patriarca Abraham y Lot, y recientemente, el abad Macario [6]. Este varón, dotado de una mansedumbre y paciencia sin límites, dirigía un hospicio en Alejandría, y cumplió de tal suerte esta misión, que no se le debe tener en inferior a ninguno de los amantes de la soledad.

Los hubo también que prefirieron el cuidado de los enfermos como fin de su vida, mezclándose entre los miserables y oprimidos. Ora se aplicaban a la enseñanza, ora se ocupaban en distribuir limosnas a los pobres. Y todos ellos brillaron por su compasión y piedad entre los hombres más santos y esclarecidos.

DE LA PERSEVERANCIA EN LA PROFESIÓN ABRAZADA

V. Por lo mismo es útil y conveniente a cada cual, según el estado de vida que ha escogido o la gracia que ha recibido, lanzarse con ardor y diligencia a la realización de la obra comenzada.

[6] Se trata de Macario de Alejandría, no del de Egipto. Fue discípulo de San Antonio. De él nos ha hablado Casiano reiteradas veces en las « », *passim.*

Está, desde luego, muy en su punto que alabe y admire las virtudes de los demás; pero no por eso debe abandonar en lo más mínimo la vocación que él mismo abrazó una vez. Sepa que, según el Apóstol, el cuerpo de la Iglesia es uno, mas los miembros son muchos, y que tiene dones diferentes, según la gracia que nos concede, ora sea de profecía, según la fe del que la tiene, O de algún ministerio en servicio de sus hermanos, como enseñarles la doctrina, exhortarlos con persuasiones, o

[290] Santo Tomás usó de este pasaje para probar la existencia y diversidad de las órdenes religiosas. Véase *S Sum. Teol.* IIa IIae188, a. 2

dar limosnas sin acepción de personas, o regir con solicitud, o compadecerse de los pobres con alegría 7.

Un miembro no puede reivindicar el oficio de los otros. Porque ni los ojos pueden desempeñar el cometido de las manos, ni la nariz el de los oídos. Pues no son todos apóstoles, ni profetas, ni doctores. No todos tienen la gracia de la curación, ni hablan todos en lenguas ni interpretan tampoco 8.

VI. Ocurre con frecuencia que los que no están aún bien fundados en la perfección que han abrazado oyen hablar con encomio de tal o cual persona que vive en estado diferente del suyo, practicando otras virtudes. Y entonces se entusiasman fácilmente, sintiéndose movidos a imitar en el acto su conducta. Pero éstos son conatos inútiles propios de la fragilidad humana, y por lo mismo inanes. Es imposible, en efecto, que un solo hombre sobresalga por igual en todas las virtudes enumeradas más arriba. Semejante pretensión da lugar a un engaño evidente: porque mientras se corre en pos de todas, no se alcanza perfectamente ninguna. Y de este cambio e inconstancia se cosecha más daño que provecho.

Porque muchos son los caminos que conducen a Dios. Por eso, cada cual debe seguir con decisión irrevocable el modo de vida que primero abrazó, manteniéndose fiel en su dirección primera. Cualquiera que sea la profesión escogida, podrá llegar a ser perfecto en ella.

EJEMPLO DE CASTIDAD QUE DEMUESTRA QUE NO TODOS LOS ESTADOS CONVIENEN A TODOS INDISTINTAMENTE

VII. Aparte del perjuicio a que se expone el monje a quien su movilidad de espíritu le inspira el deseo de ensayar otras religiones, incurre en el peligro de perdición. Por la sencilla razón de que muchas *veces* lo que para unos es apto y conveniente constituye para otros una imprudencia imitarles, de suerte que lo que ha tenido éxito en aquéllos resulta contraproducente y positivamente malo para éstos.

Citemos un ejemplo. Es como si uno quisiera imitar la virtud de aquel hombre cuya proeza refiere a menudo el abad Juan, como algo no imitable, sino admirable.

Vino a él un día un campesino trayendo consigo las primicias de los frutos que había cogido aquel año. Encontró allí a un poseso a quien atormentaba un demonio sobremanera cruel. Este, menospreciando las órdenes del abad Juan, porfiaba que no saldría del cuerpo del infeliz, ni le abandonaría en sus manos. Mas, sobrecogido de terror a la llegada del campesino, profirió su nombre a grandes gritos con reverencia, y huyó.

El abad admiró en gran manera una gracia tan singular y evidente. Su estupor subió de punto cuando- vio que el recién llegado iba vestido de seglar. Comenzó en seguida a averiguar. Intrigado, cuál era su género de vida y profesión. «Soy seglar—dijo el otro—, y casado.» Mas el bienaventurado Juan, al verle dotado de una virtud y gracia tan excelentes, quiso penetrar mejor el secreto de su vida. El buen hombre declaró que era simplemente un rústico que vivía del trabajo de sus

manos. No reconocía en sí mismo virtud alguna, sólo que no dejaba de entrar en la iglesia por la mañana, antes de emprender sus tareas del campo, ni por la tarde, cuando regresaba a su casa. En la iglesia daba gracias a Dios por darle el pan cotidiano. Añadió que jamás había hecho sus cosechas sin haber antes ofrecido a Dios las primicias y los diezmos debidos. Que nunca había conducido a sus bueyes por los pastos vecinos sin ponerles el bozal 94 consabido, por temor a que el prójimo sufriera algún daño por su negligencia.

En todo esto el abad Juan no veía nada aún que pudiera explicarle la gracia eminente que le aventajaba a otros, y siguió su interrogatorio, tratando de sondear la virtud oculta de aquel hombre que justificara un don tan subido.

Ante las reiteradas instancias del abad, un sentimiento, mezcla de rubor y respeto, se apoderó del labrador. Confesó que en otro tiempo había tenido la intención de abrazar la vida monástica. Mas la abierta oposición que encontró en sus padres—quienes le obligaron a casarse antes de los once años—, junto con la autoridad paternal, le forzaron, mal de su grado, a tomar mujer. Mas él la miró siempre como a una hermana, respetando su virginidad. Hasta entonces nadie había sabido el secreto de su vida.

Ante estas palabras, el abad, presa de profunda admiración, no pudo menos de exclamar que no sin razón había despreciado el demonio sus oraciones, no pudiendo después tolerar a un hombre semejante. Y añadió que no se atrevería a imitar su virtud, sin peligro de la castidad, no sólo en el fuego de sus años juveniles, pero ni siquiera en su vejez.

No obstante, aunque el abad Juan admiraba aquella conducta heroica, no sería él quien aconsejara a ningún monje a hacer tal experiencia. Sabía que muchas cosas, aun siendo justas y razonables en unos, han tenido un fin lamentable en otros que han pretendido imitarles, y que no todos pueden aspirar a los favores que Dios concede a ciertas almas por especial privilegio.

DE LA CIENCIA ESPIRITUAL

VIII. Pero reanudemos el tema de la ciencia, que es lo que dió origen a esta colación.

La πρακτικη (práctica)—lo hemos dicho más arriba—se divide en muchas profesiones y estados. En cambio, la αχθεωρφτικ$_{\eta}$ (teoría) se divide en dos partes, es decir, la interpretación histórica y la inteligencia espiritual. De ahí que Salomón, después de haber ponderado la gracia multiforme que tiene la Iglesia, añade: «Todos los que en ella habitan tienen dos vestidos» [g]. La ciencia espiritual, a su vez, comprende tres géneros: la tropología, la alegoría y la anagogía. De ellas se ha dicho en los Proverbios: «Escribe para ti sobre tu corazón estas cosas de tres maneras» ".

La historia tiene por objeto el conocimiento de los hechos pasados y visibles. El Apóstol da un ejemplo de ello, cuando dice: «Escrito está que Abraham tuvo dos hijos: uno de la esclava [y] otro de la libre. El de la esclava nació según la carne; el de la libre, por promesa de Dios» 11.

Lo que sigue se refiere a la alegoría, por cuanto se habla de cosas realmente pasadas que prefiguraban otro misterio. Y así dice: «Esas dos mujeres son dos testamentos: el uno, que procede del monte

Sinaí, engendra para la servidumbre. Esta es Agar. El monte Sinaí se halla en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, que es, en efecto, esclava con sus hijos» ".

La anagogía se eleva de los misterios espirituales a los secretos del cielo, más augustos y sublimes. Se halla expresada en lo que San Pablo agrega inmediatamente: «Pero la Jerusalén de arriba es libre, ésa es nuestra madre, pues está escrito: «Alégrate, estéril, que no pares; prorrumpe en gritos, tú, que no conoces los dolores del parto, porque más serán los hijos de la abandonada que los hijos de la que tiene marido» 13.

En cuanto a la tropología, es una explicación moral, en orden a enmendar la vida y corregir los principios de conducta personal. Como si por medio de estos dos testamentos entendiésemos la práctica y la teoría; o si por Jerusalén o el monte Sión queremos entender el alma humana, según aquello: «Alaba, Jerusalén, al Señor; alaba Sión, a tu Dios» 14.

Las cuatro figuras pueden hallarse reunidas. Así, la misma y única Jerusalén, revestirá, si que*remos,* cuatro acepciones distintas: en el sentido histórico será la ciudad o metrópoli de los judíos; en el alegórico, la Iglesia de Cristo; en el anagógico, la ciudad celeste «que es madre de todos nosotros», según la sentencia paulina; en el sentido tropológico, será el alma humana, a quien vemos que alaba o reprende el Señor con este mismo nombre de Jerusalén.

He aquí en qué términos habla el Apóstol de estos cuatro géneros de interpretación: «Ahora, hermanos, si fuere yo a visitaros, hablando en lenguas diferentes, ¿de qué voy a aprovecharos, si no os hablo o por revelación, o por ciencia, o por profecía, o por doctrina» 15.

La revelación es aquí sinónimo de alegoría. Descubre, explicándolas según el sentido espiritual, las verdades paliadas por el relato histórico. Como si quisiéramos saber de qué modo nuestros padres estuvieron todos bajo una nube y fueron bautizados por Moisés en el mar, y cómo todos comieron el mismo pan y bebieron de la misma bebida espiritual que brotaba de la piedra, que era Cristo Esta exposición significa por alegoría que aquella historia es figura del cuerpo y sangre de Cristo, que recibimos cada día.

La ciencia, de que hace también mención el Apóstol, representa la tropología. Por ella juzgamos, merced a un examen prudencial, de la utilidad o bondad de las cosas relativas a la vida práctica. Corno, por ejemplo, cuando se nos ordena juzgar si es procedente que las mujeres estén en la iglesia con la cabeza descubierta, lo cual, según he dicho antes, pertenece al sentido moral 17.

La profecía que, como vimos, mentó el Apóstol en tercer lugar, pertenece a la anagogía, por la cual se aplican las palabras a las cosas invisibles y futuras. Por ejemplo, en este pasaje: «No queremos, hermanos, que ignoréis lo tocante a la suerte de los muertos, para que no os aflijáis como los demás que carecen de esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios por Jesús tomará consigo a los que se durmieron en El. Esto os decimos como palabra del Señor: que nosotros, los vivos, los que quedamos para la venida del

Señor, no nos anticiparemos a los que se durmieran; pues el mismo Señor, a una orden suya, a la voz del Arcángel, al sonido de la trompeta de Dios, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero» ". Tal es la figura de la anagogía que se halla aquí envuelta en esta especie de exhortación.

Por fin, en cuanto a la doctrina se refiere, se entiende por ella el sentido llano de la exposición histórica. Esta no entraña ningún sentido oculto. 99

Es, sencillamente, el sentido literal que se percibe inmediatamente por el mismo significado de las palabras. Así, verbigracia, aquel texto de San Pablo: «Os he enseñado lo que yo mismo aprendí, que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día y que fue visto por Cefas»". Y también: «Envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, que quiso sujetarse a la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley» ". Y **en** otro lugar: «Oye, Israel, tu Dios y Señor es un solo Dios» ".

POR LA CIENCIA ACTIVA NOS ELEVAMOS A LA ESPIRITUAL

IX. Por tanto, si deseáis llegar a la luz de la ciencia espiritual no a impulsos de la vana jactancia, sino por amor a la pureza, inflamaos ante todo en el deseo de esta beatitud, de la cual se ha dicho: «Bienaventurados los puros de corazón, porque verán a Dios» ". Así podréis alcanzar también aquella ciencia de que habla el ángel a Daniel: «Los que fueren doctos, brillarán como la luz del firmamento, y los que enseñan a muchos, lucirán como estrellas por eternidades sin fin» 23. Y **en** otro profeta se lee aún a este propósito: «Proyectad sobre vosotros la luz de la ciencia, mientras dura este tiempo» 24.

Veo que os anima el celo por la lectura. Conservadlo. Y con todo el ardor de vuestro corazón apresuraos a poseer cuanto antes la plenitud de la ciencia práctica, es decir, moral. Sin ella no cabe alcanzar la pureza de la contemplación de que antes hablamos. Sólo los que han llegado a ser perfectos—no por la palabra de sus maestros, sino por la virtud de sus propias acciones—lo obtienen en recompensa, tras de haberla pagado con obras y trabajos. No adquieren la inteligencia de la ley por la meditación, sino como el fruto de su vida. Por eso cantan con el salmista: «El guardar tus mandamientos me hizo entenderlos» 25. Exclaman llenos de confianza, después de haber eliminado toda pasión: «Salmearé, Señor, y con esto entenderé lo que es la senda inmaculada» ". Porque sólo comprende, mientras salmodia, las palabras que canta, quien camina por la senda de la inocencia con un corazón puro. 101

Si es, pues, vuestro designio, preparad en vuestro corazón el santo tabernáculo de la ciencia espiritual, purificaos de la escoria de los vicios, despojaos de toda preocupación mundana. Es imposible que el alma que está ocupada, aun cuando sea levemente, en los cuidados del siglo, merezca el don de la ciencia o sea fecunda en pensamientos espirituales, manteniéndose con firmeza en las lecturas santas.

Poneos en guardia, antes que todo—y especialmente tú, Juan, a quien tus años mozos pueden ayudarte a observar mejor cuanto voy a decir—ponte en guardia, digo, y cuida de no malograr con una vana

complacencia tu ardor por las lecturas y tus trabajos llenos de santos deseos. Para ello, en primer lugar has de imponer silencio a tu boca y hablar lo menos posible. Este es el primer paso que hay que dar en el camino de la ciencia práctica (supuesto que el mayor y más arduo trabajo del hombre está en su lengua). Recibe la doctrina y enseñanzas de los ancianos con suma atención del corazón, pero con los labios sellados por el silencio. Deposítalas con cuidado en el secreto de tu mente, y apresúrate a practicarlas, más bien que enseñarlas en seguida. Y así, en lugar de sentir pretensiones funestas de vanagloria, verás cómo se multiplican los frutos de la ciencia espiritual.

En las conferencias de los ancianos no te tomes la libertad de decir una palabra, salvo si es para saber aquello cuya ignorancia puede serte perjudicial, o lo que te es necesario conocer. Los hay que poseídos de un secreto orgullo, no hacen sino preguntas para hacer ostentación de lo que saben. Pero *es indudable* que quien se aplica a la lectura con el vano intento de adquirir la gloria humana, no alcanzará el don de la verdadera ciencia. Esclavo de esta pasión, se verá igualmente encadenado por los lazos de los otros vicios y particularmente de la soberbia. Derribado de esta suerte en el combate de la ciencia práctica y moral, le será imposible obtener la ciencia espiritual, que nace de aquélla como de su fuente.

Sé, pues, en todo «pronto a escuchar, tardo para hablar» [27], no sea que incurras en aquel error que reprende Salomón: «Si vieres a un hombre que habla velozmente sin consideración, sepas que ofrece mejores esperanzas un ignorante que él» ". No presumas enseñar nada que no hayas practicado antes tú mismo. Este es el orden que debernos seguir, según el ejemplo del mismo Señor: «Empezó Jesús a obrar y enseñar» ". Cuidado, pues, en ser fácil a enseñar lo que antes no has vivido, no vayas a ser del número de aquellos de quienes dice el Señor a sus discípulos: «Guardad y haced lo que os dicen, más no hagáis lo que ellos hacen. Porque dicen y no hacen. Juntan cargas muy pesadas e insufribles y las ponen sobre los hombros de sus prójimos: mas ellos no quieren siquiera tocarlas con el dedo» ".

Si el que deja de observar un mandamiento de Dios, por insignificante que sea, y así lo enseña a los hombres, será el mínimo en el reino de los cielos 31, el que ha conculcado muchos y graves preceptos y tiene la pedantería de enseñar a otros, claro es que no será llamado mínimo en el reino de los cielos, sino máximo en el suplicio de la gehena.

Así, en orden a enseñar, no imites la postura de algunos que poseen la habilidad de discurrir y expresarse con palabra fácil. Saben, sí, disertar con elegancia y riqueza de lenguaje sobre cualquier tema propuesto, y en apariencia poseen a los ojos de los hombres la ciencia espiritual, cuando en realidad no saben discernir la índole y carácter de ella.

Porque una cosa es tener soltura y facilidad de palabra y aun cierta elocuencia en el decir, y otra penetrar hasta el corazón de las palabras celestes y contemplar con la mirada pura del alma los misterios más profundos y escondidos. Esto no lo da la ciencia humana ni la cultura de los hombres, sino la sola pureza del alma, ilustrada por la luz del Espíritu Santo. 10

ESCUELA DE LA CIENCIA VERDADERA

X. Tienes que apresurarte, pues, si quieres llegar a alcanzar la ciencia verdadera de las Escrituras, a fijarte, en primer lugar, de una manera estable, en la humildad de corazón. Esta te conducirá no a la ciencia que hincha, sino a la que ilumina por la consumación de la caridad ". Porque es imposible que el alma que no es pura consiga el don de la ciencia espiritual.

Está, pues, sobre aviso, no sea que tu celo por la lectura, en lugar de granjearte la luz de la ciencia y la gloria eterna prometida a *los* que con ella se alumbran, te sea causa de perdición por la arrogancia que pueda despertar en ti.

En segundo lugar, tras de haber expulsado todos los cuidados y pensamientos terrenos, esfuérzate por todos los medios posibles para aplicarte asiduamente, constantemente, a la lectura espiritual, hasta que esta meditación continua acabe por imbuir e impregnar tu mente, formándola, por decirlo así, a su imagen. Ella hará de tu alma, en cierto modo, un arca de la alianza, encerrando en ella las dos tablas de piedra, *es* decir, la firmeza de uno y otro Testamento. La hará vaso de oro, que es símbolo de una memoria pura y sin mancha, que conservará para siempre el tesoro escondido del maná, 105 o sea la eterna y celeste dulzura de los pensamientos espirituales y del pan de los ángeles. La hará, en fin, vara de Aarón, esto es, estandarte de la cruz, índice de salvación de nuestro soberano y verdadero Pontífice Jesucristo, recuerdo indeleble de las cosas inmortales. Cristo, en efecto, es la vara que, nacida de la raíz de José, torna a vivir después de su muerte con una vida más pujante.

Todas estas cosas están cubiertas por dos querubes, es decir, la plenitud de la ciencia histórica y la espiritual 33. Puesto que *querubín* significa plenitud de ciencia. Cubren sin cesar el propiciatorio de Dios 34, o sea la tranquilidad de tu corazón, guareciéndola contra los ataques de los espíritus del mal.

Así, al devenir tu alma, merced a su continuo afecto de pureza, arca del divino Testamento y reino sacerdotal, absorta en la contemplación de los conocimientos espirituales, cumplirá aquel precepto impuesto al sumo sacerdote por el Legislador: «Nunca saldrá de los lugares santos, para que no manche el santuario de Dios» . Este santuario es su corazón, en donde el Señor promete hacer su morada, diciendo: «Habitaré en ellos y andaré entre ellos» 106

Por tal razón, debemos procurar aprender de memoria las divinas Escrituras y rumiarlas incesantemente en nuestra mente. Esta meditación ininterrumpida nos reportará dos frutos principales. El primero será que, mientras la atención está ocupada en leer y estudiar, se halla libre de los lazos de los malos pensamientos. El segundo es que, después de haber recorrido varias veces ciertos pasajes, nos esforzamos por aprenderlos de memoria; y cuando no habíamos podido antes comprenderlos—por estar nuestro espíritu falto de libertad para ello—, luego, libres de las distracciones que nos solicitaban, los repasamos en silencio, sobre todo durante la noche, y los intuimos más claramente.

Tanto que a veces penetramos en sus sentidos más ocultos; y lo que durante la jornada no habíamos podido entender sino superficialmente, lo captamos de noche cuando nos hallamos sumergidos en un sueño profundo.

SENTIDOS MÚLTIPLES QUE TIENEN LAS SAGRADAS ESCRITURAS

XI. A medida que por este estudio se va renovando nuestro espíritu, nos parecerá que la Sagrada Escritura empieza a cambiar de aspecto para nosotros. Se nos comunica una comprensión más honda y misteriosa, cuya belleza se acrece en razón directa de nuestro progreso. Y es que 107 el texto inspirado se acomoda efectivamente a capacidad receptiva de la inteligencia humana, y en la medida que se dispone a aprender, se le comunica la inteligencia. Por eso a los hombres carnales les parece la Escritura cosa terrena; a les espirituales, celestial y divina. Y aquellos que las veían antes como envueltas en espesas tinieblas, son ahora incapaces de sondear su profundidad o sostener con la mirada su fulgor.

Un ejemplo arrojará luz sobre esta verdad que tratamos de explicar. Baste citar un solo mandamiento de la Ley. Por él veremos que todos los preceptos celestiales, sin excepción, se extienden a todo el género humano en conjunto, pero también a cada uno según la disposición de su alma

el estado en que se halla. Está escrito: «No fornicarás» 37. El hombre que es esclavo aún de los vicios vergonzosos de la carne, lo guardará a la letra, tomándolo simplemente en el sentido literal, es decir, tal como suenan las palabras. En cambio, el que está libre de estas pasiones impuras, lo observará espiritualmente., Quiero decir que se mantendrá alejado no sólo de las ceremonias idolátricas, sino de toda superstición pagana, de los augurios, de los presagios, de la observación de los signos, de los días [y] de los tiempos. De igual modo, menospreciará las conjeturas y nombres con que suelen engañar los adivinos y adulterar la pureza de nuestra fe.

Con esta infidelidad se manchó Jerusalén, cuando se dice que se deshonró «sobre todas las colinas elevadas y bajo todo árbol frondoso» 38. Por eso el Señor la reprende por boca de su profeta, diciendo: «Vengan y te salven los augures del cielo, que contemplan las estrellas y observan los días de los meses, para anunciarte las cosas venideras» 39. De este mismo pecado la acusa en otra parte el mismo Señor, al decir: «El espíritu de fornicación les engañó y cometieron adulterio contra su Dios» 40.

Quien esté libre de esta doble impureza tiene todavía una tercera que debe evitar Consiste en las supersticiones de la Ley y del judaísmo, de que habla el Apóstol cuando afirma: «Observáis los meses, los tiempos y los años» [41]; y en otro lugar: «Ni toques, ni gustes, ni tientes» [42]. No es dudoso, en efecto, que estas palabras aluden a las ceremonias judaicas de la Iey. Caer en ellas es volverse infieles a Cristo y hacerse indignos de oír ya las palabras del Apóstol: «Porque os he desposado con un solo varón para presentaros cual casta virgen a Cristo» 43. Antes bien, nos endereza el reproche que sigue: «Pero me

temo no sea que, como la serpiente sedujo a Eva con su astucia, se corrompan vuestras inteligencias, perdida la simplicidad que debéis a Cristo» 44.

Pero si ha sabido evitar esta infidelidad, existe todavía una cuarta, que se comete traicionando la fe, para abrazar una doctrina herética. San Pablo habla en estos términos de ella: «Yo sé que después de mi partida se introducirán entre vosotros lobos bravíos que no perdonarán la grey; y de entre vosotros mismos surgirán hombres que enseñarán cosas perversas para arrastrar discípulos en pos de sí» 45.

En fin, si se ha podido declinar este último escollo, guárdese de incurrir en el vicio de la infidelidad por un pecado más sutil, que consiste en la divagación de los pensamientos o del espíritu. Porque todo pensamiento no ya torpe, sino simplemente ocioso o que se aleja de Dios, por poco que sea, es a los ojos de los perfectos una inmundicia, una fornicación.

CÓMO ES POSIBLE OLVIDAR LA LITERATURA Y POESIAS PROFANAS

XII. Al oír estas cosas, un vivo sentimiento de compunción se despertó en mí, para traducirse en seguida en un gemido del alma: «Todos los 110 conceptos por ti expuestos—dije--, y que has ido desarrollando con tanta elocuencia, aumentan el desánimo que yo había experimentado. Sobre las miserias que son patrimonio común de las almas y que no dudo combaten desde fuera a los espíritus febles, hay en mí una en particular que se opone al desarrollo de mi vida espiritual. Es el mediocre conocimiento que me parece tener de la literatura. Ya sea por el interés que se tomó en mí el pedagogo, ya sea por mi afición de discípulo a la lectura, me impregné de ella hasta el fondo. En mi espíritu se fijaron tan al vivo las obras de los poetas, las fábulas frívolas, las historias bélicas de que fui imbuido en mi infancia y mis primeros ensayos en los estudios, que su memoria me ocupa inclusive a la hora de la oración. Salmodiando o implorando el perdón de mis pecados el recuerdo importuno de los poemas aprendidos resbala por mi mente. La imagen de los héroes y sus combates parecen flotar ante mis ojos. Y mientras estos fantasmas se burlan sarcásticos de mí y bullen en la imaginación, mi alma no puede aspirar a la contemplación de las cosas celestes. Ni las lágrimas que vierte a diario pueden neutralizar el influjo de semejantes quimeras.

XIII. NESTEROS. Precisamente de ese mismo mal que te hace desesperar de adquirir la pureza, puede derivarse, a no dudarlo, un remedio tan rápido como eficaz. Basta con que 111 te dispongas a leer y meditar las Escrituras con el mismo interés y diligencia con que abordaste los estudios profanos.

Tu espíritu estará necesariamente ocupado en esos poemas, en tanto no se haya fijado por una igual aplicación y asiduidad en otros objetos que debes ir rumiando en tu inteligencia. Hasta que no hayas abandonado esos pensamientos infructuosos y terrenos, no podrán engendrarse otros espirituales y divinos. Mas, si logras penetrarte íntimamente de estas ideas nuevas, haciendo de ellas vida propia, aquéllas podrán ser anuladas paulatinamente. Porque es cierto que la mente humana, de no

ocuparse en las cosas de Dios, queda fatalmente envuelta en las que aprendió en otro tiempo. Mientras no tenga en qué asirse y ejercer su infatigable actividad, un peso incoercible la empuja hacia los temas en que se detuvo desde su tierna infancia, girando siempre en tomo de aquellos pensamientos que por un largo comercio y una meditación asidua se le hicieron íntimos y familiares.

Por eso comprendo lo que deseas. Quieres que la ciencia espiritual torne en ti de una vez para siempre arraigo y solidez. Pretendes no sólo gozarla por un tiempo—como aquellos que la poseen no por propia aplicación, sino por referencias de otro y no hacen más que sentir un vago perfume de ella, que se evapora en seguida—, sino asirla y que permanezca en tu espíritu; que forme una sola cosa con él, y te sea familiar 112 y tangible, como algo que la mirada tiene como muy conocido.

Observa, pues, lo que quiero decirte. Tal vez oirás decir en conferencias lo que sabes de sobra. Pues bien: no porque te sea ya conocido debes oírlo de una manera desdeñosa. Al contrario, confía esas cosas a tu corazón con esa avidez que debemos tener siempre cuando prestamos oídos a las palabras de vida—siempre deseables—, o para cuando tengamos que proferirlas nosotros mismos. Aunque se expongan con mucha frecuencia las santas verdades, jamás debe un alma que está sedienta de la verdadera ciencia mostrar fastidio o aversión, antes debe acogerlas como cosas que son siempre nuevas e igualmente apetecibles. Cuanto más a menudo se nutra de esas ideas, más ávida se mostrará de entenderlas y más deseosa de hablar ce ellas. Su misma repetición confirmará el conocimiento que tiene de esas verdades, en lugar de serle motivo de disgusto. Porque es indicio de tibieza y orgullo el enojo y la indiferencia por la palabra de salvación, por más que se la ofrezcan con asiduidad excesiva: «Aquel que está harto, pisotea la miel; en cambio, al hambriento, incluso lo amargo le parece dulce» 46. Si recoge la doctrina con presteza y la deposita con esmero en el santuario de su alma guarecida por el silencio, ocurrirá con esa doctrina lo que con los vinos olorosos y suaves que regocijan el 113 corazón del hombre. Así como la vejez da calidad al licor, así también la canicie y la longanimidad de la paciencia maduran la sabiduría. Entonces asomará esa sabiduría a tus labios como salida del vaso de tu corazón y será como quien exhala fragancias de vida. Será corno una fuente de la que manan sin cesar aguas bienhechoras, acrecidas por la experiencia y la práctica de las virtudes. Irán desbordándose del fondo de tu alma como de un secreto abismo, para precipitarse en olas irrestañables. Ocurrirá en ti lo que acontecía a aquel que cumplió con obras estas cosas: «Bebe el agua de tu cisterna, los raudales de tu pozo; y derramarás fuera tus fuentes, y correrán por la plaza tus aguas» 47. Y según Isaías: «Serás como huerto regado, como fuente de aguas vivas que no se agotan jamás. Edificarán tus hijos las desiertas ruinas y alzarás los cimientos primeros, y te llamarán reparador de las brechas y restaurador de los caminos deshechos» ". **Y** se te dará también aquella bienaventuranza prometida por el mismo profeta: «Ya no se te ocultará tu maestro, sino que con tus ojos lo verás, y oirás con tus oídos la voz del que te amonesta y dice: **Ese es** el camino; anda por él y no declines ni a derecha ni a izquierda» 49. Y así toda la dirección que imprime a tu vida esa ciencia y tu meditación constante, como todos tus

pensamientos y aun su orientación incierta, no serán más que una santa e incesante rumia de la ley divina,

El ALMA QUE NO ES PURA ES INCAPAZ DE DAR Y PERCIBIR LA CIENCIA ESPIRITUAL

XIV. Pero, como he dicho, le es imposible al inexperto conocer o enseñar. Porque, quien no es capaz ni de comprender, ¿cómo lo será de comunicar? Y si, a pesar de ello, tiene la presunción de instruir, sus palabras estarán desprovistas de eficacia, y por lo mismo será nulo su provecho. Sonarán ciertamente en los oídos de sus oyentes, mas no penetrarán en su corazón, traicionado por la vanagloria v la pasividad, que le impiden traducir en obras lo que dice. Porque no parten del tesoro de una buena conciencia, sino de la vana presunción y lactancia.

Repitámoslo: aquel cuya alma no está purificada no sabrá adquiri[r] la ciencia espiritual, por más que se empeñe en ello y por asiduo que sea en la lectura. Y la razón es clara. No se encierra en un vaso fétido [y] corrompido un perfume de calidad, una miel excelente, un licor precioso. Porque el vaso, penetrado como está de esencias malsanas, contaminará, queramos o no, el perfume más oloroso antes que recibir de él alguna suavidad o fragancia. Tan cierto es 115 que lo puro se corrompe más fácilmente que se purifica lo corrompido. Así es el vaso de nuestro corazón. Si no se le depura desde un principio enteramente del contagio nauseabundo de los vicios, no merecerá recibir este perfume de bendición de que habla el profeta: «Como el ungüento que desciende de la cabeza hasta la barba de Aarón y baja después hasta la orilla de su vestido» 50. De igual suerte no podrá tampoco guardar impoluta aquella ciencia espiritual y aquellas palabras de la Escritura que son más dulces que la miel y el panal [51]: «¿Qué participación puede tener la justicia con la iniquidad? O ¿qué sociedad puede haber entre la luz y las tinieblas? ¿Qué convención puede mediar entre Cristo y Belial?» .

XV. GERMÁN**.** **Tu** aserción no nos parece 'fundada en la verdad ni apoyada en razones plausibles. Quienes rechazan la fe de Cristo o a corrompen con opiniones mentirosas o impías no tienen, desde luego, el corazón puro. Pero ¿cómo explicar el hecho de que tantos herejes, judíos y aun católicos, que adolecen de vicios diversos, lleguen a un conocimiento perfecto de as Escrituras y puedan gloriarse de una ciencia espiritual eminente, mientras que vernos a una 116 multitud incalculable de santos que han purificado su corazón de toda mancha de pecado y, no obstante, contentos con la simplicidad de su fe, ignoran los arcanos de una ciencia más profunda? Y si esto es cierto, ¿cómo puede sostenerse tu opinión, que atribuye la ciencia espiritual a la sola pureza de corazón?

XVI. NESTEROS**.** No juzga rectamente del valor de una doctrina quien no examina con cuidado todas las palabras que expresan esa doctrina.

He dicho ya que esta clase de gente no tiene sino una cierta habilidad en hablar, unida a una elegancia de elocución. Pero son incapaces de penetrar en la entraña de la Escritura y en el misterio de sus sentidos

espirituales. La ciencia espiritual se halla únicamente en aquellos que honran a Dios verdaderamente. No la tenía aquel pueblo a quien se dice: «Oye, pueblo necio, que no tienes corazón, que teniendo ojos no ves y teniendo oídos no oyes» 53. Y también: «Porque rechazaste la ciencia, te rechazaré yo a ti para que no ejerzas el sacerdocio» [54]. Y como quiera que en Cristo están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia ", ¿cómo creer que quien se desdeña de encontrar a Cristo o 117 blasfema de El con una lengua sacrílega una vez le ha encontrado, o que deshonra la fe católica *con* acciones impuras, haya alcanzado la ciencia verdadera? Porque: «El Espíritu de Dios aborrece la ficción y no habitará jamás en un cuerpo sometido al pecado» 56.

No hay otro camino para llegar a la ciencia espiritual que no sea el de conformarse con la orden expresada felizmente por uno de los profetas: «Sembrad—dice—en vosotros la justicia, cosechad la esperanza de vida, prended en vosotros la luz de la ciencia» 57. En primer lugar, es necesario que sembremos la semilla de la justicia, es decir, propagar en cierto modo nuestra perfección activa con obras de justicia. Luego, debemos cosechar la esperanza de la vida, o sea recoger los frutos de virtudes espirituales, descartando todo vicio carnal. De este modo podremos entender en nosotros la luz de la ciencia.

Tal es el orden que enseña también el salmista, al decir: «Bienaventurados los puros en el camino, que andan en la ley del Señor. Bienaventurados los que escudriñan sus preceptos» 58 No dice primero «Bienaventurados los que *escudriñan* sus preceptos», y después, «Bienaventurados los que son puros en el camino», sino en primer lugar «Bienaventurados los inmaculados 118 en el camino». Con ello muestra bien a las claras que no cabe sondear el fondo de la palabra divina si no es caminando antes y sin tacha por la senda de Cristo mediante la vida activa.

Los hombres de que tú hablas, Germán, no poseen, pues, esa ciencia que no puede alcanzar un corazón impuro, sino otra muy distinta, que podríamos llamar φευδωϖυμον *es* decir, una ciencia postiza o falsa que no merece ese nombre de ciencia, y de la cual dice el Apóstol: «Oh Ti-moteo, guarda el depósito de la fe, declinando las profanas novedades de las voces, y las oposiciones de la ciencia falsa» El griego dice: «Las contradicciones de la *mal llamada ciencia».*

Sobre esos que parecen haber adquirido un barniz de ciencia, o que, dándose con ardor a leer los libros sagrados y aprenderlos de memoria, no evitan los vicios de la carne, tienen los Proverbios esta expresión atinada: «Como un anillo de oro en la nariz de un puerco, así es la belleza de una mujer de mala vida» ". Así es en realidad. Porque, ¿de qué le sirve al hombre poseer las joyas de las palabras celestes y las bellezas sin precio de las Escrituras si se arrastra por el lodo con sus obras y sus pensamientos? ¿No parecerá que pisa una tierra inmunda y destroza esos tesoros y los conculca en el lodazal fangoso de las pasiones impuras? La ciencia se 119 ha dado, siempre a aquellos que saben usar bien de ella, no a los que la tratan de ese modo indigno. Esa ciencia se llena de las salpicaduras del fango que hay en ellos. Puesto que la alabanza no es bella si procede de la boca del pecador 61. Por eso Dios le dice por el profeta: « ¿Por qué

expones tú mis preceptos y tomas en tu boca mi alianza?» ". Y aún leemos en los Proverbios, a propósito de estas almas que no poseen en forma estable el temor de Dios: «El temor del Señor es la disciplina y la sabiduría» 63. Y, sin embargo, se esfuerzan, merced a una meditación continua, en penetrar el sentido de las Escrituras: «¿De qué le aprovecha al insensato poseer riquezas? El hombre sin inteligencia no podrá alcanzar la sabiduría» ".

La ciencia verdadera, la ciencia espiritual, dista tanto de esa erudición profana que se mancilla con la sordidez de los vicios de la carne, que la hemos visto aflorar maravillosamente en labios de hombres que carecían en absoluto del don de palabra y eran casi analfabetos. Y esto puede apreciarse con evidencia en los apóstoles y numerosos santos. No se deleitaban en la frondosidad de una palabrería inane, sino que, a semejanza de esos árboles que viven curvados por la abundancia de 120 sus frutos, rebosaban de la ciencia espiritual. De ellos se ha escrito en los Hechos de los Apóstoles: «Al ver la constancia de Pedro y de Juan y viendo que eran hombres sin letras y de humilde condición, se admiraban» 65.

Si, pues, deseas de corazón llegar a poseer ese perfume incorruptible, trabaja con todas tus fuerzas y toma a pechos tu vida espiritual para obtener del Señor la inmaculada castidad. Porque mal puede poseer la ciencia divina quien se deja dominar por sus pasiones y, sobre todo, por la impureza: «En el corazón bueno—dice la Escritura—descansará la sabiduría» 66, y: «Quien teme a Dios, hallará la ciencia junto con la justicia» 67.

El Apóstol nos enseña asimismo que para llegar a la posesión de esta ciencia hemos de observar el orden a que he aludido antes de ahora. Queriendo un día dar como un catálogo de sus virtudes y explicar a la vez la génesis y gradación de ellas, dijo, después de algunas palabras que omito: «En las vigilias, en los ayunos, en la castidad, en la ciencia, en la longanimidad, en la suavidad, en el Espíritu Santo, en la caridad no fingida» 68. Este modo de ir conjugando las virtudes unas con otras tiene por objeto enseñarnos 121 que de las vigilias y ayunos se va a la castidad, de la castidad a la ciencia, de la ciencia a la longanimidad, de la longanimidad a la bondad, de la bondad al Espíritu Santo, del Espíritu Santo al galardón de una caridad sincera.

Cuando, dócil a esta disciplina y a este orden, llegues a la ciencia espiritual, tu saber no será estéril y vano, sino lleno de vida y fértil en frutos. Esparcirás la semilla de la palabra de salvación en el corazón de los oyentes, y el rocío abundantísimo del Espíritu Santo vendrá a fecundarla. Según la promesa del profeta: «La lluvia caerá sobre tu semilla, dondequiera que hayas sembrado, y el pan que te darán los frutos de la tierra será ubérrimo y pingüe» ".

A QUIÉNES SE DEBEN REVELAR LOS SECRETOS DE LA VIDA PERFECTA

XVII. Llegará un día en que, no tanto por la lectura como por una laboriosa experiencia, poseerás la doctrina. Y, ya más avanzado en años, estarás en situación de enseñar a los otros. Guárdate entonces de dejarte seducir por la vanagloria y prodigar al azar tu saber a los hombres que no sean puros. Caerías en el escollo que previene Salomón:

«No hagas partícipe al malo de los *122* manjares del bueno, ni te engañe la saciedad del vientre» ".

Y es que «las delicias no convienen al necio» [71], «ni hace falta la sabiduría donde falta el juicio» 73; pues «el necio se deja llevar de la ignorancia, y el siervo endurecido no se enmienda con palabras. Si entiende lo que le dicen, rehúsa el cumplirlo» ". Y también: «No prediques al imprudente para que no se mofe de tus sabias palabras» 74. Asimismo, el Señor, en el Evangelio: «No deis lo santo a los perros, ni arrojéis a los puercos las piedras preciosas, no sea que las pisoteen con sus pies y os embistan a dentelladas» 75.

Es necesario, pues, ocultar a los hombres de esta laya los misterios de los sentidos espirituales de suerte que podáis cantar con verdad: «Escondí en mi corazón tus palabras, para no pecar contra ti» 76

Pero acaso me dirás: «¿A quién, pues, confiar los secretos de la Sagrada Escritura? Te contesta el sapientísimo Salomón, diciendo: «Dad embriaguez a aquellos que están en la tristeza, 123 dad de beber vino a los que están en el dolor, para que echen en olvida la pobreza y no se acuerden más de sus penas» ". Como si dijera: a aquellos a quienes el pesar de sus pecados pasados les tiene sumidos en la tristeza y desazón, derramad en su alma a manos llenas la alegría de la ciencia espiritual, cual si fuese un «vino que alegra el corazón humano» ". Infundid alientos en esos corazones apesadumbrados, inebriándolos con la palabra de salvación, no sea que, acosados por la mortal desesperación, sucumban a la excesiva tristeza ".

Mas de aquellos que viven en el tedio y la negligencia, sin tener en el corazón el más leve remordimiento, he aquí cómo habla la Escritura: «El que 3e da buena vida y no sabe de dolores, vivirá siempre en la indigencia» ".

Evita, pues, con todas tus fuerzas, esos tentáculos de la vanagloria, para que puedas compartir el elogio que dedica el profeta a aquel que «no dió su dinero en usura» ". Se ha dicho, en efecto, que todo el que por prurito de gloria humana da su dinero a interés, en lugar de merecer encomios, se acarreará suplicios. De esa palabra de Dios se ha dicho: «Castas son las palabras del Señor, son como plata acrisolada por el fuego, siete veces depurada del polvo de la tierra» 82. Quien procede, pues, con ese afán de gloria deleznable, es que prefiere disipar el dinero de su señor, para granjearse una ventaja temporal, más bien que el Señor perciba el interés, como está escrito 83.

DOS CAUSAS HACEN ESTÉRIL LA DOCTRINA ESPIRITUAL

XVIII. Dos causas tornan ineficaz la doctrina espiritual. Una de dos: o bien el que enseña no ha vivido lo que dice por experiencia, y entonces sus esfuerzos son nulos y sus palabras vacías de sentido; o bien es el auditorio quien es malo y adolece de vicios, en cuyo caso, por el endurecimiento de su corazón se mantiene hermético a la doctrina saludable del hombre espiritual. De ellos dice el Señor por el profeta: «Se ha obcecado el corazón de este pueblo, oyendo a disgusto la palabra de Dios. Cerraron sus ojos para

no ver con ellos, y sus oídos para no oír, y su corazón para no entender, y no pudieran convertirse y yo los sanara» 125

XIX. Mas la providencia de Dios, «que quiere que los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad» 85, permite en ocasiones, por su magnífica liberalidad, que incluso quien no se ha hecho digno de predicar el Evangelio por una vida irreprochable, obtenga la gracia de la ciencia espiritual para la salvación de muchos.

Esta nos induce a tratar en una nueva conferencia de los diversos modos con que el Señor concede el carisma de las curaciones para expulsar a los demonios. Pero ya es hora de levantarnos y tomar nuestra comida. Vamos a reservar para esta tarde el examen de esta cuestión. Es un hecho de experiencia que la mente asimila siempre mejor la que se le da paulatinamente y con pequeñas dosis, sin fatigar el cuerpo con un trabajo excesivo.

SEGUNDA CONFERENCIA DEL ABAD NESTEROS
DE LOS CARISMAS DIVINOS

Capítulos: I. Disertación del abad Nesteros sobre tres géneros de carismas.—II. En qué se debe admirar a les santos.—III. Resurrección de un muerto obrada por el abad Macario.—IV. Del milagro que obró el abad Abraham sobre los senos de una mujer.—V. Curación de un cojo obrada por el mismo abad.— VI. No hay que estimar el mérito de cada cual por los signos que obra—VII. Que la virtud de los que están adornados de carismas no consiste en obrar maravillas, sino en la humildad.—VIII. Que es más admirable ahuyentar los vicios del propio corazón que arrojar los demonios de un poseso.—IX. Cuánto aventaja una vida virtuosa a las obras prodigiosas. X. Revelación sobre la prueba de la castidad perfecta.

SOBRE TRES GÉNEROS DE CARISMAS

I. Concluida la sinaxis del atardecer, nos sentamos los dos, según costumbre entre los monjes, encima de esteras. Con espíritu atento aguardamos la conferencia que se nos había prometido. Por deferencia al anciano permanecimos por entonces en silencio. Luego tomó él la iniciativa y puso fin a nuestra reserva con estas palabras:

El orden de la conferencia precedente nos lleva como de la mano a examinar la razón de ser de los carismas espirituales. La tradición de los antiguos nos dice que es triple.

La causa primera del don de curación es el mérito de la santidad: por eso la gracia de los milagros acompaña a los elegidos y a los justos. Que los apóstoles, pongo por caso, y un gran número de santos han llevado a cabo señales 130 y prodigios, es un hecho incuestionable. Lo hacían por mandato del Señor, que les había dicho: «Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, sanad a los leprosos, lanzad a los demonios; gratis lo recibís, dadlo gratis» 1.

La segunda causa es la de la edificación de la Iglesia, y en

recompensa de la fe, ya sea de los que ofrecen a sus enfermos para ser curados, ya de éstos mismos.

'Pero esta virtud de curar se encuentra asimismo en los pecadores y en los indignos. De ellos habla el Señor en este pasaje del Evangelio: «Muchos me dirán en aquel día: ¡Señor, Señor!, ¿no profetizamos en tu nombre, y en nombre tuyo arrojamos los demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Yo entonces les diré: Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de iniquidad» 2.

Por el contrario, la falta de fe en los enfermos o en aquellos que los ofrecen es un obstáculo para quienes han recibido el don de curar y ejercer así su poder. El evangelista San Lucas dice a este respecto: «No podía Jesús hacer milagros entre ellos por amor de su incredulidad» [3]. Por donde el mismo Señor afirma en esta ocasión: «Muchos leprosos había en Israel 131 en tiempo del profeta Eliseo, y ninguno de ellos fué curado sino el sirio Naamán» 4.

El tercer género de curaciones son debidas a la astucia y artificios del maligno. Duele pensar cómo a veces son objeto de admiración los milagros obrados por quienes están sumergidos en el cieno de vicios manifiestos, creyéndoseles siervos de Dios. Son ardides de los espíritus del mal que les inducen a imitar incluso sus miserias. Esto da asimismo ancho margen a la crítica, y al propio tiempo queda desprestigiada la santidad de la religión. Y, cuanto menos, cabe esperar que incidirá en culpas más irreparables quien da crédito a los que con el corazón henchido de soberbia hacen gala de poseer el don de curación.

Todo esto explica por qué los demonios, al encontrarse con almas desprovistas de santidad y frutos espirituales, fingen pronunciar con terror sus nombres, cual si sus méritos fueran para ellos un infierno insoportable que les arroja de los cuerpos de sus posesos.

De ella escribe el Deuteronomio: «Si se alzare en medio de ti un profeta o un soñador que te anuncia una señal o un prodigio, aunque se cumpliere lo que te habló y te diga: vamos tras de otros dioses—dioses que tú no conoces—y sirvámosles, no escuches las palabras de ese profeta o de ese soñador porque os prueba el Señor, tu Dios, para saber si amáis al Señor, vuestro Dios, con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma» [5]. Igualmente se dice en el Evangelio: «Se levantarán falsos mesías y falsos profetas, y obrarán grandes señales y prodigios para inducir a error, si posible fuera, aun a los mismos elegidos»

II. Por lo mismo, no debemos admirar nunca a aquellos que se precian de obrar maravillas y adoptan por ello una actitud altanera, Lo que debemos considerar ante todo es si devienen más perfectos por la corrección de sus vicios y la enmienda de sus costumbres. Esto, lejos de concederlo Dios a unos por la fe de otros, o por causas ajenas a nosotros, es pura merced de la gracia que Dios dispensa a cada cual en razón del celo y fervor que les anima.

Esta es la ciencia actual o práctica que denomina el Apóstol con el nombre de caridad. San Pablo se vale de toda su autoridad apostólica para situar esta virtud sobre el don universal de las lenguas de los hombres y de los ángeles ', sobre esa plenitud de fe capaz de

trasladar las montañas, sobre toda ciencia v profecía, sobre la renuncia a todos nuestros bienes, e incluso sobre la gloria del martirio. Después de enumerar los distintos géneros *de* carismas: «A uno le es dada por el Espíritu la palabra de sabiduría, a otro la palabra de ciencia, a éste fe, a aquél el don de curaciones, a otro operaciones de milagros», etc., aborda el tema de la caridad. Con una sola frase veréis que la coloca por encima de todos los demás carismas: «Pero quiero mostraron— afirma un camino mejor» 8.

Lo que demuestra con evidencia que la suma de la perfección y la felicidad no estriban en obrar esas maravillas, sino en la pureza de la caridad. Y no sin razón: porque mientras aquéllas están condenadas a desaparecer, ésta permanece para siempre. He ahí por qué nuestros padres no aspiraron nunca a hacer semejantes prodigios. En esto adoptaron siempre una conducta opuesta: datados muchas veces de este poder por gracia del Espíritu Santo, sólo lo ejercían cuando se veían apremiados por una necesidad ineludible.

RESURRECCIÓN DE UN MUERTO OBRADA POR EL ABAD MACARIO

III. Recuerdo que fue así como el abad Macario [291][9], el primero que habitó en el desierto de 134 Escete, obró el milagro de la resurrección de un muerto.

Un hereje—secuaz del traidor Eunomio 10— se esforzaba por socavar la fe católica con los sutiles sofismas de la dialéctica. Había seducido ya a una gran multitud. Muchos católicos, a quienes [292]conmovía en lo más hondo esta desdicha, solicitaban con empeño que se pusiera coto infle-xible a la acción subversiva del sectario. El santo abad Macario creyóse en el deber de intervenir, librando la fe sencilla de los egipcios del inevitable naufragio que la amenazaba.

Al llegar éste, el hereje le presentó batalla usando de argumentos dialécticos. Sabiéndose vencedor de la simplicidad e ignorancia del monje, pretendía arrollarle en la enmarañada selva del aristotelismo. Pero el santo abad Macario puso fin a su verbosidad con una concisión verdaderamente apostólica: «El reino de Dios—dijo---no está en palabras, sino en realidades» 11. Vamos, pues, a donde están las tumbas de los muertos, e invoquemos el nombre del Señor sobre el primer cadáver que encontremos a nuestro paso. Demos así cumplimiento a lo que está escrito, mostrando nuestra fe por las obras [12]. El testimonio divino declarará dónde están los indicios de la verdadera fe.

---

[291] Sozomeno. en Hl, 14, y Paladio, en el c. xvii de su *Historia Lausiaca,* mencionan este milagro. Rufino, en la *Hist. Monach,* C. XXVIII, hace también mención de él con profusión de detalles y ciertas variantes accesorias

[292] 10 Fué Eunomio acérrimo defensor de la herejía arriana. Utilizaba, para propugnar sus errores, las argucias dialécticas; de ahí que Casiano aluda a las «espinas aristotélicas».

No será ya por medio de vanas disputas ni hueras palabras que pondremos de manifiesto la verdad, sino por el poder de los milagros y por el juicio de Aquel en quien no cabe error. El hereje, al oír esto, se sintió desfallecer ante la perspectiva de tener que darse por vencido en presencia del pueblo que le rodeaba. Fingió al momento aceptar la condición que se le proponía, y prometió que al día siguiente estaría allí.

A la mañana siguiente, una gran muchedumbre, ávida de contemplar el espectáculo, se encaminó presurosa al lugar designado de antemano. En vano se esperó al hereje. Este, consciente de su infidelidad, y temeroso de su fracaso, había emprendido la fuga, abandonando Egipto apresuradamente. Le esperaron hasta las tres de la tarde con todo el pueblo. Macario adivinó que, convencido de su mala conciencia, había el sectario desistido de acudir a la cita. Llevándose entonces consigo a toda la multitud que aquél había inducido a error, se dirigió al lugar donde estaban las tumbas.

Les egipcios debieron adoptar, a consecuencia de las inundaciones del Nilo, una costumbre, todavía hoy en vigor. Durante una buena parte del año el país está cubierto en toda su extensión por el desbordamiento regular de las aguas. Semeja un mar inmenso, y no hay otro medio de circular de una a otra parte que echando mano de embarcaciones. Por eso los muertos, una vez embalsamados con aromas y perfumes concentrados, son exhumados en nichos o celdillas que están más elevadas que la superficie del suelo. La tierra, continuamente saturada de agua, no puede albergar cuerpo alguno, y, caso de que se pretenda cavarla para depositar algún cadáver, no tarda éste en emerger a la superficie, quedando a flote sobre las aguas.

Pues bien: una vez llegados al lugar de referencia, el venerable Macario se detuvo cerca de uno de los sepulcros más antiguos, y exclamó: «Dime, hombre: si este hereje, hijo de perdición, hubiese venido aquí conmigo, y en su presencia, invocando el nombre de Cristo, mi Dios, yo te hubiese llamado, ¿te hubieras levantado delante de esta multitud que aquel impostor intentaba arrastrar a la perdición?» El muerto, incorporándose, respondió afirmativamente.

A continuación, el abad Macario le preguntó qué profesión había ejercido durante su vida y si había conocido el nombre de Cristo. A lo que respondió él que había vivido bajo las dinastías de los más antiguos reyes, y que en aquella época no había oído hablar del nombre de Cristo. «Duerme en paz—repuso Macario—. Y espera a que Cristo, al fin de los tiempos, te resucite con los demás.»

Como se ve, esta gracia carismática y este poder sin igual hubieran tal vez permanecido ocultos—por lo menos, en cuanto dependía de él—, si la necesidad y peligro de toda una región y su acendrado celo y amor al Señor no le hubieran forzado a obrar semejante milagro. Porque no cabe dudar que no lo hizo por ostentación ni por vanagloria, sino por la caridad de Cristo y el bien e interés de todo un pueblo.

Algo parecido realizó el profeta Elías, como leemos en el libro de los Reyes. Hizo que descendiera fuego del cielo sobre las víctimas colocadas en la hoguera, sólo con intención de salvar la fe del pueblo, que

periclitaba ante los artificios de falsos profetas.

MILAGRO DEL ABAD ABRAHAM SOBRE EL SENO DE UNA MUJER

IV. ¿A qué recordar aún las grandes gestas llevadas a cabo por el abad Abraham, a quien por la simplicidad que irradiaba su vida y por su inocencia, llamaban comúnmente απλουφ, es decir, «el simple».

En cierta ocasión había abandonado el desierto con objeto de segar las mieses en Egipto, durante los días de Pentecostés [293]13. Por el camino, una mujer se acercó a él, llena de congoja, **ase**diándole con ruegos y lágrimas. Llevaba en sus brazos a su pequeño, medio desfallecido y casi exánime, por falta de leche con que alimentarlo. El abad acabó por darle a beber a ella un vaso de agua sobre el cual había trazado la señal de la cruz. Aún no lo había bebido la madre del todo, cuando las ubres secas empezaron a llenarse maravillosamente de leche que destilaba va abundante de su pecho.

V. El mismo abad se encaminaba en otra coyuntura a cierto caserío, cuando, de pronto, le salió al encuentro una turba de gente que le rodeó con ánimo de mofarse de él y ridiculizarle. Chanceándose, le mostraron a un hombre tullido. Una de sus rodillas, contraída por completo, le hacía imposible, desde hacía muchos años, el uso de sus piernas, obligándole a arrastrarse a duras penas. «Abad Abraham—le decían para tentarle—, si tú eres servidor de Dios, demuéstralo y devuelve a este hombre su salud, para que creamos que el nombre de Cristo, a quien adoras, no es un nombre vano.» Al punto invoca el nombre del Señor, se inclina delante del paciente y, tomando el pie seco, lo distiende, accionando vivamente con él. Al contacto de su mano, la rodilla seca y curva se endereza inmediatamente; el enfermo recobra el uso de sus piernas, que había perdido hacía tiempo, y se va rebosante de alegría. 139

VI. Estos santos varones no se atribuían absolutamente nada del poder que tenían al obrar tales maravillas. Reconocían paladinamente que no se les debían en modo alguno por sus méritos, sino que todo debía atribuirse a la misericordia de Dios. A la gloria y admiración humanas que les granjeaban sus milagros oponían estas palabras tomadas del Apóstol: «Varones israelitas, ¿qué os admiráis de esto o qué nos miráis a nosotros, como si por nuestro propio poder o por nuestra piedad hubiéramos hecho andar a éste?» 14

A su juicio, nadie debía ser alabado por los dones y maravillas de Dios, sino más bien por los frutos de las virtudes que se recogen no sin el trabajo de la mente y el esfuerzo de las buenas obras. A menudo, sin embargo, como queda dicho, acontece que hombres corrompidos en el espíritu y sospechosos en la fe lanzan a los demonios y obran los más estupendos prodigios en el nombre del Señor.

---

[293] 13 Pentecostés equivale a la palabra latina quincuagésima, y designaba entre los antiguos los cincuenta días que van desde Pascua a Pentecostés, comprendiendo ambas solemnidades y formando una sola

De ello se lamentaban los apóstoles en cierta ocasión al Señor, diciéndole: «Maestro, hemos visto a uno echar lo demonios en tu nombre y se lo hemos estorbado, porque no era de nuestra compañía» 15. Pero Cristo les respondió: «No sea estorbéis, pues el que no está contra vos-, otros está con vosotros» 16. No obstante, al fin 140 de los tiempos, cuando ellos exclamarán: «¡Señor, Señor!, ¿no profetizamos en tu nombre, y en nombre tuyo arrojamos los demonios, y en tu nombre hicimos muchas milagros?» 17 El les responderá: «Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de iniquidad» ". Y el Señor advierte también a aquellos a quienes ha adornado con semejantes carismas que no deben ensoberbecerse: «No os alegréis de que los espíritus os estén sometidos; alegraos más bien de que vuestros nombres están escritos en los cielos» ".

VII. El mismo autor de ostentas y milagros encarece a sus discípulos a seguir en esto su doctrina. Quiere manifestar a sus discípulos más fieles—escogidos entre muchos—lo que deben aprender de él sobre todo. «Venid y aprended de mí» ", les dice. Pero no a lanzar a los demonios por el poder recibido del cielo, ni a curar a los leprosos, ni a devolver la luz a los ciegos, ni a resucitar a los muertos. Porque, aun cuando obro todas estas cosas por medio de algunos de mis siervos, la humana condición no puede compartir las alabanzas debidas a sólo Dios. El ministro y el esclavo no pueden atribuirse la más **141** mínima fracción de gloria, que es sólo privativa de la divinidad.

Mas vosotros «aprended de mí» esto: «Que soy manso y humilde de corazón» ". He aquí lo que a todos es posible aprender y practicar. Obrar signos y prodigios no es siempre necesario ni mucho menos útil a la mayoría, y por lo mismo no se concede tampoco de una manera universal

La humildad, por consiguiente, maestra de todas las virtudes, es, a la par, el fundamento inconmovible del edificio sobrenatural, el don por antonomasia y la gracia más excelsa del Salvador. Quien se proponga imitar la mansedumbre del Señor, mas no en la sublimidad de sus portentos, sino en la paciencia y humildad, éste tal podrá llevar a cabo sin peligro de altivez todos los milagros que Cristo ha realizado a lo largo de su vida. Y al contraria: quien arde en deseos de imperar a los espíritus, devolver la salud a los enfermos y captarse la admiración de las gentes gracias a sus obras extraordinarias, por más que invoque el nombre de Cristo con ostentación, siempre será ajeno a Cristo, ya que su alma orgullosa no sigue las enseñanzas y las huellas del Maestro de humildad.

Cristo, antes de subir al Padre, hizo, por así decirlo, una especie de testamento, dejando a sus discípulos este legado: «Un precepto nuevo os doy: que os améis los unos a los otros, como yo os he amado; así también amaos mutuamente» 22. Y añade en seguida: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis caridad unos para con otros» ". No dice: Si hacéis prodigios y milagros. Antes bien: «Si os tenéis mutua dilección.» Y este amor, desde luego, no puede conservarlo sino el que es manso y humilde.

Consiguientemente, nuestros mayores nunca consideraron como monjes perfectos y exentos de la vanidad a los que blasonan de ser exorcistas, y procuran con petulancia divulgar entre la turba de admiradores la

gracia que han merecido o se han arrogado.

Todo en vano. Pues «quien se apoya en mentiras, ese tal se alimenta del viento, y corre neciamente tras las aves que vuelan» 24. No admite duda que les sucederá lo que se anuncia en los Proverbios: «Nube y viento sin lluvia es el hombre que se jacta de vana liberalidad» 25. Por donde, si alguien se nos presenta con objeto de realizar tales maravillas, lo que debe merecernos la estimación del autor no es el prodigio en sí, sino únicamente la santidad de su vida. No debemos indagar si le están sujetos los espíritus, sino si posee la caridad en sus diversas manifestaciones, tal como nos la describe San Pablo 26.

QUE ES MÁS ADMIRABLE DESARRAIGAR LOS VICIOS DEL PROPIO CORAZÓN

VIII. Y en verdad que es mayor prodigio extirpar de la propia carne los retoños de la lujuria que lanzar de un poseso los espíritus inmundos que le atenazan. Es un signo' más excelente y magnífico coartar por la virtud de la paciencia los movimientos de la ira que imperar a las potestades de los aires. Es más difícil alejar del propio corazón las mordeduras de la tristeza que nos devora que expeler las enfermedades y fiebres corpóreas que aquejan a los demás. En fin, es por muchas razones una virtud más noble y de mayores quilates curar los desmayos del alma que las debilidades físicas de nuestros semejantes. Y es que cuanto más el alma se eleva sobre la carne, tanto más preciosa es su curación, y cuanto es ella de más excelente v superior naturaleza, tanto más funesta y deplorable es su ruina.

IX. Con respecto a las curaciones que afectan al organismo, se ha dicho a los apóstoles: «No os alegréis porque los demonios se os sometan» ". Puesto que no era su poder personal la causa de estos prodigios, sino la virtud del nombre a quien invocaban. Y he aquí por qué el Señor les amonesta a no reivindicar felicidad ni gloria por lo que es sólo producto de la potencia y virtud de Dios. Únicamente pueden aspirar a ellas apoyándose en la pureza íntima de su vida y de su corazón, que les merece tener sus nombres escritos en el cielo.

X. Y para refrendar con el testimonio de los ancianos y los divinos oráculos cuanto acabo de deciros, veamos lo que nos dicen nuestros mayores. He aquí lo que opinaba el abad Pafnucio, o mejor, lo que se le manifestó por la revelación de un ángel, acerca de los prodigios que solicitan la admiración de los hombres y sobre el don de la pureza. Digámoslo con sus mismas palabras y experiencias.

Este hombre venerable, después de vivir largos años en una gran austeridad de vida, creyóse libre ya de todos los asaltos de la concupiscencia. Habiendo resistido largo tiempo los embates del enemigo, tenía conciencia de haberlos superado todos.

Mas un día acertaron a visitarle ciertos huéspedes, y mientras les aderezaba un plato de lentejas—que ellos llaman «atera»—, una llama furtiva se escapó por una rendija del hornillo, al acercarse, y le quemó la mano. Este incidente causó en él una tristeza profunda, diciéndose para sus adentros: «¿Por qué el fuego no ha de estar en

paz conmigo, cuando han cesado los combates mucho más terribles para mí de los espíritus? Si esta llama exigua y pasajera no me ha perdonado, ¿cómo en el día temible del juicio, al penetrarme el fuego inextinguible que prueba el mérito de cada cual podré sustraerme a su acción devoradora?»

Agitado por tales pensamientos y lleno de pesadumbre, quedó de pronto sumido en un sueño, y apareciéndosele un ángel del Señor, le dijo: «¿Por qué te entristeces, Pafnucio? ¿Por qué te asombra que este fuego de la tierra no esté en paz contigo, cuando queda aún en tus miembros otro fuego, el lastre de la concupiscencia que no has logrado todavía apagar? Mientras estas raíces de liviandad vivan en tu carne, no cabe esperar que el fuego material se muestre benigno contigo. Solamente estarás inmunizado contra él cuando hayas dejado de sentir los movimientos subversivos de tu corazón. Y ésta será la señal clara y evidente de ello: si en presencia de una doncella hermosísima, despojada de sus vestidos, tu corazón parda inalterable su tranquilidad, entonces efectivamente esta llama visible te será tan suave cuanto inofensiva como lo fue a les tres jóvenes en el horno de Babilonia.»

Esta revelación impresionó vivamente al anciano. No intentó, por supuesto, ensayar lo que se le había dicho de parte de Dios. Se limitó a interrogar a su conciencia y examinar la pureza de su corazón. Consecuencia: se dio perfecta cuenta de que su castidad no podría resistir a una prueba semejante. «No es de admirar—se decía—que, incluso después de haber visto que el enemigo cejaba en su lucha contra mí, experimente yo la quemadura del fuego que yo consideraba menos terrible que los asaltos de aquél. Realmente, es una virtud más excelsa y una gracia más sublime extinguir en sí el fuego de la carne que sujetar con el signo de la cruz y el poder del Altísimo los espíritus malignos que nos acosan o lanzarlos del cuerpo de los posesos invocando el nombre de Dios

Hasta aquí el abad Nesteros. Así había terminado su exposición sobre la verdadera operación de los carismas. Luego, prosiguiendo las enseñanzas de su doctrina, nos acompañó hasta la celda del abad José, distante de la suya unas seis millas.

XVI
PRIMERA CONFERENCIA DEL ABAD JOSE DE LA AMISTAD

Capítulos: I. De lo primero que nos preguntó el abad José.—II. Exposición del anciano sobre las amistades inestables.—III. Cuál es el origen de la amistad indisoluble.—IV. Si debe realizarse una obra útil, aun cuando se oponga el deseo de nuestro hermano.—V. La amistad constante no podrá coexistir sino entre los perfectos.—VI. Por qué medios puede conservarse inviolable la amistad.—VII. Que nada debe anteponerse a la caridad, ni nada posponerse a la ira.—VIII. Causas de las disensiones entre los espirituales.—IX. Que es preciso eliminar, al igual que las otras, las causas espirituales de discordia.--X, De la mejor manera de examinar la verdad.—XI. Imposible que quien se fía del propio juicio no sea engañado

con las ilusiones del diablo. XII. Por qué no debemos menospreciar a los inferiores en las conferencias espirituales.—XIII. Que la caridad no e′ sólo cosa de Dios, sino el mismo Dios.—XIV. De los grados de caridad.—XV. De aquellos que con disimulo avivan su propia ira o la de sus hermanes,—XVI. Que el Señor rechaza las oraciones de aquel contra el cual está enojado su hermano.—XVII. De los que juzgan que deben mostrarse más pacientes con los seglares que con sus hermanos.—XVIII, De quienes afectando una paciencia mentirosa, excitan a sus hermanos a la ira con su silencio.—XIX. De los que ayunan porque están enojados.—XX. De la falsa paciencia de quienes, abofeteados, ofrecen la otra mejilla.—XXI. Cómo es posible que, obedeciendo a los mandamientos de Cristo, no alcancemos la **perfec**ción.—XXII. Cristo no sólo mira la obra en sí, 148 sino la voluntad del que la hace.—XXIII. Que el saber plegarse a la voluntad de otro es indicio de fortaleza y personalidad.—XXIV. Que los débiles, con ser ofensores, no pueden ellos mismos soportar las ofensas.—XXV. ¿Cabe atribuir la cualidad de fuerte a aquel que no sabe soportar al débil hasta el fin?—XXVI. Que en realidad es el débil quien se opone a que le sufran los otros.— XXVII. Del modo de sofocar la ira.—XXVIII. Las amistades que estriban en un juramento no pueden tener firmeza alguna.

PRIMERAS IMPRESIONES CAMBIADAS CON EL ABAD JOSÉ

I. El santo abad José, cuyas enseñanzas y preceptos debo exponer ahora, era uno de los tres ancianos de quienes hice mención en la primera conferencia

Era oriundo de una esclarecida familia y hombre distinguido en su ciudad natal, que se llama Thmuis, en Egipto. Había aprendido a hablar con suma corrección no sólo la lengua de su país, silbo también el griego. De suerte que, en compañía de gentes que, como nosotros, ignorábamos en absoluto el capto, podía expresarse con mucha elegancia, sin verse obligado a recurrir, como los otros, a un intérprete.

Habiendo conocido nuestro deseo de escuchar sus lecciones, nos preguntó, ante todo, si éramos hermanos. Al saber que lo éramos, en efecto, aunque no de nacimiento, sino según el espíritu, y que desde el origen de nuestra conversión nos había unido una inseparable sociedad, tanto durante el viaje que habíamos emprendido para formarnos en la milicia espiritual, como en los santos ejercicios del monasterio, empezó así:

II. Existen entre los hombres muchos géneros de consorcio y amistad, como diversas son las relaciones que el amor engendra en ellos.

Para algunos, una recomendación previa ha sido la causa de que se pusieran en contacto; luego, ese conocimiento mutuo les ha hecho entablar comercio de amistad. Algunos han llegado a intimar con *ocasión* de algún contrato o convenio estipulado entre sí. Otros han trabado relaciones a causa de la afinidad y semejanza en los mismos negocios, en el servicio en el estudio o en una idéntica profesión. Esto es lo que les ha hecho solidarios en sus empresas *e* intereses. Ahora bien, esta solidaridad es capaz de poner tanta dulzura en los corazones más salvajes, que incluso aquellos que en las selvas y en los bosques se dedican al pillaje y ahogan en sangre su furor, amparan y

estiman a los cómplices de sus crímenes.

Hay todavía otra suerte de caridad nacida del instinto de la naturaleza y de la ley misma de 151 la sangre. Por ella prefiere el hombre naturalmente a todos los de su raza, a su esposo, a su esposa, a su padre, a su madre, a sus hermanos, a sus hijos. No' se encuentra únicamente entre los humanos, sino también entre las aves del cielo, en los pájaros y en general en todos los seres vivos. La afección natural les empuja a guarecerse y defender a sus hijitos, poniéndose en trance de muerte para librarlos de sus enemigos

Las mismas especies de animales salvajes, reptiles o aves de rapiña, a quienes su ferocidad o su mortal veneno separa y mantiene alejados de todos los animales—tales como el basilisco, el rinoceronte y el grifo—, y cuya sola vista, como dicen, constituye un daño para todos, no dejan de vivir constantemente en paz los unos con los otros, en razón precisamente de su comunidad de origen *y* de la atracción natural que deriva de ella.

Mas todas estas afecciones, que vemos son patrimonio común de buenos y malos, de los animales salvajes y de las serpientes, no pueden permanecer constantes hasta el fin. A menudo se anulan por la distancia, el tiempo, la conclusión de un acuerdo verbal, la solución de un *nego*cio o simplemente por una cuestión de conveniencias. Estas amistades, nacidas de lazos diversos que crean el afán de lucro, o también la pasión, la sangre o relaciones sociales de toda suerte, se deshacen también a la primera ocasión.

CAUSA Y ORIGEN DE LA VERDADERA AMISTAD

III. Entre todos estos géneros de amistad, sólo hay uno que sea firme y estable. El que tiene corno razón última no el favor que concilia una recomendación, ni el valor de los servicios prestados u de los beneficios recibidos, ni cierto contrato u obligaciones de parentesco, sino la sola semejanza de las mismas virtudes. Esta es, digo, la amistad que no puede romper ningún accidente ni destruir el tiempo y el espacio. Esta es la que ni siquiera puede borrar la misma muerte. Tal es la verdadera e indisoluble dilección que crece en razón directa de la perfección y virtud de entrambos amigos. Su nudo, una vez se ha formado, no se deshace ni por antagonismos humanos, ni por la lucha de voluntades divergentes. Hay más. Hemos conocido a muchos en nuestra profesión monástica, que, tras de haber estado unidos, por amor a Cristo, con la más cálida amistad, no siempre pudieron conservarla intacta. El origen de su unión era bueno. Mas no se aplicaron con igual ardor a mantener uno y otro el propósito que habían abrazado. Su afección era de aquellas que no duran más que un tiempo efímero, por cuanto no se alimenta de una virtud pareja por ambas partes, sino que se sostiene por un esfuerzo unilateral, es decir, por la paciencia de uno solo.

Tal sociedad, por magnánimos e infatigables que seamos en conservarla, queda desarticulada y como condenada al fracaso, por la pusilanimidad de nuestro amigo. Y es que las imperfecciones de aquellos que caminan con tibieza a la perfección, por más que las sufran los fuertes y tolerantes, los mismos imperfectos no pueden soportarlas. Mejor dicho, no

pueden sufrir que les sufran. Viven en su, corazón y están como connaturalizadas con ellos las causas de sus enojos; por eso no les dejan vivir en paz y armonía. Les sucede lo que a los enfermos. Imputan a negligencia de los cocineros o de sus domésticos las repugnancias de su estómago enfermizo. Y por mucho que se esmere uno en atenderles, no dejan de hacer responsables a los sanos de su abatimiento morboso, sin percatarse de que éste se encuentra en sí mismos y responde al estado anormal de su salud quebrantada.

Por tal razón, como decíamos, el lazo de una amistad fiel y constante sólo puede darse en la semejanza y paridad de la virtud. Porque: «El Señor hace habitar en la misma morada a los que son unánimes en sus costumbres» [2]. La dilección no puede subsistir sino entre aquellos que tienen un mismo propósito, una misma voluntad; y están de acuerdo en el sí y el no [3]de sus juicios y opiniones.

Si deseáis también vosotros guardar sin ruptura vuestra amistad, procurad extirpar vuestros vicios y mortificar la voluntad propia. Así, siendo unánimes en vuestro propósito, no teniendo más que una sola ambición, un solo ideal común a los dos, podréis cumplir con celo el oráculo que colmaba de delicias el alma del profeta: «¡Ved cuán bueno y deleitoso es habitar los hermanos formando una misma cosa!» 4Y esto no hay que entenderlo literalmente, sino de una manera espiritual. Poco importa, en efecto, que cohabiten bajo un mismo techo personas de costumbres y temperamentos distintos. Ni contribuye tampoco a la verdadera amistad, que estriba en la igualdad de virtudes, el hallarse alejados por la distancia. Porque ante Dios lo que nos une en realidad y nos hace amigos es la unión y compenetración de los corazones, no precisamente la convivencia en la misma morada. Por ende, jamás podrá existir verdadera armonía donde impera la discrepancia de voluntades.

SÓLO ENTRE LOS PERFECTOS ES POSIBLE UNA AMISTAD SIN SOLUCIÓN DE CONTINUIDAD

IV. GERMÁN. Entonces, según eso, si uno quiere hacer algo que juzga saludable y conducente al servicio de Dios, y el amigo no da su consentimiento para ello, ¿deberá realizar esa obra contra su deseo, o dejarla sin efecto para darle gusto?

V. JOSÉ. He aquí precisamente par qué he dicho que la gracia de la amistad no podrá perseverar llena y perfecta sino entre los perfectos en quienes se aprecia una virtud igual. Porque una misma voluntad, un ideal común no consiente que haya en ellos—o si se da, será un caso esporádico—puntos de vista distintos ni mucho menos desacuerdo en aquello que mira al progreso de la vida espiritual. Si empiezan a acalorarse en vivas disputas, ello es claro indicio de que sus corazones no estuvieron jamás unidos según la regla de la amistad que hemos expuesto.

Pero nadie empieza por la perfección. Debe antes poner el fundamento de ella. Vosotros mismos no intentáis saber cuál es su grandeza, sino el medio de llegar a ella. Creo, pues, necesario daros a conocer previamente una guía y trazar un sendero por donde encaminar vuestros pasos, para que podáis obtener fácilmente el bien de la paciencia y de la paz.

VI. El primer fundamento de la amistad verdadera es el menosprecio de los bienes de este mundo y el desdén por cuanto tenemos. Sería una injusticia incalificable, un ultraje a cuanto hay de más sagrado en muestra vida, haber renunciado a las vanidades de este siglo y de todo cuanto encierra, y preferir un vil instrumento que nos queda, al amor tan precioso de nuestros semejantes.

Conviene en segundo lugar que cada uno crucifique su voluntad propia, por temor a que, juzgándose más sabio y más hábil, siga los impulsos de su propio corazón, con preferencia al sentir de sus semejantes.

El tercer procedimiento consiste en persuadirse de que todo, incluso lo que se estima como verdaderamente útil, debe relegarse a segundo término ante **el** bien de la paz y de la caridad.

El cuarto medio consiste en persuadirse de que no está permitido encolerizarse bajo ningún pretexto.

En quinto lugar, es menester endulzar la ira que nuestro hermano haya concebido contra nosotros—aun sin motivo—, como si fuese nuestra. En la seguridad de que padecemos el mismo perjuicio de la tristeza ajena si estamos enardecidos nosotros mismos, a menos que intentemos en lo posible desterrarla de su alma.

El último procedimiento, que constituye, a no dudarlo, el exterminio total de los vicios, consiste en pensar que podemos sin duda salir cualquier día de este mundo. Esta persuasión no permitirá que quede en nuestro corazón una sombra de tristeza. Más aún, sofocará por sí sola todos los movimientos de los vicios y de las concupiscencias.

Quien se atenga firmemente a estos principios, es imposible que sienta en sí mismo o cause en los otros la amargura de la ira y de la discordia.

Mas si, por el contrario, se torna negligente, el 157 maligno—que es enemigo de la caridad—sembrará in[s]ensiblemente en el corazón de los amigos la cizaña de la tristeza. Disputa tras disputa, la dilección, por una consecuencia necesaria, se irá enfriando paulatinamente y por grados. Tanto, que al fin la desvinculación se hará completa entre los corazones que estaban ya llagados desde hacía tiempo.

Acontece lo contrario a aquel que camina por la senda que hemos trazado.

¿Cómo podrá malquistarse con su hermano quien no reivindica nada como propio? De este modo corta la raíz primera de los conflictos que nacen habitualmente de pequeñeces, por ejemplo, sobre la posesión de objetos baladíes. Con toda su alma observa lo que leemos en los Hechos de los Apóstoles sobre la unidad que reinaba entre los fieles: «La muchedumbre de los que habían creído tenía un solo corazón y un alma sola, y ninguno estimaba como propia cosa alguna, antes todo lo tenían en común» 5.

Y ¿cómo producirá semillas de desunión? Esclavo como **es,** no de su voluntad propia,

de la de sus hermanos, se hace imitador de su Señor y Creador quien, hablando en nombre de la humanidad que había asumido, decía: «No vine a hacer mi voluntad, sino la de Aquel que me envió» 6.

¿Cómo podrá encender la tea de la discordia? Cuando se trata de su modo de ver y de sentir, no se fía tanto de su propio juicio cuanto de la apreciación de su hermano. Y haciendo de esta ley norma de su vida, se le ve aprobar o desaprobar sus propias ideas, mostrando en la humildad de su corazón una expresión acabada de esta palabra del Evangelio: «Mas no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú» 7.

No se permitirá la menor cosa que pueda afligir o contristar a su hermano quien juzga que nada hay más precioso que el bien de la paz. Por eso no echa nunca en olvido esta sentencia del Señor: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros» 8. Este es el amor que Cristo ha querido tuvieran sus ovejas, como una señal inconfundible por la que se les reconoce en este mundo, o como una impronta que los caracteriza y distingue del resto de los hombres.

¿Cómo es posible que la tristeza haga mella en su corazón o penetre en el de su hermano? A sus ojos es un principio sin apelación que no pueden asistirle causas justas a la pasión de la ira, siendo como es de suyo perniciosa e ilícita. Y comprende además que le es tan imposible orar, estando su hermano irritado contra él, como estándolo él contra su hermano. A todas horas 159 guarda en su corazón humilde el recuerdo de esta palabra del divino Salvador: «Si presentas una ofrenda ante el altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano, y luego vuelva, a presentar tu ofrenda» 9.

No basta con decir que no estáis enojados y que habéis cumplido aquel precepto que dice: «No se ponga el sol sobre vuestra iracundia» ", y: «Quien se irrita contra su hermano reo será de juicio» 11. Mal podréis hablar así, si menospreciáis con un corazón altanero y duro la tristeza de vuestro prójimo, supuesto que con vuestra mansedumbre hubierais podido calmarle.

Puesto que el que ha dicho que no debes airarte contra tu hermano, ha dicho también que no debes menospreciar su tristeza, viendo indiferente su aflicción. Que te pierdas a ti mismo o a otro, en esto no hay diferencia alguna a los ojos de Dios, «que [q]uiere que todos los hombres se salven» El mismo sentimiento tiene Dios de la pérdida del uno que del otro. De modo parecido, para Satanás, que quiere que todos se condenen, tanta ganancia es ver a uno víctima de la muerte eterna que a otro. 116

En fin, ¿cómo podrá guardar contra su hermano la más leve animosidad quien considera que puede cada día, e incluso en un momento dado, dejar esta vida?

VII. Así, pues, si nada debe proferirse a la caridad, nada tampoco debe estimarse como más pernicioso que la indignación y la ira. Se debe sacrificar todo, aun cuando parezca útil y necesario, con tal de evitar la pasión de la cólera. Y arrastrarlo todo, todo soportarlo, hasta lo que pasa por adverso, a trueque de guardar ilesa la tranquilidad de la dilección y de la paz. Porque nada hay más perjudicial que el encono y la tristeza, nada más provechoso que el amor.

CAUSAS DE DISENSIÓN ENTRE LOS ESPIRITUALES

VIII. Entre los monjes que son aún poco aprovechados y frágiles, siembra el demonio la malquerencia y la desunión por cosas viles y de escasa monta. Mas entre los espirituales hace nacer la discordia por antagonismos o diversidad de pareceres. Tal es, sin duda, el frecuente origen de contiendas y rencillas que condena el Apóstol [13]. De éstas el enemigo envidioso y mendaz toma pie para ocasionar la escisión entre hermanos que tenían hasta entonces una sola alma y un solo corazón. Y es que encierra una verdad de gran alcance la palabra del sapientísimo Salomón, que dice: «El odio enciende las contiendas, mientras que el amor protege la amistad» 14.

IX. Por lo mismo, de nada serviría, para conservar una eterna e indivisible caridad, eliminar la primera causa de la desavenencia, que proviene en general de cosas caducas y terrenas, [y] menospreciar lo que es carnal, prefiriendo indiferentemente a todos el uso común de nuestros objetos. Es preciso también soslayar la segunda, que surge de la divergencia de opiniones, haciendo lo posible por adquirir en todo, con la humildad de espíritu, una voluntad que esté en consonancia con la de los otros.

X. Recuerdo que, cuando joven, mi corta edad [y] experiencia me obligaron a buscar el consorcio de los hombres. Me sucedió con frecuencia que tal o cual opinión me parecía cierta e inconcusa, sobre todo en materia de moral o de Sagrada Escritura. Tanto que nada se me antojaba tan justo y razonable que aquello. Mas, cuando luego, reunidos todos, empezábamos a expresar nuestro parecer, sometiéndolo al criterio de los demás, ocurría que lo que yo tenía por cierto me lo reprochaban otros como falso, y en ocasiones se condenaban incluso mis puntos de vista como positivamente malos y tendenciosos. Y, no obstante, 163 me parecía que tales opiniones brillaban como la luz cuando el demonio me las inspiraba. Y hubieran fácilmente engendrado antagonismos, si el dictamen de les monjes más ancianos—cuyas decisiones venerábamos como un oráculo—no nos hubieran puesto en guardia contra toda porfía. Prescribieron, en efecto, sancionándola como una ley de vida, que nadie se debía fiar más de su juicio que del de su hermano, a menos que quisiera ser víctima, a la corta o a la larga, del engaño del enemigo.

XI. No pocas veces hemos palpado la verdad de lo que dice el Apóstol: «Satanás se transfigura en ángel de luz» ", a fin de extender las tinieblas oscuras y nefastas del error, en lugar de proyectar la verdadera claridad de la ciencia. Ojalá sus sugestiones encuentren un corazón humilde y pacífico que las someta a la deliberación de un hermano maduro en experiencia o de un anciano de virtud consumada. Porque si es así, luego las rechazará o les dará acogida según el juicio formulado por ellos. De lo contrario, no es dudoso que veremos otra vez al ángel de las tinieblas como un ángel de luz y pereceremos víctimas de la muerte más terrible y deplorable.

Imposible evitar tamaña desgracia fiando en nuestras propias apreciaciones. Es necesario que amemos y practiquemos la verdadera humildad.

Es preciso seguir con un corazón contrito la amonestación apremiante de San

Pablo: «Si hay en vosotros algún poder de consolar en Cristo, algún refrigerio de amor, alguna comunicación del espíritu y entrañas de misericordia, haced cumplido mi gozo, teniendo todos el mismo pensar, la misma caridad, el mismo ánimo, el mismo sentir. No hagáis nada por espíritu de competencia, nada por vanagloria; antes, llevados de la humildad, teneos unos a otros por superiores» 16. E insiste aún: «Preveníos, honrándoos los unos a los otros» 17. En consecuencia, que cada cual tenga a su amigo por más sabio y más santo que a sí mismo, estando plenamente convencido de que la verdadera y perfecta discreción se halla más fácilmente en el juicio ajeno que en el propio.

XII. Ocurre a menudo, sea por ilusión diabólica, **sea** por falencia humana—porque no hay nadie en este mundo que no esté sujeto a error—, que aquel que posee más ciencia y mayor penetración natural se forja ideas falsas; en tanto que una inteligencia más lenta y de menos alcances tiene una visión más amplia y certera de las cosas.

Nadie está autorizado, por sabio que sea, a creer que podrá prescindir de los consejos de su 164 hermano. Las ilusiones de Satanás le llamarán a engaño y no escapará a los lazos que le tenderán la elación y la soberbia. ¿Quién podría arrogarse tal independencia sin incurrir en daños irreparables?

Ved a San Pablo, vaso de elección. El mismo confiesa sin ambages que Cristo habla por él ". Y asegura haber subido a Jerusalén únicamente con ánimo de entrevistarse con los apóstoles y tratar en una conversación privada del Evangelio que anunciaba a las naciones, según la revelación y cooperación del Señor 19. Este ejemplo es altamente aleccionador. Nos enseña que la fidelidad a las reglas que nos hemos trazado no sólo conserva inalterables la unanimidad y armonía, sino que nos pone al abrigo de todas las emboscadas del enemigo y de sus ilusiones diabólicas.

QUE LA CARIDAD NO ES SÓLO COSA DE DIOS, SINO EL MISMO DIOS

XIII. La Escritura enaltece maravillosamente la caridad. El apóstol San Juan llega hasta proclamar que no es sólo cosa de Dios, sino Dios mismo, identificándola así con la Divinidad: «Dios es caridad y quien permanece en la caridad permanece en Dios y Dios en él» 20. 165

Aun nosotros mismos experimentamos con evidencia que es algo divino, porque sentimos en nosotros como una viva realidad lo que dice el Apóstol: «La caridad de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que habita en nosotros» ". Como si dijera: Dios ha sido infundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que habita en nosotros [294]". Y ese espíritu es quien, ignorando nosotros cómo debemos

---

[294] 22 El texto crítico dice: «Deus difusus est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui habitat nobis.» Ciertamente la caridad divina—así lo enseña la Escritura Santa—, tal como está en Dios, se ha difundido **en** nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado. Dios reside en nosotros como principio interior y permanente de nuestra vida sobrenatural. Sin embargo, la idea que parece verter en

orar, «aboga por nosotros con gemidos inenarrables, y el que escudriña los corazones conoce cuál es el deseo del espíritu, porque intercede por los santos según Dios» ".

XIV. Ahora bien, hay grados en el amor.

Existe una caridad genérica, que se llama αγαπη, que es posible ejercitarla con todos. De ella dice San Pablo: «Mientras hay tiempo, hagamos bien a todos, máxime a los hermanos en la fe» ". La debemos a todos sin excepción, de suerte que el Señor ha hecho de ella un mandamiento que abarca también a nuestros enemigos 25

Pero existe asimismo la διαθσι Es la caridad de afección que reservamos a unos pocos, a aquellos solamente que están vinculados por la sociedad de costumbres o la sociedad de virtudes.

Esta *diócesis,* por lo demás, ofrece variedades múltiples. Porque uno es el amor filial y otro el amor conyugal. Uno el amor que profesamos a nuestros hermanos y otro el que tenemos a nuestros padres. Y aun en estas relaciones de afecto se observan facetas o grados distintos.

Se comprende, por ejemplo, que el amor de los padres para con sus hijos no sea siempre igual 167 en intensidad. El patriarca Jacob nos ofrece una prueba de ello. Padre de doce hijos, amaba a todos ellos con un amor verdaderamente paternal. Sentía, no obstante, una predilección por José, de quien la Escritura afirma: «Le envidiaban sus hermanos porque su padre le amaba más que a ellos» ". No que este varón justo, este auténtico padre no amara también en gran manera a los otros hijos. Pero sentía más dulzura y complacencia en José por ser tipo y figura del Señor.

Lo propio acontece con Juan Evangelista, de quien leemos que fué objeto de una preferencia semejante. De él se nos dice: «El discípulo a quien amaba Jesús» ". Verdad es que el Señor envolvía igualmente a los otros once—a quienes había escogido como a él—en su amor de predilección. Lo atestigua el Evangelio: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado» ". Y de ellos está escrito también en otro lugar: «Amando a los suyos que estaban en este mundo, los amó hasta el fin» ". Así, la particular dilección que muestra por Juan no arguye en modo alguno que su caridad fuera tibia respecto a los demás, sino que la superabundancia

---

este capítulo el abad es, teológicamente, incorrecta. La caridad que el Espíritu Santo infunde en nuestros corazones no es aquella caridad con la cual Dios nos ama—que es la caridad sustancial, o Dios mismo— , sino aquella por la cual ros hace amadores suyos. Del mismo modo decimos «justicia d Dios» aquella por cuyo don somos justos. Es decir, Dios está en nosotros como principio interior de nuestra vida sobre-natural. Y nuestra caridad, aunque ligada a este principio como a su causa, de la cual depende, es algo creado, es una virtud sobrenatural; de ella dimana nuestro acto de caridad. El Espíritu Santo no mueve directamente nuestra voluntad para producir el acto de caridad sin intermediario de una virtud, ni esta caridad se confunde con El o es El mismo. Esto es lo que pretende afirmar el abad José y es de todo punto inaceptable. Cfr. S. Tom., *Suma Teol.,* IIae , XXIII, a. 2, y San Agustín, *De Trinit.,* 8, 8, 12,

de su amor se daba más pródigamente a aquél, porque el privilegio de su virginidad y su perfecta integridad le hacían más amable. Y el Evangelio subraya como algo excepcional esta efusión más sublime, porque no es efecto del contraste del odio, sino de la gracia de un amor desbordante.

Otro tanto leemos en el Cantar de los Cantares, en persona de la esposa, que dice: «Ordenad en mí la caridad» 30. Ahora bien, la caridad bien ordenada es aquella que no aborrece a nadie, pero que ama, no obstante, a algunos con preferencia, en razón de sus méritos. Profesando a todos un afecto general, escoge de entre ellos a algunos, a quienes distingue con una ternura particular. Y entre estos preferidos selecciona aún a unos pocos, a quienes hace participar, en más alto grado de su intimidad.

DE QUIENES CON FINGIDO DISIMULO AVIVAN SU PROPIA IRA O LA DE SUS HERMANOS

XV. El polo opuesto de esta caridad es la actitud cerril que adoptan algunos—y pluguiera al cielo que tales hechos quedaran ignorados—, que se traduce en una obstinación y dureza sin precedentes.

Después de romper hostilidades con sus hermanos, intentan paliar la tristeza nacida de su enojo. Y alejándose de su trato, cuando podían aplacarles *con* una humilde satisfacción v buenas palabras, empiezan a cantar con retintín versículos de salmos.

Pretendan con esta mitigar la amargura concebida en su corazón. Mas este secreto y mal disimulada desdén no hace más que atizar el fuego que hubieran podido extinguir en seguida, de haber mostrado más solicitud y humildad en congraciarse. Parque una satisfacción oportuna curaría a la vez su propia herida y endulzaría el espíritu del ofendido.

Obrando así, lo que hacen es fomentar y nutrir su cobardía, a por mejor decir, su orgullo, en lugar de arrancar la raíz de la malquerencia. Olvidan el mandamiento del Señor que dice: «Quien se enoja contra su hermano, será reo de juicio» 31. Y también: «Si vas a presentar una ofrenda ante el altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano y luego vuelve a presentar tu ofrenda» 32.

XVI. El Señor rechaza las oraciones de aquel contra el cual está su hermano enojado. De tal manera se opone a que menospreciemos la tristeza ajena, que si alguien abriga algún resquemor o desafecto contra nosotros, no gusta de aceptar nuestros dones, o sea no quiere que le ofrezcamos

nuestras plegarias hasta que por una pronta satisfacción descartemos esta tristeza, haya sido o no haya sido motivada justamente. No dice: «Si tu hermano tiene razón justificada para enojarse contigo, deja tu ofrenda, y ve antes a reconciliarte con él», sino: «si te acuerdas que tu hermano tiene alguna cosa contra ti». Es decir, incluso si el motivo que ha provocado la indignación de tu hermano es trivial, y de pronto te acuerdas de ello, sábete que no debes ofrecer los dones espirituales de tus oraciones; antes debes remediar por una satisfacción llena de ternura la tristeza que llena el corazón de tu hermano, cualquiera que sea la causa que la haya producido.

Si, pues, el Evangelio nos manda satisfacer a nuestros hermanos airados por una enemistad pasada e intrascendente, debida a causas sin importancia, ¿qué será de nosotros miserables que con pertinacia mal disimulada hacemos caso omiso de las injurias presentes y graves, siendo como somos causantes de ellas? Hinchados de soberbia, nos da vergüenza humillarnos, no queriendo reconocer que somos autores de la tristeza de nuestro semejante. Nuestro espíritu rebelde se desdeña de someterse a los preceptos del Señor. Pretendemos que no es obligatorio tomarlos en consideración y que su observancia es poco menos **que** imposible. Mas, a fuerza de juzgarlos impracticables o poco procedentes, venimos a ser, según 171 la palabra del Apóstol, «gente que en lugar de cumplir la ley se constituye en juez de ella» 33.

DE LOS QUE JUZGAN QUE DEBEN MOSTRARSE MÁS PACIENTES CON LOS SEGLARES QUE CON SUS HERMANOS

XVII. ¡Con cuántas lágrimas tendremos que llorar este otro desatino! Hay quienes se enardecen ante una palabra injuriosa. El ofensor, arrepentido, desea apaciguarles, ensayándolo una y otra vez. Sabe que no se debe nunca guardar ni concebir ojeriza contra el prójimo, según está escrito: «El que se irrita contra su hermano será reo de juicio» [34]; y: «No se ponga el sol sobre vuestra ira» 35.

Ante estas palabras exclaman: si un pagano, si un seglar hubiera dicho o hecho con nosotros una cosa semejante, justo era que lo leváramos con paciencia. Pero que un monje cometa a sabiendas una falta tan grave o profiera tales insolencias, ¿quién podrá sufrirlo?

¡Como si la paciencia no se debiera tener más que con los infieles y sacrílegos, y no con todos sin distinción! ¡Como si la cólera, que es nociva contra un gentil, no lo fuera contra un hermano!

Un espíritu excitado que se obstina en su enojo, se hace igual daño a sí mismo, quienquiera que sea aquel que es víctima de ese daño o perjuicio. ¡Qué tozudez, o mejor, qué demencia! Estos tales, faltos de razón, obtusos e incapaces, no pueden discernir el sentido propio de las palabras. Porque no se ha dicho: «Quien se encoleriza contra un extranjero merecerá ser castigado por los jueces,. Esto hubiera podido sentar un precedente, dando lugar a una excepción para con aquellos que nos están unidos a nosotros por la comunidad de fe y de vida, como quieren ellos entenderlo. Mas el Evangelio se ha expresado sin eufemismos: «Quien se irrita contra su hermano será reo de juicio» 36. Porque, si bien según la verdad y la ley de la naturaleza, hemos de tener a todo hombre por hermano nuestro, no obstante, el mismo nombre de hermano, en este pasaje, designa en primera línea a los fieles y a aquellos que comparten nuestra vida [y] profesión. más bien que a los paganos.

DE QUIENES AFECTANDO UNA PACIENCIA MENTIROSA, EXCITAN A SUS PRÓJIMOS A LA CÓLERA CON SU SILENCIO

XVIII. ¡Qué insensatez también creernos a veces muy pacientes porque no respondemos verbalmente a las provocaciones que se nos hacen!

Y, no obstante, por un silencio lacerante, un movimiento, un gesto sombrío, una sonrisa maliciosa, nos burlamos de nuestros hermanos tácitamente y les excitamos mucho más a la ira con esa máscara impasible- de lo que podrían hacerlo furiosas invectivas.

Creemos que no somos culpables delante de Dios porque no ha salido de nuestros labios una palabra que nos pueda manchar o condenar a juicio de los hombres. Como si, a los ojos de Dios, fueran únicamente las palabras lo censurable y ano la voluntad, y sólo hubiera responsabilidad en la obra exterior del pecado y no en el deseo y el designio. Como si Dios mirara solamente, cuando nos juzga, lo que hemos hecho y no lo que nos hemos propuesto hacer. Lo que nos hace culpables no es sólo el carácter aparente de nuestras provocaciones, sino también la intención que las inspira; pues no sólo es malo injuriar a las claras, sino hacerlo a lo disimulado y encubierto. Nuestro Juez, en su examen imparcial, escudriñará no tanto las modalidades exteriores de la injuria, cuanto lo esencial de ella. En realidad, lo que hay que considerar e_s el pecado mismo y el afecto de quien peca más que el acto material y el orden exterior de cometerlo.

¿Qué importa que se dé muerte a un hombre con la espada o se acabe con él con una traza encubierta? Dolo o crimen, ¿no es evidente que muere por ti? Como si bastara no arrojar con tus propias manos al ciego en el precipicio. **¿No** eres responsable igualmente de su muerte, cuando, viéndole suspendido en el abismo, pudiendo, no le libras de aquel trance? Tan homicida es quien por sus manos estrangula a su prójimo como el que presta un lazo al desesperado **que** pretende ahorcarse, y pudiendo evitar el suicidio no lo hace.

Asimismo, mal podremos imponer silencio a nuestros labios, si ese silencio tiene por objeto obtener lo que hubiéramos logrado con la injuria, Es un ultraje tácito el adoptar ciertos gestos hipócritas. Provocarnos sí a una ira más vehemente a aquel a quien debíamos haber tranquilizado y encima de ello nos holgamos de su ruina y perdición.. ¡Como si no fuera mayor crimen querer granjearse gloria de paciente y sufrido a costa de la pérdida de su hermano! A ambos será un tal silencio perjudicial, pues aumentando la tristeza en el corazón del uno, no permite que desaparezca en el ánima del otro.

A quienes obran de tal suerte, ofendiendo silenciosamente a sus prójimos, se endereza **la** maldición del profeta: «¡Ay del que da a beber al prójimo su cáliz emponzoñado hasta **em**briagarle para descubrir su desnudez! Ignominia y no gloria tendrá» 37. Y he aquí lo que otro profeta ha dicho acerca de estos tales: «Un hermano engañará a otro; no habrá amigo fiel;.cada cual se burlará de su prójimo y no hablará con él la verdad. Porque extendieron sus lenguas mentirosas como un arco mendaz y no -verídico» 38.

Muchas veces la paciencia fingida provoca más a ira que los denuestos verbales, y un silencio malicioso sobrepuja en efecto a las palabras desabridas. Y es que las heridas causadas por los enemigos se toleran más fácilmente que los falsos halagos y burlas irónicas. De ellos habla el salmista, diciendo: «Blandas son sus palabras, más que el aceite; sin embargo, ellos mismos son como afilados cuchillos» 39. Y en otra parte: «Las palabras del chismoso son bocado suave que baja hasta el fondo de

las entrañas» 40. Por fin, también a éstos pueden aplicarse con tino las palabras de Jeremías: «Con sus labios dan la paz a su prójimo, y llevan la insidia en su corazón» 41. Con la cual, sin embargo, más se engaña él que aquel a quien pretende engañar. Porque «quien tiende la red ante la faz de su amigo, cae él mismo prendido en ella» 42, y «el que cava una fosa a su prójimo, caerá él mismo en su vacío» 43.

Finalmente, recordemos el episodio evangélico. Entre tantos como vinieron a prender al Señor con espadas y palos, nadie se mostró tan cruel parricida contra el autor de la vida como aquel que, anticipándose a lo demás, saludó a Jesús con fingido respeto y le dio un beso de paz falsa. Y así le lijo el Señor: «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?» 44 Era como decide: has querido encubrir tu odio y la hiel de tu amargura con esa forma postiza de un beso, máximo exponente de la dulzura y del amor auténtico.

Más clara y más gráficamente expone esto mismo el salmista cuando, ponderando la fuerza de su dolor, afirma: «No, no es un enemigo quien me afrenta; eso lo soportaría. No es uno de los que me aborrecen el que se insolenta contra mí; me ocultaría de él. Eres tú, un otro yo, mi amigo, mi íntimo. Íbamos ambos juntos en dulce compañía a la casa de Dios entre la multitud» 45.

DE LOS QUE AYUNAN POR ESTAR INDIGNADOS Y DE LA FALSA PACIENCIA DE QUIENES, ABOFETEADOS, OFRECEN LA OTRA MEJILLA AL OFENSOR

XIX. Hay también otro género de necia tristeza, que debiéramos silenciar, de no constarnos que algunos monjes se abandonan a ella. Sonroja el decirlo. Entristecidos o airados, se abstienen de comer con insolente pertinacia. Y precisamente éstos suelen ser de la categoría de aquellos que, estando tranquilos y en calma, andan diciendo que no pueden soportar el ayuno hasta mediodía, o, cuando mucho, hasta las tres de la tarde. En cambio, cuando les oprime la tristeza, no tienen inconveniente en pasar dos días Sin probar bocado, remediando entonces el hambre con la hartura de su cólera.

Es evidente que estos tales incurren en una especie de sacrilegio. Efectivamente, los ayunos que deben ofrecerse a Dios sólo por humildad de corazón y para purificación de los vicios, los toman ellos a impulsos de un orgullo realmente satánico. Porque es lo mismo que si ofrecieran al diablo, y no a Dios, sus oraciones y sacrificios. A ellos podrían aplicarse las palabras de Moisés a los idólatras hebreos: «No sacrificaron a Dios, sino a los demonios, a los dioses a quienes no conocían» ".

XX. No ignoráis tampoco que existe otra especie de locura que se halla en algunos que se cubren con la máscara de una falsa paciencia. Es propia de aquellos que, abofeteado., ofrecen la otra mejilla. No se contentan con promover riñas y peleas en sus hermanos. Van más allá: provocan con palabras ofensivas, poniéndoles en peligro de reaccionar violentamente. Si por ventura les dan un leve empujón, ni cortos ni perezosos se ofrecen a recibir un segundo, so pretexto de cumplir lo que dice el Señor en el Evangelio: «Si alguien te hiere en una mejilla, ofrécele la otra» 47. Ignoran el sentido y el fin que se propone la Escritura.

Porque piensan **que se** ejercitan en la paciencia evangélica, excitando para ello la ira de sus hermanos. Y en realidad de verdad lo que el pasaje bíblico nos manda aquí es que no debemos devolver mal por mal, según la ley del talión, procurando no irritar a nadie; y, al mismo tiempo, mitigando con la tolerancia de la ofensa recibida el furor de quien nos ofende.

¿ES POSIBLE QUE OBEDECIENDO A LOS MANDAMIENTOS NO ALCANCEMOS LA PERFECCIÓN?

XXI. GERMÁN. ¿Cómo puede ser reprendido aquel que, cumpliendo el precepto evangélico, no sólo no devuelve mal por mal, sino que se muestra dispuesto a recibir otra afrenta de su ofensor?

XXII. JOSÉ. Como dije antes, hay que considerar no sólo la acción en sí misma, sino la intención del alma y el fin con que se hace **esa** acción. Por lo mismo, considerando atentamente el designio y afecto con que se hace una cosa, veréis que no es imposible ejercitar la virtud de la paciencia y mansedumbre con el espíritu contrario, como es el de la impaciencia y la ira. Por *eso,* queriendo el Señor enseñarnos la profunda mansedumbre y afabilidad, que no consiste en 'as palabras, sino en la paz e íntimo afecto del corazón, nos propuso esa fórmula de perfección evangélica: «Quien te ofendiere en tu mejilla derecha, ofrécele también la otra» [48]; se entiende, naturalmente, la otra derecha. ¿Qué otra derecha puede significar sino la del hombre interior?

Quiso aquí el Salvador desterrar de los repliegues más íntimos del alma toda ocasión de ira. Fue como decir: si tu derecha exterior sostiene el ímpetu y el coraje del que te hiere, dispóngase también humildemente tu hombre interior a ser abofeteado. En otras palabras: a la vez que doblas y sujetas tu cuerpo al ultraje del enemigo, rinde también e inclina tu corazón, para que al ser abofeteado el hombre exterior no se altere —ni siquiera en lo más íntimo de su ser—el hombre interior con las injurias recibidas.

Como veis, los que se contentan con la actitud externa y se inquietan internamente, distan corno el cielo de la tierra de la perfección a que alude el Evangelio. Según él debemos conservar la paciencia, no en las palabras, sino con la tranquilidad interior del alma. Porque nos ordena que cuando se nos hiciere alguna afrenta, mantengamos la presencia de ánimo, de suerte que no sólo permanezcamos ajenos a toda perturbación, sino que, sometiéndonos a las injurias de quienes nos ofenden, venzamos su indignación con nuestra paciencia, volviéndolos a la paz perdida, no bien hayan saciado en nosotros su sed de venganza.

Así cumpliremos el precepto de San Pablo, que dice: «No te dejes vencer del mal, antes vence el mal con el bien» 49. Lo cual no pueden cumplir aquellos que profieren palabras de dulzura y humildad con un espíritu de orgullo; y lejos de apagar el incendio de la ira, lo fomentan en sí mismos y en sus contrarios. Y dado caso que logren mantenerse en una apariencia de bondad y mansedumbre, no cosechan fruto alguno de justicia, porque pretenden obtener fama de pacientes en perjuicio del prójimo. Por lo mismo, permanecen completamente al margen de aquella caridad apostólica que «no busca su propio interés» 50, sino el de los demás. Esta caridad no ambiciona riquezas, de modo que para procurar

su ganancia empobrezca a sus hermanos, ni desea adquirir nada para sí a costa de despojar a su semejante.

EL SABER PLEGARSE A LA VOLUNTAD DE OTRO ES INDICIO DE FORTALEZA Y PERSONALIDAD

XXIII. Es preciso persuadirse que es más fuerte quien sabe someter su voluntad a la de su hermano que el que defiende a ultranza su propio parecer.

Por la tolerancia y la paciencia, el primero merece contarse entre las almas de temple, de reciedumbre de carácter; el segundo, en cambio, da a entender que es débil y, si pudiéramos decirlo así, enfermo. Es un hombre a quien deben prodigarse halagos y caricias. Inclusive a veces será necesario contemporizar en cosas necesarias de observancia para no romper con él y conservar la paz. En este caso, que nadie crea que al usar de tal tolerancia sufre mengua su perfección porque se condesciende en materia de observancia. Al contrario, quien se muestra así compasivo ha ganado más y mejor con la longanimidad y paciencia de lo que ha perdido al mitigar en parte la austeridad de su vida.

Es, prácticamente, el precepto del Apóstol: «Vosotros, que sois fuertes, debéis sobrellevar las flaquezas de los débiles» [51]. Y también: «Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas, y así cumpliréis la ley de Cristo» [52]. Jamás el débil soportará al débil ni el enfermo podrá tolerar o curar al enfermo. Sólo el que no está sometido a la debilidad podrá aportar el remedio al vacilante. De lo contrario, podrá replicársele: «Médico, cúrate a ti mismo» ".

XXIV. Es de observar, aún en los débiles, este rasgo que les caracteriza. Prontos y fáciles en injuriar a otros y sembrar rencillas, no sufren la más leve reprensión. Quisquillosos e insolentes, tratan a los demás con una libertad inconsiderada y altanera. Una nadería les torna irritables y es suficiente para enardecerse.

Por eso es necesario volver a la máxima a que aludirnos antes, de los ancianos: la caridad sólo podrá perdurar hasta el fin de una manera estable *y* sin mengua, en varones de igual virtud que tienen idénticas aspiraciones. De no ser así, es inevitable que se rompa un día, por más que procure conservarse con la paciencia.

¿CABE ATRIBUIR LA CUALIDAD DE FUERTE A AQUEL QUE NO SABE SOPORTAR AL DÉBIL HASTA EL FIN?

XXV. GERMÁN. ¿Es digna de elogio la paciencia del fuerte, quien, no siendo capaz de soportar al débil, sucumbe a su flaqueza? 183

XXVI. JOSÉ. No he dicho que la virtud y la paciencia del varón fuerte y de carácter hayan de ceder hasta ser vencidas. Sino que son las malas disposiciones del débil las que, contrariadas por la constancia del fuerte, irán cada vez de mal en peor. Y a medida que aumenta esa actitud hostil, será causa de no merecer que le sufran más. O él mismo, presumiendo que es ya notoria la paciencia de su hermano y constituye un bochorno para su impaciencia, preferirá abandonarle un día

más bien que verse siempre sufrido por la magnanimidad de aquél.

Para aquellos que desean guardar incólumes los sentimientos de su amistad, tiene toda su vigencia esta ley que deben a mi juicio observar: ante todo, cualesquiera que sean las injurias que se le hagan, el monje guardará la paz, no digo va en su boca, sino en el fondo de su corazón. Si nota que esa paz se siente turbada y zozobra, debe sellar sus labios con un silencio absoluto y siga a la letra el consejo del salmista: «Me turbé, mas no abrí mi boca» "; «y dije: guardaré mis caminos y no faltaré con mi lengua; puse un candado a mi boca cuando el pecador me perseguía; enmudecí y fui humillado, y callé incluso en cosas buenas» 55 Preciso es que no se detenga a considerar el presente, profiriendo en su lengua lo que le sugiere entonces su cólera desatada, o le dicta el corazón en un momento de paroxismo. Antes bien, dé una mirada retrospectiva a la antigua amistad que le unía a su amigo, o vuelva sus ojos hacia el futuro para columbrar en espíritu la paz ajustada de nuevo con él. Que se entretenga pensando que es posible recobrarla, incluso en el momento que más turbado siente su corazón.

Considerando de antemano la dulzura de la reconciliación futura, no sentirá la amargura de la indignación presente. Y dado que le sea forzoso responder, adoptará palabras en que se reconocerá culpable, tales que no pueda su amigo reprenderlas, una vez se haya restablecido la armonía. De esta suerte cumplirá la palabra del profeta: «En la ira te acordarás de la misericordia» "

XXVII. Cúmplenos, pues, neutralizar todos los movimientos de la cólera y moderarlos por el gobernalle de la discreción, no sea que nuestros arranques nos precipiten en aquella ofuscación que anatematiza el sabio: «El necio desfoga toda su ira, mas en cambio el sabio la refrena paulatinamente» 57. Es decir, el insensato se inflama—ante la idea de la futura venganza proyectada—, en el arrebato de su ira, mas el sabio la amortigua, haciéndola desaparecer poco a poco con la madurez de su consejo y la habilidad con que sabe suavizarla.

Sintoniza con ello lo que dice el Apóstol, cuando afirma: «No os toméis la justicia por vuestras manos; antes dad lugar a la ira» ". O sea, no os inclinéis a la venganza, bajo el ciego impulso de la pasión, pero dad lugar a la ira. Es decir, no se os estreche el corazón con la impaciencia y pusilanimidad, de suerte que no podáis sostener la tempestad impetuosa de la indignación que se cierne sobre vosotros. Antes por el contrario, dilatadle y recibid las olas enemigas de la pasión en los anchurosos ámbitos de la caridad, que «todo lo sufre, todo lo soporta» 59. Que vuestras almas así dilatadas por la amplitud y alteza de miras que dan la longanimidad y la paciencia posean en sí los espacios saludables de la deliberación y del consejo, donde el humo fatídico de la ira halle, por decirlo así, una válvula de escape, se disipe y acabe por desvanecerse. Puede entenderse aún de la manera siguiente: damos lugar a la ira y al mismo tiempo la desechamos cuantas veces nos inclinamos con ánimo humilde y tranquilo ante el enojo de nuestro hermano y, confesándonos en cierta manera dignos de cualquier agravio cedemos a la impaciencia del ofensor.

Por lo demás, hay quienes interpretan mal el precepto de la perfección enseñado por el Apóstol, dándole un sentido diametralmente opuesto al

que tiene. Dar lugar a la ira es alejarse, en su opinión, de aquel que se irrita. Pero tengo para mí que así no hacen sino alimentar el foco de las disensiones. Porque hay que vencer la ira del prójimo inmediatamente, merced a una humilde satisfacción. Por donde el huir de él antes le encona que le ablanda. He aquí aún una palabra de Salomón, sinónima de las que se asemejan mucho a las precedentes: «No se precipite tu espíritu en el enojo, porque la ira hace su asiento en el seno de los necios» ". Y en otro lugar: «No te apresures demasiado en irritarte, porque no te pese al fin» 61.

Si, por otra parte, censura el enfado que se produce de manera súbita e irreflexiva, no quiere decir que lo apruebe cuando se manifiesta gradualmente. Es menester entender en el mismo sentido esta sentencia: «El necio al instante pone de manifiesto su cólera; en cambio, el prudente oculta su miseria» 62. Al decir que el sabio debe encubrir la afrentosa pasión de la ira, Salomón reprueba la prontitud en encolerizarse; mas no 187 se sigue de ahí que no ponga también en entredicho la ira concebida lentamente.

Estima que la indignación debe mantenerse en secreto, si cunde en el alma por humana fragilidad, para que, sabiamente disimulada en el momento de manifestarse, desaparezca luego para siempre. Porque es de tal naturaleza que, diferida, languidece y muere; manifestada, se enciende más y más.

Que nuestro corazón se ensanche, pues, y se abra a todos los horizontes. Porque si le coartara la estrechez y pusilanimidad, se vería lleno del hervor de la pasión, y en tal caso no podríamos acoger en un corazón angosto y efímero aquel mandamiento divino que es amplio y anchuroso, según dice el profeta, ni podríamos decir con él: «Corrí por el camino de tus mandamientos, cuando ensanchaste mi corazón» [6 3] La longanimidad es sabiduría. Nos lo garantizan testimonios evidentes de la Escritura: «El hombro magnánimo—dice--es sumamente esclarecido en prudencia, mas el pusilánime es un necio en su corazón» 64. Por eso se ha escrito de aquel que con visión certera pidió al Señor el don de la sabiduría: «Y concedió Dios a Salomón una gran sabiduría y prudencia, así como una anchura de corazón comparable a las innumerables

XVII

SEGUNDA CONFERENCIA DEL ABAD JOSE

DE LAS PROMESAS

Capítulos: I. Una noche sin sueño.—II. Ansiedad del abad Germán al recordar la promesa que habíamos hecho.—III. Plan de Casiano y respuesta a la pregunta formulada por el abad Germán.—IV. Pregunta del abad José. Nuestra pregunta sobre la causa de nuestras inquietudes.—V. Germán expone las razones por las cuales preferíamos permanecer en Egipto y las que nos inducían a ir a Siria.—VI. Pregunta José si la estancia en Egipto contribuirá más a nuestro aprovechamiento que Siria.—VII. Respuesta sobre la distinta formación que se da en una y otra provincia.—XXVII. Los santos no pueden ser duros ni pertinaces.—XXVIII. Pregunta: la palabra del salmo «He jurado, he resuelto», ¿es contraria a la opinión emitida anteriormente?—

XXIX. Hay casos en que es necesario permanecer en la determinación tomada, y otros en que conviene renunciar a ella.—XXX. Cómo hay que revelar los secretos o confiarlos.—XXXI. No se han de tomar resoluciones irrevocables en las cosas que se refieren a la vida ordinaria.

LAS AMISTADES QUE ESTRIBAN EN UN JURAMENTO NO PUEDEN TENER FIRMEZA ALGUNA

XXVIII. La experiencia ha demostrado muy a menudo que aquellos que han fundado su amistad sobre el principio del juramento no han logrado vivir siempre en la concordia. Y esto, sea porque no les movió a ello el deseo de perfección, sea porque no les animaba a conservarla el precepto apostólico de la caridad. Acaso también mediaba entre ellos una afección puramente humana que querían mantener a todo trance por la necesidad y apremio de la palabra dada. El artificioso enemigo les indujo a romper el lazo de la amistad, para hacerles conculcar su juramento.

En consecuencia, nada más cierto que la máxima de hombres eminentes en prudencia: la verdadera solidaridad, la amistad indisoluble no puede subsistir sino basándose en una vida intachable y entre individuos de la misma virtud y de idénticos ideales.

Tal fue la conferencia profundamente espiritual que el santo abad José nos dio sobre el tema de la amistad. Con ella nos inflamó del más vivo ardor para guardar intacta la caridad que hasta entonces nos había unido el uno al otro.

UNA NOCHE EN VELA

I. En eso había terminado la conferencia y llegado la hora del silencio nocturno. El santo abad José nos condujo a una celda apartada para descansar. Mas el entusiasmo que sus palabras habían despertado en nuestro corazón no nos permitió conciliar el sueño. Salimos, pues, antes de amanecer, y, alejándonos como unos cien pasos de la celda, nos sentamos en un lugar más retirado.

II. Las tinieblas de la noche, unidas a la soledad reinante en el paraje, daban pábulo a la conversación íntima y secreta. No bien nos sentamos, el abad Germán suspiró profundamente, diciendo: «¿Qué hacemos? Porque nos acecha **un** 192 gran peligro. Nuestra condición no puede **ser** más lamentable. Por una parte, la doctrina y la misma vida de estos santos anacoretas nos enseñan de la manera más eficaz lo que sería me para nuestro aprovechamiento espiritual. Por otra, la palabra dada a nuestros superiores de Belén no nos permite elegir lo que más nos conviene. Por el ejemplo de tales varones podríamos, en efecto, formarnos en una vida más perfecta, si la promesa que hicimos no nos obligara a regresar a nuestro monasterio. Si volvemos, no se nos dará licencia para tornar aquí. Y si queremos satisfacer nuestras ansias de permanecer junto a vosotros, ¿cómo cumpliremos la palabra dada? Porque dijimos a nuestros superiores que volveríamos lo más pronto posible, al objeto **de** visitar, aunque no fuera más que de paso, a los santos monjes de esta provincia.»

En esta incertidumbre, e incapaces de decidirnos por nosotros mismos en asunto tan importante, nuestros gemidos revelaban lo crítico de nuestra situación. Nos acusábamos de nuestra debilidad y nos echábamos en cara nuestra natural timidez. Esto era lo que nos mantenía indecisos, sin dejarnos resolver en ningún sentido. Nuestros hermanos nos habían dado permiso para venir a Egipto, fiados en nuestra palabra de volver; si bien la dimos contra nuestro designio y porque nos habían permitido venir sólo con la promesa de regresar cuanto antes a Belén. En tal situación llorábamos por haber sido víctimas 193 del vicio de que habla la Escritura: «Existe una vergüenza que es causa de pecado,

PLAN DE CASIANO Y RESPUESTA A LA PREGUNTA DEL ABAD GERMÁN

III. Entonces dije yo: existe un medio de remediar nuestras congojas, y es el de recurrir a los consejos, o mejor, a la autoridad del anciano. Debemos confiarle nuestras cuitas y, **sea** cual fuere su decisión, su palabra debe poner fin a nuestras perplejidades, como si fuera respuesta del cielo. El Señor, a no dudarlo, nos concederá esta gracia por los méritos de este santo varón y también en atención a nuestra fe. Porque ha ocurrido muchas veces, por una gracia de su munificencia, que la fe ha obtenido un consejo saludable de parte de hombres sin virtud, y en cambio la incredulidad lo ha conseguido de parte de hombres santos. Así lo hace El para recompensar los merecimientos de los que responden o la fe de los que preguntan.

El santo abad Germán acogió estas palabras con alegría, cual si las hubiera yo pronunciado, no por propio impulso, sino por inspiración del Señor. Aguardarnos entonces algunos instantes la venida del anciano y la hora de la sinaxis nocturna, que estaba ya próxima. Le recibimos cruzando 194 el saludo acostumbrado. Después de **re**citar el número consabido de salmos, nos sentamos, según costumbre, sobre las mismas esteras en que nos habíamos recostado para descansar.

IV. **El** venerable José nos vio profundamente abatidos. Y creyendo seguramente que no era sin motivo, nos dirigió la palabra, adoptando una frase del patriarca José: «¿Por qué-dijo-está hoy triste vuestro semblante?» [2] Le contestamos que no habíamos tenido ningún sueño como los ministros del faraón que estaban en la cárcel y no encontraban a nadie que lo interpretara, sino que habíamos pasado la noche in-somne y no había nadie que pudiera aliviar el peso de nuestra tristeza, a menos que el Señor nos librara de ella, por su discreción. Entonces el viejo, cuya virtud, no menos que su nombre, evocaba en nosotros la virtud del gran patriarca, nos dijo: «¿Por ventura no será posible con la gracia del Señor curar los pensamientos de los hombres? Dadme a conocer los vuestros, que poderoso es Dios para concederos, en la medida de vuestra fe, el remedio apetecido por medio de mis consejos.»

195

RAZONES POR LAS CUALES PREFERÍAMOS PERMANECER EN EGIPTO, Y LAS QUE NOS INDUCÍAN A IR

A SIRIA

V. Habíamos pensado, dijo entonces Germán, que volveríamos satisfechos a nuestro monasterio de Belén, después de presenciar la vida que aquí lleváis. Que partiríamos llenos de gozo y frutos espirituales y que nos sería posible imitar, siquiera en pequeña medida, cuanto hubiéremos aprendido en vuestra escuela. Esto y el amor de nuestros superiores fué lo que nos indujo a hacer la promesa de retornar, en la convicción de que podríamos reproducir cerca de ellos algo de la sublimidad de vuestra vida y doctrina.

Mas lo que creíamos que iba a proporcionarnos tanta alegría, ha venido a ser, por el contrario, un motivo de dolor. Porque si cumplimos lo prometido nos es imposible lograr de esta suerte lo que nos sería tan saludable. De una y otra parte encontramos, pues, el mismo embarazo.

Como hicimos una promesa en presencia de la comunidad, en la gruta donde nació Nuestro Señor del seno de la Virgen, y le hemos tomado a El por testigo, si ahora queremos cumplirla, arrostramos el mayor daño espiritual. Y si olvidamos nuestro compromiso y **nos** quedamos aquí, anteponemos a nuestro voto lo **que más** nos importa y corremos el **riesgo de caer en** la mentira y la infamia.

Ni nos consuela tampoco el pensar que una vez cumplida nuestra palabra de regresar a Belén, nos han de permitir nuestros hermanos tornar a vosotros. Porque para aquellos que tienden hacia la perfección cualquier dilación es peligrosa. No obstante, cumpliríamos nuestra promesa, aun tardando en volver a estos lugares; pero es muy de temer que el afecto de nuestros superiores conspire con su autoridad para no dejarnos venir a vuestro país.

VI. Al llegar aquí, el abad José permaneció unos instantes en silencio y replicó: ¿Estáis seguros de que si os quedáis con nosotros, eso va a contribuir más a vuestro aprovechamiento espiritual?

VII. GERMÁN. Debemos agradecer con toda el alma la doctrina de aquellos que nos han enseñado desde nuestra juventud a formar grandes resoluciones y han sabido despertar en nuestro corazón una sed tan grande de perfección, haciéndonos saborear el bien que poseían.

Si das crédito a nuestras palabras, no hay comparación entre vuestro género de vida y el que ellos profesan. Paso en silencio la inimitable pureza de vuestro vivir, que no consideramos solamente como un fruto del ideal austero que seguís, sino también como un beneficio particular del ambiente de estos parajes.

Indudablemente, para imitar vuestra perfección no nos basta la doctrina que nos habéis enseñado de paso. Tenemos necesidad, además, de la ayuda que nos ofrece vuestra compañía. Una estancia habitual junto a vosotros será capaz de desterrar, con vuestras exhortaciones y consejos, la tibieza de nuestro corazón[295] 3.

---

[295] [a] Siguen ahora una serie de capítulos—del VIII al XXXVI--en los que [e]l conferenciante

LOS SANTOS NO PUEDEN SER DUROS NI PERTINACES

XXVII. No debemos silenciar la utilidad que encierra esta recomendación: cuando bajo los efectos de la ira o de otra pasión hemos hecho una promesa—lo cual no debería hacer nunca un monje—, es preciso sopesar con un criterio sano las dos alternativas, es decir, lo que hemos resuelto y lo que nos sentimos empujados a hacer, y tras de maduro examen, adoptar sin demora la solución más conveniente. Porque es preferible renunciar a su palabra que perder el mérito de una obra piadosa y de más utilidad.

Por lo demás, no recordamos haber visto nunca que aquellos santos Padres antiguos, que fueron de virtud probada, se mostraran obstinados e inquebrantables en sus promesas. Como la cera se ablanda con el calor, cedían a la razón; y en cuanto se ofrecía un parecer mejor que el suyo [y] más saludable, lo adoptaban sin vacilar. Pero a los que se mostraban porfiados en sus decisiones, siempre vimos que se les tenía como hombres faltos de sentido y discreción.

XXVIII. GERMÁN. Si hemos de atenernos a esa doctrina que has expuesto con tanta elocuencia, hay que concluir que el monje no deberá nunca contraer ningún compromiso, so pena de ser hallado infiel o testarudo. Y si ello es así, ¿cómo encontraremos entonces la manera de aplicar la palabra del salmo: «juré, resolví guardar los mandamientos de tu justicia»? ¿Qué significa jurar y resolverse, si no permanecer inmutablemente fiel a sus compromisos?

XXIX. JOSÉ. No hablamos aquí de mandamientos principales, sin los cuales no es posible la salvación, sino de aquellos que podemos, in riesgo alguno para nuestro estado, descuidar o guardar. Por ejemplo, el rigor continuo del ayuno, la abstinencia perpetua del vino o del aceite, la práctica de no salir jamás de la celda, la lectura y la meditación incesantes, son ejercicios que uno puede observar según sus conveniencias o dejar de lado, si es necesario, sin que por eso tenga que sufrir menoscabo nuestra profesión o nuestro ideal de vida.

En orden a la observancia de los mandamientos principales, son necesarias resoluciones muy constantes, hasta no retroceder ante la muerte, si es preciso. Y a este propósito conviene decir lo del salmo: «He jurado [y] he resuelto.» Tal es en particular nuestro deber cuando se trata de la caridad; es menester que lo despreciemos todo por ella, para que permanezca intacto el bien que encierra la concordia y su perfección. Los mismos compromisos debemos contraer en lo que atañe a la castidad; idéntica conducta también para lo que es de fe, sobriedad y justicia, Estas virtudes deben guardarse con una perseverancia que no se

---

complica más allá de lo debido el problema que se origina de la promesa hecha por los dos monjes peregrinos. Es una interminable teoría sobre la mentira. José vierte conceptos sumamente extraños por lo vagos, y aun falsos, sobre este tema, y llega a considerarla lícita en ciertos casos. Sin embargo, la teología moral y el buen sentido nos enseñan que la mentira, en cuanto es la afirmación contraria a la verdad con el fin de engañar, está prohibida, aun cuando persiga un fin útil y saludable, pues no nos es lícito hacer un mal para conseguir un bien, como ya San Pablo decía en *Ron.III, 8,*

desmienta jamás. Alejarse de ella, por poco que sea, sería condenable.

En cambio, para los ejercicios corporales, de los cuales se ha dicho que no siempre son de provecho nuestras promesas deben ser lo que he dicho antes. Supongamos que se nos ofrece una ocasión más pía que nos aconseja cierta relajación en esos ejercicios. No nos hagamos un deber ineludible el seguirlos, sino prescindamos más bien de ellos para ejercitarnos en cosas más útiles y provechosas. Abandonar por un tiempo esas prácticas corporales no ocasiona ningún daño. En cambio, es fatal alejarse de las otras, aun cuando no sea más que un instante.

DE CÓMO DEBEN CONFIARSE A OTROS LOS SECRETOS

XXX. He aquí también una regla que hay que observar con suma cautela.

Hablemos otra vez en hipótesis. Imaginaos que un día se os escapa una palabra que deseabais tener oculta. No es pongáis a inquietar a quien la ha oído recomendándole con insistencia la discreción. Estad seguros de que se guardará mejor vuestro secreto, si os conducís en este caso con cierta negligencia en encubrirlo. Porque, en efecto, creyendo vuestro hermano que carece de importancia y que ha sido una palabra caída por azar en la conversación, y por lo mismo menos digna de consideración, puesto que no os habéis cuidado de encarecer el silencio, no tendrá deseos de divulgarla.

En cambio, si le obligáis a jurar que guarde el secreto de lo dicho, será más, fácil que os traicione descubriéndolo. Porque el demonio le tentará con más violencia por dos razones: para contristar a aquellos cuyos secretos se revelan, y para inducir a los otros a quebrantar su juramento.

XXXI. Por lo dicho se deduce que el monje no debe nunca tomar resoluciones irrevocables en aquellas cosas que miran a los ejercicios corporales, para evitar que el enemigo le tienda un lazo, induciéndole a romper el juramento o la promesa.

Por lo demás, quien viviendo bajo la economía de la libertad—que nos da la gracia—, se impone una ley a sí mismo, no hace sino atarse con las cadenas de una servidumbre perniciosa. Porque lo que hubiera podido hacer lícitamente con acciones de gracias, y aun con honor, no podrá ya omitirlo si la necesidad le constriñe, sino a trueque de conculcar un juramento o promesa, y quedar por lo mismo en la opinión de transgresor. De ahí que diga el Apóstol: «Donde no hay ley que obligue, tampoco hay trasgresión de la ley» 6.

Con esta doctrina y avisos del bienaventurado José, que nos parecieron como un oráculo del Cielo, nos sentimos confortados y nos decidimos a fijar nuestra morada en Egipto. No obstante, como quiera que el dejar de cumplir nuestra promesa nos dejaba todavía un tanto intranquilos, la cumplimos después de siete años. Hicimos entonces un rápido viaje a nuestro

monasterio, con la firme confianza de obtener licencia para regresar al desierto. Esta visita nos ofreció ocasión propicia para rendir a nuestros superiores el honor que les debíamos. Y fué tal su caridad para con nosotras, que las numerosas cartas de excusa que les habíamos escrito no habían sido parte para satisfacerles y calmar los ánimos. En fin, totalmente libres del escrúpulo que nos había dejado nuestra promesa despidiéndonos ellos con gran cordialidad, partimos de nuevo encaminándonos al desierto de Escete.

Ahí tenéis, venerables hermanos, la ciencia y la doctrina de estos Padres ilustres, según ha sabido exponerla nuestra ignorancia. Si mi estilo inculto ha introducido en ellas más confusión que claridad, os suplico que la censura que os merece mi impericia no malogre las alabanzas a que son acreedores estos varones insignes [296]7. Ante Dios, que nos juzgará un día, me ha parecido mejor divulgar la magnificencia de esta doctrina, aun cuando fuera con una lengua sin belleza, que callarla. Puesto que el lector, si se fija en la sublimidad de las ideas, no se detendrá en el camino, sorprendido por la incorrección de la forma. Pues me he esmerado más en set útil que en ser alabado. Porque al escribir yo las sentencias de estos santos varones no ignoraba la dificultad que eso llevaba consigo y la poca o ninguna alabanza que podría granjearme. Pero, más avisado y sagaz, puse el pie en la celada, como suele decirse, y no rehusé a escribirlas a pesar de la inseguridad del éxito y de la esperanza no muy cierta del aprovechamiento ajeno.

Finalmente, advierto a todos aquellos que van a hojear estos opúsculos, que todo aquello que encuentren aquí de agradable pertenece a los Padres, y cuanto no es de su gusto, es mío.

TERCERA PARTE

QUE COMPRENDE LAS SIETE

[296] 7 Se refiere evidentemente a los dos personaje:, Honorato y Euquerio, a quienes dedicó en el prefacio estas siete conferencias,

CONFERENCIAS DE LOS PADRES QUE MORAN EN LAS REGIONES MAS APARTADAS DE EGIPTO

PREFACIO

A Joviniano, Minervo, Leoncio y Teodoro [297]*1*

No ha mucho, a petición de los obispos Heladio y Leoncio, compuse, con la gracia de Cristo, las diez primeras conferencias de los Padres. Dediqué luego otras siete al santo obispo Honorio y al no menos venerable siervo de Cristo Euquerio. Y hoy he creído un deber dedicaros las restantes a vosotros, venerables hermanos Joviniano, Minervo, Leoncio y Teodoro.

La razón es obvia. El último de vosotros, Teodoro, ha establecido en nuestras provincias de la Galia la santa y egregia disciplina cenobítica, con todo el rigor de las antiguas virtudes: Los demás, merced a vuestras lecciones, habéis logrado engendrar en las almas de los monjes un vivo amor a la profesión cenobítica y un anhelo sin igual por la grandeza sublime de la soledad.

Ahora bien, estas conferencias, dictadas por los más ilustres Padres, están de tal suerte estructuradas y contienen tal variedad de elementos en sus diversas partes, que son igualmente útiles a toda esa multitud de hermanos de ambas profesiones, que gracias a vuestra labor florecen no sólo en las regiones occidentales, sino también en las mismas islas [298]2.

Quiero decir que tanto aquellos que persisten en llevar el laudable yugo de la sujeción dentro de la comunidad, como los que desean seguir la disciplina anacorética no lejos de vuestros cenobios, encontrarán en ellas una más completa instrucción, en consonancia con el ambiente en que viven y el estado que han escogido.

Por otra parte, la labor realizada por vosotros hasta el presente ha sido muy ventajosa para estos monjes. En efecto: se encuentran ya pre-parados a abrazar los preceptos y las enseñanzas de los ancianos, puesto que se les ha ocupado en los mismos ejercicios que ellos practicaron.

Además, con estos volúmenes de las conferencias recibirán en sus propias celdas a sus auténticos autores. En cierto modo gozarán cada día de su compañía, alternando las preguntas y acogiendo sus respuestas. Con ello no se moverán a impulsos de su propio criterio por esta senda tan ardua como desconocida en estos parajes. Senda por demás peligrosa, incluso allí donde parece más fácil el acceso, ya sea porque sus atajos están

---

[297] ' Los cuatro, al parecer, abades de **la Congregación lirinense**

[298] 2 Se refiere a las islas Estécades, próximas a Marsella, y llamadas hoy Hyéres. Cfr. prefacio a la colación XI

llenos de tristísimos recuerdos, ya también por los innumerables ejemplos de los que la siguieron antes que ellos. Es de esperar, pues, que se acostumbren a vivir en la disciplina anacorética según las máximas de aquellos que se han regido en todo por la antigua tradición, y el trabajo de una larga experiencia.

XVIII

CONFERENCIA DEL ABAD PIAMON

DE LOS TRES GENEROS DE MONJES

Capítulos: I. De cómo fuimos recibidos por el abad Piamón a nuestra llegada a Diolcos.—II. Cómo deben los novicios instruirse en el ejemplo de los ancianos.—III. Que los jóvenes no deben discutir las enseñanzas de sus ancianos.—IV. De tres géneros de monjes que se encuentran en Egipto.—V. De los que han dado origen a la vida cenobítica.—VI. Origen y principios de los anacoretas.—VII. Origen y modo de vivir de los sarabaítas.—VIII. De un cuarto género de monjes.—IX. Qué diferencia hay entre *cenobio* y *monasterio.—X.* Respuesta a la pregunta formulada.—XI. De la verdadera humildad, y cómo el abad Serapión desenmascaró la falsa humildad de un monje.—XII. Pregunta sobre el modo de adquirir la verdadera paciencia.—XIII. Piamón responde a la pregunta formulada.—XIV. Ejemplo de paciencia de una mujer consagrada a Dios. XV. Ejemplo de paciencia del abad Pafnucio.,—XVI. La perfección de la paciencia.--XVII. La enfermedad de la envidia.

EL ABAD PIAMÓN NOS ACOGE AL LLEGAR A DIOLCOS

I. Después de haber gozado de la presencia y coloquio de aquellos tres ancianos—cuyas colaciones he dispuesto, atendiendo a las reiteradas Instancias de nuestro hermano Euquerio—se avivó nuestro deseo de visitar las provincias más apartadas de Egipto. Aquí era mayor el número de monjes y se distinguían por su mayor perfección.

De esta suerte fué como llegamos a la aldea denominada Diolcos, situada junto a una de las siete bocas del delta del Nilo. Nos dirigimos allá no tanto impulsados por la necesidad del camino cuanto movidos por el deseo de contemplar de cerca a los santos varones que moraban en estos parajes. Sabíamos por referencias que había allí muchos monasterios establecidos por los más antiguos Padres. A fuer de codiciosos mercaderes ebrios de riqueza, y con la esperanza de una ganancia más pingüe, nos decidimos a embarca' como quien se lanza en pos de una fortuna incierta.

Bogando en todas direcciones, anduvimos fluctuando largo tiempo. Nuestra mirada buscaba con avidez a estos varones conspicuos por la sublimidad de sus virtudes. De pronto divisamos al abad Piamón, como a un faro elevadísimo. Era el abad y al mismo tiempo el sacerdote de los

anacoretas que habitaban allí. Colocado, como la ciudad de que habla el Evangelio, en el vértice de la montaña, su vivo resplandor llegó bien pronto a iluminarnos y solicitar nuestra atención.

En nuestra misma presencia se dignó la divina gracia dar testimonia de sus mérito[s], realizando milagros y prodigios por sus manos. Mas me parece mejor silenciarlos, para no apartarme de mi primer designio ni rebasar los límites que debo imponer a este volumen. Porque no son las maravillas de Dios lo que me propongo transmitir a los hombres, sino más bien las instituciones y prácticas de los santos, en cuanto me sea posible recordarlas. Mi intención es arrojar nueva luz sobre la vida perfecta, no dar pábulo a la vana curiosidad de los lectores, sin utilidad ninguna para la corrección de sus vicios.

Así, pues, el santo abad Piamón nos recibió *con* vivas muestras de alegría y nos acogió con el mayor agasajo. Luego, viendo que no éramos naturales del país, se interesó mucho en saber de dónde veníamos y con [q]ué objeto habíamos llegado a Egipto. Al saber que habíamos salido de un monasterio de Siria y que era el deseo de perfección el único móvil que nos había conducido por aquellos derroteros, nos dirigió estas palabras:

HABLA PIAMÓN SOBRE EL MODO COMO DEBEN LOS NOVICIOS INSTRUIRSE EN EL EJEMPLO DE LOS ANCIANOS

II. Hijos míos: Cuando alguien desea adquirir la pericia de algún arte, es menester que se consagre con todo el interés y solicitud de que es capaz a los ejercicios particulares de esa profesión que desea conocer. Debe observar los preceptos y avisos de los maestros más consumados en tal ciencia u oficio. De lo contrario, no hace más que fluctuar a merced de ineficaces deseos, y no le será posible llegar a una semejanza con aquellos cuya aplicación e industria se desdeña en imitar.

Hemos conocido ya a varios que vienen de vuestras regiones hasta este desierto, y recorren los monasterios de los monjes, afanosos únicamente de conocer. Pero están muy lejos de intentar abrazar las reglas y costumbres que constituyen el objeto de sus viajes. Ni por asomo se les ocurre retirarse a alguna celda para poner en práctica lo que han visto u oído. Desde luego, se anquilosan en las antiguas maneras y usos que habían aprendido. Ello da motivo a creer lo que algunos les echan en cara, que han cambiado de provincia sólo con ánimo de evitar la miseria y pobreza en que vivían, y hallarse en mejores condiciones, no con el propósito de progresar en la vida monástica.

No sólo no han adquirido ninguna instrucción, sino que, encasillados en su terquedad, les ha sido imposible permanecer aquí largo tiempo. Por donde se echa de ver claramente que no admitían ningún cambio, ya en la observancia de los ayunos, ya en el orden de la salmodia e incluso en el vestido. ¿Cabe pensar otra cosa sino que a] venir a nosotros no perseguían otro fin que encontrar mejores medios de subsistencia?

III. Por eso, si, como creo, es Dios quien os inspira este celo de conocernos, es preciso renunciar enteramente a todos los principios que han precedido a vuestros comienzos. Y ello para abrazar con toda humildad

las prácticas y enseñanzas de nuestros ancianos.

Cabe en lo posible que, de momento, no aprendáis el sentido profundo o el principio de tal palabra o tal conducta. No por eso os turbéis ni dejéis de conformaros con ellas. Los que juzgan de todo con provecho y con simplicidad y se aplican a imitar fielmente lo que han visto hacer o decir, más bien que a discutirlo, encontrarán, por añadidura, la luz en la misma práctica y en la experiencia de la vida.

Sin embargo, no penetrará la verdad hasta el fondo quien comienza por instruirse discutiendo. El enemigo, viendo que confía más en su propio juicio que en el de los Padres, insensiblemente le conducirá a considerar como superfluas y peligrosas las cosas más útiles y saludables. Este astuto enemigo se burlará hasta tal punto de su presunción, que, a fuerza de persistir en sus opiniones irrazonables, el desdichado llegará a persuadirse que sólo es santo lo que su ciega obstinación considera como tal.

DE TRES GÉNEROS DE MONJES QUE SE HALLAN EN EGIPTO

IV. Lo primero que debéis saber es el exordio y principio de nuestra profesión monástica. O sea cómo y de dónde procede. Se penetran más eficazmente los principios del arte a que se aspira, y se concibe mayor entusiasmo para ejercerlo, cuando se reconoce la dignidad de aquellos que fueron sus autores.

Existen en Egipto tres géneros de monjes. Dos de ellos son excelentes; el tercero es tibio y debe descartarse en absoluto.

El primero es el de los cenobitas, es decir, los que viven en comunidad, bajo el gobierno y dirección de un anciano. Están extendidos por todo Egipto, y su número es considerable.

El segundo es el de los anacoretas, los cuales, después de haber sido formados en los monasterios de cenobitas y haber llegado a ser perfectos en la vida activa, han preferido el secreto de la soledad. A esta categoría deseamos pertenecer nosotros. El tercero, digno de reprensión, es el de los sarabaítas.

De cada uno de ellos trataremos ampliamente y por orden.

Debéis, pues, conocer, ante todo, como hemos indicado, a los fundadores de estas tres profesiones. Pues gracias a este conocimiento podrá nacer en vuestro espíritu la aversión a aquella vida que es preciso evitar y el deseo de la que conviene seguir. Porque cada uno de estos caminos conduce necesariamente al mismo término al que llegó el que fué su iniciador y autor.

V. La vida cenobítica tiene su origen en el tiempo de la predicación apostólica. Tal es la que existía en Jerusalén entre la multitud de **los** fieles, y que nos describen así los Hechos de los Apóstoles: «La muchedumbre de los que habían creído tenía un solo corazón y una sola alma, y ninguno tenía por propia cosa alguna, antes todo lo tenían en común» `. «Vendían sus posesiones y haciendas y las distribuían entre todos según la necesidad de cada uno» [3]. «No había entre ellos indigentes, pues cuantos eran dueños de haciendas o casas las vendían y llevaban el precio de lo vendido, y lo depositaban a los pies de los apóstoles, y a cada uno se le repartía según su necesidad» [4]. Tal era el

espectáculo que ofrecía la Iglesia y que hoy día difícilmente nos es dado contemplar, a no ser en un reducido sector, en los monasterios cenobitas.

Pero tras la muerte de los apóstoles, la muchedumbre de los creyentes comenzó a entibiarse, especialmente aquellos que abrazaban la fe de Cristo y procedían de los extranjeros y de tantos pueblos diversos. En atención a su fe, todavía rudimentaria, y a su paganismo inveterado, sólo se exigía de los gentiles que se abstuvieran de las carnes inmoladas a los ídolos, de sangre y de lo ahogado, y de la fornicación [5]. Esta libertad que se les concedía por condescendencia a la poca solidez de su fe incipiente no dejó de socavar poco a poco la perfección de la Iglesia de Jerusalén. Al crecer de día en día el número de conversos del judaísmo y de la gentilidad, el fervor de la fe primitiva disminuyó[299] 6,

Mas no fue solamente la multitud de los que se convertían a la fe de Cristo la que se relajó en su antigua austeridad, sino también los jefes de la Iglesia. Algunos, creyendo que les era lícita la concesión hecha a la debilidad de los gentiles, llegaban a la persuasión de que no implicaba detrimento alguno el guardar sus bienes y **for**tuna, mientras se confesara a la vez la fe de Cristo.

Aquellos, en cambio, **en** quienes se mantenía viva la llama de los tiempos apostólicos, fieles siempre a su perfección primera, abandonaron las ciudades y el consorcio de los que creían lícito para sí y para la Iglesia de Dios una vida relajada. Estableciéndose en los alrededores de las ciudades y en lugares apartados, se pusieron a practicar privadamente y por su propia cuenta

De esta suerte, merced a estos discípulos que estaban separados del contacto de la gran masa, se formó una observancia particular. Poco a poco, con el correr de los tiempos, se estableció como una categoría separada de los demás fieles. Y como se abstenían del matrimonio y de la compañía de sus padres y del estilo de vida que llevaba la gente del mundo, en razón de esta vida solitaria y sin familia fueron llamados

[299] Piamón no se expresa aquí con exactitud. El cenobitismo propiamente dicho que en este pasaje lo hace consistir en la comunidad de bienes, no tuvo lugar sino por los años de 325, en Tabenna, con la aparición de San Pacomio en el mundo monástico. La causa de la relajación de que aquí se habla no fué precisamente el hecho de que desapareciera entre los primitivos cristianos la comunión de bienes, sino **el** número de fieles, que crecía de día en día y que hacía prácticamente imposible esa comunión. En cuanto al decreto de Jerusalén, también vierte Piamón conceptos inexactos. Este decreto tenía por objeto dirimir la controversia de si los gentiles convertidos al cristianismo debían aún guardar los preceptos de la Ley. El abad da, pues, aquí al decreto otra finalidad que en realidad no tuvo.

las instituciones que habían sido establecidas por los apóstoles para toda la Iglesia.

monjes o μονξοντεφ [3007]. Más tarde, al constituirse en comunidades, se les denominó cenobitas, y sus celdas y moradas, cenobios.

Este fue **el** único género de monjes en los tiempos más antiguos; el primero, en el tiempo [y] también en la gracia. Se conservó muchos años inviolable hasta la época de los abades Pablo y Antonio. Aún vemos hoy día vestigios de esta vida en los fervientes monasterios de cenobitas.

ORIGEN Y PRINCIPIOS DE LOS ANACORETAS

VI. Del número de estos perfectos surgieron los santos anacoretas como flores y frutos de un tallo fecundísimo. San Pablo y San Antonio, a quienes hemos mencionado poco antes, fueron los autores de esta profesión. No fue, como creen algunos, la pusilanimidad ni el vicio de la impaciencia, sino el deseo de un mayor progreso *y* el gusto de la divina contemplación lo que les indujo a buscar los secretos de la soledad. Si bien—según dicen algunos—el primero se sintió obligado por la necesidad a penetrar en el desierto debido a las asechanzas de sus parientes en tiempos de persecución.

Así, pues, de la primera observancia de que hemos hablado nació otro género de vida perfecta. A sus seguidores se les llamó con razón anacoretas, esto es, hombres de la soledad. No contentos con haber alcanzado sobre el diablo una primera victoria estando entre los hombres, descubriendo los lazos ocultos de sus asechanzas, desean enfrentarse con los demonios, luchando con ellos cara a cara y a pecho descubierto. Se les ve penetrar sin temor alguno en las vastas soledades del yermo. Estos son los imitadores de San Juan Bautista, quien permaneció en el desierto todo el tiempo de su vida, y de Elías y Eliseo, y de todos aquellos de que nos habla el Apóstol: «Anduvieron errantes, cubiertos de zamarra, de pieles de cabra, faltos de todo, atribulados, vejados, de los cuales no era digno el mundo; extraviados por despoblados y montes y cuevas y cavernas de la tierra» [8]. De ellos habla también en sentido figurado el Señor dirigiéndose a Job: «¿Quién al onagro puso en libertad, y quién desató las amarras del asno salvaje? Al cual señalé por casa la estepa y por morada suya la tierra salitrosa. Ríese del estrépito de la ciudad, no oye los gritos del arriero. Explora las montañas como pasto suyo y anda buscando todo lo verde» [9]. Y asimismo en los salmos se *dice :* «Digan ahora los que han sido redimidos por el Señor, los que han sido redimidos de las manos del enemigo» 10. Y un peco más adelante agrega: «Fueron errantes en la soledad, en el yermo, no hallaron habitáculo en el camino de la ciudad, hambrientos y sedientos como estaban. Su ánimo en ellos íbase agotando. Y clamaron al Señor en la tribulación y les liberó de sus necesidades.» De ellos habla también Jeremías y los describe así: «Feliz el hombre que toma el yugo desde su adolescencia, se sentará solitario y callará, porque se elevó sobre sí» ". Ellos son los que cantan al

[300] Vide Just, u, 5. Se trata de los terapeutas de Filón. Casiano, siguiendo el común sentir de los escritores de la época, los creyó equivocadamente cristianos.

unísono con el salmista, teniendo los mismos sentimientos y las mismas obras, cuando dicen: «Me he hecho semejante al pelícano del desierto. Vigilé y me hice igual al pájaro solitario en la azotea» ".

ORIGEN DE LOS SARABAITAS Y SU ESTILO DE VIDA

VII. Estas dos profesiones son el honor y la alegría de la religión cristiana. Pero también despaciosamente empezó a infiltrarse en su seno la decadencia. De aquí surgió un género de monjes sumamente detestable e infiel. Mejor dicho, venían a ser el resurgir de aquella semilla funesta enraizada en el corazón de Ananías y Safira en el alborear de la Iglesia, y cortada de raíz por la severidad del apóstol Pedro. Esta enfermedad había sido considerada por los monjes como deleznable y maldita y no había vuelto a producirse en nadie, mientras perduró en la memoria de los fieles el temor de aquella sentencia inexorable. El sarta apóstol no había dejado a los fautores de aquel nuevo crimen lugar para el arrepentimiento ni a la satisfacción. Una muerte repentina había cortado el germen fatal. No obstante, poco a poco la negligencia y **el** tiempo acabaron por borrar de la mente de muchos el recuerdo de aquella mancha por la que Ananías y Safira habían sufrido el castigo de Pedro.

En este momento histórico aparece la nueva raza de los sarabaítas. Se les llamó así debido al término copto que significa que se desconectaban de las comunidades cenobíticas para atender por sí mismos a sus necesidades. Son descendientes en línea recta de los cristianos de que hemos hablado, que sólo buscan lo que es superficial en 225 la perfección evangélica y hacen alarde de ella, sin atender su profunda realidad. Lo único que desean es rivalizar con la virtud de los héroes que prefieren la perfecta desnudez de Cristo a todas las riquezas, y participar de las alabanzas que les prodigan las gentes.

Pero sea que su espíritu es demasiado pusilánime para una empresa que exige de suyo una fuerza nada común, sea que la sola necesidad les ha inducido a abrazar la profesión monástica, lo cierto es que están tan prestos a respaldarse con el nombre de monjes cuanto poco dispuestos a practicar sus virtudes. No les importa la disciplina cenobítica, ni se someten a la autoridad de los ancianos, ni les interesa aprender de ellos a vencer su voluntad. No reciben ninguna formación regular, ni siguen regla alguna dictada por una sana discreción. Sólo en lo exterior y ante la faz de los hombres han renunciado a sus cosas. Permanecen en sus domicilios particulares, y amparados bajo el privilegio de un nombre tan glorioso viven consagrados a las mismas ocupaciones. O también se construyen celdas, a las que dan el nombre de monasterios, para vivir a su talante y en completa libertad. Jamás someten su cerviz al yugo del Evangelio, que prescribe que no debemos andar solícitos por el pan cotidiano, ni inquietarnos por los bienes de fortuna. Sólo cumplirán este precepto, sin las vacilaciones de un alma infiel, quienes se desprenden enteramente de los bienes de este mundo y se someten a los superiores de los cenobios hasta llegar a confesar que no son dueños de sí mismos.

No se conducen así los sarabaítas. Inhibiéndose, corno hemos dicho, a toda austeridad cenobítica, viven de dos en dos o de tres en tres en celdas, ni

desean ser gobernados por el cuidado y autoridad de un abad. Al contrario. Su principal designio es permanecer libres del yugo de los ancianos para mantener su libertad de satisfacer a sus caprichos, de salir y vagar por donde les plazca o de hacer lo que se les antoje. Y es curioso que se da el caso de que llegan a trabajar más que los cenobitas. Porque, no contentos con pasar el día en el trabajo, consagran a él la noche. Pero, desde luego, no lo hacen con miras a poner en manos de un mayordomo el producto de su labor, sino para ganar más dinero y ponerlo en reserva.

Considerad la diferencia enorme que existe entre estas dos especies de monjes. Los cenobitas, sin pensar en la necesidad del día siguiente, ofrecen a Dios el fruto de su trabajo como hostia agradable. Los sarabaítas extienden la solicitud de su alma infiel no sólo al día siguiente, sino a la larga sucesión de los años. Creen a Dios mendaz y exento de recursos, cual si no pudiera o no quisiera cumplir su promesa de dar suficientemente el pan cotidiano o el vestido.

Los primeros desean con todas las veras del corazón la desnudez total y la pobreza perpetua; los segundos, la abundancia de todos los bienes materiales. Los unos se esfuerzan a porfía por sobrepujar la medida del trabajo prescrito, y ello para que después de haber subvenido a los santos usos de monasterio, lo restante se distribuya según el parecer del abad a los prisioneros, a los hospicios, para los extranjeros, a los hospitales, a los indigentes. Los otros no tienen otro objetivo que satisfacer con la superfluidad de su gula la desenfrenada voluptuosidad o la culpable avaricia que les tiranizan.

Finalmente, hemos de admitir que éstos administran con más provecho el dinero que han atesorado con torcida intención, decantándose también en esto de la virtud y perfección de los cenobitas. Estos, a la vez que procuran diariamente grandes entradas al monasterio y se desprenden de ellas con gran espíritu de abandono, perseveran, sin embargo, en una profunda sumisión y humildad, por cuanto no tienen libre disposición de sus personas ni de lo que ganan con el sudor de su frente. Además, merced a este desprendimiento diario del fruto de su trabajo, renuevan sin cesar el fervor de su primera renuncia. Aquellos, en cambio, se engríen por lo mismo que dan con largueza a los pobres, y día tras día se precipitan más y más en su perdición. La paciencia y la fidelidad rigurosa con que aquéllos perseveran fervorosamente en la profesión que abrazaron un día, como que nunca dan satisfacción a sus voluntades, los convierte de continuo en crucificados para este mundo y en mártires vivientes. La tibieza y el capricho de los segundos los sumerge en el infierno.

En esta provincia, los dos primeros géneros de monjes se mantienen, en cuanto al número, a un nivel más o menos parejo. En cambio, en las otras provincias que he tenido que recorrer para subvenir a las necesidades de la fe católica, el tercer género, esto es el de los sarabaítas, abunda de tal suerte que vive a sus anchas casi solo. En tiempo de Lucio, obispo que se había entregado a la perfidia arriana, bajo el gobierno de Valente, tuve que llevar el fruto de una colecta a nuestros hermanos, que habían sido relegados desde Egipto y la Tebaida a las minas del Ponto y de Armenia por su fidelidad a la fe católica. Pude advertir en algunas poblaciones aspectos muy raros de vida cenobítica. Referente a los

anacoretas, no creo hubieran jamás oído mentar siquiera el nombre.

DE UN CUARTO GÉNERO DE MONJES

VIII. Existe aún un cuarto género de monjes, que vimos aparecer poco después. Son aquellos que se jactan de una mera apariencia, de una vana imagen de la vida anacorética.

En sus principios, su fervor en el monasterio hacía sospechar que deseaban verdaderamente la perfección de la disciplina cenobítica. Mas eso duró poco. Bien pronto cayeron en la tibieza. No quisieron a ningún precio cortar los hábitos y los vicios de otro tiempo, y no pudiendo sostener el yugo de la humildad y de la paciencia, rehusando someterse al mandato de los ancianos, se construyeron celdas separadas con ánimo de vivir en ellas solitarios. Así, al no ser molestados por nadie, podrían creer los hombres que eran pacientes, afables y humildes [301]13.

Pero esta profesión nueva o, por mejor decir, esta vida de tibieza, no permite nunca a los que se han dejado inficionar por ella llegar a la perfección. De esta suerte, sus vicios no sólo no se arrancarán, sino que irán de mal en peor, por el hecho de que nadie los excita. Como un virus interior y mortal, se va hendiendo tanto más profundamente en el alma cuanto más oculto se encuentra, y acaba por engendrar un mal incurable. Por reverencia a la celda monástica nadie se atreve a acusar al solitario de los vicios que él mismo quiso más bien ignorar que curar. No obstante, la virtud no se adquiere disimulando el vicio, sino superándolo.

IX. GERMÁN. ¿Existe alguna diferencia entre cenobio y monasterio o significan ambos nombres una misma cosa?

X. PIAMÓN. Aun cuando muchos usan indiferentemente la palabra monasterio por cenobio, existe no obstante una diferencia. Monasterio es nombre propiamente de morada, significativo del lugar o habitación de los monjes; en cambio, cenobio designa además el género y la disciplina de la profesión monástica. Monasterio puede ser también la habitación de un solo monje, y cenobio no puede llamarse sino el lugar donde viven conjuntamente varios de ellos. Se dicen también monasterios las moradas en donde viven las comunidades de los sarabaítas.

DE LA VERDADERA HUMILDAD Y CÓMO EL ABAD SERAPIÓN DESENMASCARÓ LA FALSA MODESTIA DE UN MONJE

XI. Según echo de ver, antes de que vinierais a abrazar nuestro género de vida pertenecíais a un linaje de monjes excelente. Salisteis

---

[301] San Benito ha descrito este género de monjes en su Regla *de* los Monasterios: «El cuarto género de monjes es el de los que llaman giróvagos, que a lo largo de su vida se hospedaban tres o cuatro días por diversas regiones, en distintos monasterios, siempre vagabundos y nunca estables, sirviendo a su propia voluntad y a los delates de la gula y peores en tolo que los sarabaítas.» (I, 10-11.)

de la noble palestra de los cenobitas para seguir después hasta las cimas elevadas de la disciplina anacorética. Seguid, pues, con un corazón sincero la virtud de la humildad y de la paciencia que, a no dudarlo, habéis aprendido **en vues**tro primer estado monástico. No os contentéis, como hacen algunos, en guardar apariencias, fingiendo humillarse con palabras y prodigando inclinaciones afectadas y superfluas.

El abad Serapión tuvo ocasión de desenmascarar finamente esta especie de falsa humildad.

Un día le visitó un monje. Venía con un interior lleno de humildad y con palabras que expresaban el más hondo menosprecio de sí mismo. El anciano le invitó, según costumbre, a recitar las oraciones consabidas. Mas todo fue inútil. El advenedizo rehusaba la invitación, creyéndose indigno de ello. «Un hombre como él, cubierto de tantas miserias. ¡Decididamente, no; era indigno del aire que respiraba!» Se le invitó a sentarse sobre la estera, y tampoco: el suelo desnudo era mejor para él. Tampoco quiso después ofrecer los pies para el lavamiento acostumbrado.

Terminada la comida, el abad Serapión aprovechó la oportunidad de la habitual conferencia para amonestarle con gran benignidad y dulzura. «No debía andar en todas direcciones, ocioso y vagabundo, siempre inconstante y nunca estable; máxime siendo como era joven y robusto. Que se mantuviera en su celda, según la regla dimanada de los ancianos, y tratara de vivir de su trabajo más que de la caridad ajena. San Pablo no había caído en tal error. Obrero del Evangelio, hubiera podido con razón reclamar la hospitalidad como una deuda que se le debía, y, no obstante, prefirió trabajar noche y día para ganar para sí y para los demás que le ayudaban en su ministerio y no podían ejercer un oficio, el pan cotidiano.» Al oír tales palabras, el joven monje se entristeció visiblemente y quedó corrido de vergüenza. Su semblante no podía disimular la amargura que sentía en su corazón.

«Bien, hijo mío—repuso el anciano—. Hace un instante te cargabas con el peso de todos **los** crímenes, y no temías que con la confesión de tales atrocidades incurrieras en la nota de infamia y desestima. Y ahora que te hago una simple admonición, que no tiene en sí nada de humillante y sólo tiene el fin de edificarte y suscitar la dilección del corazón, te has enojado tanto, que la indignación se refleja en tus facciones y no puedes ocultarla con una aparente serenidad. Mientras te humillabas a ti mismo, ¿atendías, por ventura, al contenido de aquella sentencia que yo te citaba: «El justo se acusa en las primeras palabras de su discurso»? 14

Conservad, pues, la verdadera humildad de corazón, que no consiste en demostraciones y palabras afectadas, sino en un abajamiento profundo del alma. Esa humildad se mostrará con la paciencia, que será como una proyección de ella y como la señal más evidente. Y esto no precisamente cuando os atribuyáis crímenes que nadie va a creer, sino cuando os quedéis insensibles a las acusaciones arrogantes que se os harán, y soportaréis con toda mansedumbre e igualdad de animo las injurias que os infieran.

SOBRE EL MODO DE ADQUIRIR LA VERDADERA PACIENCIA

XII. GERMÁN. Quisiéramos saber cómo se adquiere y se conserva esa tranquilidad de que acabas de hablar. Está muy en su punto recomendarnos el silencio, tener cerrados los labios y ahogar todo desabrimiento en las palabras. Pero es necesario también, y ante todo, conservar la dulzura de corazón. Ahora bien, con frecuencia, cuando uno quiere refrenar su lengua, entonces precisamente es cuando pierde la paz interior. Y he aquí por qué nos parece imposible conservar el bien de la mansedumbre, a menos que vivamos solitarios en el fondo de una celda apartada.

XIII. PIAMÓN. La verdadera paciencia y tranquilidad de alma sólo puede adquirirse y consolidarse por una profunda humildad de corazón. La virtud que mana de esta fuente no tiene necesidad del retiro de tina celda ni del refugio de la soledad. En realidad, no le hace falta un apoyo exterior cuando está interiormente sostenida por la humildad, que es su madre y guardiana. Por otra parte, si nos sentimos airados cuando se nos provoca, eso es indicio de que los cimientos de la humildad no son bien estables en nosotros. La menor borrasca que sobreviene es suficiente entonces para socavar todo nuestro edificio espiritual y ponerle en trance de ruina.

Pero la paciencia no es digna de alabanza ni de admiración cuando permanece en su tranquilidad, porque no haya enemigos que la ataquen con sus dardos. Lo que la hace ilustre y gloriosa es quedar inmóvil cuando la tempestad y la tentación irrumpen sobre ella. Porque cuando la adversidad va a vejarla y romperla, entonces es precisamente cuando se robustece. Su filo se agudiza con aquello mismo que parecía había de embotarlo. Nadie ignora que la palabra paciencia viene de padecer. Es evidente, por lo mismo, que sólo merece el nombre de paciente quien soporta *sin* un movimiento subversivo del alma todas las injurias que se le infligen. Salomón lo encomia con razón, al decir: «El hombre paciente vale más que el soldado veterano; el que domina su cólera más que el hombre que conquista una ciudad» ". «El hombre longánimo es rico en prudencia, mas la pusilanimidad es muy insensata» 16.

Si, acobardado por la injuria, uno se inflama en la ira, no hay que creer que la acerbidad del ultraje sea la causa primera de este pecado; no hace más que poner de relieve una debilidad oculta, según aquella parábola del Salvador sobre las dos casas, de las cuales la primera estaba cimentada en la roca, y la segunda, sobre la arena17. Las lluvias, los torrentes, los vientos de la tempestad irrumpen por igual sobre la una y la otra. Mas la que está fundada sobre la solidez de la peña no sufre ruina por la violencia del choque; en cambio, la que está construida sobre la arena movediza e incierta se viene abajo irremisiblemente. Ahora bien, es evidente que la causa de su ruina no está en las lluvias y los torrentes que la amenazan, sino en la imprudencia de aquel que la construyó un día sobre la arena.

La diferencia entre un pecador y un santo no radica en que uno tiene tantas tentaciones corno *el* otro, sino en que el primero no se deja vencer por los asaltos más violentos, en tanto que el segundo cede ante la más leve tentación.

Repitamos que la fuerza del justo no sería merecedora de la alabanza si triunfara sin ser tentado. Porque, ¿cabe una victoria sin combate? Mas

«feliz el hombre que soporta la tentación, porque, tras de haber sido probado, recibirá la corona de la vida que Dios ha prometido a los que le aman» ". Asimismo, según San Pablo, «la virtud se perfecciona», no en el descanso y las delicias, sino «en la flaqueza» 19. Porque «he aquí que te he establecido en este día como una ciudad fortificada, como columna de hierro y muro de bronce sobre toda la tierra, sobre los reyes de la tierra de Judá, sus príncipes, sacerdotes**,** y todos los pueblos de la tierra. Y ellos te harán la guerra; mas no podrán contra ti, porque yo estoy contigo, dice el Señor, para librarte de ellos» ".

EJEMPLO DE PACIENCIA EN UNA MUJER CONSAGRADA A DIOS

XIV. Quisiera daros de esta paciencia dos ejemplos, al menos.

El primero es de una mujer consagrada al servicio de Dios. Practicó con tanto celo la virtud de la paciencia, que, lejos de inhibirse de los golpes de las tentaciones, ella misma se procuró ocasiones de molestias para habituarse a superarlas, por frecuentes que fuesen.

Habitaba esta mujer en Alejandría. Oriunda de una familia no precisamente plebeya, servía devotamente al Señor en la casa que le habían dejado sus padres. Un día fue a visitar al obispo Atanasio, de feliz memoria, y le suplicó que le diera, para mantenerla, alguna de las viudas que vivían a expensas del templo. «Dadme—dijo ella—una de las hermanas para que pueda yo asistirla.»

El pontífice, al verla tan pronta en las obras de misericordia, encomió vivamente su designio. Y ordenó que se le escogiera una viuda distinguida entre todas por la honestidad de sus costumbres, su gravedad y, en una palabra, en toda su conducta. Temía, en efecto, que la generosidad de la bienhechora fuera vencida por los vicios de la obligada, y que, buscando la recompensa en el mantenimiento de una indigente, no se escandalizara en su conducta detestable y sufriera un perjuicio su fe.

La dama condujo a la viuda a su casa y **em**pezó en seguida a prodigarle sus cuidados. Esta no vio en su bienhechora más que modestia y dulzura; constantemente le agradecía las pruebas de caridad que le daba.

Pasaron algunos días, y la dama fue a entrevistarse de nuevo con el obispo: «Os supliqué —le dijo—que me dierais una viuda a quien pudiera yo asistir y atender dócilmente en todas sus necesidades.» El no alcanzaba a comprender, al principio, su pensamiento ni el deseo que animaba a aquella mujer. Creía que el oficial encargado de este cometido había desatendido la demanda. En consecuencia, el obispo inquirió con cierta curiosidad los motivos de la demora. Se enteró de que se había escogido para ella la más honesta de las viudas que habían podido encontrar. Entonces ordena en secreto que se le dé la peor de todas: colérica, quisquillosa, aficionada al vino, locuaz cual ninguna otra. En una palabra, la más viciosa de todas. Fue más fácil encontrar a ésta que a la primera. Se la dieron.

La dama la llevó a su casa y empezó a servirla con la misma diligencia e igual celo que a la precedente. Mas a cambio de tantos beneficios no recibía sino indignos reproches y ultrajes a guisa de

agradecimientos. Y vejándola con continuas invectivas e insultos, reprochaba a la dama el haberla solicitado al obispo, no para darle solaz, sino para atormentarla y llenarla de humillaciones. En lugar de mudarse el trabajo en reposos había ocurrido todo lo contrario. Las tiñas y querellas llegaron al punto de que la viuda procaz llegara incluso a las manos hasta golpear a su bienhechora. Esta no hacía más que redoblar sus atenciones y sus muestras de humildad. Aprendía a vencer aquella furia desatada no por la resistencia, sino por una humilde sumisión. Y colmada la medida de sus humillaciones, se afanaba a calmar por la mansedumbre de su caridad el proceder insensato de aquella mujer.

Curtida por esta ascesis de humildad, llegó a la perfección de la paciencia, que constituía toda su ambición. Volvió al pontífice y le dió las más rendidas gracias por lo acertado de su elección y las ventajas que habían redundado para ella. El le había procurado, en la medida de sus deseos, una digna maestra de paciencia, pues sus continuas vejaciones le habían robustecido día a día, como el aceite hace a los atletas, hasta conducirla a la perfecta paciencia. «En fin decía-me disteis una viuda a quien yo pudiera atender; porque, en cuanto a la primera, ella era la que honraba y consolaba por sus buenos servicios".

Pero he hablado ya bastante del sexo débil. Un ejemplo como éste no es tal que pueda edificarnos únicamente; debería llenarnos de confusión a nosotros, que no podemos conservar nuestra paciencia, a menos de mantenemos encerrados en el fondo de nuestras celdas como fieras en su guarida.

EJEMPLO DE PACIENCIA DEL. ABAD PAFNUCIO

XV. Propongamos ahora un segundo ejemplo: el del abad Pafnucio.

Este varón no ha cesado de morar en Escete, yermo glorioso, digno de ser celebrado por el mundo entero, del cual es actualmente sacerdote. Tal ha sido siempre su amor a la soledad, que los otros anacoretas le han dado el apelativo de Búbalo, el buey salvaje, por el deseo innato del retiro del desierto y por el gusto que tiene en permanecer oculto constantemente.

Desde sus tiernos años de infancia brillaba una gracia singular en su persona. Los más ilustres y santos Padres de este tiempo admiran su gravedad, su constancia a toda prueba, que nada es capaz de desconcertar. A pesar de su juventud, le igualaban a los ancianos por el mérito de su virtud, juzgándole digno de sentarse entre ellos. Mas ello fue parte para que la misma pasión que había nacido en los hijos de Jacob contra su hermano José prendiera con la violencia del fuego en el corazón de uno de nuestros hermanos. Poseído por un deseo torcido de eclipsar con un baldón infamante el brillo de una tal santidad, su malicia inventó esta estratagema. Un domingos atisbando el momento en que Pafnucio salía para la iglesia, entró él furtivamente. Sin ser visto de nadie, escondió su manuscrito entre las sogas que el joven solitario elaboraba con las hojas de palmera. Luego, seguro del éxito de la empresa tan bien calculada, como hombre que tiene la conciencia tranquila, fue a la iglesia con los demás.

Terminó la solemnidad como de costumbre. Entonces, en presencia de todos los hermanos, el infeliz llevó su queja a Isidoro, que era antes del abad Pafnucio el sacerdote de este desierto. Afirmó que se le había robado el códice que tenía en su celda.

Esta afirmación causó una sensación indecible en el alma de todos los monjes, y en particular en el venerable sacerdote. No sabían qué pensar ni a qué atenerse, pues estaban estupefactos ante el anuncio de un delito semejante e inaudito hasta entonces. Nadie se acordaba de que una cosa semejante hubiera ocurrido jamás en este de-desierto, y, por lo demás, no se vio tampoco en lo sucesivo.

A pesar de ello el delator insistía en que todos los hermanos se quedasen en la iglesia y que se escogiera algunos para que fuesen a registrar las celdas una a una. Isidoro accedió y confió este cometido a tres ancianos. Estos van y vienen circulando por todos los rincones. Llegaron por fin a la celda de Pafnucio, y encontraron el manuscrito escondido entre las trencillas de palmera, que ellos llaman siras, todo como lo había colocado el insidioso. Sin más, lo llevan a la iglesia y lo muestran a todos.

Pafnucio estaba seguro de la pureza de su consciencia. No obstante, como si se reconociera culpable del latrocinio, se sometió humildemente a la satisfacción que quisieran imponerle, y suplicó que se le recibiera a penitencia. Con esto ponía de manifiesto su pudor y su modestia. Pues si hubiese intentado negarlo le hubieran tildado de mentiroso, ya que nadie podía sospechar otra cosa que lo que había revelado el registro en su celda.

Inmediatamente se alejó de la iglesia no tanto abatido por su desgracia cuanto lleno de confianza en el juicio de Dios. Derrama lágrimas y ruega sin cesar, triplica sus ayunos y se humilla aún más profundamente ante la faz de los hombres con sentimientos de verdadera humildad. Al cabo de dos semanas, se echa a los pies de todos poseído de la más profunda compunción de alma v cuerpo. Hasta el punto de que el sábado y el domingo iba a la iglesia muy de madrugada no para recibir la sagrada comunión, sino para prosternarse en la puerta e implorar el perdón.

Mas aquel cuyas miradas penetra los sectores más ocultos, no permitió que fuera por más tiempo víctima de sus penitencias y del menosprecio de los demás. El autor del crimen, el malvado ladrón de su propio bien y difamador del honor de su prójimo publicó la acción malvada que había cometido sin testigo. Lo había hecho bajo la influencia del demonio, que había sido también el instigador de aquel crimen. Poseído por uno de los demonios más crueles, reveló toda la trama de sus intenciones homicidas, y el mismo que había inventado la pérfida calumnia fué su denunciador.

El espíritu impuro le atormentó duramente y por largo tiempo. En vano la plegaria de los santos que habitaban en este yermo y que habían recibido el carisma divino de lanzar a los espíritus inmundos, se ofrecía por él, para librarle de aquellas torturas. El mismo Isidoro no pudo salir con su intento de curarle, a pesar de su gracia singular. Dios había concedido a este hombre un poder tan grande, que jamás se le

conducía un poseso que no fuera curado antes de llamar a su celda. Cristo reservaba esta gloria al joven Pafnucio. Sólo la oración de aquel que había sido traicionado tan alevosamente debía liberar al culpable. Invocando el nombre de aquel a quien su odio y envidia había creído poder humillar su honor, recibiría él el perdón de su falta y podría ver el fin de sus suplicios.

Así, pues, ya desde su adolescencia daba Pafnucio con antelación indicios de lo que iba a ser más tarde. Apenas salido de los años de la infancia, dibujaba los primeros trazos de una perfección que debía tomar, con la madurez de los años, maravillosos acrecentamientos. Si queremos llegar corno él a la alturas de esta virtud consumada, preciso es que cimentemos el edificio espiritual sobre bases semejantes.

LA PERFECCIÓN DE LA PACIENCIA

XVI. Dos razones me han movido a contaros esta historia. En primer lugar, consideremos la calma inquebrantable y la constancia a toda prueba de Pafnucio. Y puesto que los golpes que nos asesta el enemigo son en comparación tan insignificantes, penetrémonos tanto más de los sentimientos de tranquilidad y paciencia.

En segundo lugar, estemos plenamente convencidos de que no podemos estar seguros contra el vendaval de las tentaciones y ataques del demonio, si colocamos la salvaguarda y el baluarte de nuestra paciencia no en el vigor de nuestro hombre interior, sino en la clausura de nuestra celda, en el retiro de la soledad, en la compañía de los santos o en cualquier otro apoyo exterior a nosotros. Si aquel que ha dicho en el Evangelio: «El reino de Dios está dentro de vosotros» ", no vigoriza nuestra alma con la virtud de su protección, **en** vano nos jactaremos de vencer los embates de las potestades del aire o evitarlas por la distancia de los lugares, o cortarles el paso por las fronteras de una celda.

Nada de todo esto faltó al abad Pafnucio. Sin embargo, el tentador no dejó de hallar un camino para atacarle. Ni **el** recinto de su celda que le encerraba, ni la soledad del desierto, ni los méritos de tantos hombres santos reunidos en estos parajes no lograron rechazar el espíritu del mal. Mas él no había puesto la esperanza en socorros exteriores. Su corazón se adhería a aquel que juzga los secretos más íntimos del alma. Y he aquí por qué, asaltado por una máquina de guerra tan formidable, no pudo ser superado.

En revancha, el malvado a quien la envidia precipitó en un pecado inconcebible, ¿no gozaba también de la ventaja que ofrece la soledad, la protección de una celda apartada, del comercio del bienaventurado Isidoro [y] de tantos otros santos? Pero el huracán suscitado por el diablo **en**contró su casa cimentada en la arena, y no contento con combatirla por fuera, la derribó por el suelo.

No busquemos, pues, nuestra paz fuera de nosotros. No contemos con la paciencia del prójimo para ayudar al vicio de nuestra impaciencia Así como «el reino de Dios está dentro de vosotros» [22], así también «el hombre tiene por enemigas a las gentes de su casa» Ningún familiar hay más íntimo que mi propio corazón. Y, sin embargo, nadie es tan enemigo para mí como él. Seamos vigilantes y nuestros enemigos interiores no

podrán vulnerarnos. Si las gentes de nuestra casa cesan de combatirnos, nuestra alma poseerá en la paz el reino de Dios. A la verdad, si con toda diligencia examinas lo motivos, verás cómo nin[9]ún otro hombre podrá hacerme daño alguno, cualquiera que sea la malicia que deplore, si mi corazón inquieto no me pone en guerra contra mí mismo. Si yo soy herido, no **es eso** debido al ataque de otro, sino a mi propia impaciencia. Así acontece con la alimentación fuerte y sólida: es buena para el que está sano, perniciosa para el enfermo. No puede hacer daño al que la toma, a menos que encuentre en su debilidad la fuerza de perjudicarle.

Si, pues, se repite entre los hermanos semejante hecho, no salgamos por eso de nuestra tranquilidad, ni adoptemos la detracción y las palabras de violencia que se encuentran en la boca de los seglares. Por lo demás, es preciso no admirarse del hecho de que hombres perversos y criminales vivan mezclados con varones santos. Mientras vivimos zarandeados y envueltos por el aire de este mundo, es inevitable que la paja destinada al fuego eterno se encuentre barajada con el trigo puro. Acordémonos que hubo **un Satanás en** medio de los ángeles, un Judas entre los apóstoles, un Nicolás, autor de una herejía monstruosa, entre los diáconos [30224]. Y no nos sorprenderemos demasiado de descubrir en el rango de los santos hombres corrompidos por el mal. Sé que hay algunos que sostienen que este Nicolás no es aquel que los apóstoles escogieron para la obra del ministerio; pero no pueden negar que no fuera del número de aquellos discípulos cuya eminente perfección fue hasta tal punto evidente en aquel tiempo que ya hoy es muy raro encontrar monjes de semejante virtud en los cenobitas.

Por tanto, no limitemos nuestro pensamiento a la ruina del solitario que cayó un día en este yermo famoso, ni en la infamia, que por lo demás supo borrar después con lágrimas de penitencia. Complazcámonos más bien en considerar el ejemplo de Pafnucio. Esto es lo positivo. No busquemos una ocasión de escándalo en el pecado del primero, en el cual un celo malo torneado por la religión se añadió al vicio antiguo de la envidia; imitemos con todas nuestras fuerzas la humildad del segundo. Esta no fue un fruto espontáneo del desierto, sino que, adquirida

LA ENFERMEDAD DE LA ENVIDIA

XVII. No obstante, quiero que lo sepáis, el morbo de la envidia es de más difícil curación que los otros vicios. Cuando un alma está infectada de su veneno, casi me atrevería a afirmar que no tiene remedio.

---

[302] [24] Piamón, siguiendo la opinión de algunos Padres, c[o]mo San Irineo, Tertuliano, San Jerónimo, etc., atribuye a Nicolás, uno de los siete primeros diáconos, la herejía de los nicolaítas. A decir verdad, estos herejes se valieron del nombre de ese personaje venerable para autorizar así sus doctrinas heréticas. Cfr. Eusebio, *Hist. Eccl.* Tu, 39.entre la sociedad de los hombres, se desarrolló más y más hasta llegar a su perfección en la soledad.

Constituye el azote del cual nos habla en figura el profeta: «He aquí que yo enviaré contra vosotros basiliscos, contra los cuales no hay encantamientos, y os morderán» ". Muy justamente compara el profeta la mordedura de la envidia al mortal veneno del basilisco. Porque el primer autor de la envidia es el principio de todo mal y ha perecido él mismo haciendo perecer a los otros. Envenenándose él mismo, antes de verter el virus de la muerte en el hombre a quien envidiaba, fué la causa de su propia ruina. Así lo expresa el sabio: «Por la envidia del diablo la muerte ha entrado en el mundo, y los que se hacen de su facción vienen a ser sus imitadores» ". Del mismo modo, en efecto, que el demonio, corrompido el primero por esta peste mortífera, se hace inaccesible al remedio de la penitencia y a todo tratamiento de calmar el mal, parejamente aquellos que se abandonan a las mismas mordeduras venenosas hacen imposible todo remedio. Porque lo que motiva su tortura no **son** las faltas de aquel a quien envidian, sino su bondad. Sonrojándose desde entonces de manifestar a la luz del día la verdad, buscan razones absurdas y vanas de ofenderse. Como son absolutamente falsas, y coma, por otra parte, el mortal veneno que no quieren manifestar queda oculto en sus meollos, todo tratamiento es inútil.

Así, el sabio afirma a este propósito muy acertadamente: «Si la serpiente muerde sin silbar, el encantador de nada sirve» 27. Tales son, en efecto, estas mordeduras secretas, que no puede curar la medicina de los sabios. Hasta tal punto es incurable este mal. Las caricias lo exasperan, la buena conducta la aumenta, las dádivas lo irritan más y más: «La envidia, dice también Salomón, no puede sufrir nada» ". Cuanto más se engrandece el prójimo por la sumisión de la humildad o por la paciencia o por la gloria de la munificencia, más herido se siente el envidioso con los aguijones de la pasión. La que él quisiera es la ruina de su hermano, su muerte, nada más.

Recordad a los hijos de Jacob. La sumisión del inocente José estaba muy lejos de apaciguar el fuego de su envidia: «Sus hermanos tenían celos de él, dice la Escritura, porque su padre le amaba; y no podían dirigirle una sola palabra en son de paz» 29. Las cosas llegaron a tal punto que sus hermanos, cada vez más impacientes e irritados por las atenciones y sumisión del jovencito, ávidos de su muerte, pudieron a penas contentarse con venderle como a un esclavo.

Es, pues, una verdad inconcusa que de todos los vicios la envidia es el más difícil de curar. Y es porque los remedios que amortiguan a los otros le excitan aún más.

Supongamos, por ejemplo, que alguien se lamenta de haber sufrido algún mal. La liberalidad le ofrece una compensación, y así queda todo cancelado y resuelto. Otro se rebela por la injuria que le ha sida inferida, y una humilde satisfacción le calma. Pero ¿qué hacer con un hombre que se ofende de veras más humildes, más dulces? Si fuera la pasión lo que atiza su cólera, los presentes le tranquilizarían. Si fuera una herida del amor propio o el deseo de venganza, las atenciones y las caricias pondrían fin y remedio a su mal. Pero es únicamente el éxito, la felicidad de otro lo que le irrita. Y decidme, ¿quién es **el** hombre que para satisfacer a un envidioso se resignará a abandonar su felicidad, menospreciar la prosperidad y ser la víctima de cualquier calamidad?

Para que el basilisco no mate con una sola de sus mordeduras emponzoñadas todo lo que vive en nosotros, y por decirlo así, animado por la moción vital del Espíritu Santo, es necesario implorar sin cesar el socorro de Dios, para quien nada es imposible. Porque para el veneno de las otras serpientes—y por este veneno entiendo yo los pecados o los vicios carnales—, tanto la fragilidad humana está pronta a sucumbir como fácil a librarse de ellos. Las heridas que hacen se reconocen por ciertos indicios exteriores y corporales; y por perjudicial que pueda ser la hinchazón que producen, si un encantador, hábil en servirse de las fórmulas mágicas de la Escritura, aplica el remedio de las palabras saludables, el veneno no llegará a dar la muerte al alma. Mas la envidia, coma veneno que arroja la serpiente, destruye la religión y la fe hasta las raíces de su vida, antes que la herida se haya declarado al exterior. Y digo que da al traste con la religión y la fe. porque el envidioso no se encara con el hombre, sino con Dios. No encontrando nada que reprender en su hermano más que la felicidad en que vive, censura no la falta de un hombre, sino los juicios de **Dios. Es** realmente «la raíz de la amargura que echa sus retoños» 30, como dice San Pablo, y que no crece sino para ultrajar a Aquel de quien dimanan todos los bienes para el hombre.

Por otra parte, no hay que admirarse de que Dios amenace con enviar basiliscos para morder a los que le ofenden ". No cabe duda que él no es el autor de la envidia. Siempre, según el orden providencial, los dones excelentes son concedidos a las humildes y denegados a los soberbios y réprobos. Es justo y digno de sus juicios que la envidia parezca un azote que viene de su mano para morder y consumir a los que merecen ser entregados a su «sentido réprobo» [32], en frase del Apóstol. Es lo que expresan estas palabras: «Ellos me han provocado amando lo que no es Dios; yo los provocaré amando lo que no es un pueblo» 33

Después de esta conferencia del abad Piamón, el deseo que nos había movido a abandonar la escuela elemental del monasterio cenobítico para tender al grado superior de los anacoretas, se inflamó más aún. Bajo su doctrina aprendimos los primeros principios de la vida solitaria, de la cual debíamos adquirir en seguida, en Escete, un conocimiento más perfecto.

CONFERENCIA DEL ABAD JUAN

DEL FIN DEL CENOBITA Y DEL ERMITAÑO

Capítulos: I. Del monasterio del abad Pablo y de la paciencia de un monje.—II. De la humildad del abad Juan.—III. Respuesta del abad Juan: por qué dejó el desierto.—IV. De la virtud que el anciano ejercitó en la disciplina eremitica.—V. De las ventajas del yermo.—VI. De las ventajas del monasterio.—VII. Pregunta sobre los frutos de la vida cenobítica y los de la soledad.—VIII. Respuesta.— IX. De la verdadera y consumada perfección.—X. De los que, siendo imperfectos, van al desierto.— XL Pregunta sobre el remedio para aquellos que salen en seguida del monasterio con rumbo al yermo.—XII. Respuesta: de cómo puede el solitario conocer sus vicios.—XIII. Pregunta sobre cómo puede curarse quien va a la soledad no habiendo desarraigado aún sus vicios.—XIV. Respuesta sobre la medicina que conviene a estos tales.—XV. Pregunta sobre si la castidad, al igual que las demás virtudes, puede ponerse a

prueba.—XVI. Respuesta: qué indicios acusan la presencia de la virtud de la castidad.

EL MONASTERIO DEL ABAD PABLO. PACIENCIA DE UN MONJE

I. Era tan grande el deseo que nos impulsaba a aprovechar en la doctrina, que pocos días después partimos de nuevo y llegamos con gran alegría espiritual al monasterio del abad Pablo. A la sazón moraban en él más de doscientos monjes, y en aquella coyuntura, debido a una fiesta que se celebraba—el aniversario de la defunción del último abad que había regido el monasterio—, se había congregado un gran número de monjes de otros cenobios.

Y hablo adrede de esta asamblea tan numerosa, porque quisiera contar en pocas palabras el rasgo de paciencia de un hermano **que se distinguió** precisamente por la dulzura inalterable de que dio prueba en presencia de toda esta reunión. En realidad, el fin del presente escrito es distinto: me propongo en él traer a colación las palabras del abad Juan[303 1], que había abandonado el desierto para someterse con una humildad admirable a la disciplina de este monasterio. No creo hacer nada fuera de propósito si, prescindiendo de toda circunlocución en las palabras, puede ser, como espero, motivo de edificación para todos los que sienten el gusto de la virtud.

Los monjes se habían sentado ya para el almuerzo en grupos de a doce en un atrio inmenso y al aire libre [2]. Ahora bien: ocurrió que un hermano presentó con cierta demora el plato que traía consigo. Y con tal motivo el abad Pablo, que iba y venía activamente en medio de los servidores, alargó la mano y le dio a la vista de todos un bofetón tan sonoro que hasta los que se hallaban en los extremos más distantes pudieron oírlo.

Su intención al obrar así fue demostrar a los jóvenes circunstantes la paciencia de este monje e instruirles con el ejemplo de una tan rara humildad. En efecto, el joven, cuya paciencia es digna del recuerdo de los hombres, recibió **este**

Este episodio fue objeto de gran admiración no sólo para nosotros, que, llegados hacía poco de un monasterio de Siria, no habíamos presenciado tan altos ejemplos de paciencia, sino también para aquellos que no eran ajenos a

---

303 1 Posiblemente se trata del abad a quien menciona Casiano en la Col. XIV, cc. 4 y 7.

2 *Subdivalis,* dice el texto crítico, esto es, *sub divo* o *sub dio.* Como quien dice al aire libre, al cielo raso, sin techumbre que los protegiera.ultraje con tanta dulzura, que ni siquiera salió de sus labios una palabra, ni se dejó adivinar en el temblor silencioso de sus labios el más leve murmullo. Además, su aire modesto, su serenidad, el mismo color de su semblante, no se alteraron en lo más mínimo.

estas prácticas heroicas. Inclusive los más consumados en virtud hallaron en esto gran motivo de edificación. Sobre todo por el hecho de que si la corrección de su abad no había pedido alterar su paciencia, tampoco las miradas de una gran multitud habían sido parte para causar el menor sonrojo en su semblante.

HUMILDAD DEL ABAD JUAN

II. En este monasterio, pues, encontramos a un anciano, ya muy avanzado en años, que se llamaba Juan. Creo un deber referir aquí las palabras que nos dirigió y la humildad que le elevaba por encima de todos. Porque esta virtud era, en efecto, en lo que él sobresalía particularmente

Aunque sea ésta la madre de todas las demás y la piedra angular de todo edificio espiritual, permanece totalmente ajena a nuestra vida. No es, pues, maravilla que nos sea imposible elevarnos a la altura sublime de estos grandes hombres, cuando ni siquiera somos capaces de sujetarnos hasta la vejez a la disciplina cenobítica. Satisfechos de haber llevado apenas dos años el yugo de la obediencia, nos sustraemos en seguida a ella para refugiarnos en una libertad presuntuosa y fácil. ¡Si al menos durante este corto lapso de tiempo hubiésemos observado, en la sumisión a nuestro abad, el estricto rigor de que ellos nos daban ejemplo! Pero es una obediencia inconstante que va subordinada a la veleidad de nuestro capricho.

Habiendo conocido a este anciano en el monasterio del abad Pablo, admiramos en seguida la gracia que resplandecía en él y lo avanzado de su edad. Luego, pegando el rostro en tierra, le suplicamos nos explicara los motivos que le habían inducido a renunciar a la libertad del desierto y a esta profesión sublime en que había conquistado una fama universal, para abrazar con preferencia la vida cenobítica.

Nos respondió que la disciplina anacorética sobrepujaba su virtud y se sentía indigno de tan alta perfección. Tal era el motivo por el cual había vuelto a las escuelas donde se forman los novicios[304 3]: quería seguir sus instituciones de una manera que estuviera en consonancia con la excelencia de esta profesión. Pero la humildad de semejante respuesta no nos satisfizo, y, ante nuestras instancias, se decidió al fin a hablar.

III. Os admiráis de que yo abandonara la vida anacorética. Y, sin embargo, esa vida no me inspira sentimientos de alejamiento o despre-

---

304 3 Santo Tomás alude a este pasaje para probar que es permitido alguna vez pasar de un estado de vida religiosa más estricto a otro más amplio. Vide *Teol. II.* q. 189, a. 8.

cio; al contrario, siento por ella una gran veneración y la apruebo con todas las veras del alma. Después de treinta años transcurridos en un monasterio de cenobitas, siento la satisfacción de haber vivido veinte en el desierto, sin haber sido censurado de relajación por aquellos que se mostraban mediocres en esta vida.

Mas después de haber gustado su pureza, este estado perdió para mí sus encantos, al verlo tan desquiciado por el cuidado de las necesidades materiales. Me pareció más ventajoso ingresar *en* un monasterio cenobita para abrazar allí una profesión menos elevada y sortear los peligros de una vocación tan sublime. Porque más vale el fervor **en** un estado menos perfecto que la tibieza en uno más elevado.

Si, no obstante, vierto algún concepto que parezca impugnar la humildad o insinuar una amplitud excesiva, os ruego no lo atribuyáis a la jactancia, sino al solo **deseo de** edificaras. Tened por cierto que si no oculto nada de la verdad a hombres que la buscan con ardor, eso no es debido a orgullo, sino a caridad. Asimismo creo que mis palabras podrán seros de algún provecho si, prescindiendo por un momento de la humildad, os descubro sencillamente mi propósito. Abrigo la esperanza de que no vais a interpretar mi franqueza de petulancia ni a censurarme de mentiroso por haber paliado la verdad.

CÓMO EL ABAD JUAN PRACTICÓ LA VIRTUD SIENDO ERMITAÑO

IV. Si alguna vez hubo alguien que se deleitara en el retiro de la soledad hasta el punto de que, olvidando el comercio de los hombres, pudiera decir con Jeremías: «No deseé el consorcio humano, tú lo sabes, Señor» [4]. fui yo. Confieso que Dios me hizo la gracia de establecerme en esta disposición de ánimo o, por lo menos, de esforzarme para llegar a ella. Recuerdo que a menudo me vi envuelto en tales transportes—gracias al favor de Dios—, [q]ue llegaba a olvidar el peso de este cuerpo frágil. Mi alma se inhibía de pronto de sus sentidos exteriores y era arrebatada tan lejos del mundo material, que ni mis ojos ni mis oídos eran capaces de ejercer su cometido. El pensamiento de las cosas de Dios y la contemplación espiritual llenaban hasta tal punto mi corazón, que con frecuencia no me acordaba por la tarde si había tomado el alimento durante el día, y me sentía a la mañana siguiente perplejo por si había quebrantado el ayuno la víspera.

Por este motivo se introdujo la costumbre de reservar el sábado en un canastillo el alimento de la semana, es decir, catorce panes. De este modo, si el solitario se olvidaba de tomar su refección, podía caer en la cuenta fácilmente. Esta práctica tenía además la ventaja de poder prevenir otro error. Cuando se había terminado el pan era señal evidente de que había concluido la semana y había llegado el domingo. Lo cual advertía indefectiblemente al solitario que tenía que asistir a la asamblea de los monjes para celebrar la solemnidad de costumbre. Si los arrobamientos del alma, a que aludía, llegaban a turbar este orden, el trabajo cotidiano ofrecía un nuevo sistema de contar los días evitando así toda equivocación.

No digo nada en cuanto a las otras virtudes propias del yermo. Mi

intención no es considerar el número infinito de ellas, antes bien examinar cuál es el fin del ermitaño y cuál el del cenobita. Os explicaré someramente las razones que me han movido a abandonar la soledad, pues esto es lo que deseáis saber. Asimismo, haré mención de aquellas virtudes más sublimes que he preferido a todo el fruto espiritual que en la soledad puede cosecharse.

V. Mientras fueron pocos los que moraban en el yermo, gozamos de plena libertad para vivir a placer en sus vastas soledades. Mientras el retiro más intenso nos dejaba amplio margen para entregarnos con frecuencia a estos celestes transportes, y las visitas no turbaban nuestro espíritu con los deberes de la hospitalidad, ardía yo en deseos de vivir más y más en el secreto tranquilo de la soledad y en esa paz comparable a la felicidad de los ángeles.

Llegó el día en que gran número de monjes fue al desierto. Sus soledades, hasta entonces inmensas, se tomaron, por decirlo así, sumamente angostas. En seguida pareció extinguirse el fuego de la divina contemplación, y el cuidado de las cosas materiales nos envolvió en sus lazos. Entonces fue cuando sentí vivos deseos de seguir el ideal cenobítico, antes de verme languidecer en una profesión tan excelsa por la preocupación constante de los menesteres de la carne.

Si no tenía ya la libertad ni los transportes espirituales de que había gozado en otro tiempo, tendría ciertamente el consuelo de cumplir el precepto evangélico, alejando completamente toda solicitud del mañana. Por lo demás, la pérdida de una contemplación sublime tendría su compensación en la humildad de la obediencia. En fin, es algo sumamente lamentable hacer profesión de un arte o carrera y no alcanzar su perfección.

DE LAS VENTAJAS DEL MONASTERIO CENOBÍTICO

VI. Y ahora dejadme que os haga una exposición rápida de las ventajas que ofrece la vida cenobítica. Vosotros mismos podréis apreciar, una vez haya concluido, si se compensan o no con las de la soledad. Y os daréis cuenta también si fue la displicencia o más bien el deseo de pureza que buscaba en el desierto lo que me movió a encerrarme en un monasterio de cenobitas.

Aquí, en el monasterio, no hay necesidad de prever el trabajo cotidiano; ninguna preocupación de venta o compra; nada de ese ineludible menester de procurarse el pan para todo el año, ni esa sombra fatídica de mirar por las cosas materiales para atender a las propias necesidades o a los numerosos visitantes. No existe la pretensión de gloria humana—vicio más sórdido que todos los precedentes—que nos mancille, y que a menudo hace estériles a los ojos de Dios los grandes trabajos del desierto.

En la vida anacorética fluctuamos constantemente entre la elevación espiritual y la plaga funesta de la vanagloria. Pero paso en silencio estos peligros. Volvamos a esa carga pesada que es común a todos, es decir, al cuidado de procurarse el alimento. ¿A qué extremos no se ha llegado? Se han rebasado los límites de la antigua austeridad que no conocía el uso del aceite. Más: ya nadie se da por satisfecho con la medida introducida por

el relajamiento de nuestros tiempos. Un sextario de aceite, un modio de lentejas bastaban para todo un año para atender a la recepción de los huéspedes. Y ahora se ha duplicado, se ha triplicado la medida; mejor dicho, apenas si se puede vivir con ello.

Muchos han llevado más allá de los límites este relajamiento. Estamos ya muy lejos de aquellos tiempos en que nuestros predecesores en la vida eremítica dejaban caer la gota de aceite sobre el vinagre mezclado con la salmuera sólo por evitar la vanagloria.

Para halagar la delicadeza del gusto, rayan queso de Egipto y lo condimentan después con más aceite de lo necesario. Y así, se regalan con las delicias del paladar, tomando a un tiempo dos manjares que tienen sendos condimentos y que bien podrían servir para celebrar dos banquetes en momentos distintos,

Y ¿hasta qué punto no va esa υλικη ξκτηοιφ, es decir, la pasión de poseer? No puedo hablar de esto sin enrojecer. Los anacoretas han llegado al extremo de poseer en sus celdas una colcha, so pretexto de ejercitar la virtud de la hospitalidad y tener que recibir a los extranjeros. Paso por alto tantas otras cosas que gravan a un alma que vive en transportes espirituales, solícita por la contemplación. La afluencia de los monjes, los deberes que imponen la recepción y conducta de los huéspedes, el cúmulo de ocupaciones y cuidados que ocasionan las mutuas visitas y conversaciones interminables, cuyos efectos perduran después y siguen solicitándonos, haciendo de nuestro espíritu un juguete de la agitación que nos tiraniza sin cesar, son otros tantos lazos que encadenan la libertad de la vida anacorética. Eso es lo que impide que el corazón se eleve hasta aquella alegría inefable de que hablé más arriba, quedando malogrados los frutos de la profesión eremítica.

En cuanto a mí, no puedo ciertamente que-iarme de la comunidad en que vivo ni de los monjes que me rodean. Por lo menos no me faltan ni la paz del alma ni la tranquilidad de un corazón libre de inquietudes. Y si aquellos que viven en la soledad no gozan de ellas como ye, es que están obligados a los trabajos de la vida eremítica, y en cambio están privados de sus frutos, que no se adquieren más que por la estabilidad v la paz del espíritu.

En fin, aun en el supuesto de que la vida común me arrebatara alguna cosa de la pureza de corazón de que gozaba en otro tiempo, no obstante encuentro una compensación en el cumplimiento del precepto evangélico. En efecto, todas las ventajas de la soledad no sobrepujan cierta-, mente la de no tener ningún cuidado por el día siguiente, y la de poder imitar, sometiéndome hasta el fin a la iniciativa de un abad, a aquel 266 de quien se ha escrito: «Se anonadó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte» [5], y repetir humildemente con él: «No vine a hacer mi voluntad, sino la de mi Padre que me envió» 6.

SOBRE LOS FRUTOS DE LA VIDA CENOBÍTICA Y LOS DE LA SOLITARIA

VII. GERMÁN. Creo que no solamente has rozado—como hacen la mayoría—los primeros grados de estas dos vidas, sino que has llegado

ya a la cumbre de ellas. Ahora deseamos conocer cuál es el fin del cenobita y cuál el del ermitaño. Nadie seguramente puede tratar este tema de una manera completa y con mayor conocimiento de causa que quien ha sido perfecto en una y otra, merced a una prolongada práctica y a las lecciones de ese pedagogo ideal que es la experiencia. Sólo él puede, por lo mismo, exponer a ciencia cierta el mérito v fin de ambos estados.

VIII. JUAN. Que haya un hombre perfecto en, ambas profesiones estoy por decir que es cosa imposible, si no fuera porque se dan casos esporádicos. Porque es una gran maravilla el que un hombre llegue a ser consumado en uno v otro estado. ¡Cuán difícil es a las fuerzas humanas reunir sin mengua la perfección de las dos! Si el caso se da, esto no nos autoriza para establecer una regla general. Esta no se cimienta sobre una ínfima minoría ni en la consideración de unos pocos. Se fundamenta en lo que es patrimonio de un gran número, o por mejor decir, de todos. Lo que pueda acontecer a algunos privilegiados y que sobrepuja a las posibilidades de una virtud común, debe descartarse de los preceptos generales, como un favor que excede nuestra condición de hombres y la fragilidad de nuestra naturaleza. Se les tendrá en consideración, aceptándolo no tanto como un ejemplo cuanto como un milagro.

Y esto sentado, paso brevemente, y según mis cortos alcances, a responder a vuestras preguntas.

El fin del cenobita es mortificar y crucificar sus propias voluntades. Y en consonancia con el precepto evangélico, no pensar en el mañana 7. Nadie, fuera del cenobita, puede realizar este ideal. El profeta Isaías pinta a éste tal con trazos que le proclaman bienaventurado, colmándole de elogios: «Si retrajeres tu pie del sábado, de modo que no realices tus quehaceres en mi día santo, y llamas al sábado delicia, venerable al día santo de Dios, te gozarás en el Señor y te hará remontar todas las alturas de la tierra y te daré a comer la herencia de Jacob, pues la boca del Señor ha hablado» 8.

El ideal del ermitaño consiste en tener el espíritu desprendido de todas las cosas terrenas, y unirse de este modo a Cristo, en cuanto es posible a la humana fragilidad. El profeta Jeremías lo describe así: «Feliz el hombre que lleva el yugo desde su juventud: se sentará solo y se callará, porque ha tomado este yugo sobre sí» 9.

Y el salmista dice también: «He venido a ser como pelícano del desierto. No duermo y sollozo, como pájaro solitario sobre el tejado» 10.

Supongamos que ni uno ni otro llegue al ideal de su profesión, como acabamos de enunciarlo: es inútil entonces que abrace aquél la disciplina cenobítica y éste la vida solitaria: ninguno de los dos cumple con su vocación.

DE LA VERDADERA Y CONSUMADA PERFECCIÓN

IX. Pero esta μερκη, es decir, la perfección, que no llega a ser integral o del todo consumada, no es más que una parte de la perfección. Cuán rara sea la perfección total lo prueba el hacho de que

hayan sido tan pocos los que la han alcanzado por un don gratuito.

Aquel es perfecto —y no sólo en parte, sino totalmente—que sabe soportar con igual grandeza de ánimo el horror de la soledad en el desierto y las debilidades de sus hermanos en los monasterios. Pero es muy difícil encontrar a alguno que sea totalmente consumado en una y otra profesión: puesto que ni el anacoreta llega plenamente al ακτημοσυνην, o sea al desprecio y desnudez de las cosas materiales, ni el cenobita a la pureza de la contemplación.

Sin embargo, me consta que el abad Moisés, Pafnucio y los dos Macarios han poseído a la perfección ambas virtudes. Eran perfectos en estas dos profesiones: en el retiro se alimentaban insaciablemente del secreto de la soledad mucho más que los demás moradores del desierto; y **en** cuanta les era dado, no buscaban la compañía de los hombres. Pero, por otra parte, soportaban admirablemente el consorcio y debilidades de los que acudían a ellos. A pesar de la multitud de monjes que afluían de todas partes, ya fuera para visitarles, ya con el deseo de aprovechar —causando esa inquietud constante que supone el tener que recibir a tanta gente—, conservaban una paciencia inalterable. Cualquiera hubiese creído que no habían aprendido ni practicado en su vida otra cosa que los deberes de la caridad para con los advenedizos. Y todos se preguntaban cuál era el estado de vida en que más celo mostraban; es decir, si su magnanimidad se adaptaba más a la pureza eremítica o rimaba más con el estilo de la vida común.

X. Los prolongados silencios de la soledad tornan tan desabridos a algunos, que llegan a sentir horror por los hombres. Ante una visita de los hermanos, que les aparte del secreto de la soledad, se les nota preocupados. Una especie de ansiedad se apodera de ellos, dando señales evidentes de pusilanimidad.

Esto acontece singularmente a aquellos que han ido al desierto a impulsos de un deseo prematuro por la vida solitaria, antes de haber adquirido una sólida formación en los monasterios cenobitas y haberse librado de los vicios de antaño. Permanecen siempre imperfectos en uno y otro estado, siempre frágiles, inclinándose hacia donde les atrae la más leve aura de sus emociones. La compañía de los hermanos y la molestia que experimentan les sumen en la impaciencia. Y una vez han recobrado su soledad, no pueden soportarla. No saben siquiera hasta qué punto la soledad es deseable y por qué, y se imaginan que el todo, la esencia de la perfección, consiste en evitar la compañía de los hermanos y huir de su mirada, como de algo pestilencial.

CÓMO PUEDE EL SOLITARIO CONOCER SUS VICIOS

XI. GERMÁN. Nosotros somos de aquellos que han buscado la soledad teniendo aún una formación cenobita insuficiente y antes de haber desarraigado nuestros vicios. ¿Qué remedio tenemos a nuestro alcance nosotras y aquellos que han obrado de forma parecida, para socorrer nuestra flaqueza y obtener un remedio en orden a nuestro progreso? ¿Cuál es el medio más expedito para lograr la constancia, y, desconociendo la turbación, conseguir una inquebrantable firmeza en la paciencia? Nos importa tanto más cuanto que nosotros hemos abandonado de forma

intempestiva la vida del monasterio y con ella la escuela misma y la palestra auténtica de esta ejercitación. Allí es donde nosotros debiéramos haber realizado nuestra primera formación y llevarla a su término. Solitarios de hoy, ¿cómo podemos adquirir la perfección de la longanimidad y de la paciencia? ¿Cómo la mirada de nuestra conciencia, que explora los movimientos interiores del alma, sabrá descubrir la presencia o la ausencia de estas virtudes en nosotros? ¿No habrá que temer acaso que—separados del consorcio de los hombres y no teniendo nada que sufrir de ellos—haga mella en nosotros una falsa persuasión, y nos haga creer que hemos llegado a la inalterable tranquilidad del alma?

XII. JUAN. Para quienes buscan con sinceridad el remedio, no puede faltar la medicina del verdadero médico de las almas. Esto es particularmente cierto para aquellos que no cierran los ojos a sus dolencias por desánimo o por negligencia. Al contrario, lejos de ocultar sus llagas o de rechazar insolentes el tratamiento de la penitencia, recurren con humildad y vigilancia al médico celestial para curar las enfermedades que por ignorancia, error o inevitable necesidad han contraído.

Sepamos, con todo, que si nos retiramos al desierto o a cualquier lugar solitario, antes de haber curado nuestros vicios, frenamos solamente los efectos, mas la pasión queda intacta. Permanece escondida en nuestro corazón la raíz de los pecados, por cuanto no la hemos extirpado. Más aún: esa raíz progresa paso a paso.

Los siguientes indicios nos harán reconocer que vive todavía en nosotros.

Supongamos que estamos en la soledad. Esperamos a un hermano, que tarda un poco en venir. Si nuestro espíritu, se agita lleno de ansiedad, he aquí una señal de que existe en nosotros un foco de impaciencia. O bien aguardamos la visita de un hermano. Pero por un motivo cualquiera se hace esperar brevemente. Al punto, una indignación secreta penetra en nuestro corazón para censurar esa demora. Nuestra alma se mueve en una expectante in[q]uietud. La conciencia encuentra aquí una prueba de que el vicio de la cólera y de la tristeza existen en nosotros.

Otro nos pide un manuscrito para leer, o hacer uso de algún objeto que nos pertenece. Su demanda nos entristece o se la negamos: no cabe duda que estamos presos en los lazos de la avaricia. El recuerdo de una mujer o un pensamiento baladí salta de improviso en el curso de la lectura sagrada y nos sentimos presa de la excitación: es evidente que el ardor de la impureza no se ha extinguido aún en nuestros miembros. Comparamos nuestra austeridad con la relajación de otro, y asoma en nuestra alma un pensamiento de altivez: es seguro de que somos aún víctimas de la plaga de la soberbia.

No bien advirtamos en nuestro corazón estos síntomas del vicio, reconozcamos sinceramente que no es el afecto al pecado lo que nos falta, sino tan sólo el efecto.

Vivamos con los demás hombres: al instante estas pasiones saldrán de lo oculto de nuestra sensibilidad y aparecerán en la superficie. Prueba innegable de que no nacen en el momento en que brotan impetuosamente. Llegará el día en que se manifestarán después de haber permanecido largo tiempo latentes.

Así es cómo el solitario puede reconocer si la raíz de tal o cual vicio existe en el fondo de su alma. Con la condición, empero, de que no haga alarde de su pureza, sino que se aplique a manifestarla inviolable a los ojos de Aquel a cuya mirada es imposible escapen los secretos más íntimos del corazón.

XIII. GERMÁN. Hemos comprendido ya los indicios reveladores de nuestras dolencias y el método para discernirlas, es decir, la manera de descubrir los vicios que se ocultan en nosotros. La experiencia diaria y los brotes continuos de nuestros pensamientos nos permiten comprobar que ello es así.

Sólo resta que después de haber descubierto de una forma tan clara la causa de nuestras enfermedades y **el** medio de conocerlas, nos muestres igualmente el remedio para curarlas. Sólo puede hablar adecuadamente del tratamiento que se debe emplear contra el mal aquel que conoce los orígenes y las causas del mal. Tu doctrina y tu santidad han puesto al descubierto nuestras llagas más secretas. Ello nos da la seguridad de encontrar más luz todavía, pues ante un diagnóstico tan claro sobre la dolencia que nos aqueja podremos presagiar la seguridad del remedio para sanarla.

Sin embargo, como también has indicado al principio, la obra de nuestra vida espiritual se forja en el seno de la vida de comunidad. Y las almas no permanecen sanas en la soledad si la disciplina cenobítica no ha ido antes formándolas y, por decirlo así, saneándolas. Este pensamiento nos causa desaliento. Porque, salidos del monasterio siendo imperfectos todavía, no nos será posible adquirir la perfección en el yermo.

XIV. JUAN. Si existe un gran interés en curarse existen también los medios para la curación. El mismo método que nos hace descubrir las trazas de cada uno de los vicios, nos proporciona igualmente la medicina. Hemos visto que los solitarios no están exentos de las miserias que se encuentran en el acontecer de la vida humana. Pero también es cierto, y no puede negarse, que se encuentran asimismo lejos de toda sociedad los instrumentos necesarios para ejercitarse en la virtud y llegar a la santidad.

Por esos indicios a que aludíamos antes puede uno reconocer que está sujeto a los movimientos de la impaciencia y de la ira; que se ejercite entonces constantemente en pensamientos que le den oportunidad de contrariar aquéllos. Debe imaginarse que es blanco de toda clase de injurias y calamidades, y entrenarse para sufrir en una perfecta humildad todos los ultrajes y menosprecios de los hombres. Se representará con frecuencia las cosas más duras e intolerables; y, penetrado de los sentimientos de la más profunda contrición, ocupará su pensamiento en la gran dulzura que deberá mostrar en tales circunstancias. Considerando los sufrimientos del Señor y de los santos, convendrá en que todas las afrentas y todos los castigos son inferiores a los que él merece, y estará dispuesto a soportar toda especie de dolor.

Algún día se le invitará a tomar parte en la asamblea de los hermanos, cosa que bien puede suceder, incluso a las más estrictos solitarios. Si se da cuenta de que su alma se turba en esta ocasión por nonadas, que sepa debe convenirse entonces en censor inexorable de sus movimientos

secretos. Irá recordando al punto los oprobios en los cuales se ejercitaba todos los días para obtener la perfecta paciencia, e irá reprendiéndose y profiriendo contra sí mismo invectivas como éstas: Por ventura, ¿no eres tú aquel admirable hombre de bien, que mientras te ejercitabas en la palestra de la soledad, te jactabas de vencer todos los males con tu gran constancia? ¿Que no ha mucho, cuando te imaginabas no sólo las injurias más lacerantes, sino también suplicios intolerables, te creías bastante fuerte para permanecer inquebrantable frente a todas las tempestades? ¿Cómo, pues, la más insignificante palabra, con apenas rozarte, ha desbaratado esta invencible paciencia? Tu casa, como una ingente mole, estaba sólidamente cimentada sobre firme roca. Y ahora, ¿cómo ha temblado ante el más leve soplo? Lleno de una seguridad vana, llamabas a la guerra en medio de la paz, repitiendo en alta voz aquellas bellas palabras: «Estoy dispuesto y no he sido turbado» '[1]. Y con el profeta clamabas a menudo: «Pruébame, tiéntame, Señor; quema mis instintos y mi corazón» [12]. Y también: «Ponme a prueba, Señor, y mira mi corazón; interrógame y conoce mis caminos, y observa si hay en mí alguna senda de iniquidad» 13. ¿Cómo es posible que la insignificante sombra del enemigo pusiera en fuga esta formidable máquina de combate? Y así, mientras se condena a sí mismo con tales reproches mezclados de arrepentimiento, no quedará impune aquel sentimiento torcido en que se dejó sorprender. Por otra parte, castigará más duramente su carne con los ayunos y vigilias. Expiará en el trabajo de una continua abstinencia la falta debida a su inconstancia, con el fin de destruir en la soledad, con el continuo ejercicio, lo que debería haber subsanado mientras vivía en el cenobio.

Por lo demás, si alguien desea llegar a una perpetua y firme paciencia, ha de atenerse a un principio que debe observar con una constancia inquebrantable. No tenernos el derecho, puesto que la ley divina nos lo prohíbe, de vengar las injurias ni acordarnos de ellas 14. Como tampoco nada nos autoriza a abandonarnos a la ira por cualquier disgusto o contrariedad que sea. ¿Cabe mayor daño para el alma que verse privada, por la súbita ceguera en que la cólera le sume, de la claridad de la verdadera y eterna luz, y sentirse apartada de la contemplación de Aquel que es «dulce y humilde de corazón?» 15 ¿Hay algo más pernicioso, más lamentable, que un hombre pierda el sentimiento de la bondad, olvide las reglas y los principios de la justa discreción, y cometa, gozando de sano juicio y a sabiendas, lo que no se le perdonaría estando embriagado y privado de sentidos?

Si pensamos todos estos inconvenientes y otros parecidos, soportaremos sin pena y despreciaremos todas las contrariedades, todas las injurias y sufrimientos que puedan acarreamos los hombres, incluso los más crueles. Porque juzgaremos que nada hay más dañino que la ira, nada más precioso que la tranquilidad del alma y la pureza constante del corazón. Tamaño tesoro exige que despreciemos no digo ya las ventajas camales, sino incluso las que parecen espirituales, si es que no pueden adquirirse o tenerse sin menoscabo de esta paz.

¿HAY QUE SOMETER A PRUEBA LA CASTIDAD COMO CON LAS OTRAS VIRTUDES?

XV. GERMÁN. Así como nos has dado **el** remedio contra las pasiones de la ira, de la tristeza y de la impaciencia, mostrándonos objetos que pueden contrarrestarlas, así también quisiéramos nos instruyeras sobre el tratamiento que conviene adoptar contra el espíritu de fornicación. Y, en concreto, decirnos si el fuego de la concupiscencia puede extinguirse al proponerle objetos que le exciten como en los casos precedentes Este procedimiento sería a nuestro juicio muy perjudicial a la castidad, no sólo porque avivaría en nosotros los incentivos de la pasión, sino también porque el alma tendría que fijar sus ojos sobre estas imágenes, aunque no fuera más que a la ligera.

XVI. JUAN. Vuestra pregunta, muy sagaz, por cierto, no ha hecho más que anticipar el tema hacia el cual se enderezaba naturalmente mi exposición. En realidad, a eso iba, aun cuando vosotros no hubierais hecho alusión a ello. Y no dudo que lo comprendíais muy bien, puesto que la penetración de vuestra inteligencia ha sabido adivinar mi pensamiento, adelantándose a mis palabras. No hay dificultad en dilucidar un problema cuando quien interroga, columbrando ya la solución, va par sí mismo y antes que nadie hacia el fin adonde **se le** quería conducir.

Para remediar los vicios de que hemos hablado, el roce con los hombres, lejos de ser nocivo, ofrece, por el contrario, grandes ventajas. Esos brotes viciosos se manifiestan con frecuencia por las impaciencias de las cuales son ellos la causa: cuanto más continuos son el dolor y el arrepentimiento por nuestras caídas, más presto encuentra nuestro mal la curación. Razón por la cual, cuando habitamos en la soledad, y las ocasiones que pueden excitarlas no se originan del lado de los hombres, debemos representárnoslas en seguida a nuestro espíritu, para proporcionarnos, por un combate ininterrumpido, una más pronta curación.

En cambio, contra el espíritu de fornicación se impone un método distinto, como distinta *es* la causa. Pues del mismo modo que debemos sustraer al cuerpo todo acto libidinoso o afín a la carne, así también hay que apartar en absoluto de la mente su memoria. Sería muy perjudicial a las almas aún febles y enfermizas evocar el menor recuerdo de estas cosas. Por lo mismo, hay que evitar a toda costa que la sensualidad se despierte por el recuerdo de santas mujeres o ante un episodio, pongo por caso, de la Sagrada Biblia. Por tal razón, los ancianos omiten a sabiendas estos pasajes bíblicos en presencia de los jóvenes. En cuanto a los que son ya perfectos y consumados en el amor a la castidad, a ésos no les faltarán medios para examinarse a sí mismos, ni asegurar la integridad de su corazón merced al examen sincero de su conciencia. Así, pues, el solitario perfecto—pero sólo el perfecto—se examinará sobre este vicio, como sobre los otros que mentamos más arriba. Mas semejante ensayo no es procedente que lo hagan aquellos que son todavía débiles; pues imaginarse un contacto físico, por ejemplo, o una caricia tierna y muelle hecha a una persona de otro sexo les sería más pernicioso que útil. Cuando, pues, fundados en una virtud consumada, no demos ningún asenso a esos atractivos ni sintamos ningún movimiento en nuestra carne, entonces tendremos plena garantía de poseer la perfecta pureza.

En esto, viendo el abad Juan que se acercaba la hora de nona y con ella la comida, puso fin a la conferencia.

XX

CONFERENCIA DEL ABAD PANUFIO

DEL FIN DE LA PENITENCIA E INDICIOS DE LA SATISFACCION

Capítulos: I. Humildad del abad Pinufio y su amor al retiro.—II. Nuestra llegada a su celda.—III. Pregunta acerca del fin de la penitencia y señal de la satisfacción.—IV. Se responde a esta pregunta elogiando nuestra humildad.—V. El modo de la penitencia y de la prueba del perdón.—VI. Pregunta: si es necesario rememorar las faltas pasadas para fomentar la compunción del corazón.—VII. Respuesta: Hasta qué punto es menester traer a la memoria los pecados cometidos.—VIII. De los diversos frutos de la penitencia.—IX. Que es útil a los perfectos olvidar sus pecados.—X. Que es necesario evitar el recuerdo de los pecados vergonzosos.—XI. Del signo de la satisfacción y remisión de los pecados pasados.—XII. En qué sentido la penitencia debe practicarse temporalmente y en qué sentido no puede tener fin.

HUMILDAD DEL ABAD PINUFIO

Ha llegado el momento de traer a colación las enseñanzas del abad Pinufio sobre el objeto y fin de la penitencia. Pero en este aspecto me parece que cometería una injusticia si antes no celebrara con encomio la humildad de este hombre verdaderamente extraordinaria y singular. Verdad es que le he dedicado ya unas palabras en el cuarto libro de las *Instituciones,* intitulado «De la manera de formar a los que renuncian al mundo». No obstante, no creo que me obligue en estos momentos a guardar silencio el deber de no causar fastidio a los lectores. Además, tal vez muchos de *los* que van a tener ocasión de leerme en esta conferencia no conocerán la obra que acabo de mentar. Por otra parte, disminuiría en autoridad la doctrina que voy a ofrecer aquí, si ocultara el mérito de aquel a quien se la debemos.

Pinufio gobernaba, en calidad de abad y sacerdote, un gran monasterio no lejos de Panefisis. Es ésta, como dije ya entonces, una ciudad de Egipto. Pues bien, sus virtudes y milagros le habían granjeado por toda la provincia tal reputación y estima, que parecía haber recibido ya la recompensa de sus trabajos ante los elogios y alabanzas humanos. Temeroso de que el aura popular, sumamente abrumadora para él, le privase del fruto de la eterna recompensa, decidió huir secretamente del monasterio.

Encaminóse al profundo retiro donde moran los monjes de Taberna. Pero no buscó allí la soledad del desierto ni la calma de la vida solitaria Aquí se refugian no pocas veces con orgullosa presunción algunos monjes imperfectos que no quieren soportar el trabajo de la obediencia entre los cenobitas. Pinufio escogió más bien el yugo de la vida común en este monasterio que había alcanzado gran celebridad.

Temiendo, asimismo, que su hábito le traicionara, adoptó un vestido de seglar. Luego fue a colocarse ante la puerta del cenobio. Se hizo caso

omiso de él durante varios días, según la costumbre que se observa entre aquellos monjes: Así permaneció, llorando, postrado a los pies de todos, y sufriendo las injurias que le infligían para poner a prueba su deseo. «Llegando al término de su vida—le decían—, no le impele más que la necesidad de pan cotidiano; en realidad no aspira sinceramente a abrazar la santidad de la vida monástica.» Mas, a pesar de tales reproches obtuvo al fin la admisión.

Había allí un joven hermano a quien se había encomendado el oficio de hortelano. Se le confió a Pinufio para que le ayudara en su tarea. Este cumplía todo cuanto aquél le encargaba y lo que exigían los menesteres del oficio. Y lo hacía con tal humildad que despertaba la admiración de todos. Después aprovechaba todavía la noche para realizar furtivamente ciertas labores necesarias, que los demás, por la aversión que sentían, procuraban evitar. Al día siguiente toda la comunidad quedaba asombrada al ver terminado un trabajo, por lo demás útil, sin saber quién había sido el que lo había realizado. En esta vida de trabajo y humilde sujeción por la cual tanto había suspirado, pasaron cerca de tres años, que fueron para él de gran felicidad.

Pero sucedió un día que se presentó casualmente un hermano conocido suyo, que había venido de la misma región de Egipto de la que había huido él. El hermano pareció reconocerle en seguida, si bien los vestidos con que iba cubierto y el oficio tan humilde que desempeñaba le hicieron vacilar por el pronto. Mas, observándole con detención, se desvanecieron sus dudas, y al instante se echó a sus pies.

Esta actitud causó, naturalmente, gran estupor entre los monjes. Pero luego que el recién llegado manifestó el nombre de aquel que le merecía tal veneración—nombre cuya fama de santidad había llegado ya hasta ellos—, se llenaron de admiración. No podían menos de lamentarse de haber empleado en oficios tan viles a un varón de tantos merecimientos y, lo que es más, adornado con la dignidad sacerdotal. Pinufio, por su parte, se deshacía en lágrimas, atribuyendo a los celos del demonio la desgracia de semejante traición. Los hermanos le condujeron de nuevo a su monasterio, rodeándole como de una guardia de honor.

Pero permaneció allí poco tiempo. Hastiado una vez más ante las continuas deferencias de que era objeto a causa de su prestigio y dignidad, huyó de nuevo. Subiendo a una nave se embarcó en secreto con dirección a Palestina, desembarcando en la provincia de Siria. Fue recibido **en** calidad de principiante y novicio en el monasterio donde nos hallábamos[305] [1]. El abad ordenó precisamente que viviera con nosotros en nuestra celda.

Mas tampoco sus virtudes y sus méritos pudieron pasar por mucho tiempo inadvertidos. Descubierto otra vez como antes, fue conducido **de nuevo con todos** los honores en medio de grandes alabanzas a su monasterio.

II. Poco tiempo después, cuando movidos por el afán de conocer la santidad de la vida monástica, nos dirigimos a Egipto, un deseo incoer-

[305] [1] Es decir, el situado no lejos de la cueva de **Belén en** donde nació el Salvador, como nos dice Casiano en sus *Inst.,* 1. 4, c. **XXXI.**

cible que no sabría explicar nos indujo a buscarle.

Nos recibió con grandes muestras de afecta y bondad, acogiéndonos, como antiguos compañeros de celda, en la suya propia. Se la había construido en el rincón más apartado de su huerta. Fue durante este tiempo cuando, en ocasión de querer un hermano abrazar el yugo de la regla, le dirigió en presencia de toda la asamblea de les monjes, las enseñanzas austeras cuanto sublimes que he trascrito sumariamente en el cuarto libro de las *Instituciones*

Desde aquel instante la cima de la auténtica renuncia se nos presentó a nuestros ojos como algo incomprensible y prodigioso. No podíamos imaginar que nuestra mezquindad fuera nunca capaz de elevarse a tales alturas. Amilanados por el desaliento, ni siquiera intentamos ocultar la secreta amargura de nuestra alma. Con el espíritu completamente decaído volvimos junto al venerable anciano. Interesóse en seguida por la causa de nuestra tristeza. El abad Germán, suspirando profundamente, respondió:

DE LA PENITENCIA Y DE LA SATISFACCIÓN

III Tu discurso ha sido para nosotros la revelación de una doctrina desconocida. Ha venido a descubrimos la senda escarpada que conduce a la más elevada renuncia. Disipando la oscuridad que ofuscaba nuestros ojos, nos ha mostrado ese camino, penetrando por la cumbre hasta el mismo cielo. Pero he aquí que cuanto más sublime y magnífico nos parece tanto más profundo es el desaliento que nos causa.

Si medimos la magnificencia del fin y la flaqueza de nuestras fuerzas, si comparamos la bajeza de nuestra ignorancia con esa virtud ideal, cuya perspectiva infinita has puesto tú de manifiesto no solamente nos damos cuenta de nuestra incapacidad por llegar a ella, sino que nos sentimos desfallecer en el estado en que nos hallamos. Oprimidos bajo el peso del desánimo, tememos precipitarnos de lo bajo a lo más ínfimo de nuestra miseria.

Tan sólo una cosa—de un valor por demás inapreciable—podría prestarnos ayuda y ser un remedio eficaz para nuestras llagas: que proyectaras un peco de luz sobre el fin de la penitencia, v, en especial, sobre los indicios de la satisfacción. Cerciorados de haber conseguido el perdón de nuestros pasados delitos, nos sentiríamos con más coraje para trepar las cimas de la perfección **de** que acabas de hablar.

IV. PINUFIO. Es para mí un gran placer descubrir en vosotros tan copiosos frutos de humildad. En otro tiempo, cuando me cupo en suerte ser huésped en vuestra celda, pude ya comprobarlo con admiración y complacencia. Ahora causa en mí gran satisfacción el ver que acogéis con tanto interés la doctrina del último de los cristianos, cuyo único mérito reside tal vez en la audacia de sus palabras. Y si no yerro, vuestro fervor en practicarlas no es menor que mi atrevimiento en proferirlas.

Sí, estoy plenamente convencido de que cumplís lo que digo. Esa austeridad que reflejan mis palabras la traducís vosotros en obras a lo largo de vuestra vida. Lo que sucede es que os esforzáis por ocultar el mérito de vuestra virtud, como si jamás hubiese rozado vuestro corazón el aura de la vanagloria por los ejercicios que practicáis. Pero esta misma

modestia que os induce a afirmar vuestra ignorancia de las máximas de los santos corno si fuerais todavía novicios, es ciertamente digna de elogio.

Por lo mismo voy a exponeros brevemente, según mi corto entender, lo que con tanto afán me pedís. Nuestra antigua amistad exige que os dé gusto en cosas que exceden mis posibilidades e inteligencia.

Se ha tratado ya por extenso, en muchas ocasiones, de viva voz y por escrito, sobre la eficacia y mérito de la penitencia. Se han expuesto sus grandes ventajas no menos que la fuerza y la gracia que lleva consigo en bien de las almas. Si es lícito hablar así, podríamos decir que la penitencia opone en cierta manera resistencia al mismo Dios, a quien hemos ofendido con nuestros pecados de antaño. Cuando Dios se ve precisada a infligimos el justo castigo por tantos crímenes cometidos, detiene casi contra su **vo**luntad--si vale la expresión—el brazo de su venganza.

Pero no me cabe duda que todas estas verdades han venido a ser para vosotros familiares, merced a la inteligencia de que os ha dotado la naturaleza y al estudio infatigable de las Sagradas Escrituras; en ellas encontrasteis vuestro alimento al echar las raíces de vuestra primera conversión.

Por la demás, no os interesa ahondar en la naturaleza de la penitencia, sino en el fin y señal de la satisfacción. Con agudeza poco común habéis dado un enfoque acertado a la cuestión, **po**niendo de relieve ciertos aspectos de los que otros habían prescindido' hasta ahora.

V. Para satisfacer con toda brevedad y concisión vuestro deseo de esclarecer el tema propuesto, voy a daros previamente una definición cabal y perfecta de la penitencia. Consiste **en** no cometer en lo sucesivo los pecados de que nos hemos arrepentido o de los que nos remuerde la conciencia[306] [3]. En cuanto a la señal de que hemos satisfecho lo suficiente y se nos ha perdonada, radica en el hecho de proscribir de nuestros corazones toda afección a estos pecados.

Supongamos a un hombre penetrado totalmente de la decisión de satisfacer por sus culpas. Gime y llora por ellos. Este tal conocerá que no está totalmente libre de sus pasiones si con insistencia torna a su mirada interior la idea de las faltas cometidas a de otras semejantes, y el solo recuerdo del mal sigue ocupando el fondo de su alma. Fijaos que no hablo ya del deleite. Y a la inversa, el alma cuyo afán de satisfacer por sus yerros le mantiene siempre alerta, conocerá que ha merecido la absolución y el perdón, si no tornan a su mente la seducción ni la imagen de sus pecados.

Por donde podemos afirmar que en el interior de nuestra conciencia tenemos un juez veraz de nuestra expiación y pesar, y además un testigo fehaciente de nuestro perdón. Anticipándose al día de la gran revelación y del juicio, nos revela, mientras aún vivimos en esta carne

---

[306] Ni que decir tiene que no es ésta una defini ción formal y propiamente dicha de la penitencia, pues sería incompleta, por no decir falsa. Más bien el abad nos habla de los frutos de la penitencia sincera. Puesto que de la enmienda de los vicios cabe colegir que hubo una penitencia verdadera y eficaz.

mortal, la absolución de nuestra deuda y el término de la satisfacción y la gracia de la remisión total. En suma, usando un lenguaje más expresivo, creemos que nuestras culpas pasadas nos han sido al fin perdonadas, cuando nuestro corazón no apetece los placeres de este mundo ni siente impresión alguna antes ellos.

SOBRE EL MODO DE FOMENTAR LA COMPUNCIÓNDEL CORAZÓN

VI. GERMÁN. Pero entonces, ¿de dónde podrá nacer la santa y saludable compunción propia de un alma humillada? Porque la Escritura nos la describe con estos acentos que proceden de un corazón contrito: «Te confesé mi pecado y te descubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré contra mí mismo al Señor mi injusticia» [4]. ¿Hasta qué punto podremos decir con verdad lo que añade a continuación: «Y tú perdonaste mi iniquidad»?

Si desterramos de nuestro corazón el recuerdo de nuestros pecados, ¿cómo nos será posible, **al** postrarnos en la plegaria, excitar en nosotros las lágrimas de una humilde confesión, para merecer el perdón de nuestros crímenes, según aquello: «Todas las noches inundo mi lecho y con mis lágrimas humedezco mi estrado» [8]. Y el Señor por su parte, ¿no nos manda acaso que guardemos invariable la memoria de nuestros delitos cuando *dice: «No* me acordaré más de tus pecados, pero tú tráelos a la memoria»?

En consecuencia: no sólo durante el trabajo, sino también en la oración, me esfuerzo por dirigir mi espíritu a recordar mis faltas. Merced a ello me siento más eficazmente excitado a una humildad sincera y a la perfecta compunción del corazón. Entonces es cuando me siento más inclinado y con más ánimo para exclamar con el profeta: «Mira mi humillación y mi miseria v perdona todos mis pecados» 8.

PINUFIO. Vuestra primera pregunta, como ya he indicado, versaba no tanto sobre la calidad o naturaleza de la penitencia, cuanto sobre su fin y los medios de reconocer cuándo se ha satisfecho a Dios. Creo haber dado una respuesta satisfactoria a este punto.

Por lo que atañe a lo que preguntáis ahora acerca del recuerdo de los pecados, es sin duda muy útil e incluso necesario a aquellos que todavía hacen penitencia y exclaman sin cesar, golpeando su pecho: «Reconozco mi iniquidad y mi pecado está siempre contra mí» [9]. Y también: «Pensaré en mi pecado» 10. Efectivamente, mientras nos damos a la penitencia y sentimos los remordimientos de nuestros actos viciosos, es menester que las lágrimas de una humilde confesión caigan como lluvia bienhechora sobre nuestras almas para extinguir la llama que dejaron encendida en nuestra conciencia.

Mas he aquí que, después de haber perseverado largo tiempo en esta humildad de corazón y contrición de espíritu, consagrados sin descanso al trabaje y a ?es gemidos del alma, el recuerdo del mal cometido se amortigua. Por una gracia especial de la misericordia de Dios, la espina del remordimiento queda arrancada de la medula del alma. Ello es indicio manifiesto de que se ha llegado al término de la satisfacción. Hemos merecido su perdón, quedando lavada nuestra

prístina impureza [307]".

En fin, no cabe otro procedimiento para llegar a este olvido que la extinción de los defectos y de las pasiones de nuestra vida pretérita, es decir, una perfecta pureza de corazón. Quien por apatía y desdén no corrige sus vicios y tendencias malsanas, no conocerá nunca esta virtud. Es privilegio exclusivo de aquel que a fuerza de gemidos, de suspiros y de santa tristeza habrá hecho desaparecer la más mínima huella de

Este tal merecerá oír esta respuesta: «Cese tu voz de gemir, tus ojos de llorar, pues por tus penas recibirás galardón» 14. Y la palabra del Señor le dirá aún: «Yo he disipado como nube tus pecados, como niebla tus iniquidades» 15. Y otra vez: «Soy yo, soy yo, quien por amor de mí borro tus extravíos y no me acuerdo más de tus rebeldías» "• Libre «de los lazos de sus pecados en que se ve preso» 17, cantará al Señor este cántico de acción de gracias: «Tú rompiste mis cadenas: te ofreceré sacrificio de alabanza» ".

SOBRE LOS DIVERSOS FRUTOS DE PENITENCIA

VIII. Aparte la gracia del bautismo y la gracia universal que proporciona a los cristianos, además del don precioso del martirio que se alcanza por la efusión de sangre, hay todavía muchos otros frutos de penitencia merced a los cuales se llega a la expiación completa de las propias culpas.

La salvación eterna no ce ha prometido solamente a la simple penitencia, de la que afirma San Pedro: «Arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados» 19. Y asimismo Juan Bautista y el mismo Señor habían dicho **de** ella en su predicación: «Haced penitencia, porque el reino de los cielos está cerca» 20.

En primer lugar, la caridad abate la mole inmensa del desorden; está. escrito: «La caridad cubre la muchedumbre de los pecados»'". Parejamente la limosna proporciona remedio a nuestras heridas: «Como el agua extingue la ardiente llama, la limosna expía los pecados» 2^2. **Las** lágrimas pueden asimismo lavar las manchas de nuestras infracciones: «Todas las noches—exclama el salmista—inundo mi lecho y con mis lágrimas humedezco mi estrado» ". Luego, para mostrar que no ha vertido en vano sus lágrimas, añade: «Apartaos de mí todos los obradores de la maldad, pues ha oído el Señor la voz de mis llantos» " La confesión humilde de las propias miserias tiene igualmente la virtud de borrarlas: «Dije: Confesaré al Señor mi pecado, y tú perdonaste mi iniquidad» 25. Y también: «Confiesa antes tus delitos, para que seas

---

[307] 11 El abad habla, naturalmente, de una certidumbre moral, que se apoya en indicios razonables. Porque sólo una revelación especial de Dios puede darnos la plena garantía de que estamos en su gracia y, por tanto, de haber sido purificados de todo pecado y del afecto hacia él.sus antiguas manchas, y clamará con toda verdad al Señor: «Te confesé mi pecado y te descubrí mi iniquidad» 12, y «mis lágrimas fueron día y noche mi pan» 13.

justificado» ".

Se obtiene, además, la remisión del mal cometido gracias a la aflicción del corazón y del cuerpo: «Mira mi aflicción y mi miseria, y perdona todos mis pecados» ". Pero especialmente por la enmienda de la vida: «Quitad de ante mis ojos la iniquidad de vuestras acciones. Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien. Buscad la justicia, socorred al oprimido, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda. Y luego venid y entendámonos, dice el Señor: Aunque vuestros pecados fuesen como la grana, quedarían blancos como la nieve; aunque fuesen rojos como la púrpura, vendrían a ser como la lana blanca» ". A menudo es la intercesión de los santos lo que nos alcanza el perdón de nuestros vicios: «Si alguno ve a su hermano cometer un pecado que no lleva a la muerte, niegue por él, y Dios dará la vida al que no peca de muerte» 29. Y en otro lugar: «¿Alguno entre vosotros enferma? Haga llamar a los presbíteros de la Iglesia y oren sobre él, ungiéndole con óleo en el nombre del Señor. Y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor le aliviará, y los pecados que hubiere cometido le serán perdonados» ".

A veces es el mérito de la misericordia y **de** la fe quien borra nuestros crímenes, a tenor de estas palabras: «Mediante las obras de misericordia y la fe se expían los pecados» 31. Ni es raro que surta el mismo efecto la conversión y la salvación de aquellos a quienes nuestros consejos y nuestra predicación conducen al bien: «Quien convierte a un pecador de su errado camino, salvará su alma de la muerte y cubrirá la muchedumbre de sus pecados [32]. Finalmente, el olvido de las faltas de los demás y el perdón que les otorgamos nos merecen a menudo la remisión de nuestros deslices: «Si perdonáis a otros sus faltas, también os perdonará a vosotros vuestra Padre celestial» ". Ya veis cuántos caminos nos abre la clemencia del Salvador para alcanzar su misericordia Y ello para que ninguno de los que desean la salvación se deje abatir por el desaliento cuando tantos remedios le franquean la puerta de la vida.

Cabe en lo posible que a causa de vuestra salud precaria no podáis satisfacer por vuestros pecados mediante los ayunos. Entonces no podréis hacer vuestras estas palabras: «Mis rodillas están debilitadas por el ayuno, y mi carne, enflaquecida, desfallece» 34. «Como el pan cual si comiera ceniza, y mi bebida se mezcla con lágrimas» 36. Sabed, con todo, que la largueza y la limosna os permitirán redimiros de vuestras culpas. También puede acontecer que no tengáis nada con que ayudar a los indigentes, en cuyo caso se ha de tener presente, ante todo, que ni la estrechez pecuniaria ni la pobreza son obstáculo para cumplir con esta obra de misericordia. Ejemplo de ello lo tenemos en los dos cornadas de la viuda que fueron preferidos a las magníficas ofrendas de los ricos 36. Además, el mismo Señor promete recompensar a quien brinde un vaso de agua fresca en su nombre 37. Pero aun entonces está ciertamente en vuestra facultad el purificaros por la enmienda de vuestra vida.

Os parece algo utópico adquirir la perfección de las virtudes por la corrección de los vicios; si es así, emplead entonces todo vuestro celo en la salvación del prójimo. Si creéis que este misterio no cuadra con vuestro

natural, podéis todavía apelar a la caridad para cubrir vuestros pecados. Si no os es factible este remedio debido a la tibieza que os domina, podéis al menos recurrir humildemente a la plegaria y a la intercesión de los santos para que os obtengan la cauterización de vuestras heridas. En una palabra, ¿quién hay que no pueda decir con espíritu compungido: «Te confesé mi pecado y te descubrí mi iniquidad» ", para poder concluir con estas palabras: «Y tú perdonaste la impiedad de mi corazón»? 39

Si el rubor os impide revelar vuestros delitos en presencia de los hombres [308]40, podéis confesarlos de continuo a Aquel que no los ignora y decirle en incesante súplica: «Reconozco mis culpas, y mi pecado está siempre ante mí; contra ti, sólo contra ti he pecado y he cometido la maldad delante de tus ojos» 41. El os excusa de esa verecundia de manifestar vuestros pecados públicamente, y os los perdona, sin necesidad de argüirlos ante los hombres. Pero aparte de este remedio de salvación tan cierto como eficaz, la divina bondad nos pone al alcance otro más fácil todavía, que ha confiado a nuestra libre voluntad. Es decir, que nuestro afecto y nuestros propios sentimientos, por los cuales decimos a Dios: «Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores» [42], son prenda segura de la remisión de nuestros crímenes.

Todo el que desea alcanzar la plena indulgencia de sus pecados debe aplicarse a aprovechar todos estos procedimientos. Basta que cada cual se estudie y se conforme con ellos. Pero, sobre todo, que nadie torne ineficaz por la obstinación y dureza de su corazón un remedio tan saludable, que nadie intente restañar la fuente de la misericordia infinita que fluye con tanta abundancia sobre nosotros. Pues por más que nos ejercitemos en todas estas obras que acabamos de exponer, serían completamente insuficientes para expiar nuestros delitos sin la bondad y clemencia del Señor: porque es a El solo a quien incumbe cancelarlos. Pero al instante que advierte en nosotros algún indicio de sentimientos religiosos, como el sacrificio ofrecido por un alma suplicante, recompensa con una liberalidad sin límites estos esfuerzos tan exiguos: «Soy yo —dice—, soy yo, quien, por amor de mí borro tus pecados y no me acuerdo más de tus rebeldías» 4'.

De donde se desprende cuál debe ser la tónica dominante y la disposición en que debemos mantenernos desde el principio. A los ayunos cotidianos, a la mortificación del espíritu y del cuerpo se seguirá en seguida la gracia de la satisfacción, pues se ha escrito: «No hay remisión sin fusión de sangre» 44. Y no sin razón, porque «la carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios» Y todo aquel que impide «a la **es**pada del espíritu, que es la palabra de Dios» **46,** emplearse en la efusión de sangre, incurre ciertamente en esta maldición de Jeremías: «Maldito quien retraiga la espada de la sangre» 47. Esta es la cuchilla que hace brotar de las heridas saludables la sangre corrompida, cual savia del pecado. 'codas las vivencias carnales y terrenas que descubre

---

[308] 40 No se trata aquí de la confesión sacramental, sino de la ceremonial, que tenía lugar en los monasterios. Por **eso se** habla era. plural «coram hominibus».

en nuestra alma las corta y desgaja, haciéndonos morir al vicio, para que vivamos en Dios por la fuerza de las virtudes sobrenaturales.

Una vez aquí, el monje derrama lágrimas, pero no ya por el recuerdo de los pecados cometidos, sino por la esperanza de los goces venideros. El alma no se ocupa ya de los males pasados, sino que suspira por los bienes celestiales; las lágrimas que derrama no derivan del dolor de sus extravíos, sino de la alegría de la felicidad eterna. «Dando al olvido lo que ya queda detrás», es decir las pasiones de la carne, «se lanza únicamente en persecución de, lo que tiene delante» ", esto es de la virtud y de los dones del espíritu.

SOBRE LA UTILIDAD DE OLVIDAR LOS PECADOS COMETIDOS

IX. Con respecto a lo que habéis manifestado antes de ahora sobre si debemos evocar adrede los pecados pasados, es a mi juicio de todo en todo improcedente. Más aún: si este recuerdo se desliza, muy a pesar vuestro, en el alma, al momento lo debéis alejar de ella. Y es que el remembrar las culpas pasadas distiende, sobre todo en los que viven en la soledad, los resortes del alma para la contemplación, y empaña su pureza con la escoria del mundo. Además, los vicios producen en ella una sensación de asfixia espiritual que le impide respirar a sus anchas.

Y así es, en efecto: porque al recordar en vuestro espíritu todos los yerros a que os ha inducido la lascivia o la ignorancia por sugestión del príncipe de este mundo, aunque tal pensamiento puede dejar impoluta vuestra alma, no obstante os prevengo contra un escollo: que el solo contacto con esa labe cangrenosa de otro tiempo inficcionará ineludiblemente vuestra alma de una fetidez repulsiva, y aventará el perfume espiritual de las virtudes, quiero decir la suavidad del buen olor de Cristo.

Desde el momento en que el recuerdo de nuestros vicios pasados se introduce en nuestro corazón, debemos ahuyentarla al instante. Tenemos que sentir por ella ese horror que experimenta un hombre grave y virtuoso cuando, al deambular por la calle, una mujer impúdica le aborda, procaz, para tentarle. Si no evita al punto su contacto, y se entretiene siquiera un instante, aunque intente sustraerse a todo consentimiento, habrá sufrido ya merma en su honor ante los transeúntes, haciéndose objeto de pública censura. Al vernos, pues, envueltos en semejantes pensamientos, es menester reaccionar en seguida, cumpliendo el consejo de Salomón cuando dice: «Vete aprisa, no te detengas donde hace mansión la mujer insensata, ni poses en ella tu mirada» 49.

Por lo demás, si los ángeles nos vieran envueltos en ideas vergonzosas e inconfesables, no podrían decirnos al pasar: «La bendición del Señor sobre vosotros» 50. Es de suyo imposible que nuestra mente se entretenga en buenos pensamientos cuando la zona más elevada del alma *se* halla trabada en consideraciones frívolas y terrenas. Encierran una gran verdad las palabras de Salomón: «Se irán tus ojos tras de la mujer ajena, y prorrumpirá tu corazón en palabras perversas e indecentes. Y vendrás a ser como el que está dormido en medio de borrascoso mar, y como el piloto encandilado que ha perdido el timón. Y al cabo dirás: Me han azotado y no me ha dolido; arrastraron me, mas yo nada sentí» 51.

En conclusión: hay que desechar de nuestro recuerdo toda torpeza, e incluso todo pensamiento terreno, y elevar de continuo la atención de nuestra alma a las cosas del cielo: «Donde yo esté, allí estará también mi servidor» [5i2], dice el Señor. Porque a menudo, que algunos, desprovistos de experiencia, trayendo a la memoria sus propias reincidencias y las de los otros, con ánimo de deplorarlas, hacen cundir en su interior la vena malsana del consentimiento, hasta ser víctimas de la pasión. Lo que se había insinuado con visos de piedad termina ahora en la impudicia: «Hay caminos que a los hombres parecen rectos, cuyo fin, no obstante, conduce a lo profundo del infierno» 53.

De aquí se sigue que debemos fomentar en nosotros una laudable compunción. Pero debemos hacerlo más por el afán de la virtud y el deseo del reino de los cielos que por el recuerdo funesto de los vicios. Porque forzosamente nos provocará náuseas el olor nauseabundo de un albañal, si nos situamos junto a él o intentamos revolver el cieno que se oculta en el fondo.

X. Vuelvo a hacer hincapié en lo que he dicho ya varias veces: la señal inconfundible de que hemos satisfecho por nuestros pecados estriba en el hecho de que los movimientos y afectos que nos han inducido a ellos han desaparecido de nuestro corazón. De donde nadie puede gloriarse de haber llegado a tan feliz éxito sin haber previamente cercenado, por el fervor del corazón lo que fue la causa u ocasión de tales caídas.

Supongamos, por ejemplo, que éstas obedecen a una familiaridad con personas de otro sexo: conviene entonces evitar con el mayor empeño incluso su trato y presencia. Es posible que las faltas graves sean debidas a un exceso en el uso de vino o a una afición desmedida a los manjares, en cuyo caso hay que reprimir las seducciones de la gula mediante una rigurosa austeridad. A veces es el deseo y la pasión del dinero el que induce al perjurio, al robo o al homicidio: entonces as preciso descartar todo objeto capaz de incitar la avaricia que nos apresa en sus redes. En fin, la soberbia que late en el interior de nuestro corazón estalla en un arrebato de ira: en tal caso hay que arraigarse hondamente en la humildad para arrancar de cuajo todo resabio de soberbia.

Así hay que proceder en todos los vicios. Si se quieren eliminar los efectos viciosos, es menester, ante todo, anular la causa y ocasión que fueron su principio o su fin. Huelga decir que con este tratamiento se llega con seguridad al olvido de los propios pecados.

XI. Ello no obstante, la doctrina que he **ex**puesto acerca del olvido de los pecados afecta únicamente a las faltas morales, anatematizadas ya por la ley mosaica. Nuestra vida de observancia neutraliza o aniquila las afecciones. Por *eso* la penitencia a que nos sometemos para extirparlas puede tener un término.

En cambio, tendremos siempre materia de arrepentimiento respecto a esas menudas infracciones en que «el justo cae siete veces al día y se levanta otras tantas» 54. Porque queramos o no, las cometemos todos los días. Ora a sabiendas, ora por ignorancia u olvido, de pensamiento o de palabra, por sorpresa o por impulso ineluctable, o por la fragilidad de nuestra carne, es difícil que nos veamos libres de ellas.

A estas faltas se refiere David cuando, después de la purificación y el perdón, ruega al Señor en estos términos: «¿Quién será capaz de conocer los pecados? Absuélveme de los que se me ocultan, y perdona a tu siervo de los ajenos» 55. Y por su parte, San Pablo: «En efecto, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero» 56. Y poco después exclama a este propósito, entre sollozos: «¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» 57

Y es que nos precipitamos en ellas con una facilidad tal, que nos vemos tentados a considerarlo como una ley de la naturaleza. No podemos evitar completamente estas debilidades, por más circunspección y vigilancia que pongamos para sustraernos a ellas. Y el discípulo a quien amaba Jesús tiene en punto tan importante esta frase absoluta: «Sí dijéremos que no tenemos pecado, nos engañaríamos a nosotros mismos, y su palabra no está en nosotros» 58.

Antes de dar cima a esta conferencia debo indicar que para el que desea alcanzar la sumidad de la perfección representa bien poca cosa llegar al fin de la penitencia; es decir, abstenerse de lo que está prohibido. Incansable en su carrera, debe polarizar todas sus energías hacia la práctica de las virtudes que convergen en la plena satisfacción. No basta mantenerse alejado de los pecados graves, abominables al Señor. Precisa adquirir por la pureza del corazón y la perfección de la caridad evangélica el buen olor de las virtudes que constituyen sus delicias.

Aquí concluye la conferencia del abad Pinufio acerca del fin de la penitencia y de las señales que garantizan haber conseguido la plena satisfacción. El abad insistió repetidas veces, lleno de bondad, que nos quedáramos en el monasterio. Pero el deseo de visitar el desierto de Escete, que gozaba de gran celebridad, no nos permitió acceder a su invitación. Y sin oponerse a nuestro designio, nos despidió.

XXI

PRIMERA CONFERENCIA DEL ABAD TEONAS

DEL DESCANSO DE PENTECOSTES

Capítulos: I. Cómo el abad Teonas visitó al abad Juan.—II. Exhortación del abad Juan a Teonas y a sus acompañantes.—III. De la ofrenda de los diezmos y primicias.—IV. Abraham, David y los demás santos han sobrepujado los preceptos de la Ley.—V. Quienes viven bajo la Ley de gracia del Evangelio deben ir más lejos en los mandamientos de la Ley.—VI, Que la gracia del Evangelio, al procurar a los perfectos el reino de los cielos, viene en auxilio de los débiles.—VII. En nuestras manos está el vivir bajo la gracia del Evangelio o bajo el terror de la Ley.—VIII. Teonas exhorta a su esposa a abrazar también ella la renuncia.—IX. Cómo Teonas, tras la negación de su esposa, voló al monasterio.—X. Excusa de Casiano: por si acaso alguien cree que se aconseja *a* los esposos la ruptura del vínculo matrimonial.—XL Por qué el ayuno es interrumpido en Egipto durante el tiempo de Pentecostés, y por qué no se arrodillan para la plegaria.—XII. Que existen cosas buenas, malas e indiferentes.—XIII. De qué naturaleza es la virtud del ayuno.—XIV. Que el ayuno no es un bien esencial.—XV. El bien por esencia no debe subordinarse a un bien de inferior calidad, sino que lo que está en función de medio

debe practicarse en orden al fin principal.—XVI. Cómo el bien esencial se distingue de los demás.—XVII. De la naturaleza y utilidad del ayuno.—XVIII. Que el ayuno no es siempre conveniente.—XIX. Por qué se quebranta el ayuno durante el período de Pentecostés.—XX. Respuesta a la pregunta formulada en el precedente capítulo.—XXI. Este relajamiento en el ayuno, ¿no representa un obstáculo para la castidad?—XXII. Hay que guardar una justa moderación en la abstinencia.—XXIII. Del tiempo y **de** la tasa de la comida.—XXIV. Sobre la diversa observancia de la Cuaresma.—XXV. El ayuno cuaresmal está relacionado con el diezmo del año.— XXVI. Cómo debemos ofrecer también nuestras primicias al Señor.—XXVII. Por qué la observancia de la Cuaresma difiere en muchos lugares en el número de días.—XXVIII. De dónde el nombre de Cuaresma o cuarentena cuando en realidad no se ayuna sino treinta y seis días.—XXIX. Los perfectos van más allá de lo que prescribe la ley cuaresmal.—XXX. Origen y razón de la Cuaresma.—XXXI. Cómo es necesario entender estas palabras del Apóstol: «El pecado no ejercerá su tiranía sobre vosotros».—XXXII. Diferencia entre la gracia y los preceptos de la Ley.—XXXIII. Los preceptos del Evangelio son más suaves que los de la Ley.—XXXIV. Cómo reconocer que alguien está bajo la gracia.—XXXV. Por qué a veces nos vemos más combatidos por los incentivos de la carne cuando más ayunamos.—XXXVI. La respuesta a esta cuestión debemos reservarla para la próxima conferencia.

EL ABAD TEONAS VISITA AL ABAD JUAN

I. Antes de dar pleno desarrollo a esta conferencia habida con el ilustre abad Teonas [3091], me parece oportuno dar una rápida ojeada a los orígenes de su conversión. Así comprenderá el lector con más evidencia el mérito y la gracia de este varón singular.

Estaba todavía en el albor de la adolescencia, cuando sus padres, animados de la mejor buena voluntad y celo, le obligaron a contraer matrimonio. Su espíritu religioso, solícito de la inocencia del jovencito, les hizo tomar precauciones con miras al porvenir. Y temiendo las seducciones que lleva consigo la edad crítica, optaron, digo, por anticiparse previniendo las pasiones de la juventud con esa legítima unión.

Hacía ya cinco años que vivía con su esposa, y un día fué a entrevistarse con el abad Juan. Este hombre, adornado con el mérito de la santidad, había sido elegido diácono en el monasterio. No es ésta una dignidad que pueda ambicionar cualquiera ni llegar a ella por propia voluntad. Sólo es promovido a ese rango aquel a quien las prerrogativas de la edad, unida al testimonio de su fe y sus virtudes, han designado ante la asamblea de los ancianos como el más idóneo y excelente.

Como decía, su fervor ardiente condujo al joven Teonas a la presencia del

---

309 [1] De este abad nos refiere Palladio, en la *Historia Lausiaca,* c. 50, que guardó absoluto silencio durante treinta años. Véase col. II, XI.

bienaventurado abad Juan[310] Llevaba consigo algunas religiosas ofrendas, y anduvo confundido entre el número de campesinos que rivalizaban en su diligencia para ofrecer al buen anciano los diezmos o las primicias de sus recolecciones.

Al ver éste la afluencia de gente que acudía a él y los dones considerables que traían, quiso recompensar su piedad y se creyó en el deber—a ejemplo de lo que dice el Apóstol—de sembrar bienes espirituales en aquellos de quienes recolectaba los bienes terrenos [3]. Y así les dirigió esta exhortación:

II. «Con gran placer, queridos hijos, contemplo vuestros presentes, que simbolizan vuestra piadosa largueza. Mi corazón siente una honda satisfacción al recibir de vuestras manos estas devotas ofrendas, cuya dispensación se me ha concedido. Con ello ponéis de manifiesto vuestra fidelidad en dar al Señor, como un sacrificio de olor suavísimo, las primicias y los diezmos de lo que os pertenece para subvenir a las necesidades de los indigentes. Por lo demás, al sustraer esta parte para ofrendarla a Dios, os hacéis dignos y obligáis al Señor para que el resto de vuestras cosechas y de vuestros haberes sean ampliamente bendecidos como premio a vuestra generosidad, y que seáis colmados, incluso en este mundo, de la abundancia de todos los bienes, según la promesa que encierra el divino mandato: «Honra a Dios de tus justos trabajos y ofrécele parte de les frutos de tu justicia, para que se llenen tus graneros de la abundancia de trigo, y rebosen de vino tus lagares» 4.

No olvidéis que dando fiel cumplimiento a este acto de religión perfeccionáis la justicia de la 314 Ley antigua. Los que estuvieron sometidos a ella, caso de conculcarla, caían inevitablemente en el pecado, y aun cumpliéndola, no podían llegar al ápice de la perfección.»

DE LA OFRENDA DE LOS DIEZMOS Y DE LAS PRIMICIAS

III. En virtud del precepto del Señor, los diezmos estaban consagrados a los usos de los levitas, al paso que las oblaciones y primicias a los sacerdotes.

Por lo que atañe a las primicias, ésta era la regla establecida: debía ofrecerse para el servicio del templo y de los sacerdotes la quincuagésima parte de las frutos y del ganado. Pero sucedía que los tibios disminuían esta medida a causa de su infidelidad, mientras que los fervorosos la aumentaban. De esta suerte, mientras aquéllos pagaban solamente la sexagésima parte, éstos ofrecían la cuadragésima de sus cosechas.

Y es que los justos, para quienes no ha sido hecha la Ley, prueban en esto que no están bajo ella, porque, no satisfechos en cumplir la justicia de la Ley, se esfuerzan por sobrepujarla. Su devoción es superior

---

[310] 2 Este Juan parece ser el autor de la col. XIX. Por el cargó de diácono se entiende el oficio de mayordomo del monasterio, o más bien el oficio de recibir y repartir las limosnas que los fieles ofrecían en la iglesia los domingos para subvenir a las necesidades de los pobres o de los mismos monjes.

al mandato; y llevando hasta la perfección la observancia del precepto, agregan una parte voluntaria o de supererogación a lo que es de estricta justicia[311] 5.

IV. Así, Abraham fué más allá de los preceptos que un día tenía que fijar la Ley. Después de haber vencido a cuatro reyes, vuelve a llevar el botín que había tomado de Sodoma. Su victoria le daba sobre este botín perfecto derecho; tanto más cuanto que el rey de Sodoma en persona, cuyos eran los despojos, se le rendía ofreciéndoselo de rodillas. Pero los juzga intangibles. Y tomando por testigo el nombre de Dios, exclama: «Extiendo mi mano al Dios excelso que hizo el cielo y la tierra, si desde un hilo hasta una correa de tu sandalia tomare yo algo de lo que te pertenece»

También David rebasa por su parte lo que prescribe la Ley. Moisés quería que se aplicara la ley del talión para con los enemigos'. David, en cambio, no lo hizo así. Antes bien, abrazó en su dilección a sus mismos perseguidores, lloró su muerte como un duelo y la vengó, rogando a Dios por ellos con gran piedad s.

Asimismo advertimos que tanto Elías como Jeremías no estuvieron bajo la Ley. Pudiendo, **en** efecto, legítimamente y sin reproche usar del matrimonio, prefirieron permanecer en la virginidad. De igual modo Eliseo, y otros que siguieron las huellas de su vida, fueron más lejos de lo que exigía el mandamiento de Moisés. De ellos ha escrito el Apóstol: «Anduvieron errantes, cubiertos de pieles de oveja y de cabra, necesitados, atribulados, maltratados, de los cuales no era digno el mundo, perdidos por los desiertos *y* por los montes, por las cavernas y las grietas de la tierra» 9.

Y ¿qué decir de los hijos de Jonadab, hijos de Recab? Al profeta Jeremías, que les ofrece vino por orden del Señor, le responden: «No bebemos vino porque Jonadab, hijo de Recab, nuestro padre, nos ordenó diciendo: no beberéis vino vosotros ni vuestros hijos jamás, y no edificaréis casas, y no haréis siembras, ni plantaréis ni poseeréis viñas,

---

[311] Cfr. *I Tim.,* I, 9. Al decir de Santo Tomás, «la esencia de la nueva ley consiste en la gracia del Espíritu Santo, que se manifiesta por la fe que obra a impulso de la caridad» (I,q. CVI, a I y
q. CVIII, a 1). Es decir, que el alma fiel a la acción del Espíritu Santo necesariamente se siente impulsada más allá de lo que es de estricta justicia, hasta la generosidad de los hijos que, obrando por el único motivo del amor, aspiran sin cesar a sobrepasar las exigencias de la ley.

[6] *Gen.,* xlv, 22, s. [LXX].

[7] Cfr. *Ex.,* xxi, 22-25. Moisés establece la ley del talión únicamente para los jueces y magistrados, no para los particulare[s]. como hacían los escribas.

sino que habitaréis en tiendas todo el tiempo de vuestra vida» ". Lo que les valió oír de labios del mismo profeta: «Así dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: no dejará de haber siempre en mi presencia un varón de la estirpe de Jonadab, hijo de Recab que me sirva»

Todos estos no se contentaron con ofrecer el diezmo de lo que poseían. Mucho más: renunciando a sus posesiones, ofrecieron a Dios su ser, su propia alma, por la cual no puede el hombre dar nada en compensación, según testifica el Señor en el Evangelio: « ¿Qué podrá dar el hombre a cambio de su alma?» 12

LOS QUE VIVEN BAJO LA LEY DE GRACIA DEL EVANGELIO DEBEN IR MÁS ALLÁ EN LOS MANDAMIENTOS DE LA LEY

V. Y a nosotros, ¿qué nos incumbe hacer? Puesto que lo que se nos exige no es la mera observancia de una ley imperfecta. Todos los días resuena en nuestros oídos el acento evangélico: «Si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y luego ven y sígueme» 18.

Cuando, pues, ofrecemos a Dios el diezma de nuestros bienes, permanecemos en cierto modo bajo el yugo de la Ley. No hemos arribado aún a la sublime perfección del Evangelio, que no concede solamente a sus fieles los beneficios de la vida presente, sino que los recompensa con los premios futuros. En realidad, la Ley no promete en pago de su observancia el premio del reino de los cielos, sino las consolaciones de esta vida: «Quien observare estas cosas vivirá en ellas» 14.

En cambio, el Señor dice a sus discípulos y a sus apóstoles: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» 15. Y: «Todo el que dejare la casa, o a los hermanos, o a las hermanas, al padre o la madre, a la esposa o a los hijos, o los campos por mí, recibirá el céntuplo y poseerá la vida eterna» '6. Y no sin razón. Porque hay menos gloria en abstenerse de las cosa, prohibidas que en renunciar a las lícitas y en no usarlas por reverencia a Aquel que ha permitido esta concesión a nuestra flaqueza.

Pero si aquellos que obedecen a los preceptos antiguos del Señor, ofreciendo el diezmo de sus frutos, no pueden por este medio escalar las cimas del Evangelio, se advierte sin, esfuerzo la distancia que separa de ellas a los que ni siquiera van hasta allí. ¿Cómo tendrán parte en la gracia evangélica quienes se desdeñan de cumplir los preceptos mucho más accesibles de la Ley antigua?

Esta facilidad de los viejos preceptos estriba en el tono imperioso del Legislador que los promulga. Por ventura, ¿no llega incluso a amenizar con la maldición a aquellos que no la cumplirán? «Maldito —exclama--quien no permaneciere en todas las cosas que están escritas en el libro de la Ley esta, de modo que las cumpla» 17. Ahora, en cambio, es tal la sublimidad y la excelencia de los mandamientos, que se nos dice simplemente: «Quien pueda comprender, comprenda» 18. La enérgica intimación del Legislador era exponente en otro tiempo de la parvedad de contenido de esas ordenaciones: «Yo invoco—dice—hoy como testigos a los cielos y a

la tierra, que si no guardareis los proyectos del Señor, vuestro Dios, pereceréis de la faz de la tierra» ". La magnificencia y sublimidad de los mandamientos nuevos se pone de relieve por una condicional que tiene más de exhortación que de orden: «Si quieres ser perfecto, ve» ", haz esto o aquello. Moisés pone inclusive a los recalcitrantes una carga tal que no deja lugar a disculpa: San Pablo da un consejo, y solamente a aquellos que quieren y a quienes acucia el afán de perfección.

No era conveniente encerrar a todos dentro del ámbito de un precepto universal, ni exigir de todos, cual si *se* tratara de una regla única e insoslayable, lo que no está al alcance de todas las inteligencias por razón de su maravillosa sublimidad. Mejor es que se limite a una simple invitación a la gracia, a modo de consejo. Así los fuertes pueden ganar la corona de la virtud perfecta, y los débiles, a quienes no les es dado alcanzar «la medida de la edad de la plenitud de Cristo» "—aunque parezca que son eclipsados por el resplandor de los primeros, como por astros de mayor magnitud—, escapan a las tinieblas de las maldiciones legales, y si por una parte no están al abrigo de los males presentes, por otra no son condenados a los suplicios eternos.

Cristo, por consiguiente, no coacciona a nadie por necesidad de precepto a elevarse sobre el haz sublime de las virtudes. Lo que El hace es provocar nuestra libre elección, excitarnos por la bondad de su consejo, inflamarnos en el deseo de la perfección. El proceso es lógico: donde, hay necesidad hay dificultad; donde hay dificultad ha^y negligencia; donde negligencia, pecado, y en donde hay pecado, castigo o pena. Pero no hay que olvidar tampoco que los que observan **el** mínimun a que les obliga la severidad de una ley categórica, más que ganar una recompensa, únicamente se limitan a evitar la pena que les amenazaba.

QUE LA GRACIA DEL EVANGELIO, AL PROCURAR A LOS PERFECTOS EL REINO DE LOS CIELOS, VIENE EN AUXILIO DE LOS DÉBILES

VI. **De** esta suerte el Evangelio sabe conducir a los fuertes hacia lo que hay de más sublime y más grande. Pero, por otra parte, no permite que los endebles sucumban bajo el peso de su miseria. A los perfectos otorga la plena bienaventuranza, en tanto que concede el perdón a los que no saben mantenerse a pulso frente a su fragilidad

La Ley ha situado a los que obedecen h sus ordenaciones en una zona intermedia: una mediocridad equidistante de la gloria de los perfectos y de la condenación de los transgresores. Condición esta baja y miserable. Una simple analogía tomada de las cosas de este mundo nos lo hará ver claramente. Es en verdad una suerte deplorable afanarse en cuidados y trabajos con la sola mira de no ser tenido por un criminal entre las gentes honradas, ni pasar tampoco por rico, honorable ^y glorioso.

VII. En la actualidad depende de nosotros el vivir bajo la gracia del Evangelio o bajo el terror de la Ley. La calidad de nuestros actos nos coloca en una u otra parte. O rebasamos la Ley, y la gracia de. Cristo nos recibe en su seno; o nos mantenemos en un plano inferior a ella, lo que nos obliga a mantenernos deudores y sujetos a ella. Al que quebranta los preceptos de la Ley le es imposible alcanzar la perfección evangélica. Y es

una sinrazón jactarse entonces de ser cristiano y de haber devenido libre merced a la gracia del Señor.

Hay más todavía: no sólo quien se niega a cumplir los requisitos de la ley ha de ser considerado siempre como sujeto a esa ley, más también al que, satisfecho de cumplir lo que se prescribe en ella, no da frutos dignos de la vocación y de la gracia de Cristo. Porque no se nos dice: «Ofrecerás al Señor tu Dios tus diezmos y primicias» [22], sino: «Anda, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro **en el** cielo, y luego ven y sígueme» 23. Y por si esto fuera poco, la grandeza de la perfección cristiana es tal que si el discípulo reclama el poder **en**terrar a su padre, no se le concede ni siquiera el corto espacio de una hora ": la virtud del amor divino está muy por encima del deber de la afección humana.

EXHORTACIÓN DE TEONAS A SU ESPOSA

VIII. Ante este discurso, el venerable Teonas sintió arder en sí un vivo deseo de la perfección evangélica. La semilla de la palabra había dejado una huella profunda en la tierra de su corazón, preparada ya de antemano con duros trabajos. Lo que ante todo le humillaba y le movía más a compunción era que—al decir del anciano—no sólo no había alcanzado aún la perfección del Evangelio, pero ni siquiera había cumplido los mandamientos de la Ley.

Verdad es que todos los años había seguido la costumbre en uso de presentar los diezmos de sus bienes para cumplir los deberes de la caridad. Pero no había oído jamás hablar de las primicias,

v esto era para él motivo de derramar lágrimas. Por lo demás, hubiera sido fiel a esta observancia, como lo había sido a la otra. No obstante, confesaba con profunda humildad que estaba todavía muy lejos de la perfección evangélica, según le había dicho el anciano.

Vuelve, pues, a su casa penetrado de esta tristeza que causa el arrepentimiento saludable 25. No dudando ya de sus propias intenciones, que siente bien arraigadas, dirige toda su atención y cuidados a la salud de su consorte. Procura excitar en ella el mismo deseo de que está animado, y refiere las exhortaciones recibidas del abad Juan. Día y noche insiste con lágrimas en el santo propósito de servir a Dios de común acuerdo en la continencia y la castidad. Le dice que no es conveniente diferir la conversión a una vida mejor. Que las vanas esperanzas que mecen la edad juvenil no oponían ningún dique a la posibilidad de una muerte súbita. Que de hecho se la ve llevar en pos de sí a la infancia a la adolescencia y a la juventud, tanto como a los ancianos.

IX. A pesar de sus reiteradas instancias, su mujer permanecía inflexible, sin asentir a lo **que** él le decía. En la flor de la edad—decía ella—, no podía prescindir de su marido. Si él la abandonaba y caía ella en algún desorden, la responsabilidad de la culpa recaía sobre él, que había roto los lazos conyugales.

Por su parte, Teonas replicaba alegando la condición de la naturaleza humana. Por ser ésta tan frágil e incierta, entrañaba un grave peligro ir por más tiempo tras los deseos y las obras de la carne. Agregaba que a

nadie era lícito considerarse corno proscrito frente al bien que se había reconocido como infinitamente digno de ser **se**guido. Por tanto, que era más peligroso menospreciar el bien conocido que amar el que se ignora. Ahora bien, el mismo se hallaba ya como envuelto en la prevaricación desde el momento en que, habiendo descubierto bienes tan grandes y celestes, prefería a ellos los terrenos y caducos. Aparte de que la grandeza de la perfección sintonizaba con todo sexo, edad y condición. **Pues** todos los miembros de la Iglesia estaban invitados a escalar las cimas de las más sublimes virtudes.

El Apóstol había dicho: «Corred de tal suerte que alcancéis el galardón» ". La dilación de los apáticos y perezosos no debía retener el acendrado ardor de los entusiastas. Por lo mismo, los de la vanguardia estaban en su perfecto derecho de arrollar a los indolentes antes de que su carrera se viera interceptada por su lasitud.

Así, pues, su determinación de renunciar al siglo y de morir al mundo estaba tomada. Su único afán era vivir para Dios. Si no podía obtener la dicha de formar parte de la sociedad de Cristo con su esposa, prefería verse salvado con un miembro menos y entrar mutilado en el reino de los cielos que ser condenado con su cuerpo íntegro". Y añadía aún otras razones.

Si Moisés permite a los judíos repudiar a sus esposas a causa de la dureza de su corazón 28, ¿por qué Cristo no ha de conceder el mismo privilegio a quien desea vivir en castidad? La Ley del Señor—y el Señor tras ella—habían prescrito tener un gran respeto por las demás afecciones de familia: el amor al padre, a la madre, a los hijos. Y, sin embargo, el Señor afirma que es menester, por su nombre y el deseo de la perfección, no renunciar a ellos simplemente, sino también odiarlos. Y a esto asociaba el amor conyugal: «Y quienquiera que dejare la casa, los hermanos, las hermanas, el padre, la madre, la esposa, los hijos, los campos por mi nombre, recibirá el céntuplo y poseerá la vida eterna» 29.

Según esto, estaba el Señor tan poco dispuesto a sufrir cualquier contraposición a la perfección que predicaba, que deseaba vernos rechazar por su amor los mismos lazos sagrados que nos unen a nuestros padres, y que constituyen, al decir de San Pablo, el objeto del primer mandamiento, al que va vinculado una recompensa: «Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento en la promesa, para que te vaya bien, y seas longevo sobre la tierra» 30. Era, pues, bastante notorio que si el Evangelio condenaba a aquel que rompe el vínculo conyugal, salvo en el caso de adulterio, prometía también el céntuplo a quien sacude el yugo de la carne por el amor de Cristo y el deseo de la castidad.

«Fina[l]mente—dijo—, si tú aceptas mis razones y sabes plegarte a ese ideal tan caro a mi corazón de consagrarnos los dos al servicio de Dios, con miras a escapar al castigo de la gehena no renuncio: por mi parte al amor conyugal; al contrario, pondré en él más afección que nunca, porque entonces reconoceré en ti y veneraré una ayuda que me han de[p]arada los inescrutables juicios de Dios, y no rehusaré permanecer adherido a ti en Cristo: por un indisoluble lazo de caridad. No, no concibo que se desvincule de mí el ser con quien me ha unida Dios por la ley de la primera creación, aunque tú sigas siendo la misma que el Creador ha

querido.

Mas si en lugar de una ayuda pretendes ser mi seducción, si prefieres dar pábulo al adversario más que a mí, si crees que el misterio conyugal no tiene otra finalidad que la de permitirte—rehusando a la salvación que te aconsejo

poner trabas a mi decisión de retirarme en seguimiento del Salvador, sepas que abrazaré virilmente el sentimiento expresado por el abad Juan, o mejor, salido de los mismos labios de Cristo. Quiero decir que ninguna afección carnal será parte para apartarme del bien espiritual. Porque «quien no odia a su padre, a su madre, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas, a su mujer, sus campos. e incluso su alma, no puede ser mi discípulo» [31]. No obstante, todas estas razones y argumentos no lograron hacer desistir aquella voluntad de mujer, y permaneció en la misma obstinada pertinacia.

El venerable Teonas le dijo entonces: si no me es posible arrancarte de mí por la muerte, tampoco tú puedes separarme de Cristo. Es más Seguro divorciarse de una criatura que del Creador.

Y movido por la gracia divina, vio que era un deber ineludible llevar a cabo su resolución. No dejando se entibiara el ardor de sus deseos, se despojó en seguida de sus bienes y corrió hacia el monasterio[312] [32]. Muy pronto su santidad y su humildad profunda dejaron en torno una estela de veneración. Así, cuando el abad Juan, de santa memoria, dejó este mundo, y tras el óbito del santo abad Elías, no menos notable por su virtud, Teonas, el tercero, fue nombrado por el consentimiento unánime de la comunidad para sucederle en el oficio de diácono y administrador de las limosnas.

EXPLICACIÓN QUE DA CASIANO PARA NO PARECER QUE SE ACONSEJA CON ESTO A LOS ESPOSOS ROMPER EL VÍNCULO MATRIMONIAL

X. Si he referido este hecho singular, no vaya a creer el lector que ha sido con el designio de preconizar la separación de los esposas. Lejos de mí condenar las nupcias. Al contrario, hago mías las palabras de San Pablo: «Honorable es el matrimonio e inmaculado el tálamo nupcial» 33.

No he hecho más que narrar fielmente al lector el principio de la conversión que dió al Señor un tan gran varón. A cambio de ello, y en testimonio de su benevolencia, le ruego, ante todo, tanto si aprueba corno si censura ese rasgo de generosidad, que tenga a bien situarme al margen de la cuestión en sí misma, y reserve su alabanza o su vituperio

[312] 32 Las razones que aduce Teonas no justifican su decisión, contraria a la sana doctrina cristiana. Hacer caso omiso del consentimiento de su consorte —esencial en este punto—sólo puede justificarse por su buena fe, o, si se quiere, apelando a una especial inspiración del Espíritu Santo. Cfr. cap. siguiente.

al héroe en persona.

Por lo que a mí toca, confieso ingenuamente que no ha sido mi deseo verter una opinión personal en este punto. Me he circunscrito sencillamente al papel de narrador. No pretendo reivindicar parte alguna de los elogios que podrán tributársele, pero tampoco me resigno a que me haga blanco de las censuras por parte de los que van a desaprobar una conducta semejante.

Que cada cual, pues, juzgue de ello lo que le plazca. Sólo debo advertirle que sea circunspecto en sus juicios. Que no se crea más justo y más santo que el mismo Dios, que otorgó a Teonas el poder de obrar los milagros de los apóstoles. Paso en silencio también la opinión de muchos Padres, quienes, lejos de censurar ese gesto de heroicidad, lo elogiaron de forma tan patente.

Es necesario recordar aquí que los ancianos siempre han escogido a los hombres más eminentes y virtuosos para adornarlos con la dignidad del diaconado. Y no deja de ser imprudente pensar que tantos hombres espirituales hayan podido errar en el juicio que les han merecido bajo la inspiración de Dios. Aparte de que los prodigios tan maravillosos a que he aludido antes de **ahora** han refrendado tal parecer.

DEL AYUNO INTERRUMPIDO EN EGIPTO DURANTE PENTECOSTÉS Y DE LA POSTRACIÓN EN LA PLEGARIA

XI. Es hora ya de abordar el tema dé la conferencia prometida.

Sucedió que el abad Teonas nos visitó en nuestra celda durante los días de Pentecostés. Concluida la oración del atardecer nos sentamos unos momentos en el suelo y le rogamos con instancia nos dijera a qué era debido que durante todo este período litúrgico[313] " se evitaba con tanto esmero entre ellos doblar las rodillas para la oración y prolongar el ayuno hasta la hora de nona. Nos acuciaba la curiosidad de saber la razón de esta observancia, pues a la verdad no habíamos advertido que se observara esta costumbre con tanto escrúpulo en nuestros monasterios de Siria.

XII. A seguida Teonas comenzó diciendo: Conviene que nos adhiramos a la autoridad de los Padres. Es menester, sobre todo si la

---

313 *34 Diebus quinquagésimae,* dice el texto, o sea el tiempo litúrgico de Pentecostés. Los antiguos distinguían dos «quinquagésimas». El tiempo de ayuno y penitencia antes de la Pascua. Y el de la alegría y perdón, desde Pascua hasta Pentecostés. Durante **este** período litúrgico, por antiquísima tradición, no se permitía el ayuno ni postrarse para la plegaria. Cfr. TER-

TULIANO, *De. Corona,* C. 3; S. JERÓNIMO, *Dial,* adv. *Lucif* n. 8,

razón de ello escapa a nuestro alcance, condescender con los usos de los que nos precedieron. Mas cuando vemos que se ha perpetuado hasta nuestros días a través de tantos años, nos es necesario permanecer también fieles a esa trayectoria, tal como nos ha sido transmitida desde la antigüedad.

No obstante, pues deseáis conocer el motivo y fundamento de estas observancias, vamos a dar una breve ojeada a lo que nuestros ancianos nos han enseñado sobre ello. Mas antes de aducir el testimonio de las Escrituras, diremos, si os parece, algo sobre la naturaleza y esencia del ayuno en sí mismo. La autoridad del texto sagrado será luego la mejor confirmación de lo dicho.

La divina Sabiduría nos muestra por el Eclesiastés que hay tiempo para todo: para las cosas favorables, como para las que juzgamos contrarias y desfavorables: «Todo tiene su tiempo y todo cuanto se hace debajo del sol tiene su hora. Hay tiempo de nacer y tiempo de morir; tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo plantado; tiempo de herir y tiempo de curar; tiempo de destruir y tiempo de edificar; tiempo de llorar y tiempo de reír; tiempo de lamentarse y tiempo de danzar: tiempo de esparcir las piedras tiempo de amontonarlas; tiempo de abrazarse y tiempo de separarse; tiempo de ganar y tiempo de perder; tiempo de guardar y tiempo de tirar; tiempo de rasgar y tiempo de coser; tiempo de callar y tiempo de hablar; tiempo de amar y tiempo de aborrecer; tiempo de guerra y tiempo de paz» Y más abajo: «Porque hay un tiempo destinado para todo y para toda obra» 36.

Como ase ve, nada de todo esto está dotado, de una bondad inadmisible, sino solamente en cuanto se hace a propós[i]to y a su debido tiempo. Porque si es cierto que una misma cosa hecha oportunamente tiene buen éxito, no lo es menos que será inútil y hasta perjudicial si se hace a destiempo

Sólo una excepción existe para aquello que de suyo es esencialmente bueno o malo, y no puede virar en sentido contrario, como, por ejemplo, la justicia, la prudencia. la fortaleza, la templanza y otras virtudes. Igualmente, con signo inverso, los vicios. Son éstas cosas que por naturaleza no pueden ser contrarias a sí mismas y permanecen, en consecuencia, incompatibles a todo cambio. Mas aquellas que se mudan en uno u otro sentido, y son buenas o malas según las disposiciones del que obra, no pueden reputarse absolutamente y por esencia útiles o nocivas, sino sólo en virtud de la intención de sus autores y por la oportunidad con que se realizan. 333

DE LA NATURALEZA DEL AYUNO

XIII. Toda la cuestión gira en torno a este interrogante: ¿cuál es la naturaleza del ayuno? ¿Debemos considerarlo como un bien total a la manera de la justicia, la prudencia, la fortaleza y la templanza, que no pueden cambiar en sentido' contrario? ¿O se trata de algo en sí indiferente, que unas veces es útil practicarlo y otras puede omitirse sin hacerse uno acreedor a censura; que ora sea reprensible someterse a él, ora digno de elogio haberlo omitido?

Si lo incluimos en el número de las virtudes y encuadramos la abstinencia de los alimentos entre los bienes espirituales, no es dudoso que será malo y criminal alimentarse. Puesto que todo lo que es contrario a un bien esencial debe reputarse en rigor de lógica un mal esencial. Pero la autoridad de la Escritura no nos permite razonar así.

Efectivamente, si ayunamos con la idea de que es preciso usar de los alimentos, no sólo no obtenemos ningún fruto de nuestra abstinencia, antes bien, incurrimos, como dice el Apóstol, en un gravísimo pecado y en el crimen del sacrilegio «al abstenemos de los alimentos que Dios ha creado para ser tomados con acciones de gracias por los fieles y por aquellos que conocieron la verdad; porque toda criatura de Dios es buena, y nada hay reprobable si se recibe con hacimiento de gracias»[314] 37. Pero «si alguien juzga que algo es inmundo, es inmundo para él» 38.

Y así no leemos en parte alguna que alguien haya sido condenado por haber tomado alimento ", a menos de haber concurrido una circunstancia que en el instante de tomarlo o inmediatamente después lo haya hecho censurable.

XIV. Lo dicho hasta aquí manifiesta bien a las claras que el ayuno es algo indiferente, Justifica si se observa, pero no condena si se quebranta. Salvo, claro es, que merezca un mayor castigo la trasgresión de un precepto que el uso de los alimentos.

Cuando se trata de alguna cosa que es esencialmente buena, no hay instante de nuestra existencia que pueda estar privado de ella. Y es que desatenderla equivaldría a precipitarse en el pecado. Y a la inversa: no hay que contemporizar ni un instante en lo que es malo por esencia. Lo que siempre es nocivo no dejará nunca de dañar, si se le hacen concesiones, ni llegará nunca a mudarse en nada laudable.

En consecuencia, cuando se trata de prácticas a las cuales van vinculadas cualidades y tiempos determinados, y cuya observancia santifica sin que por ello sea falta el omitirlas, es señal inequívoca de que se trata de cosas indiferentes en sí mismas. Así, por ejemplo, el matrimonio, la agricultura, las riquezas, el retiro en el desierto, las vigilias, la lectura y la meditación de los libros sagrados, y los mismos ayunos, que es lo que ha dado ocasión a esta conferencia. Todas estas cosas, ni los preceptos divinos ni la autoridad de las Escrituras nos ordenan practicar con una continuidad tal que sea un crimen prescindir de ellas por algún tiempo.

Todo lo que es objeto de un mandamiento propiamente dicho nos acarreará la muerte si no lo observamos. Pero lo que es más bien aconsejado que ordenado, lleva consigo una serie de ventajas, en el caso de ponerlo en práctica, si bien no incidimos en el castigo si dejamos de hacerlo. Por eso nuestros mayores nos aconsejaron que no nos entregáramos a estos ejercicios, por lo menos a algunos, sino con prudencia y discreción, teniendo a la vista el porqué y las circunstancias de lugar, de modo y de tiempo. Y a la verdad, si se

---

[314] 39 Tal fué el parecer de muchos herejes, como los ebionitas, eucratitas, maniqueos, priscilianistas, etc. Cfr. S. AUGUSTINUS, *Haer.,* 25, 46 y 70; S. EPIFANIO, Haer 30.

cumplen con criterio y oportunidad, son convenientes y aptas pero si las abrazamos a destiempo o intempestivamente, son nocivas e improcedentes. Veamos un ejemplo.

Supongamos que un hermano viene a visitarnos. Es a Cristo a quien debemos dar hospitalidad en su persona y recibirle con las mejores muestras de caridad. Pero a pesar de elle, observamos can escrupulosidad el ayuno. ¿No es incurrir en una falta de inhumanidad el obrar así más bien que granjeamos la alabanza y el mérito de la virtud?

Imaginemos asimismo que un hermana se halla extenuado por la debilidad. Necesita tomar alimento con que poder reparar sus fuerzas. Y, sin embargo, no consiente quebrantar el rigor de la abstinencia. ¿No es un crimen semejante postura, pues constituye una especie de homicidio más bien que un cuidado de su salud?

Supongamos también que alguien ha sido invitado a una fiesta. Esta induce naturalmente a usar de una tregua en el ayuno, de modo que concediéndonos un uso razonable del alimento nos permita una refección por lo demás necesaria. Pero ese tal, a pesar de eso, persiste en la observancia rígida e ininterrumpida de sus ayunos. Por supuesto que habrá de considerársele de necio e irrazonable. no de religioso.

Tal modo de proceder es particularmente funesto para los que buscan' en el ayuno la gloria de los hombres, los que ansían granjearse una reputación de santidad por la vana ostentación de un aspecto extenuado y macilento. Según sentencia el Evangelio, han recibido ya aquí abajo su recompensa [4]°, como también por labios del profeta vitupera el Señor ese ayuno. Empieza por hacerse a sí mismo una objeción, como hablando en nombre de « ¿A qué ayunar, si tú no lo ves? ¿A qué humillar nuestras almas, si tú no te das por entendido?» **41**

Y en seguida da las razones por las cuales no merecen ser atendidos: «He aquí que en el día de ayuno os vais tras vuestras voluntades y oprimís a todos vuestros servidores. Ayunáis para mejor reñir y disputar, para herir inicuamente con el puño. No ayunéis como lo hacéis ahora, si queréis que en lo alto se oiga vuestra voz. El ayuno que me agrada es el día en que se humilla el hombre. Encorvar la cabeza como un junco y acostarse con saco y en ceniza, ¿a eso llamáis ayuno y día agradable al Señor?» 42

Luego enseña al que ayuna el modo de hacer aceptar su abstinencia, y declara con evidencia que el solo ayuno no es útil para nada, si no va acompañado de ciertas condiciones consectarias: «¿Sabéis qué ayuno quiero yo? Romper las ataduras de iniquidad, deshacer los haces opresores, dejar ir libres a los oprimidos y quebrantar todo yugo; partir su pan con el hambriento, albergar al pobre sin abrigo, vestir al desnudo y no volver tu rostro ante tu hermano. Entonces brillará tu luz como la' aurora, y se dejará ver pronto tu salud, e irá delante de ti la justicia y detrás de ti la gloria del Señor. Entonces llamarás, y el Señor te oirá; le invocarás, y El dirá: Heme aquí» 43.

En definitiva, pues, ya os dais cuenta de que Dios no juzga el ayuno como un bien esencial. Y ello porque no le es acepto por sí mismo, sino en virtud de otras buenas obras. Y al contrario, las circunstancias concomitantes pueden tornarlo malo, y lo que es más, llegar a ser

odioso. Por eso dice: «Cuando ayunaren, no escucharé sus ruegos» 44

QUE EL BIEN POR ESENCIA NO DEBE SUBORDINARSE A UN BIEN INFERIOR

XV. Es incuestionable que la misericordia, la paciencia, la caridad, así como las demás virtudes mencionadas anteriormente, que contienen el bien por esencia, no deben subordinarse al ayuno, sino el ayuno a ellas. Hay que esforzarse por adquirir estas virtudes, que son verdaderamente buenas, por medio del ayuno. En cambio, no hay que hacer del ayuno el término por **el** cual se practican estas virtudes.

Por eso es útil la aflicción de la carne, y nada mejor que adoptar el tratamiento espiritual de la inedia. La razón es clara. Porque, merced a ella, se puede llegar a la caridad, que es en donde radica sin solución de tiempo el bien inmutable y perpetuo.

Consideremos lo que acontece en la medicina, en orfebrería y en las demás artes que se ejercen en el mundo. No se practican con miras a los instrumentos necesarios a sus trabajos. Son los instrumentos los que están ordenados a la práctica del arte que se ejercita. Siendo útiles para los peritos, resultan superfluos para los que desconocen la ciencia de ese arte. Provechosos en gran manera para los que saben usar de ellos en la realización de sus obras, de nada sirven para quien, no conociendo el fin para que están destinados, se contentan simplemente con tenerlos. A los ojos de éste, toda su utilidad estriba en poseer esos instrumentos, no en manejarlos para llevar a cabo un trabajo.

En suma: el bien esencial es aquel al que se ordenan las cosas indiferentes como a su fin. Y este primer bien no se busca por otro motivo que no sea por su propia bondad.

XVI. **El** bien esencial se distingue de los otros bienes que hasta aquí hemos calificado de cosas indiferentes. Expongamos por qué motivos.

El bien esencial es bueno por sí mismo, no por razón de otra cosa. Es necesario por sí, y no por un fin diferente de él. Es siempre e inmutablemente bueno, de modo que lo que es subsiste perpetuamente, sin la posibilidad de pasar a lo que le es contrario. Si sufre algún eclipse o mutilación por nuestra parte, la consecuencia inmediata es la ruina. Su contrario es el mal esencial, e igualmente no puede tampoco cambiar de naturaleza.

Todas estas notas que concurren en el bien esencial en modo alguno convienen al ayuno. Este no es de suyo bueno ni por sí mismo necesario. Su práctica es saludable sólo en cuanto se propone adquirir la pureza de cuerpo y corazón, y reconciliar el alma purificada con su autor, neutralizando los bríos de la carne. Ni es tampoco siempre e inmutablemente bueno. Pues con frecuencia se da el caso de tener que interrumpirlo, sin que por ello se siga perjuicio alguno. Más bien se vuelve contra el alma, cuando nos damos a él indiscretamente.

Su opuesto, es decir, el placer que se experimenta naturalmente al comer, no es tampoco un mal esencial. Porque si río va acompañado por la intemperancia, la lujuria o algún otro vicie, no puede decirse que sea

malo. Pues no es lo que entra en la boca lo que mancilla al hombre, sino lo que procede de la boca, esto es lo que mancilla al hombre» [45]. Por donde, cuando ejecutamos un bien esencial en orden a otra cosa, es como si lo tergiversáramos o no cumpliéramos con él perfectamente o sin pecado. Todo, en última instancia, tiene que referirse a él y debe **ser** buscado exclusivamente por sí mismo.

UTILIDAD DEL AYUNO

XVII. No olvidemos nunca estas nociones sobre la naturaleza del ayuno. Es indudable que podremos practicarlo con todas las veras del alma, en la seguridad de que será para nosotros un bien, habida cuenta del tiempo, la calidad y la medida; sin hacerle el término de nuestra esperanza, sino con la intención de llegar por su medio a la pureza del corazón y a la caridad apostólica.

El hecho de que se hayan fijado al ayuno tiempos especiales y se haya reglamentado su calidad y medida, prueba bien a las claras que no es un bien por esencia, sino que no pasa de ser un simple medio. Por lo demás, lo que la autoridad de un precepto ordena como bueno o prohíbe como malo, no está sometido de tal suerte a las salvedades de tiempo, que de vez en cuando deba hacerse lo que está vedado u omitirse lo que está prescrito.

La justicia, la paciencia, la sobriedad, la pureza, la caridad no tienen una medida determinada. Ni tampoco se ha permitido nunca exención o libertad a la injusticia, a la ira, a la impureza, a la envidia y a la soberbia.

XVIII. Tras estos preliminares acerca de la naturaleza del ayuno, me parece a propósito invocar ahora la autoridad de las Escrituras. Así quedará más de manifiesto que *el* ayuno perpetuo ni es obligatorio ni posible.

Leemos en el Evangelio que los fariseos, de consuno con los discípulos de Juan el Bautista, ayunaban. Los apóstoles, en cambio, en calidad de amigos e invitados del celeste esposo, no guardaban esta observancia. Y es que los discípulos de Juan juzgaban que la suma de la justicia estaba en su ayuno. De hecho, ellos seguían las huellas de aquel extraordinario predicador de penitencia, modelo para todos los pueblos por el ejemplo de su vida, que rehusaba no sólo los variados manjares de las gentes, pero ni siquiera conocía el pan, que constituye el alimento común de todos. Por eso se lamentan ante el Señor, diciendo: « ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos con frecuencia y tus discípulos no ayunan?» " Mas la respuesta del Salvador muestra claramente que el ayuno no es siempre necesario ni conveniente, como cuando el carácter festivo del tiempo o también cuando inesperadamente una razón de caridad aconsejan quebrantarlo. « ¿Por ventura—dice el Maestro—pueden los hijos del esposo llorar mientras con ellos está el esposo? Vendrán días cuando se les arrebatará el esposo, y entonces ayunarán» 47. Estas palabras, es cierto, fueron pronunciadas antes de la resurrección de su cuerpo. Pero evocan el pensamiento de Pentecostés, pues fue entonces, durante los cuarenta días que siguieron a la resurrección, cuando el Señor comía con sus discípulos, y la alegría de su presencia cotidiana no les permitía ayunar.

POR QUÉ SE QUEBRANTA EL AYUNO DURANTE TODOS LOS DÍAS DE PENTECOSTÉS

XIX. GERMÁN. ¿Por qué durante el tiempo de Pentecostés suavizamos el rigor de la abstinencia, cuando el Señor sólo ha permanecido cuarenta días con sus discípulos después de la resurrección?

XX. TEONAS. No me parece inoportuna vuestra pregunta, y merece la pena penetrar totalmente la verdad.

Después de la Asunción del Señor, que tuvo lugar a los cuarenta días de la resurrección, los apóstoles volvieron del monte de los Olivos, donde se les había concedido la gracia de verle subir a su Padre, según atestigua el libro de los Hechos. Regresaron después a Jerusalén y esperaron diez la venida del Espíritu Santo. Después de los cuales, esto es, el día quincuagésimo, le recibieron en medio de gran gozo ". De este modo se comp'etó el número consagrado por esta festividad.

Por otra parte, la vemos ya figurada en el Antiguo Testamento. Transcurridas siete semanas, los sacerdotes debían ofrecer al Señor **el** pan de las primicias 49. Mas el verdadero pan fue realmente ofrecido al Señor por la predicación que los apóstoles hicieron a la muchedumbre en ese día. Era el pan de la nueva doctrina, que alimentó y sació a cinco mil hombres y consagró al Señor el pueblo de los cristianos, como primicias tomadas de entre los judíos 50. He ahí la razón por la cual estos diez días deben unirse a los cuarenta primeros, y celebrarse con una misma solemnidad y alegría

La tradición de esta festividad nos ha sido transmitida por los cristianos de la edad apostólica. Es para nosotros un deber permanecer fieles a ella sin introducir cambio alguno. En estos días no doblamos tampoco las rodillas en la oración, porque esta postura simboliza la penitencia y el dolor. Se advierte inmediatamente que les damos la misma solemnidad que a los domingos. Nuestros Padres nos enseñaron que en ellos no conviene ayunar ni arrodillamos en honor de la resurrección del Señor.

XXI. GERMÁN. ¿No se sentirá halagada **la** carne ante las delicias extraordinarias de una fiesta tan prolongada? Y ¿no sucederá que la raíz de los vicios, aunque parezca extirpada, germine nuevas espinas? El espíritu, grávido por unos manjares tan buenos como insólitos, ¿no cederá frente a su esclavo el cuerpo? Y, sobre todo, entre nosotros, ¿no es fácil que la lozanía de la juventud incite a nuestros miembros a la rebelión, caso de tomar con mayor abundancia los manjares habituales, o nos permitimos otros extraordinarios?

DE UNA JUSTA MEDIDA EN LA ABSTINENCIA

XXII. TEONAS. Debemos sopesar todos nuestros actos en el fiel de la balanza que es nuestra razón. Y por lo que se refiere a la pureza del alma, atengámonos siempre al dictamen de nuestra conciencia, no al juicio ajeno. Si así lo hacemos, esta tregua en el ayuno no resultará seguramente perjudicial a una justa austeridad.

Pero repitámoslo una vez más. Es menester que el alma, considerando

las cosas de un modo objetivo e imparcial, guarde la misma medida para la indulgencia como para la abstinencia. Que mantenga ambas cosas en justo equilibrio, de suerte que esté pronta a corregir cualquier exceso en uno y otro caso. Procede distinguir, a la luz de la verdadera discreción, si el peso de las delicias agrava lo espiritual o si el excesivo rigor de nuestro ayuno deprime lo corporal. De modo que debemos apoyarnos sobre el platillo que, parece elevarse en forma desmedida y dar impulso al que baja en demasía.

Porque nuestro Señor no quiere que hagamos nada por su culto y su honor sin que esté orientado por la moderación, porque «el honor del rey ama la justicia» ". También el sapientísimo Salomón nos advierte que no debemos decantarnos ni a una ni a otra parte por defecto de circunspección: «Honra a tu Dios—dice—con tus justos trabajos, y ofrécele de los frutos de tu justicia» ". Y es que en nuestra conciencia habita un juez incorruptible y fiel que, incluso cuando todos yerran a propósito de nuestra pureza, no se engaña él jamás.

Cúmplenos, pues, guardar nuestro corazón atento siempre y equilibrado en toda prudencia y sagacidad. Porque, ¿cabe mayor desdicha que, incidiendo en el error por falta de discreción, nos dejemos arrastrar por el deseo de una abstinencia inconsiderada o seducir por el amor de una excesiva blandura? Esto equivaldría a someter a examen sobre una balanza falsa toda la riqueza latente y sustantiva de nuestras fuerzas morales. Antes bien, poniendo sobre un platillo de ella la pureza del alma y sobre el otro nuestro vigor corporal, debemos pesarlo todo según el juicio de la conciencia, de modo que no **nos** sintamos arrastrados ni a una ni a otra parte por alguna afección preponderante y perversa.

Si inclinamos la balanza hacia una austeridad sin medida o hacia un relajamiento excesivo, se nos dirá con razón: « ¿No es verdad que si ofrecieras rectamente, mas no, usares de la misma rectitud en el reparto, residiría el pecado en ti?» 53 Los sacrificios a que obligamos a nuestro estómago por la violencia que le hacemos creemos ofrecerlos rectamente a Dios. Pero Aquel que «ama la misericordia y la justicia» 54 los execra, diciendo: «Yo soy el Señor que ama el juicio y odia la rapiña que se comete en el holocausto» 55.

También aquellos que orientan lo mejor de sus ofrendas, quiero decir de su servicio y de sus actos, a satisfacer su carne y a subvenir a sus propias necesidades, no reservando al Señor más que la parte insignificante que les sobra, los condena asimismo la palabra inspirada como obreros infieles, diciendo: «Maldito el que realiza la obra de Dios fraudulentamente» ". No sin razón increpa el Señor al que se deja soliviantar por un juicio sin equidad. Así exclama: «Pero vanos son los hijos de los hombres, mentirosos son en sus balanzas, pues no quieren sino engañar» Y por eso San Pablo nos amonesta también que nos mantengamos en esa ecuanimidad que da la moderación, para no torcer a derecha o a izquierda, víctimas de una exageración llena de espejismos. Habla de «un culto racional» Y lo mismo pone en entredicho el Legislador al ordenar: «Tened balanzas justas, pesos justos, un modio justo y un sextario justo» Salomón, por fin, nos ofrece sobre el particular una sentencia muy **seme**jante: «El peso falso, grande o pequeño, y la falsa medida son abominables al Señor; el que se entrega a semejantes prácticas quedará prendido en su propia astucia» ".

Pero es el caso que hasta ahora hemos hablado únicamente del modo de evitar los pesos falsos y las medidas falaces en lo que atañe a nuestra conciencia y al juicio de nuestro corazón. Y hay que tener en cuenta otro aspecto:

Es preciso que cuando soltamos la brida con nimia indulgencia para suavizar las exigencias de la austeridad regular, no se nos ocurra abrumar a aquellos a quienes predicamos la divina palabra con preceptos y cargas más pesados de lo que podemos nosotros soportar. Obrando así, ¿qué otra cosa hacemos sino pesar y medir con doble peso y medida la mercancía de los preceptos del Señor?

Porque si dosificamos para nosotros los preceptos de una manera distinta que para nuestros hermanos, Dios nos echará en rostro esa injusticia por la cual usamos balanzas fraudulentas y pesas falsas. a tenor *de* aquella sentencia *de* Salomón : «Es una abominación ante el Señor el peso falso, y no está bien en su presencia la falsa balanza» 61.

Es también resbalar sobre el pecado del peso falaz v de la doble medida exhibir ante nuestros hermanos, por el solo deseo de gloria humana, las prácticas más austeras a las que nos entregamos habitualmente en nuestras celdas. No hay duda de que es querer aparecer más mortificados y más perfectos a los ojos de los hombres de lo que lo somos a los ojos de Dios. Y claro es que no hay vicio que convenga más evitar, por no decir abominar de él.

Pero entretanto nos hemos ido apartando de la cuestión propuesta. Preciso es volver a ella.

DEL TIEMPO Y DE LA TASA DE LA COMIDA

XXIII. Por tanto, debemos observar la solemnidad de Pentecostés de suerte que las atenuaciones permitidas durante este período litúrgico sean de provecho al bien del cuerpo y del alma y no les sean nocivas. No existe fiesta alguna cuya alegría sea capaz de amortiguar los aguijones de la carne. La carne es para nosotros un adversario feroz que no sabe reprimirse ante la reverencia debida a los días más santos.

No obstante, cabe en lo posible que sepamos guardar en las fiestas la solemnidad fijada por la costumbre, sin sobrepasar la medida de una saludable parsimonia. Para esto basta con no permitir a la indulgencia franquear los límites siguientes: el alimento que tomamos a la hora de nona lo tomaremos, debido al carácter festivo, que reviste el tiempo, un poco más temprano, pongo por caso a la hora de sexta. Pero observaremos la medida y la calidad de costumbre, no sea que la pureza del cuerpo y la integridad del alma que hemos adquirido por la abstinencia de la Cuaresma se vean malogradas por las mitigaciones de Pentecostés. En cuyo caso no nos serviría de nada haber obtenido por el ayuno lo que una saciedad indiscreta podría arrebatarnos. Precauciones estas tanto más necesarias cuanto que el enemigo tiene una habilidad suma para lesionar nuestra pureza, siempre que en medio de la celebración de una solemnidad nos encuentra menos sobre aviso.

Es necesario, pues, estar en guardia para que el vigor de nuestra alma

no quede menoscabado por lisonjeros deleites al amparo del ambiente festivo propio de una fiesta. Y ello, repito, para no perder en el descanso y seguridad de Pentecostés la pureza de la castidad adquirida por el continuo trabajo de la Cuaresma. Por tanto, nada de aditamentos que se salgan de lo ordinario ni en la calidad ni en la cantidad. Los manjares de que nos privamos para conservar la pureza en los días ordinarios debemos proscribirlos también en los días de mayor solemnidad. Esta conducta se impone para que la alegría de la fiesta no fomente en nosotros los incentivos de la carne y se mude en duelo, ni sea motivo de que se desvanezca la fiesta más excelente del espíritu que consiste en la alegría triunfante de la perfecta inocencia. Después del goce carnal, siempre pasajero y vano, nos veríamos obligados a lamentar la pérdida de nuestra pureza de corazón en las largas aflicciones de la penitencia

Hemos de procurar a toda costa que no se nos dirija en vano la invitación del profeta: «Celebra, oh Judá, tus fiestas y ofrece a Dios tus votos» 62. Si las solemnidades que matizan d curso ordinario del tiempo no interrumpen la continuidad de nuestra abstinencia, gozaremos de fiestas espirituales sin interrupción, y así, cesando de toda obra servil, «iremos de novilunio en novilunio y de sábado en sábado» 63.

352 SOBRE LA DIVERSA OBSERVANCIA DE LA CUARESMA

XXIV. GERMÁN. ¿Por qué la Cuaresma **no** comprende más que seis semanas, que no contienen—por exceptuarse los domingos—sino treinta y seis días? Es cierto que en algunas regiones, por ser quizá más alto el nivel religioso, han agregado una séptima semana; pero como restan el sábado y el domingo, tampoco se alcanza la cifra de cuarenta, sino sólo la de treinta y seis[315] 64.

XXV. TEONAS. He ahí un problema cuya solución rehuye la piadosa simplicidad de algunos. Sin embargo, como el deseo que os anima de penetrar a fondo nuestra observancia y su mística significación os hace ahondar con escrúpulo incluso aquellos temas que otros juzgan anodinos, voy a proponeros una razón por la cual veréis de forma palmaria cómo nuestros ancianos no nos transmitieron nada arbitrario.

En la ley mosaica existía el siguiente precepto general, promulgado para todo el pueblo: «Ofrecerás al Señor tu Dios tus diezmos y tus primicias» 65. Si se nos manda ofrecer el diezmo de nuestros bienes y de nuestras cosechas, cuánto más necesario será que ofrezcamos también el diezmo de nuestra vida, de nuestra actividad humana, de nuestras obras. Lo cual cumplimos perfectamente por medio de la Cuaresma.

El diezmo de los días que el año encierra en su curso completo es de

---

315 C 4 Tal era la observancia de la Iglesia griega y que también estaba en uso en la Iglesia de Milán, Cfr. SAN AMBROSIO, *De Helia et ieiuno,* 10, 34. **La** Iglesia latina, en cambio, ayunaba el sábado. Más tarde tal vez hacia siglo VII, bajo el pontificado del Papa Vitelio, dándose más importancia a la materialidad de los cuarenta días de ayuno que al significado místico del tiempo de Cuaresma, se añadieron los cuatro días que anteceden al domingo 1 de Cuaresma, al cual aún hoy la Sagrada Liturgia denomina *Caput Qua-dragésimae*

treinta y seis y medio. Ahora bien, si de siete semanas suprimís los domingos y los sábados, quedan treinta y cinco días consagrados al ayuno. Añadid a ellos la gran vigilia del sábado en que prolongamos el ayuno hasta el canto del gallo, hasta las primeras horas del domingo de resurrección, con lo que tendréis no sólo treinta y seis días, mas también—contando el tiempo de la noche para el diezmo de los cinco días restantes—un total al que no falta nada.

CÓMO DEBEMOS OFRECER NUESTRAS PRIMICIAS AL SEÑOR

XXVI. ¿Y qué diré acerca de las primicias? ¿No es notorio que todos los fieles siervos de Cristo las ofrecen todos los días? Porque apenas despertar, antes de enfrentarse de nuevo con el trasiego de la vida, antes de concebir en su corazón cualquier impresión, antes incluso de acordarse del cuidado de sus intereses familiares, consagran al Señor en sacrificio el nacimiento y principio de sus pensamientos. ¿Y qué es esto sino pagar verdaderamente las primicias de sus vicios al sumo pontífice Jesucristo por el uso que se les da de la vida y por esta imagen de la resurrección cotidiana?

De igual modo ofrecen a Dios, al abandonar el sueño, la hostia de su alabanza. El primer acento de su boca se endereza a El para invocarle, para celebrar su nombre. Ya *desde* un principio, despegando sus labios para cantarle himnos, ofrecen a Dios el servicio de su canto. Parejamente, le presentan la primera ofrenda de sus manos y de sus pies, cuando, al levantarse de su lecho, permanecen de pie en la oración. Y así, sus miembros, lejos de cumplir su cometido con miras a sus propios intereses, no quieren sustraer nada para *sí.* Sus paso, avanzan sólo teniendo por norte el honor de Dios, o se detienen únicamente para alabarle. De esta suerte satisfacen con las primicias de sus movimientos, teniendo sus manos extendidas, sus rodillas hincadas y todo su cuerpo prosternado.

Sólo de este modo podremos cumplir lo que se canta en el salmo: «Muy de mañana vengo yo a implorar tu auxilio; se anticipan a las vigilias mis ojos para meditar tus palabras» [66], Y: «Mis plegarias van a ti desde la mañana» 67. Esto es: si, llamados a la luz del día, concluido el descanso, cual si emergiéramos de las tinieblas de la muerte, no detraemos para nuestras necesidades nada de los deberes que incumben a nuestro cuerpo y a nuestra alma.

Porque no es otro aquel a qui[en] el profeta ha prevenido desde la mañana y debemos nosotros prevenir que a nosotros mismos, es decir, nuestros pensamientos y nuestros cuidados terrenos cuales no podemos inhibirnos. Mas también con ello al enemigo y las sugestiones sutiles que pretende insinuar en nosotros con fantasmas de sueños vanos, mientras estamos *sumidos* en profundo sueño. Y ello para que luego, al despertar, nos veamos ocupados en tales quimeras. Así es como va desflorando él nuestras óptimas primicias y nos las arrebata para sí.

Por lo cual, si queremos cumplir eficazmente el contenido del mencionado **ver**sículo, debemos armarnos de prudencia, de cuida[do] y atenta vigilancia para ponemos al abrigo en el primer despertar de nuestros pensamientos de la mañana, no sea que la envidia del adversario,

pronto a apoderarse de ellos, los mancille y haga que nuestras primicias sean rechazadas por el Señor como ofrendas viles y ajadas. Si no nos anticipamos a sus ataques con hábil estrategia, lejos de deponer sus intrigas, diariamente se anticipará él a nosotros con sus ardides.

Si, pues, deseamos ofrecer a Dios los primeros frutos de nuestro espíritu como hostias aceptas y siempre agradables a sus ojos, no debemos contentarnos con una solicitud mediocre en la guarda de nuestros sentidos, que deben ser, máxime **en** las primeras horas de la mañana, sagrados holocaustos del Señor, y por lo mismo inviolados e intactos.

Muchos, inclusive de entre los seglares, cultivan esta especie de devoción. Se levantan antes del día o al rayar el alba, pero no se envuelven en seguida en los cuidados familiares y demás menesteres de este mundo. Van antes al templo para consagrar en la divina presencia las primicias de sus acciones y trabajos.

POR QUÉ LA OBSERVANCIA DE LA CUARESMA DIFIERE POR EL NÚMERO DE DÍAS

XXVII. Por lo que se refiere a lo que habéis dicho antes, sobre las diferentes maneras de celebrar la Cuaresma, de siete semanas o de **seis,** que se observa en diversas provincias, hay que advertir que aun bajo esta aparente disparidad el ayuno es el mismo en el fondo y en la forma. Los que fijaron la observancia de seis semanas partieron del criterio de que hay que ayunar el sábado. Con lo que se cumple el ayuno seis días a la semana. Y este número reiterado seis veces arroja el total de treinta y seis. Así como he dicho ya, el ayuno es igual e idéntico en unos y otros, si bien difiere en la cifra de semanas.

XXVIII. Tal es, por consiguiente, la razón profunda de nuestra observancia, que la incuria de los hombres borró de su memoria. Y el tiempo en que ofrecemos a Dios el diezmo del año durante treinta y seis días y medio de ayuno fue llamado cuaresma o cuarentena.

Tal vez pareció un deber adoptar este vocablo porque Moisés, Elías y el Señor habían ayunado cuarenta días. Además, los cuarenta años que Israel pasó en el desierto y las cuarenta místicas estaciones que jalonaron la travesía sintonizan también con este número misterioso. O también pudiera ser que este diezmo recibiera el nombre de cuadragésima por un plagio de los usos de la recaudación. De hecho es ésta la manera de designar entre el pueblo el impuesto público que aporta al servicio del rey una parte de los beneficios. Y en nuestro caso sería el legítimo impuesto de Cuaresma que el Rey universal de los siglos exige de nosotros en pago al disfrute de la vida presente.

Pero hablemos ahora de otro punto que, aunque no tiene relación alguna con la pregunta formulada, no me parece oportuno silenciarlo, pues se nos ofrece oportunidad para abordarlo.

Nuestros ancianos han dicho repetidas veces que los demonios redoblan en estos días sus ataques contra la casta de los monjes, empujándoles con mayor violencia a abandonar sus celdas para encaminarse a otros lugares. Del mismo modo que antaño los egipcios oprimían a los hijos de Israel con toda suerte de vejámenes, así también estos egipcios espirituales se

esfuerzan por doblegar bajo un trabajo duro y humillante al verdadero Israel, el pueblo espiritual de los monjes. No dejan piedra por mover para impedir que por una tranquilidad agradable a Dios abandonemos la tierra egipcíaca y vayamos al desierto de las virtudes donde reside nuestra salvación. El faraón ruge de ira contra nosotros y exclama: «Huelgan y por eso dicen: Tenemos que ir a sacrificar a nuestro Dios. Cargadlos de trabajo, que estén ocupados y no den oídos a embustes» ".

Y, efectivamente, sumergidos en su diabólica veleidad, los demonios presentan como una vanidad suprema el sacrificio del Señor, que no se ofrece sino en el desierto de un corazón libre, pues la religión fué siempre una abominación para el pecador.

LOS PERFECTOS VAN MÁS ALLÁ DE LO QUE PRESCRIBE LA LEY CUARESMAL

XXIX. No obstante, el varón justo y perfecto no está ligado por la ley de la Cuaresma, ni puede contentarse con una regla tan exigua y modesta. Les jerarcas de la Iglesia la han establecido para las gentes del mundo que durante el año se hallan enfrascadas en sus negocios y placeres. Al constreñirles en cierta manera con esta necesidad legal, no han hecho sino obligarles a consagrarse siquiera en estos días al Señor. Al propio tiempo han obtenido que le dedicaran el diezmo de su vida; de otro modo, hubieran sido enteramente devorados.

Pero no ocurre lo misma con los justos. «La ley no ha sido hecha para ellos» 69. No consagran a los ejercicios espirituales una parte tan insignificante, como es la décima parte de su tiempo. Hacen donación de toda su vida. Por eso están exentos del pago del diezmo legal. Y si alguna coyuntura honesta y santa les obliga a quebrantar el ayuno[316] 70, lo hacen con gran libertad de ánimo. Y eso no es en menoscabo de los diezmos, toda vez que se han ofrecido a sí mismo, al Señor con todo lo que tenían.

Por otra parte, quien no ofrece algo espontáneamente a Dios no podrá menos de hacerse reo de fraude. La Ley le obliga necesariamente a satisfacer sus diezmos sin excusa alguna. Y, **en** su consecuencia, se comprende claramente que no puede ser tenido perfecto servidor de la Ley aquel que se limita a evitar lo prohibido y hacer lo que está prescrito. Y, por e! contrario, pueden tenerse como verdaderamente perfectos quienes se abstienen incluso de las cosas que la misma Ley les concede.

Es de notar que, aunque se ha dicho que **la** Ley mosaica «nada tiene que conduzca a la perfección» 71, no obstante, leemos que hubo perfectos entre los santos del Antiguo Testamento. Pero ello es debido a que, yendo más allá del precepto de la Ley, vivieron ya bajo la perfección evangélica, pues «no se ha puesto la ley para los justos, sino para los inicuos, para los rebeldes, para los impíos y pecadores, para los que carecen de religión y piedad, etc.» 72.

XXX. Procede saber que la observancia de la Cuaresma no existió

---

316 70 *Stationen ieiunii,* repite aquí Casiano. El primero que usa el término de estación—de origen militar--para significar el ayuno cristiano es el *Pastor de Hermas, Simi Vl* y,

mientras se mantuvo **in**violada la perfección de la Iglesia primitiva. El ayuno no estaba fijado en los estrechos límites de un precepto o de alguna disposición legal que obligara de un modo absoluto. El ayuno se observaba a lo largo de todo el año.

Mas, paulatinamente, la multitud de los fieles fue enfriándose, decayendo aquel espíritu característico de los apóstoles [317]73. Cundió de nuevo el afán de riquezas, haciendo acopio de ellas, sin preocuparse en lo más mínimo de distribuirlas por igual entre los fieles, habida cuenta de sus necesidades, según habían preestablecido los apóstoles. Cada cual miraba por sus propios haberes, y no contentos con seguir el ejemplo de Ananías y Safira", su única mira era consolidarlos y aumentarlos en lo posible.

Se comprende que los obispos, ante la actitud de aquellos cristianos [q]ue sólo pensaban en los cuidados seculares—ajenos a toda abstinencia y compunción—, establecieran de común acuerdo un ayuno canónico, a la manera de un diezmo legal, para obligarles a un obrar más santo. Esta medida, por bienhechora que fuese para los débiles, no podía perjudicar a los perfectos. Viviendo bajo la gracia del Evangelio, su devoción voluntaria trascendía la Ley y se lanzaban a la consecución de la bienaventuranza, de que nos habla la sentencia paulina: «El pecado no os dominará a vosotros, porque no estáis bajo la Ley, sino bajo la gracia» 75. El pecado, en efecto, no podrá ejercer su dominio sobre el alma que es fiel en permanecer bajo la libertad de la. Ley de gracia.

¿CÓMO HAY QUE ENTENDER LAS PALABRAS DEL APÓSTOL: «EL PECADO NO EJERCERÁ SU DOMINIO SOBRE VOSOTROS»?

XXXI. GERMÁN. No puede tildarse de falaz la sentencia de San Pablo cuando promete la **se**guridad no sólo a los monjes, sino a los simples cristianos en general. Y, sin embargo, esta afirmación es para nosotros un tanto oscura.

Si, como afirma, todos los que creen en el Evangelio son libres y ajenos al yugo y dominación del pecado, ¿a qué obedece que este dominio o tiranía se ejerza sobre casi todos los bautizados. Así lo atestigua el Señor cuando dice: «Todo el que comete el pecado es esclavo del pecado» 76.

XXXII. TEONAS. Vuestra objeción plantea de nuevo un problema de gran alcance. Y estoy convencido de que el que no está instruido por la experiencia, no podrá captar su secreto. Intentaré, sin embargo,

---

[317] 73 No está en lo cierto Casiano con estas afirmaciones un tanto exageradas. El ayuno cuaresmal es evidente que es de origen apostólico. Ni la razón de su institución fué la decadencia del fervor primitivo, ni los cristianos practicaron en el principio un ayuno [p]erpetuo, como pretende nuestro amor; véase, por ejemplo, lo que dice San Pablo en *Rom.,* XIV, 1 ss.; *I Cor.,* Ix, I ss., *y* x, 27 ss., etc. Y la *Doctrina de los Apóstoles,* VIII, 1. Cfr. DUCHESNE, *Origines du culto chrétien,* VIII, 1.

resolverlo y explicarlo brevemente. Una sola condición exijo: que vuestra inteligencia acoja con obras lo que yo expongo con palabras. Todo lo que se aprende por la experiencia, más bien que por la doctrina, así coma no puede exponerse por un inexperto, así tampoco no puede comprenderlo ni conservarlo sino aquel que está fundado en un estudio semejante y en la misma instrucción.

En primer lugar, creo necesario considerar atentamente el fin y voluntad de la Ley, y luego la disciplina y perfección de la gracia. Basados en estos principios fundamentales, podremos discernir lo que hay que entender por la dominación del pecado y por la expulsión del pecado.

La Ley recomienda particularmente el matrimonio. Y afirma: «Feliz el que tiene descendencia en Sión y domésticos en Jerusalén» ". Y: «Maldita la estéril que no pare»[318] 78. La gracia, en cambio, nos invita a la pureza de la perpetua integridad y a la continencia de la virginidad bienaventurada: «Felices—dice—las estériles que no dieron a luz y los pechos que no amamantaron» [79]; y: «Quien no odia a su padre y a su madre y a su esposa, no puede ser mi discípulo» ". Y aquello del Apóstol: «Quien tenga esposa [q]ue sea como si no la tuviera» 81.

La Ley afirma: «No tardarás en ofrecer tus diezmos y primicias» ". Y la gracia: «Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, y dalo a los pobres» [8] 3.

La Ley no prohíbe la venganza, ateniéndose a la observancia del talión frente a la invectiva y a la ofensa, diciendo: «Ojo por ojo, diente por diente» 84. La gracia quiere que para probar **nues**tra paciencia suframos las injurias y los golpes que se nos han infligido, y ordena que estemos prontos a soportar doble pérdida: «Quien te diere en tu mejilla derecha, ofrécele la otra; y quien pretende disputar contigo en el juicio y coger tu túnica, dale también el manto» ". Aquélla dice que hay que odiar a los enemigos; ésta que hay que amarlos, e incluso llega a prescribir que debemos rogar a Dios por ellos sin cesar "

QUE SON MÁS SUAVES LOS PRECEPTOS DEL EVANGELIO QUE LOS DE LA LEY

XXXIII. Quien ha escalado la cumbre de la perfección evangélica se siente elevado por el mérito de tan grandes virtudes por encima de toda la Ley. Todo lo ordenado por Moisés le parece ya insignificante y mezquino Tiene conciencia de no estar ya sujeto sino a la Ley de gracia del Salvador, percatándose de que su ayuda le ha hecho llegar a un estado tan sublime.

El pecado no ejerce ya dominio sobre él, porque «la caridad de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado» 87. Esta caridad excluye en realidad toda otra afección, pues es incapaz de apetecer lo que está prohibido y menospreciar lo que

---

[318] [78] Estas palabras no son de la Sagrada Escritura. Sin embargo, manifiestan el pensar judío sobre este punto: Cfr. *Ps.* CXXVI; *Deut.,* XXVIII, 4, etc.; San Jerónimo aduce este texto en su Ep. 22, 21 a Eustoquio.

está mandado. Todo su afán y todo su deseo convergen al divino amor; y no sólo se mantiene a distancia de las cosas que conducen a los deleites rastreros, pero ni siquiera usa de cosas que están permitidas.

Aunque, gracias a la Ley que garantiza el derecho mutuo de los cónyuges, se ha logrado cercenar la violencia de la carne estabilizando el matrimonio con una sola mujer, sin embargos es imposible que el aguijón de la concupiscencia deje de existir. Un fuego al que se procura atizarle difícilmente puede contenerse en los límites que se le han fijado. Lo natural es que intente abrirse brecha para abrasar cuanto se ponga a su alcance. A mi juicio, la concupiscencia posee en el matrimonio una materia que devorar, que le impide derramarse allende sus límites. Mas no deja de extender sus tentáculos por más que se la contenga, porque en la voluntad reside una tendencia culpable y el uso legítimo crea una especie de pendiente que resbala rápida hacia la infidelidad.

En cambio, en la Ley de gracia el Salvador infunde una santa pasión por la incorrupción perfecta. Esa pasión consume por el fuego de la caridad divina todas las espinas de los carnales deseos. De esta suerte no es fácil hallar en esas almas ni siquiera la tibia ceniza que pueda poner en contingencia el frescor de su integridad.

En resumen, los siervos de la Ley se ven empujados por el uso de lo lícito a lo ilícito; los hijos de la gracia, al renunciar a lo lícito, **des-**conocen io ilícito. Así como el pecado[319] 88 o su tendencia perdura en el que es partidario de matrimonio, perdura igualmente en aquel que se contenta con pagar el censo de los diezmos y las primicias. Indefectiblemente peca, sea por **neg**ligencia en la cantidad o en la calidad, **sea en** la distribución diaria que hace de ellos. Imaginaos a un hombre obligado a dar infatigablemente sus bienes a los indigentes. Por grandes que sean su fe y devoción en este cometido, ¡cuán difícil le será a veces no verse envuelto en las redes del pecado!

Consideramos ahora a los que no han despreciado el consejo del Señor. Tras haber distribuido todos sus bienes a los pobres, han tomado su cruz y han seguido al dispensador de la gracia. Es sabido que el pecado no puede ejercer su dominio sobre ellos. Su fortuna está ya consagrada a Cristo, sus riquezas no les pertenecen. Mientras reparten piadosamente sus haberes, no se sienten atenazados por el cuidado infiel de reservarse algo para sí; ninguna vacilación o pesar mengua el gozo que acompaña a la limosna. Como lo han dado todo a Dios, todo lo consideran como ajeno, su desprendimiento es tal que no se les ocurre procurarse algo para sus necesidades, ni alimentan ningún temor por el pedazo de pan que han menester para vivir. Y es que están plenamente convencidos de que, una vez llegados al despojamiento apetecido, Dios les alimentará con más solicitud aún que a las aves del cielo ".

Le acontece todo lo contrario al [q]ue retiene sus bienes y distribuye ora el

---

[319] [88] Es decir, la concupiscencia, lo cual, por **tener** su raíz en el pecado de Adán e inclinar al pecado, San Pablo la llama pecado. Cfr. Conc. **Tridentino** Ses. IV, can. 5.

diezmo o primicias de ellos, ora una parte de su dinero bajo la obligación de la Ley antigua. Es verdad que no hay rocío semejante a esta limosna que sea capaz de extinguir el fuego de sus pecados. No obstante, cualquiera que sea su magnanimidad en este reparto de su fortuna, le es imposible sustraerse enteramente al dominio del pecado. A no ser, claro está, que por la gracia del Salvador, al par que renuncia a sus bienes extinga en sí el espíritu de propiedad. De modo semejante, no puede menas de servir al imperio del pecado aquel que ateniéndose a la Ley pretende sacar ojo por ojo, diente por diente, o prefiere odiar a su enemigo. Mientras está al acecho y busca represalias iguales a la ofensa recibida, alimentando contra su enemigo el rencor y la amargura, laten convulsas en ellos las pasiones del odio y la ira como un fuego que no se apaga.

Aquel, empero, que vive bajo la luz de la gracia del Evangelio, triunfa del mal no por la resistencia, sino por la paciencia. Al que le hiere en una mejilla, le ofrece espontáneamente la otra. Y al que suscita un litigio para arrebatarle su túnica, le entrega incluso el manto. Ama a sus enemigos y ruega por los que le calumnian. He ahí a un hombre que ha sacudido el yugo del pecado y ha roto sus cadenas.

Este tal no vive ya bajo la Ley, pues la Ley no anula las semillas del pecado. Por eso dice San Pablo, no sin razón: «Se anuncia la abrogación del precedente mandato a causa de su ineficacia e inutilidad, pues la Ley no llevó nada a la perfección» " Y el Señor por boca del profeta: «Y les di preceptos no buenos y mandatos en los que no vivirán» ". Sino que vive bajo la gracia, que no se limita a cortar los retoños del mal, antes bien, arranca las mismas raíces de la voluntad malvada.

CÓMO RECONOCER QUE ALGUIEN VIVE BAJO LA LEY DE GRACIA

XXXIV. Quienquiera, pues, que se esfuerza por seguir la perfección de la doctrina evangélica, permanece bajo la gracia y no gravita sobre él el peso del pecado. Estar bajo la gracia es cumplir lo que la gracia ordena.

Mas el que rechaza la plenitud de la perfección evangélica, sepa que en vano es bautizado o es monje. Porque no está bajo la gracia sino que le aprisionan todavía las cadenas de la Ley y se siente resbalar por la pendiente del pecado.

No hay que olvidar cuál es el designio del Señor al hacer suyo, por la gracia de la adopción, al que le recibe. No es destruir, sino coronar; no es abolir, sino perfeccionar los preceptos de Moisés [92]. Hecho que muchos ignoran por completo. Dando al traste, por un lado, con las magníficas exhortaciones de Cristo, no dejan, por otro, de mecerse en una libertad presuntuosa. Con lo que no sólo no alcanzan a cumplir los preceptos de Cristo por ser arduos, sino que consideran como anticuados, como algo anacrónico, y, por lo mismo, despreciables, los que estableció Moisés en la Ley para aquellos que eran principiantes y párvulos. Libertad esta culpable, que merece la execración del Apóstol, que dice: «Pecaremos, porque no estamos bajo la Ley, sino bajo la gracia» 3.

Por consiguiente, quien no está bajo la gracia por no haber sabido ascender hasta el ápice de la doctrina del Señor, ni bajo la Ley, porque ha rehusado abrazar los preceptos facilísimos de ella, sufre dos veces la

tiranía del pecado: porque su postura equivale a haber recibido la gracia de Cristo para separarse de El por una libertad funesta. Es incurrir en el desatino contra el cual nos prevenía San Pedro al decir: «Como libres y no como quien tiene la libertad cual cobertura de la maldad» 94. Y San Pablo dice también· «Vosotros habéis sido llamados a la libertad, hermanos», es decir que habéis sido arrebatados a la tiranía del pecado. «no uséis de ella para la ocasión de la carne» ". Dicho de otra manera: *No* creáis que el escapar a los preceptos de la Ley os autoriza para dar rienda suelta a los vicios. La verdadera libertad está donde está el Señor. Lo dice el mismo San Pablo: «El Señor es espíritu, y donde está el espíritu allí está la libertad» 96.

Ignoro si he logrado exponer y elucidar este pensamiento del santo Apóstol como saben hacerlo quienes lo han penetrado por la experiencia. Una cosa sé, que, aun cuando no haya maestro que la explique, está patente a todos aquellos que han llegado a poseer la πρακτικην es decir, la disciplina de la ciencia práctica 97. No tendrán que afanarse para comprender en una conferencia lo que una vez aprendieron por las obras.

POR QUÉ A VECES SOMOS MÁS COMBATIVOS CUANTO MÁS AYUNAMOS

XXXV. GERMÁN. Has proyectado mucha luz sobre una cuestión muy oscura y que a mi juicio permanece todavía **en** el misterio.

Pero deseamos aún que nos ayudes a continuar nuestro progreso, esclareciéndonos este punto: en el tiempo en que con más ardor nos entregamos al ayuno, sentimos en nuestra carne más encarnizados combates. A menudo, al despertar se cierne sobre nosotros el abatimiento, al percatarnos 372 de lo que nos ha sucedido en sueños. Ni siquiera osamos levantarnos para la oración, faltos como estamos de toda confianza.

XXXVI. TEONAS. Vuestro deseo, que no se satisface con alcanzar la senda de la perfección de un modo mediocre y transitorio, sino plena y totalmente, me induce a seguir infatigable esta conferencia.

En realidad, no es la castidad exterior, la circuncisión visible o de sobrehaz lo que deseáis averiguar e inquirir, sino la que está en lo oculto. Sabéis de sobra que la plenitud de la perfección no estriba en una continencia puramente física y material. La necesidad y aun la hipocresía pueden hacerla factible incluso entre los infieles. La perfección consiste en la pureza voluntaria e invisible del corazón.

Es la que predica el Apóstol, cuando dice: «Porque no es judío el que lo es en lo exterior, ni es circuncisión la circuncisión exterior de la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y es circuncisión la del corazón, según el espíritu, no según la letra. La alabanza de éste no es de los hombres, sino de Dios 98, quien, por lo demás, es el único que penetra en el secreto de los corazones.

Sin embargo, me es imposible satisfacer plenamente vuestros deseos. El breve espacio de tiempo que nos queda de la noche no nos permite indagar esta cuestión, de sí tan abstrusa; por eso me parece más oportuno diferirla por el momento. Además, estos temas son de tal naturaleza que exigen un ambiente de calma y un corazón libre del

estrépito de los pensamientos En esa disposición de ánimo debo yo hablaros y vosotros captarlo con vuestra inteligencia. Por otra parte, del mismo modo que conviene inquirir estas cosas con miras a una mayor purificación, así también debe enseñarlas y precisarlas quien tiene experiencia de lo que es el don de integridad. Porque no se trata de razonamientos y palabras hueras, sino del testimonio íntimo de la conciencia y de la fuerza de la verdad. Por eso, repito, sólo el experto puede tratar de esta ciencia y doctrina. Y sólo puede comunicarla el amante apasionado de la verdad, que no hace de ella objeto de discusiones vacuas, sino que pone en juego todas sus fuerzas íntimas para alcanzarla. Es decir, no busca el gusto de una locuacidad inane, sino el deseo de pureza interior.

XXIII

TERCERA CONFERENCIA DEL ABAD TEONAS

DE LA IMPECABILIDAD

Capítulos: I. Exposición del abad Teonas sobre las palabras de San Pablo: «No hago el bien que quiero».—II. De los bienes de que estaba dotada la vida del Apóstol.—III. Cuál es el bien verdadero que atestigua el Apóstol no haber podido alcanzar. IV. La bondad y justicia humanas no son buenas si se las compara con la bondad y la justicia divinas.—V. Nadie puede concentrar de una manera constante su atención en el sumo bien.—VI. Los que se creen sin pecado se asemejan a las gentes que padecen de oftalmía.—VII. Los que sostienen que el hombre puede estar sin pecado son víctimas de un doble error.—VIII. Hay pocos que comprenden todo el alcance del pecado.—IX. Con qué cautela debe el monje guardar la memoria de Dios.—X. Quienes tienden a la perfección se humillan en verdad y sienten de continuo la necesidad de la gracia divina.—XI. Exposición de esta sentencia: «Me deleito en la Ley de Dios según el hombre interior...»—XII. Sobre estas palabras: «Sabemos que la Ley es espiritual...»—XIII. Sobre esta sentencia: «Sé que no hay en mi, es decir, en mi carne, cosa buena».—XIV. Objeción: que lo que dice San Pablo «no hago el bien que quiero...» no conviene ni a los infieles ni a los santos.—XV. Respuesta a esta objeción.—XVI. Qué cosa sea el cuerpo del pecado.—XVII. Todos los santos se han confesado siempre con toda verdad impuros y pecadores.—XVIII. Que hasta los santos y los justos no dejan de estar sin pecado.—XIX. Que apenas puede evitarse el pecado, incluso en el momento de la oración.--XX. De quiénes debemos aprender a librarnos del pecado y a progresar en la virtud.—XXI. Aun cuando reconozcamos que no estamos sin pecado, no por eso debemos privarnos de la comunión del Señor.

EXPOSICIÓN DE TEONAS SOBRE LAS PALABRAS DE SAN PABLO: «NO HAGO EL BIEN QUE QUIERO»

I. Al apuntar el día, acosamos con las más vivas instancias al anciano para estudiar hasta el fondo la cuestión suscitada la víspera, a propósito de un texto de San Pablo. El anciano habló así:

Os esforzáis en probar que el Apóstol no hablaba en nombre propio, sino en la persona de los pecadores, cuando dijo: «No hago el bien que quiero, sino el mal que odio». Y también aquello: «Mas si yo hago lo que no

quiero, no soy yo quien lo hace, es el pecado que habita en mí». O lo que sigue: «Porque me deleito en la Ley de Dios, según el hombre interior; pero siento otra ley en mis miembros que repugna a la ley de mi mente y me encadena a la ley del pecado que está en mis miembros» [320]1.

No obstante, la conclusión a que llegamos tras de un detenido examen de estos textos es contraria a la que vosotros sostenéis. Semejantes ideas no se adicen con la persona de los pecadores, sino con la de los solos perfectos. Pues un lenguaje como éste conviene únicamente a la santidad de aquellos que imitan las virtudes apostólicas 2.

Porque, ¿cómo pueden convenir a la persona de los pecadores frases como ésta: «No hago el bien que quiero, sino el mal que odio»? O esta otra: «Mas si hago lo que no quiero, no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí». ¿Quién, de entre los pecadores, se contamina, contra su voluntad, con el adulterio o fornicación? ¿Quién, a la fuerza, tiende asechanzas contra sus semejantes? ¿Quién, por necesidad, es forzado a oprimir a otro por falso testimonio, a engañarlo con el robo, a codiciar el botín ajeno o a derramar su sangre?

Al contrario, está escrito: «El género humano está adherido con pasión al mal desde su juventud» [3]. Todos aquellos que se mueven a impulso de la pasión, ¿no desean satisfacer su codicia? Con solicitud buscan de continuo la ocasión propicia para hacer el mal. Hasta el punto de que temen llegue demasiado tarde el momento de poder solazarse en sus apetitos. Y lo que es más, se jactan de su propia ignominia y del cúmulo de sus miserias. Al decir del Apóstol, que los vitupera, desean granjearse una alabanza de aquello mismo que de suyo engendra confusión [4]. El profeta Jeremías describe acerca de ellos un cuadro por el estilo. No sólo no cometen sus torpezas contra su voluntad, no dejando en paz sus cuerpos y sus corazones, sino que se afanan y ponen en juego sus energías para lograr su fin. Ninguna dificultad, por ardua que sea, es capaz de apartarles de su afán de cometer el crimen: «Se fatigaron—dice Jeremías—para hacer el mal» 5.

Y esta otra palabra del Apóstol, ¿podrá alguien afirmar que conviene a los pecadores: «Yo soy el mismo que por el espíritu sirvo a la Ley de Dios, y por la carne a la Ley del pecado?» 6 Es notorio que no sirven a Dios ni en su espíritu ni en su cuerpo. Y ¿cómo los que pecan en el cuerpo servirán a Dios en el espíritu? El forres de los vicios es engendrado en la carne por **el** corazón. El mismo autor de ambas substancias lo declara abiertamente: aquí es donde está la fuente y origen del pecado: «Del corazón—dice, proceden los malos pensamientos, los adulterios, las impurezas, los hurtos, los falsos testimonios» ', etc.

En suma, es a todas luces evidente que estos textos no pueden entenderse de la persona de los pecadores. Porque éstos, lejos de odiar el

---

[320] [2] A pesar de lo que dice Teonas, San Pablo trata en este fragmento del hombre bajo el imperio del pecado, antes de la justificación. En el capítulo siguiente hablará del cristiano justificado que posee el Espíritu, quien a pesar de estar justificado no deja de sentir en su interior esta división de que habla el Apóstol. Cfr. *Gal.,* v, 17 ss.

mal, lo aman. Y aparte de que no sirven a Dios ni en el espíritu ni en la carne, cometen el mal en su corazón antes de cometerlo en su cuerpo. Antes de entregar éste al placer, el pecado de su espíritu y de sus pensamientos les ha prevenido ya, anticipándose al mal que apetecen.

DE LOS MÚLTIPLES BIENES QUE HUBO EN EL APÓSTOL SAN PABLO

II. Resta, por tanto, que veamos la dimensión real de estas palabras, relacionándolas *con* **los** sentimientos íntimos que informaban al que las profirió un día.

En primer lugar debemos averiguar qué **es lo** que el Apóstol llama bueno y qué lo que denomina, en comparación con él, malo; y juzgar de estas palabras no según su significación llana y simple, sino considerarlas desde el ángulo en que él las mira. Es decir, debemos escrutar el alcance de su pensamiento partiendo de la dignidad y mérito del que nos habla. Es medio muy eficaz para comprender las máximas inspiradas de Dios y captarlas como El quiere que lo sean, considerar atentamente el estado de ánimo y el mérito de aquellos que las han proferido, situándonos en las mismas disposiciones y los mismos sentimientos; y eso no con meras palabras, sino por la experiencia. La manera de concebir las cosas, como también de expresarlas, depende del estado en que uno se encuentra.

Examinemos, pues, con diligencia, cuál es ese bien por excelencia que San Pablo no ha podido practicar a pesar de quererlo.

Conocemos muchos bienes que, indudablemente, tanto el Apóstol como otros hombres de mérito semejante al suyo los poseyeron, ya sea por naturaleza, ya por haberlos adquirido con la gracia. La caridad es buena, digna de laude la continencia, admirable la prudencia, larga la hospitalidad, circunspecta la sobriedad, modesta la temperancia, piadosa la misericordia y santa la justicia. No admite duda que todas estas virtudes existieron de una forma plena y perfecta en el Apóstol y en sus compañeros, que predicaron la religión más con su vida santa que con palabras. ¿Qué decir del celo que sentían por el cuidado constante y la vigilancia siempre solícita de todas las iglesias? ¡Cuánta misericordia, cuánta perfección implica llegar a abrasarse por aquellos que se escandalizan, y sentirse débil con los que desfallecen!

Pues bien, entre este cúmulo de bienes tan sublimes, ¿cuál es ese que no le ha sido posible realizar a la perfección? No podemos saberlo, si no nos elevamos hasta el mismo sentimiento que le hacía hablar así. Todas las virtudes que hemos visto en él son realmente cual gemas espléndidas y preciosas. Sin embargo, estas virtudes disminuyen en mérito y devienen poco menos que despreciables, si se las compara con aquella magnífica y preciosa margarita que el comerciante evangélico desea hacer suya vendiendo cuanto tiene 9. Nadie vacile en renunciar a ellas, pues a cambio de tantos bienes vendidos de esta suerte adquirimos el único que nos hace verdaderamente ricos.

DEL BIEN VERDADERO QUE EL APÓSTOL ATESTIGUA

NO HABER PODIDO ALCANZAR

III. ¿Cuál es, por consiguiente, este único bien, incomparablemente superior a tantos y tan grandes bienes, que para poseerlo hay que despreciar todos los demás?

No es otro que aquella óptima parte, cuya8 grandeza y perpetuidad preferirá María a los deberes de la hospitalidad. El mismo Señor la encarece al decir: «Marta, Marta, te afanas y te preocupas por muchas cosas; pero pocas son necesarias, o más bien una sola. María ha escogido la mejor parte que no le será quitada» 10. *La theoria,* la contemplación de Dios, he aquí lo único necesario, cuyo mérito sobrepuja a todas las acciones santas, a todos los esfuerzos de la virtud.

Todas aquellas dotes a que nos referíamos resplandecían en el apóstol San Pablo, eran tan buenas y útiles como grandes y preclaras. Pero establezcamos una comparación: el estaño, que pudo parecer en un principio de algún provecho o belleza, se envilece frente a la plata. Todo el valor de ésta se desvanece si se le coteja con el oro. El mismo oro viene a ser despreciable si se le compara con las piedras preciosas. Y toda la belleza de éstas palidece ante el brillo deslumbrante de una sola perla.

De modo parecido, todos los méritos de la santidad, aun cuando sean buenos y útiles no sólo para la vida presente, sino porque nos adquieren también el don de la vida eterna, parecerán viles [y], si se me permite la expresión, dignos de venderse en almoneda, si se les compara con los méritos de la contemplación divina. La autoridad de la Sagrada Escritura viene a confirmar este paralelismo. Por ventura, no dice de todos los seres creados por Dios: «He aquí que todo lo que hizo Dios era muy bueno» 11. Y también: «Todas las cosas que Dios ha hecho son buenas en su tiempo» 12.

Por donde aparece claro que todas las criaturas materiales se dicen buenas con relación al mundo presente. Y no buenas simplemente, sino muy buenas, con el superlativo. Y, en realidad, mientras estamos en este mundo se prestan esas cosas a los menesteres de la vida, sirven a la salud del cuerpo, sin hablar de otras utilidades que escapan a nuestro conocimiento. Son, además, muy buenas, en cuanto que nos hacen «apreciar los atributos invisibles de Dios que se revelan en sus obras, después de la creación del mundo», y contemplar su «eterna omnipotencia y su divinidad» " en la grandeza imponente y en el orden del universo creado y de todos los seres que subsisten en él.

No obstante, esas cosas apenas si podrán **con**servar el nombre de esa bondad, si se las compara con el siglo futuro, donde los bienes no sufrirán cambio alguno, donde no habrá que temer ninguna alteración en la verdadera beatitud. Ved cómo se nos describe esta bienaventuranza del mundo que vendrá: «La luz de la luna será como la luz del sol, y la luz del sol brillará siete veces más, como la luz de siete días» [14]. Además, todas las cosas de aquí abajo, por más grandes, bellas y maravillosas que nos parezcan, se convierten en vanidad ante lo que la fe nos promete para el futuro: «Todo envejecerá corno un vestido—asevera David—. Los mudarás como se muda una veste. Pero tú siempre el mismo y tus días no tienen fin» 11.

Ahora bien, si nada es de suyo estable, ni nada es inmutable, ni nada es bueno fuera de Dios si ninguna criatura es capaz de lograr la beatitud de la eternidad y de la inmutabilidad por su propia naturaleza, sino únicamente por una participación de su Creador y por la gracia, toda bondad creada se desvanece como un soplo en presencia del Creador.

QUE LA BONDAD Y JUSTICIA HUMANAS NO SON BUENAS, SI SE LAS COMPARA CON LA BONDAD Y JUSTICIA DIVINAS

IV. Pueden hallarse todavía, si lo queremos, testimonios más manifiestos con que poder afianzarnos en esta verdad.

¡Cuántas cosas son calificadas de buenas en el Evangelio! Se da el calificativo de bueno al árbol, a un tesoro, a un hombre, a un servidor:

«El árbol bueno no puede dar frutos malos» 18. «El hombre bueno saca del buen tesoro de su corazón cosas buenas» [17]. «Muy bien, siervo bueno y fiel» [18]. Y es indudable que en todos estos casos se trata de una bondad real, no imaginaria. No obstante, si dirigimos la mirada a la bondad de Dios, ninguno de ellos podrá hacerse acreedor al calificativo de bueno. Así lo dice el Señor: «Nadie es bueno sino Dios» 10.

Ante El, los mismos apóstoles, a quienes el mérito de su elección les sitúa en muchos aspectos por encima de la bondad del común de los hombres, son declarados malos. A ellos, en efecto, se enderezan estas palabras: «Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, icuánto más vuestro Padre, **que** está en los cielos, dará cosas buenas a quien se las pide!» 20

Consiguientemente, si nuestra bondad se cambia en malicia al considerar la bondad celestial, nuestra justicia, cotejada con la justicia divina, viene a ser semejante, como dice Isaías, a un lienzo inmundo: «Toda nuestra justicia es como lienzo inmundo» 21. Y si apelamos aún a un testimonio más evidente, he aquí lo que nos dicen los preceptos de vida de la Ley: «Ella—se afirma—ha sido dada por los ángeles, por obra de un mediador» ". Y de ella dice también San Pablo: «Así, pues, la Ley es santa; y el precepto es santo, justo y bueno» ". Pero el oráculo divino proclama que no son buenos frente a la perfección evangélica: «Les he dado preceptos que no son buenos, y mandamientos en los que no encontrarán la vida» ". Oíd asimismo a San Pablo, que afirma que toda la gloria de la Ley se eclipsa ante la luz que proyecta el Nuevo Testamento, hasta el punto de que frente al esplendor del Evangelio ya no merece ser glorificado: «Lo que fue glorificado en otro tiempo, deja de ser glorioso ante esta gloria eminente» ".

La Escritura signe esta trayectoria y este mismo estilo, cuando, con signo inverso, pone en la balanza los pecados de los hombres. Así, en comparación con los impíos, justifica a los que han pecado menos, diciendo: «Tú has justificado a Sodoma» " Y aun: «¿Cuál fue el pecado de Sodoma, tu hermana?» [27] Y también: «Israel, el infiel, ha parecida justo en comparación de la pérfida Judá>r 28.

Lo mismo acontece con todas las virtudes enumeradas más arriba. Son buenas y preciosas en sí mismas, pero oscurecen ante la claridad de la

«teoría». Y es que, por más que los santos se ocupen en obras buenas, van muchas veces **en**vueltas en cuidados terrenos que detraen y retardan de la contemplación de aquel sublime bien.

QUE NADIE PUEDE ESTAR CONSTANTEMENTE ATENTO Y FIJO EN EL SUMO BIEN

V. Este «libra al desvalido del poderoso», «al pobre y al afligido de aquel que le despoja» [2]9; «quebranta los dientes del soberbio y arranca a la presa de sus fauces» 30. Al ejecutar esta obra justiciera, ¿elevará tal vez su mirada, con ánimo tranquilo, hacia la gloria de la majestad divina?

Otro distribuye limosnas a los pobres. Huésped lleno de humanidad, acoge en su casa a todos los que le visitan. En el momento en que las necesidades de sus hermanos ocupan y solicitan su espíritu, ¿podrá por ventura tener fija su mirada en el océano sin límites de la celestial bienaventuranza? Zarandeado por las inquietudes y cuidados de la vida, ¿se lanzará su corazón, salvando este lastre terreno, a considerar en la lejanía el siglo venidero? He aquí por qué David suspira por unirse de continuo al Señor, y asevera que sólo esto es bueno para el hombre: «Estar unido a Dios constituye mi felicidad, cifrar en el Señor toda mi esperanza» [31]. Pero el Eclesiastés dice que ninguno de los santos es capaz de realizar sin censura este ideal: «Porque, dice él, no hay justo en la tierra que haga el bien sin jamás pecar» ".

¿Quién, por más santo y justo que sea, mientras se halla envuelto en los lazos de este cuerpo mortal, ha logrado poseer de un modo inmutable el bien soberano, sin apartarse nunca de la contemplación divina, no dejándose distraer un solo instante por pensamientos humanos **de Aquel que** sólo es bueno? ¿Podrá encontrarse a alguno que no ande nunca solícito del alimento, del vestido ni de las otras necesidades de la carne? Es posible que no se haya preocupado nunca de la recepción de los hermanos, de un cambio de morada, de la construcción de su celda, hasta solicitar la ayuda de los hombres, o movido por la necesidad, incurrir en aquella sentencia increpatoria del Señor: «No os inquietéis por vuestra vida, por lo que comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis» 30.

[F]inalmente, el mismo apóstol San Pablo, cuyos llegar a este ideal. Lo decirnos sin temor, cuando él mismo lo atestigua en los Actos: «Vosotros sabéis que estas manos han trabajado para mi subsistencia y a la de mis colegas» 34. Y lo confirma cuando escribe los Tesalonicenses: «He trabajado noche y día **en** la pena y **en** la fatiga» 34. Con ello su alma adquiría tesoros de méritos. Y, no obstante, su alma, por santa y sublime que fuera no podía evitar el verse separada de la celestial «teoría», es decir, de la contemplación divina, para aplicarse al trabajo que exigía su condición de hombre en la tierra.

Por lo demás, se le ve ponderar, por un lado, los frutos inapreciables de su vida activa y, **por** otro, pesar en su corazón el bien que le granjea la «teoría». En cierto modo coloca sobre un fiel de la balanza el producto de tantos trabajos, y en otro el deleite de la divina contemplación. Durante mucho tiempo hace lo posible por encauzar su juicio interior por la rectitud perfecta. Porque al paso que, de una parte, el mérito de sus

trabajos le colma de alegría, por otra, el deseo de la unión con Cristo le invita a abandonar su cuerpo. Y al fin, lleno de ansiedad, como dudando, dice: «Todavía no sé qué elegir. Por ambas partes me siento coartado: pues de un lado deseo morir para estar con Cristo, que es mucho mejor; por otro, quisiera permanecer en la carne, que es más necesario para vosotros» 34. Por donde se ve claramente cómo coloca por encima de los frutos de su predicación este bien excelentísimo.

Sin embargo, ante la caridad, sin la cual no podemos merecer cerca del Señor, opta por ceder. Es decir, que por consideración a aquellos que nutre con la leche del Evangelio, corno, lo haría una madre, no rehúsa estar separado de Cristo. Esto es verdaderamente cosa nociva para él, pero necesaria a los demás. Sobre todo le compele a adoptar esta actitud su piedad sin límites. Y eso le induce incluso a desear, si fuera posible, el mal supremo del anatema, mientras le sea dado salvar a sus hermanos: «Porque desearía ser yo mismo anatema de Cristo por mis hermanos, mis deudos según la carne, los israelitas» 34. Esto es, quisiera ser condenado no sólo a las penas temporales, sino también a las penas eternas, a fin de que todos los hombres, si pudiera ser, gozasen de la compañía de Cristo; pues estoy seguro de que la salud de todos es más útil a Cristo y a mí mismo que la mía propia.

Por tanto, para obtener el sumo bien, que consiste en gozar de la visión de Dios y permanecer perpetuamente unido a Cristo, arde en deseos de ver desatados los lazos del cuerpo. Como el cuerpo es caduco y está como impedido por las necesidades sin número que nacen de su fragilidad, puede que sea alguna vez separado de la sociedad de Cristo.

Repitámoslo: es imposible que nuestra alma, distraída por tantos cuidados y derramada en tantas inquietudes que la ocupan y la abruman, pueda gozar a todas horas de la contemplación de Dios. ¿Cabe en un alma una aplicación tan pertinaz, una vida tan austera que no se aparte alguna vez de esa atención concentrada, a causa de las ilusiones del diablo? ¿Existe alguien que haya penetrado los secretos de la soledad y evitado el consorcio de los hombres hasta el punto de no resbalar jamás por la pendiente de los pensamientos inútiles, o no haberse inhibido, bajo la influencia de las cosas perecederas o el cuidado de las ocupaciones terrenas, de la contemplación divina, la única que es buena? ¿Quién ha sido capaz de conservar tan perfectamente el fervor del espíritu que no se haya visto alejado de su oración, víctima de la imaginación y la fantasía, y precipitado desde lo alto del cielo a ras de tierra? ¿A quién de nosotros no le ha sucedido alguna vez—y paso en silencio otros momentos de divagación—abismarse por una especie de sopor en la displicencia más profunda, en el preciso instante en que eleva su alma al cielo en actitud suplicante? Y aunque involuntariamente, ha ofendido a Dios en aquello por lo cual pensaba obtener el perdón.

¿Quién está ya tan ejercitado y posee un dominio tan cabal de sí mismo que no se distraiga jamás del sentido de la Escritura cuando canta un, salmo al Señor? ¿Quién, en fin, ha penetrado tan hondamente en la intimidad divina que pueda gozarse de haber cumplido un salo día el precepto del Apóstol de orar sin intermisión? 38

Todas estas miserias parecen banalidades y vienen a ser como ajenas

al pecado para aquellos que están sumergidos en los vicios más groseros. En cambio, para quienes están penetrados del bien que encierra la perfección, esas faltas leves, esas nimiedades representan algo gravísimo.

LOS QUE SE CREEN SIN PECADO SE ASEMEJAN A LAS GENTES QUE PADECEN DE OFTALMÍA

VI. Supongamos que dos hombres penetran a la vez en una casa espaciosa, pero obstruida por múltiples sarcias, muebles y por los más dispares objetos. El uno goza de una vista sana y perspicaz. El otro tiene los ojos embotados por la oftalmía. Este último, privado de visualidad, por tener sus pupilas nubladas, asegura que no hay allí más que armarios, lechos, escaños, pesebres... En una palabra, cosas todas cuya presencia se la ha revelado más el tacto que la vista. El primero, en cambio, ha lanzado en torno la mirada, escudriñando, en visión certera, los ángulos más ocultos y distantes. Ello le permite aseverar la existencia de cuantiosos objetos, apenas perceptibles. Objetos que, si alguien intentara amontonarlos, igualarían e incluso podrían superar por su número la grandeza de mobiliario que su compañero ha ido reconociendo a tientas.

Cesa pareja acontece en los santos. Estos son, por decirlo así, los videntes. En su afán ilimitado por la perfección, descubren en sí con rara sagacidad y condenan sin piedad cosas que nuestra mirada interior, entenebrecida, no puede ni siquiera atisbar. En nosotros, según el criterio que nos permite formar nuestra vida religiosa, el pecado más leve no ofusca el níveo candor de la conciencia. Ellos, por el contrario, se ven cubiertos de manchas. Y eso les ocurre no sólo cuando un pensamiento vano entra subrepticiamente en el santuario de su alma, sino cuando el recuerdo de un salmo que es preciso recitar desvía simplemente su atención en la plegaria.

Suele decirse, hablando en metáfora, que si rogamos a algún personaje constituido en dignidad no con el fin de garantizar nuestra salvación y nuestra vida, sino únicamente para alcanzar alguna utilidad lucrativa, fijamos en él los ojos el alma entera, y suspensos con una expectativa llena de zozobra al menor ademán que haga, temblamos ante la sola idea de que una palabra inepta incongruente venga a hacernos indignos de su misericordia. Pongamos también el caso de que nos hallamos en la audiencia, ante el tribunal de los jueces de este mundo. Frente a nosotros está nuestro adversario. Si en medio del debate empezamos a toser, expectorar, reír, bostezar, dormir, ¡cómo el odio vigilante de nuestro enemigo estará pronto a excitar en nuestro disfavor la severidad del juez!

Pues bien, cuando suplicamos al Juez divino, testigo infalible de todo lo secreto, para que aparte de nosotros el peligro de muerte eterna que nos amenaza, teniendo ante nosotros a aquel que *es* a la vez nuestro astuto seductor y acusador, ¡con qué acentos de fervorosa y atenta plegaria debemos implorar su clemencia!

Se comprende, pues, que se haga culpable no sólo de una falta leve, sino de gravísima impiedad, el que mientras ora en presencia de Dios

aparta de El su atención, como lo haría un ciego o un sordo, para seguir la vanidad de un pensamiento inútil. Mas aquellos que cubren los ojos de su corazón con el craso velo de los vicios, y según la palabra del Salvador «viendo no ven, y entendiendo no entienden ni comprenden» 39, son incapaces de apreciar en lo íntimo de su conciencia los pecados mortales. Es imposible que tengan esa clarividencia que es necesaria para discernir la aparición insensible de los pensamientos o esa lúbrica y oculta comezón de la concupiscencia que hiere al alma de modo tenue y sutil, o as distracciones que les atenazan.

En fin, van siempre errantes al albur de una imaginación sin freno. Ni pasa por sus mientes lamentarse cuando se ven alejados de la divina contemplación, que es algo único y simplicísimo. Más: no tienen nada cuya pérdida puedan deplorar. Abriendo su alma de par en par a todo pensamiento que la invade, no tienen ningún objeto en que afincarse y que polarice todos sus deseos.

QUIENES SOSTIENEN QUE EL HOMBRE PUEDE ESTAR SIN PECADO, SON VÍCTIMAS DE UN DOBLE ERROR

VII. La causa que nos precipita en este error arranca de la ignorancia en que nos encontramos respecto a lo que constituye el anawarthtov$_e$vej decir, la virtud de la impecabilidad. Nos parece que son innocuas la ociosidad y la divagación de nuestros pensamientos, y por lo mismo compatibles con la perfecta inocencia. Aturdidos por la estupidez y afectados de ceguera, no advertimos en nosotros más que los pecados mortales. A nuestro juicio, basta con que evitemos únicamente lo condenado por las leyes de este mundo. Y es el caso que si en este aspecto nos sentimos indemnes, inmunes por un tiempo, en seguida nos persuadimos de que no hay en nosotros pecado.

De ahí que estemos segregados del número de los videntes par la sencilla razón de que somos incapaces de descubrir ese acervo de minúsculas sordideces acumuladas en nosotros. Inmersos en este estado miserable, ningún sentimiento de devoción nace de nuestro interior, aun cuando la tristeza venga a turbar nuestra alma; ni sentimos dolor alguno ante las sugestiones de vanagloria que nos abrasan; y mucho menos afloran las lágrimas por nuestro desánimo y tibieza en la oración. No reputamos como falta el que durante la oración y la salmodia pululen en nuestro espíritu pensamientos ajenos a ellas. Tampoco sentimos el más mínimo horror por muchas cosas que nos daría vergüenza decir o hacer ante los hombres; y, sin embargo, no nos causa el menor sonrojo ocupar en ellas nuestro corazón, siquiera unos momentos, a pesar de saber que están patentes en la divina presencia.

Y ¿qué decir en el ejercicio de la caridad? Cuántas veces, al subvenir a las necesidades de nuestros hermanos e cuando distribuimos la limosna a los pobres, nubla la serenidad de nuestra alegría la vacilación de la avaricia Y no nos lamentarnos de ello. Creemos también que no sufriremos ningún detrimento por descuidar el recuerdo de Dios, para pensar en las cosas temporales y co^{rr}uptibles. Y no nos percatamos de que el oráculo de Salomón se aplica entonces perfectamente a

 nosotros: «Me han pegado y no me ha dolido, me han pisoteado y

no lo he sentido» 40.

VIII. Muy de otro modo acontece a aquellos que saben polarizar todo su deleite, toda su alegría y felicidad en la contemplación de las cosas divinas y espirituales. Cuando, contra su voluntad, son arrancados de ella por la alevosidad de los pensamientos, siquiera sea por breves instantes, creen haber cometido una especie de sacrilegio, que deben castigar al punto con la penitencia, Y asoman entonces lágrimas abundantes por haber preferido a su Creador una vilísima criatura que distrajo los ojos de su alma. Se acusan a sí mismos del crimen de impiedad. Y aunque con una alacridad suma vuelvan de nuevo los ojos hacia la claridad de la gloria divina, las tinieblas de sus pensamientos carnales, por fugaces que sean, son para ellos insoportables y consideran como algo execrable todo lo que retrae su espíritu de esta verdadera luz.

Esta es la disposición que el santo apóstol Juan deseaba inculcar a todos, al decir: «Hijos míos, no améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno: ama al mundo, no está en él la caridad del Padre. Porque todo lo que hay **en el** mundo, concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida, no viene del Padre, sino que procede del mundo. Y el mundo pasa, y también sus concupiscencias; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.

De ahí el fastidio que sentían los santos por todo lo de este mundo. Pero es imposible que no se vean arrastrados hacia esas cosas terrenas, aunque no sea más que por fugaces distracciones. Nadie entre los mortales, excepción hecha de nuestro Señor y Salvador, ha logrado mantenerse a pulso dentro en la contemplación divina y contener la natural movilidad de su alma, hasta el punto de no dejarse distraer de ella y no pecar nunca por la afección a una cosa creada. Efectivamente, la Escritura dice a este respecto: «Las mismas estrellas no son puras en su presencia» ". Y también: «Ni sus santos gozan de su confianza». O según una versión más exacta: «Entre sus mismos santos, ninguno es inmutable, y los cielos no son puros ante su faz»

CON QUÉ CAUTELA DEBE EL MONJE CONSERVAR EL RECUERDO DE DIOS

IX. De buena gana compararía a los santos, y no sin razón, a los acróbatas, es decir, a los que llamamos vulgarmente *funámbulos.* Cuando se esfuerzan por conservar fielmente el recuerdo de Dios, se parecen a los que discurren sobre las maromas suspendidas en el espacio.

Los equilibristas que arriesgan su vida pasando por un alambre estrechísimo, pongo por ejemplo, saben la muerte atroz e instantánea que les aguarda si la más insignificante vacilación **les** desvía o hace perder ese equilibrio del que depende su salvación. Mientras con maravillosa habilidad hacen su marcha aérea en el vacío, precisan de una gran cautela y un cuidado sin igual para mantenerse seguros, impávidos, sobre aquella senda angosta, más estrecha que el paso de un hombre. De lo contrario, la tierra, que es para todos la base natural y el apoyo más sólido y seguro, viene a ser en un momento su propia perdición. Y no es que ésta mude de naturaleza, sino que se precipita en ella con

todo el peso muerto de su cuerpo.

De igual suerte, la bondad infatigable y la inmutable sustancia de Dios no hieren a nadie. Nosotros somos quienes nos damos la muerte, abandonando la sumidad celestial y tendiendo a las bajezas de la tierra. Mejor dicho: ese mismo abandono es la muerte. Así lo dice el profeta: «¡Ay de ellos por haberse apartado de mí! Ruina sobre ellos por haberse rebelado contra mí» ". Y también: «¡Ay de ellos cuando yo me aleje» 45. Pues «te servirán de castigos tus perversidades y de escarmientos tus apostasías. Reconoce y advierte cuán malo y amargo es para ti haberte apartado del Señor, tu Dios» 46. Se ha dicho también: «Todo hombre está prisionero en los lazos de sus pecados» 47. A gentes de esta laya endereza el Señor justamente esta increpación: «Los que estáis encendiendo un fuego y preparando saetas encendidas, arrojaos a las llamas de vuestro fuego sobre las saetas que prendéis» 48. Y en otro lugar: «El que esparce la malicia perecerá en ella» 49.

X. He aquí en síntesis el balance de la experiencia cotidiana que han hecho los santos: sentir gravitar en sí mismos el peso de los pensamientos terrenos, y descender así de las alturas sublimes de la contemplación. Luego, contra su voluntad, y lo que es más, sin saberlo, verse sometidos a la ley del pecado y de la muerte. En fin, sentirse apartados de la divina presencia —y adviértase que paso por alto otro cualquier motivo—por las obras enumeradas más arriba, que aunque buenas y justas, son, sin embargo, terrenas.

Ciertamente, tienen razón para elevar al Señor continuamente sus lamentos, y confesarse pecadores no sólo de palabra, sino también de corazón, abrigando sentimientos de humildad y compunción.

Tienen sobrado motivo para verter sin cesar verdaderas lágrimas de penitencia, implorando de la misericordia de Dios el perdón de las faltas en que incurren cada día por la fragilidad de la carne. Y se sienten vejados por un continuo dolor, ante la perspectiva de verse envueltos hasta el fin de su vida en semejantes turbaciones, sin poder ofrecer sus mismas súplicas sin mezcla de inquietud.

Conscientes, además, de la inutilidad de las fuerzas humanas para alcanzar, a despecho de su carne, el fin deseado; conscientes de su impotencia para unirse, según el impulso de su corazón, al bien incomparable y soberana; *y* teniendo experiencia de las distracciones que les llevan cautivos a las cosas de este mundo, lejos de la contemplación de Dios, recurren a la gracia divina «que justifica a los impíos» 50, y protestan con el Apóstol: «Desgraciado de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?» «La gracia de Dios por Nuestro Señor Jesucristo» 51

Sienten, en efecto, que no pueden cumplir el bien que quieren, antes hacen el mal que no quieren y detestan, quiero decir, en la agitación de los pensamientos o el cuidado de las cosas temporales.

EXPOSICIÓN DE ESTA SENTENCIA: «ME DELEITO EN LA LEY DE DIOS SEGÚN EL HOMBRE INTERIOR»

XI. Ciertamente, estos tales se deleitan «en la Ley de Dios según el

hombre interior» ", el cual, trascendiendo todas las cosas visibles, se esfuerza por vivir constantemente unido a Dios. Pero al mismo tiempo advierten «en sus miembros otra ley», que está inserta en la condición humana y que «lucha contra la ley del espíritu». Esta es la que aprisiona su inteligencia bajo la ley tiránica del pecado, obligándola a escamotear el bien soberano para someterla a los pensamientos de aquí abajo.

Por muy útiles y necesarios que parezcan estos pensamientos—máxime cuando la religión los encarece para subvenir a alguna necesidad—, no obstante, los santos los consideran como nocivos. Y es que en comparación con el bien divino, cuya contemplación constituye el deleite primordial de toda su vida, los santos ven en estos pensamientos transeúntes un mal que es preciso evitar a todo trance, porque los enajenan del goce de esta bienaventuranza.

Es incuestionable que fue la ley del pecado 404 quien acarreó la prevaricación del primer hombre sobre el género humano, cuando en castigo de su falta el justísimo Juez fulminó contra él esta sentencia: «La tierra es maldita en tus trabajos; te producirá espinas y cardos, y comerás el pan con el sudor de tu frente» 53. Esta es, digo, la ley ínsita en los miembros de todos los mortales, que está en pugna con la ley de nuestro espíritu y nos aleja de la contemplación de Dios. Por ella, una vez hubo el hombre adquirido el conocimiento del bien y del mal, la tierra maldita en nuestros trabajos comenzó a producir abrojos y espinas. Y estos retoños malditos son los que sofocan las semillas naturales de las virtudes, y no nos permiten comer el «pan que baja del cielo» 54 y «vigoriza el corazón del hombre» 55, sino con **el** sudor de nuestra frente. Todo el [9]énero humano, sin excepción alguna, está sujeto a esta ley. No hay nadie, por santo que sea, que no coma este pan con la fatiga de su trabajo y mediante la vigilante aplicación del corazón. En cuanto al pan ordinario, no faltan—como vemos—muchos ricos que se alimentan de él, sin que el sudor haya humedecido en lo más mínimo su rostro.

SOBRE ESTAS PALABRAS: «SABEMOS QUE LA LEY ES ESPIRITUAL...»

XII. No obstante, San Pablo afirma que esta ley es espiritual: «Sabemos, dice, que la Ley es espiritual; pero *yo* soy carnal, vendido para ser esclavo del pecado» ". Es, en efecto, espiritual la Ley que nos manda comer con el sudor de nuestra frente el verdadero pan «que desciende del cielo»; pero nos hace carnales al estar vendidos al pecado. Y pregunto: ¿a qué pecado y de quién? Sin duda el de Adán, cuya prevaricación nos vendió. Negocio este—si se me permite hablar así—del todo fatal, y comercio a todas luces fraudulento. Fascinado y seducido por la serpiente, come el fruto prohibido, y con ello vende y somete a toda su descendencia al yugo de una eterna servidumbre.

El uso ha consagrado la costumbre entre vendedor y comprador. Aquel que desea manciparse a otro recibe de su comprador una paga para compensar la yactura de su libertad y la entrega de sí mismo a una perpetua esclavitud. Pues bien, entre Adán y la serpiente tiene lugar la misma inversión. Adán recibe la paga de su momento histórico

renuncia a la condición de hombre libre, en la cual había nacido, y escoge sin réplica la esclavitud del demonio, de quien ha recibido el precio letal de la manzana vedada.

Además, sujeto por este pacto a la condición de esclavo, encuadra, corno consecuencia lógica, a toda su posteridad dentro de la misma esclavitud. De un matrimonio de esclavos, ¿qué otra cosa pueden nacer sino esclavos?

Entonces, ¿qué? ¿Por ventura el comprador, a fuer de astuto y sagaz, habrá robado su dominio al verdadero y legítimo Señor? De ningún modo. Un solo fraude no ha podido entregarle del todo el tesoro divino, de modo que el verdadero dueño haya perdido enteramente su derecho de propiedad. De hecho, por rebelde y fugitivo que sea, ha de curvarse bajo el yugo de la servidumbre divina.

Pero como el creador había concedido el libre albedrío a todas las criaturas racionales, no debía restituir por la fuerza en su libertad original a los que habían sido sacrílegamente vendidos por un pecado de gula. Todo lo que es contrario a la bondad y a la equidad repugna al Autor de toda justicia y misericordia. Hubiera sido contrario a su bondad revocar el beneficio de la libertad tras haberla otorgado. Y hubiera igualmente estado en desacuerdo con su justicia coartar la libertad del hombre, teniéndola cautiva en virtud de su potestad, y no dejándosela ejercer.

Mas reservó su salvación para los siglos futuros, a fin de que, llegada ya la plenitud de los tiempos, viniera regularmente hasta su término. Era necesario que la raza de Adán perdurara en la condición de su abuelo hasta tanto que por su gracia y por el precio de su sangre derramada la restableciera su primer Señor en su antiguo estado de libertad, una vez rotas las cadenas que la amarraban al origen. Hubiera podido salvarla desde un principio, pero no quiso. La equidad no le permitía contravenir a las disposiciones de su decreto.

¿Quieres saber la causa de que fueras vendido? Oye a tu Redentor, que te lo dice paladinamente por boca del profeta Isaías: «¿Dónde está el libelo de repudio de vuestra madre, por el cual la he repudiado yo? ¿O cuál es aquel de mis acreedores a quien os haya vendido yo? Por vuestros crímenes fuisteis vendidos y por vuestros pecados fue repudiada vuestra madre» 57. ¿Quieres saber por qué no quiso usar de su poder para redimirte de la servidumbre a que estabas sometido? Oye lo que añade a las palabras precedentes, con las cuales reprochaba a los esclavos del pecado la causa de su venta voluntaria: «¿Habráse acortado mi brazo para salvar o no tendré ya fuerza para librar?» 58

Pero ¿qué es lo que en todo caso se ha opuesto a esta misericordia omnipotente? El mismo profeta lo declara: «No, no se ha acortado la mano salvadora del Señor, ni se ha hecho su oído duro para oír. Vuestras iniquidades cavaron un abismo entre vosotros y vuestro Dios: vuestras pecados hacen que El oculte su rostro para no oíros» 59

SÉ QUE NO HAY EN MÍ, ES DECIR, EN MI CARNE, COSA BUENA

XIII. Carnales como somos, y condenados a las espinas y abrojos por aquella primera maldición de Dios, vendidos en inicuo comercio por nuestro primer padre, nos vemos en la impotencia más absoluta de obrar el bien que queremos. Y así la necesidad aparta nuestro pensamiento del sumo Dios para pensar en los menesteres de la humana fragilidad. Ardiendo en amor per la pureza, esos incentivos naturales de la carne que desearíamos ignorar totalmente, nos aguijonean, a pesar nuestro. Por eso sabemos que «el bien no habita en nuestra carne» ", quiero decir, la constancia y perpetua tranquilidad de contemplación y pureza a que nos referíamos.

Tiene lugar en nosotros un divorcio lamentable, cuanto funesto. Por el espíritu quisiéramos servir a la ley de Dios y no apartarnos nunca del resplandor que proyecta en nosotros la claridad divina. Pero cercados por las tinieblas carnales, una ley de pecado nos arranca del bien que co-nocemos. De la celsitud del espíritu resbalamos en los cuidados y pensamientos que pasan, a los cuales nos condena justamente la ley del pecado, es decir, la sentencia divina fulminada contra el primer pecador.

De ahí que San Pablo, al confesar abiertamente esta inevitable necesidad de pecado en que él y los demás santos se hallan enzarzados, no deja de confesar con osadía que ninguno de ellos es condenable por ese hecho: «Ninguna condenación pesa ahora sobre los que están en Cristo Jesús. Porque la ley del Espíritu de la vida en Cristo Jesús me liberó de la ley del pecado y de la muerte» 61

Como si dijera: la gracia de Cristo absuelve cada día a todos los santos—cuando imploran el perdón de sus deudas—de esta ley del pecado y de la muerte a la cual les astringe sin cesar una fatalidad involuntaria.

Ya veis, pues, que no es en la persona de los pecadores, sino en la de aquellos que son realmente santas y perfectos, que San Pablo ha dicho: «Porque no es el bien que quiero lo que hago; antes el mal que no quiero es lo que obro.» Y: «Veo otra ley en mis miembros que guerrea contra la ley de mi razón y me tiene cautivo en la lev del pecado, que está en mis miembros» 62. 411

OBJECIÓN DE GERMÁN: LO QUE DICE SAN PABLO, «NO HAGO EL BIEN QUE QUIERO», NO CONVIENE NI A LOS INFIELES NI A LOS SANTOS

XIV. GERMÁN. A nuestro juicio, estos textos no convienen más a los que viven en pecado mortal que al Apóstol o a los perfectos que han alcanzado su medida. Propiamente deben entenderse de les que, después de haber recibi[r]lo la gracia divina y conocido la verdad, quieren abstenerse de los vicios carnales. Mas, a pesar de ello, se sienten arrastrados hacia los apetitos inveterados por amor de un antiguo hábito que domina tiránicamente sus miembros como una ley de naturaleza. El hábito adquirido y la frecuencia de los actos se convierte, por así decirlo, en ley natural. Por lo mismo, estando esa ley inserta en los miembros de la débil humanidad, empuja al vicio al alma insuficientemente formada en las prácticas de la virtud, y tiene todavía una castidad novicia y tierna. La somete, en virtud de la antigua

condenación, a la muerte y al yugo tiránico del pecado. No le permite lanzarse a la consecución de la pureza que ama, y le obliga a hacer el mal que aborrece.

XV. TEONAS. A la verdad, noto ya un sensible progreso en vuestras ideas. Vosotros mismos sostenéis ahora que estas palabras no riman con la persona y modo de ser de los pecadores.

Más bien se compaginan con aquellos que bregan por abstenerse de los vicios carnales. Después de haber excluido del número de los pecadores a aquellos a quienes van dirigidas estas palabras de San Pablo, poco a poco llegaréis a confundirles con los fieles y los santos.

Porque ¿qué clase de pecados creéis vosotros que podrían cometer, en los cuales, aunque se vieran envueltos después del bautismo, no pudieran ser de nuevo libres por la gracia cotidiana de Cristo? ¿De qué cuerpo de muerte hay que creer que ha dicho el Apóstol: «Ay de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo Nuestro Señor» ". ¿No es manifiesto que la verdad os ha movido a confesar que no se trata aquí de los pecados mortales, cuyo castigo es la muerte eterna, por ejemplo, el pecado de homicidio, fornicación, adulterio, ebriedad, robo, rapiña, sino del cuerpo de pecado *del* que hemos tratado antes, y al cual la gracia de Cristo aporta el remedio?

Todo aquel que, tras de haber recibido el bautismo y la ciencia de Dios, incide en aquel cuerpo de muerte de los pecados graves; sepa que su crimen no será perdonado por la gracia cotidiana de Cristo, *es* decir, por ese perdón fácil que el Señor concede a cada momento por nuestras leves infracciones merced a nuestra plegaria. Antes bien, deberá someterse a las prolongadas aflicciones de la penitencia y purificarse con el dolor expiatorio, o también será condenado en la vida futura a los suplicios del fuego eterno. El mismo, Apóstol lo afirma al decir: «No os engañéis. Ni los impúdicos, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los infames, ni los ladrones, ni los bebedores, ni los calumniadores, ni los rapaces poseerán el reino de Dios» 64.

Una vez más pregunto: ¿cuál es esta ley **que** milita en nuestros miembros y lucha contra la ley de nuestro espíritu? ¿Qué ley puede ser ésta que, después de someternos, contra nuestro querer, a la ley del pecado y de la muerte—cual si fuéramos cautivos—y hacernos sus esclavos **en** cuanto a la carne, nos deja, sin embargo, servir a Dios con el espíritu?

En mi opinión, esta ley del pecado no designa las faltas graves, ni se refiere a los delitos que hemos enumerado ahora. Y la razón es clara. El culpable de tales faltas no puede cumplir la ley de Dios según el espíritu, sino que, al contrario, se separará de ella en su corazón, antes de cometer alguno de estos pecados en su carne.

Porque, servir a la ley del pecado, ¿qué otra cosa es sirio cumplir lo que el pecado manda? Pero ¿qué clase de pecado es éste, del cual una santidad tan consumada como la de San Pablo' puede sentirse cautiva, sin dudar, por otra parte, de que la gracia de Dios le ha de librar de él?

He aquí sus palabras: «Desgraciado de mí, ¿quién me librará de este

cuerpo de pecado?» 6 ¿Cuál será, digo, en vuestro sentir, esta ley que vive en vuestros miembros, que nos separa de la ley de Dios y nos sujeta bajo la ley del pecado, haciendo de nosotros unos desdichados, más bien que unos culpables? De tal manera que, en vez de ser destinados a los eternos suplicios, suspiramos únicamente al ver que se interrumpe el goce de nuestra felicidad y suplicamos con San Pablo la merced de ser restablecidos en ella: «Pobre de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de pecado?» ¿Qué significa ser aherrojado bajo la ley del pecado sino permanecer en los actos del pecado? ¿Y cuál es el bien por excelencia que los santos no pueden poner por obra, sino aquel en comparación del cual todos los demás dejan de ser bienes?

Efectivamente, sabemos que existen muchos bienes en este mundo, y en primera línea la humildad, la justicia, la misericordia, la temperancia y la piedad. Pero todos ellos no pueden parangonarse con este bien soberano. Están al alcance no sólo de los apóstoles, sino también de las almas mediocres. De suerte que **el que no** cumple con ellos será castigado con eternos suplicios o con largos trabajos de penitencia. Pero no espere ser librado por la gracia cotidiana de Cristo.

En consecuencia, estas palabras de San Pablo sólo se adaptan perfectamente a la persona de los santos. Sujetos a la ley del pecado, tal como la hemos descrito arriba, y no a aquella que implica faltas graves, sienten la plena confianza de su salvación. Claro es que no caen en el crimen, pero, como he dicho ya varias veces, se sustraen de la divina contemplación para derramarse en la miseria de las solicitudes temporales, sintiéndose siempre defraudados del bien de la verdadera bienaventuranza.

En fin, si por esta ley de sus miembros se sintiesen ligados por los pecados diarios, no se lamentaría de haber perdido la felicidad, sino la inocencia. Y entonces San Pablo no diría: ¡Desgraciado de mí!», sino «¡Ah impuro de mí, soy un criminal!» No desearía verse libre de este cuerpo de muerte, es decir, de la condición mortal, sino de la deshonra y de los crímenes de la carne.

En cambio, sintiéndose, por amor de la fragilidad humana, cautivo y derramado en las preocupaciones y cuidados de la carne—consecuencias de la ley del pecado y de la muerte—, gime bajo la pesadumbre de esta ley, a la cual por fuerza está sometido, y recurre en seguida a Cristo, cuya gracia le pone a salvo y le da la libertad. Todo aquel cúmulo de solicitudes que la ley del pecado—que engendra naturalmente las **es-**pinas y abrojos de los pensamientos y cuidados—hace germinar en el corazón de San Pablo lo arranca luego la ley de la gracia. El mismo dice: «La ley del espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte» 66.

QUÉ COSA SEA EL CUERPO DE PECADO

XVI. Tal es ese cuerpo inevitable de muerte en que los perfectos, después de haber gustado «cuán suave es el Señor» ", caen diariamente, ex[p]erimentando con el profeta. «qué mal es para elles, qué amargura haber abandonado al Señor su Dios» 68.

Este es el cuerpo de muerte que les aparta de la contemplación celestial y les hace bajar a las cosas terrenales. El que, durante la salmodia o mientras están prosternados para la oración, les evoca el recuerdo de figuras humanas, de palabras, negocios y acciones superfluas. Tal es el cuerpo de muerte que se opone a sus más altas aspiraciones de imitar la santidad de los ángeles y adherirse constantemente al Señor. No pueden, por la fuerza que les hace, alcanzar tan gran bien. Y por eso hacen el mal que no quieren, esto es, son impulsados, incluso en su espíritu, hacia las cosas que nada tienen que ver con el progreso y la consumación de las virtudes".

En una palabra, San Pablo, para significar que había hablado' de los santos, de los perfectos, de los que eran semejantes a él, prosigue en seguida, como señalándose a sí mismo con el dedo: «Así, pues, yo mismo...» "Que vale decir: Yo que os hablo de esta suerte, no pretendo descubriros les misterios de la conciencia de otro, sino los míos propios. Y es costumbre en San Pablo hacer uso de locuciones por el estilo cuando le importa designarse así: «Yo, Pablo, os conjuro por la mansedumbre y modestia de Cristo»"71; y también: «Si no es más que por mí, yo no he querido seros una carga» ",yen otra parte: «Y bien, en cuanto a mí, jamás he querido constituir para vosotros un peso» 73. Y aún: «Soy yo, Pablo, quien os lo dice: si os hacéis circuncidar, de nada os servirá Cristo» "; y, en fin, a los Romanos: «Yo quisiera ser anatema de Cristo por mis her-manos» 75.

También puede aceptarse razonablemente que ha querido hacer hincapié y decir con énfasis **esa** frase: «Así, pues, yo mismo...» Como si dijera: Yo, a quien conocéis muy bien como apóstol de Cristo, a quien veneráis con honor y respeto, a quien creéis tan grande y perfecto, por ser portavoz de Cristo, confieso que, aun guardando *la* ley de Dios por el espíritu, sirvo a la ley del pecado por la carne. Las distracciones inherentes a mi condición humana me obligan a descender a menudo del cielo a la tierra; mi alma se desliza insensiblemente desde las alturas hasta abismarse en los cuidados de las cosas bajas y rastreras. La ley del pecado que siento me aprisiona a cada instante. Y aun cuando mis deseos están orientados constantemente hacia Dios, me siento impo-tente para sustraerme a la violencia que me hace esta cautividad, si no recurro de continuo a la gracia del Salvador.

QUE TODOS LOS SANTOS SE HAN CONFESADO EN VERDAD IMPUROS Y PECADORES

XVII. Esta fragilidad de su naturaleza hace gemir a los santos. Cuando consideran la movilidad de sus pensamientos y sondean las reconditeces de su conciencia, no pueden menos de exclamar con voz suplicante: «No entres en juicio con tu siervo, pues ante ti no hay nadie justo» ". Y aquello: «¿Quién puede decir: He limpiado mi corazón, estoy limpio de pecado?» ". Y en otro lugar: «Cierto, no hay justo en la tierra que haga sólo el bien y no peque» 78. O también: «¿Quién será capaz de conocer los deslices?» 79

Hasta qué punto han estimado endeble e imperfecta la justicia del hombre, necesitado siempre de la misericordia divina, lo muestra lc

sucedido con uno de ellos. La palabra de Dios le purificó de sus iniquidades y pecados con un carbón de fuego tomado de sobre el altar. Pues bien, después de su maravillosa visión de la divinidad, tras haber contemplado a los sublimes serafines y recibido la revelación de los misterios del cielo, exclama: «Miserable de mí, soy un hombre de labios impuros, y habito en medio de un pueblo de labios impuros» 80.

Y yo creo que ni aun entonces hubiera sentido la impureza de sus labios, de no haber comprendido, por la contemplación de Dios, la verdadera y entera pureza de la perfección. Pero ante esta videncia, conoce inmediatamente las manchas que hasta aquel momento le estaban veladas. Y es manifiesto que se trata de la mancha de sus propios labios, no de la del pueblo, pues dice: **«Des**graciado de mí, soy un hombre de labios impuros,» La prueba de ello está en lo que sigue: «Habito en medio de un pueblo de labios mancillados.»

Además, cuando confiesa en su oración la sordidez de los pecados que llenan la faz de la tierra, su súplica no se limita a los perversos; encierra en ellos a todo el pueblo de los justos. Y dice: «Te has irritado y nosotros hemos pecado. Hemos vivido siempre en nuestros pecados, pero seremos salvados por ti. Hemos venido a ser todos como un impuro, y todas nuestras justicias como un lienzo inmundo» [81]. Y ahora os pregunto: ¿qué cosa hay más evidente que esta sentencia? Por una parte, el profeta abraza, no una sola de nuestras justicias, sino todas. Y por otra pasa, como quien dice, revista a lo que hay de más asqueroso y repugnante en nosotros. Y no encontrando otra analogía que refleje más al vivo ese asco y repugnancia, lo compara a un lienzo sórdido e inmundo.

En vano, pues, oponéis la espina de vuestra objeción a la evidencia de la verdad. Expresabais hace poco esa dificultad de esta manera: Si nadie está exento de pecado, nadie es santo. Si nadie es santo, nadie será salvo.

Sin embargo, el testimonio claro del profeta corre el velo que parece cubrir esta verdad. «Te has irritado---dice—y nosotros hemos pecado.» Entendamos así esta frase: Cuando, apartándonos de ti, por la altivez de nuestro corazón y por nuestras negligencias, nos has privado de tu ayuda, hemos caído en la vorágine del pecado. Como

si alguien dijera al disco rutilante del sol: **«He** aquí que te has ocultado en el horizonte, y nos envuelve la oscura tiniebla.» Y, no obstante, aun afirmando que los santos han caído, y no sólo que han pecado, sino que han permanecido siempre en sus pecados, no desespera de su salvación: «Estuvimos siempre en nuestros pecados—dice—, pero seremos salvados.»

Yo establecería un paralelo entre esta sentencia: «Te has irritado y nosotros hemos pecado», y la de San Pablo: «Desgraciado de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?» Lo que añade el profeta: «Hemos vivido siempre **en** nuestros pecados, pero seremos salvados», está en perfecta sintonía con lo que sigue del Apóstol: «La gracia de Dios por Jesucristo Nuestro Señor». Asimismo, este pasaje del profeta: **«Des**graciado de mí, soy un hombre de labios impuros y habito en medio de un pueblo de mancillados labios», parece como un eco de las palabras paulinas que acabo de citar: «Miserable **de** mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?» Finalmente, cuando el profeta

continúa y dice: «Uno de los serafines voló hacia mí, teniendo **en** sus manos un carbón encendido, que con las tenazas tomó del altar, y tocando con él mi boca, dijo: Mira, esto ha tocado tus labios, tu culpa ha sido quitada y borrado tu pecado» [82]. Cuando el profeta habla así—digo—, parece que estamos oyendo al Doctor de las Gentes, que dice: «La gracia de Dios por Jesucristo Nuestro Señor.»

Ya veis, pues, cómo todos los santos han hablado, no tanto en persona del pueblo corno **en** nombre propio, y cómo se proclaman verdaderos pecadores. La plenitud de la justicia, que desconfían obtener *por* sí mismos, debido a la fragilidad humana, la esperan de la gracia de Dios y de su gran piedad.

SEGÚN LA ORACIÓN DOMINICAL, NADIE ESTÁ SIN PECADO

XVIII. El mismo Salvador nos muestra que nadie en esta vida, por más santo que sea, está exento de la deuda del pecado.

Un día brinda a sus discípulos la fórmula de la oración perfecta. Ahora bien, entre los diversos mandamientos, tan sublimes cuanto augustos, que encierra—que, por otra parte, no pueden convenir a los perversos e infieles, [p]or cuanto han sido dados a los santos y perfectos—, ordena incluir esta petición: «Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores» 8

Siendo esto así, si esta oración es sincera en labios de los santos—y hay que creerlo sin duda—, ¿es posible que pueda hallarse alguien tan contumaz y presuntuoso que se reconozca sin pecado? Porque declararse a sí mismo exento de pecado equivale a creerse no sólo mayor que los apóstoles, sino también tildar al mismo Salvador de ignorancia y ligereza. Puesto que o desconocía que podía haber hombres sin deudas, es decir, sin pecados, o enseñaba en vano a gentes que sabía no tenían necesidad del remedio de esta oración.

Además, cuando los santos, fieles observantes del mandato de su rey, repiten a diario: «Perdónanos nuestras deudas», una de dos: o dicen la verdad y, por tanto, no hay nadie exento de pecado, ni siquiera ellos, o bien se limitan a fingir. En cuyo caso, aún es más verdad que no están exentos del pecado de mentira. Por eso, el **sa**pientísimo Eclesiastés, escudriñando todos los **ac**tos y deseos humanos, sentencia sin excepción **al**guna: «No hay ni un justo sobre el haz de la tierra que haga el bien sin jamás pecar» ".

Jamás se ha encontrado ni se encontrará **en** este mundo un hombre cuya santidad, diligencia [y] aplicación sean tales que pueda adherirse al bien verdadero y no tenga que experimentar todos los días que ha faltado distrayéndose **de** él. No obstante, aun pronunciando que no está sin pecado, la Escritura no niega que sea justo.

XIX. No falta quien atribuye a la naturaleza humana la impecabilidad. Pero este tal, si fuera sincero, en lugar de aducir palabras hueras, tendría que aducir, para combatirnos, el testimonio de la conciencia, pues ésta *es* realmente la prueba de peso. Y sólo entonces, si posee el sentimiento de no haber estado nunca separado del sumo bien, pronúnciese sin pecado. Más todavía: todo aquel que, examinando su conciencia, pueda asegurar que

ha celebrado una sola sinaxis—por no decir nada más—sin distracción alguna de pensamiento, de palabra o acción, que *se* declare sin pecado.

Hay que reconocer que nuestro espíritu tornadizo propende a pegarse a todos los objetos frívolos y superfluos. Y he ahí por qué confesamos con toda verdad que no estarnos sin pecado. Por más atento que uno sea en la guarda de su corazón, no lo guardará nunca según el deseo de su espíritu, condicionado como está por la oposición de la carne.

Porque la pureza de la contemplación está en razón directa de los progresos que hace el alma. Y claro está que entonces se siente más impura, al contemplarse en el espejo de su propia pureza. Es indudable que cuando el alma avanza hacia una contemplación más sublime, con la mirada proyectada siempre más allá, desea habitar en regiones más altas, y, como consecuencia, desprecia el grado en que se encuentra como rango inferior y vil.

El ojo sano distingue naturalmente muchas cosas: una vida irreprensible hace que la reprensión sea más dolorosa. La enmienda de las costumbres y el celo vigilante de la virtud multiplican los gemidos y los suspiros. Nadie puede estar satisfecho del grado a que ha llegado. Cuanto más pura es el alma, tanto más manchada se reconoce, y encuentra en sí más motivos de humillación que de altivez. Y también cuando **el alma es** más rauda en su vuelo hacia las cumbres, más fácilmente ve cómo se ensancha ante **sus** ojos el espacio que ha de recorrer.

En fin, aquel apóstol eximio entre todos, **«al** que Jesús amaba», descansando un día sobre **el** pecho, de su Maestro, extrajo, por así decirlo, del corazón del Señor esta sentencia: «Si decimos que estamos sin pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros» ". Y si cuando decimos que estamos sin pecado **no** tenemos en nosotros la verdad, es decir, a Cristo, ¿qué ganarnos por esta profesión, sino que de pecadores nos hacemos públicamente criminales e impíos?

DE QUIÉN DEBEMOS APRENDER A LIBRARNOS DEL PECADO Y A PROGRESAR EN LA VIRTUD

XX. Por último, si deseamos de veras profundizar en la cuestión propuesta y saber con **más** seguridad si cabe en la naturaleza humana la impecabilidad, ¿quién nos instruirá mejor que aquellos que «han crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias» 86, para quienes «el mundo está verdaderamente crucificado?» 87

Después de desarraigar todos los vicios de su corazón, *y* a pesar de hacer lo posible por declinar el pensamiento o el recuerdo del pecado, confiesan todos los días paladinamente que no pueden permanecer sin el lastre del error, ni siquiera por espacio de una hora.

XXI. No obstante, aunque tengamos conciencia de ser pecadores, no por eso debemos privarnos de la comunión del Señor. Al contrario. tenemos que ir a recibirla con más avidez, para encontrar en ella la santidad del alma y la pureza del espíritu. Si bien tenemos que alimentar sentimientos de humildad y de fe, juzgándonos indignos de gracia semejante, y buscando únicamente el remedio para nuestras heridas.

Si esperamos a ser dignos no comulgaremos ni una vez al año. La comunión anual es una práctica muy extendida entre aquellos que viven en el monasterio. Se forjan una idea tal de la dignidad, de la santidad, de la grandeza de les divinos misterios, que en su opinión no debe acercarse a ellos sino el que sea santo y sin tacha, y no para que con su participación lleguemos a ser más santos y puros. Creen de este modo anular toda presunción de arrogancia, pero en realidad caen en otra mayor, porque cuando comulgan se creen dignos de la comunión. Mucho más razonable es recibir los sagrados misterios cada domingo como remedio a nuestras dolencias, con humilde corazón, creyendo y confesando que no merecernos tamaño beneficio. Así nos evitamos esa altivez, fruto de la vana persuasión de que al menos seremos dignos al cabo de un año.

Por lo cual, a fin de comprender todas estas cosas y conservarlas con provecho en nuestra memoria, imploremos con mayor afán la misericordia del Señor, para que nos ayude a cumplirlas. Estas cosas no se aprenden como las ciencias humanas, en que se empieza por la enseñanza verbal. La práctica y la experiencia deben preceder a todo. Ello no obstante, es igualmente necesario estudiarlas cuidadosamente en las conferencias con varones espirituales, y profundizarlas con ejemplos, mediante la experiencia de todos los días. De lo contrario, quedan sin efecto por la negligencia o se pierden por el olvido.

XXIV

CONFERENCIA DEL ABAD ABRAHAM
DE LA MORTIFICACION

Capítulos: I. Cómo manifestamos al abad Abraham el secreto de nuestros pensamientos.—II. Cómo el anciano desvaneció nuestro error—III. Qué lugares deben escoger los anacoretas.—IV. Qué trabajos deben escoger los solitarios.—V. La ansiedad del corazón en lugar de anularse se agrava más bien por las correrías al exterior.—VI. Comparación por la que muestra cómo el monje debe custodiar sus pensamientos.—VII. Pregunta: ¿Por qué hay que pensar que la vecindad de nuestros padres nos sería nociva, cuando este inconveniente no existe para los que moran en Egipto?—VIII. Respuesta: Todas las cosas no convienen igualmente a todos.—IX. Mortificación del abad Apolo.—X. Pregunta: ¿Es perjudicial al monje que sus padres le provean de lo necesario?—XI. Respuesta: Parecer de San Antonio sobre el particular.—XII. Utilidad del trabajo y daño de la ociosidad.—XIII. De la fábula del barbero ideada por el abad Macario para poner de manifiesto las ilusiones del diablo.—XIV. Pregunta: ¿De dónde proviene que irrumpan en nosotros tales ideas?—XV. Respuesta: Del triple movimiento del alma.—XVI. En primer lugar, la parte corrompida que hay que curar es la racional.—XVII. La parte más débil del alma es la primera que sucumbe a las tentaciones del demonio.—XVIII. Pregunta: ¿Podría considerarse como bueno que lo que nos indujera a volver a nuestra patria fuera el deseo de guardar un silencio más perfecto?—XIX. Respuesta: Hay una ilusión diabólica que consiste en prometer el descanso en una soledad más vasta.—XX. Cuán útil es tomarse algún descanso a la llegada de un hermano.—XXI. Cómo el evangelista San Juan, al decir de algunos, demostró la necesidad del esparcimiento.—XXII. Pregunta: ¿Cómo hay que

entender esta sentencia del Evangelio: «Mi yugo es suave y mi carga ligera»?—XXIII. Explicación de esta sentencia.—XXIV. ¿Por qué el yugo del Señor parece amargo y pesado?—XXV. Qué utilidad nos reportan las tentaciones.—XXVI. Que a los que renuncian perfectamente se les promete el céntuplo en este: mundo.

CÓMO MANIFESTAMOS AL ABAD ABRAHAM EL SECRETO DE NUESTROS PENSAMIENTOS

I. Comienzo, con la gracia de Cristo, la vigésimo cuarta colación, que fue pronunciada por el abad Abraham [1]. Con ella voy a dar cima a las enseñanzas y preceptos de los ancianos.

Cuando, con el favor de vuestras plegarias, la haya concluido, me consideraré libre de toda promesa. Y advertid que he llenado este número de veinticuatro, por estar místicamente relacionado

[1] Parece referirse al abad que Casiano nos elogia en la Col. xv, 4 y 5, el cual, por la simplicidad e inocencia de su vida, mereció el sobrenombre de paij, esto es, niño. con los veinticuatro ancianos [3212] que el Apocalipsis nos presenta ofreciendo sus coronas al Cordero3. Si nuestros ancianos son acreedores a alguna corona de gloria por la hermosa doctrina que nos han ido desarrollando, la ofrecerán también, con la frente sita en el polvo, al Cordero que ha sido inmolado por la salvación del mundo. Es El quien, por el honor de su nombre, se ha dignado conceder a ellos un sentido tan excelente y a mí un cierto estilo para expresar tales abismos de doctrina. A El, por consiguiente, autor de todos los bienes, hay que atribuir el mérito de sus dones. A quien da más, más se le debe.

Fuimos, pues, llenos de ansiedad al abad Abraham, con el propósito de confiarle las cuitas a que nos sometían nuestros pensamientos. En nuestra alma sentíamos día tras día mayores deseos de volver a nuestra patria y ver de nuevo a nuestros padres.

Lo que fomentaba sobre todo este afán era el recuerdo de su espíritu de religión y su piedad. Estábamos convencidos de que no opondrían resistencia a nuestro género de vida. Más aún: **en** nuestra mente se revolvía sin cesar la idea de **que** la asiduidad de sus cuidados favorecería más bien nuestro progreso. Con ello, ni la inquietud por las cosas materiales, ni el afán de subvenir a la propia subsistencia podrían ya distraer nuestra atención. Sería para ellos una satisfacción abastecernos de todo lo necesario. Aparte de esto, abrigábamos la esperanza de inanes alegrías. Entreveíamos ya la gran cosecha que íbamos a recoger: convertiríamos grandes muchedumbres, a las que nuestro ejemplo y nuestras exhortaciones orientarían por la senda de la salvación.

Nada extraño que se perfilara ante nuestros ojos la imagen de aquellos lugares que comprendían el dominio hereditario de nuestros antepasados, con sus aledaños y la amenidad sonriente de sus paisajes. ¡Qué extensiones podrían hallarse rebosando una soledad tan apacible y oportuna a la par! No

---

[321] [2] En realidad, este número corresponde a las conferencias, pues los ancianos conferenciantes **son úni**camente quince.

podía concebirse mayor delicia para un monje que el secreto de aquellos bosques, donde se ofrecían tantas, facilidades para vivir. Manifestamos con simplicidad al anciano todos estos pensamientos, siguiendo el testimonio de nuestra conciencia. Declaramos al mismo tiempo con lágrimas que no podíamos resistir por más tiempo estos violentos asaltos si la gracia de Dios, mediante el remedio que quisiera él procurarnos, no venía en nuestra ayuda.

Por de pronto, guardó silencio largo rato. Al fin, tras exhalar un profundo suspiro, dijo:

II. Todavía no habéis renunciado a los deseos del mundo ni mortificado vuestras antiguas pasiones. Lo morboso de vuestros pensamientos son prueba evidente de ello.

La desidia de vuestro corazón vaga a merced del capricho. Habéis emprendido este largo viaje y os habéis separado de vuestros padres únicamente con el cuerpo, cuando debíais haberlo hecho, sobre todo, espiritualmente. Todos estos pensamientos estarían ya del todo sepultados y desarraigados de vuestro corazón si hubieseis comprendido la renuncia y la razón principal **por** la cual hemos escogido la soledad como lugar de nuestra morada. Pero me doy cuenta de que os aqueja ese morbo de la ociosidad, cuya característica presentan así los Proverbios: «El haragán vive al albur de sus deseos» [4]. «Los deseos matan al perezoso» 5.

No cabe duda que tampoco nosotros hubiéramos prescindido de esas ventajas y facilidades terrenas a que habéis aludido si las hubiésemos reputado convenientes a nuestros propósitos o hubiésemos juzgado que la amenidad de **esos** atractivos hubieran podido granjearnos un provecho parecido al que reportan la aridez de estos lugares y la aflicción del cuerpo. Por lo demás, no estamos de tal suerte desprovistos del solaz de nuestros Padres; pues no faltan quienes se complazcan en mantenernos a sus expensas. Mas de continuo ocurre a nuestra memoria esta palabra del -Salvador, que nos manda menosprecia al todo lo que pueda halagar a la carne: «El q**ue** no aborrece a su padre, a su madre, a sus hijos, a sus hermanos, no puede ser mi discípulo» 6.

Aunque nosotros estuviéramos absolutamente privados del sustento de nuestra parentela, podríamos por lo menos confiar ciertamente en los servicios de los poderosos de este mundo. Se gozarían de subvenir con obsequiosa largueza a nuestras necesidades, animados de los sentimientos de la más profunda acción de gracias. De este modo, viviendo al amparo de ellos estaríamos libres de todo cuidado respecto a nuestra subsistencia. Pero la maldición del profeta, infundiéndonos el terror, nos detrae de esta senda, al decir: «Maldito el que pone en el hombre su confianza» '. Y: «No confiéis en los príncipes» 8.

Podríamos asimismo situar nuestras *celdas* a orillas del Nilo, para tener el agua junto a nuestra puerta. Nos ahorraríamos así la fatiga de transportarla sobre nuestros hombros el espacio de cuatro millas. Mas también la palabra de San Pablo nos enardece a cada instante y nos da fuerza para resistir este trabajo: «Cada uno recibirá su recompensa conforme a su trabajo» 9.

No se nos oculta tampoco que en nuestro país existen lugares agradables, donde la abundancia de los frutos, la belleza y ubertad de sus campos nos

proporcionarían con el mínimo esfuerzo las cosas necesarias para nuestro sustento. Con todo, nos intimida el reproche que fue dirigido al rico del Evangelio: «En vida no recibiste sino consolaciones» 10.

Hemos despreciado *y* considerado en nada estas comodidades con todos los placeres del mundo, poniendo toda nuestra afición en la aridez de este desierto. Preferimos a todos los deleites la pavorosa desnudez de esta soledad. Las riquezas de la tierra más rica y fecunda no tienen para nosotros punto de comparación con la amarga desolación de estos arenales que nos circundan. No vamos tras el lucro pasajero de este mundo, sino en pos de lo único que es eterno: los bienes del espíritu

Para el monje es bien poca cosa renunciar una sola vez, es decir, despreciar los bienes caducos en el principio de su conversión. Es menester que persista todos los días en esta renuncia. Ha de repetir hasta el fin de su vida con el profeta: «Tú sabes, Señor, que no he deseado el día del hombre» ". Esta sentencia está en perfecta consonancia con lo que dice el Señor en el Evangelio: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome cada día su cruz y sígan le» 12.

LUGARES Y TRABAJOS QUE DEBEN ESCOGER LOS ANACORETAS

III. Aquel cuya mirada se proyecta siempre vigilante sobre la pureza del hombre interior debe buscar lugares que por la exuberancia de su vegetación no le soliciten un cultivo absorbente; ni le impidan, por otra parte, hacer de su celda una morada fija e inmutable, forzándole a trabajar constantemente al aire libre. Pues entonces sus pensamientos se dispersan dividiéndose en múltiples tentáculos, atraído por lo que se ofrece a su vista. La orientación de su alma, su enfoque hacia el único fin, que es de suyo algo sutilísimo, quedará sin efecto, abandonado como está al vaivén de tantos objetos dispares.

Por solícito y vigilante que sea, es imposible evitar esta disipación, e incluso darse cuenta de ella, a no ser que permanezca continuamente recluido en cuerpo y alma dentro de los muros de su celda. Me imagino a un egregio pescador que buscara su alimento según el método aprendido de los apóstoles. Atento [y] quedo, bucea en la más honda intimidad de sí mismo y ve sus pen[s]amientos que nadan en tropel. Como desde un saliente escollo, lanza hasta el fondo su mirada, y discierne los pensamientos que debe atraer hacia sí y los que debe despreciar como si fueran peces malos y nocivos.

IV. Todo el que persevera así en la guarda de su corazón cumple eficazmente lo que el profeta Habacuc expresa, al decir: «Yo me estaré en pie en mi puesto, en pie sobre el muro, y quedaré observando a ver qué dice contra mí y qué respondo a su querella» ". Mas con cuánto trabajo y dificultad se realiza este ideal, lo pone de manifiesto la experiencia de los monjes del desierto de Cálamo o de Porfirio 14.

La soledad que les separa de las aldeas y moradas humanas es más dilatada que la de **Es**cete. Siete u ocho días de camino a través de un desierto vastísimo apenas si basta para conducirles al retiro

donde están escondidas sus celdas. Sin embargo, se consagran a la agricultura en lugar de permanecer encerrados. También, cuando llegan a estas horrendas comarcas en que vivimos o a las de Escete, se sienten vejados por un tropel de pensamientos, por una ansiedad tal que, al modo de advenedizos que no han gustado los ejercicios de la soledad, no pueden soportar la permanencia en la celda ni el silencio del retiro. Como inexpertos novicios, al instante se precipitan fuera, presos de profunda turbación.

Y es que no han aprendido a contrarrestar **los** movimientos del hombre interior ni a disipar las tempestades de sus pensamientos mediante una continua solicitud y una perseverante aplicación. Esforzándose diariamente en los trabajos externos, su cuerpo, al compás de su espíritu, va me-rodeando por el exterior. Y sus pensamientos, acomodándose al movimiento incesante del cuerpo, van a la deriva perdidos en el espacio.

Pero del mismo modo que no se dan cuenta de la inconstancia de su corazón, no tienen tampoco la fuerza necesaria para coartar sus lúbricas divagaciones. Incapaces de sostener el trabajo de la compunción, consideran intolerable la misma continuidad de su silencio. Infatigables en los rudos trabajos del campo, son vencidos, no obstante, por el ocio, y les cansa la diuturnidad de su descanso.

LA ANSIEDAD DEL CORAZÓN, EN LUGAR DE CURARSE SE AGRAVA BIEN CON LAS SALIDAS AL EXTERIOR

V. Es muy natural que el monje, mientras [p]ermanece en su celda, tenga sus pensamientos como ensamblados dentro de su estrecha clausura. Ni es de admirar que al salir la copia de an[s]iedades que le oprimen aprovechen la oportunidad para evadirse de la cárcel donde permanecían cautivas, y se desboquen en todas direcciones como corceles sin freno. Desde el momento en que han podido romper los lazos que les retenían, el alma percibe un breve, pero triste solaz. Mas cuando el monje vuelve de nuevo a su propia celda, la caterva de pensamientos acude presurosa a ocupar su sede. Entonces siente surgir en él aguijones tanto más dolorosos cuanto más inveterada ha sido la licencia a que les había habituado.

Se da el caso de que algunos no pueden o no saben resistir las instigaciones de su voluntad. Estos tales, llenos de inquietud en la soledad de su celda, sienten gravitar sobre su corazón—no acostumbrado a semejantes asaltos—toda la vehemencia de la acedía. Si se conceden una relajación en la austeridad de la regla, o se toman una excesiva libertad de salir, en lugar de encontrar el remedio que se imaginan, se agrava su mal.

Es lo que les sucede a ciertos enfermos. Creen en la posibilidad de atenuar los ardores de la fiebre tomando agua helada. Y no se dan cuenta que de este modo atizan más este fuego interior en lugar de extinguirlo. El momentáneo alivio suscita una aflicción más grave.

VI. Es menester, pues, que el monje fije sin cesar toda su aten[c]ión en un objetivo único: [el] recuerdo de Dios. Hacia él deberán converger todos los pensamientos que surgen o bullen en su espíritu.

Supongamos a un arquitecto que deseara construir en el espacio la bóveda de un ábside. Debe trazar toda la circunferencia partiendo de un punto clave: el centro. Guiándose por esta norma infalible, ha de calcular luego la exacta redondez y el diseño de la estructura.

Quien intentara llevar a feliz término la obra, haciendo caso omiso de este punto céntrico, por más que presuma de su destreza y de su ingenio, es imposible que pueda obtener una forma regular y sin defecto. Ni cabe con la sola mirada apreciar hasta qué punto su error ha menoscabado la belleza que resulta de una perfecta armonía de líneas. Para ello necesita referirse constantemente al modelo, Que le permitirá justipreciar la exactitud de las medidas. Con esta luz le será fácil entonces determinar con precisión el contorno interior y exterior de la obra. Así es cómo un solo punto se convierte en la clave fundamental de una construcción imponente.

Algo parejo sucede en nuestra alma. El monje debe hacer de la caridad del Señor el centro inconmovible que aúne en un solo haz todas sus obras y empresas; si no encauza sus pensamientos o no los rechaza, procediendo, como quien dice, al compás preciso de la caridad, no logrará jamás llevar a término el edificio espiritual cuyo arquitecto es San Pablo 15. Le pasará inadvertida la belleza de ese templo interior que el santo profeta David deseaba presentar al Señor, cuando decía: «Oh Señor, yo amo la morada de tu casa, el lugar en que se asienta tu majestad» 16 Falto de todo arte, edificará en su corazón un templo inestético e indigno del Espíritu Santo y destinado a derrumbarse sin remedio. Aparte de verse privado de la gloria de morar con el Huésped divino, se verá aplastado miserablemente bajo sus propias ruinas.

¿POR QUÉ ES NOCIVA LA VECINDAD DE LOS PADRES?

VII. GERMÁN. Es un precepto muy laudable recomendar los trabajos que puedan realizarse en el interior de la celda. Además de tu ejemplo, que se funda en la imitación de las virtudes apostólicas, el testimonio de nuestra propia experiencia nos ha enseñado las ventajas que encierra esta conducta.

Pero no comprendemos por qué motivo debemos nosotros evitar con tanto cuidado la vecindad de los padres, cuando vosotros, al parecer, no la habéis rehusado con demasiado escrúpulo. Procedéis sin tacha por la senda de la perfección y, sin embargo, residís en vuestra propia patria. Y no podernos menos de observar que muchos habéis afincado cerca de vuestros caseríos. Si esto no es nocivo a vosotros, ¿por qué estimarlo pernicioso para nuestra vida de perfección?

VIII. ABRAHAM. A veces se da el caso de que se toma mal ejemplo de un hecho que, por otra parte, es bueno. Los hay que, llevados de la presunción, se empeñan en realizar las mismas obras que su prójimo. Pero no se dan cuenta de que no están animados de los mismos sentimientos y propósitos, y mucho menos de la misma virtud. Por eso, lo que ha sido bueno para otros, les envolverá a ellos en las redes del error y de la muerte.

No es dudoso que tal hubiese sucedido al belicoso joven David en su

lucha contra el gigante Goliat si se hubiera revestido de la pesada armadura de Saúl, apta únicamente para un hombre ya formado. Con esta armadura, una edad más robusta hubiera humillado hasta el polvo a batallones enteros, pero el adolescente David hubiera hallado en ella su propia perdición No obstante, gracias a su prudente discreción, supo escoger las armas que convenían a su mocedad, Y así, para enfrentarse contra su temible adversario, no echó mano de la coraza y el escudo con que los demás iban armados, sino que tomó sencillamente los dardos con los cuales se sentía capaz de luchar.

De aquí que cada cual debe considerar antes atentamente la medida de sus fuerzas y, según éstas, abrazar el género de vida que guste Y es que, aunque todas las vocaciones sean buenas, no todas se acomodan indistintamente a todos. La anacoresis es óptima, pero no la juzgamos idónea para todo género de monjes. La experiencia enseña cuán infructuosa e incluso funesta es para muchos. No dudamos en, afirmar que el estilo de vida cenobítica y el cuidado de los hermanos son con razón cosas santas y dignas de elogio. Pero no vayamos a creer que todo el mundo debe conformarse con esa vida. Asimismo, la obra de los hospitales reporta ubérrimos frutos de santidad, pero no todos pueden consagrarse indiferentemente a ella sin detrimento de su paciencia.

En primer lugar, comparad las costumbres que están en vigor en vuestro país con las que están en uso en el nuestro. Considerad luego el grado de fortaleza moral de sus respectivos habitantes, que es lo que nos revela su asiduidad en la consecución de la virtud o su sujeción al vicio. Lo que es duro e insoportable para una persona de una determinada región, para otros ha venido a constituir una segunda naturaleza, merced a una predisposición de su alma. Hay pueblos que, a pesar de la gran diversidad de clima, logran soportar, sin necesidad de cubrirse can vestidos, tanto el rigor extremo del frío como el ardor abrasador del sol. Pero los que no están habituados a esta inclemencia atmosférica son incapaces de resistir estas temperaturas excesivas por más robustos que sean.

Otro tanto sucede con vosotros. Empleáis toda vuestra energía física y moral para combatir en muchos aspectos lo que es congénito al natural que habéis heredado de vuestra patria. Pero re-parad con diligencia si en vuestras regiones envaradas—como pregona la fama—y como congeladas por el frío de una excesiva infidelidad *es* posible soportar esta especie de desnudez que advertís aquí. Y es que en nuestras provincias la vetustez de la vida monástica ha vuelto en cierta manera natural este vigor en el santo propósito. Si descubrís en vosotros una constancia pareja y una virtud igual, no hay motivo para que rehuyáis la vecindad de vuestros padres v hermanos.

MORTIFICACIÓN DEL ABAD APOLO

IX. Es mi deseo ofreceros una norma segura que os ayude a tener una idea cabal de lo que pueden vuestras fuerzas. Para ello voy a contaros brevemente una historia, cuyo protagonista fué un anciano llamado Apolo

Si después de penetrar hasta el fondo de vuestro corazón podéis

sinceramente asegurar que no sois inferiores al propósito ni a la virtud de este anciano, será indiferente que prefiráis ir a morar a vuestra patria junto a vuestros padres. Ello no será en menoscabo de vuestro ideal ni supondrá un peligro para vuestra profesión. Podéis abrigar la confianza de que la austera bajeza de nuestra vida, a la cual os habéis obligado por propia voluntad y por la necesidad de vuestro peregrinar, no sufrirá merma alguna al contacto de las afecciones de familia o con el atractivo del lugar.

Al filo de la media noche, el hermano del anciano de que os hablo vino a verle. Entre gemidos, le dijo que un buey se le había atascado en un barrizal, y le suplicó saliera por breve tiempo de su monasterio para que le ayudara a sacar el animal, pues le sería imposible hacerlo él solo.

Apolo le replicó: «¿Por qué no se lo has pedido a nuestro hermano menor, que está más cerca que yo en tu camino?» El otro pensó para sí: «Este se ha olvidado de que nuestro hermano murió y ha tiempo que fué enterrado. Su rígida abstinencia y la soledad le han hecho perder la memoria.» Y contestó: « ¿Cómo iba yo a llamar de su tumba a un hombre que hace quince años está muerto?»

Y el abad Apolo: «Pero ¿es que ignoras que yo también hace veinte años que estoy muerto al mundo, y que de la tumba de esta celda no puedo servirte de ayuda en lo que concierne a la vida presente? ¿Acaso Cristo me permitiría la más insignificante tregua en la vida de mortificación que he abrazado para ayudarte a sacar tu buey? El, que no ha concedido un instante para ir a sepultar al propio padre—oficio, por otra parte, más urgente, más digno y más religioso—, ¿consentirá esto?»

Y ahora escudriñad los arcanos de vuestro corazón y sopesad con prudencia si sois capaces de ser fieles, junto a los vuestros, a tal austeridad. Si os podéis comparar con este anciano por la mortificación interior, tened la seguridad de que la cercanía de vuestros padres y hermanos no os será nociva. Aunque viváis junto a ellos, os consideraréis siempre como muertos. No os sentiréis perplejos ante la alternativa de socorrerles, ni los servicios que podáis prestarles serán parte para relajaron.

SI ES PERNICIOSO AL MONJE QUE SUS PADRES LE PROVEAN DE TODO

X. GERMÁN. No dejas sobre el particular lugar a duda. Estamos persuadidos de que nosotros no podríamos, viviendo cerca de nuestros padres, vestirnos miserablemente ni ir siempre descalzos, como hacemos aquí. No tendríamos que preocuparnos tanto para subvenir a los menesteres de la vida, como sucede, por ejemplo, aquí, en que hay que llevar el agua todos los días a cuestas a una distancia de tres millas. La propia vergüenza y el temor de sonrojarles nos impediría obrar de tal suerte ante sus ojos.

Pero ¿qué obstáculo pudría oponerse a nuestros propósitos, si, por su amable condescendencia, libres de la solicitud de proveernos de alimento, nos entregamos enteramente a la lectura y a la plegaria? Suprimiendo este trabajo que es motivo de distracción y podríamos aplicarnos con más ardor y

exclusivamente a los ejercicios espirituales

XI. ABRAHAM. No voy a exponeros mi juicio personal, sino el del venerable abad Antonio. Había un hermano que era víctima de **esa de-**sidia de que habéis hablado. Las palabras con que el abad confundió al hermano por su ignavia riman de tal suerte con el problema que habéis planteado, que nos vienen como de molde para solucionarlo.

Sucedió que un día se le presentó cierto monje, echándole en rostro que la disciplina anacorética no era acreedora a tanta admiración. Que ofrecía garantías de más acendrada virtud practicar la perfección en medio de los hombres que no en el desierto.

Por toda respuesta, le preguntó el venerable Antonio, donde vivía. El otro le replicó que junto a sus padres, y que gracias a sus atenciones **no le** hacía falta nada, y por lo mismo estaba libre de todo el cuidado e inquietud que lleva consigo el trabajo cotidiano. «De este modo, prosiguió con cierto aire altanero, puedo consagrarme sin tregua a la oración, ajeno a toda intranquilidad de espíritu.»

Y de nuevo, el abad Antonio: «Muy bien, hijo; pero dime: en las desgracias y **reveses** que ellos experimentan, ¿no sientes insinuarse en ti la tristeza? Y, a la inversa, su prosperidad, ¿no llega a colmarte de su misma alegría?» El hermano no pudo menos de confesar que sentía como propio todo el mal y todo el bien que ellos sufrían. «Pues ten por cierto—replicó con viveza el anciano--que en el siglo venidero serás contado entre aquellos con quienes ahora has compartido las ganancias y las pérdidas, las alegrías y las amarguras.»

En seguida, como si no bastara la admonición, el abad Antonio siguió diciendo: «No es éste sólo el perjuicio a que te lleva la gran tibieza en que vives, y que, hoy por hoy, crees que no hace mella en ti. De tal suerte que tu conducta parece la de los Proverbios: «Me han pegado y no me ha dolido, me han pisoteado y no lo he sentido» ". 0 esta otra de Oseas: «Los extraños devoran su sustancia sin que él se dé cuenta» 19. Este inconveniente no por eso deja de ser menos nocivo, ya que tu alma flota a merced de los acontecimientos más dispares y se ve indefectiblemente inmersa en los efectos terrenos.

Pero no es tampoco éste el único mal. Te priva además del fruto de tus manos y de la justa recompensa de tu trabajo personal. Sustentado por las liberalidades de tus padres, no tienes por qué proveer con tu actividad a tu subsistencia como lo establece la regla del santo Apóstol. H aquí lo que dice al dar sus postreras recomen daciones a los jefes de la Iglesia de Efeso. **Les re**cuerda que en medio de los trabajos apostólicos de la predicación evangélica no cesó de proveer a su mantenimiento y al de los compañeros que compartieron con él el ministerio y que, por lo mismo, estaban impedidos de atender a ello: «Vosotros sabéis que a mis necesidades y a las de los que me acompañan han suministrado estas manos» [2]0. Y para mostrar que lo hacía con miras a darnos ejemplo, añade en otro lugar: «No hemos vivido entre vosotros en ociosidad ni de balde comimos el pan de nadie, sino que con afán y con fatiga trabajamos día y noche para no ser gravosos a ninguno de vosotros. Y no porque no tuviéramos derecho, sino porque queríamos daros un ejemplo que imitar ".

XII. Aun cuando no nos hubiera faltado **la** asistencia de nuestros padres, no obstante, hemos estimado sobre todas las riquezas la desnudez que nos rodea. Antes que poner toda nuestra confianza en su asistencia, hemos preferido ganar a pulso con el propio sudor el alimento diario. Es mucha la laboriosidad que exige esta penuria, pero la reputamos superior a la vacua meditación de las Escrituras y a las fugaces lecturas que con tanto celo encomias.

De buen grado hubiésemos seguido tu práctica si el ejemplo de los apóstoles y las enseñanzas de los ancianos nos hubiesen aleccionado que era más útil proceder así. Pero ten presente el otro inconveniente que esto tiene, tan grave como el que acabamos de enunciar. El dinero ajeno ha de servir para sustentarte a ti, que gozas de una salud y robustez de cuerpo envidiables, cuando en rigor esta conducta sólo conviene a personas de complexión débil.

En verdad, salvo aquel género de monjes que siguiendo e! precepto apostólico viven del trabajo de sus manos, todos los hombres viven al amparo de la caridad ajena[322] ". No solamente los que se glorían de vivir a expensas de sus padres, del trabajo de su servidumbre o del fruto de sus posesiones, sino también los mismos reyes son acreedores de su sustento a la limosna.

El parecer de nuestros antepasados es que todo lo que en nuestro consumo diario no proviene del trabajo de nuestras manos hay que anotarlo en el haber de la caridad. Que es lo mismo que enseña el Apóstol cuando prohíbe a los ociosos recibir toda asistencia de la liberalidad de los demás: «El que no quiera trabajar, que no coma» 23. Hasta aquí las palabras del santo abad Antonio en respuesta a este hermano.

Este ejemplo nos enseña a huir las perniciosas blandicias de nuestros padres y de todos los que con su caridad se prestan a facilitarnos lo necesario, como también los atractivos de una regalada mansión. Nos muestra asimismo cómo hay que posponer las riquezas de este mundo a los arenales desapacibles, de suyo amargos y estériles, a las regiones agostadas por las inundaciones y sobre las cuales el hombre se siente incapaz de ejercer ningún derecho ni dominio. Y ello—desde luego—con miras a declinar, por el retiro inaccesible, la presencia de las gentes. Pero hay otra razón de peso: y es que la fecundidad de la tierra no nos lleve a prestar un cultivo que nos absorba hasta el punto de que el alma se decante de su principal objetivo, y se vea condenada así a

---

[322] «Agapen alienae operationis», dice el texto. Casiano toma la palabra ágape—que propiamente significa amor, dilección—en un sentido más lato: el socorro o ayuda que se presta a los demás. Para él «ágape vivere» equivale a vivir del trabajo ajeno, sustentarse de su limosna (*stipe).*

una completa inanidad espiritual.

FÁBULA DEL BARBERO IDEADA POR EL ABAD MACARIO

XIII. La perspectiva de salvar a otros y **la** esperanza de un mayor lucro espiritual os hace desear el regreso a vuestra patria. Pues bien: oíd sobre el particular una fábula del abad Macario traída a colación con no menos gracia que destreza. La explicó hace ya tiempo a cierto hermano que estaba agitado por semejantes deseos, a fin de proporcionarle remedio a sus males.

Vivía--dijo.--en cierta aldea un barbero muy hábil. Por sólo tres monedas de cobre rasuraba a sus clientes. Insignificante y mísero era en verdad su salario. Mas él podía ingresar cada día en su bolsa cien denarios, después de haberse reservado lo que había menester para su sostenimiento.

El caso es que mientras iba atesorando sin cesar se enteró de que en una población lejana los barberos percibían una moneda de oro por servicio. Ante tal novedad, se dijo para sí: «¿Hasta cuándo me daré por satisfecho con este oficio de mendigo? ¡Tanto esfuerzo por ganar tres denarios, cuando con sólo trasladarme allí podría ganar lo suficiente para hacerme una fortuna!

Al instante toma los instrumentos de su arte. Gasta en el viaje todo cuanto había economizado en largo tiempo, y con gran fatiga llega por fin a la ciudad opulenta, y desde el primer día empieza a ejercer su oficio. Recibió de cada uno la cantidad estipulada. Al atardecer, con la alegría de ver la bolsa bien repleta, se dirigió al mercado con el propósito de comprar lo necesario para su refección. Muy pronto se da cuenta de que todo lo que compra está a unos precios exorbitantes. Y después de gastar por una mísera cena todo el dinero que había ganado, vase a su casa sin un centavo.

Al advertir que todo su sueldo desaparecía rápidamente y que no sólo no podía ahorrar alguna cosa, pero ni siquiera le era fácil subvenir a su sustento diario, comenzó a decirse para sí: «Me volveré a mi pueblo y reanudaré allí mi trabajo, contentándome con la exigua ganancia de antes. Porque, a pesar de todo, podía atender con largueza a mi manutención, y con los ahorros que hacía- reunía un pequeño capital para mi vejez. Estos ahorros, aunque en apariencia insignificantes, eran a la larga una apreciable suma. Por lo mismo, sacaba más provecho entonces con mis denarios de cobre que ahora con mis sueldes de oro; pues de éstos mal puedo sustraer algo para el ahorro, ya que no me bastan siquiera para mis necesidades.»

La moraleja es clara: lo mejor para nosotros es ir sin descanso tras la exigua ganancia que nos reporta la soledad. Los desvelos y cuidados del siglo, la altivez de la vanidad no pueden socavarla; la solicitud por el pan de cada día **no** logra mermarla en lo más mínimo. Razón sobrada tiene el adagio del salmista: «Mejor le es al justo lo poco que la gran opulencia de los impíos» [24]. .Nos ciega la ilusión de un mayor provecho. Pero en realidad, aun concediendo que llegáramos a ello merced a múltiples conversiones, la vida que lleva el mundo y las

distracciones diarias son suficientes para volatilizarlo todo. «Es mejor, según sentencia Salomón, una sola mano llena en reposo que las dos llenas en trabajo y en vana presunción»

Sin embargo, los débiles viven implicados en estas engañosas ilusiones y dispendios. Tienen un concepto erróneo de su propia salud, cuando de hecho tienen todavía necesidad de formarse bajo el magisterio y dirección ajenos. Se comprende que el demonio se sirva de ello para engatusarlos con sus artificios e incitarles a convertir y gobernar a los demás. Y claro está: aunque logren algún provecho, atrayendo a sí a muchos, con todo su impaciencia y la ligereza de sus costumbres no tardarán en malograr todo el fruto de sus actividades.

Les sucederá lo que dice el profeta Ageo: «El que atesora mercedes echa su ganancia en saco roto» La frase entraña una gran verdad, porque equivale a meter la propia ganancia en tina bolsa agujereada cuando por amor de la intemperancia del corazón y de la continua distensión del espíritu se echa a perder lo que parecía haberse adquirido con la conversión de otro. Por último, no se dan cuenta que mientras imaginan atesorar frutos instruyendo a los demás, queda en suspenso la obra de su reforma personal. Pues «hay quien se las da de rico y no tiene nada, y quien teniendo mucho vive humildemente» ". Y: «Mejor está el hombre oscuro que tiene que comer que el presuntuoso que carece de pan» ".

¿DE DÓNDE PROVIENE QUE IRRUMPAN EN NOSOTROS TALES IDEAS?

XIV. GERMÁN. Tus palabras han puesto de manifiesto las ilusiones que nos perturban, gracias a esta alegoría tan oportuna. Nos gustaría, conocer ahora las causas y los remedios. Y desearíamos asimismo nos enseñaras de dónde provino este engaño. Es evidente que nadie puede recetar la medicina a un enfermo, sino el que con anticipación ha revelado el origen de sus dolencias.

XV. ABRAHAM. Todos los vicios brotan de una misma fuente y principio. Pero habida cuenta de la parte o, si se me permite, del miembro que está viciado en el alma, se les denomina con los diversos vocablos de las pasiones v enfermedades espirituales.

Un hecho análogo advertimos en las afecciones corporales. Aun[q]ue su causa sea única, no por eso deja de diversificarse en las enfermedades más dispares, según el miembro a que afectan. Si

el humor maligno interesa la cabeza, que viene a ser como la ciudadela del cuerpo, degenera en la enfermedad de la cefalalgia. Si invade los oído lo ojos, se convierte en el morbo de la otalgia o la oftalmía. Si alcanza las articulaciones o las extremidades de las manos, se da la enfermedad articular *o* quiragra. Si fluye hasta la extremidad de los pies, la afección toma otro nombre, llamándose podagra. Un mismo principio de humor maligno se distingue con tantos vocablos como partes o miembros afectados.

Ahora bien: si de las cosas visibles damos un paso a las invisibles, es indudable que la energía de cada vicio se afina también en las diferentes partes y, si cabe la expresión, en los distintos miembros del alma.

Los sabios distinguen tres facultades: la racional, la irascible y la concupiscible. Siempre que el mal irrumpa en nosotros, una u otra facultad sufrirá necesariamente alguna perturbación. En el instante que la pasión malvada conmueve alguna de estas potencias, según la alteración que origine, determinará al vicio su nombre particular. Si esta peste infecta la facultad racional, se engendra la vanagloria, la altivez, la soberbia, la presunción, la contienda. Si asedia la parte irascible, brota el furor, la impaciencia, la tristeza, la acedía, la pusilanimidad, la crueldad. Si corrompe la concupiscencia, germina la gula, la impureza, el amor al dinero. la avaricia, los deseos nocivos y mundanos.

XVI. Ahora bien: si queréis conocer cuál es la fuente y el origen de este vicio que os domina, sabed, por lo pronto, que la porción corrompida de vuestra alma y espíritu es la racional. **Es en** ella, en efecto, donde suelen pulular los vicios de la presunción y de la vanagloria. Por tanto, es menester emplear como lenitivo para con esta facultad principal del alma el juicio de la recta discreción y la virtud de la humildad.

Porque la señal evidente de que esa potencia está viciada es el ademán petulante de la vanagloria, que os hace resbalar hacia esas fútiles, divagaciones que me habéis manifestado. **Digo esa** creencia que ha arraigado en vosotros de que **no** sólo habéis alcanzado el vértice de la perfección, sino también de que podéis enseñar a otros y os juzgáis capaces de formar a los demás.

Os será fácil sustraeros a todas esas frivolidades una vez estéis cimentados--como acabo **de** decir—en una humilde y verdadera discreción. Cuando os sintáis aguijoneados por la contrición os daréis cuenta de la laboriosidad y esfuerzo **que** supone el salvar la propia alma. Se afianzará **en** vosotros la profunda convicción de que, lejos de poder enseñar a los demás, tenéis todavía necesidad de la ayuda de un maestro.

XVII. Aplicad, por consiguiente, al miembro o a la parte de vuestra alma particularmente **afec**tada el remedio de la humildad. Es notorio **que** esta facultad, según todas las probabilidades, **por** lo mismo que es más débil que las demás, es la primera que sucumbirá al embate diabólico.

También aquí puede establecerse una cierta afinidad con lo que se advierte en el cuerpo humano. Cuando se ofrece una ocasión enojosa por exceso de fatiga o como consecuencia del aire corrompido, las partes más débiles de nuestro organismo son de sólito las más sensibles a la infección, cediendo a sus acometidas. Y cuando la enfermedad ha interesado ese miembro, propende a contagiar las demás partes todavía sanas.

Algo parecido ocurre con el alma. Cualquier hálito pestilencial que venga a cruzársele, le hará sucumbir, y para inocularse se servirá de aquella zona que, por ser más delicada, opone menos resistencia al ímpetu del enemigo. Con el consabido riesgo, por supuesto, de ser presa por allí mismo donde la guarda imprudente abre a la traición un acceso más fácil.

Tal es la forma como Balaam pronosticó se podía burlar al pueblo de Dios. Sabedor de la parte débil de los hijos de Israel, aconsejó tenderles por ese mismo lado la celada que había de seducirles. Estaba

seguro de su calda inmediata con sólo ofrecerles una ocasión de lujuria. Conocía muy bien que era el sector concupiscible de su alma el que ofrecía más evidentes señales de corrupción

Esto es sistemar que usa también la taimada malicia de las potestades espirituales para tentarnos. Enmarañan con sus falacias principalmente aquella porción del alma que advierten enferma. Ven, pongo por caso, que la facultad racional está viciada en nosotros, y tratan de engañarnos haciendo como hizo antaño el rey Acab contra los sirios. Así lo recuerda la Escritura: «Nosotros hemos oído que los reyes de la casa de Israel son reyes misericordiosos; vamos a vestirnos sacos sobre nuestros lomos y a ponernos sogas al cuello, e iremos al rey de Israel y le diremos: Tu siervo Benadad dice: Déjame la vida» 30. Y Acab, movido por el vano elogio de que era objeto, más que por una clemencia sincera, afirma: «Si todavía vive es mi hermano» al.

De esta suerte, los demonios procuran inducirnos a error en la parte racional, a fin de instigarnos a ofender a Dios precisamente por donde abrigábamos la esperanza de obtener una recompensa y recibir el don de la piedad Pero entonces oiremos la reprensión hecha a Acab: «Por haber dejado ir de tus manos al que yo había dado al anatema, tu vida responderá de la suya y tu pueblo de su pueblo» ". Igual mente, cuando el espíritu inmundo atestigua: «Yo iré, y seré espíritu de mentira en la boca de todos sus profetas» [33] tiende sus lazos a la razón por considerarla accesible a sus mortales infundios. Es lo que sucedió a Herodes. El astuto enemigo se valió de la porción irascible, que sabía más proclive al mal, para incitarle a aquel enorme infanticidio. Este enemigo común se había formado una idea parecida de Nuestro Señor. De ahí que le tentara por las tres potencias del alma, por las cuales todo el género humano deviene cautivo. No obstante quedó frustrada toda su habilidad.

Atacó el flanco concupiscible al decir: «Di que estas piedras se conviertan en pan» 34. El irascible, al inducirle a apetecer el poder de este mundo y los reinos caducos de la tierra. El racional al proponerle: «Si eres hijo de Dios, échate de aquí abajo» 35. A pesar de todo, sus ilusiones caen en el vacío. Contrariamente a las conjeturas que se había formado, no encuentra nada en él de vicioso. El mismo Señor es quien lo testifica de sí: «He aquí que viene el príncipe de este inundo, que en mí no tiene nada» 36,

HAY UNA ILUSIÓN DIABÓLICA QUE CONSISTE EN PROMETER EL DESCANSO EN UNA SOLEDAD MÁS VASTA

XVIII. GERMÁN. Diversas han sido las ilusiones y errores que hemos padecido de ver otra 460 vez nuestra patria, acariciando—tal como tú con aguda mirada has reconocido--la vana esperanza de encontrar ventajas espirituales. Pero esto es lo que sobre todo nos inducía a ello: los hermanos que nos visitan de tarde en tarde impiden que nos ocultemos, como sería nuestro deseo, en un retiro continuo y en un prolongado silencio. Además, nos vemos obligados cuando viene alguno de ellos, a quebrantar nuestra abstinencia cotidiana y a abandonar la medida que adoptamos. Nuestro deseo, en cambio,

sería guardar fidelidad a esta vida castigando nuestro cuerpo.

Estamos persuadidos de que esto no sucedería en nuestra provincia, donde no hay nadie, o casi nadie, que siga nuestra profesión.

XIX. ABRAHAM. El no querer ser visitado por nadie arguye un rigor rayano en el desatino o la sinrazón. Mejor dicho: *es* indicio de una excesiva tibieza. Cuando alguien avanza con paso demasiado lento por la senda que ha emprendido, y el hombre viejo continúa morando en él, es muy justo que nadie va[y]a a visitarle, no sólo de entre los santos, pero ni siquiera del común de las gentes[323] 37.

Por lo que toca a vosotros, si os anima un *amor* sincero y perfecto por Cristo y seguí✓ a Dios, que es caridad 38, por más que huyáis e lugares solitarios, inevitablemente irán los hombre[s a] bus- caros Porque cuanto más el ardor divino amor os acerque a Dios, mayor será la multitud que afluirá a vosotros. Así lo sentencia Cristo: «Una ciudad situada sobre una montaña no puede ser escondida» 39. Y aun dicte' el Señor: «Honraré a lo[s] que me aman y deprecaré a los que me desprecian» 40. No hay que perder de vista que el ardid más sutil del demonio, la trampa más disimulada en la que aprisio[na] a los mezquinos e incautos consiste en arrebat[ar]les lo ordinario mientras les promete lo extraordinario del progreso. Les persuade que deberían buscar más abstrusas y vastas soledades, pintándoselas en su imaginación ornadas de los atractivos más halagadores. Más aún: les deslumbra con el espejismo de lugares ignorados, inexistentes, y ellos

los ven como, y no si tienen los conocieran; ; alguna se los imaginan acogedores, tomar posesión de ellos. En lo que mira a los habitantes, se los presenta tratables y fáciles de conduc[ir] por el camino de la salvación.

Y así, el alma fluctuando a merced de estas promesas, tiene la esperanza de recoger allí más copiosos frutos. Y no se da cuenta que se **le**[e] entretiene en cosas irreales, al paso que se le arrebata el provecho de lo presente Si el monje presta oídos a esta vana esperanza, pronto se verá separado de la sociedad de los ancianos. Por lo demás, todas las ilusiones que se había ido forjando en su corazón se le esfumarán como un soplo. Cual si despertara de un profundo sopor, no encontrará después nada de lo que había soñado.

Las exigencias de la vida se han acrecentado y lazos inextricables lo tienen aprisionado como en una red. Y el demonio no le deja un momento siquiera para pensar en los bienes que se había prometido. Ha

---

[323] 37 El que es negligente y perezoso espiritual, guardando todavía fidelidad a bres mundanas, no merece se le visite. no es capaz de edificar a nadie.

[79] Según los mileranistas, después de la resurrección el Señor establecerá con los justos un reinado de mil años en este mundo, antes de introducirlos en el cielo. Durante este tiempo los justos recibirán el céntuplo de todas aquellas cosas que hubieren abandonado por seguir al Señor.

renunciado a las visitas, tan raras como penetradas de espíritu sobrenatural, que le hacían los hermanos, para engolfarse en el trajín de visitas de seglares. Nunca encontrará—ni en un grado mediocre—la calma y regularidad de la vida monástica.

XX. Por lo demás, es una agradable tregua la que nos proporciona de vez en cuando la hospitalidad con ocasión de la visita de un hermano. En lugar de considerarla como una importunidad que hay que rehuir, debemos mirarla como un bien útil y saludable, tanto al cuerpo como al espíritu. Prestad atención a lo que os voy a decir. Sucede muy a menudo no sólo a los novicios y a los débiles, sino incluso a los muy experimentados y consumados en la perfección que si el cambio no les proporciona algún relajamiento a su espíritu, siempre tenso por los pensamientos serios, caen en la tibieza. Ni faltan casos en que una perniciosa enfermedad acaba por minar su cuerpo. Por eso los solitarios prudentes y perfectos, a más de soportar con paciencia las frecuentes visitas de los hermanos, se esfuerzan en recibirlos con alegría.

Por de pronto, tales visitas nos hacen desear con mayor avidez el secreto de la soledad. Aunque parezcan obstaculizar nuestra carrera, en realidad sirven de salvaguarda a su monótona continuidad. Porque si no se interpone ningún obstáculo que la atenúe, nos sería imposible conservar hasta el fin con la misma tónica el ritmo de nuestra constancia.

Y es que además del fruto de la hospitalidad que indulgentemente nos granjean nuestros hermanos, proporcionan a nuestro pobre cuerpo una refección necesaria. Aun ofreciendo al cuerpo 'ala agradable laxitud, nos brindan mayores ganancias que las que hubiéramos conseguido perseverando en una abstinencia sin descanso.

Y a propósito de esto voy a exponeros brevemente una comparación, a mi juicio muy oportuna. El hecho es antiguo y divulgado.

XXI. Cuéntase que el evangelista San Juan acariciaba apaciblemente una perdiz. De pronto ve venir hacia él cierto filósofo con el aparejo de cazador. Este se maravilla de que un varón que gozaba de tanta reputación se entretuviera en cosas insignificantes y de tan peco relieve.

«¿Eres tú—le dice—ese Juan cuya insigne fama y celebridad había suscitado en mí tan gran deseo de conocerte? ¿Por qué, pues, te entretienes en tan fútiles diversiones?

Por toda respuesta le dijo San Juan: ¿Qué es esto que llevas en la mano? Un arco—respondió el otro—. Y ¿por qué no lo llevas siempre tenso? No conviene—replicó el filósofo—, porque a fuerza de estar curvado la tensión le enervaría y se echaría a perder. Así, cuando fuera necesario lanzar un disparo más potente contra alguna fiera, por haber perdido su fuerza debido a la continua rigidez, el tiro no partiría ya con la violencia necesaria.

Pues bien—concluyó el Apóstol—, no te admire tampoco, joven, que yo conceda a mi espíritu este inocente y breve esparcimiento. Si de vez en

cuando no le permitiese descansar de su tensión concediéndole algún solaz, la misma continuidad del esfuerzo le ablandaría, y no podría obedecer cuando fuera necesario a las solicitudes del espíritu.»

CÓMO HAY QUE ENTENDER ESTA SENTENCIA DEL EVANGELIO: «MI YUGO ES SUAVE Y MI CARGA LIGERA»

XXII. GERMÁN. Puesto que nos has proporcionado remedio a todas nuestras ilusiones, y gra-cias al Señor tu doctrina ha descubierto las insidias diabólicas que nos agitaban, te suplicamos todavía nos expliques lo que se nos dice en el Evangelio: «Mi yugo es suave y mi carga ligera» 41. Estas palabras parecen contradecir la sentencia profética que dice así: «He seguido los caminos difíciles, conforme a las palabras de tus labios» ". Tanto más cuanto que el Apóstol afirma: «Todos los que aspiran a vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecuciones» 43. Y no hay duda que todo aquello que es duro y está llene de persecuciones en modo alguno puede ser leve y suave.

XXIII. ABRAHAM. La parábola de Nuestro Salvador es de todo punto verdadera. El testimonio de la experiencia nos da una prueba fehaciente. Basta para ello entrar en el camino de la perfección de la manera que conviene y según el querer de Cristo; mortificar todos nuestros deseos y podar nuestras malas voluntades; no permitir en nosotros la posesión de los bienes de este mundo, lo que daría pábulo al demonio para vejamos a su gusto; más aún: comprender que no somos maestros de nosotros mismos, haciendo nuestro con toda verdad el oráculo de San Pablo: «No soy yo quien vivo, sino que es Cristo que vive en mí» 44.

¿Qué puede haber de penoso o duro para aquel que abraza con todo el ardor de su alma el yugo del Señor, y firme en la verdadera humildad, con la mirada fija en los sufrimientos de. Cristo, se alegra en medio de todas las injurias: «Por lo cual me complazco en las enfermedades, en los oprobios, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias, por Cristo; pues cuando parezco débil, entonces *es* cuando soy fuerte»? 45 ¿Qué atentado a su patrimonio hará sufrir a aquel que, glorioso por su perfecta desnudez, ha rechazado voluntariamente por Cristo todas las pompas de este mundo, y mira todas sus concupiscencias como inmundicia, con el fin de ganar a Cristo ", que desprecia y aparta de su corazón toda la congoja que podía darle la pérdida de sus bienes, por la continua meditación *de* este precepto evangélico: «¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde el alma? ¿O qué podrá dar el hombre a cambio de su alma?» "

¿Qué privación podrá entristecer hondamente a aquel que reconoce que todo lo que *los* otros pueden arrebatarle no le pertenece y protesta con valentía: «Nada trajimos al mundo y nada podemos llevarnos de él»? 48

¿Qué indigencia podrá abatir la fuerza de un hombre que no quiere llevar alforja para el camino, ni dinero en su cinto, ni túnica 49 que le proteja de la intemperie, sino que con el Apóstol se gloría en ayunos

frecuentes, en hambre *y* sed, en frío y desnudez? 50.

¿Qué trabajo, qué orden, por ardua que sea, de su anciano podrá turbar la tranquilidad del corazón de quien, no teniendo voluntad propia, va adelante en todo cuanto se le ha mandado no sólo con paciencia, sino inundado de alegría; que a ejemplo de nuestro Salvador, no busca hacer su voluntad, sino la del Padre, diciéndole mismo a éste su Padre: «No se haga como yo quiero, sino como quieres tú»? 51

¿Qué injurias y persecuciones podrán desconcertar, o por mejor decir, qué suplicio no será capaz de regocijar a aquel que en medio de los azotes exulta sin cesar con los apóstoles y ansía ser juzgado digno de sufrir oprobios por el nombre de Cristo? "

XXIV. Si, al contrario, el yugo de Cristo no nos parece ligero ni suave, es justo que lo atribuyamos a nuestra miseria. La difidencia y la incredulidad nos envilecen. Y entonces por una sinrazón luchamos contra el consejo que dice: «Si quieres ser perfecto, ve, vende--o abandona—cuanto tienes, y ven y sígueme» 53. Es decir, que queremos conservar los bienes de la tierra. De ahí las innumerables cadenas con que el demonio nos tiene presos. En consecuencia, cuando le plazca separarnos de las alegrías espirituales, nos contristará con alguna disminución de nuestro haber o la privación total del mismo. Pues su aguda sagacidad tiende a este fin: cuando nuestra codicia viciosa nos habrá convertido en pesado el yugo del Salvador y lo llevadero de su carga, gravados con las riquezas que reservamos para nuestro descanso y consolación, nos torturará sin cesar con el azote de los cuidados terrenos, tomando de nosotros mismos ocasión de lacerarnos. Y es que «todo impío queda cogido en el lazo de su culpa» 54. Y el profeta le dice: «Todos los que estáis encendiendo un fuego y preparando saetas encendidas, arrojaos a las llamas de vuestro fuego sobre las saetas que prendéis» 55. Y Salomón atestigua asimismo: «Por donde uno peca, por ahí es atormentado» 56.

Los mismos placeres que amamos constituyen en sí mismos nuestro tormento. Los goces y delicias de nuestro cuerpo se vuelven contra nosotros como verdugos. Quien se apoya sobre sus bienes de otro tiempo no llegará ni a la íntegra humildad de corazón ni a la perfecta mortificación de los placeres malsanos.

Ahora bien, si por un lado es cierto que, gracias a estas virtudes, pueden soportarse no ya sólo con gran paciencia, sino también con la más viva alegría, las angustias de la vida presente y las pérdidas que el enemigo puede infligimos, no es menos notorio que su ausencia alimenta en nosotros una perniciosa altivez; de modo que la más leve injuria nos hiere con los dardos mortales de la impaciencia. Por eso el profeta Jeremías nos dirige estas palabras: «Y ahora, ¿qué es lo que buscas, camino de Egipto? ¿Beber aguas túrbidas? ¿Qué es lo que buscas, camino de Asiria? ¿Beber aguas del río? Sírvante de castigo tus perversidades, y de escarmiento tus apostasías. Reconoce y advierte cuán malo y amargo es para ti haberte apartado del Señor, tu Dios, y haber perdido mi temor, dice el Señor» 57.

Si encontramos amarga la admirable suavidad del yugo del Señor, ¿no será porque la corrompe la amargura de nuestra aversión? Si la jo-

cunda ligereza de la carga divina nos es tan pesada, ¿no será porque, llevados de una orgullosa presunción, despreciamos a aquel que nos ayuda a llevarla? Así lo testifica la Escritura: «Si proceden por la senda recta, hallarán suaves los caminos de la justicia» 58.

Somos nosotros, repito, los que volvemos ásperos con los guijarros de nuestros deseos los rectos y fáciles senderos del Señor. Somos nosotros quienes nos apartamos del camino real empedrado con las rocas apostólicas y proféticas, y nivelado por las huellas de los apóstoles y del mismo Señor. Preferimos seguir los caminos torcidos y cubiertos de matorrales. Con los ojos vendados vamos tras el encanto de los placeres de aquí abajo, arrastrándonos por esas sendas oscuras y obstruidas por las zarzas de los vicios. Y no importa que se lastimen nuestros pies n[i] que nuestra vestidura nupcial quede hecha jirones. Procedemos *cual* si estuviéramos destinados a ser pábulo de las espinas, de las serpientes y de los escorpiones que tienen allí sus guaridas. Porque escrito está: «Espinas y lazos hay en el camino del impío, el que teme al Señor se aleja de él» 59. Y en otro lugar dice el Señor por labios del profeta: «Mi pueblo se ha olvidado de mí; ha ofrecido incienso a la vanidad, van de tropiezo en tropiezo por sus caminos, los senderos antiguos, siguiendo sendas extraviadas, camino no trillado» ". Pues «los caminos del perezoso—según dice Salomón—son setos de espinas, el sendero de *lo* rectos es llano» 61.

Es claro que al apartarnos del camino real, no llegaremos nunca a aquella metrópoli, hacia donde deberíamos invariablemente dirigirnos sin descanso. El Eclesiastés expresa claramente esta verdad: «El trabajo al necio le fatiga, pues no sabe ni por dónde ir a la ciudad» ", es decir, hasta aquella Jerusalén celeste «que es nuestra madre» 63.

Con signo inverso, todo el que, renunciando sinceramente a este mundo, toma sobre sí el yugo del Señor, y aprende de El—que es manso y **hu-**milde de corazón— " a soportar diariamente las injurias, permanecerá constantemente inmóvil en medio de todas las tentaciones y «todo concurrirá a su bien» ". Efectivamente, según el profeta Abdías: «las palabras de Dios están llenas de bondad para los que siguen el camino recto» 66. Y se ha dicho también: «Pues son del todo rectos los caminos del Señor, por ellos van los justos, pero los malvados perecerán» 67.

QUÉ UTILIDAD NOS REPORTAN LAS TENTACIONES

XXV. La gracia del Salvador, benigna para nosotros, nos depara, merced a la lucha contra las tentaciones, una mayor corona de gloria que si nos hubiera dispensado de semejantes combates. Aunque nos asedien persecuciones y pruebas, es una virtud más sublime y más excelente permanecer siempre inquebrantables y guardar hasta el fin, frente a toda adversidad, la misma confianza audaz en el favor divino; y asimismo afrontar los ataques de los hombres, ceñidos con la armadura de una virtud invencible, alcanzando un triunfo gloriosísimo sobre la impaciencia y conquistando la fuerza por medio de la debilidad, pues: «en la flaqueza llega al colmo el poder» ". Y el Señor ha dicho: «Desde hoy te hago corno férrea columna y muro de bronce, para la tierra toda, para los reyes de Judá y sus grandes, para los sacerdotes y

para todo su pueblo. Ellos te combatirán, pero no te podrán, porque yo estaré contigo para protegerte, palabra del Señor» 69.

Así, pues, según la enseñanza del Maestro, el camino real es **suave** y fácil, aunque en apariencia **se le** encuentre duro y áspero. Vosotros, siervos buenos y fieles, tomad sobre vosotros el yugo del Señor y aprended de El, que es «manso y humildes de de corazón» s. Entonces, deponiendo en cierta manera la sarcia de las pasiones terrenas, encontraréis, por el don de Dios, no el trabajo, sino el descanso para vuestras almas.

El asevera por su profeta Jeremías: «Haced alto en el camino y ved. Preguntad por los caminos de antes: ¿Es ésa la senda buena? Pues seguidla, y hallaréis la paz para vuestras almas» s. Vosotros veréis al punto «cómo se os allanan las cuestas y se os nivelan los declives» ". Gustaréis y veréis «que el Señor es bueno»

Ante la palabra de Cristo en el Evangelio: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré» 74, depondréis el peso abrumador de vuestros vicios. Luego comprenderéis las palabras que siguen: «Pues mi yugo es blando y mi carga ligera» s.

En realidad, la senda del Señor es todo refrigerio, si se marcha por ella 'siguiendo su Ley. Somos nosotros quienes nos creamos dolores y tormentos por nuestras preocupaciones, siempre que preferimos seguir los caminos tortuosos de este siglo, incluso a trueque de peligros y dificultades.

Y tras haber hecho, por este motivo, pesado y duro el yugo del Señor, el espíritu de blasfemia nos lleva a lamentarnos de la dureza y aspereza del mismo yugo o de Cristo que nos lo impone, según aquello: «La necedad del hombre tuerce sus caminos y luego acusa al Señor en su corazón» ". Y cuando digamos lo que se lee **en el** profeta Ageo: «El camino del Señor no es recto», el Señor responderá: «¿Que no es derecho mi camino? ¿No son más bien los vuestros los torcidos?» [324]77

En efecto, si se quiere comparar la flor esplendente de la virginidad y el delicado perfume que exhala la pureza de la castidad con el barro asqueroso de los apetitos carnales; el descanso y seguridad de los monjes con los peligros y desgracias en que se ven implicadas las gentes del mundo; la paz de nuestra pobreza con las tristezas devoradoras y los cuidados siempre vigilantes que consumen noche y día a los ricos, con peligro de su propia vida, nos será sobremanera fácil comprobar que el yugo de Cristo es suavísimo y su carga muy ligera.

A LOS QUE RENUNCIAN PERFECTAMENTE SE LES PROMETE EL CÉNTUPLO EN ESTE MUNDO

XXVI. Sólo en este sentido tan justo como verdadero, y en perfecto acuerdo con la fe, hay que entender la promesa hecha por el Señor a La perfecta renuncia de pagar el céntuplo ya en esta vida: «Y todo el que dejare hermanos o hermanas, o padre o madre, o hijos o campos, por amor de mi nombre, recibirá el céntuplo y heredará la vida eterna» 78.

Muchos dan a estas palabras un sentido completamente torcido. Ello les da

---

324

pie para afirmar que los santos gozarán durante un período de mil años de un retorno carnal de lo que han abandonado» ". Y colocando esta edad después de la resurrección se ven obligados a confesar que no puede reconocerse en ella el siglo presente.

Cuánto más obvia y verdadera es nuestra opinión. Quienquiera que a la voz de Cristo desprecie cualquier afección o riqueza terrenas, sus hermanos en la vocación, que están unidos a él por un lazo espiritual, le retornarán en esta vida un amor cien veces más delicado. El amor que la alianza y la sangre crean aquí abajo entre los padres y los hijos, entre los hermanos, los esposos y los allegados es frágil y de poca duración. Cuando lo hijos han crecido llega el momento en que son excluidos de la morada y de la fortuna paterna, aun cuando sean buenos y adictos. El vínculo conyugal se rompe a veces, incluso por motivos honestos. Se advierte en ocasiones cómo las disensiones y pleitos rompen el amor de los hermanos.

Sólo los monjes perseveran hasta el fin en su estrecha unión y poseen todas las cosas en perfecta igualdad. Cada cual considera como propio lo que es de sus hermanos, y como perteneciendo a éstos lo que es suyo. Si, pues, la belleza de semejante dilección, se compara con las afecciones que nacen de tales vínculos carnales, no admite duda que es cien veces más dulce y más sublime.

También la continencia dará a gustar una suavidad mucho mayor que la que reporta la unión sexual. Además, en lugar de la satisfacción de poses un campo, una casa, ¡qué abundancia, qué céntuplo de riquezas y de gozo, cuando en virtud de la adopción de hijos poseeremos como un bien propio todo lo que es del Padre celestial! Entonces diremos con todo el afecto y fuerza de nuestra alma, a imitación de su Hijo verdadero: «Todo cuanto tiene el Padre es mío» 80.

Sin sombra alguna de preocupaciones y de las inquietudes de otro tiempo, con el corazón tranquilo y alegre, entraremos por todas partes como por nuestra propia casa. Cada día resonarán en nuestros oídos las palabras de San Pablo: «Todo .es vuestro: el mundo, lo presente y lo futuro» . Y las de Salomón: «Todo el mundo, con sus riquezas, pertenece al hombre fiel» ".

Así la retribución céntupla e encuentra en la grandeza del mérito y en la incomparable diferencia de la calidad. Por un determinado peso de bronce, de hierro, o de cualquier vil metal, se os da un peso igual en oro. En realidad esto es dar más del céntuplo. Algo parecido sucede cuando por el desprecio de los apetitos y afecciones terrenas se nos da en cambio como paga la alegría espiritual y las delicias de la preciosísima caridad. Aunque el número sea el mismo, no impide que ésta sea cien veces mayor y más deslumbrante.

Y para que lo que decimos sea más evidente a fuerza de repetirlo, imaginemos algunas hipótesis: cierto sujeto amaba a su esposa por pura concupiscencia [83]; ahora le ama en el honor de la santidad y la posee en la verdadera dilección de Cristo. Es la misma y única esposa, pero el precio del amor se ha centuplicado. Comparad también la turbación que lleva consigo la ira y el furor con la constante dulzura de la paciencia, el trasiego de los cuidados y de las preocupaciones con la paz

del espíritu. la tristeza infructuosa y llena de sufrimientos del siglo presente con el fruto de la tristeza que opera la salud, la vanidad de las alegrías temporales con la fecundidad de los goces del alma. Una vez comparados estos bienes, distinguiréis claramente cuál tiene una retribución centuplicada.

Igualmente, si cotejáis la breve y huidiza voluptuosidad de los vicios con el mérito de la virtud opuesta, la dicha de ésta resulta multiplicada; lo que prueba que el precio de la virtud es cien veces superior.

El número cien se obtiene al pasar de la mano izquierda a la derecha. Y aun[q]ue la figura formada por el cálculo de los dedos sea idéntica, sin embargo, la cantidad significada ha aumentado enormemente[325] 84. En la izquierda somos contados entre los cabritos; al pasar a la derecha adquirimos el rango de las ovejas.

Pero pasemos a considerar ahora la cantidad de aquellos bienes que Cristo nos ha restituido en este mundo por haber despreciado las ventajas temporales. El evangelio de San Marcos en especial nos lo especifica: «No hay nadie que, habiendo dejado casa, o hermanos, o hermanas, o madre, o padre, o hijos, o campos, por amor de mí y del Evangelio, no reciba el céntuplo ahora en este tiempo en casas, hermanos, hermanas, madres e hijos y campos, con persecuciones, y la vida eterna en el siglo venidero» 85.

Quienquiera que renuncia, por el nombre de Cristo, al amor de un padre, de una madre, de un hijo para participar de la sincerísima dilección de todos los siervos de Cristo, recibe centuplicados los hermanos y los padres. Porque en vez de un solo padre, madre o hermano, se le deparan en adelante una multitud de ellos que le están adheridos por una afección más ardorosa y más elevada. Es enriquecido asimismo con la posesión multiplicada de casas y campos. El que había abandonado por amor de Cristo una sola morada, poseerá como propios innumerables monasterios. Y en cualquier parte del mundo entrará como si fuera el dueño.

¿Quién negará que recibe también el céntuplo —y si se nos permite corregir la palabra del Señor, más del céntuplo—, el que tras renunciar a les servicios poco seguros y forzados de diez o veinte esclavos se ve prevenido por los buenos oficios de tantas personas libres y de noble linaje? Que esto sea así, la propia experiencia os lo ha

480 demostrado. Por unos padres o madres, por un hogar que habéis

---

[325] [84] Casiano se refiere aquí a la costumbre de los antiguos, según la cual para contar expresaban los números sirviéndose de diversos gestos que hacían con los dedos. Contaban hasta 90 sirviéndose de la mano izquierda, y a partir de 100 empleaban la derecha. Aunque el gesto fuera el mismo en ambas manos, sin embargo, el que en la izquierda tenía, por ejemplo, el valor de 10, en la derecha se centuplicaba. Cfr. BEDA **VENERABILIS, *De computo vel loquela* per**

gestum digitorum.

dejado, habéis' encontrado en cualquier parte del mundo a donde os hayáis dirigido padres y madres y hermanos sin cuento. Habéis logrado, sin ningún trabajo ni-solicitud, casas, campos y siervos muy fieles que os han acogido, os han amado, y que os han prodigado cuidados y veneración, como si fuerais sus propios dueños, con las mayores muestras de honor.

Más: únicamente los santos fruirán con justo título y sin duda de tales servicios. Porque sólo ellos con voluntaria oblación lo han abandonado todo desde un principio, su persona y sus bienes, para el servicio de sus hermanos. Según la palabra del Señor, recibirán con largueza lo que ellos mismos han gastado para los demás ". Pero aquel que no lo habrá sacrificado todo por sus hermanos con sincera humildad, ¿cómo aceptará pacientemente el don de los demás? Sentirá que sus buenos oficios son para él una carga más bien que un consuelo, porque ha preferido más ser servido que servir.

Además, no procurará aprovecharse de todos estos bienes con remiso sosiego o inerte delectación, sino—según la palabra del Salvador—en medio de persecuciones. Es decir, entre las aflicciones de la vida presente y **las** angustias del **sufrimiento. Porque como protesta el sabio:** «Aquel que vive con suavidad y sin dolor permanecerá en la indigencia» 87.

No son los desidiosos, los apocados, los regalones, los lacios, sino los violentos los que se adjudican el reino de les cielos Y ¿quiénes son estos violentos? Los que infieren eficaz violencia no a los demás, sino a su propia voluntad. Los que mediante una laudable rapiña la despojan de todo placer por las cosas presentes. Tales son los que la voz del Señor proclama raptores egregios, y con esta rapiña penetran a la fuerza en el reino de Dios. «El reino de los cielos, dice el Señor, es entrado por fuerza, y los violentos lo arrebatan» 88.

En efecto, son violentos con gloria los que hacen violencia a su perdición. Se ha escrito: «El hombre, en medio del dolor, trabaja para sí, y se esfuerza por impedir su propia perdición» 89. Nuestra perdición es el deleite de la vida presente, o hablando más claramente, el cumplimiento de nuestros deseos y voluntades. El que los aleja de su alma y los mortifica, atenta eficazmente contra su perdición, pues renuncia a lo que le es más caro.

Son asimismo nuestras propias voluntades lo que la palabra divina acusa repetidas veces por medio del profeta: «En el día del ayuno os vais tras vuestros deseos» 90. Y aún: «Cuando te abstengas de profanar el sábado y de hacer tu voluntad en el día santo, y lo santifiques dejando tus negocios, los deseos que te ocupan y los discursos vanos» 91. Luego, inmediatamente, añade la recompensa prometida al que obra de esta suerte: «Entonces será el Señor tu delicia y te llevará a las alturas de la tierra, y te hará gozar de *la* heredad de Jacob, tu padre, habla la boca del Señor» 92. Y Nuestro Señor y Salvador, en su afán de darnos ejemplos de esta renuncia a la propia voluntad, afirma: «No he venido a hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió» 93. Y otra vez: «No se haga como yo quiero, sino como quieres tú» 94.

Especialmente practican esta virtud los que viviendo en los cenobios se rigen por la autoridad de un anciano. No hacen nada a impulsos de su propio querer, sino que su voluntad depende de la voluntad del abad.

Preguntémonos en fin, como conclusión de esta conferencia: ¿por ventura los que sirven fielmente a Cristo no reciben en pago el ciento por uno, mando, los más altos príncipes de la tierra los honran a causa de su nombre? Aunque ellos mismos no busquen la gloria humana, no obstante, devienen venerables a los jueces y poderosos incluso en las angustias de la persecución.

Tal vez la oscuridad de su nacimiento o su condición servil les hubiera hecho despreciables por su bajeza, inclusive ante las gentes de la clase media, caso de que hubieran permanecido en la vida secular. Pero la milicia de Cristo les ha ennoblecido. Y nadie osa promover críticas sobre su rango social, nadie se atreve a echarles en rostro la pequeñez de su origen.

Lo paradójico es que el hombre de vilísima condición, que se tiene en confusión y deshonor entre los demás hombres, encuentra entre los siervos de Cristo un nuevo título de nobleza y de gloria. Tal es el caso, que pudimos comprobar con evidencia del abad Juan [326]95, que vive en el desierto contiguo a la aldea de Lico. Nacido de padres muy humildes, el nombre de Cristo le ha granjeado admiración en casi todo el mundo. Los soberanos de la tierra, que detentan el imperio de las cosas humanas, y ante los cuales tiemblan los mismos poderosos y los reyes, le veneran como a su Señor. De lejanas tierras mandan mensajeros a oír sus oráculos y confían a sus plegarias la soberanía de su imperio, su vida y el éxito de sus batallas.

Tal fué la disertación del abad Abraham sobre el origen y remedio de nuestras ilusiones. Con ella nos ponía al descubierto el engaño que encerraban los pensamientos que nos había sugerido el demonio. Y al propio tiempo enardecía nuestros corazones con el deseo de la mortificación. Deseo que creo inflamará a muchos otros todavía, por más que estas cosas se hayan escrito con un estilo tan sencillo. Mis palabras vienen a ser como rescoldo que enceniza los pensamientos de fuego de tantos Padres eminentes. A pesar de ello estoy convencido de que muchos podrán recalentar su frialdad, si hacen lo posible por sacudir la ceniza de las palabras y reavivar la llama latente de los pensamientos.

No obstante, venerables hermanos, al poner a vuestro alcance este fuego que el Señor ha venido a traer sobre el haz de la tierra y que desea arda sin medida 96, no me ha movido el espíritu de presunción. Ni pretendo con esta aportación mía inflamar vuestro propósito tan ferviente ya. Mi única pretensión es que vuestra autoridad lo acreciente cerca de vuestros hijos, cuando verán confirmada por los p[r]eceptos de los más grandes y antiquísimos Padres la enseñanza que les dais no con

[326] [95] Lo que dice Casiano sobre este abad concuerda con el encomio que de él hace el Martirologio Romano, el 27 de marzo: «Varón insigne por su santidad; entre otras virtudes brilló por su espíritu profético, prediciendo al emperador Teodosio sus victorias contra los tiranos Máximo y Eugenio.»

palabras hueras, sino con vuestro ejemplo viviente.

Y ahora sólo me resta, después de haber sido zarandeado hasta aquí por la más peligrosa de las tormentas, que el aura espiritual de vuestra plegaria me acompañe hasta el segurísimo puerto del silencio.